

Esteban González Pons

Ellas




ESPASA

Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Ellas](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Advertencia de que esto va de amor](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Nota del autor](#)

[Créditos](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Ellas cuenta una historia de amor sobre las segundas oportunidades en la que se sentirán representados quienes nacieron en la España de los 60 o los 70: los adolescentes de la Transición.

Jaime Monzón, tras una vida previsible y gris, marcada por la nostalgia de su primer amor, toma la decisión irrevocable de suicidarse y de hacer partícipe del suicidio a Eme, aquella niña de la que se enamoró un verano del siglo pasado. Las consecuencias derivadas de la muerte de Jaime llevarán al lector a recordar el esplendor de los lejanos y luminosos días de su propia infancia, a la vez que le provocarán una sonrisa.

El carácter, la sensibilidad y la lucidez vienen de “ellas”: Marina, Ella, Pelarañas, Manoli...., las mujeres de la vida de Jaime. **Ellas** es un álbum de fotos de mujeres cuyas páginas se pasan con manos de niño.

Y como fondo, la ciudad de Valencia y su provincia, en tres instantes bien fijados en el tiempo: el mítico verano de 1973, el fastuoso 2006, y el triste 2016, cuando los personajes de González Pons, contra todo pronóstico, resucitan..

ESTEBAN GONZÁLEZ PONS

ELLAS



*Para Mapi, que al irse me dejó los bellos
ojos azules de Eme.
Para Majo, que al irse me dejó la alegría
de vivir de Ella.*

A mi lado, acompañamiento trivialmente siniestro,
el chasquido del tictac de las máquinas de escribir.

Tenemos todos dos vidas:
la verdadera, que es la que soñamos en la infancia,
y seguimos soñando, adultos, en un sustrato de niebla;
la falsa, que es la que vivimos en convivencia con otros,
que es la práctica, la útil,
esa en que acaban metiéndonos en un ataúd.
En la otra no hay féretros, ni muerte.
Hay sólo ilustraciones de infancia:
grandes libros de colores para ver y no para leer;
grandes páginas policromas para recordar más tarde.

ÁLVARO DE CAMPOS, «Dactilografía».

ADVERTENCIA DE QUE ESTO VA DE AMOR

En la presente obra se cuenta una historia de amor auténtico, una historia de amor más allá de la vida. Me disculpo por no tener un tema más moderno, ni más tortuoso, ni más inteligente, ni más revolucionario. Amor, simplemente eso. Prefiero avisarlo de entrada para aminorar las decepciones en la medida de lo posible. Considero que el amor constituye casi la única aventura que sucede en la biografía de la inmensa mayoría de las personas que no escalamos el Everest y tampoco viajamos al espacio. El amor supone una experiencia arrebatadora que nos ocurre a todos. Sólo el amor es tan universal como la muerte. Nada más.

El amor da sentido a la vida de cada uno y, por tanto, a cuanto la vida de cada uno conlleve de ilusión, lucha, fracaso, decepción, estremecimiento o consuelo. Como dice Jaime Monzón, para no amar, mejor no nacer.

Esta novela, si puedo llamarla así, recoge acontecimientos reales y su autoría también es real. Cuanto aquí se rememora pasó en España, en Valencia, entre los años 1973, 2006 y 2016. Por respeto a los protagonistas que aún viven y para evitar reclamaciones posteriores o el secuestro judicial del libro, he cambiado el nombre de algunos personajes y lugares, sólo eso. No obstante, debo confesar que también permito que unos y otros sigan siendo reconocibles, ya que mi objetivo consiste en publicar sin tachones la epopeya de un romance que es verdadero, pese a producirse en esta época nuestra en que reinan el escepticismo y la superficialidad.

Renuncio, por tanto, a retocar ninguno de los dos relatos que vienen a continuación, se imprimirán tal y como los redactó su autor. O sus autores, dado que no descarto que muchos pasajes se concibieran a cuatro manos. Conque cualquier parecido entre lo contado en estas páginas y los sucesos

que se reconstruyen de ninguna forma puede considerarse una coincidencia. No existen las casualidades en literatura. El amor eterno, tan raro como una ballena blanca, cuando emerge, merece ser reflejado con honestidad y limpieza.

Es muy posible, entonces, que algún lector bien informado, en particular aquellos que atravesaron sucesivamente el esplendor de la Copa América de vela de 2007, la explosión de la burbuja inmobiliaria y la ruina y el pánico al vacío que se instalaron en Valencia a continuación, pueda identificar a los actores de esta narración extraordinaria. En especial a Marina Fraile o a Ella. Toda Valencia las conocía y escuchó más de una vez su leyenda. Lo lamento en ese caso, no pretendo desenmascarar o señalar a nadie en concreto.

De hecho, detesto que la verosimilitud del argumento pueda herir sensibilidad alguna, pero me siento obligado a entregar al público sin enmiendas ni retoques unas páginas sorprendentes que me arden en las manos y que yo mismo no puedo parar de leer y releer. La transparencia es el signo de los tiempos. Nada personal en esto. No estoy saldando cuentas, créanme.

Sé que la moda nacional, por encima y por debajo de todas las modas, es la impiedad y el descreimiento, y que ya no resultan aceptables las novelas de amor. La fantasía, según parece, era la marihuana con que la casta adormecía a la gente. En la España de los grandes escándalos, la telerealidad y las condenas a muerte civil sin juicio previo, la imaginación se ha convertido en un arma reaccionaria, la magia en un espejismo traidor y el romanticismo en una trampa machista. Lo comprendo y, en consecuencia, perdono a quienes se vayan a ofender porque yo transcriba aquí un cuento asombroso, pero sin compromiso social y que no aporta nada más que entretenimiento.

La justificación de esta actitud tan provocadora por mi parte sería que ofrezco los textos tal y como fueron escritos por las circunstancias, sin correcciones o censuras, y que, en este sentido, al menos por su radical sinceridad, el resultado cumplirá con el nuevo canon retórico de la indignación y el enfoque politológico. Vuelco, pues, ambos manuscritos íntegramente, en crudo, evitando recortes. Desnudos en la forma y en el

fondo.

He esperado cuatro años antes de enviar estos cientos de papeles a la imprenta al objeto de que todo el mundo haya tenido oportunidad de esconderse, en especial la pareja protagonista. Lo que aquí se revela será causa de escándalo en Valencia.

Por cierto, yo no soy Jaime Monzón Mata, o ya no lo soy. Quiero que quede claro. Y, caso de haberlo sido, ahora tendría otro nombre y otra vida tan irrelevantes para los lectores como el nombre y la vida del propio Jaime Monzón antes y después del terremoto sentimental que provocó su suicidio.

En realidad, esta podría ser la historia de cada uno de los adolescentes de la Transición, la historia de una generación pasarela entre Dios e internet, de Peter Panes y Wendies que se hicieron viejos saltándose lo de llegar a ser adultos.

Si usted tiene entre cuarenta y sesenta años y nació en España, esta aventura bien podría ser la suya tanto como la mía. Aquí el narrador es cualquiera que no haya olvidado el sabor de la saliva que probó en su primer beso cuando todos aún veíamos en la tele las mismas películas en blanco y negro cada sábado por la tarde.

Viernes, 21 de abril de 2006

Querida Eme, he muerto. Soy Jaime y he muerto. Mejor dicho, fui Jaime de vivo y al presente supongo que sus despojos. Jaime Monzón Mata, ¿te acuerdas? Tu primer amor, o eso creo. Al menos, yo siempre te consideré el mío. Eres la primera chica a la que besé. Sucedió en Frontera de Aragón, en los viejos apartamentos Garbí con piscina y pista de tenis, al final del verano de 1973. Éramos de los que pasaban las vacaciones en el campo y no en la playa. ¿Refresca eso tu memoria? Ya sé que desde entonces no hemos vuelto a vernos ni a tener noticias uno del otro.

¿Es posible que me hayas olvidado? El mío sería entonces un fallecimiento definitivo, la verdad.

Pasé mis últimos días pensando obstinadamente en ti, y ahora que me he ido sin remedio quiero que lo sepas. Morí repasando aquel romance arrebatador, inexperto, prehistórico.

Recibirán cartas de despedida quienes deben, los inexcusables: el juez, mi exmujer y mis padres. También los niños con mis bendiciones, para que las abran cuando sean mayores de edad. Es lo obligado.

A ti no te escribo sólo por aclarar que me marché por mi voluntad, no. Me gustaría además que supieras que cuando vi pasar mi existencia en diapositivas, antes de caminar decidido hacia la luz al final del túnel, aquellas desahogadas tardes de sol amarillo de nuestra infancia, jugando al croquet en la explanada de césped de la zona común de los viejos apartamentos Garbí, representaron los intervalos más dichosos de la proyección. Esa es la causa de estas líneas, para que te conste mi amor. Fuiste lo sobresaliente, lo más hermoso. Mi único querer espontáneo, mi única pasión automática.

Me suicidé, Eme. Presumo que sufrí poco. No te asustes porque aquí voy a evitar los detalles técnicos del cómo. Pastillas, con saber eso te bastará. Me quedé dormido. Por supuesto, valoré el accidente de coche y la indemnización que el seguro pagaría a mis apenados herederos, pero no tuve valor bastante para tanto. He faltado, fin.

Ciertamente no aspiro a que me atiendas sólo por ser un difunto parlante, aunque me dirija a ti desde esa condición, más bien anhelo traspasarte como lo haría un recuerdo feroz, un recuerdo emocionante. Deseo que mientras lees estas cuartillas te figures al adolescente que conociste en aquellas vacaciones (flequillo, gafas de lentes de gota con gomita tras las orejas, bañador perenne y polo del cocodrilo granate con

más de una puesta) en vez del cuerpo morado que estará todavía en una nevera de la morgue. Intenté causarme el mínimo daño posible.

Por hacerlo corto, tenía casi cuarenta y seis años, un empleo burocrático en La Oficina de los hermanos Japón que distaba mucho de ser el que soñara y casi ningún amigo actualizado. Ganaba menos de lo que debía al banco. Descubrí que mi mujer me engañaba desde hacía siglos con un colega suyo del trabajo. Un organizador de bodas y comuniones, o algo así. Alguien creativo y jovial, por lo visto. Un genio, según se autodefine. Lo contrario al triste desgraciado que te escribe. Nos divorciamos seis meses atrás y volví a casa de mis padres, a mi primitiva habitación de soltero en la calle Conde Salvatierra. A mirar, sentado con mi madre en la salita, a la gente que por las tardes entra y sale del nuevo mercado de Colón. Regresé a la infancia añorada, cerrando mi ciclo biográfico.

La vida se había detenido para mí.

Para que te hagas idea de mi desamparo, en La Oficina me tuve que inventar una novia falsa al objeto de seguir participando en el reparto de vacaciones de los casados, a los que siempre les toca agosto, y no ser constreñido a septiembre o julio con los solteros y los separados. Puse sobre mi pupitre un marco con una foto de una chica asiática (a nadie se le ocurre llamar por teléfono a las asiáticas para comprobar si realmente existen por si sólo hablan algún estridente idioma oriental), recortada de la publicidad del coqueto restaurante japonés Sushi García de la calle Avellanas, y de vez en cuando fingía que mi dulce Yakitori me enviaba mensajitos al móvil, para que se enterase bien mi binomio administrativo, el chismoso de César Augusto Peláez, el correveidile de La Oficina. Ya sé que Yakitori significa en japonés algo así como «pajarito a la parrilla», pero a mí siempre me ha sonado tan sensual...

¿Te imaginas?

—Yakitori, moja tu carne en mi carne... Yakitori, dame a probar tus pechuguitas y muslitos... Yakitori, cuchifrita, piticlina, conchita de plastilina y de cartón, no seas tan tontita y dale un mordisquito a mi okonomiyaki de limón.

En fin...

¿Los hijos? Tengo, disculpa, tuve dos. Pablo de diecisiete y Luisa, de quince. Los voy a echar de menos. Y ellos a mí. El mayor está bastante alto, al menos comparado conmigo, lo que no es para echar cohetes, claro, aunque sigue siendo muy infantil. Luisa, en cambio, mi párvula Pelarañas, conflictiva y rebelde, con su bola de pelo que le hace parecer un micrófono de karaoke o casi la sexta hermana de The Jackson 5, exhibe ya una adolescencia gloriosa.

Pelarañas es una lectora voraz, vive por y para los libros, y cuanto más antiguos mejor. Le divierten como a mí los cuentos de hadas y las leyendas. De hecho, padre e hija creíamos que en la copa de rizos de su cabeza duerme un amigo petirrojo que siempre vuela a su alrededor y que se llama Señor Moscas. Quizá te sonará excéntrico, pero yo de verdad veía al pájaro siempre con mi niña. Lo digo en serio.

Pablo se me parece por fuera, Luisa se me parece por dentro.

No sé por qué, pero cuando pensaba en ellos solía recordarlos de pequeños y en pijama. El de Pablo con cuadros verdes sobre fondo blanco y el de Luisa, a la que como habrás observado yo llamaba Pelarañas, uno heredado de su hermano con un Buzz Lightyear algo rozado sobre el pecho. Ambos descalzos, aunque con calcetines, cogidos

de la mano, plantados y mirándome silenciosos desde el pasillo del piso en el que vivíamos, como si se hubieran despertado en medio de la noche. Igual que si compartieran pesadilla y me buscasen por el corredor a oscuras:

—Papá, papá...

Se llevan varios cursos y algunos centímetros de estatura, pero podría sostenerse que comparten idéntica edad mental. Las niñas maduráis rápido.

Por mis hijos, por no hacerles padecer, por si no lo entienden o no me lo perdonan, lo dudé mucho, Eme. Me animé a resistir. No obstante, al final, la depresión me arrastró a su caverna. Pesaron más mis lágrimas que las suyas. Me rendí.

La pareja de su madre será su nuevo padre. Ya lo es un poco.

El novio de mi ex, distinguido en casa como el Genio, se llama en realidad Eugenio. No Genio, Eugenio. Eugenio Rodríguez Garcés, para más señas. Sí, igual que Margarita, la chica, chica, chica pum del calibre 183. Es lo que hay. Un cuatrero redomado que tiene a mis hijos seducidos con sus bufonadas y sus regalos. No le hacía ninguna falta conquistar el cariño de mis hijos junto con el de su madre, pero el tipo, además de ocupar mi sitio en el hogar de los Monzón, se esforzó a tope para ponerme en ridículo ante los únicos seres que me tenían en alguna consideración.

—Papá, no insistas, tú no eres tan gracioso como el Genio. Déjalo... —me decían los niños cuando intentaba hacerles reír.

Yo era el único que se daba cuenta de que la supuesta simpatía genial del ligue de mamá estaba basada exclusivamente en hacer pelotillas con lo que fuera que se sacase de la nariz (está obsesionado con sus orificios corporales), en tirarse pedos en público (tal y como divierte hacer a los críos en los ascensores y en clase) o en hacerse el borracho a todas horas arrastrando las eses. El Genio siempre mira al techo como si previniera la cagada de una mosca. Pero, ojo, cuando a mí se me ocurría expresar una opinión en su contra en voz alta me respondían rápido que mucho cuidadito con sufrir celos machistas.

Ahora les he dejado a este par de bohemios pijos el terreno libre para que se casen y formen una familia de segunda mano, reciclada, tumultuosa y esperpéntica, del estilo que les gusta a ellos.

—Aburres a las ovejas, Jaime. Anda, antes de repetirme que te hemos dejado con el culo al aire, llévate toda esa ropa de ir a La Oficina del armario del dormitorio, que el Genio necesita espacio para sus cosas artísticas y sus juguetes sexuales —me espetó mi ex el último día que hablamos.

—¿Eugenio? —le pregunté yo con sorna.

—¡El Genio! —me respondió secamente.

Y para exteriorizar su desprecio, al grito de «¡Y trágate esta baratija!», me arrojó a la cara el refulgente conjunto Royal Family Románov, serie Elegance, collar y pendientes a juego, con sus treinta Swarovski elements, eslabones bañados en plata de primera ley y engastes de plástiquillo negro en bisel, de la afamada Galería del Coleccionista de la tele, que con todo mi cariño yo le regalé por el nacimiento de la pequeña Pelarañas, y por el que pagué la nada módica suma de diez euros al mes sin intereses durante casi un año. O más de un año... Sí, puede que pasara un año y pico pagando esos diez eurazos mensuales.

Ya ves, soy un señor con gafas muerto del que nadie esperaba amor cuando vivía. Y

ahora menos aún, claro.

No, no es un genio, es un bufón. Y se llama Eugenio.

Estoy llorando, y ese no era el plan. Sostengo una fotografía tuya de aquella época remota, del setenta y tres. Llevas un jersey blanco de cuello cisne y encima otro rojo de cuello redondo, puede que de ochos. Dos trenzas te recogen el pelo que no termina de ser rubio, pero tampoco castaño. Tostado, quizá. La imagen está tomada al atardecer y un fuerte contraluz crea una aureola de fuego sobre tu cabello, como si ardiera, reforzando ese amarillo de trigo que no acierto a nombrar bien.

Teníamos entonces trece años y tú sonríes para confirmarlo. El optimismo se te despliega por la cara, te ilumina, y te entreabre los labios como si fueran unas cortinas para que las palas, inmaculadas, invoquen a la niña que aún te habitaba el corazón.

Aquellos ojos azules, por su parte, ya eran de mujer. De mujer que afloraba, decidida a serlo, sorprendida por el poder inesperado de su propio sexo. De capitana del equipo de minibásquet del Jesús-María. Dueña de la piscina, la pista de tenis y los naranjos que se extendían sin límite tras la verja del jardín de los viejos apartamentos Garbí.

No me han mirado unos ojos más bonitos en todas mis edades. Azules sí, rellenos de agua turquesa de cala de rocas y cangrejos, de lazulita con poderes curativos, de promesas y morriña. Clareaban sobre el perfil que te legó tu madre. Te pareces mucho a tu madre en este retrato. Explotas de pura dicha. Se diría que estoy ahí delante, pasando por idiota para que te burles de mí porque me doy de bruces contra el cosmos más a menudo que Jerry Lewis con su sombra.

Eras feliz, completamente feliz.

Eme, toda mi vida he llevado encima esa vieja instantánea de 9x11 con los bordes blancos. Si llegara a tus manos y vieras lo gastada que está, me creerías. Los colores se han apagado, las esquinas se doblaron y por detrás antaño apunté fechas y dibujé corazones cuyas tintas se han corrido. También puse tu nombre con distintos tipos de letra; eso ocurrió en la mili cuando el aburrimiento tajante me condujo a extremos estéticos inconfesables. La tuve en un marco que le cogí a la tieta Encarna, tras la puerta metálica de una taquilla en un cuartel, clavada con chinchetas en un corcho, entre las páginas de una novela de Robert Graves y, desde que me casé, en una cajita de secretos en casa de mis padres, junto a un encendedor Zippo y el mechón de pelo que te corté aquella última noche. Ahí la he redescubierto al volver a la casilla de salida.

La foto ha estudiado, dormido y caminado a mi lado. No se separó de mí mientras yo iba creciendo y metiendo la pata. Es mi compañera de viaje, mi talismán, mi conversación a solas. La encontrarían en el bolsillo de la camisa del pijama que estrené el día de mi muerte.

Me divierte presumir que quien esté investigando mi suicidio andará loco procurando descubrir quién es la criatura de la foto y qué mensaje encierra. «El primer amor es el último, los siguientes no son más que réplicas, burdas repeticiones», anoté una vez en su dorso. Pero eso los inspectores de policía, tan gurruminos por vocación, no acertarán a descifrarlo. Fijo que persiguen una cría secreta u otra explicación más enrevesada si cabe.

Te estarás preguntando por qué no te busqué si tan importante fuiste para mí, por

qué no hice nada para recuperarte.

Al principio, lógicamente, ignoraba cómo hacerte llegar mis frases caballerescas. Tenía unas señas que me habías dado, pero no me atreví a escribirte una carta de amor, y menos después de aquello que pasó, por si la interceptaban tus padres. Lo comprenderás perfectamente. Era un chaval y en aquellos tiempos no teníamos móviles ni cualquiera de los inventos con que los muchachos de hoy se conectan para conversar sobre tonterías. Resultaba mucho más arriesgado llamar por teléfono y que se pusiera tu padre que enviar un mensaje a un chat como hacen ahora. Y, además, me daba una vergüenza horrible acercarme a ti.

Costaba admitir que estuviera enamorado, aunque con zumo de limón apuntase algo parecido en el ridículo diario que llevaba en mi libreta de sucio de matemáticas. De hecho, no tenía idea de que «enamorado» fuera la palabra que corresponde a esa angustia gástrica, similar al hambre pero que no es hambre, que me torturaba por no saber de ti. Sólo equivalente en intensidad al desconcierto que me hubiera provocado toparme contigo por la calle de improviso.

Algún viernes bajé del autobús de la academia de pago de Conchita Tatay en una parada próxima a tu colegio. A la sombra de los plátanos de la Gran Vía Fernando el Católico, esperé tieso sin distinguírte hasta que salieron todas las alumnas del Jesús-María y luego me largué corriendo a casa. Hice eso, ya ves. Años después, di vueltas alrededor de la discoteca Bounty y de la Tasca Amarilla, escrutando tu rastro en las huellas de mistela que dejaban tus compinches de pubertad en llamas. Pero nada. Desapareciste. Te borraste del mapa. No diré que te perdí porque aún eres una realidad obvia, incluso en este misterioso más allá desde el que me manifiesto, sino que permaneciste latente entre mi dermis y mi epidermis, dormida y enterrada ahí donde se me espiga la piel de gallina.

No he vuelto a cruzarme contigo en casi tres décadas y media.

Tampoco adivino qué aspecto tendrás en la actualidad. Si estarás viva. Si después de todo no habré redactado la carta de un muerto a otra muerta, sin nadie que la reciba. Un sobre devuelto al cartero por destinataria desconocida. ¿Destinataria anónima?, sería metafórico.

Qué fue de ti, Eme. ¿Te casaste? Algo oí de una boda sonada en el club de tenis Valencia con Sánchez, que era mi compañero de pupitre en la academia de pago de Conchita Tatay. En el recreo lo apodábamos Blan-blan porque era blanco y blandito, o el Mantecoso, por las mismas razones.

¡Sánchez y tú! Sería demasiada casualidad, ¿no? ¿Cómo os conocisteis? También él se esfumó. Para mí sois una leyenda. Figúrate, la novia de mis sueños de pequeño supuestamente casada con mi antiguo camarada de clase, justo con ese con el que recorría el patio escolar cogidos por los hombros pregonando:

—¿Quién juega a indios y vaqueeros?

Hazte cargo del dolor de mi dolor.

Cuando me lo contaron me quedé desolado, igual que si otro usurpase mi maravillosa historia junto a ti desde el comienzo. Tal que si me dieran un cambiazco de biografía desterrándome a un sobrevivir gris y monótono. Y a partir de ahí otra vez silencio sobre Eme y Blan-blan el Mantecoso. Os evaporasteis como si se os hubiera tragado el olvido, como si os hubierais fugado a un planeta desierto. Ninguna noticia

más.

O tal vez no hayáis salido de la ciudad ninguno de los dos y simplemente nuestros pasos no han vuelto a cruzarse. Caprichos del azar. Podría ser...

Debió sentir algo parecido aquel perro callejero —¿Qué nombre le pusimos? ¿Tiro? El que, cuando pasó aquello, tu padre metió en el maletero del coche y soltó a muchos kilómetros de los viejos apartamentos y jamás reapareció. El mismo mundo, pero un paisaje cambiado. Personas, pero otras personas. Un destierro perpetuo e interior.

Ayer, como todos los días, quedé a tomar un café con leche fría con mi desarraigo existencial en el bar Nodo. Ese bar era mi basílica de San Pedro, mejor dicho, de San Miguel camarero, y el resto de los bares de Valencia ni más ni menos que la Iglesia universal de mi religión de marido abandonado. Los rotos y los excluidos podemos ir a cualquier bar a confesar soledades a quien atiende la barra y tener la certeza de que seremos escuchados y perdonados por dar el coñazo. El Nodo era mi confesionario, mi máquina expendedora de absoluciones y copas de Magno.

Estaba pues en la barra del bar dejando pasar el tiempo entre coloquios de otros con otros, fumando un Fortuna, cuando una elegante señora de mi quinta, pelirroja con pecas pintadas —la llamaré Ella—, sentada junto a la ventana que da a la calle Sorní, me miró por encima del hombro del que sería su marido con expresión de «¿Recuerdas, Jaime, que aquí se podía fumar sin molestar a nadie y pasábamos la tarde con apenas un café?». Y yo sí conservo en la memoria aquel torrente de palabras, gestos y secretos amorosos de cuando aún éramos estudiantes. Aquellos primeros cigarros apagados en el platito de la taza del café y aquel bisbiseo de rodillas que se refregaban por debajo de las mesas del Nodo. Aquel derroche de horas jugando al mentiroso, por supuesto que lo recuerdo. Pero no con Ella sino con otras más parecidas a como será su hija, si es que tiene una hija, claro. Con alguna jovencita esbelta y muda posterior a ti, Eme.

Mi vida fue un espejismo posterior a ti, supongo.

Buscarse de por vida y no desvelarse jamás, ¿eso nos pasó? Todo es posible en este laberinto urbano de Valencia donde tú y yo declinábamos a la par, aunque cada cual envejeciera siguiendo su propio itinerario, Eme. Ya fueran itinerarios que avanzasen en paralelo, entrecruzados o en continua bifurcación. Éramos hormigas merodeando el pozo del mismo hormiguero junto a la suela del zapato de Dios.

Quise preguntarle a Ella:

—¿De qué la conozco, señora?

Pero cuando busqué otra vez su mirada ya no estaba. Los bares son así de misteriosos. En su interior todavía fluyen conversaciones gratuitas, se diserta sobre lo que cuenta la prensa local y se espera sin esperar nada en particular. Se comparten sueños revolucionarios, quinielísticos o sentimentales. Lo humano resiste en la panza de los bares. Ella, por ejemplo, la pelirroja del Nodo, me hizo el favor de verme, ¿quién ha hecho tanto por mí últimamente?

He fallecido de puro exiliarme de mi tiempo. Yo ya era un difunto que caminaba por ahí y se sentaba a observar a los vivos, sólo me faltaba morirme del todo. El bar Nodo será el castillo por el que arrastrará cadenas mi alma, condenada a penar eternamente su nostalgia de tus trece años.

Y el cementerio de Valencia será mi próximo hogar, mi nueva ciudad, la de los

muestrados. ¿Sabes que el cementerio de Valencia se organiza igual que la ciudad de los vivos? En el centro resisten los panteones de las familias pudientes, palaciegos, ventilados y amplios; luego, formando círculos concéntricos a su alrededor, se expanden distintos barrios de nichos ordenados como edificios de apartamentos, y, finalmente, a las afueras de tal colmena, quedan las fosas comunes, con su no sé qué de chabolismo, pringue y endogamia. Hasta el cementerio tiene que ver con las fantasías urbanísticas en Valencia.

Che, siento una rabiosa nostalgia por la Valencia que fue, la de cuando éramos pequeños. Venero la ciudad gótica y los barrios con vida de barrio. Y declaro mi enemistad perpetua a esos nuevos edificios de Calatrava, desmesurados, fuera de escala, que han convertido mi Valencia centenaria en un plató para películas del espacio. Pero ¿a quién le importa lo que piense un borinot como yo?

Mira, Dios quiera que me hayan quemado y que mis cenizas floten por ahí y que tal vez tú las hayas respirado y en ese momento sin darte cuenta te hayas acordado de mí. Ser humo para tus pulmones sería darle cierto sentido final a este silencio de treinta y tantos años. Sería como si hubieras fumado de alguna parte de mi cuerpo, al menos eso, aunque suene poco fino.

Envío esta carta a Valencia, a casa de tus padres. No tengo otra dirección, es la que me diste en aquel lejano entonces. Espero que, por una vía u otra, acabe en tus manos. Para mí es importante que llegues a leerla.

Fuiste el amor de mi vida, morí echándote de menos. Si hay eternidad, allí te espero, por si te apetece saludarme y comentar este testamento tan inusual. Prometo que vaya donde vaya velaré por ti.

Tranquila, no me apareceré. Como criatura del otro mundo estaré pendiente de que te vaya bien, sólo eso. Pediré por tus intenciones.

Aquel beso que inventamos en la adolescencia fue lo único bello, lo único inolvidable que me ocurrió mientras todavía respiraba.

Adiós, Eme. No molesto más.

Sé feliz, yo lo era cuando pensaba en ti.

¿Alguna vez imaginaste que recibirías una carta como esta? El amor es inmortal, yo lo creo. Mi amor por ti es infinito, pero, por desgracia, yo no. Aquí me quedo, el amor sigue.

El amor no mata, hace prisioneros. Yo lo fui tuyo toda mi vida.

Te quiero, Marina, eso fue todo.

CAPÍTULO 1

En los viejos apartamentos Garbí de Frontera de Aragón, entre marzo y noviembre, el amanecer se inicia cuando una alfombra amarilla de luz comienza a deslizarse imparable por el césped de la zona común igual que una marea que asciende por la playa. A continuación, los saltitos y el griterío de los gorriones recién despiertos le ponen al jardín un fondo sonoro de cielo de barraca en la huerta valenciana; no en vano los viejos apartamentos al principio estuvieron rodeados por campos de naranjos. Las largas sombras debilitadas que a esa hora proyectan los pinos y los tres chopos del fondo del jardín ya no pueden considerarse, ni mucho menos, restos de la oscuridad precedente, puesto que no enfrían como enfriaba la noche.

El aire se hincha de claridad casi de repente.

Madruga de forma apacible, con naturalidad, con deleite, en los viejos apartamentos. Antiguamente cabía añadir a este protocolo diario el toque de la flauta del afilador o los bocinazos de la furgoneta que repartía el pan.

Y es en ese instante cuando cotidianamente se conecta el riego automático de la explanada de césped de la zona común, cuando una docena de grifos a la altura del tobillo, repartidos por aquí y por allá, se abren para lanzar su curva giratoria de agua, llenando el decorado de brevísimos arcoíris. Empapando además el camino de baldosas cuadradas que por delante de los viejos apartamentos sube desde el tenis, pasando por la piscina, hasta el aparcamiento. O baja, según la dirección en que se camine.

Los aspersores siempre sorprenden con su tris tras, tris tras, tris tras, a una u otra ardilla que, flotando sobre la hierba dorada por los primeros rayos de sol, se había alejado mucho de los árboles en busca de algo que echarse al estómago. La roedora pelirroja huye entonces disparada. En los

Garbí la sonrisa de las ardillas es pegadiza. Lo mismo que su curiosidad y su melancolía. Podríamos decir que forman parte del delicado ecosistema sentimental de los viejos apartamentos, de su significado.

Afortunadamente, en la sierra Calderona, pese a su proximidad a Valencia y el consiguiente cerco inmobiliario que padece, aún quedan suficientes ardillas supervivientes como para que no falten en ninguno de los chalés que se han construido. Entre las copas de los pinos de estas montañas redondeadas por el paso de las invasiones de moros y cristianos subsiste por lo menos una ardilla para cada niño. Hay tantas como niños; este sería un buen resumen zoológico de la Calderona. En Náquera, Serra, Porta Coeli o Frontera, una ardilla podría cruzar el último siglo sin preocuparse jamás por el calendario, saltando de infancia en infancia, de nostalgia en nostalgia, de padres a hijos.

Estos viejos apartamentos Garbí, que ahora se ven decaídos y gastados, vencidos por el transcurso de los inviernos, hace cuarenta años constituían un verdadero palacio de verano de clase media. Cada apartamento costó sus buenas cien mil pesetas de la época; muy caro, sí, aunque lo normal, teniendo en cuenta lo amplia que era la explanada de césped de la zona común, la pista de tenis de cemento rosa, la piscina olímpica y la deseable condición de gente conocida de todos los propietarios. Y que, desde luego, se trataba de un complejo con jardinero propio y acciones para agua de pozo.

En aquellos inocentes setenta, poseer un apartamento como estos, ya fuera en Gandía, El Perelló o Frontera, se consideraba la culminación del sueño español. Tras el Seat 600 y la tele en blanco y negro, sólo quedaba poder pagar el préstamo de un apartamento en una urbanización a las afueras, higiénica y con agradable vida social, para que se colmara la última ambición del *typical spanish way of life*. Dejar atrás las paellas del domingo cocinadas sobre tres piedras en la parcela del campo con la suegra sentada en una silla plegable y sustituirlas por una terraza rodeada de grillos en que poder disfrutar de una copita de anís del Mono con hielo después de cenar, eso era cuanto un cabeza de familia de aquel triste entonces podía reclamarle al desarrollo de un país que se ponía el pijama sin quitarse calcetines ni calzoncillos para dormir la siesta.

En los setenta, a los niños de ciudad se los llevaban al pueblo o al apartamento a mediados de junio, en cuanto cerraban los colegios, y los dejaban allí pasturando hasta mediados de septiembre, en cuanto abrían los colegios. Aquello no eran vacaciones sino estiaje, abandono estacional, auténtico veraneo. Trashumancia infantil.

Los recuerdos de aquella generación de niños asilvestrados, criados sueltos y en bici, a los que la saliva de su madre acompañada de un «cura, sana, cura, sana, culito de rana, si no se cura hoy se curará mañana» calmaba cualquier dolor y cerraba cualquier herida, habitan todavía en la penumbra de los chalés de la sierra Calderona. Y también lógicamente en los viejos apartamentos Garbí, junto a la luz amarilla del amanecer, los inquietos gorriones y las ardillas de todas y cada una de las infancias.

Jaime Monzón siempre tuvo el corazón anclado en los viejos apartamentos Garbí; ahí donde un castigo de sus padres enterró al niño que fue, ahí donde se originó su discontinuidad biográfica, ahí donde permanecía vivo su primer amor.

La madrugada de 2016 en que arrancaron los hechos que tanto iban a cambiar las vidas de Pablo, Pelarañas y Mariola, precisamente Ella estaba durmiendo desnuda en el viejo apartamento de los padres de Jaime. La sábana por debajo de su brazo dejaba a la vista, pegada al hombro, una cicatriz de vacuna de la viruela, elíptica como la huella de un beso. Y aquella cicatriz la señalaba como nacida en los sesenta igual que el hierro habría marcado a una hermosa yegua, aunque las piernas larguísimas de Ella evocaban más bien la esbeltez de una cierva.

Las pecas de las mejillas no se le habían despintado.

El cabello pelirrojo, pródigo y rizado, se repartía por la almohada adoptando la extensión exhibicionista de una estrella de mar sobre su roca. Respiraba lentamente, satisfecha, en paz. Algo en aquella desnudez indiferente transmitía la plenitud de una diosa madre cuyo monte de Venus hubiera encajado anoche la embestida de un guerrero lanzado al galope. Reposaba tan complacida como una mantis religiosa sexual, agotada después de haberse tragado a su amante por la vulva, haberlo digerido en el útero y finalmente haberlo vuelto a expulsar, haberlo vuelto a parir, haberlo vuelto a renacer.

Descansaba con la conciencia tranquila de quien posee la fuerza de la resurrección en el centro mismo de su coño.

Del desfiladero vertiginoso que separa sus pechos, desde semejante valle húmedo, blanco y angosto, emanaba un perfume parecido al de la leche hervida en cualquier recuerdo remoto de una muy fría y entrañable Navidad, complaciente, sensual, femenino, que transformaba la atmósfera de aquel dormitorio en una apasionada prisión, en un harén de una sola esposa, en un laberinto del que está prohibido querer escapar. En un «Me sobra el camisón». En un hogar.

Costaba respirar sin embriagarse. El aire del dormitorio se percibía sólidamente cargado de un cálido olor a piel de Ella. Además, uno de sus pies, que se asomaba por debajo de la sábana arrugada, dejando a la vista una pulsera de cuero, el pequeñísimo tatuaje de una mariposa en el tobillo y las uñas pintadas de granate, ayudaba a confirmar esa idea de que quien tan plácidamente dormía ahí era una mujer amada con locura por un hombre de su propiedad.

Sobre la mesilla de noche, ciertos versos recién escritos adrede para ser leídos con el desayuno:

TE PROMETO QUE NO TARDO

Volveré

Antes de que te des cuenta de que me he ido

Volveré

Antes de que te despiertes asustada

Volveré

Antes de que salgas a buscarme al jardín

Volveré

Antes de que grites mi nombre al aire

Volveré

Antes de que preguntes a los tres chopos por mí

Volveré

Antes de que empieces a hacerme perdidas

Volveré

Antes de que te cuenten que he muerto

Volveré
Antes de que encuentren mi cuerpo quebrado
Volveré
Antes de que rompas a llorar sin consuelo
Volveré
Volveré
En cuanto resucite y ni un minuto después
Volveré
En cuanto haya puesto mi edad a cero
Volveré
En cuanto recupere el tiempo que me robaron
Volveré
En cuanto me desprenda de quien no quise ser
Volveré
Volveré
Te lo juro
Volveré
Sí
Volveré
Voy me mato resucito y vengo
Vuelvo
Amor mío te prometo que no tardo
Ya estoy volviendo

No había salido el sol de forma diferente en los Garbí aquella madrugada de 2016. Y dos ardillas escaparon hacia los pinos en cuanto vislumbraron que, a primera hora, antes incluso de que se encendieran los aspersores, un hombre con gafas y cabizbajo salía de puntillas de uno de los viejos apartamentos.

Sí, ese amanecer, tras dejar al alcance de la mano de Ella el poema que compuso la noche anterior, Jaime Monzón besó sus labios entreabiertos, con suavidad, para no despertarla. Salió de la habitación sigilosamente, evitando hacer ruido. Se puso los zapatos también despacio en el comedor. Cerró la puerta del viejo apartamento sin dar un portazo. Bajó al jardín.

Asustó a una ardilla. A dos, en realidad. Subió al aparcamiento. Se metió en su antiguo Opel Corsa gris mercurio. Arrancó. La vibración del motor hizo bailar las alpargatas en miniatura que colgaban del retrovisor. Y puso rumbo al accidente que tenía previsto sufrir en el barranco de Matacartujos, ¿dónde si no?

Aquel día de 2016, a la misma hora en que Jaime Monzón se suicidó, durmiendo desnuda en la cama de matrimonio del viejo apartamento de sus padres, Ella todavía soñaba con él.

El mismo 21 de abril de 2006, pero ya muy tarde

Querida Eme, se conoce que no he tenido suficiente con la carta de despedida de antes. Vuelvo a por más.

No dejo de darle vueltas a todo. No te me vas del pensamiento. Escribirte ha sido como reencontrarte y descubrir que me he pasado la vida pensando en ti. Que he vivido gracias a ti y también por tu falta. ¿Sientes algo parecido?

Estoy muerto, pero no me resisto a seguir escribiendo.

La muerte es una puerta que tarde o temprano todos cruzamos, aunque nuestro pasado no. Tras la muerte puede que haya otro futuro, pero no el mismo pasado de cuando estábamos vivos. Ese se queda fuera, igual que se resignan sentados en la calle los perros de las visitas en las casas acomodadas. Lo que fuimos, lo que amamos, lo que sufrimos, después de la muerte se pierde eternamente.

Eme, tú aguantarás por Valencia todavía un tiempo adicional; sin embargo, yo ya crucé esa puerta última y no pude llevarte en mi memoria al otro lado. Donde ahora estoy no se toleran nostalgias ni arrepentimientos; por eso te vuelvo a escribir, para contarte que mi corazón te fue fiel mientras estuve vivo y para decir adiós. Después de morir te he olvidado a la fuerza, conque si aún en vida también tú me olvidaste, pues está visto que mi tránsito se ha consumado por entero.

Soy un muerto rematadamente muerto.

Y, como ves, este muerto, desde el principio de su muerte, siente nostalgia de la vida. Pero, extrañamente, de una vida no vivida, la que pudo haber disfrutado contigo y que se le escapó de las manos por aquello que nos hicieron.

Por eso, antes de que se borrara mi memoria y se perdieran para siempre mis emociones, antes de apagarme eternamente, necesité revivir aquel verano del setenta y tres, aunque fuera por última vez; aquel amor, aquella luz amarilla al bajar de la piscina al atardecer, aquel buscar cualquier excusa para hacerte cosquillas, aquel beso recién nacido... Sí, aquella forma tan atrevida de besar que nos inventamos tú y yo.

Éramos del todo inocentes. No esperábamos aquel beso, yo ni siquiera te había solicitado ser tu novio previamente. Eme, nuestro primer beso sobrevino de forma repentina, tan precoz que en aquel tiempo todavía no habíamos concertado con nuestros compañeros de curso que para poder besar a una chica le debías consultar de antemano si querría salir contigo. Algo parecido a solicitar permiso; eso, lo que se conoce como «pedir salir». Yo no te pedí salir, tú no me respondiste que sí y, sin

embargo, nos besamos.

Estábamos demasiado verdes para tanto ardor.

En plena revuelta te rocé el pecho, tu proyecto de pecho. Te lo rocé de lado a lado, a conciencia, por cierto, y pedí perdón en voz baja, acalorado. Ardía. Llevabas un vestido marinero con un lazo en la espalda, sin mangas. Fue un morreo precioso. Inocente, ceñido, inquieto, fugaz.

Nos recuerdo tumbados sobre el césped de la zona común de los viejos apartamentos mirando las estrellas después de cenar. La noche nos hacía invisibles para el mundo, el resplandor de las farolas del jardín no llegaba ni a rozarnos. A lo lejos se escuchaba parlotear a nuestros padres en la terraza. Y así, sencillamente, nos asaltó el beso.

Horas más tarde, de madrugada, se desató la primera tormenta de aquel final del verano.

¿Quién empezó, tú o yo? ¿O el prelude lo negociamos a tientas? No sé. Me subiste las gafas como si fuera un motorista y de pronto te notaba ahí, respirando el aire que yo había respirado ya. Más que el sabor de tu saliva, me asombró su temperatura templada y la tersa maleabilidad de tu labio inferior al tacto de los míos. Lo instintivo que resultó mordértelo y que tú me los mordieras, como si probases una ciruela húmeda, y el inesperado papel protagonista que aceptaron nuestras lenguas. Me dejó pasmado aquella coreografía de lenguas parecidas a peces voladores que saltan, chocan y caen entrelazados a un mar embravecido. Por entonces yo ignoraba que besarse pudiera implicar abrir la cancela del cuerpo para que la lengua escape como alma que lleva el diablo, persiga a otra lengua, igualmente esquiva, y explore y remarque el perímetro de una entrada recién obtenida.

Yo no sabía que se besaba con la lengua. La mía, de hecho, se soltó sola, como por inspiración divina. En los besos de las películas de vaqueros no se distinguían las lenguas.

Bebimos la saliva de nuestros labios con avidez, con la sed de quien vuelve de un desierto. Y nos quedamos asombrados por nuestro atrevimiento, ya que nadie nos había anticipado que sorbernos las bocas sería tan bonito. Por eso estoy convencido de que fuimos los primeros en probarlo, porque antes de ti y de mí, por lo visto, los amantes se comían, pero no se bebían.

Así que, empujados por aquel deseo lunático, improvisando, creamos este artificio nuevo para mostrarse amor: el beso con lengua. En mi opinión, aquel beso constituye el más intuitivo que se dio en el siglo XX. Porque fue inédito. Fue imparable. Fue moderno. Fue total. Porque fue un verdadero invento.

Tú y yo somos los coinventores del beso. Sobre tus labios se inventaron los besos en la boca con lengua, espero que hayas presumido de tal dignidad a lo largo de tu vida.

¿Qué habrá sido de ti? Éramos tan jóvenes que, después, a lo largo de los años, podría haberme tropezado mil veces contigo sin reconocerte. Trágico, no puedo digerirlo. ¿Te interesaste por lo que fue de mí? ¿Alguna puesta de sol te devolvió a Frontera? ¿A las partidas de moros y cristianos en aquel solar al que llamábamos, no sé por qué, el Secreto del Arroz? ¿A tu bicicleta BH con cesta? ¿A mi compañía de tímido escolar cuatrojoso? Che, cuántas preguntas. Lo siento, Eme.

¿Sabes?, aquellos lejanos julio, agosto y septiembre en los que el aire quemaba,

cuando cada sábado nos recolectaban y nos conducían a misa de siete, yo procuraba sentarme a tu lado en el banco de la ermita de Frontera. Pegaba mi antebrazo al tuyo y me decía a mí mismo: «Si no lo aparta es que se va a casar conmigo».

Nunca te separabas, así que al comulgar rezaba para que el día de mañana fueras mi mujer. Cándido, iluso...

El giro crónico de las aspas de los ventiladores mezclaba su monótono murmullo con el golpeteo de los abanicos abiertos contra el balcón del pecho enlutado de las viudas y con el canturreo periódico de las beatas. Incluso a los santos demasiado policromados de los altares laterales y a las moscas les vencía el calor y el sueño.

—Daos fraternalmente la paz. —Y yo notando cómo se erizaban las hebras casi blancas de tu brazo soldado al mío.

—La paz sea contigo.

Tu mano en mi mano y yo encogido, sofocado por la inesperada reacción de mi naturaleza bajo los cortos pantalones milrayas de aquel verano. Sudando gotas de amor puro, sin aditivos ni pigmentos, en la atiborrada misa de los veraneantes, en aquella ermita acicalada como un merengue con cúpula de tejas azules.

Ese verano, con material sobrante de cualquier obra y dos o tres piedras grandes, construimos una cabaña en una cavidad de un par de metros abierta en un terraplén al borde de un camino de tierra algo alejado de los viejos apartamentos. ¿Sonríes? Yo también. La llamamos, eso es, *la Cueva!*

Allí jugábamos a la verdad, fumábamos Piper mentolado y tosíamos. Nos asustábamos con anécdotas escabrosas y dejábamos transcurrir perezosamente las horas interminables. Riéndonos de todo y discutiendo por todo. Amontonándonos, quitándonos la palabra, coleccionando alacranes y renacuajos en botes de melocotón en almíbar. Autónomos como náufragos en una escuela de robinsones, libres igual que golondrinas, más ingenuos que los pastores del belén.

Mis dos primos, Nacho el Bizconde y Joseán el Gordinfli —¿recuerdas sus bigotitos incipientes?—, tú y yo, con las rodillas cubiertas de costras y el dorso de las manos de calcomanías, en la Cueva atravesamos en comandita el mediodía de la inocencia. Allí nos desprendimos juntos del plumón de la niñez. En aquella cabaña dimos cuenta del corte de solomillo más sabroso de nuestra infancia como culebras que se alimentasen con sus propias mudas de piel.

Fueron mis mejores vacaciones, quizá las únicas. Che, fue mi mejor verano.

Ya no regresaste. Después de aquello que pasó, supongo que tus padres evitaron que te viera más y no volvieron a alquilar uno de los viejos apartamentos.

¿Has guardado nuestro secreto todos estos años? Yo sí. Te lo juré y he cumplido. Bien sabes que no fue culpa mía, tampoco tuya. Es ridículo hablar de culpas cuando se trata de algo tan hermoso, aunque ni en tu casa ni en la mía nos entendieron. Me gustaría que nada hubiera ocurrido tan pronto y que nadie nos hubiera prohibido crecer juntos. Te he llevado a lo largo de la vida en el recuerdo como te habría llevado de la mano. Jamás te borraste de mí. Aquello que sucedió y la noticia que ocultamos desde entonces me hicieron el tipo melancólico que he sido. Un desdichado.

Tendrías que haberme visto antes de morir, todavía con mis cejas de mapache, mis gafas de búho sujetas con una goma por detrás de la cabeza para que no se me cayeran, mis orejas de chimpancé y mi nariz de perro que se movía sola como la de un

sabueso. Mi rostro ha seguido valiendo para cartel de zoo, como me decías y te mofabas. Eso sí, con menos pelo y sin flequillo, pero con la misma cara de caricatura que recordarás, si es que me recuerdas.

Si cierro los ojos aún puedo vislumbrarte explicándome que yo era lo bastante feo para ser guapo, que para ser un hombre tan masculino como los cantantes italianos había que ser muy feo, con mandíbula voluminosa, pelo grasiento, nariz con puente y todo eso. Pues me lo creí. Qué tonto.

He sido un oficinista pedante, fumador, alérgico y viejo verde desde joven, eso sí. Un ratón de biblioteca a la caza de cualquier información que tenga que ver con mi querida ciudad de Valencia también. Muy valenciano, aunque paradójicamente fuera monógamo por vocación y no supiera hacer paellas. Un auténtico ninot de falla, si bien lo miras.

No pienses que fui raro, aunque sí un tipo diferente. El último romántico.

Un volcán de pasiones sin explotar sería una buena metáfora de mi personalidad retenida. El típico personaje serio por fuera, aunque gracioso por dentro, que resulta cómico sin pretenderlo o, al revés, que suena trágico cuando hace un chiste. Sabes a lo que me refiero, ¿no? La gente se tronchaba cuando yo decía algo porque siempre creían que era de broma, aunque no lo fuera. Por otro lado, no conseguí llegar a ser novelista ni poeta, como ambicionaba. O sea que sólo fui lo que se podía esperar de mí, pero sin ti.

¿Quién sabe si contigo hubiera conseguido convertirme en el gran escritor, intelectual a fuer de cuatros, con el que soñábamos juntos? Eso ya nunca pasará. De este gusano no salió ninguna mariposa, se quedó en capullo.

En el corazón tengo un pozo de memoria inagotable sobre el verano del setenta y tres. Puedo pasarme siglos hablando del tema sin aburrirme, pero no dispongo de tanto tiempo. Debo ir terminando. Me he ido como se fue Tiro, tu otro incondicional.

Tiro era el guardián de la Cueva. Aunque se volviera loco de celos, persiguiera agricultores que pedorreaban en su Mobylette o ladrase por vicio a transeúntes y ciclistas, no habrá otro amigo más digno de confianza. Ni más fiel. Nuestro sabueso de los Baskerville. Nos acompañaba en las excursiones, peleaba en nuestro bando contra la pandilla de los Esqueletitos del Vietnam y dormía la siesta a la sombra de un algarrobo, mientras nosotros chupábamos el polo de hielo nuestro de cada día.

Por mi parte, yo también te escoltaba como un chucho devoto y celoso, pendiente siempre de dónde estabas y qué hacías. Seguro que lo notabas. Si me hubieras tirado un hueso habría saltado, lo habría cogido al vuelo y habría dado vueltas luego alrededor de tus piernas persiguiendo mi cola, alborozado y dichoso por tu atención. Si me hubieras acariciado la cabeza, te habría dado la pata. No creo que te hayan vuelto a adorar como te idolatrábamos Tiro y yo, mi santita patrona de las palpaciones primerizas.

Nos despedimos cuando llegó septiembre. El día después del secuestro y desaparición de la hija del subgobernador civil, imposible omitirlo.

Antes, septiembre se presentaba en Frontera con rayos y truenos, lluvias copiosas, cortes de luz, velas para alumbrarnos en el viejo apartamento y cierta tristeza doméstica en la mirada de mi madre al ponerse a forrar los nuevos libros de texto. O a coser etiquetas con nuestros apellidos en mi camiseta de gimnasia y en la rebeca azul

marino del uniforme del Sagrado Corazón de mis hermanas.

Fue al final de la que resultó ser la última tarde del veraneo, el día en que te llevaron de vuelta a la ciudad, cuando yo, con las sandalias hundidas en el barro, temblando, te di mi dirección en un papelito. Las tormentas habían pasado ya, dejando el suelo cubierto de charcos. Gigantescas nubes rosas y verticales filtraban una deslumbrante claridad otoñal sobre la Cueva. No sé si rondaba alguien más a nuestro alrededor, tampoco importaba.

—Por si quieres escribirme, Eme.

A continuación, me diste la tuya.

—Me tengo que marchar antes de que descubran que no sigo castigada en la habitación, mis padres me van a matar o algo peor por lo de ayer, pero no me importa, no me arrepiento —dijiste.

—Escríbeme, por favor..

Los besos de las dos noches anteriores nos ahogaban. Titilaban en nuestras voces. Prometimos regresar el verano siguiente. Quise añadir algo, pero no me salió más que un gesto mudo.

Besaste rápidamente mis labios y te fuiste corriendo. Me quedé solo en el barrizal como otro arbusto empapado, perdido en el paisaje crepuscular. Después de que te metiera tu padre en el coche, no volví a verte nunca.

Han transcurrido treinta y tantos años y allí sigo, en la Cueva, aquella tarde tras las tormentas, sin saber cómo decirte: Eme, te quiero.

Me encantaría contarte lo bueno y malo que me ha ocurrido a lo largo de los años. Tengo cientos de sucedidos que compartir contigo, pero ya no queda tiempo. Mis soledades y mis fracasos también te los debo. Querría hacerte la lista de las diez mujeres que más me gustaron, sobre todo actrices americanas, una compañera de la que no fui novio en COU, la novia de mi amigo Romerales, una diseñadora gráfica que pintaba dragones, mi ex y todas las modelos de tallas especiales.

Siempre me han gustado las chicas de mi generación, che. Jóvenes cuando yo era joven y maduritas ahora que yo lo soy. Por eso creo que ayer me impresionó enlazar una sonrisa con esa señora a la que llamé Ella, porque su belleza reflejaba la misma nostalgia por los años perdidos que a mí me ha matado, mejor dicho, que me quitó las ganas de seguir viviendo.

Yo era, lamento tener que confesarlo, el típico tío al que se le nota cuando mira a las chicas. A menudo, en verano, cuando las blusas se vuelven de ala de mariposa y los escotes se abren para respirar y expulsar el calor del seno, me tenía que corregir a mí mismo: «Jaime, Jaimito, ¿quieres hacer el favor de mirar a esta chica a los ojos, que se está dando cuenta de que mientras le hablas le estás mirando las tetas?».

No lo podía evitar, se trataba de un gesto automático.

Estoy seguro de que, incluso cuando mis pupilas se entretenían con el vaivén del culo de una mujer que caminaba delante de mí, la observada, pese a estar de espaldas, percibía mi contemplación como si fuera un toqueteo o una palmada. No tuve la mirada sucia, pero debí tenerla sólida porque se dejaba sentir fácilmente. Las mujeres tenéis sensibilidad para eso.

Por cierto, ya que viene al caso, te aclaro que mi ex no es ni mucho menos guapa. Vista de cara sólo resultaría hermosa si fuera caballo, por sus dientes más grandes de

lo normal, aunque no muy amarillos, y sus gafas bifocales con un cordón colgando como si fueran las riendas. Y que no para de hablar jamás. No obstante, eso tiene sus ventajas; por ejemplo, puedes cenar enfrente entretenido en tus pensamientos como si estuviera la radio puesta, sin necesidad de pronunciar ni un monosílabo. Para gustarnos al Genio y a mí no hacía falta mucho, ambos somos muy de bailar con la más fea (menos en tu caso). Hice más el amor con la historia de Valencia en los libros que con mi ex en la cama, aunque con mi ex tuve dos hijos y con la historia de Valencia ninguna novela. Así de cruel fue mi historia.

Además, te presentaría la lista de mis diez películas favoritas, mucho western y alguna comedia romántica. Y mis diez canciones inolvidables, mi top ten, incluyendo La estrella de David de Juan Bau, que, Dios sabrá la razón, me evoca nuestras tertulias absurdas pero ineludibles comiendo pipas sin parar. O tu bañador mojado que se te pegaba al vientre marcándote el ombligo. ¿Por qué esa canción me recuerda tanto a tu bañador empapado? Otro enigma que dejo sin resolver.

Tal vez sonara en la radio de la tieta Encarna, apretada con gomas para que no se le escapasen las pilas o los cables, cuando al atardecer salía a sentarse un ratito en un banco despintado de verde del jardín de los viejos apartamentos, mientras nosotros volvíamos del último baño del día envueltos en nuestras toallas.

O tal vez La estrella de David fuera la banda sonora de los meses desesperados que siguieron al verano, el villancico amargo de aquella Navidad de lágrimas. No sé, el caso es que esa canción me traslada a la piscina de los Garbí. A tu risa de ardilla después de empujarme al agua. A tu lado.

Hay muchas cosas que no te dije ni ya te diré. De mí no queda más que un silencio, se me ha llevado el viento. Ahora soy un recuerdo. Sólo un recuerdo, nada más. Alguien que fue, que pasó, que desapareció. Un espectro. Un escalofrío por tu espalda cuando a medianoche apagues la última lámpara para irte a la cama. Aire, en definitiva.

Me habría gustado que Ella, la mujer pelirroja con las pecas pintadas que ayer me miró por encima del hombro de su marido en el bar Nodo, hubieras sido tú. Habría hecho lo imposible para reconquistarte.

Te quise tanto que no hay palabras suficientes para expresarlo. He muerto de amor por ti. Con treinta y tres años de retraso, vale, pero de un amor tan puro que jamás caducó.

Yo he descansado, pero no en paz. Aquí debió haber ocurrido algo.

Adiós, Marina. Trazo la señal de la cruz sobre tu rostro en la foto con trenzas y te beso después. Adiós, Marina, vida mía.

CAPÍTULO 2

2016, diez años después de aquellas dos cartas de despedida.

—Pablete, papá se ha matado.

—¿Qué dices, Luisa? ¿Papá?

—Sí, Pablo, hostias, papá. Ha llamado la Guardia Civil.

—¿¡La Guardia Civil!?

—Sí, coño, reacciona. Ha sido un accidente de coche.

—Luisa, por favor.

—No pudieron hacer nada, joder.

—¿Lo sabe mamá?

—Sí, estaba con el Genio en la agencia de los cojones y ya viene a casa.

—Luisa, digo Pelarañas, ay, papá, papá.

—*Finis miseriae mors est*, Pablete.

—¿Qué dices, Pelarañas?

—Nada, *cagoentodo*, nada. Que el pobre papá ha muerto. Ya está.

Pablo colgó el teléfono, cerró los ojos y las lágrimas le brotaron como si tuviera un grifo en cada par de párpados. Lloró igual que los payasos en el centro de la pista, regando al público. En un primer momento, no se creyó la noticia, le sonó a mentira. Una broma pesada o algo así. Luego, seguía sin aceptar que fuera cierta, pero lloraba. Pablo no sabía llorar, pero lloraba. Aún no percibía esa tensión en el cuerpo o esos puños cerrados que suelen acompañar al dolor más intenso, aunque lloraba. Algo se le estaba desmoronando por dentro. La desolación bajaba por su garganta buscando las entrañas. No estaba preparado para esto.

El pasado domingo por la tarde habían paseado juntos y despacio por el parque del viejo cauce del río Turia, hablando por los codos de que las bicicletas siguen atropellando abuelitos por la acera, pese a que el nuevo carril bici se ha comido el asfalto en la calle Colón, y de la rehabilitación

del barrio del Carmen que nunca va a llegar («Valencia siempre Valencia, Valencia es más un personaje que un decorado para papá», se decía Pablo), y de repente estaba muerto. No. Sería un malentendido, una patraña, una equivocación. Imposible. Imposible, sí, pero lloraba desconsolado. Luego, lo creyera o no, al final iba a ser verdad. Una verdad definitiva. Una pesadilla.

Con lo difícil que le resultaba llorar y, sin embargo, sentía como si se orinara por los lagrimales.

Tenía veintisiete años y papá había muerto casi a los cincuenta y seis. Demasiado jóvenes los dos y demasiado por sorpresa. Difícil de encajar a la primera.

La relación de Pablo con su padre fue tensa desde que se separó de su madre. No muy expresiva. Sus mejores recuerdos eran los más antiguos, los de antes del divorcio. Cuando por la noche, con la luz del cuarto ya apagada, Jaime entraba, se tumbaba a su lado en la cama y le tarareaba *Moon River* al oído. Entonces, el niño se hacía el dormido, le tranquilizaba aspirar aquel olor a cansado del cuerpo grande tendido y escuchar su respiración sonora de fumador. Con el tiempo, el sordo bienestar irradiado por la protección paterna se transformó en una especie de competencia implícita entre los dos. Sobre todo, desde que el padre se marchó de casa.

El chico no comprendió nunca que Jaime cediera su sitio al Genio, al actual marido de su madre, sin resistirse, sin luchar. Que capitulase. Que fuera tan débil. Y lo convirtió, por tanto, en un culpable universal.

Comparaba al Genio con su padre y su padre siempre salía perdiendo. Se avergonzaba de que Jaime Monzón no fuera popular y el Genio sí.

El divorcio alcanzó a Pablo con dieciséis o diecisiete, en pleno complejo de Edipo, medio enamorado de la madre y entregado a la tarea de demoler al padre. Así que el chico no dudó en dictar una sentencia condenatoria: Jaime iba a ser eternamente el único responsable del absoluto fracaso familiar. Le tomó manía por su introspección, por sus misterios, por su aburrimiento, por trabajar en La Oficina, por su aliento a café con leche, por sus pilas de libros a medio leer, por las gafas cogidas con una goma tras las orejas, por el vaho que dejaba en el cuarto de baño

después de ducharse, por los ejemplares de *Historia y vida* húmedos sobre la cisterna del retrete, por no ser tan bárbaro ni tan ocurrente como el Genio, por todo.

Desde entonces, Pablo se decantó por su madre en la guerra fría que siguió al divorcio y se prometió solemnemente ante el espejo que haría lo imposible por diferenciarse de su padre y no repetir su historia. Si Jaime era culto, Pablo sería frívolo; si Jaime era reservado, Pablo sería dicharachero; si Jaime era un ermitaño, Pablo sería el organizador de la fiesta; si Jaime se había divorciado, Pablo algún día se casaría por la Iglesia con su novia Mariola; si a Jaime no le importaba el qué dirán, a Pablo le iba a importar, y mucho.

Al crecer Pablo, acabaron siendo dos machos adultos recelando en silencio uno del otro, incapaces de entenderse, pero también de enfrentarse: el padre por cobardía y el hijo por desconsideración. Pablo tenía a Jaime por un adulto menguante con todos los sueños olvidados en un armario, inquieto por si su hijo, que en principio tanto se le parece, los descubre y llega a cumplirlos. Como un viejo oso bailarín de circo aterrado por si el oseño se escapa corriendo libre hacia el bosque, un viejo oso consumido por los celos tras los barrotes de una jaula con ruedas y banderitas. Se necesitaban, se complementaban, pero a la vez se repelían igual que imanes al revés, igual que polos opuestos. Resultaban hartos diferentes para no compararse. Jaime, introvertido hasta la incomunicación. Pablo, extrovertido como si fuera relaciones públicas de sí mismo. Sobradamente contrarios en actitudes para convivir sin desasosiego.

Pablo no perdonaba a su padre no sabía qué.

Entró en el cuarto de baño del ático de Mariola. Encendió la luz. Buscó el reflejo de su propio rostro. Cuando estaba nervioso le relajaba poner caras delante del espejo. Cara de cínico, cara de gordo, cara de asesino, cara de perro. La que mejor le salía era la cara de papá. Comprimía la frente para provocarse algunas arrugas, se daba de sí las orejas, se ponía unas gafas, se recolocaba las gafas moviendo la nariz, estiraba la boca y ya estaba. Era él. Su hermana le había reconocido que lo bordaba:

—Es como si lo tuviera delante, qué gilipollas, quita esa cara, Pablo,

cagoentodo, que impresiona mucho —protestaba Luisa entre risas.

En aquel momento no se le ocurrió otra forma mejor de contener el daño que lo devoraba por dentro que poner aquella cara de papá.

Lo hizo.

Miró los ojos que le miraban. No fue el color ni la forma sino algo que había detrás de las pupilas lo que esa vez le hizo tener la impresión de que era su auténtico padre el que estaba ahí. Los ojos de su padre intentando decirle algo, observando tristes el mundo. Atentos a Pablo.

Se dobló sobre el lavabo y le volvió aquel extraño llanto incontrolado.

—¡Ha muerto! —explotó—. ¡Ha muerto papá!

Matarse en accidente será lo único extraordinario que haya sucedido en la vida de mi padre, pensó después con sarcasmo.

Jaime Monzón era un hombre demasiado corriente. Anodino. Gris marengo, por poco una sombra.

Asistió a clase en la academia de pago de Conchita Tatay y pasó por la universidad sin destacar. Luego, estuvo empleado desde el principio y para siempre en La Oficina. ¿Ascendió alguna vez? No está claro. Puede que sí, pero puede que no. Ya se sabe cómo son estas cosas en La Oficina. Aunque se explique, quienes no son del mismísimo despacho de la mismísima oficina de La Oficina no entienden muy bien en qué consiste un ascenso. Subdirección del negociado de partes de venta en formulario equivocado o de verificación de bajas ficticias por enfermedad real, algo de eso.

No se le recuerdan parejas en sus años de estudiante. Ya licenciado, dejó pasar media década en blanco, en la que se supone que no sufrió variación sentimental digna de ser relatada. Al fin conoció a su madre y futura ex, ocho años más joven en más de un sentido, y que trabajaba, ¿cómo no?, para un proveedor de La Oficina, y empezaron a salir. Todo muy formal. Todo muy normal. Todo muy matrimonial.

Después del consabido noviazgo, como se suponía que harían, se casaron, se aburrieron y ya hace una eternidad que se divorciaron. La madre volvió a casarse, ahora con el famoso Genio, y tuvo otra hija, la bolita Iris, la medio hermana de Pablo y Luisa. Jaime, por su parte, regresó a Conde Salvatierra, a casa de los abuelos, a su dormitorio de

soltero. Y ya está. Allí envejecería en soledad con la televisión encendida.

Cotidianamente, Jaime desayunaba y tomaba sus cafés con leche fría en el bar Nodo, envuelto en la nube de humo de uno o varios Fortunas. Pronto le tocaba prejubilarse obligatoriamente. Poco más que relatar. Ni un viaje caprichoso, ni una borrachera memorable, ni un amigo ilustre. Ni un amigo, al parecer. Quiso ser buena persona y buen padre, y lo consiguió por la mínima.

Protagonizó una historia insignificante, concluía su hijo. Ha muerto en accidente de coche sin que antes se le hubiera pinchado ni siquiera una rueda jamás. Matarse es lo primero que le ocurre, irónico final para el señor invisible.

¿Tendría el viejo algo interesante que haber contado? ¿Se dejaban conversaciones en el tintero? Más allá del roto que le provocaría su ausencia, se preguntaba Pablo si también se perdía algún secreto que el padre todavía guardara. Alguna anécdota, alguna leyenda familiar que no le hubiera escuchado más de cien veces. Seguro que no. Sería cruel, pero, aparentemente, la existencia de papá resultó tan simple y tan monótona que, pese al inesperado desenlace, nada quedaba a medias.

Quizá sólo habría faltado la despedida: un «Adiós, hijo mío».

Lo iba a añorar porque no somos conscientes de la seguridad personal que confiere tener padre, por baladí o incapaz que ese padre sea, hasta que lo perdemos. Y porque la muerte muchas veces nos descubre el espacio fundamental que el muerto ocupaba en nosotros.

También la muerte desvela cuántas vidas vivía el muerto en realidad. Sí, la muerte es una caja de sorpresas porque los muertos se quedan desnudos. Más desnudos que solos.

La vida es una comedia que siempre acaba mal. Una comedia al revés: muchacho encuentra vida, muchacho disfruta vida, muchacho pierde vida. La de Jaime Monzón, además, había sido soporífera y terminaba como esas películas en las que los títulos de crédito sorprenden durmiendo al público.

Pablo encontró, entonces, la palabra que perseguía: espectador. Su padre había sido un espectador de las cosas que les pasaban a los demás. Un ser humano tan imperceptible que seguramente era el único que, a

falta de otras pasiones propias, notaba cómo le crecían el pelo y las uñas. En su opinión, un testigo de la defensa de la rutina del vivir, y eso, sin duda, sería lo más emocionante que podría decirse a su favor.

Se toleró llorar libremente. Quizá fuera la primera y última vez que llorase como si no le doliera llorar. Como si de llorar no le dieran arcadas en el alma. Como si le gustase llorar. Como si hubiera llorado alguna vez más, antes o después de aquel día, ya que no iba con la raza de Pablo lo de hacer pucheros.

En eso era un Monzón. En eso sí, porque los hombres Monzón, excepto Jaime, no lloran jamás.

Así que no se sorprendió cuando unas horas después se le secaron las lágrimas con la misma rapidez con que le habían venido. Era lo normal en Pablo. Y en los difíciles días que siguieron, como si la arena de un reloj lo hubiera llenado por dentro, le fue imposible volver a llorar. Y sufrió una especie de cólico en el corazón por ello.

Martes, 25 de abril de 2006

Querida Eme, cuando leas esto ya no estaré vivo, habré muerto. O me quedará poco. Esta vez sí, pronto moriré. Sonríe al escribirlo. Parece una tomadura de pelo y más si te cuento por qué sigo todavía respirando, pero no lo es. Tuve mala suerte. Soy un suicida de segunda división. No te rías mucho. Verás.

El viernes pasado por la noche, como tenía previsto, me di un último baño con la luz apagada y una lista de canciones de mi vida sonando de fondo. Hundí la cabeza, igual que cuando era pequeño y buceaba en la bañera; busqué disfrutar de cierta sensación, próxima a la del feto en el útero materno, que me preparase para el estado etéreo al que me dirigía. Me enjaboné despacio con un gel de flores comprado para la ocasión en una tienda dedicada al culto al cuerpo, como un rito de limpieza mística y, al enjuagarme, mientras la alcachofa de la ducha se vaciaba sobre mi cabeza, soplé fuerte como si expulsase de este modo mi corrupción espiritual. Escupí mis pecados. Al terminar aquella purificación de inspiración personal, el cuarto de baño se había inundado. Un palmo de agua con espuma cubría los azulejos del piso. En el vaho del espejo empañado escribí con el dedo: «Mamá, perdón por el charquito», como disculpa. Los hombres no sabemos ducharnos sin salpicar. Y después, enfundado en un albornoz limpio, que me llevé hace un siglo del Gran Hotel Casino de Salamanca y que no lo hay más abrigado, me dirigí solemnemente al dormitorio.

Me puse un pijama nuevo. Tu foto en el bolsillo de la camisa, como prometí.

¿Por qué un pijama? Eme, no estoy seguro de que morir desnudo sea distinguido. Para los antiguos semidioses griegos tal vez lo fuese, pero para un señor con gafas de casi cuarenta y seis años, pasado de moda y en pleno 2006, definitivamente no es delicado. Entiéndelo. ¿Y si en el momento definitivo sufro una erección o algo peor? Estas cosas ocurren, según he oído. Mejor morir con un pijama discreto, blanco con rayitas grises. Abrochado hasta arriba. Varonil, británico, atemporal. Presentable ante quien tuviera que encontrar mi cadáver y ante el juez también, por si fuera una mujer.

Sin calcetines, eso sí. Descalzo, por supuesto. A mi manera soy un penitente.

Me tumbé en la cama. Recé un padrenuestro. Cogí el bote de pastillas y entonces tuve miedo. Esa fue mi debilidad, tuve miedo. Un miedo gigantesco, la conjunción de todos los miedos que recuerdo haber padecido. Se me pusieron los pelos de punta.

Me cagué vivo, Marina.

«La muerte hace grandes a los muertos», pensé para darme ánimos. «Estar muerto

no duele, lo que debe hacer daño es morirse, pero tú esa parte te la vas a pasar roncando, chaval», me alenté. «Miedo a la vida, Jaime, miedo a los vivos», dije casi como si cantara.

Se me ocurrió que todo sería más fácil (como ves, no carecía de la determinación precisa) si, en lugar de embucharme los somníferos a puñados, me los fuese recetando de uno en uno, acompañados cada vez por un trago de algo fuerte. Algo alcohólico, quiero decir. Siempre he disfrutado con una copa de Magno, pero, aunque el ser suicida me otorgue una aureola de tipo con acusada personalidad, siento decepcionarte en esto también; últimamente he sucumbido a la moda del gin-tonic lo mismo que cualquiera. Es que está muy rico, Eme. Con su cardamomo, su pepino o sus bayas de enebro aplastadas. Nada que ver con aquellos combinados matarratas en vaso de tubo de las discotecas de nuestra época en las que aún ponían canciones lentas. Y en las que para cerrar la sesión de tarde encendían las luces mientras sonaba Stay, de Jackson Browne.

Preparé cinco deliciosos pelotazos para asegurarme de que no me iba a quedar sin combustible en pleno viaje al cielo, los expuse sobre la mesita de noche junto a mis gafas con goma de patilla a patilla y empecé mi cuenta atrás definitiva. Para beber sin que se me mojasen las solapas del pijama de gentleman tuve que incorporarme y proceder sentado en el borde del colchón, como si estuviera atándome los zapatos.

Primera pastilla. Un sorbo de gin-tonic.

Segunda pastilla. Dos sorbos largos.

Tercera pastilla. Tres sorbos muy largos.

Contando se engullen las uvas en Nochevieja para despedir el año, al compás de las doce campanadas del reloj de la Puerta del Sol de Madrid, y contando me despedía yo del mundo cruel.

Cuarta pastilla. Me aticé entonces un pelotazo completo de cuatro longuísimos sorbos. Casi sin darme cuenta ya me había trincado tres gin-tonics como mínimo en apenas un minuto.

Quinta pastilla. La siguiente copa de balón creo que me la liquidé de un solo trago, sin respirar. Algo estaba haciendo al revés porque los gin-tonics se iban acabando y no me había tragado más que cinco píldoras.

Sexta pastilla. Seis sorbos. No llegué a terminarlos.

Che, che, che..., qué empastre. Lancé una carcajada, la vista se me nubló, solté la baba, me hice pis y me desplomé como un tronco recién cortado. Creo que me dormí en el aire mientras caía, y que ya estaba cuajado cuando me desparramé por el suelo.

Qué vergüenza, Eme. Tras aquellas dos cartas tan hermosas que te envié, que reescribí una y otra vez hasta que cada palabra tuvo el alcance de tiro que precisaba, en las que te abría mi corazón como si fuera un adiós irreversible, en lugar de despacharme voy y me emborracho.

Cuando desperté, era de día y brillaba un sol expansivo, injurioso para quien se suponía que ya no iba a verlo otra vez, para quien teóricamente debería haber fallecido la víspera. Me dolían la cabeza y la boca. Los dientes por dentro. Las copas de balón vacías y los comprimidos de colores yacían esparcidos. Diversos jugos que debí vomitar en sueños y otros fluidos de origen incierto resbalaban a mi alrededor. Las notas que dejaba para el juez y la familia seguían intactas en sus sobres en un estante

junto al cabecero de la cama. Miré la hora en el teléfono móvil y había pasado un día y medio desde mi ridículo conato de suicidio. Un día y medio sin que nadie, incluidos mis ancianos padres, me descubriera inconsciente en el suelo, sin que me echaran de menos.

Ni siquiera me vio la maritornes Minipimer Garza, esa moza rechoncha y tatuada que prepara bocadillos de atún con aceitunas en el bar del polígono industrial y que cuatro días a la semana limpia en casa de mis padres, y eso que esta Venus neolítica pegada a un teléfono móvil se fija en todo y opina de todo, lo husmea y lo charra todo. Pues ni siquiera Minipimer me descubrió (señal de que mi habitación no la hace a diario).

Y tampoco tenía llamadas perdidas ni mensajes sin abrir. Silencio, nada.

¿Comprendes por qué quiero liar el petate? No hay quien se preocupe por lo que me pueda pasar. Me podría ahorcar en el comedor de casa de mi ex que, si no tapo el televisor o se tropieza con mi cuerpo colgante su novio Eugenio, nadie se molestará en comprobar si ese cadáver que está ahí balanceándose es por casualidad Jaime Monzón.

Y no soy el único que no tiene quien le quiera. Toda nuestra generación está de sobra y no lo sabe. Eme, conozco a muchos de nuestra edad que deberían emprender el camino a la mierda que yo escojo: parados mayores y jodidos, divorciados sin blanca ni abogado que los defienda, mamás separadas que jamás cobrarán la pensión del «pobrecito papá», viejos rockeros a los que se les descuelga el culo por detrás de la moto, corazones solitarios a merced de cualquier cirujano plástico, garrulos tecnológicos, burócratas de La Oficina, maridos pajeros a los que ya no les da el bolsillo o la virilidad para ser infieles, vendedores sénior de humo, cantantes de karaoke con bisoñé y bigotito teñido de negro, cuñados apóstoles del bricolaje, huelebraguetas de los despachos del ayuntamiento, adictos a la cultura del fútbol en televisión, enfermos de vanidad, engañadas con zapatillas de ir por casa y bata de guatiné que vuelven del rellano criticando a sus vecinas, viudos tras el cierre del rincón porno del videoclub o exreinas del radiocasete extraíble del Ford Fiesta. Casi cincuentones desubicados que siguen por aquí disimulando, igual que si nada hubiera pasado, aunque el manejable mundo sólido al que pertenecían se haya hundido en un váter virtual.

Todo el que en esta vida no haya conseguido llegar a ser dueño de su bar, lo que para mí equivale a ser dueño del propio destino, ha fracasado. O sea, nuestros compañeros de curso al completo. Marina, piénsalo, nadie de nuestra generación contempla el universo tras la barra de un bar que se llame con su apellido. Bar Jaime Monzón, como yo, o bar Marina Fraile, como tú, por ejemplo. ¿Me entiendes? No somos triunfadores. Camareros, sí, pero no amos. Y yo pronto ni siquiera seré ya cliente del Nodo, ese extraordinario templo pagano de Valencia.

Me atrevo a sostener que estoy redactando el testamento de una generación de Peter Panes y Wendies forzosos, de niños perdidos que no crecieron simplemente porque no se les ofreció esa opción. Esos típicos adolescentes con pelusa bajo la nariz, acné abrasador, aparato en los dientes o fuerte olor corporal a los que se suele evitar en las fotos familiares y que nadie sabe después qué fue de ellos. No somos los llamados «hijos de la Transición», aquellas criaturas adánicas a las que dieron su primera teta con el dictador de cuerpo presente en la tele en color. No, es mucho peor,

somos los «adolescentes de la Transición», los grandes olvidados. Los moscones. Nacimos en los años sesenta en una España en blanco y negro y ya éramos jovencitos cuando murió Franco. Ni tan mayores como para entender la nueva Constitución ni tan pequeños como para no guardar recuerdos del franquismo. Nos quedamos atrapados entre dos tiempos que se dan la espalda.

Somos la tropa innumerable del baby boom. La masa poblacional. Masificados al nacer, masificados para estudiar, masificados frente al mercado laboral y masificados para jubilarnos. ¿Dónde nos enterrarán a tantos y tan tontos? Yo, de momento, voy a ir pillando sitio de muerto, como cuando me presentaba media hora antes de clase de derecho romano en la facultad y me sentaba en primera fila. Percibo la misma necesidad de hacerme un hueco, pero ahora en el más allá.

Peter Panes y Wendies, Eme. No llegamos a ser adultos, no nos dio para tal dispendio. Pertenecemos a una generación blanda, subordinada e ingenua. Falta de un hervor. Educada en el limbo que la dictadura reservó para la infancia. Nos criaron enclaustrados en un confortable nido ideológico de mentiras ñoñas. Nos sentíamos protegidos porque el cosmos era amable y lo gobernaban Franco y Dios, por ese orden.

Podíamos estar seguros de que nuestras madres siempre nos esperarían en casa, de que siempre estarían guapas y de que siempre nos mimarían. Nuestros padres se sacrificaban como cabezas de familia, cada día conquistaban el pan con el sudor de su frente y por eso había que dejarles descansar y procurar que no se enfadasen. En Navidad, todo pobre contemplaba un milagro y se zampaba un pavo, mientras las buenas personas sollozaban con el espíritu henchido de gozo. La primera comunión era algo así como un derecho de los críos a tener bici, reloj de pulsera, cámara de fotos, balón de reglamento, los chicos, y muñeca vestida también de primera comunión, las chicas. Recibimos formación sexual de un cura y fuimos advertidos de que si nos tocábamos la picha llorarían los santitos, o peor, nos saldrían granos. Nos la tocamos mucho y nos salieron granos, como predijo el cura. Aunque no vimos llorar a los santitos.

Imagina que cuando volvieron las elecciones a España en 1977 ya hacía cuatro años que yo te había perdido. Que cuando para todos empezó lo bueno, lo mejor ya había pasado para mí. Che, ese también podría ser nuestro lema generacional.

Después de ti me enamoré perdidamente de Mary Ingalls, la hermana ciega de Laura en la serie La casa de la pradera, el colmo de la dulzura y la docilidad. El mito erótico de mi pubertad fue pues una granjera de Minnesota con falda de florecitas hasta los pies, blusa de cuello redondo y cofia de organdí. Calcula mi encogimiento. Eso sí, con los ojos azules idénticos a los tuyos. Es verdad que físicamente te parecías a Mary Ingalls. También en la inocencia que desprendías. Tal vez Mary, angelical como las madres modelo del franquismo, fuera el reflejo mental de mi correspondiente complejo de Edipo, tan frecuente en mi familia, y represente el tipo de mujer que no he dejado jamás de perseguir.

Seré un perverso entonces, un coleccionista de ángeles al servicio de los hombres; bibliotecarias con gafitas y conjunto de jersey y rebeca rosa chicle; enfermeras de uniforme blanco, manos blancas y dientes blancos; profesoras y mandos de campamento de la Sección Femenina con las sisas de la dichosa camisa azul marino húmedas por la traspiración de sus axilas. Me vuelven loco las axilas húmedas de las

mujeres jóvenes y con autoridad. El desodorante sólo se abrió camino y no del todo en la España una, grande y libre al llegar la publicidad a televisión. Tarde para mí.

Vale, seré un nostálgico sexual. No espabilé jamás. En mí concluye la estirpe de los pasmados.

A los que nacimos en los sesenta, la democracia nos sorprendió en la desmanotada mocedad. Aún apolíticos, aunque no inocentes. Con la cabeza todavía llena de pájaros, pero los huevos llenos ya de pelos negros. Cuando la España democrática volvió a despegar, los «adolescentes de la Transición» estábamos demasiado crecidos para nacer con los vientos de cambio, pero al mismo tiempo demasiado tiernos para renacer con esos mismos vientos. Conque no hicimos lo uno ni lo otro, para nosotros no hubo ruptura. Y así nos fue; a falta de revolución nos apuntamos a la famosa «movida», que también la hubo de provincias.

Ni del cristianismo primero, ni más tarde del marxismo de guitarra de fuego de campamento aprendimos a amar el dinero. En consecuencia, a lo largo de nuestras carreras profesionales hemos considerado los negocios una dedicación infamante. Faltaron escuelas de capitalismo para este rebaño de púberes que con los demás también cruzó el mar Rojo de los setenta y los ochenta. Queríamos ser poetas al alcance de la gente, como Cecilia, Víctor Manuel o José Luis Perales. Despreciábamos la riqueza, sin haberla visto ni de lejos, claro, igual que los sandinistas, los teólogos de la liberación y la nueva trova cubana. El Hijo de Dios había sido el primer jipi, como quedaba demostrado en la ópera rock Jesucristo superstar y en el célebre póster con la cara de Jesús de Nazaret bajo un «Se busca». No se estilaba esperar retribución alguna por prestar cualquier servicio al prójimo, ni parecía decente reclamarla. Y de esta forma hemos terminado relegados en La Oficina o en la cola del desempleo de larga duración, por no saber vendernos, por salir muy poco comerciales. Nada comerciales, en realidad.

Eso sí, nuestros descendientes ya no. Ellos aspiran a ganar mucha pasta; lo contrario que nosotros, que nunca nos preguntamos cómo se ganaba.

Cuando tuve mi primer puesto en La Oficina, por ejemplo, me abochornaba merecer un sueldo. Que me pagaran por hacer lo que haría gratis. Y así hasta la fecha; bien mandado. Jamás protesto en La Oficina por no parecer pesetero y por si los jefes se enfadan conmigo. Lelo, pertenezco a una generación lela, a la generación de los lelos.

Eme, a los cuarenta y muchos continuamos llevando vaqueros gastados. Formamos parte de la primera generación que llegará a la tercera edad con los vaqueros puestos. El mismo modelo y la misma marca que en BUP y COU, aunque alguna talla más anchos de cintura. Sin embargo, igual que nuestros abuelos, seguimos estando incapacitados para hablar inglés con normalidad. Sin gesticular como si nos ahogásemos o sin escupir al engancharnos con sausage o schedule.

Nuestros hijos suceden a nuestros padres en la política, en la sociedad y en La Oficina. Se nos saltan, y nosotros apoyados en la barra de un bar ajeno les vemos adelantarnos con cara de gilipollas.

Nuestros hijos llevan corbata y nosotros no.

Nuestra generación cree que, cuanto ocurre por debajo de la imaginación, resulta innoble porque consiste sólo en cruda y despreciable realidad, sin vislumbrar que es en la cruda y despreciable realidad donde vivimos. Y donde se desarrolla la lucha a

muerte para sobrevivir.

¡Pánfilos!

Soy el único lo bastante sincero como para suicidarse. Emigro a Nunca Jamás, Wendy mía. Deserto. Que les den por culo a todos.

Esta diatriba, Eme, no se debe únicamente a que haga seis meses que me divorcié y que aún tenga la dentadura apretada por la tensión. Estoy enfadado, pero no tanto. Miro hacia atrás con ira, pero no sólo por esto. Se trata más bien de un alivio. Me encuentro en situación de decir lo que me da la gana, mi próxima muerte me hace libre. Escribo para desprenderme de opiniones que no convertí en palabras y sentimientos que no conseguí confesar. Transcribo la última voluntad de mis pasiones, pecados y fantasías, lo que de humano tengo, y por eso vuelvo una y otra vez a ti.

¿Cómo decirte, Eme, que fuiste mi único amor verdadero, que en absoluto te olvidé y que en el último minuto sólo pensaba en nuestro lejano primer beso? También en mis hijos y en mis padres, pero principalmente en ti. Maldita sea la hora en que nos separaron y maldito sea yo, por no haber tenido valor bastante para salir antes a buscarte. Muero sabiendo que malogré mi vida por haberla pasado sin probar siquiera a encontrarte, mirarnos y hablar. Tal vez todo habría seguido un curso simétrico y pese a vernos no nos hubiéramos casado ni habríamos envejecido juntos. Tal vez. De todos modos, es imperdonable morir sin haberlo intentado.

Ayer, otra vez estaba tomando mi café con leche fría y fumando Fortunas en el bar Nodo. Ya sabes que prefiero el Nodo del chaflán con Grabador Esteve al bar Póker de la propia calle Sorní, pese a que este último está más cerca de casa de mis padres. No sé por qué, pero siempre ha sido así. Quizá sea porque en el Póker por la tarde hay niños haciendo deberes. En fin, da igual. Tomaba pues el café y fumaba el Fortuna de después de comer de todos los días a la misma hora, leía la prensa para mantener la mente en blanco, entretenido con las nimiedades de la política local, y entonces me sentí observado.

Fue una impresión extraña para este bulto con gafas que pasa desapercibido donde lo pongas.

Levanté la cabeza y creí ver que, desde afuera, por la ventana que da a la calle Sorní, Ella me buscaba con la mirada.

Sí, Ella, la misma pelirroja con pecas pintadas que la semana pasada me dio la sensación de que me saludaba por encima del hombro del que debía ser su marido. Ella, la que me sonaba sin saber de qué. Creo que al distinguirme sonrió aliviada y se alegró de que estuviera ahí. Digo «creo» porque no estoy seguro.

Desapareció de prisa otra vez, sólo pasaba por delante de la ventana. A pesar de todo, me quedé con el sentimiento candoroso, estúpido si tú quieres, de que Ella, la seductora pelirroja con pecas pintadas del bar Nodo, se preocupa por mí. Será una fantasía, pero me reconforta, Eme.

En mi desesperación, me consuela importarle algo a alguien, aunque sólo sea un fugaz espejismo.

Ha llegado la hora. Si fuera un condenado a la pena capital, en algún sentido lo soy, un funcionario de prisiones entraría en este punto, te haría un gesto con la cabeza y diría: «Despídase, señora, es la hora». Y tú te lanzarías a mis brazos y lloraríamos, y tendrían que arrancarte de mí. Mientras te arrastran por el corredor al que dan las

celdas de los más desgraciados, irías gritando: «¡Te quiero, te quiero, te quiero!». Y yo: «¡Te quiero, te quiero, te quiero, nunca lo olvides, nunca!». Moriría, en la hoguera o ante el pelotón de fusilamiento, con tu nombre, Marina, en la boca.

Pues ha llegado la hora, Eme. Tienes que dejarme. Adiós, amor de mi vida.

DESPEDIDA

Para Eme

Me voy a la cama con insomnio,
dormir es ahora el sueño.
Sin embargo, si volvieras,
si vinieras a la cama conmigo,
dormir entonces sería un crimen.
La noche en blanco sería el sueño.

Morir será lograr dormir sin ti,
que acabe este insomnio de estar vivo.

En el caso de que alguien más que nosotros esté leyendo esta carta o haya leído las dos anteriores, Marina, te aseguro que comprenderá bien lo que digo porque no hay quien alguna vez no haya soñado con reencontrar al novio o novia de su adolescencia, al coprotagonista del beso que inauguró venas y arterias en rincones inesperados de su anatomía, al primer amor verdadero de su historia. Mejor, todos deseamos que los amantes perdidos nos evoquen con nostalgia de cuando en cuando. Y que nos busquen con la melancolía de quien quiso y fue querido en un tiempo feliz que aún habita en la memoria del cuerpo. Incluso con celos y arrepentimiento, si puede ser. En mi circunstancia, por tanto, cualquiera haría lo mismo que yo, escribirte, ¿o no?

El primer amor es el último, ¿recuerdas que lo ponía en la otra carta?

«¡Señor Monzón, es la hora! Vamos, vamos». ¡Te quiero, te quiero, te quiero, nunca lo olvides, nunca!

Estoy preparado.

Hasta luego, vida mía. Hasta siempre.

Te dejo en esta página un beso que lo dice todo por mí.

CAPÍTULO 3

Si no hubiera tenido una bola de pelo imposible de peinar y un petirrojo viviendo dentro de esa pelota de rizos como si anidara en la copa de un árbol, le habría gustado vestirse de fallera alguna vez. Es más, si el vestido de fallera se hubiera podido llevar con botas de militar o lucirse con la parte de arriba de un bikini en lugar del jubón de mangas de farol, asumiendo, eso sí, que la parte de arriba del bikini y la tradicional falda con delantal blanco compartieran obligatoriamente la misma seda repleta de motivos florales, seguramente se habría disfrazado de valenciana al acabar la carrera. Aunque sólo hubiera sido para callejear en Fallas sin moños ni peinetas. Pero Luisa, a quien su padre llamaba Pelarañas, no admitía que de ninguna manera le impusieran normas ni uniformes y menos en su estilo personal de expresar sus amores, como el amor a Valencia, por ejemplo, aprendido precisamente de su padre.

Luisa Monzón quería a Valencia como Valencia era, sin ración extra de adjetivos ni fingimientos, y por eso se sentía en condiciones de exigir que Valencia le devolviera el querer del mismo modo.

Así que, cuando aquella mañana colgó el teléfono al guardia civil que con mucha educación le había anunciado la muerte de Jaime Monzón en accidente de coche, supo de inmediato lo que debía y lo que deseaba hacer. Primero cumplió con la obligación, comunicando a su madre, al capullo del Genio y al agonías de Pablete, su hermanito mayor, el drama familiar que acababa de producirse. Y después, llorando poco todavía y sufriendo mucho por dentro, se puso una chupa de cuero negro muy gastada y con tachuelas que siempre le intentaban birlar sus exnovios y se marchó derechita a la basílica de la Virgen, a encender una vela y decirle a la *Mare de Déu dels Desemparats*, la *Mare dels bons valencians*, que hiciera el favor de cuidar en el cielo a papá, que es un personaje muy

original y que siempre se olvida las gafas por ahí y por eso, para que no se le caigan, las lleva sujetas con una gomita por detrás de las orejas que da mucha pena.

Cruzó media ciudad caminando y sollozando hasta llegar al centro. Desde la calle de la Paz, la barroca torre de Santa Catalina le pareció un churro de churrería ambulante, puesto de pie y con campanario.

Allí, después de atravesar la deslucida plaza de Zaragoza, digo, de la Reina, con su boca de aparcamiento emergiendo en medio de una falsa glorieta, observó que la catedral de Valencia no mira de frente. Que el despeje urbano practicado a su alrededor la ha dejado con la fachada principal estrábica, vuelta de perfil. Pasó por delante de esa puerta desviada de la catedral, la barroca, llamada también la de los Hierros, por la verja negra, y antes de pisar la playa de mármol de la plaza de la Virgen circunvaló la torre octogonal que se eleva a sus pies: el Miguelete.

Este campanario puede considerarse el símbolo más significativo y empinado de la ciudad de Valencia, el rabito de la naranja.

El Miguelete es un prisma gótico de casi cincuenta y un metros de altura y curiosamente los mismos de perímetro, construido entre 1381 y 1424. Le falta el pináculo que en algún momento se proyectó pero que jamás llegó a levantarse. En su lugar instalaron una estructura de madera para sostener las once campanas que, después de incendiarse a consecuencia de unos fuegos artificiales disparados desde ahí arriba o caer por las coces de la burra que unos falleros subieron para gastar una broma al público (a decir verdad, no se sabe muy bien qué pasó), fue sustituida en el siglo xvii por la puntiaguda espadaña de piedra que puede verse en la actualidad. En origen estuvo coronado por un hermoso pretil de crestería también roto casi seguro por las patadas de aquella burra enloquecida, así que la diadema calada que hoy hace de barandilla proviene de una torpe intervención neogótica de fábrica muy reciente. Es en especial famosa la gran campana que marca las horas, conocida como Micalet (casi todas las campanas se llaman como si fueran personas), y que presta su nombre a este cohete de piedra, a este Apolo 11 de sillería apuntando a la luna de Valencia.

«El Miguelete es un padre campanario en la capital de la que Víctor

Hugo dijo que era la de los cien campanarios; por tanto, si yo fuera un campanario con rizos en vez de una filóloga clásica recién licenciada y en pleno doctorado, esta mañana se habría matado el Miguelete en accidente de coche», pensó Pelarañas por pensar algo que mitigara su profundo dolor.

También se le ocurrió que de esos cien campanarios ya no se puede contemplar ninguno fácilmente, que los cien se han perdido en una selva de espantosos edificios verticales impulsados en todos los barrios de la ciudad por la endémica especulación inmobiliaria, torres contingentes como columnas de cajas cuadradas de fruta apiladas en un almacén.

La gente con la que se cruzaba debía suponer que le habrían robado el dinero para el metro o que vendría de reñir con el querido casado que tuviera, ya que no es habitual encontrarse con chicas que lloran con naturalidad andando sueltas por Valencia.

Una de las ventajas que ofrecía aquella pelota de pelo rizado suya, quizá la más destacable aparte de servir como copa de árbol para su petirrojo amigo, llamado Señor Moscas, consistía en poder salir a la calle sin peinarse y sin que se notara demasiado. Aquel día en concreto, iba despeinada. Presa del desconcierto que siguió a la triste noticia de la muerte de papá, tampoco se lavó la cara y fueron las lágrimas vivas que lloró a continuación las que, como si fueran el chorrillo que limpia el parabrisas de un coche, le quitaron las legañas de delante.

Se adentró pues en la plaza de la Virgen con aspecto de haber pasado la noche entera de fiesta, aunque allí no desentonaba ni llamaba la atención, ya que por esa explanada peatonal a cualquier hora se cruzan con indiferencia los sujetos más variopintos de la fauna urbana: políticos con el buche inflado de vacío sermoneando a un contestador automático por el móvil o fingiendo que alguien les ha solicitado que acudan con urgencia al palau de la Generalitat desde Les Corts; abuelitas de morado lanzadas como bólidos a su misa diaria; estudiantes universitarios haciendo novillos y fumando canutos; columnas de turistas japoneses siguiendo a una guía con un paraguas absurdo bajo un cielo despejado; sublimes representantes de la cultura del «hecho diferencial valenciano» descaradamente distinguibles por su indumentaria entre palestina y de marido expulsado de

casa la víspera; poetas de *llibret* de falla con cabeza de huevo, barriga de melocotón y fisonomía de clavel reventón o de pastelito; creyentes antisistema sentados en corro en el suelo haciendo tiempo antes de pasar a cobrar alguna subvención del sistema; novias de blanco posando solas para el reportaje de la boda; punkis; canónigos; funcionarios; macarras o camareros sirviendo horchatas sin parar, por ejemplo. En la plaza de la Virgen se conserva el ecosistema más rico en especies animales del Reino de Valencia.

Todo lo que la historia quiso que ocurriera en la ciudad sucedió pisando esta plaza, que por eso vale lo mismo para decorado de una serie sobre los años vividos en Valencia por Ramón y Cajal que para fondo de un cuadro del Renacimiento con el papa Alejandro VI y su hija Lucrecia de protagonistas. No en vano ahí, justo ahí, en el centro del centro de la plaza de la Virgen, aún late enterrado un viejo corazón mediterráneo gracias al que Valencia vive y respira, el de sus fundadores romanos.

Valencia, donde los niños juegan desnudos en la playa y Sorolla los sorprende buceando en un mar de luz. Donde a una hora u otra la primavera ocurre cada día, pero los recuerdos escolares se cuentan por tardes de tormenta vistas desde la penumbra del aula, cuando en los charcos las gotas gordas del chaparrón forman burbujas como las del caldo de paella. Valencia, donde el frío parece una aspiración que nunca se cumple del todo y las señoras estrenan zapatos cerrados y abrigos más por capricho que por necesidad. Donde nadie tiene paraguas propio y sólo nieva en el belén. Donde la temperatura quiere que la sangre hierva. Donde estuvo el mayor barrio de putas de Europa. Donde nacieron la primera miss España, hija de un presidente del Gobierno de la Segunda República, y el actor porno mejor dotado del mundo. Donde la Inquisición ahorcó a su último inocente. Donde los chicos obispos de los Borgia echaron los primeros dientes de vampiro. Valencia, ni de derechas ni de izquierdas. Republicana y anticlerical, pero también devota del Palleter, aquel huertano vendedor de pajuelas inflamables al que no le salía de los huevos ser ilustrado, ni limpio, ni francés y que en consecuencia levantó al pueblo en armas contra Bonaparte y a favor del Borbón.

Valencia, donde la improvisación es norma y se presume: «*Pensat i fet*».

Valencia, donde cada teléfono móvil esconde en su concha bivalva una perla de infidelidades y se susurra con picardía: «*Més compte el mut que el llengut*». Valencia, donde los vivos se sienten obligados a vivir y unos a otros se disculpan sentenciando: «*Dels pecats del piu, el Nostre Senyor se'n riu*». O como le gustaba más a Pelarañas: «*Els pecats de la xona, la Mare de Déu els perdona*».

Sí, Valencia, donde del mar se dice que está caldo. Donde se descubrió que el alcohol cura las heridas de la carne, aunque ahogue las del corazón; donde se prestó el oro para descubrir América; donde se inventó la dama del ajedrez moderno como homenaje a una reina de Castilla que no se cambiaba de camisa. De Valencia: el fuego, la pólvora, el humo, las batallas de flores, el *all i pebre* de la Albufera, los arcabuces, los moros y cristianos, la fragancia del azahar, la siesta a la sombra de una higuera junto a la barraca, sudar bajo la ducha, la camiseta interior de tirantes de padre ante un plato de *arròs en fesols i naps*, la ropa interior de la mujer del vecino tendida al sol en la terraza, los mosquitos zumbando cuando se apaga la luz de la habitación, el jugo de la rodaja de sandía recién mordida surcando las comisuras de los labios en agosto, la huerta, el río Turia, el viento en llamas de poniente, las bandas de música, los naranjos, el Tribunal de la Aguas, la brisa de levante, los gusanos de seda, la procesión del Corpus, la Semana Santa marinera, la calle de las tascas, el chocolate con buñuelos de calabaza, las ruinas de las discotecas Woody y Distrito 10, las acequias, la orilla del mar por la noche, el sexo gratis, el dragón disecado del Patriarca y la luna, la luna traidora, la luna despiadada. Valencia, cenizas de amor y pétalos de rosa.

Jaime Monzón amó a su ciudad como habría amado a una mujer de la que estuviera enamorado desde niño. Se hizo viejo añorando una edad más inocente de Valencia en la que también él fue un niño feliz. Pelarañas estaba segura de que su padre había muerto sin aceptar que a su ciudad y a su infancia se las hubiera llevado el viento del tiempo.

Funciona la plaza de la Virgen como si fuese el salón de actos de Valencia. Toda ceremonia pública a la que se concede relevancia, ya sea civil o religiosa, ocurre sobre su enlosado o lo transita. Hay que tener en cuenta que los propios romanos fundaron la ciudad en este punto, la cota

más alta de una urbe llana como la palma de la mano. Se trata por tanto del lugar más apropiado para llorar a un valenciano muerto como corresponde. Pelarañas no pudo elegir mejor sitio para vomitar su tristeza y que así el suelo al que su padre tanto amaba se enterase de la terrible noticia que traía cogida a la garganta sin dejarle respirar.

Y es la plaza de la Virgen de Valencia posiblemente el único lugar del mundo en que las palomas se comportan como moscas. Cuanto más calor hace y más pica el sudor en la nuca o en los pliegues de los codos más se acercan y menos se asustan de manotazos y pisotones. Picotean los restos del aperitivo en los platos aun cuando el personal siga sentado a la mesa y se cagan sobre cualquier cabeza con independencia del carácter sagrado o profano de la coronilla afortunada. Y, por cierto, constituyen un tropel innumerable, casi una nación de palomas.

Jaime Monzón no llevaba reloj, su hija estaba convencida de ser quien daba cuerda a su corazón. Y ahora, ¿quién la iba a querer tanto como para no necesitar reloj si su Pelarañas le daba cuerda al corazón? Se acababa de quedar sola en Valencia. Ya no podía morderse más los labios por dentro para que no explotase su desolación en una cascada de lágrimas, salpicando a transeúntes y apalancados.

Luisa apartó con la punta de la bota una paloma enferma. Se notaba abandonada como una niña perdida en medio de una multitud indiferente.

Ni siquiera la espantosa escultura del río Turia disfrazado de patriarca pederasta, rodeado de falleras infantiles desnudas, que en los setenta algún franquista confundido dejó caer en la plaza de la Virgen y que ahí se quedó, le incomodaba en esta ocasión. También es cierto que ese feo conjunto escultórico convertido en fuente se encuentra tan descentrado en la plaza que se ha vuelto invisible.

Igualmente se muestra desplazada sobre el horizonte arquitectónico de la plaza la enorme cúpula elíptica de tejas de cerámica azul de la basílica de la Virgen de los Desamparados (renacentista por fuera y barroca por dentro), una de las construcciones religiosas más importantes de España. Pero, en contra de su costumbre de militante clasicista en la simetría, esta vez la chica no despotricó.

Conque Pelarañas, aturdida por el dolor, sin soltar un taco frente a la

machista fuente del Turia o maldecir ante la incómoda asimetría de la cúpula en la hechura frontal de la basílica, sin pensárselo dos veces, entró decidida en el templo, mojó dos dedos en la pila de agua bendita, se santiguó y, navegando entre beatas, avanzó discretamente hasta el altar, hasta los mismísimos pies de la Virgen María.

Arrodillada, miró a la Maredeueta y se supo acogida en cuanto la Maredeueta le devolvió la mirada. La figura de la Virgen de los Desamparados fue esculpida por tres ángeles peregrinos a finales de la Edad Media para acompañar en el último viaje al cementerio, acostada sobre la tapa del ataúd, a locos, ajusticiados, vagabundos, viudas pobres, bujarrones, huérfanos y demás excluidos. Por eso tiene la espalda plana y la cabeza inclinada hacia delante en actitud de observarse las zapatillas. Por eso, al ponerla vertical y elevarla, da la impresión de estar contemplando a quien alza los ojos hacia sus ojos. Y por eso la llaman la Geperudeta, o sea la jorobadita.

Pelarañas, latinista y pagana por formación y convicción, no se consideraba católica en absoluto y, sin embargo, ante esta advocación de María se dejaba llevar por una fe inexplicable, antigua y mágica. Podría afirmarse que como todo el pueblo valenciano ante su Maredeueta. La chica de los rizos y el pajarito en la cabeza se justificaba explicando que sobre aquel exacto solar ya debieron ser veneradas en el pasado Isis, Astarté, Artemisa y Diana, y que todas, en esencia, simbolizan la misma divinidad que María, aunque ensalzadas con liturgias diferentes y por culturas diferentes. Todas aquellas diosas no serían más que representaciones distintas y sucesivas de una única diosa Madre que protege a las mujeres y las hace dueñas de los hombres. La reina del Mediterráneo, en definitiva.

Y que fuera la patrona de los desamparados, de las familias desahuciadas, de las personas malqueridas, de las mujeres maltratadas..., lógicamente eso también le ponía.

Ya inmersa en la penumbra, al cruzar su vista con la de la imagen de la Virgen, le rezó casi con el pensamiento, bisbiseando:

—*Mare meua*, sabes que no soy creyente, pero que creo en ti. Que no sigo los ritos de esta religión, pero que cuando tengo necesidad me

acuerdo siempre de ti. También que no soy una buena hija: que vengo poco a verte, que no te ofrendo flores ni perfumes, que no te tengo en una hornacina en mi habitación, que nunca te he traído un ramo vestida de fallerita (con estos pelos qué quieres, ¿cómo me pongo las peinetas, Madre?), a propósito, también que hoy llego a ti sin peinarme ni lavarme la cara, que blasfemo a veces con el nombre de tu Hijo o con el de su Padre en mi boca, que no reservo lo que tengo ahí abajo para la procreación y que entrego a menudo mi pureza sólo por procurarme placer y ejercer mi poder sobre los pobres machos. *Mare meua, Mare meua* —aquí se le saltaron las lágrimas—, perdóname. Soy el desastre con patas y, sin embargo, hoy acudo otra vez a ti para pedirte un gran favor. Mi papá, tú ya lo sabrás, Jaime Monzón Mata, ha muerto esta mañana. Yo no soy muy de misas, nada más bien, aunque estoy segura de que si hay un más allá eres tú la que lo gobiernas y por eso te ruego que lo acojas en tu reino. Conoces muy bien a papá porque me acuerdo de que, cuando pasó lo peor de su vida, hace diez años, cuando mamá lo dejó por el mierda del Genio y se divorciaron, yo le acompañaba por las noches a rezarte por esa ventanita de la puerta desde la que se te puede contemplar a cualquier hora, a implorarte que nos protegieras a mi hermano y a mí. No se te puede haber olvidado cuánto lloraba aquel hombre, yo tampoco he visto nunca a nadie llorar tanto, llorar ríos. Vale, pues ese era papá. Por favor, *Mare meua*, te pido que lo cuides. Cuídalo *Mare meua*. Cuídalo, por favor. Es muy raro y está muy tonto, y muy solo, pero, *cagoentodo*, es muy buena persona y te adora. Y lleva gafitas que dan pena. No soy quién para pedirte nada, pero tú eres una Madre y yo tu hija y te lo suplico con lágrimas de hija en mis ojos. *Domina, non sum dignus ut intres sub tectum meum, sed tantum dic verbo et sanabitur anima mea*. Amén.

Se persignó.

La *Mare de Déu dels Desemparats* le sonrió con dulzura o eso le pareció a Pelarañas, que como respuesta guiñó un ojo a la imagen.

Las falleras y los falleros, poseídos por un sentimentalismo muy teatral y muy de la tierra, suelen atribuirle a esta efigie tan valenciana de la Virgen un rostro hermoso, que transmite paz. ¡Y que expresa emociones!

Dando entonces por finalizada la oración se levantó y al salir

discretamente, como de puntillas, se detuvo un momento y encendió una velita con otra velita, después de echar una limosna de dos euros en el cepillo. Se santiguó por enésima vez y al cruzar la puerta, y toparse con el resplandor de la mañana en la plaza de la Virgen de Valencia, se sintió deslumbrada.

No obstante, la luz vibrante y el ambiente animado de la plaza resultaban indiferentes para la muchacha. El sufrimiento contenido con esfuerzo le hacía transitar flotando, como pisando una colchoneta. La nueva ausencia muda causada por la repentina pérdida de su padre iba abriéndose un hueco propio y definitivo en su pecho.

Al ir a coger de regreso la calle peatonal del Micalet le hizo gracia que la línea de apóstoles de piedra de la puerta gótica de la catedral estuviera seguida por un hilo de estatuas humanas, con sus platitos de monedas delante. Seguramente casi todas esas estatuas humanas serían antiguos compañeros suyos de facultad que no encuentran trabajo de profesor de latín. También había titiriteros, melenudos tocando la flauta, africanos vendiendo bolsos falsificados y jipis ofreciendo cajitas para marihuana, pendientes y collares.

Y, en efecto, aquellas estatuas humanas le resultaron familiares, al menos más conocidas que los gastados apóstoles de piedra. De hecho, tal y como sospechaba, un par de ellas por lo menos eran colegas de salir los fines de semana.

La primera representaba a un hombre con sombrero, cartera y paraguas roto al que aparentemente se lo estaba llevando el viento. Al atravesar Pelarañas el campo visual de esa estatua humana, el hombre paralizado rompió su inmovilismo y musitó:

—Hasta luego, Pelarañas.

La chica respondió:

—Hasta luego, Lucas. Que te den...

Con la segunda estatua humana, que fingía ser un hada de plata con alas de mariposa, ocurrió algo parecido. Al hada metalizada se le escuchó susurrar sin mover los labios y con deje panocho:

—Pelarañas, *zagaliquia*, recuerda de que el sábado *tenemoj* la *panzá* de la leona hambrienta, que *ande cae el asao cae el desvirgao, pija*.

Luisa asintió y contestó levantando el índice y el meñique de la mano izquierda. «Para que luego diga mi hermanito el *showman* que siempre estoy rodeada de hombres, que no me llevo con chicas de mi edad, ahí está el hada de plata murciana del *pico esquina* para demostrar que se equivoca», pensó.

La tercera estatua humana figuraba ser Yoda, el maestro jedi de *Star Wars* quieto en el aire, apoyado de forma milagrosa en un fino bastón, casi levitando a la altura de la cabeza de los viandantes. Una túnica larga y vaporosa le cubría las piernas colgantes y supuestamente voladoras. Cuando vio pasar a Pelarañas dijo poniendo boquita de piñón:

—Un triángulo oscuro tú tienes, mucho que hurgar ahí con mi láser todavía queda.

La chica de la bola de pelo y el petirrojo volando a su alrededor se volvió y no evitó soltarle:

—Hola, Pascualet, mi papá se ha matado esta mañana.

Al escuchar aquello el petrificado maestro Yoda padeció una especie de temblor, por poco perdió el equilibrio y exclamó:

—¡Hostias, el hombre de tu vida es!

Olvidando su condición de estatua humana, descompuso la postura, se bajó del asiento oculto que le servía para levitar falsamente y la abrazó con fuerza. Pelarañas por su parte se dejó envolver por los brazos verdes del jedi y se toleró gimotear:

—Hostias, Pascualet, el hombre de mi vida. Es verdad, Pascualet, el puto hombre de mi vida...

Conforme más lloraba Pelarañas más fuerte la abrazaba el maestro Yoda.

La escena que componían una tía buena con pelo de cantante negra y un bicho de *La guerra de las galaxias* pegados, aunque insólita, resultaba enternecedora por su autenticidad, resultaba fascinante. Así que los peatones, impresionados por semejante cuadro, poco a poco fueron forjando un círculo a su alrededor y espontáneamente empezaron a poner billetes de diez, veinte y hasta cincuenta euros en el platito de Pascualet.

Algunos espectadores incluso sacaron el pañuelo y también se permitieron soltar el moco a placer. Aplaudían como locos.

En ese instante, las otras estatuas humanas, escamadas, bien porque también querían dar el pésame, bien por celos profesionales del maestro Yoda o bien porque lo mismo querían mejorar las propinas en sus respectivos platitos, se sumaron abruptamente al abrazo, forzando un apilamiento inestable de personas incrustadas al tratar todas a la vez de prender por los hombros a Pelarañas. Lo mismo hizo el resto de personal que por allí vendía baratijas, dibujaba caricaturas a quince euros o repartía estampas a cambio de la voluntad. Y tan fuerte empujaban unos y otros que el grupo se vino al suelo e inesperadamente en el centro de la calle del Micalet prorrumpió una montaña de estatuas humanas, músicos, mimos, manteros, jipis, tocaculos, mangantes y diversos artistas callejeros, en general afligidos y llorosos, aplastando a Pelarañas.

El público crecía por momentos. Hacía pucheros y batía palmas al mismo tiempo. El espectáculo resultaba soberbio.

En eso a Pelarañas le vibró el móvil en un bolsillo de atrás del vaquero. Como pudo, sepultada bajo una melé de esculturas plañideras y animadores de calle sorbiendo mocos, sacó el teléfono y respondió:

—Diga.

—Luisa.

—Di mejor Pelarañas.

—Luisa, soy Rafa. Rafa Víboras.

—¡Rafa, *cagoentodo*! Viboritas, manda *güevos*... Rafa, se ha matado mi padre...

—Lo sé. Me lo acaban de traer al Anatómico Forense. Por eso te llamo.

—Joder, ¿le vas a hacer tú la autopsia? Hostias, qué casualidad.

—Sí que es una casualidad, Luisa.

—Pelarañas.

—Pelarañas, eso. El caso es que si vienes y lo reconoces no hará falta hacer ninguna autopsia.

—¿Quieres decir que si voy no le abres la tripa? Joder, joder, joder..., qué casualidad. Qué raro está siendo todo, Rafa.

—Por teléfono no. Ven y te lo explico, brujita.

—¡No me llames brujita, que me *cagoentodo* y me meo en tu putísima sombra! Pelarañas. Dilo: Pelarañas.

—Disculpa, Luisa.

—¡Pelarañas, joder!

—Eso. Como quieras. Ven ya...

—Iré cuando pueda. Primero tengo que salir de una mierda de montículo de estatuas humanas bajo el que no sé cómo coño he acabado. Es la primera vez que tengo más de diez cuerpos acoplados encima sin que se trate de una orgía.

Aquella mañana, a Pelarañas se le ocurrió que a lo mejor era la única persona a la que Jaime Monzón había amado más que a Valencia. O justo al revés; la única persona que había amado a Jaime Monzón más de lo mucho que él se sintió amado de pequeño por las calles y los misterios de su propia ciudad. Una de las dos cosas.

—*Amor et tussis non celantur* —sentenció Pelarañas para sí.

Y algunos días después, cuando Jaime Monzón ya había sido incinerado y Pablo abrió la puerta del viejo apartamento de Frontera como si fuera el sepulcro de un antiguo guerrero homérico, Pelarañas también se daría cuenta de que desde que murió su padre pensaba dialogando con la Geperudeta, pensaba rezando a la Virgen a su manera. Quizá porque no percibía a su madre como una verdadera madre. Quizá porque la Virgen de los Desamparados formaba parte del universo privado de los verdaderos Monzón.

Jueves, 27 de abril de 2006

Querida Eme, tengo buenas noticias para nosotros: ya he decidido cómo y dónde suicidarme. Olé.

¿Qué te parece? Un descanso para los dos, ¿a que sí? En verdad lo es. Sabía que ibas a respirar aliviada al saber que por fin alcanzaré mi meta y que así te librarás de mis deprimentes cartas para siempre. Los muertos se aparecen a veces, pero no escriben cartas. Yo estoy resultando un premuerto muy cansino.

«Tener objetivos que perseguir en el día a día es lo que nos hace movernos», le explicó la psicóloga matrimonial a mi ex, y eso es precisamente lo que yo me he aplicado. Como tenía claro en el día a día perseguir el objetivo de suicidarme, pues me he movido. Aunque no me he movido del todo. Del todo, lo que se dice del todo, aún no. Hasta la tumba aún no. Dame un respiro.

«La dificultad resulta menos atractiva que el éxito fácil, pero el aprendizaje está lleno de satisfacciones inesperadas», le repetía aquella terapeuta familiar a mi ex cuando mi ex le hablaba de su vida sexual, cuando le exponía que dudaba entre hacer el amor conmigo o arreglarse sola, antes de que apareciera en su vida ese supuesto actor porno llamado Eugenio, por supuesto. Pues mira, Eme, como suicida, yo también he descubierto en la dificultad del propio envenenamiento frustrado satisfacciones inesperadas, como la de reencontrarme contigo, con mi primer amor, con mi amor verdadero.

Bueno, lo de reencontrarte sería demasiado decir, ya lo comprendo. Más bien mi satisfacción inesperada habría sido escribirte cartas y la tuya no hacerme ni caso.

Para que veas que no soy rencoroso te daré otra noticia todavía mejor que la de antes y que te entusiasmará: en este segundo intento de suicidio te lo voy a contar todo de cabo a rabo desde el principio. Los detalles, todos los detalles sin saltarme ninguno. Sabrás lo que se cuece y de esta forma, si en algún momento vieras que te apetece hacer algo al respecto, tendrás tu oportunidad.

«¿Hacer qué?», noto que no terminas de interiorizar lo que estoy sugiriendo. Pues no sé, querida, piensa... Piensa... Pregúntate si tú tendrías que reaccionar de algún modo para evitar mi muerte o no. ¿Por qué no te lo planteas? Mírate por dentro, bucea en tu interior y hazte esta pregunta: ¿me estoy comportando correctamente con Jaime?

No, no es a mí a quien se le tiene que ocurrir la respuesta. Como sabiamente señalaba aquella intermediaria conyugal: «Buscar el camino que conduce al corazón de

uno es invertir en una empresa en la que uno es el único empleado». Yo ahí lo dejo.

Reflexiona.

Dicho esto, tienes la exclusiva de mi suicidio, Eme. ¿Te pones contenta? Pues claro, mujer. Lo suponía. Es un verdadero privilegio ser la única que guarda un secreto tan romántico como este, ¿a que sí?

Pensé en dejar otra nota en la barra del Nudo para la pelirroja de las pecas pintadas que se me aparece últimamente, pero no lo haré. Creo que esa mujer fatal, a la que como sabes llamo Ella, no es más que un espejismo provocado por la desgarradora ausencia que siento por ti. Y me parece que busca ligar conmigo.

Sonríó, soy incorregible.

Por cierto, ahora que lo vuelvo a pensar, quizá no hayas respondido a mis tres cartas anteriores porque das por hecho que ya estoy muerto, ¿cierto? No es que pases de mí ni nada de eso, ¿no? Se trata de algo más sencillo; que no vale la pena contestar si no hay nadie para recibir la contestación. A lo mejor hasta me has rezado. Sí, puede que como si fuese un santito hayas correspondido a mis cartas hablándome en tus rezos, y yo, que no estoy en el cielo de momento, no te he escuchado rezar, como es natural. Pobrecita, lo que te habrá costado contenerte para no escribirme. Me hago cargo. Te disculpo. Sí, lo entiendo y no te lo tomo en consideración. Le doy un beso a tu foto de pequeña para que veas que no estoy enfadado. Pues mira, otra buena noticia: itodavía sigo vivo y puedes comunicarte conmigo! Si te da la gana, claro.

En fin, Eme, te cuento cómo voy a proceder. Olvidaré los fármacos, lo preferible es un expeditivo accidente de coche. A cierta velocidad resulta infalible y felizmente organizado deja a los herederos una bonita suma que sufraga la compañía aseguradora del automóvil. Sin embargo, la compañía de seguros sólo paga si se trata de un choque indiscutible, no cuando le presentan un suicidio, de modo que tendré que prescindir de las cartas que dejaba dando explicaciones. Me delatarían. Es una pena porque quedaron lúcidas y emotivas, pero, duele reconocerlo, mis hijos preferirán una reparación en euros al deprimente memorial de desgracias de su fracasado padre. Conque lo tengo claro, cartas sólo para ti, mi adorada testigo secreto.

Por otra parte, fíjate bien, en mi intento anterior no fallé por falta de decisión sino por la lentitud de la técnica elegida. Daba tiempo a ciscarse de miedo. Si pongo en marcha un procedimiento imparable, como un vehículo lanzado sin frenos contra un muro de hormigón, con el coraje que me sobra ahora, conseguiré fácilmente lo que busco: irme al cielo sin dolor. Así que un accidente de coche es la opción ideal.

Saldrá poco elegante, lo acepto. Sangre, tripas y sesos esparcidos por la carretera. Sé que Sócrates bebió una copa de cicuta conversando con sus amigos, que Cleopatra se introdujo una serpiente por el escote y que Alan Turing mordió una manzana envenenada. Lo sé todo, estoy bien documentado. Pero yo, Eme, pobre de mí, no disfruto de colegas que aguanten mi último suspiro en animada charla, ni gozo de senos alabastrinos que ansíen la sensual mordedura de un áspid, ni quise ser Blancanieves de mozalbete. Así que humildemente me empotraré debajo de un camión, como hace mucha gente sencilla que quiere largarse deprisa, y cobrarán los chicos, si no les rapiñan la indemnización mi ex y el Genio, que, como sabes, se llama Eugenio. Y aquí paz y más tarde gloria. Me habré ido.

He buscado en internet métodos infalibles para matarse sin sufrir y no creas que

abundan las respuestas palmarias. En primer lugar, porque los afortunados que alcanzan tan deseable objetivo no están para contarlo e ignoramos los pormenores de su experiencia. Se nos escapa información importante, como los minutos de agonía o si garantizar un resultado indoloro encarece el tránsito. Bueno, eso no afecta tanto. Si no tienes suficientes fondos para componer una arrebatadora y creativa escena del óbito o adquirir un bebedizo que sepa delicioso, pues le pides el préstamo que te parezca al banco, ya que en realidad no lo vas a tener que devolver. En segundo lugar, porque la web está controlada por los servicios sociales, los psicólogos sin clientes, las sectas cristianas y las compañías de seguros.

La respuesta que aparece siempre destacada en Google es el teléfono oficial de la esperanza y a continuación un elenco de direcciones absurdas con títulos equívocos.

Por ejemplo, si seducido por su título abro la página digital manualdelsuicidioinfalible.es, me encuentro con propuestas ridículas del tipo: no separar la basura reciclable, ingerir alimentos transgénicos o vivir cerca de una central nuclear. Y la dirección de correo electrónico de un grupo ecologista que va a salvar la Tierra. O, si atraído por la promesa que sugiere, me intereso por el sitio web llamado deliciosoestertorparamorirconplacer.org, localizaré a un tarado que propone conseguir la ansiada parada cardíaca a base de masturbarse hasta el infinito. Lo que se conoce como «matarse a pajas». No creo que funcione. Ni muñeca ni pilila tengo para tanto. No sirve. Faltan tutoriales sobre sistemas cotidianos al alcance del pueblo (la sogá, el pozo, el hueco del ascensor o las vías del tren, verbigracia), y sobre todo llama la atención que no exista ni una línea acerca de la planificación de un siniestro total con el protagonista de víctima mortal en su propio vehículo. Las aseguradoras se ocupan de borrarlo todo, como es lógico.

Che, no importa, lo lograré de todas formas.

Hoy es jueves. Será pues el próximo martes 2 de mayo, después del puente. El 2 de mayo, una fecha propicia para los cambios históricos. Ten en cuenta que este año, siguiendo el santoral de La Oficina, la festividad de San José Obrero del primero de mayo cae en lunes, así que me veo forzado a aplazar mi suicido hasta el martes. Es el primer día laborable, no tengo otra razón. Quédate con la fecha: 2 de mayo.

Iré a La Oficina como cada mañana. Todo debe suceder naturalmente para que a los sagaces investigadores de la mutualidad automovilística no les parezca un incidente sospechoso. Empezaré por tanto no faltando al trabajo.

A mediodía he quedado a comer con Manuela González, Manoli, una jefaza mía del departamento de nóminas con la que tengo muy buena relación y que está mirando cuánto me quedaría para prejubilarme según el itinerario de personal veterano que ofrece La Oficina. Es una profesional como la copa de un pino, aunque sus gafas con perlitás le confieren un aire de dueña de tienda de regalos que la humaniza bastante. Hablaremos del futuro y de la ilusión con que lo espero. Todo el mundo confía en Manoli, así que esta cita me brindará una estupenda coartada para que no se piense que mi fallecimiento fue premeditado.

Luego le diré a mi madre que necesito subir al viejo apartamento de Frontera (hace mil años que está cerrado) a por unos elepés antiguos y otras cosillas pasadas de moda que me gustaría recuperar y vender a los quinquís del rastro. No le extrañará porque sabe que ando corto de dinero, que el divorcio me ha arruinado y que voy

canino y rebaño lo que puedo donde puedo.

Me anudaré una corbata llena de caras del pato Donald que me eligieron mis hijos en el Corty para que la luciese en la cabalgata de Reyes y que representa el instante más dichoso que he vivido. De cuando aún podía llevar a Pelarañas a hombros y sostener a Pablete con un brazo mientras con la otra mano movía un paraguas boca abajo destinado a recoger los caramelos que lanzaban los pajes desde las carrozas reales durante el desfile. De cuando era un papá perchero y los chicos creían ciegamente en mí. Es un gesto simbólico, pero quiero ponérmela para morir tranquilo.

A las seis, a las seis en punto, ni antes ni después, estaré ante mi plaza de garaje. El martes 2 de mayo a las seis, repito. Tengo el coche en el aparcamiento del mercado de Colón, en el primer sótano, en la plaza 1212. El año de la batalla de las Navas de Tolosa, no cuesta recordarlo. Es un Opel Corsa de tres puertas gris mercurio nuevo, novísimo. Me ha salido muy barato. Novísimo, fácil pues de reconocer. A las seis cogeré el coche.

Conduciré a continuación rumbo a Frontera. La carretera ha cambiado mucho desde el setenta y tres, pero antes de llegar a los viejos apartamentos Garbí sigue intacta aquella estirada recta que pasaba sobre el puente del barranco de Matacartujos y que luego seguía pegadita a la tapia del cementerio del pueblo. Ahí ocurrirá lo peor, si tú no me detienes.

Si tú no lo impides, cielo.

¿Te acuerdas de que, aquella famosa noche que tanta desgracia nos trajo, Clara, Patrick, tú y yo nos protegimos de la lluvia en la capilla de ese cementerio? Qué pena que nuestros padres nos separasen para siempre por aquello que pasó, por nada. Bueno, por casi nada. ¿Por querernos? Sí, por habernos enamorado. Y por haber defendido al amor por encima de cualquier otra cosa.

En el arcén esperaré entonces a que venga un camión grande en dirección contraria y entonces arrancaré haciendo esos derecho a chocar con él, fingiendo que me ha dado un infarto o algo similar. Y, si el camión no se presenta, me lanzaré a toda velocidad rompiendo la valla quitamiedos directo al fondo del barranco. Y ya. Si nada ni nadie lo impide, fin.

The end.

Prometí evitarte la receta que me fuera a aplicar para cumplir mi triste propósito, ahorrarte las circunstancias desagradables, pero no he tenido más remedio que contártelo todo. Marina, perdóname. Tal y como preveo el desenlace, si consigo tener éxito (que lo voy a tener), o te cuento la verdad a ti o no habrá quien la sepa. Para todos (incluidos los del seguro) será la cagada del despistado de Jaime y sólo tú, aunque invisible, permanecerás ahí para prestar testimonio ante el altar del amor. Será un testimonio mudo, simbólico, de acuerdo, eso no puedo cambiarlo, pero también el único testimonio de parte de mi corazón. Por lo menos habrá alguien (tú, mi primera novia, mi cervatilla de ojos azules) que conozca la verdad, alguien que intuya las razones y el género de mi partida, alguien consciente de que si bien parece un accidente se trata de un suicidio, aunque ese alguien no se lo vaya a contar a nadie.

Sólo tú lo sabrás todo. Tuya es la exclusiva, ya te lo he dicho.

Lo siento, te elijo. Te elegí hace una eternidad. Siempre estuviste en mí y yo quisiera estar siempre, en algún sentido, en ti. Además, gracias a mi grotesca

peripezia con las pastillas, me consolaré rumiando que el mismo destino que nos separó cuando éramos excesivamente jóvenes me ofrece ahora la oportunidad de escribir esta cuarta carta y despedirme de ti por cuatro veces. Por cuatro veces volver a dejar un último beso entre los labios de tu foto y el adiós de mi texto, aunque sean besos de tinta y papel, besos caligráficos para mi boca y de papiroflexia para la tuya. Créeme, menos besos da el olvido.

Te ruego que no llores. Yo he debido soltar el bolígrafo durante un rato porque vuelvo a llorar a moco tendido. Acabo de venirme abajo de nuevo. Dicen que los hombres Monzón no lloran, pero debe tratarse de una mentira, otra maldita leyenda familiar. O yo constituiré la excepción familiar y mi hijo Pablo va y a lo mejor decide seguir esa rutina genética de los hombres que no lloran. Estaría en su derecho. No sé.

Che, que yo soy un llorón sin complejos. Y ya está.

Notarás las lágrimas marcadas en el folio. Sin darme cuenta abrí la puerta de su jaula a la autocompasión, desaté a la loca de la casa. Y ahora anda a lo suyo por ahí, revolviendo recuerdos, desengaños y traiciones. Me debilita, me deprime, me fuerza a abrazarme y condolerme.

—No te mates, déjate morir de pena... —susurra a mi corazón.

—Nadie nunca te ha querido de verdad —murmura entre mis orejas.

—¿Tantos hijos de puta y te has de quitar de en medio precisamente tú, el abandonado? —proclama, y consigue así que mi conciencia adormilada arquee una ceja.

La autocompasión es la peor amiga para un suicida honesto.

Me recompongo. Cojo tu foto. Te miro tal como eras cuando pasaste por mi lado, haciéndome explotar de amor. ¿Dónde estarás? ¿Qué habrá sido de ti? Ese jersey de ochos rojo que llevas sobre otro de cuello de cisne blanco no lo soportarías en julio, agosto o septiembre. No, te veo muy abrigada para esa estación. Por primera vez me fijo en que la foto debe ser anterior al verano. De Semana Santa quizá. Aquel curso vinisteis alquilados a los viejos apartamentos Garbí de Frontera todas las vacaciones y todos los fines de semana, ¿verdad?

Después nuestros padres debieron reñir o aborrecerse y no volvisteis más. A lo mejor trasladaron a tu padre a Canarias o a Ceuta. ¿No era capitán o algo del Ejército? Especulo, qué mentecato soy. Sé que fue por aquello que pasó. Te prometo que jamás le conté a nadie el secreto que juramos guardar. Tus padres no quisieron que volvieras a verme más y por eso cortaron el contacto con los míos. Nos desterraron al uno del otro. Eran otros tiempos y otra mentalidad. No quiero sentirme culpable.

Beso a la niña de la foto con labios de niño perdido.

¿Te acuerdas qué tristes se quedaban los viejos Garbí aquellos domingos de invierno por la tarde, anocheciendo, después de un sábado de pantalones de pana y chimenea cuando sobre las cinco y media cargábamos los coches para regresar a Valencia cada uno a su casa? Una soledad de pájaros escondidos y chopos pelados por el frío se apoderaba de los viejos apartamentos apagados al bajar el crepúsculo y cerrarse lentamente la puerta de la verja exterior a nuestras espaldas. A espaldas de los coches en marcha. El ocaso del fin de semana desplegaba su capa de abatimiento sobre un horizonte abrasado. En invierno atardece casi al mediodía. Nos íbamos. Luego, ya camino de la ciudad, Carrusel deportivo en la radio del coche, deberes por terminar y

mamá que se vuelve hacia el asiento de atrás y avisa:

—Niños, aún no tenemos misa. Y mañana colegio...

Pues hoy me figuro a mí igual que si me hubierais olvidado en los Garbí uno de aquellos domingos melancólicos de radio puesta dando marcadores de segunda división, deberes a medias y sin misa. Desierto. Dejado atrás.

Resignado a quedarme en los viejos apartamentos a oscuras, allá donde la noche cae cuando se cierra la cancela de la verja y os vais.

¿Vendrás a salvarme? Mi vida está en tus manos. Siempre lo estuvo. «Un pájaro posado en un árbol nunca tiene miedo de que la rama se rompa, porque su confianza no está en la rama sino en sus propias alas», dice el proverbio (creo que indio) que me hizo memorizar esa amiga coach de mi ex que quiso salvar nuestro matrimonio. Y me sirve; tú eres mi rama y mis alas son las de mi alma volando hacia el más allá. No te rompas y yo no tendré que aletear buscando la luz al final del túnel. No digo más. Saborea esta metáfora constructiva. Saborea su sabiduría milenaria y decide si quieres ser mi rama o prefieres que me vaya para siempre.

Aunque muera te seguiré echando de menos. Te quiero con loca locura de loco de amor. No he dejado de quererte en toda mi vida.

Adiós.

¿Hasta el martes 2 de mayo?

CAPÍTULO 4

Caminaba en círculos por la sala de estar con cocina americana del ático de su novia como un hámster por un circuito de tubos. Entraba y salía de la terraza. Subía y bajaba a la planta de arriba. Iba y venía. El disgusto por la noticia que había recibido lo tenía desubicado.

Al principio lloró como si se hubiera pinchado una tubería que le pasara por los ojos, pero, algunas horas después, aquel escape se había secado. Quería llorar mucho y ya no le salía llorar nada.

Pese a que hacía meses de la mudanza, Pablo todavía no se había acostumbrado a compartir el ático de Mariola y ahora mismo, queriendo llorar y notando que no le nacían las lágrimas, se sentía un extraño entre aquellas paredes con terraza.

Mariola y Pablo tenían empleo y ganaban lo suficiente para independizarse, conque tras una larga etapa saliendo parecía lógico que comenzasen a vivir juntos. Era lo que todo el mundo esperaba de ellos y aunque sólo fuera por eso se atrevieron a dar el paso de poner los cepillos de dientes en el mismo vasito. Odiaban defraudar al público.

Desde que hace diez años se conocieron gracias a sus padres, formaban una pareja muy previsible. De hecho, preocupado por resultar tan corriente y para distinguirse claramente del aburrido de Jaime Monzón, abandonado como una basura por su ex, Pablo planeaba dar el campanazo y pedirle a Mariola que se casaran pronto, muy pronto, ya, y por la Iglesia, con glamur y suntuosidad. Es más, si fuera posible y hubiera un día no ocupado en la agenda del templo, le gustaría casarse incluso antes de que comenzase septiembre y en la mismísima basílica de la Mare de Déu dels Desemparats. Delante de toda Valencia.

Por su profesión tenía mano en las sacristías: Pablo organizaba bodas, bautizos y comuniones para la agencia de su madre y el Genio. Banquetes

de todo tipo. Eventos, se dice hoy en día. No daba para tirar cohetes, pero tampoco podía quejarse. Mariola Sánchez, por su parte, a partir de que se colegió, ejercía en la sucursal valenciana de un despacho internacional de abogados. Llevaban unas cuantas temporadas protagonizando el romance del año. Él era muy pelota, ahí radicaba su éxito comercial, educado, amable y agasajador, y Mariola, su princesita, su complemento perfecto, era rosa, muy rosa, completamente rosa. También era distinguida e indulgente. Se gustaban y gustaban al público.

A los dos les encantaba caer bien.

Además, como Pablo huía de repetir el carácter de su padre, insípido, ensimismado, colega sólo de los libros, adonde fuese llegaba siempre que podía rodeado de amigos. También al ático de Mariola. Así que Mariola nunca sabía con cuántos invitados a cenar aparecería su novio cada noche, aunque tampoco protestaba porque él se encargaba luego de todo. Cocinaba, recogía la terraza, fregaba los platos y después aún le quedaban fuerzas para hacer el amor. La chica se sentía dichosa, no había dos días iguales al lado de Pablo. Tenía la sensación de que el tiempo se detenía por donde él pasaba.

Mariola y Pablo formaban la pareja de moda, la imagen oficial del romanticismo para su generación.

Respecto a la muerte de su padre no había mucho de qué ocuparse de momento. La ambulancia transportó el cuerpo de Jaime Monzón al Anatómico Forense para que se le practicara la autopsia y su hermana pequeña ya estaba allí haciéndose cargo de la situación, por si había que reconocer el cadáver, firmar papeles u ordenar los siguientes trámites mortuorios. Pese a su juventud, Pelarañas representaba el sostén emocional de su peculiar familia. Nació con la fortaleza de ánimo de las tías abuelas de Albacete que, apretando los labios, lo mismo vestían a un difunto con su traje de domingo que le sacaban la piel a la liebre del gazpacho manchego como si fuera una camiseta. Era una suerte poder contar con Pelarañas cuando se precisaba afrontar algún tipo de compromiso desagradable.

Mamá y el Genio habían cerrado la agencia de eventos por defunción de un familiar lejano y aguardaban novedades. A las siete, el Genio

recogería de natación infantil a la bolita Iris, la pequeña hija que tenían en común, y a regañadientes se ocuparía de llevarla a casa, darle un baño y prepararle la cena, por si la ex de Jaime tuviera que salir a hacer algún recado funerario.

Las hermanas de papá, las tías Pilar y Carmencita, ya estaban al tanto del óbito. Y La Oficina también: Jaime Monzón no acudiría hoy a su negociado, ni mañana ni nunca, causaba baja definitiva.

La esquila se podía evitar, si nadie sabía que su padre estaba vivo a quién le iba a importar que hubiera muerto. Seguramente habría que hablar con la grúa y el seguro para ver qué pasaba con el coche. Además, decidir si a papá se le enterraba o se le incineraba y en ese caso dónde dejar las cenizas. Pero eso vendría más tarde.

Por ahora, la única urgencia de Pablo consistía en sobrevivir a la elocuencia desgarradora de su nuevo silencio interior. Y, si se terciaba, llorar.

Aquel silencio que, a partir de la terrible noticia, se le había instalado en el pensamiento y que lo estaba volviendo loco no dejaba de crecer. El silencio era una habitación vacía dentro de su cabeza. Él y el silencio interior siempre habían sido enemigos íntimos.

Harto de deambular inquieto de la sala de estar a la terraza del ático y vuelta, de ir de lo uno a lo otro, Pablo se imaginó corriendo por el parque del Turia, escuchando canciones pasadas de moda que le recordaran a su padre e intentando que las lágrimas, si es que finalmente le brotaban en abundancia otra vez, rodasen por sus mejillas y volaran por detrás de su pelo bien cortado a navaja. Le pareció una forma razonable de huir de aquella calma falsa y dejar que transcurriese la tarde.

Dicho y hecho. Subió a la planta de arriba, al dormitorio, y buscó en el armario la histórica mochila oficial del peregrino de la visita del papa Benedicto XVI a Valencia, al Quinto Encuentro Mundial de las Familias en 2006. Amarilla, blanca y cosida a mano. Era un regalo de su padre, que decía haberla usado una vez que fue a un gimnasio. Tal vez aún contuviera alguna elástica del Valencia CF de las que Jaime se ponía cada domingo para andar y bajar tripa.

Joder, no estaba por ningún sitio...

En las mudanzas ya se sabe que se pierden los recuerdos más preciados, si es que Pablo se había acordado alguna vez de aquella mochila antes del día en que supo que su padre había muerto.

Escogió entonces la única camiseta negra que encontró. Era de cuello de pico y llevaba una frase motivadora impresa: «Vive la vida, tienes la eternidad para joderte». ¿Quién la compraría? Al ponérsela le quedaba estrecha y le marcaba los pezones. No había otra cosa, che. Además, se puso unos pantalones de chándal grises y holgados e inevitablemente unos calcetines con luz propia. Es difícil eludir el amarillo fosforescente en las prendas deportivas y lo cierto es que no lo consiguió del todo. Distintos embellecedores refulgentes se repartían por su equipo de atleta al que le gustaría ir de luto.

Se sentó sobre la cama, y cuando estaba calzándose las zapatillas, cayó en la cuenta de que aún no había informado de la desgracia a su parroquia de congéneres. Se le había ido el santo al cielo.

Vestido de corredor, aunque con los cordones desatados, sin parar de subir y bajar las escaleras del ático, aunque también sin recordar para qué, redactó un aviso en el móvil: «Siento comunicarte que ha muerto mi padre anunciaré día y hora del funeral por si quieres acudir abrazo fuerte». Sencillo, claro y sin rastro tristeza, por no incomodar.

Lo envió a todos los grupos de mensajería instantánea a los que pertenecía y de inmediato empezó a recibir respuestas. No las abrió.

¿Habría algún compañero de su padre a quien advertir del drama? No se le ocurría nadie. ¿Cómo es posible que no haya quien lo quiera un poco?

Se angustió y resolvió llamar a Mariola.

Hacía diez días, quizá menos, la madre de Mariola también tuvo un accidente, cayó con su coche al mar frente al puerto de Valencia. El suceso resultó inexplicable. El vehículo fue rescatado del agua con todas las ventanillas abiertas, pero ni rastro del cuerpo de la conductora. El marido la daba por muerta, pero su hija todavía pensaba que en cualquier momento iba a regresar. Así que la novia de Pablo tampoco pasaba por su mejor momento. Y ahora de repente se moría el tonto de Jaime Monzón. Lo que faltaba. Llevaban una temporada horrible.

—¿Mariola?

—Reunida, Pablete. ¿Necesitas algo? ¿Estás bien?

—Nada, princesa. Sólo buscaba hablar con alguien.

—Ahora no puedo, guapi.

—¿Alguna noticia sobre tu madre?

—No, y ahora no puedo. Lo siento, bicho. Mi jefe, que te dé el pésame.

Y lo mismo Conchi.

—Princesita, ¿no puedes hablar?

—No.

—¿Seguro que no puedes?

—No, ¿no ves que no? Ahora no puedo, bicho. Nos vemos enseguida, ¿vale? Saldré pronto. Te lo prometo. Perdona, ¿vale? Hasta luego, guapi. Te quiero. ¿Por qué no llamas a Luisa?

—A Pelarañas.

—Eso.

A su hermana le pusieron Luisa, Luisa Monzón, pero su padre siempre la había llamado Pelarañas y, desde que supo que había muerto, a Pablo no le nacía nombrarla de ninguna otra manera. Entre los grandes fracasos del padre destacaba el de anhelar convertirse en poeta o novelista, no se sabía muy bien si una cosa u otra, y no haber publicado jamás una línea. No tenía quien leyera sus versos ni sus novelas. Cuando Luisa era muy pequeña escribió un relato infantil, inspirado en la niña, llamado así: *Pelarañas*. Narraba las peripecias de una criatura que, repartiendo sonrisas, había salvado al mundo de una crisis económica.

Todas las editoriales a las que envió el manuscrito se lo devolvieron. Una editorial de Madrid junto a una carta de rechazo muy cortés, las de Barcelona sin carta.

El personaje de Pelarañas era idéntico a Luisa. Tenía los ojos verdes como la espalda de una rana encantada, lunares que le dibujaban una Vía Láctea por la espalda y el cabello tan colmado de rizos de color madera y de enredos que un petirrojo confundió aquella montaña de caracoles con la copa de un árbol y se fue a vivir ahí. Igual que los piratas lucen un loro en el hombro, a la chiquilla le acompañaba ese petirrojo, apodado Señor Moscas, que dormía en su pelambreira y la sobrevolaba en toda

circunstancia. Papá decía que aquella fábula había ocurrido de verdad y que la auténtica Pelarañas era Luisa, quien después de salvar al mundo optó por seguir su vida en un hogar normal y corriente.

Tantas veces durmió a sus hijos con este cuento que acabaron por creérselo e incluir, entre sus recuerdos infantiles, que Luisa, en algún instante remoto, tuvo un petirrojo que vivía en su pelo y respondía al nombre de Señor Moscas. En verdad, Pablo estaba convencido de que su hermana y su padre aún lo creían y, por tanto, les seguía la corriente.

Marcó su número. El usuario estaba apagado o fuera de cobertura. Marcó otra vez. Lo mismo. Otra vez. Otra vez. Otra vez...

—Pablete, ¿me estás llamando? —La voz sonaba entrecortada—. Es que aquí no hay casi señal. Coño, espera que salga al pasillo.

—Pelarañas —temblaba—, ¿te ronda el coco el Señor Moscas?

—Ya sabes que sí. —Soltó una carcajada afligida—. Se esconde en esos jodidos rizos que me tienen hasta el chumino con sus enredos, *cagoentodo*. ¿Te encuentras bien, hermanito?

—Sí. Es que Mariola está reunida y no puede hablar.

—Mariola es una pija y una estrecha, yo te acogeré entre mis pechos. ¿Qué te sucede, ricura?

—Que me he puesto a pensar en amigos de papá a los que dar el notición, pero no me viene a la memoria ninguna persona. Ni siquiera un perro o una mascota. Nadie.

—Eso no significa que no tuviera gente alrededor, que no exista un entorno de papá. —Luisa se puso misteriosa y bajó el tono—. Mira, capullo, he estado hablando con Rafa Víboras, el puto forense, que, por suerte, es de una peña mía y tenemos un huevo de confianza y me ha contado que, aunque oficialmente no puede adelantar nada, piensa que hay algo raro en la muerte de papá. Que llevaba puesta una ridícula corbata infantil de patos Donald muy chungu y una foto antigua de una niña que no soy yo en el bolsillo de la camisa.

—Si la foto es antigua, ¿cómo sabes que esa cría no eres tú?

—Hostias, primero —seguía hablando muy bajito, tapándose la boca con la mano—, porque, por lo visto, la foto es más antigua todavía que yo, por detrás tiene cosas medio borradas escritas por papá y, segundo,

porque la del retrato va con trenzas y no con rizos y sus ojos son azules y no verdes como los míos o los de mamá. O sea que tampoco es madre. Me la ha enseñado el Viboritas y no somos ninguna de las dos. Es muy obvio.

—Ya ves. Qué raro.

—Otra cosa extraña es dónde se ha producido el choque. En Frontera. *Cagoentodo*, en Frontera. ¿Te acuerdas de aquel viejo apartamento que tenían los abuelos, al que papá iba de pequeño? Pues por ahí. En la recta que pasa por el cementerio. Rafa aún no me ha contado si el pobre desgraciado se metió debajo de un camión o se cayó al barranco de Matacartujos.

—¿En Frontera? ¿Y qué hacía el viejo en Frontera?

—¿Qué leches sabré yo, Pablete? *Frustra enim dicitur quod non intelligitur*. A lo mejor no tenemos ni repajolera idea de papá. Oye, hermanito, que el pringoso del forense me reclama. ¡Voy, voy — apartándose del móvil—, voy, Viboritas! Te llamo, hermanito. Chao, chao.

Pablo recordaba perfectamente la corbata de patos Donald y a su padre luciéndola. La compraron unas Navidades, hacía una eternidad, para ir con Pelarañas a la cabalgata de Reyes. También cargaron con un paraguas al que darle la vuelta para recoger caramelos cuando pasara el desfile de carrozas por la calle San Vicente.

Aquel tiempo fue perfecto, su infancia feliz.

La familia Monzón mantuvo hasta el divorcio la fantasía tradicional española de que los Reyes Magos, después de Nochebuena y Nochevieja, trepan entre tinieblas al balcón para atiborrar de juguetes a los chavales que se portan bien. Cada 5 de enero, al regresar de la cabalgata, compartían el típico roscón con chocolate caliente después de cenar. Luego, en el comedor de casa, los niños preparaban polvorones, turrón y licores para los invisibles Melchor, Gaspar y Baltasar, y un cubo de agua para sus camellos. Abrían de par en par las ventanas y, nerviosos como rabos de lagartija, se iban a la cama.

Mientras dormían, sus padres probaban los dulces, se bebían los licores, vaciaban el cubo de agua en el fregadero y cerraban las ventanas. También colmaban el sofá de regalos para Pablo y Luisa de parte de los

Reyes Magos. Al día siguiente, cuando los chicos descubrían tantos juguetes y que sus majestades se habían puesto las botas y sus cabalgaduras habían calmado la sed, todo eran expresiones de asombro y fascinación.

A los adultos les gusta sorprender a los menores, les reconforta engañarles, piensan que así les alargan la niñez. Puede ser.

Un año, Jaime dispuso una cámara entre un coche teledirigido y una muñeca parlanchina y, por la mañana, al entrar los chiquillos empujándose y corriendo en el comedor, los filmó de frente. Sus deslumbradas caritas rebosantes de alegría. Sus saltos y sus gritos. En algún lugar de casa de los abuelos estaría ese vídeo en el que de fondo se veía a papá con la corbata de patos Donald.

Papá siempre estuvo de fondo, sólo de fondo, concluyó Pablo.

Se acordó entonces del bar Nodo. En esa barra pasaba su padre las horas muertas fumando sus Fortuna. Si había un lugar donde supieran algo de su carrera y relaciones iba a ser este. Allí desayunaba, seguía los partidos del Valencia, conversaba con los parroquianos, tomaba café a mediodía, recibía visitas y pensaba en las musarañas. ¿Cómo se llamaba el dueño? ¿Justo, Pepe, Miguel? Daba igual, urgentemente debía trasladar el infortunio a la concurrencia de aquel noble establecimiento en el que sin duda apreciaban a papá.

Claro, cómo no lo adivinó antes: Jaime Monzón era el bibliotecario del Nodo. Delante de un café con leche fría, perdía la noción del tiempo archivando evidentes romances de jóvenes y no tan jóvenes clientes en ficheros mentales. También infidelidades y embarazos imprevistos de los que se hablaba en otras mesas; insectos merodeadores de las tortillas de patata, cebolla y ajetes del mostrador; o anillitos de casada de las señoras que entraban «un momentín» en el bar con su carro de la compra estampado con cuadros escoceses a dispararse una copita de anís con hielo o a jugarse el suelto para el pan y los yogures en la tragaperras.

—Está calentita, la Rácana está calentita y va a cantar enseguida —se alentaban a sí mismas esas señoras ante la tragaperras.

Ni restaurantes ni cafeterías, sólo en los bares se sienta la vida a descansar un rato y dejarse tocar las tetas por cualquiera. En la lápida que

estaba por encargar, debajo del nombre de Jaime Monzón y las fechas, debería poner: «Honrado cliente del bar Nodo, siempre dejó propina». A él le habría gustado.

Quedaba cerca del ático de Mariola. Bajó de prisa las escaleras, corrió por Cirilo Amorós, cruzó un par de calles y en diez minutos se plantó en uno de los chaflanes de Sorní con Grabador Esteve. Ahí debía estar el bar. Recuperó la respiración. Sin embargo, en ese sitio había ahora una tienda de camisas italianas a medida: «Bertolini, *camicie alla moda*».

Entró y preguntó a la joven rubia de la chaqueta con alamares de domador de circo sin sujetador ni nada debajo que atendía al público:

—Perdona, ¿no estaba aquí el bar Nodo? —Gotas de sudor le resbalaban a Pablo por la frente.

—No sé. —La fina dependienta lo miró desconcertada de arriba abajo—. Antes había aquí un bar, pero ya hace cinco o seis años que cerró. Y no sé si será el que me comentas.

—¿Y sabes qué fue de los dueños?

—Te comento: les tocó la lotería. Un premio muy gordo y traspasaron el negocio, por lo que he oído a mi jefa. Aprenderse lo que dice la jefa es de rubias, ¿a que sí?

—¿No han vuelto?

—No. Para nada. A ver, te comento: dicen que en este local quedan fantasmas y malos rollos del bar que dices. Que en la esquina del fondo de la tienda, junto al baño unisex, donde tengo las perchas con tallas especiales de americanas y gorras de patrón de yate, algunos clientes escuchan conversaciones, ruidos de páginas de periódico y una especie de radio antigua dando resultados de fútbol. Como lo oyes... Y lo que es peor, que por las noches se ve pasar la silueta de una mujer pelirroja por el escaparate de la calle Sorní. ¿Te suena lo de la rubia que se aparecía haciendo autostop entre dos curvas del puerto del Ragudo y decía: «Aquí me maté yo»? Pues lo mismo, pero con una pelirroja que se asomaba por la ventana del bar Nodo. Se ha convertido en leyenda urbana total.

—Jolines.

—Tal cual, misterios... Pero a esos, a los dueños, te comento: no se les ha visto el pelo más. Les tocó la lotería total y cerraron hace mucho, te lo

repito. Estarán estupendamente en Port Saplaya, o en Torrevieja. O en Marina d'Or, o en el Mareny Blau, no sé, en algún sitio así..., como de picadero. —Le puso morritos a Pablo—. Saber estas cosas es de listas... ¿Deseas una camisa italiana de doble cuello a la moda? Una camisa de doble cuello es bien.

—No, gracias.

—Mira, tete, las camisetas con cuello pico son grimosas total, como de feos. Y los mensajes de autoayuda en la camiseta son mal, muy mal. Te comento: esa que llevas es un espanto, no la subas a Instagram o acojonarás total a tus *followers*. Además, te marca los pezoncillos. Tal cual. Con lo majo que eres, no te pega nada. Estás fatal. ¿Deseas nuestra *celebrity camicia Nuova Illusione*, serie Efebo, con botones rojos sobre tapeta doble con *print* de cuadritos Vichy?

—No, gracias.

—Con esa camiseta ajustadita que llevas se nota que te han salido cuadritos de chocolate, que frecuentas el *gym*, que estás cachas total... —Se relamía al sugerirlo—. ¿Quieres que entremos juntos en el probador y te ayudo a quitártela y miramos juntos qué tal te queda una verdadera *camicia da uomo*?

—No, gracias.

—¿Eres gay? Te comento: también tengo camisas italianas a la moda muy pegaditas para gais, como de chica, de chica total.

—No, gracias —contestó distraído, mirando a su alrededor.

—Pues áatate los cordones que te vas a caer. Lo de ir como sudado y vestido como de deportista de mercadillo como que no te favorece, pimpollo. ¿De verdad que no quieres una camisa molona de marca milanesa? Las camisas italianas son bien, son de estiloso total.

—De verdad que no. En el bar Nodo mi padre tenía una tertulia con la vida. La puta vida, según mi hermana Luisa, bueno, Pelarañas. Esa tertulia era la biblioteca de Alejandría de la historia de este barrio.

—Ya, ya. Tal cual. Estás pirado. ¿Quieres que llame a alguien para que te recojan? ¿A tu mamá? ¿A tu enfermera? ¿A tu asistente social? Si te pisas los cordones te vas a caer total, pibón.

Entonces fue el principio del miedo al silencio interior sobre su padre.

No por el espesor de ese silencio, sino por su significado. Por lo que el silencio en su cabeza comenzaba a decir a lo lejos. Todo lo que su padre era o representaba había desaparecido de su pensamiento de repente, sin que Pablo se diera cuenta, dejando un vacío.

Quizá ya no lloraba con lágrimas porque en realidad la muerte de su padre era para él la muerte de un perfecto desconocido. O mejor, la de un imperfecto conocido.

Martes, 2 de mayo (por la noche)

Marina, no has venido a salvarme y en tu lugar se presentó Ella, la pelirroja con pecas pintadas del bar Nodo. Maldita seas.

En mi carta te di todos los detalles, en especial qué coche tengo, dónde estaba aparcado y a qué hora iba a usarlo para hacerme papilla chocando contra un camión o lanzándome al barranco de Matacartujos y ni te dignaste aparecer para impedirlo. Albergaba la esperanza de que al leer mi espantoso plan naciera en ti la necesidad ineludible de detenerme y que me estuvieses aguardando agazapada en el garaje para rogar que desistiera de mi estúpido propósito. Que mi frenado suicidio sirviera para reunirnos y, quién sabe, quizá para renacer juntos. Nos veía abrazados y llorando. Jurándome que tampoco me olvidaste y que siempre me has querido.

«No lo hagas, por favor, no lo hagas», suplicarías. Qué ingenuo soy.

Si hubieses acudido, al menos sabría que te importo algo. Incluso aunque te hubieras limitado a avisar a la policía habría significado que mi existencia tiene un mínimo valor para ti. En cambio, no has hecho nada. Faltaste a nuestra cita. Si fuera por tu aprecio, a estas horas estaría muerto, collons.

Cuando recibas esta carta pensarás que escribí las anteriores para provocar un encuentro, que toda la historia de mi suicidio no fue otra cosa que una estrategia para contactar contigo y quizá remover una pasión que llevará siglos momificada en tus entrañas, un cuento chino. Ya sabes, el típico recién divorciado que lo primero que se le ocurre es contactar con sus antiguas novias, intentar aprobar las asignaturas que le quedaron pendientes, buscar a las chicas que se le escaparon.

No, no es el caso. Pese a que mi corazón continúa latiendo, quise matarme. Con sinceridad lo digo. Y precisamente, entre otras razones mayores, porque te perdí. Porque eres lo más dulce que he conocido, mi fugaz conquista del paraíso, y te disolviste en la niebla del pasado.

Lo nuestro se esfumó, Marina. Ni siquiera creo que alguna vez llegáramos los dos a sentir lo mismo y por eso es natural que no te interese un pimiento si consigo escapar del corredor de la muerte. Nada que reprocharte al respecto. No tengo derecho.

Sí, yo debía haber fallecido esta tarde con independencia del dolor o apatía que el suceso produjera en ti. Sin embargo, se da la circunstancia milagrosa de que he vuelto a sobrevivir. Ella, la pelirroja con pecas pintadas, me ha salvado y es humano entonces que se despierte en mí la curiosidad por saber cómo reaccionaste ante mi previsible

desgracia. Resulta inevitable que ahora vuelva la vista con inquietud y compruebe que no moviste ni un dedo para rescatarme. ¡Ni un dedo, Eme! ¡Joder, ni un dedo!

No esperabas que resucitara otra vez, ¿verdad? Yo tampoco.

Si ya fuera un cadáver me daría igual, habría dejado de padecer. Pero, Marina, estoy vivo, tengo sentimientos, icoño, tengo sentimientos!, me hago preguntas y me disgustan las respuestas.

No me aprecias en absoluto, parece obvio. Pude haber muerto ignorando tu falta de reacción a mis cartas de despedida, pero algo imprevisto ocurrió y, casualmente, sigo aquí en el mundo, respirando, y me doy cuenta, quiera o no, de la realidad descarnada. Por ejemplo, me doy cuenta de que no viniste a protegerme, aunque te anticipé el sitio, el coche, la plaza de aparcamiento, el día y la hora, ¡che tú, el día y la hora! Y eso demuestra que no te angustia lo que sea de mí, que no me quieres. Que tal vez nunca me has querido. Que mi amor eterno te deja indiferente y que te resbala cuánta crueldad me tenga reservada el destino. Más claro agua, recollons.

¿Crees que estoy enfadado? ¿Rabioso? No te equivoques, bonita, se trata de decepción, de frustración, de desengaño. Es cierto que no eres la causa de mi descalabrado suicidio, no obstante, también es cierto que mis cartas de adiós fueron para ti, que ante el estertor final mi último pensamiento te buscó a ti. En la segunda intentona incluso no dejé más que una carta para ti, para que sólo tú supieras lo que iba a pasar. Comprenderás entonces mi desilusión al confirmar que la única persona de la que me despedía ni se molestó en acercarse para despedirme. Terrible.

Si yo no merecí tu amor, tú no mereces el mío.

Acabo de llegar a casa. Mis padres están cenando delante de la televisión. Mamá me ha preguntado:

—¿Jaime, te apetece un hervidito valenciano?

—Claro, mamá, me apetece mucho —le he respondido con desgana.

Y aquí estoy, sentado delante de un plato humeante de bachoquetas, cebollas, carlotas y patatas, escuchando las noticias deportivas del telediario como un runrún confuso de fondo y escribiendo a la mujer a la que le trae sin cuidado que le escriba.

Soy un subnormal. A mis casi cuarenta y seis años, recién divorciado, decido suicidarme a lo bestia y termino cenando un hervido en la salita, con una mantita a cuadros sobre las piernas y viendo la tele con mis papaítos. Soy un retrasado mental, un amorfo.

Por tu culpa, che. Todo por tu culpa, por tu gran culpa.

Y tú, Marina, pasando de mí y de mi patética llamada de auxilio. ¿Soy o no un gilipollas? ¿Qué te importará lo que suceda conmigo? Seguro que tienes una vida divertida y maravillosa, que jamás te has acordado de este lameculos enamorado de ti y que todo esto te ha dado mucha risa y a lo mejor un poco de pena. ¿Quién sabe?

Te partes de risa, ¿no? Pues que seas feliz.

Ya no te molestaré más. A este mindundi se le ha agotado el carrete. Vale ya.

Creo que no quedo ni para recuerdo tuyo. Desaparecí en el desván de los nombres que olvidaste. Perdón por importunar. Que te vaya bien.

No te quiero. Adiós. Que te den.

Miércoles, 3 de mayo (madrugada)

VIDA Y MUERTE NO CORRESPONDIDAS

Para Eme
y que la folle un pez.

Para matarme tengo que estar vivo
y no en este agujero del amante
sin amante, desierto del errante
caminar sin final retrospectivo.

No me diste ocasión, sólo pasivo
desamor, no existir, sombra ignorante.
Sin ti no hay vida y sin vida adelante
imposible es matarse compasivo.

Marina, me robaste vida y muerte.
Por negar, me negaste hasta el olvido,
al que abrazar quisiera eterno y fuerte.

Soy nada. Soy Don Nadie abandonado.
No puedo morir sin haber vivido.
No puedo vivir sin haberte amado.

Miércoles, 3 de mayo de 2006

Querida Eme, perdóname. Lo siento. Perdón. Perdón. Perdón.

No mereces la carta iracunda ni el soneto herido que te envié esta mañana. No tengo ninguna razón para estar enfadado. Me da vergüenza siquiera pensar en volver a dirigirme a ti. Soy un miserable, una babosa. Peor aún, soy el rastro de baba que deja la babosa.

Es muy improbable que estés leyendo lo que escribo, conque seguro que no sabías nada de lo que iba a suceder. ¿Cómo ibas entonces a salvarme si no te habías enterado de que estaba en peligro? Soy un miserable. Y un egoísta. Perdóname.

Además, si alguien estuviera al tanto de mis cartas, sería casi imposible que ese alguien fueras tú. Y fíjate, Eme, aún digo más, en el inimaginable caso de que mis cartas de despedida llegaran realmente a tus manos, ¿quién soy yo para pedir que me rescates de mi suicidio? ¿Qué derecho tengo a molestarte? ¿Quién ha dicho que te acuerdes de Jaime Monzón y, lo que resulta más importante, que te importe un bledo lo que le pueda ocurrir a Jaime Monzón, el chavalito aquel de las gafas con la gomita negra por detrás de las orejas?

En mi descargo añadiré que no soy yo, es el suicida que llevo dentro. Créeme, el suicidio nos vuelve egocéntricos. Los suicidas somos exigentes y codiciosos como niños pequeños. Directos y expresivos, no nos andamos por las ramas. La urgencia con que el último tránsito nos acecha desde las sombras, la valentía de la que hemos hecho acopio y cierto sentimiento de superioridad moral respecto a los mortales sin prisa por fallecer nos empujan a mirar con desprecio a los que se quedan otro rato más en la aburrida fiesta del existir. Y a maltratar a los vivos como si ya estuviéramos muertos.

Ser un suicida decidido y en trance de actuar te confiere una responsabilidad considerable, pues no puedes renunciar y acobardarte sin saber que te arrepentirás por los años que te queden. Quieres que los demás te aplaudan, da igual si ya no estás para escuchar tales aplausos, o que te detengan rogando que te perdones la vida. Concitar la atención de todos, aunque sólo sea por un minuto de desesperación. Y eso pretendía yo, que tú me suplicas que aceptara seguir por ti. No por mí, por ti. Qué estúpido, ¿verdad? Sentir que te importaba un poco.

Los suicidas somos muy sinceros, eso también.

Pues, ni como suicida, Eme, valgo una mierda. Pienso en Larra, que recibió la visita de su amante, Dolores Armijo, reclamando que le devolviera su correspondencia para

poner fin al idilio que los atormentaba (como si tú me reenviases sin abrir estas cartas que yo te escribo), y que entonces, justo después de despedirla educadamente en la puerta y rogar al criado que la acompañase a casa, se disparó un tiro en la sien delante del espejo. La hijita de cuatro años del poeta lo encontró con la tapa de los sesos levantada cuando iba a darle un beso de buenas noches.

Meses más tarde, Dolores murió ahogada al hundirse el barco que la llevaba a Filipinas a reunirse con su legítimo esposo.

Esta sí que es una historia dramática, romántica de verdad, incluida la escena en que la criatura descubre el cadáver del padre muerto, tras ser abandonado por la mujer casada que era su amor verdadero, y no la nuestra.

Fuimos novios, ¿lo fuimos?, cuando teníamos trece, nos besamos, pasó aquello, nos separaron, no volvimos a vernos jamás y ahora que rozamos los cincuenta me acuerdo de ti, te escribo diciéndote dónde y cuándo quiero suicidarme y lógicamente tú no te presentas para detenerme. Eso es todo. No me extraña que ningún escritor de España faltase al entierro de Larra y que mi ausencia de un día cuando lo de las pastillas ni siquiera alertase a Minipimer Garza o a los habituales del bar Nodo.

Ya no te incomodaré más. Eme, esta será mi última carta. Luego, si me cuelgo de una farola con mi corbatita de patos Donald o me ahogo hundiéndome la cara en el váter de caballeros de La Oficina, ya te enterarás por el periódico. O tampoco, porque las noticias sobre suicidas no se publican, ya sabes, por si animan a otros y el suicidio se convierte en una moda desagradable. Manías de psicólogos católicos que se hicieron concejales en vez de curas por lo del celibato, digo yo.

¿Adivinas quién me libró de la muerte esta vez? Creo que te lo conté, la pelirroja con pecas pintadas del bar Nodo. Esa a la que tú y yo, aquí, llamamos Ella.

Te cuento. Al principio todo sucedió como estaba previsto. Acudí a mi hora a La Oficina y despaché los asuntos del día con la natural indiferencia de los que estamos acostumbrados a trabajar bajo ese resplandor letárgico de neones que regularmente sisean como en los laboratorios o en las cocinas de los internados. Al acabar mi jornada, salí a comer con Manoli, Manuela González, la superjefaza de nóminas que ya te he mencionado.

Teníamos que hablar sobre mi posible prejubilación, como planeé.

Manoli iba conmigo a la facultad. A mí entonces me gustaba un poco, te lo confieso. Solía llevar una blusa azul claro con florecitas y cuello blanco redondo, abrochada por la espalda en lugar de por delante. Se sentaba en las primeras filas del aula, algunas gradas por debajo de mí. Me pasé las clases de tercero mirándole la nuca y preguntándole cómo sería acercarme por detrás y desabrocharle sin prisa esos botones de la espalda. Que cruzase los brazos para cubrirse el pecho, que se volviera despacio, que me mirase por encima de sus gafas con perlitas, que me apuntara con ojitos de potencial señora Robinson y que, soltando las manos para rozarme la mejilla con sus uñas relucientes de esmalte fucsia, definitivamente dejase caer la blusa con florecitas suelta al suelo.

Nunca ocurrió nada parecido. Ni de lejos. Fuimos buenos compañeros y discretos conocidos. Algún tiempo después, nos encontramos de nuevo en La Oficina, pero a esas alturas Manoli ya pertenecía al prestigioso departamento de personal, lo que en mi trabajo equivale a decir la policía de la policía, la élite, el West Point oficinesco. Por

supuesto, había cambiado aquella blusa azulita abrochada y desabrochada por la espalda por una americana marrón. En todo caso, se había transformado en un cisne inalcanzable para este patito feo de bajas y decesos, que fue mi primer destino.

Hoy mantenemos una relación cordial, basada en la común conciencia en su inatacable superioridad laboral.

Comimos en una cafetería del mismo nombre que el funcional edificio en que está localizada La Oficina: restaurant la Tercera Torre de Serranos. Como era la última comida de mi vida, me toleré una picaeta de olivas, cacao y papas, y luego una pataqueta de blanco y negro, con un rojo y habitas, mi entrepán favorito, aunque últimamente lo tuviera relegado para retardar en lo posible el perceptible descuelgue de mi papada. También bebí varias cervezas. Y de postre, ya sin brida, cayó un donut de chocolate mojado en el café con leche fría. Como si no hubiera un mañana, que yo creía que no lo habría. O que tal vez no lo iba a haber.

Manoli se atuvo al menú del día: sopa de lluvia, filete ruso con ensalada y para terminar dudo ahora si escogió la pieza de fruta de temporada o la deliciosa tarta helada tipo Comtessa. Aunque caminó recto por el menú, también tenía apetito.

Íbamos a comentar las posibilidades que se me ofrecen para acogerme a algún generoso programa de reposición de administrativos marchitos de La Oficina y retirarme. La prejubilación, ese era el plan. ¿Recuerdas?, aparentar interés por mi próxima condición de pensionista, que los investigadores del siniestro total descartasen entonces el suicidio y que por tanto mis hijos pudieran cobrar la indemnización por mi muerte en accidente. Sin embargo, inesperadamente, se puso pícara y me dijo:

—Jaime, me he divorciado.

Y ya no se habló de otra cosa. Que Vicen se había vuelto un plomo y un pelma. Que le han dicho que yo también me he separado. Que aún está en edad de pretender. Que la segunda juventud empieza después de los cuarenta y cinco. Que ya no tiene miedo de quedarse embarazada y folla con total libertad. Que «Ahora mismo, por ejemplo, no llevo braguitas, tío». Que nunca ha probado con otra chica o un trío y tal, pero que, oye, open mind. Que en La Oficina todos tienen líos. Que Jesús Barrachina organiza pronto en el Alameda Palace un baile de los suyos para veteranos de los ochenta y que sería genial que le acompañase junto a su actual pareja, un marinero africano enrolado en algún velero de la Copa América. «Los tres, tío, los tres y tal». Más o menos, eso.

Acepté. Tener una cita cerrada con Manoli y su actual novio negro (ahora se dice «subsahariano», pero Manoli tuvo interés en dejar claro que se trata de un verdadero «negrazo» de armas tomar) era una coartada extraordinaria para que quedase excluida toda intencionalidad en el choque contra un camión que, en unas horas, proyectaba protagonizar.

Y así fue como conseguí que la gran doña Manuela González de nóminas se convirtiera en mi testigo.

Tras una brevísima sobremesa, pasé por casa de mis padres. Le dije a mi madre que debía ir al viejo apartamento de Frontera a por algo, que cogía las llaves, y mamá no hizo preguntas. Sonrió, mientras atendía al culebrón de la tarde en la tele.

—Habrà polvo por todas partes, no estés mucho allí —me advirtió, pensando en mi

alergia a los ácaros.

Bajé las escaleras saltando los peldaños de dos en dos. Me sentía feliz. Pensaba que, en el garaje, frente a mi coche patíbulo, estarías tú, Eme, para suplicarme que renunciara al suicidio. Que, gracias a estas cartas desesperadas que te tienen al tanto de todo, íbamos a reencontrarnos a tantos años de distancia del primer beso de nuestras vidas, de la invención del beso.

Crucé Conde Salvatierra sonriendo. Caminando por la calle primero y conducido por las escaleras mecánicas del mercado de Colón después, silbaba y saludaba a cuantos se cruzaban en mi camino. ¿Qué vecino podía sospechar que, en ese instante, mi muerte dependía de la remota posibilidad de que mis señales de alarma te hubieran alcanzado, te hubieran conmovido y quisieras y pudieras acudir a una cita que sugerí, pero no propuse? Como un imbécil estaba seguro de que todo saldría bien y que aquella tarde sería la del nuevo principio en vez de la del final definitivo.

Imagínate, pues, mi decepción cuando en la penumbra del primer sótano del mercado de Colón distinguí claramente el perfil solitario de mi novísimo Opel Corsa gris mercurio y nadie a su alrededor. A media luz, el coche tenía el aire de una guillotina o de una horca sobre el cadalso.

Todo acababa ahí. Mi viuda me había dejado por Eugenio, mis hijos tenían un nuevo padre y el primer y único amor de mi vida no llegaba a tiempo para librarme de la muerte. No quedaba sino ejecutar la sentencia prevista. Cumplir la pena capital. Ajusticiar al desgraciado este al que nadie quiere. Liquidar al irrelevante.

Ni siquiera creo que fuera la depresión lo que me empujó a encender el motor sin que me temblase la mano, más bien sería la cólera, el enfado, el desengaño. Estaba furioso. Había seguido milimétricamente el programa previsto para, llegado a este punto, encontrarme con dos caminos alternativos: uno hacia la vida, a través de ti, y otro hacia la muerte, si me dabas plantón. Tú decidías cuál iba a escoger y señalaste con el pulgar al suelo. Elegiste que me quitase de en medio. Optaste por asesinarme, al menos en sentido figurado.

Che, Marina, no estabas esperándome. No viniste.

Arranqué. Pisé fuerte el acelerador un par de veces antes de meter primera para que el animal rugiese y mi espíritu se templara. Cogí el volante con seguridad transmitiendo mi energía al vehículo, como si llevara puestos unos viejos guantes de cuero sin dedos de piloto veterano. Mi entrañable Corsita se transformó en un Yokosuka MXY-7, Flor de Cerezo, la bomba voladora de los kamikazes japoneses durante la guerra del Pacífico. Me sentía un torpedo humano, el hombre bala. Más bien el hombre fuego artificial, dado que el objetivo no consistía más que en destruirme a mí mismo, sin dañar a nadie, despedazándome en una espectacular explosión.

Grité, me humilla reconocerlo, con todas mis fuerzas:

—Banzai! ¡A la carga! —Cerré los ojos, moví el cambio, solté el embrague de golpe y dejé que el ambiente se llenase de electricidad. Yo seguía—: ¡A la carga! ¡Macho, Jaime! Banzai! Amunt València! —Y cosas así de motivadoras.

El coche dio un saltito y se caló. Silencio.

Se esfumó la gloria que me embargaba. Del retrovisor pendían dos alpargatas en miniatura que me regalaron Pablete y Pelarañas, recuerdo de un viaje familiar a Cuenca o a Teruel, no sé. De cuando yo creía que éramos una familia unida. Vibraban

aquellas alpargatas, iban de un lado a otro como un péndulo.

Rompí a llorar con las manos cubriéndome la cara. Todo el miedo del mundo y toda la pena acumulada desde que a los tres años me pusieron gafitas y me taparon un ojo para corregir el otro que tenía vago, como a mi primo el Bizconde, me vinieron de golpe. Tanto lloraba que se me empañaron las gafas y me las tuve que quitar.

Resignado a morir, más que decidido a suicidarme, volví a encender el motor y como si caminase arrastrando los pies hacia el garrote vil inicié la marcha a paso de hormiga.

Entonces ocurrió.

De detrás de una columna del garaje irrumpió una silueta, como una cierva que brinca desde la maleza del arcén a la calzada. No llegué a atropellarla, aunque faltó muy poco. Se encogió deslumbrada por los faros del coche, golpeó con la mano el capó y cayó al suelo. Yo frené en seco.

Me puse las gafas. Salí corriendo del vehículo y me encontré con una mujer plegada sobre el piso, otra vez igual que una cierva, pero ahora igual que una cierva lastimada. Había perdido un zapato rojo de tacón, mucho tacón, y se agarraba el tobillo del pie que tenía descalzo.

—Señorita, perdóneme. Lo lamento. Me había quitado las gafas y no la vi.

—No se preocupe. Soy yo la que estaba distraída. Es culpa mía.

Sin levantarse, recuperaba las pertenencias de su bolso desparramadas a su alrededor. Los bolsos de señora siempre me han parecido misteriosos agujeros de gusano en los que cabe el universo entero. El Big Bang, por ejemplo, debió ser un día en que se desperdigó por la mesa el contenido del bolso de la esposa de Dios.

Permanecía cabizbaja recobrando sus tesoros: pintalabios, móvil, bolígrafos, tarjetas, pañuelo, monedero, fotos, chicles, qué sé yo.

Una melena escarlata le cubría el rostro.

—¿Le ayudo a ponerse de pie? —pregunté.

—Sí, por favor.

Le tendí la mano. Ella abrió los brazos, los puso en cruz. Moviendo la nariz me colocaba y me recolocaba las gafas. Dudé. Notó que dudaba, pero no cerró los brazos. Me incliné un poco más. Seguía ofreciendo mi mano, ahora menos firme. Mis yemas rozaban el hueco entre sus clavículas, la sentían respirar. Se estiró, se colgó de mi cuello y consiguió abrazarme. Entonces, la rodeé yo también con alas de ángel de la guarda. Mis dedos notaron la hebilla del sostén en el centro de su espalda. Visto desde arriba, por el escote entreabierto de su camisa, un sujetador violeta llamó mi atención, aunque creo que evité mirarlo. O disimulé que lo miraba. Su pecho se pegó a mi vientre y dejó que percibiera su jadeo acelerado de cierva asustada.

Levantó los ojos y, por unas décimas de segundo que resultaron siglos, nuestras miradas se encontraron y se reconocieron. Aún la sostuve por el codo mientras se ponía el zapato perdido.

—Usted es Ella —le dije.

—¿Qué? ¿Cómo me has llamado?

—Ella. Es que no sé su nombre.

—Ella es un buen nombre —susurró, después de titubear un poco.

—Yo me llamo Jaime, Jaime Monzón.

—Bonita corbata, estás muy elegante con esos patitos Donald, Jaime. ¿Nos conocemos? —añadió con voz baja y media sonrisa contenida.

No sabía qué responder. Me sudaban las palmas y apenas me salía la voz. Por delante de los ojos, intensos como gotas de tinta, le resbalaban unos rizos color azafrán revueltos como si estuvieran mojados, como si saliera del mar. Seguramente, tenía frente a mí a la Venus de Botticelli recomponiéndose de una caída en el parking del mercado de Colón de la capital del Turia porque yo, intentando suicidarme, casi la había atropellado. Grotesco. Esperpéntico.

Imposible aparentar tranquilidad. Milagro era que fuese capaz de seguir la conversación con tantos nervios.

—Sí, pero no —dije, y me sentí aún más ridículo.

—O sea que nos conocemos, pero que no nos conocemos. Menudo lío. —Ahora ya la sonrisa le ocupaba toda la cara.

—Bueno, yo sé quién es usted.

—¿Ah, sí? ¿Me conoces, chico de las gafas? ¿Quién soy?

—No lo sé.

Soltó una carcajada. «La pelirroja del bar Nodo, usted es la pelirroja de las pecas pintadas del bar Nodo», quería especificarle para que entendiera mi confusión. Pero estaba claro que, como siempre, yo me había fijado en alguien que no se fijaba en mí. Me quedé mudo, estaba bloqueado.

—Jaime Monzón —siguió Ella—, no me hables de usted que tendremos más o menos la misma edad. Vuelve a aparcar el coche. Voy a subir a la planta menos uno del mercado, donde hay un cuarto de baño, y miraré si tengo alguna herida en la rodilla. Se me han roto las medias, no sé por qué te lo digo... Tú, mientras tanto, espérame arriba. Nos veremos luego en el puesto de flores, junto a la entrada de Conde Salvatierra, la que está debajo de las dos torrecillas del mercado coronadas por dos huevos rosas. Hasta ahora.

Con un movimiento de cabeza apartó las ondas cobrizas de su boca. Apresó aquella mata de cabello con una goma que sacó del bolso. Las pecas pintadas emergieron al recobrar el color sus mejillas. Dio media vuelta y con pasos largos se fue perdiendo en la misma oscuridad del aparcamiento de la que había surgido un minuto antes. Caminaba con la certeza de que yo la estaba contemplando caminar. Otra vez era una cierva que cruza la carretera, pero ahora sin sobresaltos, moviéndose con lenta indiferencia.

Cuando ya casi su contorno no se distinguía, le grité:

—¡No me has dicho cómo te llamas!

—Ella, me llamo Ella. Ese es mi nombre. Me gusta Ella. —Y agitó la mano sin volverse, como si se despidiera.

Obviamente me cuestioné qué hacer: seguir adelante con un suicidio que había quedado completamente fuera de contexto, gracias a este incómodo incidente, o dejar la muerte para otro día, aguardar en el puesto de flores cual mobiliario urbano e interesarme por el daño que hubiera podido causarle a Ella con mi atolondrado sacar el coche sin gafas, si es que se dignaba aparecer. Decidí aplazar de nuevo mi sacrificio y atender a la pelirroja. Ya empiezo a plantearme si realmente estoy convencido de querer hincar el pico con tanto postergar el suicidio, pero tal era mi deber y lo cumplí.

Por dentro ardía como una caldera de puro enojo. Ni estaba yendo a Frontera a cumplir mi destino ni te habías personado para resucitarme. Todo había salido peor que mal.

Después, para colmo, Ella, como harías tú, me dejó tirado en la floristería, debajo de las dos torrecillas del mercado coronadas por dos huevos rosas, con mi corbata de patos Donald, tu foto del setenta y tres en el bolsillo de la camisa y mi cretina expresión de suicida incapaz. Por supuesto, no acudió donde las flores de la calle Conde Salvatierra, pero yo sí.

Esperé casi una hora, che, y subí a casa de mis padres, mohíno y humillado.

El resto ya lo conoces, Eme. La decepción, la indignación, la carta de ayer y el poema que justifican estas disculpas que te estoy suplicando. Ya llevo dos intentos de suicidio fracasados y encima tú, la destinataria de mis cartas de despedida, me das la callada por respuesta, ¿no es para cabrearse? Podría abrir el balcón y tirarme a la calle ahora mismo, estamparme contra el asfalto, pero no se trata de eso. La cuestión no es morirme cuanto antes sino matarme con algún significado. Puesto que mi vida no vale la pena, que mi muerte, al menos, le diga algo a alguien. A ti, por ejemplo, si es que estás ahí leyendo y no eres una fantasía construida por mi desaliento.

Abelardo Ceniceros era un compañero de contabilidad. Un hombre trabajador, discreto y educado. Tan buena persona que no hablaba por no ofender. El empleado correcto. Para que te hagas una composición de lugar, en La Oficina, con el propósito de ahorrar electricidad, las luces se apagan si durante un rato no te mueves por la habitación; pues bien, Ceniceros siempre se quedaba a oscuras, sin luz, aunque estuviese activo. Poseía la máxima virtud que se le puede exigir a un oficinista: la invisibilidad existencial, una invisibilidad mobiliaria sólo eludible cuando toca hacer inventario.

Un viernes cualquiera, a última hora, las señoras de la limpieza encontraron su cadáver sentado en el pupitre, iluminado sólo por la tenue refulgencia de la pantalla del ordenador en reposo, aferrado al ratón y con la frente marchita apoyada en una pila de expedientes por repasar. Llevaba desde el lunes por la mañana en su despacho, pero hasta que fueron a fregar el suelo cinco días después nadie abrió la puerta y se enteró de que había fallecido.

De hecho, podría seguir allí, vivo o muerto, eternamente aislado, encerrado sin que hubiera quien se inquietase por su ausencia. Estuvimos dando vueltas alrededor de esa capilla ardiente laboral toda una semana, ignorando que, tras aquellas mamparas, Ceniceros, que en gloria esté, a la chita callando había dejado de producir.

No vimos cómo se lo llevaban y tampoco asistimos al velatorio, si lo hubo. Creo que, más allá de algún comentario tópico ante la máquina de café, no le hicimos homenaje alguno. La Oficina le dio de baja permanente y se ahorró la esquela.

Yo no quiero acabar como Abelardo Ceniceros, Eme. Me moriré, pero me cagaré en la puta madre del mundo al matarme, esa es la idea. O lo era hasta que en el garaje del mercado de Colón desapareciste tú y apareció Ella.

Decidir el lugar, la hora y la causa de mi último estertor será quizá el único margen que me quede de hombre libre, en tanto que burócrata subalterno con muchos trienios en La Oficina. Soy el gemelo de Ceniceros buscando un final alternativo.

Envejecer está por encima de mis posibilidades, Eme. Es caro para los papás

divorciados y desértico para los solitarios. A lo mejor por eso envejecer me produce una sensación perturbadora, igual de incómoda que una descomposición intestinal en casa ajena. Se hace viejo mi cuerpo, yo no. Me miro y no reconozco estas hechuras de abuelo en ciernes. Por decirlo de otra forma, si cierro los ojos me percibo como cuando tenía veinte años. La juventud me dejó memoria de una anatomía que ya no poseo, pero que, igual que un espíritu del otro mundo, me habita y me suplanta cuando bajo la guardia y me dejo engañar por la nostalgia.

Los seres humanos envejecemos más despacio que las plantas y así no hay manera de ser consciente del proceso. Si no sigo el lento crecer de un árbol, ¿cómo voy a darme cuenta de que yo también me hago mayor, siendo mi transcurso todavía más pausado? ¿Y los animales? Piénsalo, no existen animales ancianos. Los leones, los osos, las águilas, las vacas, los perros o los ratones tienen eternamente la misma faz sin arrugas ni canas. Y la misma piel sin adiposidades. Viven y mueren jóvenes, sólo nos desfiguramos las personas.

Marina, cuanto más cerca veo la muerte más amo la vida. A poco de cumplir los cincuenta, vuelvo la vista atrás, contemplo las oportunidades que perdí y las ocasiones que dejé pasar, el querer que se me escapó a los trece, el placer que aplacé para mañana y jamás volvió a ofrecerse, y me dan ganas de decir a mis hijos: «Disfrutad de todos los minutos, la vida es el regalo».

Estar vivos es el milagro, Eme. Aunque yo me lo explico despacito y no creas que termino de entenderlo.

Estoy cansado. Por fuera, pero sobre todo por dentro. Tengo angustia, el estómago sucio y tal vez algo de fiebre. Al menos tiritona. Lo notarás en mi letra, que ya no es la de escolar aplicado del primer folio de la carta, y en mis renglones declinantes. Pese a que utilizo falsilla, los renglones me van perdiendo robustez, inteligencia y horizontalidad. Los párpados también se me bajan. Debo ir terminando.

Miro tu vieja foto del setenta y tres para coger fuerzas y despedirme, y al verte, Eme, con tus trenzas, tus ojos ocurrentes, tu sonrisa de ardilla de la Calderona y tus trece años, rueda mi lloro hasta mezclarse con la tinta del bolígrafo. Te marco con un círculo los puntos exactos donde cayeron mis lágrimas por si quieres besarlas.

Aquí también cayó una.

Y aquí.

Y aquí...

Enciendo el último Fortuna del paquete para quemar la pena.

Soy tan idiota que he vivido con la crédula certeza de que no moriría sin haber vuelto a coincidir contigo, que no se olvidaría en silencio para siempre aquello que vivimos juntos. Entonces, cada vez que cogía un avión, por ejemplo, me decía: «Imposible que se estrelle porque Marina y yo todavía no nos hemos reencontrado y por tanto el final no puede llegar aún». Ahora, sin embargo, voy a matarme renunciando a que reaparezcas. Me rindo.

Esta es mi última carta, lo prometo. Dejo de importunarte. Te imploro que también me excuses si todo esto te ha incomodado, no era mi intención. La semana que viene tendré mi accidente con el camión, tan tranquilo, en paz, a mi aire. Y a otra cosa, mariposa. Ya no te agobiaré con mis despedidas.

Qué risa debe darte y qué halago para tu vanidad. Puedes presumir de mi fidelidad

perruna. Y puedes contárselo a todo el mundo.

La parca acaba de llegar, me llama por mis apellidos. Ya voy. Adiós.

En la nota final que el joven Werther escribe para su adorada Lotte, antes de descargarse en la cabeza, por encima del ojo derecho, una pistola que le había prestado el propio marido de Lotte, pide ser enterrado bajo los tilos que hay en una esquina alejada del cementerio. Lejos. No quiere que ningún cristiano piadoso repose junto a un desgraciado. Y termina la desventurada novela con la frase: «No le acompañó ningún sacerdote».

A mí también me dejarán solo, pero clasificado en un nicho de los incontables del cementerio general de Valencia, ya que mi muerte parecerá un accidente. Por tanto, a mi funeral al menos vendrá un cura, el que tenga que celebrarlo. De modo que la frase con que debería terminar mi novela más bien debería ser: «Lo nombraron en la misa del día de Santo Tomás de Aquino en la academia de pago de Conchita Tatay junto a los otros antiguos alumnos fallecidos ese curso y Marina no estuvo allí para escucharlo».

Amén.

Ojalá seas feliz, Eme.

Reza por mí, si te nace.

Viernes, 5 de mayo

Querida Marina, te envió estas treinta y tres rosas blancas como despedida. Una por cada año que pasé conviviendo con tu ausencia, condenado a vagar sin mi verdadero amor.

La muerte es una puerta a otro lugar, quizá a la nada o quizá no. Voy a abrirla, aunque cada vez me dé más miedo. Me gustaría que estas flores representasen mi último pensamiento.

He pasado la tarde rompiendo papeles y ordenando ropa para que pueda repartirse con facilidad la que aún esté en uso. Preparándome. Puede parecer una tarea incompatible con el deseo de que mi suicidio parezca un accidente, pero no lo es. Trato de dejar un rastro pulcro, nada más que eso. Mi caos mental se traduce en un caos cósmico en mi armario y mis cajones, que me avergüenza un poco. Mucho, la verdad. Al matarme me desnudo y lo mismo que me gustaría dejar un cuerpo curioso quisiera que el relato que surja de mis cosas personales sea el del hombre aseado que no fui. No es impostura sino propaganda póstuma.

Deseo legaros un cadáver hermoso, aunque inevitablemente se presente con sus orejas de Dumbo y sus gafas. Vanidad de fiambre tirando a feo.

Pues bien, en una antigua carpeta azul de gomas, donde guardo documentos y cosas inverosímiles (posavasos de cartón, calendarios, cintas del pelo, boletines de notas firmados por mi padre y en ese plan), reliquias de un pasado cualquiera, me ha sorprendido encontrar la primera poesía que te escribí en mi vida.

Creía que se habría perdido en algún cajón secreto que una vez debí tener o en cualquier mudanza. No lleva apuntada ninguna fecha, pero sé que es de la Navidad del setenta y tres al setenta y cuatro, justo después del verano en que nos separaron.

Me recuerdo perfectamente escribiéndola. Sentado en la mesa del comedor, cuando ya se habían acostado todos, escuchando a Los Panchos, eso de que la distancia es el olvido, con aquellos auriculares descomunales de mi padre puestos y mirando de vez en vez tu fotografía, como esperando que la fotografía también me viese a mí. La misma foto a la que ahora le estoy hablando, la de las trenzas, lo único que me quedó de ti después de aquello que nos hizo tan felices y tan desgraciados al mismo tiempo.

Es un poema muy malo. De adolescente enamorado. Nunca he sido un buen poeta, aunque me habría gustado. Tiene, a pesar de todo, el valor y el encanto de venir de la mano ingenua de aquel muchacho de trece o catorce años que se moría de amor por

ti. Y que todavía se muere hoy por lo mismo.

No la copio, mejor incluyo la hoja original en este sobre. Total, yo no la voy a leer nunca más. Así también podrás comprobar que no te engaño. La edad del papel y la tinta confirmarán que todo lo que te he contado era verdad.

Siempre te he querido. Te quiero y te querré, desde donde sea que vaya después de morir.

Treinta y tres rosas blancas, treinta y tres besos antes de marcharme.

Gracias por haber dejado que te soñara, vida mía.

Ya me queda muy poco. El resplandor de la ciudad no me permite ver si hay luna.

Qué soledad tan abrumadora la del niño que se hizo adulto sin pretenderlo, que no quiso abandonar la infancia sin encontrarte, sabiendo que te habías quedado atrás.

Recibe este ramo de rosas blancas y, si te parece, seca alguna y conserva algo mío.

Te estoy diciendo adiós.

Tú

Para Eme

Quiero contarle al silencio
que tengo miedo
de acabar siendo
una empolvada fotografía
alguno de tus libros viejos.
Que temo,
al pasar el tiempo,
no ser tan siquiera
un vago recuerdo.

Quisiera,
pase lo que pase,
aun cuando mi amor
de tristeza haya muerto,
que siempre el azul de tus ojos
lleve tinta de mis versos.

CAPÍTULO 5

Valencia es el nombre de una ciudad con la autoestima herida; por tanto, una ciudad sin ego, pero paradójicamente repleta de egoístas. De envidia y no de odio son los frutos que produce el rencor de los acomplejados, la furia de los eunucos, la codicia de quienes no se quieren a sí mismos. Valencia parece que no se quiera nada. Siempre que está a punto de conseguir algo único, la propia Valencia se lo aparta del pensamiento y de la mano. Valencia podría haber sido alguien en el mundo si no fuera porque la falta de confianza en sus propias posibilidades la vuelve a convertir en nadie una y otra vez.

Como una gorda patrona de mancebía de su propio barrio del Pilar, Valencia, con los pies hinchados refrescando en una palangana, manchando de carmín el filtro del pitillo, los párpados maquillados con betún, sentada a la puerta del serrallo, se burla del que pasa y más todavía del que se queda.

La Valencia de 2006, en que Jaime Monzón escribía cartas de suicidio a Eme, fue completamente distinta a la de 2016, cuando Pablo supo que su padre había muerto. La localidad opuesta, aunque se llamara igual y estuviera dejada caer en el mismo lugar del mapa. La Valencia de 2006 fue la del esplendor estéril. La Valencia de 2016 sería la de la agonía, la del gobierno justiciero que vino tras la tormenta de sangre de las hipotecas de alto riesgo.

Historia de dos ciudades separadas por el tiempo y no por la distancia. En diez años a Valencia le transcurrió un siglo entero.

Desde 1996 hasta el crac financiero de 2008, gracias a una fuerte expansión inmobiliaria, Valencia se permitió competir con Madrid y Barcelona por el liderazgo civil en España y casi consigue imponerse. Llegó a tener vuelos regulares directos a Nueva York, su nombre aparecía

en los paneles informativos del aeropuerto JFK de la capital del planeta, los políticos locales popularizaron el relato del «poder valenciano» y en 2007 se celebró en sus playas la Copa América de vela con presencia de reyes y magnates de los cinco continentes.

El cielo estuvo al alcance de los dedos de Valencia.

Acto seguido, cuando eclosionó la crisis de la burbuja de los préstamos hipotecarios, aquella *Belle Époque* concluyó de golpe y la ciudad hubo de pagar caro su atrevimiento. Valencia se hundió en una ciénaga de reproches e insignificancia. Lo perdió todo.

En 2006 hubo en Valencia más devoción por el *business* que por las Fallas. Posteriormente, ya en 2016, cuando el Wall Street Circus levantó sus tiendas dejando el solar cubierto de desperdicios, excrementos de elefanta y sueños embarrados, todo el mundo en la ciudad fingía no haber estado en el lugar incorrecto una década atrás.

La Valencia en que Jaime quería suicidarse, ajeno a la fanfarria colectiva, aspiraba a ser una metrópoli universal. En cambio, diez años más tarde, aquella otra en que su desconcertado hijo le procuraba llorar con lágrimas y no sólo con aullidos, había vuelto a sus límites aldeanos, preñada de frustración y resentimiento.

Había regresado a las venganzas, recelos e inquisiciones provincianas de toda la vida de Dios.

La fiebre del ladrillo en tiempos de la burbuja inmobiliaria se condujo igual que la fiebre del oro en el Oeste americano. Hizo surgir urbanizaciones insólitas en terrenos desérticos, forzó a muchos agricultores a vender sus árboles para la construcción de bloques de cemento, convirtió el exhibicionismo de los nuevos ricos en modelo de etiqueta social y atrajo a sacamuelas, propagandistas, jugadores, putas y pistoleros. El envilecimiento resultó oceánico y alcanzó a España casi por completo. Sin embargo, luego, cuando el tinglado se vino abajo y la crisis transformó tanta opulencia en inmensa miseria, los medios de comunicación, policías, fiscales y jueces decidieron dar el gran escarmiento exclusivamente en Valencia.

Sólo en Valencia, ni en Madrid, ni en Barcelona ni en Sevilla.

Prevaricaciones hubo por todas partes y de diversos tipos, aunque nada

más que en Valencia se organizó un auto de fe general para que la ciudad entera se supiera culpable. Únicamente la reputación de Valencia abonó la corrupción.

Durante la *Belle Époque* de la especulación inmobiliaria los valencianos fueron felices con naturalidad y, sin saber que lo eran, disfrutaron del capitalismo salvaje igual que el resto de españoles. Se pusieron las botas como todos. Aquí también cualquiera, por pobre que fuese, podía vivir de prestado como si fuera rico. Pero más tarde, cuando se consolidó el declive y caída de Lehman Brothers, y después de Bancaja, del Banco de Valencia y de la Caja de Ahorros del Mediterráneo, sólo los valencianos en toda España terminaron estigmatizados por sus cohechos.

Valencia acabó siendo la exclusiva víctima expiatoria de los pecados de toda una nación con resaca.

Pablo encontraba en el fútbol una buena metáfora del meditativo discurrir natural de las cosas. Sobre el papel todos los clubes tienen las mismas posibilidades en cualquier campeonato, pero un instante después el presupuesto pone a cada cual en su sitio. Los ricos arriba en la clasificación y los humildes debajo. La realidad es elástica pero inflexible, y jamás permite que la excepción rompa la regla, tampoco en el deporte.

Le vino a la memoria un viaje en coche que hizo con su padre a Sevilla, a la final de la Copa del Rey de 1999. Tenía entonces esa edad en que cualquier aventura a solas con papá supone un acontecimiento inolvidable. El Valencia, que había eliminado al Barcelona y al Real Madrid tras meterles siete a cada uno, se enfrentaba al Atlético de Madrid. Ganaron los blanquinegros tres-cero. El primero y el tercero del Piojo López, el segundo de Mendieta, imborrable. Glorioso. Dando la espalda a la portería, recibió con el pecho un centro de la Cobra Ilie, se bajó el balón a la rodilla derecha, de ahí al pie para hacerse un sombrero hacia atrás, darse la vuelta y, sin que la bola tocase el césped, enchufar un disparo raso con la pierna izquierda que entró como un misil. Si ese gol lo mete Maradona lo llamarían el del sombrero de Dios.

Padre e hijo empezaron a saltar en la grada al son del «*probe* Miguel que hace mucho tiempo que no sale» y no pararon hasta media hora después de acabado el partido, cuando ya no quedaban jugadores ni nadie

sobre el campo.

La vuelta a casa fue la de dos camaradas felices, recién condecorados, que han honrado a la patria en combate. Puro regocijo.

De todos modos, apenas transcurrido un año desde aquel ensueño, vino la gran derrota de París y la reubicación. Esa alineación, por poco mágica, de los Cañizares, Carboni, Albelda, Angulo, Farinós, Mendieta, Ilie, López o Kily González llevó a la final de la Liga de Campeones al equipo de Mestalla por primera vez. La oportunidad era histórica ya que nunca antes habían disputado el triunfo europeo dos conjuntos del mismo país, por eso el príncipe de Asturias estaba en el palco del estadio de Francia, presidiendo tal encuentro.

Tanto el Valencia como el Real Madrid saltaron al terreno de juego con sus segundos uniformes, unos de naranja y otros de negro. Desde el comienzo de la refriega la presión desbarató a los novatos *ches* y el tercero esta vez fue en contra.

Jaime y Pablete estaban entre el público también en esta ocasión y se sintieron humillados cuando los seguidores madridistas, con la contienda ya decidida, empezaron a corear «¡España, España, España!» para celebrar el triunfo de los suyos, como si los del Valencia fueran extranjeros.

Excluirlos así fue el escarmiento correspondiente a la osadía de haber disputado la supremacía futbolística a la capital de España. Una forma directa de resituarse a Valencia en la condición subalterna que por naturaleza corresponde a las ciudades medianas que no son Madrid, pero tampoco Barcelona o Bilbao, y que por eso no deben aspirar a ganar títulos internacionales.

—A los catalanes o a los vascos no les habrían insultado así, por si se enfadan mucho y proclaman la independencia —le dijo su padre—, también porque si les excluyen de España les da igual. Pero nosotros somos conformistas, ese es nuestro problema, hijo, somos blandos. Maleables, más muelles.

La afición vencida fue sacada de París a empujones, a velocidad de legionarios desfilando. Como si se tratase de evacuados huyendo de algún desastre natural. Conforme llegaban en autobús al aeropuerto, los iban

embarcando en vuelos chárter sin pedirles billete ni pasaporte. Se estableció un puente aéreo con Manises por el que en un par de horas los miles de hinchas desplazados fueron devueltos desde la capital de Francia a dormir a su cama. Seguramente, la intención era evitar cualquier roce con los seguidores del rival campeón; no obstante, la impresión que produjo tanta diligencia policial estuvo más cerca de la deportación que de la pulcritud organizativa.

El niño, con la cara aún pintada con los colores de la Senyera corridos por las lágrimas, fingió dormirse durante el vuelo para que su padre no lo viera llorar sin consuelo. En aquel entonces al niño aún le salían lágrimas. Los conducían derrotados y reducidos. «Regresa con tu escudo o sobre tu escudo, o no vuelvas», exigían las madres a los soldados espartanos. Los valencianistas llegaron sin escudo y en tropel.

Jaime, cubriendo a Pablete con su cazadora para protegerle del excesivo aire acondicionado del avión, convencido de que no estaba despierto, le decía al oído que ser subcampeón también es muy digno. Que es para contentarse. Que algo siempre es más que nada.

Y le acariciaba la cabeza.

Aún pasó mucha agua bajo los puentes antes de que la purga que siguió al estallido de la crisis inmobiliaria se ensañara en especial con Valencia, y de que Pablo entonces viera en aquella final de París una alegoría perfecta de la desabrida respuesta que reciben los que se creen más de lo que les toca en la España radial.

La fiesta terminó al unísono en toda la península, no obstante, la basura posterior fue barrida únicamente en un sentido, hacia la costa mediterránea. A la región imputada.

«Papá fue el típico valenciano que se conformaba con cada coscorrón que recibía de la vida, una vaca social», iba pensando Pablo, caminando de vuelta al ático de Mariola.

No haber encontrado el Nudo era un contratiempo, por supuesto, y además despertaba su curiosidad.

Si ya no existe ese famoso bar, ¿adónde iría el viejo a diario cuando no estaba en La Oficina? ¿Y los fines de semana? ¿Quiénes eran sus camaradas? ¿Cómo habría pasado sus últimos años? Poco a poco rompía

a percibir claramente los límites inmensos de cuánto ignoraba acerca de su padre. Jaime era un completo extraño para su hijo, un perpetuo desaparecido.

El silencio que le ocupaba la cabeza desde que aquella mañana recibió la desgarradora noticia de la muerte de su padre le angustiaba ahora como el blanco de un diagrama de Venn vacío en el que faltasen recuerdos, instrucciones y frases afectuosas, como una despedida sin adiós, como la oquedad sorda que deja en el corazón de un hijo la ausencia de su padre anciano que se ha perdido y no sabe volver a casa.

Jaime Monzón emprendió en 2006 la búsqueda de su amor juvenil. Pablo Monzón, por su parte, en 2016 emprendió la búsqueda de su padre. A decir verdad, ambos, sin saberlo, se buscaban a sí mismos, con diez años de diferencia y en una ciudad que entretanto también se había perdido a sí misma.

La tarde había caído prendiendo luces tras las cortinas de los miradores de los pisos medio modernistas del ensanche, convirtiendo cada ventana en el cristal de un terrario iluminado por dentro. Pablo levantó la mirada y envidió a todas esas familias que en sus hogares recién encendidos estarían llamando a los niños a la cena o a la ducha. Que luego se sentarían juntos a ver la tele en la salita. Que dormirían atrapados por el embozo de sábanas que huelen a limpio.

Se supo huérfano.

Seguía disfrazado de atleta urbano y aún le bailaban los cordones de las zapatillas con riesgo de pisarlos y caerse. Volvía a casa errático, cabizbajo, entregado a sus cavilaciones. Cruzaba las calles sin mirar: Grabador Esteve, Cirilo Amorós, Conde Salvatierra, Jorge Juan...

En la mano llevaba una bolsa de Bertolini, donde finalmente casi sin darse cuenta sí había comprado aquella camisa italiana molona de doble cuello. La dependienta de la chaqueta con alamares de domador de circo sin sujetador ni nada debajo le acabó convenciendo con sus dulces artes persuasorias. Y él, toqueteándose el pantalón de chándal gris, extrañamente encontró en uno de los bolsillos dinero bastante para la compra, quizá de algún sábado en que se puso cómodo para ir a sacar trabajo atrasado a la agencia de mamá y el Genio. Y no supo decirle «no»

a una dependienta tan seductora y que tanto insistía en que las camisas de doble cuello son de guapo.

O, más bien, no supo decirle «no» al escote misericordioso de aquella chaqueta de alamares sin sujetador ni nada debajo.

—Esto les pasa mucho a los chicos y desde luego le pasaba a mi padre... —se consoló.

A diferencia de otras ciudades legendarias establecidas por monstruos descuartizados, dioses proscritos o niños amamantados por animales salvajes, Valencia la fundó un general romano con malas pulgas y muy de derechas, Décimo Junio Bruto, célebre por ser abuelo del asesino más famoso de la literatura, el ahijado con puñal de Julio César. Durante miles de años paradisíacos, mientras egipcios, griegos o fenicios escribían sobre el mar la historia que después hemos estado repitiendo los demás por los siglos de los siglos, las playas de la Malvarrosa y El Saler fueron sólo de las aves acuáticas y las tortugas bobas.

Nadie se anticipó a los romanos. Antes de su llegada, Valencia era una ciénaga en sentido literal. Así que tuvo que ser sobre una isla fluvial virgen, relativamente alejada del mar y envuelta por un cinturón de agua estancada, cerca de la indomable Sagunto, que Aníbal quemó sin bajarse del elefante, donde este Junio Bruto decidió asentar en el 138 a. C. una primera población que desecase aquellas feroces marismas infectas y abriese nuevos espacios de cultivo. Huerta y secano; el arroz y las naranjas vendrán muchísimo después. Valencia procede, pues, de una opción agrícola, conviene tenerlo siempre presente para no confundirse.

Para comenzar, cedió el privilegio de vivir en la costa de los mosquitos a los soldados íberos de Viriato que, derrotados bajo el liderazgo blando de Tántalo, se habían rendido a Roma. Los llamaron *veteri*, «pobladores antiguos». A continuación, trajo a los legionarios que debían haber conquistado Galicia, castigados por su flaqueza. Se negaron a cruzar el río Limia por si, como pronosticaba una leyenda, perdían la memoria y no encontraban el camino de regreso a los agarradores brazos de sus añoradas esposas. A estos gallinas se les conoció como *veterani*, «pobladores veteranos».

Unos y otros llegaron a Valencia siendo ya célebres por su cobardía

probada.

Todo indica que entre *veteri* y *veterani* floreció una profunda enemistad que culminó con la destrucción de la colonia romana por Pompeyo, durante la guerra civil contra Sertorio en 75 a. C.

Semejante malquerencia fratricida de cobardicas contra cobardicas debe darla el entorno pantanoso o la humedad ambiente con sus naturales insectos y no la cambia el transcurso del tiempo. De hecho, aún es la tónica cotidiana de la política municipal. Y de la vida y muerte sentimental de los valencianos.

Cuando llegaron los bárbaros, por seguir con esta breve historia de la repulsión, Leovigildo, rey hereje de España, tuvo preso a su hijo San Hermenegildo precisamente en Valencia, antes de permitir que el carcelero lo decapitara en Tarragona por negarse a recibir la comunión de la mano de un prelado cismático en la festividad de Pascua.

Y en 589, al convocar Recaredo, hijo del monarca filicida y hermano del santo descabezado, el Tercer Concilio de Toledo para unificar las creencias nacionales, la ciudad envió en su representación a dos obispos reñidos: uno arriano, Ubiligisclo, y otro católico, Celsino. Dos enemigos mortales personificando a la misma Valencia, ¿cómo no? Ambos igual de poco creyentes, ambos igual de traidores, ambos igual de recelosos, ambos igual de levantinos, en definitiva. No sabemos si se mataron por el camino o al regresar.

Posteriormente, con toda la lógica aversiva de Valencia, la población vuelve a verse suprimida en las remotas crónicas de los reinos y sus querellas, al menos hasta que los moros con sus barbas de chivo invadieron la península. Alguien con buenas razones para exterminar a sus vecinos debió arrasar Valencia de nuevo.

Como se aprecia, desde los orígenes del municipio están presentes dos características significativas adheridas al carácter valenciano: la propensión a dividirse en banderías irreconciliables y cierta aptitud excepcional para la autodestrucción. Es lo que tiene hundir las raíces urbanas en un cañaveral húmedo e inmenso, que los cimientos de los grandes edificios públicos se claven en un lodazal subterráneo. Lo que tiene emerger como pueblo de la arcilla de la ciénaga.

Sostenía Jaime Monzón y así se lo contagió a Pablo que la inquina es valenciana, como los celos son manchegos o el egoísmo catalán. Que por eso los crímenes abominables y los sucesos escabrosos ocurren con más frecuencia en esta tierra cenagosa que en ninguna otra. Y que por lógica esta sociedad acostumbrada a inmolarsse debe considerar el suicidio una especie de muerte espontánea.

¿Se habría suicidado entonces su padre?, se preguntó Pablo. Aunque quería, le resultaba imposible apartar aquella idea de su pensamiento.

Pablo llegó al portal del edificio del ático de Mariola, situado en el tramo de Ruzafa que va de Gran Vía a Colón. Unos cuantos metros a la derecha de Trufas Martínez, la chocolatería belga de la ciudad. Quien ha querido quedar bien en Valencia no ha dejado nunca de llevarse un paquete de sus célebres «trufas de viaje», envueltas en una hoja de papel llena de elefantes levantando la trompa.

El ático de Mariola coronaba un inmueble de cinco plantas, ecléctico y deslucido, anterior a la Segunda República, sin ascensor, con pequeños balcones y fachada oscurecida por décadas de tráfico constante de coches. Junto al interfono destacaba una placa amarilla algo descascarillada, recuadro y letras negras, que exponía con tipografía clásica: «Doctor Basconcillos Pérez, cirujano callista».

Al palparse y comprobar que no llevaba las llaves, se dio cuenta de que había dejado de atender al teléfono durante toda la tarde. Lo activó y pudo advertir en la pantalla que tenía sesenta y cuatro guasaps sin leer. Seguro que también habría un número similar de correos electrónicos y mensajes, todos para acompañarle en el sentimiento.

Otra vez consideró dramático tener tantos amigos y que su padre no hubiera tenido ninguno. Le daba vueltas a eso.

Se abrió el portón al poco de llamar al telefonillo. La noche entró con él. Las baldosas del suelo del zaguán se estaban levantando y ofrecían un plano irregular que recorrer con precaución. A oscuras, rozando la pared para orientarse, llegó a las escaleras y subió los cinco pisos de rigor. Había que andar con cuidado, cogido al pasamanos, porque los peldaños de mármol presentaban el filo gastado y era fácil resbalar. Además, no todos eran de la misma altura.

Al final, un resplandor y su novia bajo el dintel con un corto camisón de raso.

Se abrazaron.

Él hundió su rostro tras el cuello de Mariola, dejando que la melena de la chica le cubriese igual que un velo, y empezó a gimotear sin lágrimas, precipitándose otra vez por un despeñadero de lágrimas secas. Permanecieron fundidos, clavados, mudos, como si todos los relojes se hubieran detenido por respeto.

—Te quiero, bicho. Lo siento muchísimo —dijo Mariola, luego le acarició las mejillas áridas y, caminando pegados como con cuatro pies, lo metió en casa.

—Me parece mentira, Mariola. No me lo puedo creer. Tengo la impresión de que estoy en una pesadilla y que en cualquier momento despertaré. Todavía no hace dos semanas de lo de tu madre y ahora mi padre. Qué horror. —Se dejaron caer en el sofá sin soltarse, componiendo un canelón humano.

—Cariño, a mi madre no la han encontrado. Yo aún tengo esperanzas.

—No llegamos a presentarlos, princesa. Han muerto sin conocerse. Sin que les dijéramos lo agradecidos que estamos a los dos por haber provocado sin querer que nos encontrásemos. Han muerto sin conocerse y ellos hicieron que tú y yo nos conociésemos.

—Mi madre a lo mejor sigue viva, Pablo. Por favor, ¿eh?, por favor...

La vivienda era relativamente pequeña pero sugerente. De revista de decoración. La propia de unos veinteañeros con trabajo, de una pareja de la generación sin hijos. Se componía de una amplia planta baja diáfana que funcionaba como sala de estar, con la cocina integrada, y otra planta abuhardillada arriba, que se asomaba como un palco sobre la primera y en la que el protagonismo pertenecía a la cama de matrimonio. El enlosado era de planchas de barro. La pieza inferior se abría a una terraza casi tan espaciosa como el conjunto del ático y allí, además de las hamacas, una mesa de hierro pintada de blanco algo oxidada y cuatro sillas de jardín, se podían ver innumerables macetas de colores con todo tipo de plantas y flores de exterior.

En tiempos esa terraza rebosante de geranios debió ser el terrado al que

las vecinas de la finca subían a tender sábanas, pero ahora conformaba una miniatura del paraíso terrenal en que Mariola y Pablo tomaban desnudos el sol.

—¿Has hecho deporte, guapi?

—No, me he ido a buscar el bar Nodo.

—Y entonces, ¿por qué te has vestido de ir a hacer deporte?

—Porque iba a hacer deporte.

—Luego sí has hecho deporte.

—No he hecho deporte, me he comprado una camisa.

—Bicho, qué raro estás. Si llorases más no necesitarías hacer deporte para desahogarte.

—Que no he hecho deporte.

—Ya, ya, y por eso estás tan sudadito, ¿no? Por cierto, ¿de dónde has sacado esa camiseta negra tan fea?

—Estaba en el armario.

—¿Y qué haría ahí? Ah, sí, creo que se la dejó el señor Pérez, aquel con cara de ratón ídem que vino a desratizar.

—No me fastidies... Pues ahora me explico el mensaje publicitario tan ilusionante que lleva...

Comprendieron que no habían cerrado bien la puerta al escuchar una voz que, desde el quicio, avisaba:

—*Caute si non caste*, si vais a follar no dejéis todo abierto.

—¿Cómo? ¿Qué?

—Estoy aquí, capullos. De la puta calle a vuestro dormitorio sin tocar un timbre. Todas las puertas sin cerrar. Me he quedado en plan: *whaaat?*

—Pelarañas abrió los ojos como si se le fueran a salir de las cuencas.

—¡Pelarañas! ¿Qué haces aquí?

—Hola, Luisa —dijo Mariola.

—Hola, *coñada*. Llámame Pelarañas, que tú y yo ya nos hemos prestado bragas y nos hemos visto el chumino.

—Pelarañas, te ruego que respetes nuestra intimidad —apuntó Pablo con involuntario tono curil.

—La leche, todo abierto. Con dos cojones. Si hubiera querido robar, que hoy no quiero, me habría puesto las botas. ¿De qué coño vas vestido,

hermanito? ¿Has hecho deporte? Estás *pirao*. «Vive la vida, tienes la eternidad para joderte», ¿pone eso en esa camiseta negra de pico? *Cagoentodo*, sí que has elegido un anuncio oportuno para el memorable día de hoy. Pareces una morcilla patrocinando un bufé libre de morcillas. Suénate los mocos y átate los cordones, que si te levantas te vas a escoñar.

Pablo se había asustado. Advirtió que su hermana estaba muy guapa fatigada después de los cinco pisos andando; con los rizos completamente alborotados, los carrillos sonrosados y los ojos verdes encendidos. No sabía qué añadir a la conversación y se escuchó a sí mismo agregando una tontería:

—Me he comprado una camisa italiana molona, es de guapo, ¿quieres verla?

—Hermano, cállate. No me toques las narices, que no estoy para gilipolleces. He venido porque tenemos que hablar. La muerte de papá resulta muy misteriosa y hay que tomar algunas decisiones jodidas. Esto tiene mala pinta, Pablo. Muy mala pinta.

Lunes, 8 de mayo de 2006

Querida Eme, excúsame por seguir vivo y escribirte una vez más. Seguramente me suicidaré el próximo fin de semana, pero ni hoy ni mañana ni al otro.

Y quizá tampoco entonces porque el sábado he quedado con Manoli y su actual pareja africana para ir juntos a ese guateque ochentero en el Alameda Palace que te mencioné, lo que me conviene mucho como coartada para que mi suicidio después parezca un accidente, y por tanto no sería buena idea extinguirme antes. Por cierto, dicen que a esa fiesta también acudirá George Clooney, que viene a Valencia por lo de la Copa América y también me apetece que George y yo nos conozcamos. Creo que intercambiar impresiones sobre la vida puede enriquecernos mutuamente.

Así que ya veremos cuándo decido darme el matarile de forma definitiva, de momento seguiré siendo un premuerto o un difunto en proyecto. Lo resolveré cuando me atenace el crepúsculo y advierta claramente que el final llama a mi puerta, ¿se dice así de solemne? O sea, sin precipitarme, a su tiempo.

De todas maneras, si llegara ese aciago día, tampoco creo que te lo fuera a anunciar. No tengo la impresión de que te inquiete demasiado el cómo o el dónde de mi tránsito a la gloria. Ya te enterarás por alguien de la noticia.

Me da miedo desarrollar alguna clase de relación dependiente de tu silencio, del tipo «Quisiera morirme para tener algo que decirle a la niña de la que me enamoré hace casi treinta y cinco años» y, en ese caso, acabar colgado de una viga por el cuello sólo por llamar tu atención. Cuando me ajusticie, que sea porque yo quiero y no para que durante unos segundos te des cuenta de que aquel idiota de las gafas con goma tras las orejas continuaba dando por culo por ahí. O peor, que todo el tostón de matarme no se convierta en una excusa para prolongar esta absurda conversación epistolar que mantengo con tu mudez. Con tu foto del setenta y tres, por abreviar.

Considera entonces esta carta una posdata que no puedo ni quiero evitar.

Ayer estuve en Frontera y me acordé a lo bestia de ti. ¿Lo debería escribir al revés? Como no dejaba de acordarme de ti a lo bestia, ayer me fui a pasar el día al viejo apartamento de Frontera. Y, Eme, fue peor el remedio que la enfermedad. Regresé luego a Valencia con tal ataque de nostalgia, de pánico, debo decir, que llevo veinticuatro horas tarareando sin parar aquel éxito de la radio de la tieta Encarna: Ven sin temor, de Bruno Lomas.

Con un nudo en la garganta.

Y claro, también La estrella de David, de Juan Bau, cuya bonita letra aparenta hablar de nosotros y de nuestra despedida. Melosa, evocadora, cinematográfica. La escucho y me recuerdo de puntillas, visto por detrás, con las manos en los bolsillos del pantalón corto milrayas y con la bicicleta tirada al lado, presenciando cómo entrabas a la fuerza en el Seat 1500 de tu padre aquel atardecer en que nos separaron para siempre después de que pasara aquello.

Qué mala memoria tengo para las letras de la canciones. Me acuerdo de lo que dicen pero no de cómo lo dicen.

Por la mañana tu padre había metido a Tiro en el maletero y también se lo había llevado para soltarlo lejos y que nunca volviera.

Me quedé a merced del olvido, abandonado en una comisura trasera de tu vida, allá donde se amontonan las sucesivas niñas y mujeres que ya fuiste.

Volver al pasado es un crimen que se castiga con la decepción o con el espanto, Eme. Y yo lo he cometido. Lo cometí ayer domingo.

Ayer regresé a los Garbí.

Frontera de Aragón sigue estando al pie de la sierra Calderona, apenas a veinte kilómetros de Valencia, junto al bosque de pinos de las ruinas de la cartuja del Cristo de las Calaveras, pero ya no es aquel pueblecito de agricultores que en los setenta miraban a los veraneantes con desconfianza como potenciales ladrones de fruta. Ha crecido desproporcionadamente.

La carretera conserva el mismo trazado de aquel entonces, aunque ahora tiene un puente por el que se cruza sobre la autovía V-30 de circunvalación de la capital, unas cuantas rotondas con esculturas absurdas, un arcén más ancho y, en ciertos tramos, además, un carril bici de color rojo. Muchos huertos de naranjos cedieron su espacio a innumerables colonias de casitas adosadas y aquellos predios que resisten produciendo, por ejemplo, mandarinas, han sido vallados. Los cerraron con una verja metálica.

Cuando tú y yo éramos pequeños, los naranjales se delimitaban por acequias y filas de cipreses. Se podía pasar corriendo de una tierra a otra. Eso cambió, se plantaron ladrillos donde crecían limoneros, créeme.

¿Te acuerdas de la ermita a la que íbamos a misa? ¿Recuerdas que su perfil sobre la cima de una montaña redonda constituía por su ingenuidad un típico decorado de función de fin de curso, que la pequeña capilla blanca, con su cruz de palos en el pico de la fachada, se diría dibujada por un niño sobre el horizonte? Imposible no verla aquel verano, desde la pista de tenis o por detrás los tres chopos que se empinaban al fondo del jardín de los viejos apartamentos, ¿verdad? Como una luna, la imagen de la ermita nos acompañaba al caminar hacia la Cueva con Tiro dando saltitos a nuestra espalda.

Pues lamento decirlo, pero construyeron tantos chalés y torres de pisitos a su alrededor que la han tapado, y desde los viejos Garbí ya no se distingue ni siquiera su cúpula de tejas azules, por más que te fijes. Alrededor de la ermita hoy se asienta una colmena de viviendas apelmazadas, con ventanucos que dan a un futuro campo de golf para supuestos inversores extranjeros, que supongo que se regará con el agua de pozo de los naranjos que ya han arrancado. Si no lo dejan a medio terminar, como suelen últimamente.

Sin embargo, Eme, los viejos apartamentos Garbí permanecen atrapados en los setenta del siglo pasado. Los viejos apartamentos, sí. El transcurso de los años dejó su marca en la pintura blanca que falta y en la abundante maleza que se ha apoderado de la parcela, pero ellos ahí están dando testimonio de nuestro paso por la infancia.

Exudan paz y sueño, como la clausurada Villa Conchita de cualquier antiguo médico, ingeniero de montes o veterinario de cualquier aldea deshabitada y cubierta por las aguas de un moderno pantano. Las tejas ennegrecidas por la humedad y las chimeneas frías contribuyen a conferirles ese halo triste de hotel o balneario vedado por su decadencia.

Al calor de las hipotecas regaladas, la urbanización que los abraza se expandió como un océano de ladrillos en torno a una isla, igual que últimamente se expande todo en Frontera. Así que el Secreto del Arroz, aquel solar en que jugábamos a «Tú la llevas» y a pillar, los algarrobos de detrás de las casas donde tendían las toallas tu madre y la mía, o la Cueva, la cabaña de la pandilla, yacen ahora bajo los cimientos de un descomunal complejo de pisos pequeños igual que nichos, bien llamado el Corral de las Vacaciones.

Pero nuestros viejos apartamentos no, los viejos apartamentos sobreviven.

Como si fueran un salón de pasos perdidos, una mansión misteriosa o un mausoleo, como si ignorasen el transcurso de las noches, los viejos Garbí continúan exhibiendo su humilde estética de chaletito dominguero. Ahí están.

Sus vigas de hierro pintadas de negro y sus bloques de hormigón aguantan con la dignidad discreta de un templo de otra edad más natural, más inocente y, desde luego, más pobre. Los viejos apartamentos Garbí resisten en pie.

Aquellos rebaños de ovejas que contemplábamos ir y venir mordisqueando amapolas por el camino que discurría por fuera de la verja de los viejos apartamentos hará una eternidad que desaparecieron, llevándose consigo los silbidos y las pedradas del pastor y los ladridos agudos de su perrito. Ya no hay camino, ya no hay rebaños, ya no hay amapolas, ya no hay pastor y ya no hay perrito ladrador. Sólo hay asfalto y cemento nuevos por todas partes. Pero también los viejos Garbí plantando cara, embalsamados como nuestro primer beso en mi memoria.

Ahí están, Eme.

Al abrir el candado de la entrada al llano cubierto de gravilla y sombras de techos de pajizo que sirve de aparcamiento en los viejos Garbí, me vino a la cabeza cierto relato apócrifo que escuché en La Oficina sobre una enigmática anciana ataviada con un raído y sucio traje de novia que lleva treinta años acogida en la parroquia castrense del convento de Santo Domingo de la plaza de Tetuán de Valencia.

Dicen los que la han visto que aguarda la llegada de un prometido que sólo quería disfrazarse de novio para divertirse, un gamberro para el que lo de casarse no fue más que una broma estupenda. La mujer, ya casi una solterona cuando la peinaron y la ayudaron a vestirse de blanco, se quedó plantada ante el altar delante de ochocientos invitados y no tuvo valor para salir de nuevo a la calle. Ahora, después de treinta primaveras de refugio en la capilla real del convento (que afortunadamente no está abierta al público), treinta primaveras ayudando a barrer al cura y durmiendo acurrucada a los pies del sepulcro de los marqueses de Zenete, ostenta la palidez y exiguidad de carnes de una momia envuelta en sus vendas.

Da miedo cruzársela.

Pese a todo, cuentan que la anciana novia abandonada se despierta cada mañana sobre el frío piso de la capilla real con una sonrisa y un «Alegraos por mí, que hoy es el día de mi boda» en los labios.

Pues bien, a propósito de esta historia, después de abrir el candado de la labrada cancela de hierro del aparcamiento, se me ocurrió pensar: «Che, así de confiados, igual que esa vieja novia, nos esperan los viejos apartamentos a Marina y a mí, deseando que aparezcamos para cumplir las promesas que un remoto verano nos hicimos, cuando el mundo era adolescente».

Por nosotros, los Garbí han fingido no sufrir arrugas, han intentado quedarse como estaban. Sólo por nosotros. Son nuestra cápsula de tiempo. Y actualmente siguen cubiertos por una enigmática neblina, cual velo de novia raído y sucio, y despertándose cada mañana con un «Alegraos por los viejos apartamentos, que hoy es el día en que volverán aquí Eme y Jaime a inventarse el beso por segunda vez».

En cuanto aparqué el coche, me abrumó la melancolía forzosa que transmiten incontables hiedras oscuras y moteadas, mezcladas con dientes de león y pensamientos silvestres, extendiéndose sin medida por paredes, barandillas y rejas. Excesos lunáticos de un jardín desbocado del que nadie se ocupa desde ni se sabe cuándo. También la piscina vacía y la postergada pista de tenis se muestran al presente convertidas en morada de enredaderas, en lecho profundo para un piélagos vegetal verde oscuro, verde de tapia de cementerio arruinado.

Los recuerdos me herían al mirar como imágenes de tomavistas ardiendo al proyectarlas.

Los tres chopos del fondo del jardín rozan el cielo aún más que antes. Están altísimos. El corazón con nuestras iniciales (E y J), que grabé con mi navaja multiusos de las acampadas de confirmación en el tronco de uno de ellos, debe haberse ido tan arriba que ya no se distingue entre las ramas. El pinar, a cuya sombra levantaron una casita de muñecas de obra para mis hermanas, se mantiene mudado en barrio montaraz de gorriones y ardillas.

Precisamente, tú sonreías como una ardilla.

Anduve a solas por aquel jardín sonámbulo de los viejos apartamentos conversando con mi Eme imaginaria como conversaría con su lejano amor el único superviviente de una batalla campal que vagase entre miles de cadáveres. Llevo una vida entera hablando en privado contigo sin que lo sepas.

Es curioso que, de los cinco apartamentos que componen este complejo Garbí (el que alquilaron tus padres, el nuestro, el de mis primos Joseán y Nacho y los dos de mis tíos Brull de Burriana), ninguno esté en uso ni se haya vendido en tres décadas. Tengo la sensación de que, conforme los hijos fuimos superando la pubertad, nuestros padres prefirieron pasar los fines de semana en Valencia para vigilarnos y que más tarde, entre el hastío y la pereza, no ha habido quien reinicie la costumbre de ir allí a veranear.

La época de los Garbí pasó con la tele en blanco y negro, las fugas del Lute, el consultorio del instituto de belleza de Elena Francis, los pantalones de campana y el miedo de mamá el día en que Carrero Blanco voló por los tejados de Madrid, y ya no hubo vuelta atrás.

Los viejos apartamentos en la actualidad carecen de arquitectura que justifique su restauración y tampoco deben reunir condiciones para ser utilizados con comodidad. Se quedaron ahí como un paraíso perdido en el centro del diluvio inmobiliario. Lo único que de verdad tiene valor es el inmenso solar, de cuando el campo de secano estaba tirado de precio. Creo que hubo alguna reunión de propietarios para demoler, pegar un pelotazo y construir un nuevo edificio tipo hormiguero, pero, por suerte para nuestra memoria, no se pusieron de acuerdo.

Ayer, yo era una ruina más caminando por el museo de nuestra infancia. El esqueleto al timón de un barco pirata varado.

Imaginarás fácilmente la escena, Eme. Las tres edificaciones, dos de ellas de doble planta y la última sólo de planta baja, mirando por sus terrazas desiertas a la explanada de césped seco donde aún reposa el banco despintado de verde de la tieta Encarna. Arriba de esa pradera de césped, ahora tan descuidada, duerme la piscina con apenas un palmo de agua verde y dentro, medio hundida, una silla blanca de plástico rota. Abajo de la llanura de césped, duerme lo mismo la pista de tenis sin red y sin barrer. Cierran el perímetro del jardín el grupo de pinos carrascos alfombrados de pinocha ocre y pequeñas piñas abiertas, así como los tres chopos contorneándose de puntillas. Semejante paisaje taciturno transmite una húmeda sensación de desamparo, como la tristeza solitaria de un anciano extraviado caminando sin rumbo por la noche.

Escuchaba de fondo el gorjeo indiferente de los pajaritos grises.

Completábamos el cuadro una lagartija tensamente quieta al sol y yo, casi con cincuenta años, tumbado en el punto exacto del césped donde inventamos el beso, mi sitio preferido para recordar, mirando hilos de nubes deshacerse.

Tu casa estaba sobre la mía. No se cambiaron nunca los toldos de las terrazas, me fijé. Flameaban aquellos toldos como deshechos estandartes de rayas rojas y negras de un ejército de niños derrotado por el paso irreversible de la vida.

Entonces noté las llaves en mi bolsillo y se me ocurrió entrar en el viejo apartamento, convencido de que abrir la puerta sería igual que profanar la tumba de un faraón. Que muebles, vajillas, libros de verano, trastos inservibles y cajones de ropa en desuso habitarían taciturnos la oscuridad, pendientes sólo de las motas de polvo que flotan en los haces de luz que se cuelan por las rendijas de las ventanas atrancadas. Que el aire conservaría el molde de los personajes de mi familia, los bajorrelieves de la simplicidad de la que vengo: mi padre, con su americana jaspeada, recién llegado a última hora del día de trabajar en Valencia; mi madre, arreglada como para salir a pasear, leyendo novelas románticas en la sobremesa; mis hermanas, Pilar y Carmencita, jugando a mamás y papás con los muñecos de la familia Hogarín por las mañanas; yo, iluminado por la nevera abierta, bebiéndome a morro la leche condensada a media noche cuando nadie me iba a ver; y la tieta Encarna, que vivía con nosotros, esférica, soltera y vestida siempre de negro, atenta a lo que cualquiera de sus sobrinos nietos necesitase en cualquier momento.

Mi padre iba todos los días a Valencia a trabajar y entre semana se quedaba allí a dormir y mi madre pasaba el verano sola en Frontera con tres hijos y la tieta Encarna, isin coche ni teléfono! Nunca ocurrió nada de particular, pero visto con la perspectiva de hoy, con mi móvil en el bolsillo y mi novísimo Corsa siempre a mano, me parece admirable la templanza y resolución de las madres de nuestra niñez, Eme. Las mujeres

estais mejor acabadas que los hombres, por eso os tenemos tanto miedo y por eso vosotras sois madres y nosotros sólo padres. Para los chicos la infancia junto a nuestra madre es siempre un paraíso perdido y para mí doblemente, por ti, por nuestro amor secreto y extraviado.

La melancolía que los suicidas anhelamos para perdonarnos la vida seguro que me acechaba desde el interior del viejo apartamento.

Me levanté y fui, pero no llegué a sacar el llavero, Eme.

Al acercarme a la puerta del viejo apartamento de mis padres, descubrí en el suelo, junto al umbral, una rosa blanca en una botella de Coca-Cola de vidrio con un poco de agua. Me quedé helado. No era una rosa reciente, tampoco una flor reseca. Tenía el aspecto de aquellas que se ven en los enterramientos algunos días después de despedido el duelo, cuando aún no se ha puesto la lápida. Una rosa de camposanto.

Pensé que sería una broma pesada. Y pensé en ti, te lo prometo.

¿Podría ser una de las treinta y tres rosas que te envié el viernes? ¿Un mensaje tuyo? Qué tontería, pero qué impresión también.

Por si acaso, sin saber por qué, subí a mirar al apartamento que alquilaron tus padres aquel verano del setenta y tres. Ascendí los escalones de dos en dos y, al llegar a la entrada de tu vieja casa, un escalofrío me recorrió el cuerpo como si me hubiera traspasado un relámpago. El terror me dejó paralizado. ¡Ahí había otra rosa en una botella de vidrio, tan igual a la anterior que se diría sacada del mismo ramo!

Además, bien a la vista, también descubrí una hoja de libreta escolar escrita con tinta azul y mayúsculas, clavada con una chincheta en el centro de la puerta con cuarterones de tu apartamento, que decía:

«ESPÉROME, ESTOY VOLVIENDO».

Eme, ¿estás jugando conmigo? ¿Soy un imbécil? En ese instante me volví loco. Me convencí de que tú, sí, tú, segura de que iba a pasar por Frontera, habías dejado las flores y la nota para que yo comprendiera que mis cartas te están llegando, que no puedes responder por algún motivo extraño, pero que quieres que te espere porque ya estás volviendo a mi lado desde donde quiera que hayas acabado.

Amor, ¿era eso posible? ¿Cabía mayor felicidad? Lo veía tan claro que arranqué el papel, cogí las rosas y salí a toda prisa al jardín. Refrescaba y la tarde empezaba a caer, pero yo era el hombre más afortunado sobre el planeta.

Enseguida me di cuenta de mi estupidez. Si estás leyendo lo que escribo, reflexiona conmigo: ¿no es más sencillo contestar con otra carta que clavar un letrero en un lugar insólito y escondido? Qué estúpido soy, lo más probable es que hayas desaparecido de Valencia o que estés muerta. Ese recado se reservaba para otro destinatario o era cosa de brujas y demonios.

Un silencio de panteón había sustituido a los pájaros. Las sombras se alargaban. Me pareció de repente que no estaba solo. Esa sensación me asustó, Eme. Corrí otra vez, sintiendo que algo o alguien venía detrás rozándome la espalda con sus dedos. Susurrando mi nombre.

—Jaime, Jaime, Jaimito...

Arranqué mi novísimo Corsa, derrapé sobre la gravilla y hui de los viejos apartamentos como alma que lleva el diablo, sin bajarme del coche a cerrar el candado de la labrada cancela de hierro.

Directo al bar Nodo, donde los domingos por la noche los miembros de la peña «De portería a portería es una chulería» nos reunimos para pagar y cobrar apuestas futbolísticas.

Todo el trayecto fui preguntándome si el «ESPÉROME, ESTOY VOLVIENDO» sería tuyo.

Ya sé que posiblemente no, y que ahora, en el caso de que esta carta haya llegado a tus manos, te estarás riendo de mí, tanto si eres la autora como si te suena a chino la historieta de las rosas y el cartelito. Se tratará de otra alucinación de un suicida tonto y nada más, un malentendido provocado por mi obsesión por ti. Así que me estoy esforzando para desterrar semejante ilusión de mis ensoñaciones, por apartar de mí cualquier esperanza pueril.

Estas sorpresas tan fantásticas nunca se producen en la cruda realidad. No obstante, te juro que, todavía en este momento, contemplando sobre mi mesa tu foto de las trenzas, las dos flores blancas medio marchitas y ese aviso pidiendo que te espere escrito con la tinta azul de tus ojos y de mis versos, como te decía en aquella poesía desesperada que te mandé con las rosas, es inevitable que me venga al bolígrafo un «¿Y si el mensaje de verdad fuera de Eme para mí?».

Y a los labios un «Ojalá».

Ya ves, casi a los cincuenta, sigo perdidamente enamorado de ti, o de la mujer imaginaria que, a partir de ti, se fue haciendo mayor a mi lado.

El Nodo es el bar donde transcurre la parte de mi existencia que se libra de ir a La Oficina. Un bar de barrio, sin otra pretensión que la de ser el bar de Miguel y sus chicos. San Miguel le llamamos los clientes fijos, los deportistas de sillón que cada día acudimos a este gimnasio del espíritu a practicar el levantamiento de vaso con hielo sobre barra fija, como le gusta bromear a San Miguel refiriéndose a su propio establecimiento. Seguro que lo conoces, habrás pasado miles de veces por ahí, Eme. Es el que está en el chaflán de la calle Sorní con Grabador Esteve, en el bajo de un edificio de corte falangista de los años cuarenta, obra del famoso arquitecto José Ramón Pons. Una finca de planta triangular y, por tanto, un bar con barra con cuerpo de ele.

No le falta nada de lo que debe tener un bar español: deliciosas tortillas, croquetas, huevos rotos con panceta y revuelto de morcilla con piñones, expuestos en la vitrina de las tapas, junto a la ensaladilla rusa y los boquerones en vinagre; suelo lleno de servilletas de papel, migas, colillas, huesos de aceituna y palillos rotos, que se barre sólo un par de veces al día; grifo de cerveza glacial a tutiplén; Kiss FM de invariable fondo musical, lo que agradecemos los maduritos amantes de los oldies pop; máquina tragaperras conocida como la Rácana, tan ruidosa como embaucadora, y máquina de cigarrillos que dice con voz sensual: «Su tabaco, gracias»; póster de chicas futbolistas medio desnudas con el calendario de la liga de primera y, por supuesto, pantalla gigante de televisión para ver los partidos del Valencia y del Levante. San Miguel y sus chicos son granotas, sólo en eso se equivocan. Los de la peña somos chotos casi todos.

En definitiva, Marina, está mal que yo lo diga, pero hablamos de un rey de bares. El Nodo es el bar donde me gustaría ser enterrado en plan obispo en su catedral, cuando me suicide.

Llevará ahí más de medio siglo porque yo lo recuerdo desde que nací. Antes que San

Miguel estuvo pilotando este bar santuario Pepe, otro granota incorregible, y antes Justo, que murió del hígado por tomar catorce cafés al día, y antes seguramente Adán, con Eva tomando nota de las comandas.

Cuando era pequeño y soplaban el recio poniente en verano, la tía Encarna y yo bajábamos al Nodo a por horchata con una jarra. Luego nos la bebíamos en la salita de casa jugando a los Juegos Reunidos Geyper con mis hermanas y así nos quitábamos un poco el calor. También abríamos los balcones. Por entonces no disponíamos de otros ingenios refrigerantes más que abanicos, ventiladores, dejar correr el aire u horchata fresquita del bar. La brisa ayudaba a no sudar. Al abrir los balcones, los visillos blancos se levantaban sostenidos por la corriente como la crin de un potro galopando por la playa o la falda de tablas de mi madre persiguiendo a mis hermanas por la Glorieta.

Años después, me sentaba por las tardes en una de aquellas mesas del bar Nodo para redactar las cartas de amor de mis compañeros de facultad a cambio de un paquete de Fortuna y un café con leche fría. Me figuraba que te escribía a ti y me salían unos textos muy sinceros y emotivos. Mi historia se podría contar sin salir del Nodo.

Llegué al bar temblando.

Al acceder a una auténtica cantina es recomendable colgar los sueños en la percha de la entrada con el sombrero, la capa y el cinturón con revólver. Así que yo intenté dejar fuera la pesadilla que acababa de padecer en los viejos apartamentos, atada a un palo como si fuera un caballo en el oeste. Lo mismo que no puedes llevar al bar comida de casa tampoco se deben consumir delirios distintos de los que allí se sirven de tapa con los cafés, los botellines y las copas de Magno.

Respiré hondo para controlar mi excitación.

Me recibió una densa niebla de humo de pitillos mezclada con razonamientos entrecruzados y risas enlatadas de comedia de la BBC. Aunque la nueva ley de Zapatero obliga a separar una zona de fumadores, creo que nadie la va a cumplir. El Gobierno se equivoca una vez más, en este país jamás se dejará de fumar en los bares.

En las mesas de costumbre, pegadas a la esquina del cuarto de baño unisex del bar, estaban reunidos los máximos dirigentes de la peña «De portería a portería es una chulería». Todos de nuestro curso, Eme. Más o menos la cúpula de nuestra generación en Valencia congregada en torno a unas consumiciones de bar. En la peña faltan Jiménez del Oso, un Exin Castillos, Bo Derek o las ceras Manley, por supuesto, pero todos los demás, el resto de jóvenes promesas de los setenta, fracasados o sustituidos demasiado pronto por no dominar el inglés nativo, allí andamos, arreglando un mundo que no desea ser arreglado y menos por nosotros, por los pijos de la Transición. Quijotescos, superficiales, ñoños y analógicos como la puta tele de sólo dos canales en blanco y negro que nos educó.

Che, dimos para pandilla de monaguillos sin aspiraciones o actores secundarios, y ya está. Punto final. Una generación «estrato de toscos bizcocho árido» emparedada entre las dos generaciones «cubierta y base de delicioso chocolate» de nuestros padres e hijos. Somos la parte de la tarta generacional que nadie se come, que cualquiera aparta con la cucharita en el plato. Los gilipollas que cantaron Del barco de Chanquete, no nos moverán y Hoy no me puedo levantar, como gran contribución a la

historia de la evolución humana. En esto consistimos los capullos que nos sentamos cada domingo en el Nodo a repasar la quiniela sin molestar al vecindario ni hacer daño a nadie.

San Miguel, cual es su costumbre, oficiaba de preboste. La camisa azul nomeolvides con las mangas recogidas lo identificaba como dueño del local, los camareros la suelen llevar blanca y con manchas. Lo de «Reservado el derecho de admisión», que reza en un cartelito detrás de la barra, no va con su naturaleza generosa e inclinada a cualquier tipo de coloquio sin límite de hora.

A su derecha se ubicaba la autoridad civil, el señor Terroba, don Joaquín Terroba. ¡Tatatachán, tatatachán!, según su tarjeta de visita: «Adviser of Protocol, Coaching & Single Market» del concejal de urbanismo del omnipresente Partido Popular. Fuera verdadera o falsa semejante tarjeta con el filo dorado, en cristiano diría algo así como «asesor del puto amo de Valencia». Un tipo creado por Dios para hacer favores y agradar al prójimo. Si necesitas enchufe para un colegio, ocupación para un primo, dentista barato o de confianza, palco en el Teatro Principal para deleitarte con los juegos florales de la sociedad cultural valenciana Lo Rat Penat, carcajada para un mal chiste o fuego de mechero, el señor Terroba es tu hombre. El campeón regional del cabildeo. Con la Copa América de vela, Eme, está en su salsa, le va de cine. Se está forrando.

Lo contrario que al taimado don Laureano Piernavieja, penalista especializado en políticos que no encuentra clientes en Valencia y que está pensando mudarse a Andalucía, porque allí, según se comenta en la COPE, hay corrupción de la buena a patadas y, con lo del PER, imputados del lustre de Juan Guerra que defender en todos los juzgados municipales.

—Al revés que aquí. No hay casos de corrupción de prestigio en esta ciudad ruin, y si no reaccionamos rapidito jamás los habrá y los abogados de renombre moriremos de hambre —se queja, cocido cada noche, antes de ser devuelto al corral con su parienta.

No faltaba Carlos Alberto Precioso, que cuando está inspirado escribe poemas épicos en antiguos dialectos germánicos que él sabrá. Tampoco, desde luego, los Esplugues, siameses separados al nacer y recompuestos al casarse. Es curioso oír hablar al matrimonio compuesto por Paquito y Marga Esplugues, un fenómeno para estudiosos del lenguaje porque siempre utilizan el plural mayestático, sigue uno las frases del otro y jamás terminan esas frases, como dando por sabida su conclusión. Dice él, por ejemplo:

—Venimos de.

Y añade su esposa:

—Claro, fuimos a y conseguimos un.

Y si tú preguntas:

—¿Un qué?

Te responden enfadados a la vez:

—Pues, uno de esos que, te lo he, ¿no?

Extraordinario. Yo me paso las horas viéndolos actuar como si fuera un cuerpo con dos cabezas. O una cabeza con dos cuerpos, Marina, que ya no sé si.

Me coloqué al lado de mi mejor amigo, que es funcionario del área de tercera edad de la Diputación Provincial y se llama Jesús Julio Amorós cuando está sereno, pero que

se vuelve ginecólogo y se llama doctor Gradolí cuando se emborracha. Nos conocemos desde el colegio. El también venía a mi clase con tu supuesto marido, Blan-blan el Mantecoso.

El ambiente estaba tenso porque esta semana nadie ha acertado la porra del Nodo y la quiniela también ha ido fatal. En el centro del corro, el Superdeporte y el Marca abiertos actuaban como escritos de acusación para los peñistas menos clarividentes. Se mascaba un derrumbe de ánimo generalizado.

—Si las señoras hacen el favor de bajarse las bragas, yo podría empezar a reconocerlas y anunciar qué dama lo tiene más limpio. Y más bonito también — proponía el doctor Gradolí.

—Menos de y más con —le paró en seco Paquito Esplugues.

—Estamos hartos de tus y tus —se sumó su esposa, y miró a la tertulia enseñando la palma abierta de su mano con expresión de «Ahí queda eso».

Por más que me hiperventilase no conseguía relajarme. La experiencia de la tarde había sido aterradora, me afectó a los nervios. El corazón me iba a explotar y la cabeza me daba vueltas a cien por hora; así que, sin saber cómo ni por qué, me puse de pie y me escuché anunciando:

—¡He visto un fantasma!

Cesó aquel coloquio de verduleras. Sospecho que fui destino de todas sus miradas y eco de aquel silencio escénico recién creado.

Entonces, el taimado don Laureano Piernavieja formuló una observación precisa, letal, con esa habilidad suya de abogado defensor curtido en mil alambicados procesos:

—Estimado Jaime, ¿aquí o en otra parte?

Claro, Eme, ¿cómo iba a contarles nuestra historia? Que me quiero suicidar y despedirme de ti; que me muero si te has muerto y me muero también si vives sin querer saber de mí; que pasé ese domingo en unos viejos apartamentos rememorando el primer beso de mi vida; y que escapé cuando percibí una presencia que me llamaba y trataba de capturarme. Que el fantasma al que me refiero es el tuyo, el de mi único amor. Que tu ectoplasma se me apareció esa tarde en los viejos Garbí de Frontera de Aragón.

Imposible. ¡Imposible!

Me considerarían un trastornado. De modo que tuve que inventarme algún cuento para justificar aquella frase que se me había escapado. Y opté por una explicación a la altura del entendimiento sofisticado de los peñistas de quiniela. Por favor, no te sientas traicionada, pues hablé de Ella y no de ti. Les dije:

—Queridas y queridos colegas de la «De portería a portería», soy incapaz de engañaros. Hay fantasmas en el bar Nodo, debéis saberlo. No puedo teneros in albis por más tiempo. Por no alargarme más de lo debido, dejad que os refiera en exclusiva el espeluznante caso de la pelirroja con pecas pintadas reflejada en la ventana, a falta de otros casos igual de escalofriantes. A veces, con la anochecida, por ese ventanal imponente de la calle Sorní —señalé hacia atrás—, se ve pasar a una hermosa mujer de pelo rojo que no existe en carne mortal. Va cabizbaja, parece que arrastre un castigo por algún delito inconfesable, como devorar bebés de gente bien, robar gaseosas en los afamados supermercados Consum o hacer sus necesidades en la vía

pública. Lo tengo comprobado, se trata de un alma en pena. Los periodistas y parapsicólogos de Cuarto Milenio valoran grabar un programa sobre esta pelirroja de nuestro bar. ¿Quién será? ¿Alguien que se suicidó tras perderlo todo echando monedas a la Rácana? En ocasiones la veo disfrutando del vermú en esa silla.

—¿En qué silla?

—Concretamente, en la que usted está despatarrado, señor Terroba —seguía fabulando y me apetecía incomodar a nuestro corruptor favorito.

—¡Por favor, Jaime, eres un provocador! —Pero se puso de pie como si le quemase el culo.

—Y debo añadir algo más. —Esto no sé a qué santo me salió, quizá porque tenía la atención de la peña captada, me sentía importante y no quería renunciar a mi momento especial—. Su nombre es Ella, y si miran comprobarán que, ahora mismo, iestá entre nosotros!

Volví a señalar hacia atrás.

Pensaba que se iban a burlar de mí, que mi teatrillo se acababa ahí, pero en vez de eso escuché chillidos, cayeron muebles y platos, los periódicos volaron como palomas, los Esplugues se metieron sincronizados en el excusado unisex, San Miguel utilizó la barra de parapeto y el resto abandonó el local de forma tumultuosa.

Me giré y justo a mi espalda, con la nariz pegada al cristal del escaparate que yo había dicho, iluminada por una farola de luz naranja, vi que efectivamente estaba Ella. Quieta, hermosa, mirando fijamente.

Y que me sonreía.

El espejismo duró apenas nada. Un segundo después la pelirroja ya no estaba frente al escaparate y el gran rectángulo negro del ventanal de nuevo mostraba una noche oscura, amarilleada por la luz naranja de la farola municipal.

Me quedé solo. Di las buenas noches al café desértico y me marché a casa de mis padres.

Eme, por mi culpa, anoche comenzó una leyenda urbana, la del fantasma de la chica pelirroja con pecas pintadas de la ventana del Nodo. Es divertido.

¿Qué coño haría Ella ahí? Da igual.

No imaginas cuánto me gustaría que estuvieras leyendo por encima de mi hombro lo que escribo. Escucharte al oído: «Jaime, ya está bien, vamos a dormir, mañana volverá a salir el sol y será otro día». Que me cogieras de la mano y me llevaras a la cama. Notar tus dedos estirando la camiseta para sacármela por la cabeza. Advertir cómo te desabrochas la blusa. Enfrentarme, yo sentado en la cama y tú de pie, a tu sujetador color carne morena con una florecita rosa entre las cazuelas a la altura de mis ojos. Rodearte por la cintura con mis brazos, apoyar los párpados sobre tu vientre, acariciarte el vientre con el aleteo de mis pestañas como si fueran mariposas y besarte. Besarte, a partir del ombligo hacia abajo, piel y musgo, por el camino que seguiría la cremallera de tus vaqueros.

Hay que vivir todos los minutos, Marina, la vida dura menos que un suspiro. El amor no hace milagros. El amor es el milagro que hace que la vida parezca que pasa más lentamente, como una enfermedad crónica que no te mata, pero que te hace darte cuenta de que la sufres todos los días. Así hay que vivir, amando para que vivir se te haga largo, Eme.

Buenas noches, vida y muerte mía. Hoy ansiaba hablar contigo sin la obligación de tener que suicidarme por eso, con libertad. Y me lo he permitido. Total, si tampoco vas a responder a esta carta, ¿qué más te da recibirla?

Poso mis labios sobre tu foto, que, por cierto, necesita un marco como yo necesito una señal tuya para creer que estás ahí.

Te quiero, Eme. Te quiero, te quiero... Como cantarían Nino Bravo, que precisamente falleció en vísperas de aquel verano del setenta y tres.

Esta canción tan bonita debería ser uno de mis poemas para ti. ¿Acaso no fue nuestro amor la reencarnación del propio Nino Bravo? Podría haberlo sido, Dios mío, podría haberlo sido.

Los Nino Bravo somos una especie en vías de extinción, las chicas guapas como tú deberíais protegernos. Ay...

Que La Mare de Deu te bendiga, Marina. Hasta la eternidad.

CAPÍTULO 6

Cuando los moros llegaron a España en 711 Valencia era una capital fantasma, casi abandonada. Madinat al-Turab, la «ciudad del polvo» la llamaban.

Y los moros fueron quienes definitivamente se dieron cuenta de que la rodeaba una región bendecida para la agricultura.

Sobraba entonces agua dulce, sol honesto y tierra feraz. La naturaleza permanecía aún intacta. Los cangrejos a la sazón eran los únicos seres enrojecidos que arrastraban su vientre en verano por las despobladas playas valencianas. Toda la costa conservaba su virginidad indemne, incluso Gandía, Oropesa del Mar o Torrevieja, por increíble que parezca con la perspectiva de hoy.

Desde Damasco a Córdoba, los mahometanos no encontraron otro paraje que representase mejor aquellos añorados oasis verdes del desierto de la Arabia mitológica en que sus antepasados se atiborraban de leche de burra e higos secos, facilitadores del tránsito intestinal, mientras los camellos copulaban en un charco. De hecho, las casidas de esta época, que evocan palmerales vertiendo lágrimas por dátiles, norias que ruedan gimiendo como jóvenes amantes o rosas que a falta de rocío crecen con saliva de besos, parecen todas escritas para este recién descubierto vergel beduino al que los invasores africanos de la península ibérica atribuyeron el nombre de Balansiya.

Pronto, entre 788 y 822, el príncipe omeya Abdalá al-Balansí, hijo de Abderramán I, se enfrentó sucesivamente a su hermano, a su sobrino y a su sobrino nieto por el emirato de al-Ándalus. Fracásó siempre. Y después de sufrir un ataque de parálisis en la última intentona, torturado al mismo tiempo por unas almorranas engordadas de tanto huir cabalgando, acabó exiliado en la ciudad del polvo que, desde que la olvidaron los romanos y

la abandonaron los visigodos, llevaba cientos de años prácticamente despoblada.

Y precisamente de la que fuera ciudad del polvo recibió el sobrenombre de al-Balansí, el valenciano.

El príncipe Omeya estableció su residencia en una quinta de recreo rodeada de jardines al sur de la primitiva población romana y visigoda, desde la que se podía percibir despuntar el alba sobre la Albufera y el mar, a la que llamó Russafa. Como la que su padre había construido en Córdoba, añorando la heredad califal del bisabuelo Hisham en Siria; la Russafa original, radicada en la antigua Sergiopolis, entre Palmira y el Éufrates.

Otra vez la guerra fratricida y otra vez la irrelevancia tras la revuelta sofocada marcando el destino de la capital del Guadalaviar, el «río blanco» de los moros, el Turia de la actualidad.

El palacete de al-Balansí desapareció con él, pero sus jardines sobrevivieron durante los siglos islámicos de Valencia. Y aún existían convertidos en parterre cuando los cristianos reconquistaron el municipio y los transformaron en huertas.

Sin embargo, en el barrio donde una noche de 2016 Mariola, tumbada en la cama y mirando al techo, esperaba a que Pablo terminase de hablar con su hermana, ya no quedaba ningún parque público, ni rastro de los célebres jardines de al-Balansí. De aquel nostálgico campo de flores soñado por el ismaelita conspirador y proscrito, descendiente de melancólicos conductores de caravanas que trocaron la ruta por la cimitarra, no permanecía más que el nombre: Ruzafa.

Los moros refundaron Valencia a su imagen y semejanza.

En todos los aspectos, las actuales raíces valencianas son más sarracenas que romanas. Así se desprende también de los topónimos familiares que la morisma dejó desparramados con profusión por la zona. Como Benicasim, Benifallim, Benilloba, Benimámet o Benimuslem, entre otros muchos. *Beni* es un prefijo patronímico árabe que significa «los hijos de» y que inmortaliza a la tribu que establece su campamento en un lugar dado. Así, por ejemplo, Benicarló significaría «los sucesores de Carló» y Benimodo, los de Modo.

Benidorm, por su parte, nos trasladaría que un tal Dorm habría sido el distinguido turista número uno del planeta Costa Blanca y que dejó descendencia tras su veraneo. Aunque, a decir verdad, según otras interpretaciones, un *torm* y no un *dorm* es un peñasco aislado en lengua romance y por tanto esta denominación podría referirse a la isla rocosa que el Manhattan del Mediterráneo luce en su bahía. «Los hijos pasados por la piedra» o algo similar, significaría en ese caso el topónimo.

La región valenciana interiorizó bien aquella influencia musulmana y constituye todavía el territorio más orientalizado de España. Y el menos católico, al mismo tiempo. Su pasión por las celebraciones con pólvora, luz y ruido atronador; su llamada a lucir en las fiestas suntuosos vestidos de seda con dibujos de flores estampados, moños y peinetas; su cultura de las acequias y del reparto justo del agua arbitrado por un tribunal de ancianos; su inclinación natural hacia el boato, los ornamentos barrocos y los rapsodas que alaban la belleza de las mujeres del clan; su estima por la hospitalidad, el espíritu comercial de los viajeros y la petulancia de los nuevos ricos; su condescendencia hacia los cohechos, las prevaricaciones, los negocios arreglados por fuera, los favores y los regalos inmoderados; su afición a la música de calle, los mercadillos donde cambiar cosas viejas por cosas nuevas y las tejas azules en las cúpulas de los templos; sus naranjas, su arroz, sus mentiras, sus metáforas excesivas, su epicureísmo congénito, sus azulejos brillantes, su metódico descreimiento del poder y sus amores polivalentes, tolerados o tormentosos; todo, todo lo que se considera propio de los valencianos podría serlo igualmente de cualquier milenarismo pueblo de Oriente.

Valencia es una gata persa, más mora que cristiana. Pese a quien pese, sigue siendo capital de infieles, de hijos pasados por la piedra. Valencia es la continuación de Argelia, la mar por medio.

Más o menos esto se le ocurrió a Mariola cuando su padre, el famoso promotor inmobiliario y presidente de Áridos y Canteras Viuda de Sánchez S.A. —la popular constructora Viuda—, le anunció que había puesto un ático en la calle Ruzafa a su nombre. «Aunque sonría no te fies —se dijo—, papá nunca da nada gratis, lo que dice no es lo que piensa y lo que piensa jamás lo dice. Algo te está ocultando, Mariola, algo que

tendrá que ver con un alzamiento de bienes, seguro... Papá es más peligroso que la gumía de un pirata berberisco, es un corsario otomano malo y traidor».

Así que, con el paso del tiempo, al irse a vivir a ese ático con Pablo, precavida ante un posible embargo que pudiera desahuciarla en cualquier momento debido a los turbios negocios de su padre y para no confiarse jamás, decidió bautizar a aquel hogar como «la casa de la hija del moro Sánchez». Y, en consecuencia, puso en la entrada una alfombrilla para quitarse de las suelas el polvo de las calles de Valencia con ese anuncio: «Bienvenidos a Benisánchez».

Escuchó gritar a Pelarañas que ya se iba, cómo se cerraba la puerta de la calle y luego a Pablo subiendo las escaleras interiores. La planta de arriba del ático servía exclusivamente de dormitorio y contaba con armario grande, cómoda, mesillas de noche y cama de matrimonio, todo blanco y del modelo Hemnes de Ikea. Mariola aguardaba tumbada sobre el edredón, la mano izquierda entre la nuca y la almohada, la orilla del camisón de raso doblada con desgana muy por encima de las rodillas y un libro abierto del revés sobre el estómago.

Vio aparecer a Pablo agarrando el móvil como si fuera una antorcha, usándolo de linterna, y con la mirada desencajada.

Un perro lloraba en el patio de manzana, a lo lejos.

—Hola, bicho.

—Hola, princesa. ¿Qué estás leyendo?

—*La infiel*. Una novela sobre una mora enamorada como yo de un yihadista radical —intentó que sonriera—. Es de Reyes Monforte.

—Qué chulo. Si yo alguna vez leyera un libro, me gustarían los libros como ese... Mi padre estuvo una vez con Reyes Monforte, en una fiesta de la Copa América. Creo que la escritora le dijo: «¿Me dejas pasar?», «Me has pisado» o «¿Sabes dónde está el tocador de señoras?». Algo así. Pobrecillo, lo contaba siempre.

—Para mí, tú eres un príncipe árabe, elegante, decadente y poeta.

—Eso proclamaba de los hombres de nuestra familia el membrillo de mi padre, cariño.

—Lo sé. Te lo digo por eso, guapi. —Le guiñó un ojo triste—. ¿Ya se ha

ido Luisa?

—¿Pelarañas? Ahora mismo. Ya has visto; más de media hora de confidencias en el piso de abajo. Me ha dejado muy preocupado. — Empezó a desnudarse.

—Pablo, ¿me puedes contar algo de lo que te ha dicho?

Él terminó de quitarse la ropa de deporte en silencio. Se metió en una camiseta con la cara de Clint Eastwood y unos calzoncillos largos con cuadritos rojos y azules. Solía dormir sin pijama, pero dada la circunstancia fúnebre le pareció oportuno llevar algo encima de sus partes. Se dejó caer al lado de Mariola, puso el móvil a cargar sobre la mesilla de noche y le cogió la mano.

—Dentro de lo que cabe, hemos tenido mucha suerte. El forense es muy amigo de Pelarañas. Pertenecen al mismo grupo de adoradores de los pájaros parlantes, o algo así. No te rías, va en serio. Él tiene un periquito que habla y lo lleva a cierta reunión semanal en la que los loros y tal se desahogan y se dicen sus palabras repetidas unos a otros, como si charlasen sobre las miserias y secretos de sus amos, o algo parecido. — Pablo también tenía la vista fija en las vigas de madera del techo—. La llaman «la terapia de las cotorras». En plan reunión de cacatúas anónimas. Mi hermana frecuente ese sitio con el supuesto petirrojo ese que dice que vive en su pelambre y que, no siendo un ave tropical, lo mismo le habla. Ya sabes, el célebre Señor Moscas que se inventó mi padre y que es su otro yo ficticio, su amigo pájaro invisible.

—Sí, me sé la historia del Señor Moscas.

—El caso es que de ese tipo de terapias delirantes conoce mucho a este forense. Por lo visto, entre ellos hay confianza suficiente. Igual ha tenido algo con él, ya sabes cómo es Pelarañas de liberal en sus relaciones.

—Ya me imagino. Se tira a todo lo que respira. Siento hablar así de tu hermana, bicho, pero es la verdad.

—Bueno, pues que este tío sospecha que mi padre ya estaba muerto antes del accidente. Se lo ha confesado. Incluso que tal vez la víctima no sea mi padre. Y así se lo ha dejado caer sin querer explicarle más. Enigmático, según Pelarañas, como sugiriendo algo que no puede contar. Intrigante.

—¿Qué me dices, Pablo? —Mariola se incorporó—. ¿Cómo no va a ser tu padre el muerto?

—No sé, Mariola. —Giró la cara para mirarle a los ojos—. No entiendo nada. Todo lo que rodea a mi hermana siempre es inexplicable y si además está mi padre de por medio, pues apaga y vámonos. Los dos sumados, padre más hija, dan el caos como resultado. Infalible.

—¿No me lo quieres contar?

—Sí. Sí, claro, perdona... Según la experiencia de esta persona, del forense, digo, el cadáver que descubrieron en el coche no es a simple vista demasiado reciente, digamos que podría tener algunos días; bueno, podría o no podría, eso no se sabe seguro y, por otra parte, tampoco reúne algunas características físicas de mi padre. Y, para colmo, el rostro se le ha medio quemado. Vaya, que hay que examinarlo de cerca para cerciorarse.

—Qué horror, guapi.

—Pelarañas ha estado discutiendo mucho con él. Explicándole que papá era un pobre hombre, solitario y sin imaginación. Cero misterios. Que toda esa elucubración del fiambre falso carece por completo de sentido. Que es ridícula... No sé, lo uno y lo otro. Y como en apariencia son muy amigos, si no se lo ha tirado se lo va a tirar, ya te digo que esa suerte hemos tenido, ambos han conseguido llegar a una especie de acuerdo. Mañana, a primera hora, el doctor le dejará ver el rostro del muerto: si no es papá seguirá adelante con la autopsia; si lo es o pudiera serlo, certificará una muerte súbita previa al choque y no investigará más. Aquí paz y allá gloria.

—Pues sí que se ha portado bien, sí, porque profesionalmente se la está jugando. Si lo pillan haciendo ese tipo de tratos se le cae el pelo, palabrita de abogada.

—Imagino yo que el hombre debe tener mucho trabajo acumulado después de los sucesos que se producen cada fin de semana. Supongo que es eso. Otra cosa no justificaría tantas facilidades para evitar la autopsia, como si el forense tuviera más interés en no hacer su trabajo que nosotros en que no lo haga.

—Pero, se trata del antiguo Corsa de tu padre, ¿no?

—Sí, sí, por supuesto, el antiguo Corsa... Y también han recogido la cartera y la documentación de mi padre. Y el fallecido va vestido con su ropa. Para mí está clarísimo que es él. Llevaba una corbata de patos Donald que Pelarañas y yo tenemos grabada de cuando éramos pequeños. Una corbata que asociamos con días muy felices y que, añadida a cierta foto de una niña desconocida que encontraron en el bolsillo de su camisa, indicaría, en opinión del forense, si se confirmase lo demás, un posible suicidio. Eso es lo peor.

—¿Suicidio?

—Suicidio.

Se abrazaron. Por unos minutos sólo se escuchó al perro que lloraba en el patio de manzana. Mariola le besó en la mejilla y él en el cuello. Se besaron en los labios. Y Pablo dijo en voz muy baja:

—Perdóname, Mariola, con todo esto hoy no te he preguntado si hay noticias de tu madre.

—Nada, bicho. Nada de nada. He llamado al agudo inspector Gustavo otra vez. Y nada. Que sólo trabajan con la hipótesis de que estuviera dentro cuando el coche cayó al mar frente al puerto, que es muy difícil recuperar cuerpos en estas circunstancias, que podría aparecer en Oliva, en Ibiza o no aparecer nunca jamás. Que paciencia y que nos hagamos el ánimo de que se ahogó. A pesar de todo, Pablo, yo tengo el pálpito de que está viva y que por alguna causa que no se me ocurre no quiere que la encontremos.

—¿Te parece poca razón para desaparecer el cabronazo de tu padre? Pienso que la asesinó él. No sería la primera vez que le hubiera dado una paliza.

—No, no sería la primera vez. Pero mamá está viva.

—Tu madre es guapísima, nunca entenderé cómo se casó con un impresentable como tu padre; maleducado, violento y siempre mordiendo un puro.

—Mamá de joven fue espectacular, bicho. Mucho más guapa que yo, que también llevo la mitad del blancuzco de papá en mis genes. Fue una auténtica *rock and roll star*. Si por entonces ya se hubiera inventado Facebook sin duda habría sido una *influencer* y jamás se habría juntado

con el zafio de papá. Supongo que se casaron porque él era muy intenso y mamá estaba muy sola. El muy canalla la consiguió como consigue esas inquietantes obras de arte contemporáneo que colecciona; gastando lo que haga falta para presumir. La ha tenido en la villa de Santa Bárbara como si tuviera un guepardo o un galgo afgano.

—A ver si lo juzgan ya y lo meten en la cárcel de una puta vez.

—Pablo, es mi padre.

—Mariola, es un corrupto —adoptó un tono grave.

—Pablo, tiene derecho a la presunción de inocencia.

—Mariola, por favor, la constructora Viuda destruyó pinares protegidos y fosas comunes de fusilados en la guerra para excavar una cantera y construir segundas residencias con golf en el Rincón de Ademuz, ¡en el Rincón de Ademuz!, en el último pueblo no, en el siguiente... La Residencia de los Dioses de Ademuz, ¡los Dioses de Ademuz!, por favor... Y después de lo que ha pasado, de las manifestaciones de protesta de los estafados y de los ríos de tinta que han corrido, la cantera sigue abierta y la obra sin terminar. No entregó ni un chalé adosado. ¿Has visto las últimas fotos de la obra abandonada en el periódico? Parece una ciudad de polvo. Tu padre está investigado en mil procedimientos. Es el imputado máximo. Tú lo sabes.

—Pablo, mi padre tenía los permisos y la cosa se fue a pique y acabó en escándalo por la crisis. Sólo eso.

—Ya. ¿Y cómo consiguió esos permisos? ¿Cómo se saltó todas las precauciones que hay que tomar por la célebre «memoria histórica»? ¿Y el visto bueno de la Confederación Hidrográfica? ¿Qué me dices del dolor de los familiares de los fusilados por rojos a los que la Viuda ha desenterrado con pala mecánica? ¿Y de los pinos arrancados de cuajo? Mariola, joder, tu padre es un delincuente total y tu madre le tenía miedo.

—Y yo, Pablo. Todos le tenemos miedo.

—¿Te das cuenta del desastre que son nuestros progenitores A, B, C y D, cariño? A, tu padre, ocho años investigado por un juez y todavía anda decidiendo si se convierte en arrepentido, implica a un par de políticos hijos de puta que pasaron por allí, la fiscalía le paga el favor con un apaño y se va de rositas. B, tu madre, desaparecida en el mar y nosotros sin

saber cómo se fue su coche al agua. Ni siquiera si aquella noche estaba dentro del coche tragando agua salada. C, mi madre, harta de las paridas del Genio y de que el muy capullo no le ayude una mierda con su hija la bolita Iris. Amargada y dándole a la sinhueso con su amiga Maruchi a todas horas. Y D, mi padre, el más desgraciado de los cuatro, insignificante y gris, tan don nadie que hasta cuando se mata su cuerpo aparenta ser el de otra persona. Menudo desastre de generación.

—Es cierto, guapi. Pertenecen a una generación prescindible. En mi despacho a los socios que se jubilan los están sustituyendo jóvenes *millennials* como nosotros, no los de la edad de nuestros padres. Pasamos por encima de los de cuarenta y de los de cincuenta que no saben inglés y que se imprimen los correos electrónicos para leerlos en papel. Y lo que es peor, que se vuelven unos inútiles tras divorciarse traumáticamente; estoy cansada de tenerlos de clientes pesados y llorones en la sección de matrimonial. No sabes qué intimidades me cuentan... Nuestros padres son de una generación que descende del sarro de los dientes del *Homo sapiens*. Nacieron para aburrir, aburrirse y no pasar a la historia.

—Qué cosas tan inteligentes me dices, princesa.

—Tú y yo, en cambio, siempre estaremos juntos. Me pedirás que me case contigo y te diré que sí. Jamás nos divorciaremos y tú nunca irás a una abogada jovencita a contarle las cosas que me gusta que pasen por detrás cuando me pones de espaldas contra la pared.

—Te pasa lo que te mereces por comparecer ante mí con toga y nada debajo, señora letrada.

—Qué bicho eres, iletrado de la parte contraria.

La mano de Pablo se coló por el escote del camisón de Mariola. Notó su palma sobre uno de sus pechos y, cuando la movió suavemente, cómo se le contraía la areola del pezón.

—¿Quieres darme caña o es de cariño?

—Es de cariño —respondió él—. Necesito tocarte y que me abrasces muy fuerte.

—Te quiero, guapi, ¿te lo he dicho bastantes veces hoy?

—Te amo, princesita.

—Nuestros padres nunca han conocido el amor. Ni siquiera el nuestro.

—No. Jaime Monzón jamás supo qué significa querer y que te quieran. Si el forense lo examina mañana y concluye que era asexuado me lo creeré.

—Shhh... No digas nada más, pesado. Dame un beso largo.

—Mi padre nunca ha conocido el amor.

—Cállate ya, bicho, y dame caña.

Se confundieron sus brazos, sus piernas, sus bocas y sus sexos. Pablo la penetró suavemente y Mariola no dejó de acariciarle el pelo hasta el final. No sudaron. Ninguno resopló. El cabecero de la cama tampoco golpeó la pared. Esta vez hicieron el amor despacio, conteniendo la rabia, como si hubieran estado conversando sin utilizar palabras. Fue una forma natural de expresar cuánto se querían y cuánto les dolía esa noche la vida.

Al terminar, él se mordió el labio inferior, respiró hondo y notó que las lágrimas de nuevo le querían correr por los pómulos, pero que no le brotaban. Como si sus lagrimales fueran manantiales desecados.

Continuaron abrazados y mudos. La chica se durmió sin transición perceptible. Él la miró y le pareció una niña que sueña, con sus ojos cerrados y su greña rebelde sobre la frente. Mariola estaba tan pegada a Pablo que, en vez de desnuda, se diría vestida por las extremidades de su pareja.

El joven se desveló. Volvió a notar que se sumergía en un oscuro océano nocturno, en ese silencio que le había dejado la muerte del padre en el pensamiento. El día había culminado haciendo el amor con su novia, aunque no estaba claro que eso fuera lo correcto. «El luto debería ser algo menos satisfactorio», le conminó su conciencia. Su silencio interior lo envolvió como la profundidad negra a los barcos hundidos.

Ar-Rusafi, poeta musulmán nacido en la Russafa de la Valencia del siglo XII y sastre de arreglos que nunca se casó, dedicó un poema a la bañera. El baño, protagonista de la composición, se lamenta porque la caldera que lo calienta, su corazón apasionado, al mismo tiempo que le da la vida le causa dolor y le hace sollozar por el vapor que acaba obligándole a producir. Una compleja metáfora que Mariola y Pablo, tras haber sido la novia el más hermoso albergue para su novio, podrían haberse aplicado mutuamente esa noche.

*Me riega Dios con lágrimas de mis ojos
y el fuego de mi pecho no me protege;
el dolor no lo siento sólo en el pecho
cuando soy desgraciado todo yo.
¿Qué opinión te merezco,
a ti que estás en mi interior seguro?
¿No soy acaso el más hermoso albergue?*

Siempre y cuando hubieran conocido los versos. Y que se habían escrito donde se asienta el actual barrio de Ruzafa. Quizá sobre el mismo solar en que ahora hay un edificio medio modernista, con un ático, con dos plantas interiores, con una cama modelo Hemnes de Ikea en la planta de arriba, con dos cuerpos ceñidos acostados en esa cama, un cuerpo dormido y el otro insomne y poseído por el silencio. Siempre y cuando el destino les hubiera permitido desconectar un minuto para respirar en paz.

Para Pablo las horas siguientes fueron de deambular por un desierto, sin oasis ni caravanas. Los Monzón son príncipes árabes, elegantes, decadentes y poetas, le decía siempre su padre, aunque a Pablo esa tontería ni le salía ni le pegaba sostenerla en serio.

El perro que aullaba en el patio de manzana no dejó de llorar hasta que despuntó el alba por la Albufera y por el mar. Y quizá entonces tampoco paró de ladrar, pero se le percibió alejarse con las tinieblas.

Jueves, 11 de mayo de 2006

Marina, esta carta va a ser diferente. Nada de suicidios ni de despedidas. Nada de tristezas ni de últimas voluntades.

Se hace difícil morir, pero aún resulta más peliagudo seguir vivo y yo, de momento, voy a intentar vivir como un valiente. Voy a resistir de pie, aunque vaya a pasar una bala por donde estoy. Al menos por esta noche no voy a ser el cobarde de siempre.

Un médico amigo mío sostiene que la muerte es nuestro estado natural, que muertos aguardamos desde siempre el instante de nacer y que muertos para siempre nos quedamos luego de haber vivido. Que la vida por tanto es lo anómalo, lo excepcional, y consiste sólo en un intervalo breve de luz entre dos eternidades de oscuridad, un relleno de minutos emparedado entre dos universos sólidos de infinita nada.

Sin embargo, dado que todavía existo, que aún no me ha llegado la hora del adiós, aunque si reúno fuerzas bastantes no tardará, probaré a cambiar el tono y, sin que sirva de precedente, te escribiré una carta optimista. ¿Por qué no?

Después de todo, piénsalo, si vivir es lo que más mata, si vivir es lo único que envejece, si vivir es una forma blanda de morirse, mientras yo siga viviendo también iré adelantando poco a poco mi muerte, ¿correcto? Por lo que se puede decir que, dejándome vivir un trecho adicional, un poco más, me voy suicidando despacito y te voy escribiendo a la vez. O sea, que así puedo compatibilizar mis dos aficiones contradictorias: matarme y escribirte. Bueno, yo me entiendo.

Vivamos mucho porque, lo queramos o no, vamos a morirnos mucho, esa habría sido mi hoja de ruta de no haber tenido que ir con estas gafas tan ridículas a todas partes.

En esta ocasión, te escribiré una carta porque sí. Mejor que otra carta desesperada. Una carta romántica, una nostálgica carta de amor. Voy a hacer memoria de nuestro enamoramiento, voy a bucear en nuestro bello pasado ¿Seré capaz? Veamos.

Empiezo:

Querida Eme, mañana no me suicidaré. Espero un poco más.

Estoy contento y me gustaría que lo supieras. No te figures ninguna razón en particular, pero por primera vez en mucho tiempo tengo ganas de reír. Me acuerdo de la estampida del otro día de la peña «De portería a portería» cuando en la ventana del bar Nodo apareció el fantasma de Ella, nuestra pelirroja de las pecas pintadas, y me parto. Mis contertulios escaparon amontonados como beatas huyendo de la gabardina

abierta de un exhibicionista.

Jesuscristo W. Bush, sin ir más lejos, centroamericano de ojos de huevo y tez de aceituna, aunque soldado profesional de caballería, especialista en motores y también hincha violento y patriótico de la selección, de los de «¡Yo soy español, español, español!», salió del bar deslizándose por el piso como un reptil. Y Estrellita Montiel, me troncho con la Montiel, la peluquera canina del barrio, huyó a cuatro patas y ladrando. Fingía ser un perrito de señora. Fue la monda.

También sonrío al evocar la irónica mirada de Ella, brillante como un planeta de agua bajo el mortecino círculo de luz naranja de una farola, siguiendo misteriosamente a través del escaparate del Nodo los debates de mi peña quinielística. Estoy seguro de que quiso decirme algo. No me figuro qué. Tampoco está claro que fuera un personaje real en vez de una alucinación colectiva, pero se dirigió a mí. Eso es fijo.

Aquellos ojos achinados y aquella alegría inalcanzable contenida en sus labios arqueados sugerían un «Me gustas tú, Jaime», o similar. Tendió un hilo de complicidad conmigo. ¡Conmigo, Eme!, con este tipo de las cejas pobladas y las gafas de concha marrón de caparazón de tortuga ceñidas con una goma tras las orejas que te escribe cartas de suicidio.

Che, conmigo y con nadie más.

A lo mejor me lo estoy inventando, a lo mejor no estaba ahí por mí sino por San Miguel, por el señor Terroba o porque el doctor Gradolí es su ginecólogo. Pero me da igual, me lo imagino así y soy feliz. Con eso no perjudico a nadie.

Feliz, sí. No tanto como para repartir abrazos gratis por la calle, dar lo poco que tengo a las misiones, hacer mimo ante las mamás con carrito y bebé aburridas en los Viveros o bajarme los pantalones y orinar a los transeúntes desde arriba del Miguelete; sin embargo, ¿me entiendes?, feliz. Un poco feliz, al menos. Sin llegar a la euforia, pero ilusionado.

Los melancólicos somos volubles. Tenemos ascensos y rampas de montaña rusa, entre la exaltación y la angustia.

Es indudable que semejante alborozo resultaría una actitud desaconsejada en cualquier libro de instrucciones para aficionados al suicidio con pocos recursos, que cargan con la tendencia a la propia aniquilación como segunda actividad no retribuida y que compatibilizan el gusto por matarse con no faltar a diario a La Oficina. O sea, mi caso.

Efectivamente, es indudable que con esta risita tonta que tengo hoy, en mi inconsciencia, estaría por rechazar de forma injusta incluso la excelente literatura de autoayuda que llena mis estantes, esa amiga fiel de las horas de desánimo, tan provechosa cuando me surge la tentación de clavarme puñales en el corazón o de beberme una botella de Don Limpio de un trago. Pero ¿qué le voy a hacer? Cada vez que Ella me mira, y ya me ha pasado varias veces, me brota del estómago una exigencia salvaje de asomarme al balcón y gritar que he elegido vivir. Como si me sobreviniera una arcada de gozo. Y lo que es peor, se adueña de mí un ansia imparable de cantar y bailar como en una ópera pop. En plan John Travolta alardeando de sus summer nights.

A mi edad encandilado por una fantasía, qué vergüenza, Eme. Me desconcierto, me noto raro.

La mirada de Ella me reconoce y, pese a ello, yo no recuerdo conocer a Ella de nada. Me parece increíble, me busca alguien a quien yo no busco. Sería la primera vez en mi vida que sucede algo así. Me sorprende y me halaga tan extraña situación, ¿qué quieres que te diga?

Si el ensueño de Ella no existiera, ahora mismo, yo sería un completo perdedor. Gracias a Ella soy un perdedor incompleto.

Eme, la mañana posterior a nuestro primer beso, precisamente me sentí igual de excitado. Luego nos enteramos de la desaparición de la hija del subgobernador civil y decidimos salir a buscarla con las bicicletas. Se complicó la aventura, mis primos volvieron a los viejos apartamentos a chivarse dejándonos solos, sucedió aquello y juramos guardar el secreto. Sin ser conscientes del tamaño del milagro que se había producido con la invención del beso, rozamos juntos el éxtasis y la tragedia al mismo tiempo. Entonces, nuestros padres nos castigaron separándonos a perpetuidad. Todo empezó y terminó en dos noches y dos días, lo mejor y lo peor que me iba a pasar en la vida se cruzaron en idéntico segundo.

Qué mala pata, qué poco duró lo bueno. No sé si algo tan desgarrador le habrá ocurrido a alguien más que conozcas, que el cielo y el infierno se le junten en un punto del camino. Aunque pasen los años no te recuperas. Te lo aseguro. Tú y yo lo sabemos. Como mínimo, yo lo sé. Por desgracia, quizá sólo yo lo sé.

Te suene o no, Eme, aquella mañana, después de la noche en que inventamos el beso con lengua, yo me levanté con la felicidad puesta, en el mismo plan que estoy ahora mismo.

Era septiembre y se había escuchado una tormenta de madrugada. En septiembre el sol alumbraba de canto, anticipando colores de otoño. No era el mismo calor de agosto, ni el mismo calor de ahora. No recuerdo que antaño en septiembre cantasen las chicharras como cantan en la actualidad. Estamos hablando de antes del cambio climático, de cuando cada año Valencia pasaba por cuatro verdaderas estaciones. De cuando el calentamiento global aún se llamaba polución.

Una fina lámina de agua sobre el cristal redondo de la mesa de la terraza del viejo apartamento de Frontera advertía de que podría seguir lloviendo en las horas siguientes, y nos diluvió por la tarde. Advertía de que las vacaciones del setenta y tres se estaban agotando. Lo que confirmaba aquella brisa fría de las mañanas que se iban acortando y que todos los veranos solía anticiparse a la irremediable vuelta al colegio. En septiembre la melancolía consistía en un estado forzoso del alma y el desasosiego en una prueba de que el estiaje nos había espigado extremidades y nervios.

Un gorrión bebía agua de esa lámina de la mesa de la terraza y yo me desperté tan dichoso como si fuera el sábado de mi primera comunión.

En septiembre nos besamos por primera vez en la vida, inventamos los besos en la boca con lengua!, y al día siguiente yo levitaba de pura satisfacción. Flotaba como otra nube de tormenta, rebosante y también a punto de llover.

No necesité que la tieta Encarna viniera a sacarme de la cama. Aquella inolvidable mañana, no.

Me puse las gafas de lentes de gota, cogí el bañador del tendedero, un niqui del cocodrilo que sería azul marino o granate, y mis sandalias. Aunque en aquella época aún no me cepillaba regularmente los dientes, eran otros tiempos, esa mañana me los

lavé con el cepillo de alguien para que te supiera a menta si se producía el milagro de que me volvieras a besar en los labios. Llevaba el flequillo hasta las cejas, muy largo, y me lo mojaba con agua del grifo para peinarme.

—Esa raya que te has hecho parece la carretera de Contreras, ven, bonito, que te peine bien —me decía la tieta, y me lo remojaba con colonia a granel.

Entonces me duchaba muy de cuando en cuando, amparado por el argumento de que ya me bañaba en la piscina a diario.

Me presenté en el comedor donde mi madre y mis hermanas estaban desayunando.

—Bébetela leche con Cola Cao y coge unas galletas María antes de marcharte —dijo mi madre.

—Mamá, es que me tengo que ir —debí responder yo.

—Jaime, la leche o no subes hoy a la piscina.

Cogiendo el vaso con las dos manos, me bebí el Cola Cao de pie y de un trago. Y volé.

Más tarde, ya en la piscina, nos llegó la noticia de la cosa de la hija del subgobernador y empezó el lío. Y ocurrió todo lo que tú ya sabes.

En el filo interior de mis labios, aún ardía el beso de la víspera.

¿Recuerdas qué hermosa fue la víspera? Un día idéntico a todos, pero que acabó diferente a cualquier otro de mi vida. Es que las largas vacaciones de los setenta en los Garbí, menos esa vez del juego de la verdad y el beso, eran monótonas, ¿verdad?

Muy monótonas, sí.

El veraneo seguía una rutina parsimoniosa e inalterable. Como el vuelo pesado de las moscas hipermaduras de finales de septiembre chocando contra el cristal de las ventanas del comedor. Por las mañanas yo siempre era el primero en bajar a la explanada de césped de los viejos apartamentos y allí esperaba a mis primos, tirando piedras a los pájaros o ayudando a regar a don Homobono, el jardinero. A veces, para que no despertara a mis hermanas, la tieta Encarna me soltaba tan pronto que aún me daba tiempo de saludar a los papás que con retraso bajaban a Valencia a trabajar.

Mi tía Pepita, más por acostumbrarlos que porque temiera algún palomino posterior, no dejaba salir de casa a mis primos Joseán, el Gordinfli para la banda de Eme, y Nacho, el Bizconde del grupo, hasta que no hubieran hecho caca, lo que retrasaba bastante el inicio de la jornada, ya que en ocasiones les llevaba una eternidad satisfacer tan higiénica obligación.

Normal, pobres.

Me acuerdo de que mi primo el Bizconde presumía de tener el esfínter del ano bien afilado, tanto que cuando hacía caca luego no necesitaba usar papel higiénico porque cortaba el chorizo limpiamente. Nos tenía fascinados con semejante superpoder. Su hermano el Gordinfli, en cambio, andaba obsesionado con los frenazos y siempre que se le escapaba un pedo se pasaba el filo de la mano por encima de los pantalones, separándose ambos glúteos, y luego se la olía para confirmar que su prenda interior se había salvado de los efectos secundarios de la ventosidad. En aquella época los chicos de trece años nos contábamos este tipo de cosas.

—Jaimito, ten paciencia, que los primis están haciendo pon y hoy les cuesta un poco más de esfuerzo. Como ayer se dejaron las ciruelas en el plato... —me advertía la tía Pepita.

Y yo aguardaba sin quitarme de delante de la terraza de su apartamento como un quinto de guardia. Metiendo presión. Al cabo de un rato, tras escuchar cómo los liberaba su madre, veía a mis primos bajar las escaleras corriendo, igual que salen los toritos de chiqueros: con la testuz agachada y el pon hecho a todos los efectos públicos.

Y, por fin, después de una demora interesante, de las contraventanas cerradas de la terraza de vuestro apartamento alquilado arriba del de mis padres, emergías tú. La última, la dormilona de la pandilla, la princesa de los Garbí. Te asomabas a la barandilla de la terraza y restregándote un ojo con el puño gruñías:

—Hola, chicos, ya voy.

Y cuando por fin aterrizabas sobre el jardín, con las trenzas recién atadas, ya hacía un buen rato que nosotros andábamos queriendo quemar papeles con las lentes de mis gafas o dando manotazos con las raquetas de madera al aire, creyendo que así entrenábamos al tenis.

A partir de ahí ya nadie se ocupaba de nosotros hasta la hora de irse a dormir. Nada que ver con los hijitos de porcelana de ahora, a los que sus papás no pierden de vista ni por descuido.

Siempre llevábamos los codos ennegrecidos, cicatrices por doquier y calcomanías en los antebrazos, alguna incluso en la frente. Podíamos ir sueltos adonde nos apeteciera y hacer lo que nos viniera en gana, desde trepar a los árboles hasta cazar lagartos con el rifle de perdigones o enzarzarnos en una guerra de mandarinas podridas del suelo contra nuestros archienemigos de la urbanización, esos tres hermanos un poco mayores que nosotros, veraneantes en un chaletito vecino, tan flacuchos que los apodamos cruelmente los Esqueletitos del Vietnam por las imágenes de niños famélicos que en aquella época nos llegaban por la tele desde tan lejana guerra. A no ser que alguno se abriera una ceja y hubiera que llevarlo al pueblo a que el practicante le diera puntos, cosa nada infrecuente en esos lances, no se esperaba que emitiésemos señales de vida hasta que nos venciera el hambre o me alertara la cancioncilla remota de la tieta llamándome a cenar:

—¡Jaiiime, Jaiiime, Jaiiime, a cenaaar...!

La creación era de nuestra propiedad. La biosfera parecía recién inaugurada, un parque de atracciones abierto sólo para nuestras bicis y nuestros tirachinas, fabricados con la boca de una botella de plástico y un globo. No existió en la historia de Frontera una banda de pillos más independiente que la del Gordinfli, el Bizconde, tú y yo, seguidos por Tiro ese verano del setenta y tres. Aquel mundo era mucho más ancho y seguro que el actual, nos pertenecía y estaba por explorar.

Casi no había tráfico en las carreteras. El agua del grifo salía con insectos, incluso con pequeñas culebras, por lo que debíamos llenar grandes garrafas en la fuente de la Cartuja para disfrutar de agua potable en casa. En la cocina del viejo apartamento se mataban con hacha pollos y conejos. La gente se saludaba al cruzarse por el campo o por un camino. Éramos primitivos y libres, Eme, completamente libres. Salvajes igual que indios amazónicos en su selva.

Como te dije, Wendy, somos los niños perdidos del país de Nunca Jamás.

Sólo una cosa teníamos prohibida, un límite igual que Adanes en el paraíso: entrar en la piscina antes de que lo hicieran nuestras madres.

Sabíamos nadar, por supuesto, pero eso no importaba. Subir solos a la piscina, lo mismo que por ejemplo abrir descalzos la nevera o cogernos por el cuello al pelear, era uno de los grandes peligros identificados como tales por el decálogo de conductas alarmantes de las mamás y por tanto un error castigado con sesión doble de caligrafía, tal vez con un dictado, con multiplicaciones o con urgencia de ordenar la habitación. En el peor de los casos, castigo cruel donde los hubiera, no se nos perdonaban las verduras del menú familiar en un par de días.

En cambio, no preocupaba en absoluto a nuestras madres que pudiéramos desaparecer sin dejar rastro como le pasó a la hija del subgobernador y menos aún que tú y yo fuéramos a enamorarnos. Ya ves.

Durante el veraneo de aquella infancia luminosa, Eme, los días se hacían larguísimos. Cada día de entonces se prolongaba más o menos lo que ahora se alarga un mes entero. Con los años, además de notar que se han borrado las estaciones, que ya no hay invierno en Valencia, me he percatado de que también se ha encogido el tiempo, de que transcurre más deprisa. Se han fruncido los minutos que separan el amanecer del crepúsculo, eso seguro, pero lo peor es que nadie parece inquietarse. Muchos científicos están estudiando el cambio climático y ninguno, que yo sepa, por qué las horas se han ido constriñendo conforme yo me he ido haciendo mayor. ¿Crees que puede ser una consecuencia secundaria del efecto invernadero que, a la vez que se derriten los glaciares, se estén acelerando los relojes de los ancianos y de los no tan ancianos, pero ya maduritos?

La tieta Encarna defendía que deberíamos nacer viejos y morirnos de recién nacidos. Crecer marcha atrás. Pobrecita, cualquier cosa le valía con tal de recuperar la esperanza de tener alguna oportunidad de descubrir un novio con el que casarse. Pues lo mismo serviría para nosotros. En esa galaxia girando al revés de la tieta, ¿te lo imaginas?, yo aún no te habría conocido o estaría a punto. Casi a los cincuenta aún nos quedaría lo mejor. En cambio, Dios quiso que el orden de mi vida fuera el tradicional: primero un niño alegre y después un hombre marginado, primero un niño contigo y luego un hombre sin ti, un solitario.

Esta noche no paro de fumar, voy a pagar caro este optimismo literario con la tos de mañana en La Oficina.

Recuerdo el calor. Un calor existencial, pero que no quemaba. Que caía a plomo, aunque no ardía sobre la piel como el del presente. El aire acondicionado estaba todavía por inventar y nos refrescábamos ventilando el viejo apartamento. Mi madre mantenía las contraventanas de lamas entornadas, pero con las ventanas abiertas, y así disfrutábamos a la vez de penumbra y corriente de aire. En los setenta todavía se podía tomar el sol sin protección y al final del verano parecía que habíamos cambiado de raza, de tan negros que teníamos mofletes, brazos y piernas. Nos volvíamos africanos.

A mediodía, después de comer, cuando hasta los perros se acurrucan a la sombra, los mayores se echaban la siesta y a nosotros para que no hiciésemos ruido nos daban un par de monedas de veinticinco pesetas y nos enviaban al merendero a comprarnos un helado. Uno de hielo, un sándwich de nata o un Apolo de Avides. Los cuatro amigos en bici con nuestro fiel Tiro corriendo detrás marchábamos en fila por el arcén de la carreta que pasa por la tapia del cementerio de Frontera y por el barranco de

Matacartujos hasta el merendero conocido como el Moscatel Bar. Allí, después de llamar la atención del camarero golpeando con los duros sobre el mostrador, tú elegías el sándwich de nata y yo un polo de naranja. Lo llamaba el polo del escalofrío porque morder el palo me daba dentera.

Y a continuación nos íbamos a la Cueva, con nuestros helados y algunos paquetes de pipas Churruca y chicles Cheiw, a dejar pasar el calor conversando sobre peleas de animales, películas de artes marciales, inventos del profesor Franz de Copenhague o cuentos de Mortadelo y Filemón.

Allí teníamos escondida una cajetilla de Piper, veinte cigarrillos mentolados con filtro. Fumábamos y tosíamos, igual que yo esta noche en que, como casi siempre, te echo de menos con desgarró y quemando pitillos.

Entonces empecé a fumar. Fumar es el único hábito que adquirí contigo y que he mantenido hasta la fecha. De lo de dar besos en la boca con lengua me quité pronto. Más bien me quitaron. Sí, en lo de besar he ido de más a menos y al final a nada de nada. ¿Y lo de sentirme un triunfador? Nunca más, eso nunca más. De verdad, sólo me dejaste las costumbres que matan: el tabaco y el desamor.

¿Sigues fumando? Estés con el hombre que estés, eso sería algo que empezaste conmigo, una primera vez tuya que nadie puede arrebatarme. Igual que lo de inventar el beso.

Pongo ojos de chino al sonreír para mis adentros.

La penúltima tarde en la Cueva, a ti no se te puede haber olvidado, cada uno de los cuatro con su pitillo entre los dedos como aprendices de pistoleros, alguno de mis primos sugirió: ¿por qué no jugamos a la verdad? No era la primera vez, pero hasta entonces ni tú ni yo éramos conscientes de que teníamos una verdad que desvelar.

Aquella tarde, sí.

Al principio respondimos a las preguntas más fáciles, aquellas que hacen reír a los más pequeños. Del tipo: ¿te has tirado algún pedo en clase?, ¿has robado alguna vez en alguna tienda? o ¿has copiado en algún examen? Pero en esta ocasión no quedó ahí la cosa. Algo había cambiado durante las vacaciones y tú querías que aflorase. La preadolescencia estaba dejando paso a lo que viniera después.

Te alzaste. Sonreías, o más bien te estabas riendo. Seguíamos con el bañador puesto. El tuyo gris azulado, de cuerpo entero, con listas horizontales de pequeñas ballenas y barcos de vela, evidenciaba una anatomía que ya no era de niña. Pasábamos el día en bañador. Llevabas una blusa amarilla medio desabrochada y las bambas rojas sin calcetines, las mismas bambas rojas todo el verano. Es como si te tuviera delante ahora mismo, no se me ha despintado ni un detalle. Señalaste a Joseán:

—Gordinfli, ¿cómo se llama la chica que te gusta?

—¿A mí? Ninguna, Eme. Todas las chicas son estúpidas. Menos tú, claro, que eres como un chico.

—¡Gordinfli, la verdad!

—Bueno..., se llama Sandra. La Sandra de mi clase que está rebajada de gimnasia porque ya le vienen los glóbulos día sí día no. Pero me gusta muy poco. Sólo me cae bien porque comparte su bocadillo de mantequilla de colores y deja que me coma su postre.

—¿Y a ti, Bizconde?

—Jolines, Eme. No lo quiero decir. —El ojo vago de Nacho buscaba errante una respuesta escrita en el cielo.

—¡Bizconde, la verdad!

—Eme, me gustas tú.

Como si no lo hubieras escuchado, como si nada, te diste la vuelta y me observaste entre divertida y provocadora. Tu mirada azul me envolvía.

Yo estaba sentado sobre una piedra grande. Me fijé en tu pose de salteadora de caminos.

—¿Y a ti, Jaime, te gusta alguien?

—¿Lo tengo que decir? —Debí mover la nariz para recolocarme las gafas.

—Lo tienes que decir, es el juego.

—A mí, Eme, también me gustas tú. —Temblaban todas las piezas articuladas de mi organismo.

Te diste por satisfecha.

Aunque me pareciera increíble, era lo que deseabas escuchar, la verdad que buscabas extraer. Digo increíble porque tú eras muy guapa y yo muy feo. Tú eras muy animada y yo muy aburrido. A ti te estaban saliendo unas tetas, por lo que adivinaba, redondas, y a mí una ridícula pelusa blanda y negra sobre el labio superior. Me sentía como la bestia confesando su amor a la bella.

Te pusiste en cuclillas delante de mí, apoyando el codo en los huesos exagerados de una de mis rodillas. La cara girada hacia el suelo. Dominando la escena, siempre dominas la escena, Marina.

Tiro se introdujo en tu campo visual y se estiró boca arriba. También él estaba confesando su preferencia.

—¿No quieres saber si a mí me gusta alguien? —En ese instante mis primos se habían tornado transparentes.

—¿Te gusta alguien, Eme? —Quería desaparecer.

—¿Me obligas, Jaimito?

—Te obligo, Eme.

—Me gustas tú, Jaime.

Ojalá nos hubiéramos quedado congelados en ese segundo. Ojalá el cosmos se hubiera detenido. Ojalá tu imagen abriendo con espontaneidad el corazón, lo mismo que abrirías una jaula de palomas para que escapasen en tropel, se hubiera grabado en mis retinas dejándome ciego ante todo lo demás.

Tu foto, que no envejece, con la que converso y que me escucha pacientemente desde hace años y años, aún me transmite una impresión parecida a la que atribuyo al coraje que mostraste en aquel irrepentible instante mágico, pero no igual. Casi, pero no igual. Digo en voz alta:

—¿Verdad?

Y el retrato asiente, suelta una risotada y añade:

—Eres muy tontito, Jaimito, muy tontito.

Gordinfli, el Bizconde y Tiro no se dieron cuenta de lo que había pasado. Siguieron parlotando y ladrando como cotorras.

Tú brillabas y transmitías la sensación de que un nudo en la tráquea se te había

deshecho, de que respirabas mejor. Yo me quedé callado, confuso, incómodo. Por dentro me moría de amor por ti, pero por fuera prefería ser otra persona y no ese cuatro ojos desmanotado, con el forro de rejilla del bañador pegado al culo, que inevitablemente era. Alguien mejor. Un chaval que mereciese ser querido por una chica especial. No yo.

Esa noche te cambiaste de ropa y te pusiste tu vestido favorito, uno marinero con un lazo en la espalda con el que jugaban tus dedos mientras me proponías sentarnos a buscar platillos volantes entre las estrellas. No nos sentamos, sin dudarlo nos tumbamos sobre el césped de los viejos apartamentos y al poco de hablar en voz baja nos dimos el primer beso de nuestras vidas, inventamos el beso en la boca con lengua para uso y disfrute de la humanidad, y empezó esta historia tan absurda, tan hueca y tan poco apasionada que debería acabar con mi suicidio para tener un final lógico y coherente. O sencillamente para tener algún tipo de final.

Pues bien, mucho antes de que yo vaya a matarme, antes incluso de lo que sucedió más tarde y que tuvo tantas consecuencias para los dos, justo la mañana siguiente al juego de la verdad y a la invención del beso con lengua, yo me desperté sintiéndome el tipo más feliz de España. Sí, aquella mañana posterior a la noche de nuestro primer beso, me levanté con la felicidad puesta.

Ya lo he dicho y es cierto. Un poco como ahora que no sé por qué vuelvo a pensar en ti con buen humor.

Mi canción favorita de los Beatles dice que ayer amarse era un juego y está bien explicado. Ayer el amor era un juego fácil y ahora necesito un lugar donde esconderme. O una trampa por la que desaparecer.

Todo el mundo ha tenido un primer amor en su vida, el tuyo creo que fui yo, pero, en mi caso, debo añadir que ese primer amor fue también el único verdadero. Y lo perdí. Te perdí, Eme.

Contigo, con tu ausencia a cuestas, he atravesado cada edad del amor como un naufrago el océano en su balsa. No me he perdido ninguna. Para mí todas las edades del amor brotaron de la tuya cuando tenías trece, dos trenzas, dientes de ardilla, vista añil de gata blanca y la tristeza por estrenar. Cuando la ilusión te corría por las venas y cuanto pasaba te hacía gracia. Cuando la curiosidad te impulsaba a probarte vestidos de mujer. Cuando me casé contigo, sin que ni tú ni yo lo advirtiéramos, y tú conmigo no.

Cada vez me sale peor la letra. Se tuercen los renglones y no descarto que haya dejado alguna falta de ortografía por ahí. Estoy muy cansado, además la quietud de la medianoche me adormece. Debo ir terminando.

Hace unas semanas, al empezar a escribirte esta colección disparatada de misivas atormentadas, hacía bastante que no enviaba una carta. No tenía claro que todavía se vendieran sellos y hubiera buzones en la calle. Bueno, pues parece mentira, pero el servicio postal aún existe. Claro, eso ya lo sabrás tú, o quien esté leyendo, dado que no me devuelven los envíos indicando aquello de «destinatario desconocido».

Compro los timbres con la cara del rey Juan Carlos en el mismo estanco que los cartones de tabaco, en Conde Salvatierra, al lado del portal de casa de mis padres. Ahora muchos son autoadhesivos y ya no hay que darles una lamida como antes para pegarlos a la correspondencia. Pero los del retrato de Juan Carlos que yo pongo no,

esos no. Esos los pido de chupar. Quiero sugerir con esto que mis cartas te llegan con saliva tras el sello sin que tú lo sepas. Que los besos que incluyo en las cartas son por tanto con lengua y van escondiditos debajo del rey. Si despegaras el sello y besases precisamente ahí, tu saliva y la mía volverían a juntarse.

Me lo imagino y me suben las pulsaciones. Me pongo a cien.

Lo que ya no se lleva es el papel de ala de mosca, el legendario «papel de avión», para que las comunicaciones lleguen deprisa. ¿Te acuerdas de aquellos sobres de correo aéreo con una cinta de bandas azules y rojas alrededor del contorno y que se rompían con nada? Eso se acabó. Aunque es obvio que no pretendía utilizarlos para llegar por avión de casa de mis padres a la de los tuyos, cuatro manzanas más allá. Qué tontería. Qué estupidez, no estoy tan loco. Desde luego, utilizo el franqueo urgente porque me gusta que, en cuanto acabo de escribir, con la tinta todavía húmeda, tú puedas empezar a leer y, si te diera la gana, responder. Pero esa manía por la prisa no me lleva a buscar un buzón rojo de aquellos que servían en exclusiva al servicio urgente y «por avión» (como si el resto del correo viajase en diligencia).

En lugar de eso, voy con mis cartas hasta los cabezones de león de bronce del edificio de Correos y se las echo al de la derecha, al que tiene un letrero que dice «España». Conforme me acerco, lo creas o no, percibo que esa cabeza de felino pegada a la pared abre más las fauces, como si me conociera y supiera qué tipo de sabrosa correspondencia le llevo de almuerzo, y noto también que su hermano gemelo, el león cuya cabeza cuelga sobre el cartel de «Extranjero», se pone colorado de celos.

No me puedo entrometer en este tipo de suspicacias entre leones de latón, pero entiendo que les guste comer buenas cartas de amor antes que más requerimientos de pago o amenazas de ejecución de hipoteca. Pobrecitas fieras, obligadas a devorar epístolas llenas de ausencias, noticias de familiares ancianos, sueños de soltera y lágrimas de expatriados de papel en vez de sabrosos filetes de vaca. A veces me dan ganas de meterles un solomillo por la boca en vez de otra carta. Un solomillo a España y otro a Extranjero para que no discutan.

Marina, te prometí una redacción porque sí y optimista, y lo he procurado. Estoy pensando en ti. Ahora mismo, estoy pensando en ti. En algún sitio de la ciudad, a estas horas de la noche, hay un adulto que fue un niño; mejor, hay un niño en el cuerpo de un adulto, con una foto de la niña que fuiste entre sus manos, pensando en ti.

Y pensando: «Marina, no consigo olvidarte». Casi treinta y cinco años después y no consigo olvidarte. ¿No te parece un prodigio?

El amor es un sacramento que no necesita matrimonio que lo estropee.

Verano debería ser sinónimo de eternidad. Cuando éramos pequeños lo fue.

Te quiero, Marina, donde quiera que estés. Mi Wendy de la banda de Eme y Peter Pan con gafas, te amo.

Te amé. Te amaré.

Tuyo siempre.

Viernes, 12 de mayo de 2006, en horario laboral

DESPEDIDA DE MARINA

Antes de ser borrado por tu olvido,
antes de que me taches en tu historia,
antes de que una línea divisoria
segregue lo soñado y lo vivido,

antes de que al final pierda sentido
haber amado tu sombra ilusoria
y busques sin hallarme en tu memoria
como si no me hubieras conocido,

antes de sepultar sin cuerpo mi alma,
antes de que mis tristes versos pierdas
y al mar de tu dolor vuelva la calma,

déjame repetir que fuimos dos.
Dos. Aunque ya no sé si lo recuerdas,
aunque lo ignores al decirte adiós.

Escrito en La Oficina y terminado a las 13.07 p.m. en la parte de atrás del folio ocho de un informe sobre el impacto administrativo de la implementación de nuevas prácticas por determinar de eficiencia oficinista. Y casi pensando tanto en el fantasma de Ella como en el fantasma de Eme.

Distraído en todo caso.

De Peter para Wendy, en todo caso.

Adiós, Eme. Te quise. Te quiero. ¿Te querré?

Adiós.

CAPÍTULO 7

Pablo no se explicaba cómo aceptó escoltar a su hermana a la Ciudad de la Justicia, al Instituto de Medicina Legal, a reconocer el cadáver de su padre. Sentía pánico con sólo imaginarse la delicada situación. Le temblaban las piernas anticipando las tétricas horas que tenía por delante.

Desde que ayer por la mañana le llamó Luisa para darle la noticia del accidente de papá, el universo a su alrededor se había descontrolado. Él mismo se notaba diferente, desconocido. La tristeza lo había penetrado igual que una gripe, célula a célula, y puede decirse que estaba incómodo en sus propias hechuras.

Un silencio ensordecedor le surgió dentro de la cabeza, quería llorar y no le salían lágrimas, se movía como un monigote y albergaba la extraña sensación de que la muerte aún rondaba inquieta por todas partes, bien como loba insatisfecha, bien como dama desengañada. Feroz, en todo caso.

Cuando llegó a la cafetería Bimbi, Luisa ya estaba allí. Llevaba plantado un lazo de raso negro sobre su bola de oscuro pelo rizado. Camisa negra con un botón desabrochado de más, visible sujetador negro, pantalones ajustados de cuero negro y botas mosqueteras negras. Uñas lacadas de negro y pintalabios negro.

Pablo no pudo evitar sonreírle con ternura.

—Buenos días, Luisa.

—Pelarañas, *cagoentodo*.

—Perdón, Pelarañas. Por cierto, no podrías haberte puesto más de luto. Madre mía, pareces Olivia Newton-John al final de *Grease*, la película con que papá explicaba el cosmos.

—Yo tengo más morbo que esa pava.

—Ya, ya... Mira, hoy la morcilla eres tú. ¿Homenaje al padre o al

conde Drácula? —Pablo volvió a sonreírle.

—Eres un capullo. —Pelarañas sonrió al tiempo—. Escucha, no me he rasurado el potorro y no sabes lo negro que lo llevo también, ¿te lo enseño?

—Qué bruta. Tranquila, déjalo. Estás muy buena, hermanita. Se la vas a poner dura a los fiambres cuando te contemplen llegar vestida de vampiresa fúnebre a la morgue. Encantarás a vivos y muertos.

—Menos a papá, que era una ameba aburrida. ¿Quieres un café?

—Sí, con leche fría, por favor.

—Hostias, la genética es implacable, ¿eh, chaval? Leche fría. ¡Fernando, un café con leche fría para el *mesié* de la corbata de cucaracha!

Bimbi era la estrella polar de las cafeterías valencianas. Un paradigma del buen trato y la bollería de calidad. La salita de estar y recibir visitas de la ciudad. Quizá la única cafetería en condiciones de presumir de que todo el mundo alguna vez se sentó a charlar en sus mesas y a lo mejor a probar su célebre arroz al horno. O simplemente el local adecuado para haber pedido un sándwich mixto y una horchata granizada a media tarde. El típico sitio al que convidar a una novia en la primera cita formal, justo antes de conducirla a la última fila de un cine. El establecimiento al que las abuelas llevarían a sus nietos a merendar después de misa. Donde los caballeros que se quedaban de rodríguez en Valencia sacaban a cenar a las chachas, cuando aún se estilaban caballeros de rodríguez en julio y agosto. Una cafetería fina y no otro bar, en definitiva.

Pablo y Pelarañas recordaban ir allí con su padre en Fallas a disfrutar de un tazón de chocolate con buñuelos de calabaza después de recorrer toda Cirilo Amorós tirando petardos. Pero esa mañana no habían quedado en Bimbi por nostalgia sino porque estaba debajo del ático de Mariola, casi en la esquina de la Gran Vía Marqués del Turia con la calle Ruzafa, y así Luisa podía asegurarse de que Pablo no escapase y la acompañara al Anatómico Forense. Se lo puso fácil para que no rehusara formar parte de la macabra comitiva.

Sabía a lo que iba, sabía que sería desagradable y sabía que en el peor momento su hermano querría huir y vomitar porque «Es un cagueta y un

agonías»; sin embargo, pese a su flojera, melindre y probable deserción, estaba convencida también de que a la salida iba a requerir que alguien la esperase y la abrazara. Y de que ese alguien era Pablete, la criatura más amorosa de la creación. Prefería no verse gimoteando a solas tras identificar a Jaime Monzón de difunto troceado. Necesitaba al miedoso de su hermanito cerca para soportar y compartir la impresión que el espanto tenía que causarle.

Aunque no lo demostrase nunca, aunque supiera contener rabia, asco y angustia, Pelarañas en el fondo era de algodón. Abogada de pobres, la llamaba su padre.

—¿Has dormido? —preguntó él.

—Poco. Mamá y el Genio discutieron anoche otra vez. Se gritaron mucho otra vez. La bolita Iris se metió en mi cama otra vez y, entre que la cabeza me daba mil vueltas otra vez y que la pequeñaja dormida me arreaba mil patadas otra vez, pues no he pegado ojo otra vez. ¿Y tú?

—Casi nada. He pasado las horas en duermevela, pensando en papá. Haciéndome muchas preguntas que no tienen respuesta. Queriendo llorar, pero sin soltar lágrimas y escuchando a un perro que lloraba en el patio, me parece que para fastidiarme.

—Yo también he llorado como ese perro, o sea como una perra. Soy chica y las chicas Monzón a veces lloramos, aunque no tengamos la regla, ¿o qué te crees? Si tú no lloras cuando se muere tu padre será porque eres un gilipollas, no cabe otra explicación. Te lo diría en latín, pero todavía es demasiado pronto para mí. ¿Nos vamos?

—Sí, ya mismo. ¡Fernando, la dolorosa, *plis!*

—¿La dolorosa, *plis?* Mira que eres antiglamur... Qué abuelo eres, joder. Cada día me recuerdas más a padre.

Salieron y pararon un taxi. A los taxistas en Valencia les gusta lo mismo conversar que escuchar. No como en otros lugares, Madrid sin ir más lejos, donde el chófer debería descontar del precio de la carrera el esfuerzo que hace el cliente soportando que se explaye sobre los temas más peregrinos a cambio únicamente de algunos monosílabos desgastados. En Valencia los conductores de taxi se entretienen hablando por los codos igual que en todas partes, pero también, ¡y cómo!, bajando la radio para

enterarse bien de lo que se cuenta en el asiento de atrás. El taxi valenciano es casi siempre un teatrillo de guiñol encapsulado y con ruedas.

El hombrecillo que los recogió en esta ocasión llevaba pantalones de deporte para combatir el calor en las pantorrillas y a la que debía ser su mujer sentada al lado para combatir el aburrimiento. La señora, teñida de rubio, mirando muy seria por la ventanilla, también iba fresquita con *shorts* vaqueros. No es infrecuente encontrar en verano en Valencia taxistas con indumentaria relajada, incluso en bañador; digamos que, desde que abandonaron el oficio aquellos señores con americana azul cobalto oscuro del Seat 1500 negro que subían y bajaban bandera, el gremio se considera rebajado de etiqueta.

A la pareja de los muslos al fresco le chocó ver entrar en el automóvil blanco a unos tipos idénticos a Morticia con rizos y a Gómez Addams, con su traje oscuro con rayitas y su corbata negra, pero sin bigote.

—A la Ciudad de la Justicia —ordenó Luisa.

—Pelarañas...

—¿Qué?

—¿Conoces mucho al forense?

—¿Al doctor Víboras?

—¿Doctor Víboras?

—Sí, Rafa Víboras. Lo conozco bastante íntimamente... Ya te dije que tiene un agapornis, etimológicamente «pájaro del amor» por el trato sensual que da a su pareja, que se llama Pomelo. Y le ha hecho un perfil en Instagram; arroba y luego pomelete_el_pajaro, así, escrito todo junto con guiones bajos —con el índice había dibujado en el aire esos guiones bajos—, por si lo quieres seguir. Me *desgüevo*... Su Pomelo y mi Señor Moscas son muy amigos. Íntimos, diría yo.

—¿En serio? ¿Y cómo es Víboras? Él, Víboras, no su pajarito... — Pablo no sabía ser sutil, la segunda intención que llevaba la palabra «pajarito» resultaba obvia.

—Joven, treinta y muchos, pelo canoso, gafitas de John Lennon y sombra de bigotito. Como si llevara el velcro de un bigote falso despegado. Pinta de profesor chiflado.

—¿Desde cuándo casi cuarenta es ser joven?

—Joder, *cagoentodo*, pues serán treinta y pocos, quiero decir que está a nuestra altura...

—¿Altura de qué? ¿Lo has hecho con él?

—¿Que si me lo he follado? Dame una ese, dame una i, la respuesta es sí. —El taxista redujo el volumen de la radio del coche y pegó la oreja.

—¿Sales con él? ¿Sois novios?

—¡Hostias, no! —Soltó una carcajada—. Está casado, tiene hijos y además se le empina poco. Un agapornis blandengue no vale para lo fuerte que besan los labios del coño de servidora. —La mujer del taxista, con su melena francesa demasiado amarilla, estiró una mano con pulseritas llenas de diferentes amuletos colgantes y volvió a darle estrépito a la música de la radio.

—¿Y entonces?

—Pues que antes me lo tiraba si me apetecía. —El conductor, con disimulo, mirando a su esposa de reojo, amortiguó de nuevo el sonido ambiente e inclinó hacia atrás la cabeza para oír mejor—. Lo normal. Me daba morbo que me palpase las tetas con las mismas manos frías con que destripa a los muertitos que le tumban enfrente. Pero lo dejamos correr porque se sentía culpable. Le daba pánico que su mujer lo descubriera, que alguna noche le cogiera el móvil y leyese mis guasaps guarretes. Ya ves.

—¿Lo dejasteis? ¿Cuándo lo dejasteis?

—Anteayer, como quien dice.

—Estás loca. Parece mentira que seas tan irresponsable con el currículum que tienes y lo lista que eres. Tanto premio extraordinario fin de carrera, y ¿cuándo vas a sentar la cabeza?

—No hagas de puto hermanito mayor, que no te pega, Pablete. Yo no me burlo de la insoportable levedad de tu monogamia pija, así que déjame vivir como me dé la gana. —La falsa rubia rodó el botón del volumen de la radio hacia la derecha dirigiendo una mirada asesina a su marido taxista y la emisora empezó a escucharse con ensordecedora intensidad.

—¿Qué filosofía de vida es esa que tienes? Todas las chicas que me rodean son más inteligentes que yo, pero, por raro que resulte, yo me considero más sensato que todas. Especialmente que tú. —Hablaban casi

gritando para que Pelarañas pudiera entenderle.

—Y dale con las frases de papá, ¡la tercera en lo que llevamos de excursión! Te noto hablando como él y me quedo... —Puso cara de emoji, levantó sus pupilas verdes tanto que los ojos casi se le quedaron en blanco.

—Oiga, ¿puede bajar la música? Gracias.

—Larai larai, larai laralai —Luisa tarareaba flojito acompañando al intérprete que tronaba en los altavoces del taxi—, larai larai lorolailo... Justo, José Luis Perales, muy apropiado. *Y te vas*, a papá le encantaba esta canción. Le recordaba a un jodido rollete que tuvo de pequeño.

—Quieres decir a un primer amor.

—Eso, a un desahogo.

—A mí también. A mí me pasa lo mismo con Mariola y esta canción, entre otras igual de románticas.

—La leche fría que te dieron, Pablete. Tócate los *güevos*. No puedes ser más cursi.

Llegaron, pagaron y bajaron del vehículo.

Un segundo después la consorte del taxista, con sus *shorts* y su cabellera color plátano, se apeó también del coche. Pegó un portazo, hizo un gesto a su esposo con el dedo corazón de la mano derecha enhiesto, gritó: «¡Cerdo!», dio media vuelta y se marchó decidida en dirección al centro comercial El Saler. Las pulseritas con amuletos tintineaban como si llevase un cascabel.

Arrancó el taxi con la luz verde de libre encendida.

—Imposible oírte en ese taxi. Qué fuerte puso la señora a Perales. Debe gustarle mucho.

—Eres muy ingenuo, hermanito. Lo que la rubia de bote quería evitar era que su chico se empapase de lo que tú y yo charrábamos en el asiento de atrás... Mira, por ahí viene Rafa... ¡Viboritas!

Pelarañas saludó al forense de lejos con un saltito.

Estaban plantados en una explanada amplia, bajo un árbol demasiado pequeño para el desmedido decorado.

Ante ellos, sentenciosa, la Ciudad de la Justicia; un edificio moderno cuya fachada tiende a la simplicidad, por más que no se libra del aire

grandilocuente propio de los inmuebles públicos españoles de los últimos veinte años.

En Francia, Bélgica o Inglaterra, por ejemplo, un juzgado o un ayuntamiento se restauran tantas veces como haga falta. Aunque con el tiempo se hayan quedado estrechos, a nadie se le ocurre gastar el dinero de los contribuyentes ni el escaso suelo disponible en construirlos otra vez. Lo mismo puede decirse del mobiliario urbano; bancos, farolas o semáforos, se repintan y se arreglan, pero jamás son sustituidos por otros fabricados con formas innovadoras, tan originales como incómodas y relamidas. Tampoco cubren los adoquines del firme de toda la vida con alquitrán.

Sin embargo, en nuestro caso, merced a los generosos fondos europeos, el país ha vivido una fiebre municipal del mármol, el cristal, la madera laminada, el metal cromado y el metacrilato, y todo lo público, en consecuencia, se ha tornado a levantar de la nada, se ha rehecho como si partiéramos de cero, con persianas eléctricas y grifos de diseño. Con aires de rumbosa mansión de nuevo rico. Ambulatorios, colegios, casas de la cultura, polideportivos..., toda la arquitectura ostentosa de la España reciente es de encargo de la administración, a mayor gloria del poder regional que inaugura y el arquitecto que firma.

Lo hemos derruido todo para volver a ponerlo de pie con aires mesopotámicos.

Inserta en ese campo semántico, peripuesto, provinciano y malcriado, de la política regional española, la Ciudad de la Justicia, con sus dos hermosos escudos rojos de la Generalitat Valenciana en ambas fachadas principales, se sitúa físicamente, por pura lógica, frente a la Ciudad de las Ciencias, la cual linda a su vez, ¿cómo no?, con el Palacio de las Artes y con el Ágora de las Ciencias y las Artes. ¡Ahí es nada!

Justicia, ciencia y arte en unión, no cabe más.

También hay en la zona un parque oceanográfico, una sala de exhibición de películas en cuatro dimensiones y un instituto investigador para Premios Nobel. Al conjunto sólo le falta una Ciudad de Dios o Jerusalén celeste para que se cumpla el desvarío del refundado ombligo del mundo con que fantaseaba el discurso oficial valenciano en el periodo

de la burbuja inmobiliaria, en la *Belle Époque* de la Copa América. La imagen de la Valencia de siempre, gótica, barroca y medio modernista, quedó prendida al perfil de estos rutilantes mastodontes igual que una gota de café en una camisa blanca o una miga en la barba que, por más que lo intentes, no puedes mirar sin ver, se miniaturizó.

Pablo y Luisa, desamparados y de luto riguroso, se sentían diminutas hormigas en el centro de un inmenso paisaje futurista. Dos motas de polvo en el geométrico fondo urbano de un cómic de ciencia ficción. Microscópicos ante las expansivas sedes periféricas de las instituciones autonómicas.

El museo, el cine y el teatro (ya que simplemente la Ciudad de las Ciencias, el Hemisférico y el Palacio de las Artes, pese a sus pomposos nombres, nunca llegaron a ser más que un museo, un cine y un teatro) responden al ingenio de Santiago Calatrava, un carísimo y famoso proyectista local, nacido en Benimámet, aunque acreditado hasta en Venecia, que primero alza gigantescas esculturas vacías y, sólo después de construidas, reflexiona sobre el contenido al que podría dedicarlas. La Ciudad de las Ciencias, en este sentido, consiste en un descomunal tórax de ballena esqueletizado, el Hemisférico en el ojo de una rana asomado sobre la lámina de agua de la charca y el Palacio de las Artes en el casco de un héroe homérico, con la cabeza del héroe decapitado aún dentro.

La Valencia colorista de la Malvarrosa, la huerta y los mercados de gambas, sepias, fruta y verdura lleva estos enormes monumentos contemporáneos como si fuesen una joroba insólita que le ha salido de repente. Un grano gordo que se infecta por tocarse demasiado el grano anterior. Quizá la Lonja y las Torres de Serranos, en su origen, también se recibieron como pegotes por quienes añoraban un cielo de minaretes y cierto hálito de voluptuosos perfumes orientales doblando las esquinas. Eso no se sabe.

A Pablo le vino al pensamiento una frase de Jaime Monzón: «La Copa América será el gran gatillazo de esta generación de valencianos, queremos que nos ofrende tantas glorias al mismo tiempo que vamos a hipertrofiar su significado». A los valencianos habría que explicarnos que el buen gusto no se compra con dinero, que rutilante no significa elegante,

aunque suene parecido, que lo gigantesco no siempre es mejor y que la costumbre de demoler lo viejo nos retrata de ignorantes. Tanto la fascinación simiesca por la modernidad como la boba pleitesía rendida al inversor o salvador que viene de afuera son actitudes aldeanas que Dios sabrá por qué los valencianos llevamos impresas en las entrañas.

—En fin, yo definiría esta acrópolis sicodélica de la Ciudad de las Artes y las Ciencias, que por su parte la prensa valenciana califica de «emblemática», como una falla desmesurada de piedra blanca, cerámica rota y vidrio empañado... —así iba concluyendo Pablo, con la vista perdida, su hilo de pensamientos al estilo de su padre, cuando un señor, con expresión grave y bata blanca abrochada por la espalda, le tendió la mano.

Aquella era una mano pequeña y blancuzca.

—Señor Monzón, lo lamento muchísimo. Mi más sentido pésame.

—Gracias. ¿Es usted el doctor Víboras?

—Sí. Soy Víboras, Rafa Víboras para servirle.

—Pablete —interrumpió Luisa, que se había colgado con las dos manos del brazo del forense—, Rafa y yo vamos a meternos ahí a reconocer a papá. Lo ha arreglado para que hoy me dejen entrar y examinar el cuerpo. Como sabes, hermanito, aunque vine ayer, no fue posible que lo viera. — Le hablaba despacio y midiendo las palabras, como si se tratase de un niño—. ¿Quieres unirse a nosotros o prefieres esperarme por aquí?

—Si no te importa, prefiero esperar fuera. —Daba la impresión de que a Pablo le faltaba el oxígeno—. No tengo energía para acompañarte.

—No te preocupes, hermanito. Me como el marrón yo sola. Pero no te marches, por favor. Aguarda un poco. Sé colega.

—Te lo prometo. Me quedo en la terraza de ese bar, que se llama Don Pelayo, hasta que regreses. Cuando vuelvas de tu descenso al infierno seguiré ahí sentado. Tarda lo que sea preciso y resucita. Pase lo que pase, yo ahí como un clavo. No sé vivir sin ti.

—Capullo, no me aprietes el corazón.

Los hermanos se abrazaron, sus dolores se mezclaron. Después de un momento, Pelarañas se giró, miró al médico y, dándose ánimos, dijo:

—Me cago en mi puta sombra. Enséñame esa mierda ya, Rafa.

—Sí, no vaya a ser que algún juez haga más preguntas de las que convienen. Cuanto antes mejor, Luisa. Será un segundito. Procura que el Señor Moscas no se salga de tus rizos durante la visita o tendremos problemas. Ven... Vamos a echarle un vistazo al cadáver; si es tu padre, te lo llevas, si no, me lo quedo yo.

—El Señor Moscas no tiene ganas de volar. Hoy está mustio. Y mi chichi también.

Pablo los contempló alejarse cogidos por la cintura como si fueran un par de novios entrando en la iglesia, pero al revés: la chica de negro y el chico de blanco y con el lazo de la bata bailándole sobre los fondillos del pantalón como una cola de novia. «Pelarañas es más alta que el tal doctor Víboras», pensó. «Por los tacones de las botas de mosquetera», se corrigió. «No, más alta de verdad, mucho más alta de verdad», terminó por reconocerse. Y, sin embargo, inexplicablemente hacían buena pareja, eso también era cierto.

Con el traje gris de raya diplomática, los zapatos negros de cordones, el pañuelo negro en el bolsillo de la americana y la corbata negra, cualquiera confundiría a Pablo con un mafioso esperando a su abogado en un bar cerca de los juzgados de la Ciudad de la Justicia. O con un joven magistrado el día de su toma de posesión, circunstancia para la que los jueces también se visten así de oscuros.

Se acomodó en una de las sillas de aluminio de la terraza del Don Pelayo y pidió una caña y unas olivas rellenas. El silencio interior seguía ahí como un vacío.

Entonces, sin saber por qué, recordó una historia que, a menudo, le contaba su padre sobre el reencuentro de una madre muerta con su hija.

Sucedió en la antigua maternidad de la Cigüeña, una clínica edificada justo después de la Guerra Civil con el estilo parisino de las villas de verano de las familias acomodadas de principios del siglo xx, un balneario destinado a partos de clase alta con atmósfera de hogar de reposo para mutilados en Rusia de la Falange. Sólo tres plantas, porte de tarta de boda, balcón en todas las habitaciones, jardín frontal y remates y pináculos sobre el ático.

La Cigüeña se asienta en el paseo de la Alameda de Valencia, entre sus

frondosos árboles y palmeras. Sobre una peana situada a media altura del frontispicio cóncavo de esta antigua casa de maternidad todavía se conserva la escultura de bronce de la cigüeña con un bebé colgado del pico dentro de una bolsa que da nombre al edificio. La competencia con los hospitales contemporáneos, dotados con técnicas actuales y en los que interactúan todas las especialidades médicas, forzó la clausura de este gran almacén ginecológico en los setenta. Y un buen día, hace mucho, dejando atrás, en el lóbrego olvido, cientos de historiales de nacimientos felices, cesáreas y abortos, la última enfermera con manguitos, delantal y cofia almidonada debió cerrar y asegurar la puerta con un candado y una cadena gorda.

Precisamente, Jaime Monzón nació ahí, en esa olvidada época de esplendor de la Cigüeña.

Con los años, la caja de ahorros cedió la propiedad del casón abandonado al Gobierno. Entonces la verja del jardincillo, por la que antaño entraban las embarazadas fuera de cuentas con sus equipajes de sueños azulitos o rosas, se reabrió para los funcionarios de la Consellería de Agricultura. En el presente, la Cigüeña ha vuelto a cambiar de inquilinos y ahora aloja a los cazadores de brujas, inquisidores y dómines de buenas prácticas de la Consellería de Transparencia de la Generalitat Valenciana.

Desde el principio de esta nueva etapa administrativa, los vigilantes nocturnos y las señoras de la limpieza se quejaron de que, con la oscuridad, por los amplios corredores y las habitaciones de techos altos de la Cigüeña convertida en sede burocrática, se escuchaban lamentos, lloros y gritos desgarrados. A veces, algunos objetos caían al suelo sin que nadie los hubiera tocado o las puertas se cerraban de golpe sin intervención del viento. La tensión llegó a un punto en que costaba encontrar a quien se atreviese a pasar la noche controlando o adecentando la Consellería de Agricultura.

Mauricio de Mapas, conocido como Suplicio Chapas por sus alumnos, fue un profesor de literatura de bachillerato de los hermanos maristas de la calle Salamanca, obsesionado con las historias de Bécquer, que descubrió esta leyenda urbana por un reportaje en el periódico. Dispuesto a pasar

miedo y llegar hasta el final del cuento, se presentó voluntario en la empresa titular de la contrata de seguridad y limpieza del primitivo sanatorio para ejercer allí de guardia jurado de la Consellería.

Tenía Mauricio la costumbre de reflexionar en voz alta, esto lo cualificaba especialmente para no aburrirse en las tediosas viglias de su nuevo segundo oficio. Era como si, caminando por los tenebrosos pasillos tras el redondel de claridad de su linterna, fuera conversando con alguien.

—Tengo que acordarme de devolver las llaves a la salida. ¿Ya he pasado por aquí antes? ¿Cómo se llamaba el marido de la tía Juliana, la de La Jara? Me pica la goma de estos calzoncillos... ¡Coño, que me tropiezo! — En este plan resonaban sus palabras en soledad.

Una noche, recorriendo el primer sótano, se cruzó con una sombra fría que pasó deprisa por su lado flotando como un avión de papel con que jugase el aire. No tuvo ocasión de fijarse en qué era. Se le apagó la linterna y dijo con su propia voz, pero expresando un pensamiento ajeno:

—Aquí hubo mucho sufrimiento, señor De Mapas, usted está entrando en la fosa de los niños desechados.

Luego nada.

Negrura y gélido mutismo.

El Chapas, que además de hablador era valiente y cabezota, se informó de que el lugar de su espectral roce coincidía con un rincón retirado donde en tiempos estuvo el llamado «paritorio de caridad». Un quirófano discreto al que llevaban a las madres de beneficencia y a las que iban a dar a luz un bebé muerto. En aquella sala de tormentos, muchas veces con la comadrona entraba un sacerdote en lugar del ginecólogo. O incluso un exorcista.

Siguió rondando regularmente por ahí hasta que una madrugada por fin se dio de bruces con la Dama de Rosa, el fantasma de una señora alta con un camisón de ese color con lazos en los hombros.

—¿Dónde se han llevado a mi hijita? —preguntó la Dama de Rosa, utilizando la propia voz de Mauricio de Mapas, ese hombre que pensaba dialogando consigo mismo.

Después desapareció como se diluye ante la vista el humo de un fósforo al prenderse.

El choque se repitió un par de noches más.

Así que el profesor de literatura inició una investigación que le condujo a las siguientes conclusiones:

Primera, según los datos oficiales, en toda la historia de la mansión sanitaria únicamente murieron en el paritorio dos mujeres y, de las dos, sólo una llegó a dar a luz a una criatura que, por otra parte, tampoco vivió. Conque estas no podían ser la Dama de Rosa.

Y segunda, durante muchos años en la institución benéfica se robaron neonatos de madres pobres o que no los querían, para dárselos a otros padres de mejor posición que, por cualquier causa, eran estériles y estaban deseando tener. Según algunos se trataba de una acción piadosa, según la mayoría era un crimen imperdonable. La Dama de Rosa debió ser, pues, una de estas madres saqueadas.

El Chapas, después de recorrer bibliotecas, hemerotecas y registros públicos y eclesiásticos, descubrió a una tal Lourdes que se suicidó arrojándose desde la terraza de la Cigüeña tras enterrar en el cementerio general una cajita blanca que, en apariencia, contenía a su pequeñuela, pero que en realidad debía llevar una muñeca de porcelana vestidita de comunión. Enseguida contactó con la oenegé que investiga el robo de bebés durante la dictadura de Franco y, entre sus denunciantes, surgió alguien que por edad y rasgos físicos podría ser la hija perdida de aquella Lourdes que saltó al vacío con un camisón rosa.

Cuando Mauricio vio a Patrisieta, la adoptada robada que buscaba desesperadamente a su madre biológica, se le heló la sangre. Físicamente era calcada a esa Dama de Rosa que desfilaba ante él en las tinieblas.

Le habló de su investigación y de su experiencia paranormal y le propuso que lo acompañase una noche a ver al fantasma. Patrisieta pensó que estaba loco, pero aceptó por lo que aquello tenía de descabellado y porque el Chapas era muy guapo, tipo Harrison Ford caracterizado del pícaro Han Solo.

Pablo escuchó este relato a su padre, tan aficionado a las novelas escabrosas, antes que a nadie. Como si lo hubiera conocido de primera mano. Como si hubiera sido testigo.

Más tarde el misterio se hizo famoso en Valencia. Incluso se publicó un

reportaje al respecto en la revista *Muy inquietante*.

El cuento tenía varias terminaciones. Había quien aseguraba que Patrisieta y Lourdes se reconocieron y se abrazaron, y que la madre descansó en paz. Quien mantenía que no hubo espectro, sino que el tal Mauricio se inventó la fábula cuando, estando de servicio, lo sorprendieron con un travesti chupón en el trabajo. Incluso quien, enigmáticamente, sugería que la Dama de Rosa condujo a Mauricio y Patrisieta a una cripta desconocida en la que descubrieron una fosa común de fetos y niños incómodos para sus acomodadas madres.

Lo cierto es que Mauricio de Mapas fue un personaje real que dio clases de literatura en los maristas a partir de 1980. Y que su mujer se llamaba Patrisieta. ¿Llegaría alguno de los dos a percatarse de la leyenda urbana que, con sus nombres e inventada seguramente por los estudiantes, corrió por la ciudad? ¿Tendría Jaime Monzón especial amistad con el cazafantasmas señor De Mapas o con su esposa?

—¿Quién sabe? —fantaseó Pablo—. A lo mejor un día me topo con el alma en pena de papá y me confía cuanto ignoro sobre su vida, que poco a poco comienza a ser mucho, muchísimo...

En estas meditaciones andaba cuando sonó el teléfono y se asustó. Era Mariola.

—Diga.

—Hola, guapi. ¿Qué tal?

—Hola, princesita. Estoy esperando a que salga Pelarañas. Ha entrado con el forense en el depósito a comprobar si el muerto es papá.

—¿Y tú?

—A mí me daba dentera. Pero si lo piensas, no puede tratarse de otra persona, si no, a estas horas, ya sabríamos algo de papá.

—Lo entiendo.

—Me he quedado tomando una cervecita a la sombra. Hace muchísimo calor. Y humedad. Como si se avecinara una tormenta.

—¿Qué tal es el forense?

—Bastante bien. Te confirmo que hemos dado con un exnovio de mi hermana. Como te dije, una suerte increíble. Va a permitir que nos llevemos hoy a papá. Certificará un infarto y aquí paz y allá gloria.

—Una suerte, bicho. Tienes razón.

—¿Y tú, princesa?

—Pues un lío, Pablo. Esta mañana la policía ha registrado la villa de mis padres —adoptó un tono grave.

—¿El agudo inspector Gustavo?

—Sí, el agudo Gustavo y sus secuaces. Ah, y un sabueso de los que olfatean rastros humanos también. Buscaban pruebas de vida de mamá y creo que han encontrado algo en su dormitorio. Mi padre estaba desayunando en el porche y se ha cogido un cabreo indescriptible. Pensaba que era otra vez por su juicio, por la mierda esa de la Residencia de los Dioses de Ademuz, fase uno, y no por mamá. Ha hecho ir a su abogado y se ha montado una buena.

—¿Ya se ha dado cuenta el agudo inspector de que tu padre es el sospechoso *number one* de lo que le haya pasado a tu madre?

—Pablo, por favor, no te pases. Aunque..., hay una cosa que no sé... Y es que no lo veo triste ni preocupado por mamá. Enfadado porque haya desaparecido sí, pero apenado no. Da la impresión de que cuando nos la devuelvan le va a regañar en vez de alegrarse al recibirla sana y salva. Soy consciente de que hace mil años que mi madre ya no es la pareja de mi padre, pero lo disimulan tanto que yo esperaba un poco más de inquietud por su parte. Al menos, en apariencia.

—¿Y si jamás regresa?

—¡Pablo!

—Perdona, princesita, no pretendía desanimarte. Te quiero.

—Yo más.

—No. Yo mucho más.

—Bicho, eso es imposible saberlo. Quién quiere más y quién menos no se descubre hasta el final, y entonces ya es tarde para todo. Mira tu padre; ha muerto solo sin una mujer a su lado que le cogiera la mano en el último momento. Tal vez sin haberse enamorado en su vida. Sin que le quisiera nadie.

—Bueno, sus hijos.

—Ningún amor, Pablo. Ningún amor de mujer. Ninguno.

—Es verdad.

—Nadie nunca, guapi. Nadie nunca. Pobre hombre. ¿Piensas que alguien le dio alguna vez un beso de los que valen la pena?

—¿Un beso inolvidable?

—Uno de esos, bicho.

—No. Uno de esos no. Ni siquiera mi madre. Seguro que no. Pobre papá...

Cuando colgó, se dio cuenta nuevamente de que no estaba respondiendo a los mensajes y guasaps de sus amigos, y que ya tenía más de ciento cincuenta sin abrir. «Pero ¿dónde estará mi hermana?», se lamentó, y sin levantar la cabeza procedió a contestar a los innumerables conocidos que le estaban remitiendo sus condolencias al móvil. No daba abasto.

Ya se sabe que Pablo Monzón era un personaje popular en Valencia, al contrario que su padre, Jaime Monzón, el perfecto forastero en su propia ciudad.

Un espectador, había resuelto ayer el hijo.

Inesperadamente, un estruendo retumbó en el cielo que parecía despejado hasta ese instante y una primera gota de lluvia se estrelló contra su mano. La segunda y la tercera le cayeron en la coronilla.

Sábado, 13 de mayo

Buenas tardes, Eme. El día que la tieta Encarna me acompañó al cine Tyrís a ver Tiburón pasó tanto miedo que, a la salida, cogiéndome de la mano al cruzar la avenida José Antonio, prometió que nunca más se bañaría ni se ducharía para evitar ser devorada por un pez o algo así.

Y lo cumplió.

Si en alguna ocasión mis hermanas o yo le preguntábamos:

—Tieta, ¿usted nunca se mete en la bañera?

Sonriendo, con la misma naturalidad con que rodaba como las canicas en vez de caminar, respondía:

—Bonicos, la tieta se limpia por partes con un trapito igual que los gatos, pero ya no se ducha toda por si le muerden los tiburones que puedan salir del grifo.

Y lo decía en serio.

Ese tipo de pánico absurdo es el que sufría yo ante la muerte.

No asistía a entierros ni a funerales por si esa perra de la guadaña se daba cuenta de que el señor de las gafas estaba ahí y me fichaba para su próxima alineación.

La tieta también sostuvo que nunca iba a morir porque cuando llegase la hora se pondría a hablar.

—Y si estoy hablando es imposible que falte, ¿verdad, bonicos?

Ignoro si lo intentó, pero debió fallarle el truco porque a la pobre le dieron sepultura, presumo que en un nicho con entrada redonda como un ojo de buey para que cupiera, mientras yo hacía la mili. Y no estuve para despedirme.

Sí, ese tipo de escrúpulo supersticioso respecto a una muerte educada, incapaz de interrumpir al que está en uso de la palabra, o caprichosa, que aprovecha los velatorios para escoger a sus siguientes víctimas, lo heredé de la tieta y lo he conservado hasta hace bien poco. Hasta que me cansé de existir sin ti, vaya, y descubrí que quitarse de en medio es la única reparación que tiene esta enfermedad incurable a la que llamamos vida. Que la buena muerte puede representar un punto final o una salida de emergencia.

Se iniciaron entonces estas cavilaciones de cenizo con las que te debo estar volviendo loca. Y me hice fan de todo lo mortuario.

Desde que el suicidio empezó a rondarme por la cabeza, me vino lo de fijarme en las esquelas del periódico y especular con la información que suministran. Antes no.

Ambas obcecaciones (uno, ganas de suicidarme, y dos, seguimiento de necrológicas) me surgieron más o menos al mismo tiempo. Ahora compro la prensa regularmente sólo por eso. El resto de la actualidad me da igual, es historia para alguien que contempla el final tan de cerca como yo.

Me he convertido en un experto en el tema «periodismo de fallecidos». Puede decirse que hoy en día soy un gran crítico literario de esquelas y obituarios. Uno destacado, el mejor.

He adquirido la costumbre de sentarme en el Nodo con Las Provincias, pedir a San Miguel un café con leche fría, encender un Fortuna y aplicarme a rellenar mi estadística funeraria. Voy directo a la sección de difuntos locales, leo los nombres de los fallecidos y los de quienes ruegan una oración por su alma, hago memoria para comprobar si conozco a alguno, también establezco amoríos que en ocasiones se adivinan tras desconsolados eufemismos como «su fiel cuidadora» o «el cuñado ideal» y, lo más importante a nuestros efectos, tomo nota de la edad en que se produjo el deceso.

Apunto las edades de los muertos en una libreta en cuya portada he escrito el siguiente título: «Índice de cotización de la muerte».

Cada día calculo y recojo la media de años que tenían los que la víspera estiraron la pata. Mes a mes dibujo asimismo una gráfica, con sus picos y sus valles de Josafat. Manías de oficinista pulcro. Normalmente esta media diaria ronda los ochenta y muchos, aunque a veces cae hasta los sesenta y tantos. Con un fiambre muy joven, créetelo, he observado cómo descendía rozando los cuarenta y dos años. Lo tengo registrado como récord mínimo. También me he encontrado con doña Baldomera de Valderrábano Rubio, viuda de don Aniceto Tarín Tarín, profesor de trompeta, que faltó a los ciento cuatro años y por tanto para su esquela no quedaban hijos, sólo nietos, biznietos y tataranietos.

Lo normal, ya te digo, es más de ochenta, con lo que a mis casi cincuenta me da por pensar dos cosas:

A, que si quisiera aún me quedarían treinta primaveras por delante.

B, que el día que decida despacharme voy a bajar ese índice de liquidaciones hasta el medio siglo por lo menos.

La edad de la muerte fluctúa con menos swing que la bolsa, aunque con consecuencias más permanentes, me temo.

A este respecto, dispensa que te traslade una inquietud que me ha venido, un desasosiego que me atormenta y que es el objeto de esta carta. Eme, piénsalo: ¿quién me escribirá la esquela a mí? Una bonita y emotiva, claro. No una de esas indiferentes que redacta la funeraria por rutina.

Che, yo que soy coleccionista de esquelas no puedo morir sin mi propia esquela garantizada. Sin una esquela que llame la atención.

Me urge que alguna persona se responsabilice de eso, pero ¿quién? Démosle una vuelta.

¿Pablete y Pelarañas? No creo, son demasiado pequeños, ignoran incluso que exista algo parecido a las esquelas. Tampoco cuento con su madre, colgada como está a su nueva pareja, en plena fase merengue. Imposible que perciba semejante necesidad. No la veo diciéndole a Eugenio: «Aguarda, Genio, es que tengo que redactar una necrológica sobre el subnormal de Jaime para que los niños la publiquen». Además, le

costaría algunos euros cada palabra. Sinceramente, no. No la veo.

¿La Oficina? ¿Los compañeros de La Oficina? Perdón, deja que me ría: ja, ja, ja. Ahí no dan un duro por ningún asalariado. Jamás derramarán una lágrima que no venga literalmente prescrita por el reglamento de personal.

Si mi baja laboral perpetua se produjera en vísperas de Navidad, por ejemplo, se repartirían los turrónes de mi cesta (obligatoriamente gourmet y jamonera por mi antigüedad según el convenio colectivo) y si ocurriese cerca del verano se sortearían entonces los días sin tachar de mi turno de vacaciones. Esa es la máxima atención a la que llega la cultura oficinista con los empleados reubicados en el más allá. ¿Triste? Sin duda.

Los dueños de La Oficina, los hermanos Japón, ni siquiera conocen de cara a sus oficinistas, ¿y quiero yo que recen un padrenuestro por mi tránsito a la gloria? Che, déjalo estar...

Me quedas tú, Eme. Sólo tú, y por eso te incordio de nuevo. Una vez más podrías trocarte en mi salvadora, si quieres. Si te sale del corazón. Si te da la real gana.

Te doy otra oportunidad de no defraudarme, la oportunidad final.

Mira qué fácil; cuando ciertamente sufra por propia voluntad ese accidente que te comenté, siniestro total, y me vaya al otro barrio, ¿serías tan amable de encargarte de mi esquelita en Las Provincias y, si se tercia, también en Levante? No te pido más que esto. Por nuestro primer beso, por los años que te quise en secreto, por las poesías tan bonitas que te escribí y no te envié. Por piedad...

Te lo suplico de rodillas, envíame una nota de respuesta con un «Sí, lo haré», y yo me suicido tal y como los dos estamos deseando.

Un sí y ya está.

Que yo muera en paz y con un pedazo de esquelita como Dios manda, te lo imploro.

Prometo que después de eso no volveré a importunarte. Se acabarán estas cartas desde el patíbulo a las que jamás reaccionas, pero que tampoco me devuelve el cartero.

—Cuelga tú.

—No, cuelga tú.

—No, tú.

—Yo no cuelgo si tú no cuelgas...

Vale, yo colgaré el teléfono. Yo cederé y cortaré nuestra comunicación.

Ye, ye, ye..., un momento, ¿perdona? ¿iQue tú no estás en comunicación conmigo!? Eso pensarás tú, bonita, yo tengo muy claro que te gusta leer mis cartas y que tu silencio es tu forma de decirme: «Sigue, Jaime. Sigue, Jaimito...».

En fin, me suicidaré de forma definitiva, discretamente, y punto. Dime que sí, que lo harás, mi vida (nunca mejor dicho), y esta será mi última carta. Te dejaré de molestar. La última carta de verdad. No como las últimas anteriores, la última en serio, la última indiscutible.

Lo juro.

Dime que sí, por misericordia. Tranquilízame, Marina.

Resultaría ignominioso matarme sin que nadie se incomode por ello, sin avivar ninguna mala conciencia, entiéndelo. Tan infamante considero tal posibilidad que me hace repensar mi próximo sacrificio ritual.

Sin esquela no me mato.

Sin noticia no hay paraíso, es de Perogrullo. Quiero que, por una vez en la historia, se me vea emergiendo de la penumbra. Quiero abandonar mi insignificancia entre el público y subir a escena para despedirme, igual que un actor protagonista, con un sonoro «Que os folle el tiburón que iba a salirle por la ducha a mi tieta». Como suicida, llevo en las entrañas a un gran prestidigitador escapista que exige audiencia para su irreplicable actuación funesta. Necesito una esquela rutilante para que la galaxia valenciana se percate de que la ha palmado un tipo que ninguno recordaba que existiera. Preciso hacerle un corte de mangas a mi mala suerte y a tu ausencia inhumana para que este dolor haya significado algo. Ya ves.

Uno se mata para que se entere todo el mundo de que vivía, para liarla parda. Suicidarse en secreto es un sacrificio tan inútil como estudiarse las respuestas del Trivial y no tener a nadie con quien jugar. Y sé de lo que hablo.

¿Aceptas, Marina? ¿Dices que sí? En ese caso, te preguntarás qué se debería poner en la esquela. Pues muy sencillo, lo que toca: una cruz grande, nombre y dos apellidos, edad (te la sabes), profesión (inventa algo chulo, no pongas «oficinista»), lista de afligidos parientes cercanos y que son implorados rezos por mi eterno descanso. Luego se podría añadir también que tal y como yo deseaba seré incinerado, y así por esta vía indirecta se enterarán mis deudos de esta intención y seré quemado, como ambicionado.

¿Te parece bien? Por favor, acepta. Mira, Eme, voy a redactarte un ejemplo para ponerlo fácil. Esta es la esquela que me gustaría leer:

†

No roguéis a Dios en caridad por el alma de
JAIME MONZÓN MATA
Coinventor del beso

Que no falleció ayer en accidente camino de los viejos apartamentos Garbí a los cuarenta y seis años de edad. Eme, también coinventora del beso, su único amor verdadero, apareció en el postrer instante para salvarlo y compartir con él un futuro de sexo, risas y rosas blancas. Ambos solicitan parabienes y esperan que los que se mueran de rabia sean sus ex, los envidiosos y los de La Oficina. Te jodes, Blan-blan, imantecoso!

Es broma. Disculpa. No he podido contenerme. Me parece increíble que aún tenga sentido del humor. No te disgustes. Muestra compasión, bella Eme. A veces la imaginación escribe en mi lugar.

¿Qué más quisiera que aparecieses en el postrer instante para compartir conmigo un futuro de sexo, risas y rosas blancas? Regresa a la tierra, Jaimito; Eme pasa de ti.

Vale, coñas aparte, la esquela que me gustaría leer (si no fuera yo el cadáver, claro) es esta:

†

Rogad a Dios en caridad por el alma de
JAIME MONZÓN MATA

Coinventor del beso

Que falleció ayer en Frontera de Aragón a los cuarenta y seis años de edad. Su inconsolable Marina, misterioso amor verdadero de toda su vida y también coinventora del beso, sus hijitos, Pablo y Luisa (Pelarañas), padres, hermanas, la peña quinielística «De portería a portería es una chulería», su ex e incluso Eugenio exhortan plegarias por su tránsito. Será incinerado en un momento dado del que no se dará cuenta al insensible pueblo valenciano, como era su anhelo, y sus cenizas serán abandonadas frente a un café con leche fría en la barra del ilustre bar Nodo, con una propina generosa, por cierto. «Adiós a La Oficina cruel, adiós a los manuales de autoayuda, adiós a la poesía, adiós al arroz a la cubana, adiós a todos, gracias por acogerme tanto tiempo en vuestro confortable universo, lo he pasado regular», fueron sus palabras definitivas. Ahora Jaime Monzón es un espíritu libre.

¿Qué opinas, Eme? ¿Demasiado texto? ¿Saldrá caro? No sé a cuánto se paga cada módulo de esquila, pero puedo preguntar si quieres. O pregunta tú, el teléfono del periódico es el 963502211.

Para mortificar a los de La Oficina sería estupendo que agregases que el óbito se produjo contra el reglamento de personal que obliga a los empleados a exhalar su último suspiro en día festivo y con los objetivos semanales cumplidos. ¿Lo harás?

La referencia a tu nombre podrías eludirla si te parece excesiva o traída por los pelos.

¿Lo harás, Eme? Supongo que piensas que me he trastornado, pero nunca estuve más cuerdo, querida. Como don Quijote a punto del estertor terminal, he recuperado la lucidez.

Lee esto despacito, es una especie de ultimátum: para liquidarme en paz exijo un gesto por tu parte, algo que me confirme que le estoy dando un desenlace coherente a nuestro romántico pasado.

Y sólo te pido eso, un sí a la esquila. Ese mínimo y caritativo guiño tuyo sería suficiente para que me arrojase a las llamas del infierno con la satisfacción de haberte importado algo. Con la tranquilidad de saber que al final has vuelto a mirarme con algún tipo de sentimiento, por más que se trate de un sentimiento pequeñito y justo al expirar, en tiempo de descuento, que dicen los del fútbol.

Mándame un sí a lo de la esquila, aunque sea una esquila sin mencionarte, y me mato como ambos ansiamos. No contestes de nuevo, no atiendas a mi insistencia y lógicamente renunciaré a suicidarme por ti. Ahí queda eso. Lo siento.

Tú decides.

Si no vas a verme morir, casi prefiero dejarlo estar y seguir viviendo, Marina. Si no vas a encargarte de mi esquila, elegiré no hacer el canelo y te olvidaré de una vez por todas. ¿Lo entiendes? Te olvidaré justificadamente, corazón.

Meditando sobre estas cosas sombrías se me ocurrió hace mucho cierta idea delirante que después transformé en un cuento de terror. Ese cuento espantoso, Eme, inevitablemente trataba sobre nuestro viejo amor y sobre mi búsqueda incansable de

ti, incluso a través de la reencarnación. No resultó un relato tan largo como excéntrico, y desde luego imposible de publicar siquiera como obra anónima. A decir verdad, nada de lo que he escrito se ha publicado nunca.

Si no te importa, te lo resumo aquí porque expresa bien el suplicio al que estoy condenado por tu causa.

Escucha.

Imaginé que el desengaño por haberte perdido me hubiera llevado a entregarme a una secta destructiva de las que promueven la creencia en la reencarnación. Y que, convencido por el líder de la secta de que en una vida posterior el buen Dios a lo mejor me conduciría a tu lado, me arrojé dentro de mi coche al mar frente al puerto de Valencia.

Ahogado en el mar porque buscaba a Marina, muy redundante, lo sé.

La reencarnación se habría producido después, tal y como me habían prometido en la secta, pero ¡en un cerdo! No en otro ser humano con quien pudieras hablar, o un perro chiquitín que te acompañase a por el pan, o un canario que te cantase en la vejez, o un caballo sobre el que te sentaras a horcajadas... Nada de eso. El buen Dios habría querido atender mi petición y enviarme de vuelta al mundo terrenal, aunque convertido en puerco, abandonándome en alguna dehesa salmantina.

Eso sí, un cerdo de raza ibérica de pata y morro negro, el rey de las sabrosuras. ¿Cómo pues se obraría el milagro de rejunarnos? Los designios del buen Dios son inescrutables y todo eso, ya..., pero ¿qué planes reservaba la Providencia para reunirnos? Por desgracia, pronto lo iba a saber.

Yo habría comido bellotas por años y años, engordando y revolcándome en el fango de las avispas y maldiciendo a mi sombra por aquel craso error de la reencarnación. Hasta que un día idéntico a cualquier otro, me meterían en un camión, me darían vueltas por carreteras despobladas y acabaría la jornada en el matadero. Primero, aturdido con un martillo macho y, más tarde, decapitado y despiezado. No me dolió mucho, pero ahí comenzó la peor parte del drama. El horror sin comparación posible. ¡Las mismísimas calderas de Pedro Botero!

Mi alma inmortal, ¿te lo puedes creer?, quedaría enganchada al músculo ileoespinal de mi espalda porcina y, en vez de escapar por el aire y volverse a introducir en otro ser vivo, tras un proceso de lavado de grasa externa, salazón y sazonado, terminaría formando parte del relleno de una caña de lomo. Mi espíritu se desesperaría asfixiado en una bolsa de tripa natural, asomando su carita a través del plástico, como Laura Palmer en el famoso fotograma de Twin Peaks.

Me habría reencarnado de nuevo, sí, pero no en otra criatura, sino en un embutido de alto contenido proteínico madurando en un secadero de Guijuelo, ¡en un lomo embuchado!

Y ahora viene el terrorífico desenlace del cuento. Del fabricante pasé al distribuidor, del distribuidor al ultramarinos Zanón del chaflán de Sorní con Conde Salvatierra de Valencia, y allí habría quedado expuesto en un mostrador refrigerado cubierto por un gran cristal. Desde ese frío lecho, en compañía de una pechuga de pavo, dos salchichones de montaña, varias mortadelas (con aceitunas, italiana y también de pavo) y muchos quesos cremosos, algunos de primer ordeño, mi alma aprisionada iría viendo con indiferencia el semblante de clientas y clientes que antes de pedir se

inclinarian con intención de observar bien de cerca el género.

Algunos hombres de mediana edad, lo digo porque sé de lo que hablo, comprando entremeses para la cena del sábado, se ponen lentes bifocales y examinan con precisión el color de la chicha, su denominación de origen y precio. Y yo, lomo de cerdo envuelto en tripa natural traslúcida, me encontraría indefenso frente su deseo. Exhibido desnudo y a merced del apetito de cualquiera que pagase por comerme. Como si buscaran un flechazo, los consumidores me escrutarían antes de señalarme y solicitar cien, ciento cincuenta o doscientos gramos de mi morfología accidental cortada en lonchas.

Tras muchos días añorando hasta el hedor de la pocilga, pensando que aquellas adversas reencarnaciones eran un fallo del destino, cagándome en el líder de la secta que me dio la idea de la reencarnación, aparecerías tú por la puerta, Eme.

Sonaría la campanilla y serías tú. Tú, Marina, mi cielo. Tú en la charcutería en la que yo estaría a la venta regenerado en un fiambre de alta calidad. Tú frente al mostrador de las longanizas. Tú ante mí. Después de tanto perseguirte incluso más allá de varias muertes: tú ahí.

Ahora mi relato se ponía trágico. Te habría visto entrar en el ultramarinos Zanón una mañana de esas del otoño valenciano en que la luz es idéntica a la del verano, pero hace frío.

Abrigo marrón, guantes de ante y zapatos café con leche con poco tacón. Pelo de peluquería, castaño con mechas rubias. Aspecto de señora toda beis y de posición holgada, de mamá del club de tenis o, mejor, del golf Escorpión. Y los mismos ojos azul feliz que en la fotografía que tengo en la mesa mientras te escribo.

—Buenos días, doña Marina —te habría saludado el chacinero alto del pelo blanco.

—Buen día, don Vicente, y lo mismo a su hermana Fina —le responderías con una sonrisa, también calcada de la de tu foto de pequeña.

Qué desesperación. Qué angustia. Qué tortura tenerte al fin delante y no poder gritarte, y no poder implorarte:

—iMarina, yo soy Jaime! La caña de lomo soy yo. Jaime, ¿no te acuerdas? Jaime Monzón, el del primer beso. Elígeme, soy el cuatrojos del verano del setenta y tres... Cómprame, llévame contigo, Eme. Másticame, con pan si quieres, disfruta con mi inigualable sabor a campo. Soy Jaimito reencarnado en embutido... Sí, por favor... Compartamos un orgasmo gástrico antes de que mi alma se disuelva en tu sistema digestivo y compongamos definitivamente una sola carne y un solo aliento. ¡Cómeme! Marina, Marina, Marina..., ¡pide el lomo embuchado!

Mi carne endurecida y envuelta en tripa ardería inflamada por el frenesí del reencuentro.

—iAuxilio! —habría clamado el lomo con el pensamiento.

En este punto mi narración alcanzaba su clímax.

Como si pese a todo me hubieras escuchado, apuntándome con el dedo, la uña lacada de granate tal que un estandarte desplegado, le habrías sugerido a don Vicente Zanón:

—Ese lomo de Guijuelo tiene muy buena cara, es muy guapo, ¿me lo pone?

iAy, Dios mío, qué emoción! Mi buen Dios, ¿era este tu proyecto? La antropofagia simbólica, el rito cristiano por excelencia. ¿No dijiste Tú aquello de tomad y comed

todos de mí? Convertirme en alimento de mi amor y concluir mi serie de reencarnaciones en el mismísimo estómago de la propia Eme, ¿era ese tu plan? Con razón te llaman el Todopoderoso, porque en verdad lo eres. Un propósito genial. Yo me mato, me reencarno en cerdo, tras la matanza mi alma queda atrapada en el lomo del animal, Eme compra ese lomo embuchado, me ingiere, digamos que me comulga, y ambos nos fusionamos en una sola carne y un solo espíritu. Maravilloso.

¡Divino!

Entonces me habría preparado para serte servido en rodajas, cariño. Estaba exultante igual que un novio al borde de su noche de bodas.

Sin embargo, una vez más, como se verá, yo me estaría dejado llevar precipitadamente por un entusiasmo sin justificación. Y muy desdichado.

—¿Ese lomo!? ¿Ese que lleva días abierto? —preguntarían despectivos don Vicente y su hermana Fina a la vez al final del cuento.

—¿Es que no está bueno? Pues algo en mi interior me decía que...

—Que no. Claro que no, señora. Pero si no queda de él más que la punta y, por cierto, está dura. Doña Marina, espere que lo tiro al contenedor y le empiezo otro nuevo —concluiría el hombre.

Cogido por la cuerda de colgarme del gancho del secadero, transportado en volandas hacia el cubo de la basura, habría contemplado por última vez tu expresión indiferente, antes de caer en el pudridero del barreño de los desperdicios y descomponerme en la oscuridad, en la nada. «La inexistencia es el destino y todo lo demás, incluido el amor, sólo su pretexto», con esta frase acababa mi patético cuento.

Fundido a negro.

Fin.

En verdad, el relato dejaba en el improbable lector una impresión triste y esperpéntica de Marina y Jaime, pero triste y esperpéntico es como personalmente empiezo a verme, sumergido en esta absurda fosa abisal del sinvivir por ti y sin morir por ti. Ya no escribiré más cuentos, la realidad en sí misma es un cuento para nosotros. Un cuento grotesco, Eme.

En mi opinión, la necesidad de crear surge del deseo sexual y se agota con él. Creamos para cortejar, igual que las aves despliegan sus plumas de colores o las luciérnagas iluminan su abdomen. Crear no tiene otra razón de ser que la de alcanzar la cópula.

Escribimos con la intención de que otra, otro u otros nos lean y nos quieran. Nadie escribe novelas para su deleite personal, excepto los narcisistas. Claro que estos sólo aspiran a conquistarse a sí mismos y masturbarse con la mano izquierda. Redactar un diario y esconderlo es obviamente una práctica onanista. Los demás no somos así. Los demás nos afanamos por crear, desde un chiste con segundas hasta una frase tierna durante la cena, únicamente porque codiciamos follar. Incluso suspiran por ser recitados los poetas más culteranos, esos a los que la vanidad ha golpeado con tanta furia que, si no expulsaran versos complejos como los lactantes eructos de sus entuertos intestinales, sangrarían de tanto arañarse con pertinacia sus propias zonas erógenas.

El ser humano es demasiado perezoso como para escribir por escribir. Si piensas algo interesante, tú ya te enteras al pensarlo; si además lo copias sobre un papel es porque

buscas que se entere alguien más. Es lo que hay.

Los niños no tienen deseo y no crean nada. Juegan, garabatean, pero no crean. Destruyen. Lo mismo puede decirse de los ancianos, Eme, que se desprendieron del deseo sexual y no conservan sino nostalgia de la hoguera en que ardieron.

Yo, por mi parte, he escrito toda mi vida para ti, porque te deseaba. Me moría porque algún día remoto me leyese y también te muriese por mí. Llenaste de significado mis poemas, mis novelas sin acabar y mis poluciones nocturnas por años y años, pero ya no. Si tú no quieres, ya no. Si ahora me suicido por haber sido incapaz de olvidar nuestro primer beso y resulta que a ti ni te nace encargar una triste esquela por mi eterno descanso, pues será que no vale la pena que te siga escribiendo una línea más. Que siga creando para ti. Ni cuentos, ni versos, ni leches, ¿no te parece?

Como recordarás, esta noche he quedado con Manoli González y su marinero africano para acudir juntos a ese baile para nostálgicos de los ochenta al que parece que no va a faltar nadie. El que organiza Jesús Barrachina en el Alameda Palace. Forma parte del festival de preparativos de la próxima Copa América, y creo que estarán la alcaldesa madre Rita Barberá e incluso George Clooney.

Lo llaman un evento, pero es una verbena, y en las verbenas ya sabes lo fácil que es ligar y triunfar. Así que ciudadín conmigo que puedo aprovecharme del material femenino que le sobre a George Clooney, ya que entre conquistadores son frecuentes este tipo de transacciones con las conquistas.

Últimamente, desde que miro a los ojos a la muerte, ando muy excitado no queriendo perderme el último coito de mi desgraciada vida, tenlo en cuenta. El afán de morir es tan poderoso como el apetito sexual y muy parecido. Se implican.

De modo que, si voy a esa fiesta y allí encuentro a alguien de quien enamorarme, una extranjera borracha que descubra mis ojos de Peter Pan detrás de las gafas, por ejemplo, a lo mejor me da por inmolarme sexualmente, como si tú jamás hubieras existido.

Te fastidiaría, ¿verdad? Pues aún no, en el inmediato futuro aún no, pero no descartes esa posibilidad. Perfectamente sería capaz de suprimirte en mi lista de prioridades si antes no das la más mínima señal de vida, te lo advierto.

El amor es el medio y el sexo el fin. El amor consiste en la más penosa estrategia seguida por los que somos feos para obtener sexo. Nunca conseguí intercambiar mi amor por tu sexo. Tú has convertido en mentira la hermosa fábula de la bella y la bestia. Quizá esta noche alguna cuarentona como yo, voluptuosa y bebida, me dé sexo y entonces yo le pague regalándole tu amor.

La locura no es el amor, por cierto. Pero el amor está loco, eso sí. Tenlo claro.

Hoy me desperté demasiado pronto para ser sábado, como si fuera día de ir a La Oficina. Es la costumbre, me ocurre con frecuencia. Puede que sea por la edad que me duermo y me levanto antes. Además, el ayuntamiento no poda los árboles de la zona del mercado de Colón y en primavera desde muy temprano oigo el gorjeo de las golondrinas como si las tuviera en mi habitación, pegadas a mi oreja, eso también influye. Conque, en mi condición de suicida y sin otro plan por delante, decidí visitar el cementerio general para escoger tumba, igual que quien se acerca a un barrio nuevo a buscar piso para trasladarse.

Cogí el autobús en la plaza de Tetuán y, en menos de veinte minutos, me vi

cruzando el arco de entrada al camposanto.

En el autobús iba de pie, cogido a la barra, cediendo los asientos a las señoras mayores. Los autobuses que llevan al cementerio suelen ir llenos los sábados. Más mujeres, viudas, madres e hijas, que hombres. Los varones se desentienden de los muertos con la misma incapacidad para expresar afecto con que se desentienden de los vivos. Frente a mí iba un niño, sentado al lado del que debía ser su padre, mirándose los zapatos con un ramito de flores entre las manos. Tal vez ellos dos, el conductor y yo fuéramos la única aportación masculina al conjunto de viajeros.

Los usuarios, callados, serios y vestidos de oscuro, de esta línea de la Empresa Municipal de Transporte, componíamos un conjunto tenebrista, un convoy de tábanos de excursión.

El cementerio de Valencia se inauguró a comienzos del XIX, el próximo año se cumplirá su segundo centenario. Imagina cuántas personas, cada una con su particular historia (aburrida, apasionante, miserable, ridícula o fabulosa), han terminado enterradas aquí. Dos siglos de valencianos sepultados bajo la misma tierra. Hay más población difunta que viva en la ciudad. De los primeros inhumados a los últimos habrán transcurrido como mínimo ocho o nueve generaciones. Si sus calaveras hablasen entre ellas el diálogo sería ensordecedor, ríete de la cháchara en clase cuando se ausenta el maestro. Convertidos en polvo, silencio y olvido, bajo este suelo reposan besos, sueños y gozos idénticos a los nuestros. También nosotros pasaremos y más pronto que tarde nos despojarán de nombre, ropa aprovechable y muelas de oro para abandonarnos en este basurero de huesos y gusanos. Nuestros recuerdos también se borrarán sin dejar rastro.

A pesar de todo, te aseguro que, por más que he caminado por las calles de nichos innumerables del cementerio de Valencia, no he encontrado un rincón que me guste para mí. Ningún apartamento que me convenga. Visto lo visto, me reafirmo en exigir que me incineren, no me apetece ser otro inquilino anónimo en este Manhattan de la putrefacción.

Y también me reafirmo en que me gustaría saber qué fue de ti antes de hundirme eternamente en el vacío. Tener oportunidad de despedirnos, pero ese no es el tema ahora mismo. ¡Qué pesado soy!

Hasta hace poco no se enterraba a los suicidas con el público en general, por los prejuicios religiosos. Ahora ya cabe todo el mundo en el mismo sitio. El cielo se ha democratizado. La etiqueta para el juicio final se ha relajado mucho.

Desde que somos la rutilante sede de la Copa América, también los dress codes valencianos son más deportivos, más locos, más desenfadados. Pues con el protocolo de acceso al cielo o al infierno por la puerta del cementerio general de Valencia ocurre otro tanto, por supuesto.

De hecho, estoy pensando que es raro que el ayuntamiento y la Generalitat no hayan organizado todavía ningún canapé en la necrópolis de la sede de Copa América. Con la excusa de la regata internacional montan saraos en los lugares más inverosímiles, incluso en el mercado central han hecho alguna fiestecita por la noche. Imagina, por ejemplo, una cata de vinos de guarda, o sea zombis, y de verduritas secas, o sea momificadas, en el huerto donde el Señor siembra almas para la eternidad, ¡estaría fenomenal!

Che, puro marketing fallero del que gusta a mis paisanos. Bueno, algún día lo harán seguro y quizá para entonces mis restos ya estén ahí enterrados para disfrutarlo.

El recinto sagrado lo estrenó un maestro carpintero llamado Vicente Gimeno, feligrés de la parroquia de San Esteban, que el 8 de junio de 1807 por la mañana fue arrojado a una fosa común aún vacía. ¡Qué solo debió sentirse el pobre diablo en un primer momento, tanto terreno, tanto agujero, para un fiambre único! Enseguida, por la tarde de la misma fecha, le siguió una religiosa del convento de Santa Ana. Ya ves, un artesano sin taller propio ni seguro de decesos y una monja sin claustro en que cupieran sus despojos, podrían considerarse los Adán y Eva del cementerio de Valencia. Un carpintero y una virgen, muy simbólico. Bonita pareja para abrir esta danza macabra de la que nadie escapa.

De regreso, al pasar por la sección tercera izquierda, después de visitar a mis abuelos y rezar un avemaría en la zona donde estará la lápida con forma de puerta de agujero hobbit tras la que debe seguir sin ducharse mi querida tieta, me he topado con la cruz enorme coronada por un búho real que se eleva sobre el gigantesco osario de los miles de exterminados por la epidemia de cólera de 1885.

Aquella gran infección fue acompañada por otra plaga paralela de espanto y desesperación. Al primer síntoma, los familiares abandonaban a los enfermos a su suerte. El ejército acabó rodeando la ciudad y abriendo fuego sobre los infelices que pretendían huir. No se permitía entrar ni salir. Se fumigaban con gases antisépticos calles, casinos, teatros, prostíbulos y vagones de tren. Por la histeria colectiva fueron incontables los casos de pacientes a los que todavía respirando se les lanzó con prisas a las zanjas con montones de cadáveres y que, víctimas de un pavor sin comparación, resultaron enterrados vivos bajo esta gran cruz.

Y ahí seguirán, espeluznados, con los residuos que les queden de uñas hincados sobre los pómulos de sus cráneos pelados.

Precisamente, un antepasado mío llamado Bartolomé Nomdedéu, el de Turís, tras ser sepultado a mediodía, se personó por la noche en casa envuelto en el sudario y pidió la cena. Lo habían echado al estercolero antes de hora. Desde entonces en Turís se le conoció como el Divo, abreviatura de «difunto vivo». Pues eso, lo mío es similar a lo de Bartolomé el Divo, después de treinta y tantos años sin vernos, voy y me presento y te pido que me hagas caso. Por tanto, puedes llamarme Divo, tu difunto vivo, ya que de momento para ti soy un falso muerto que también quiere su cena.

El cementerio es la patria de los gatos. Y huele a pis de gato. Si me reencarno en gato correré allí a buscarte de gata para seducirte y montarte por detrás como hacen los felinos callejeros. Pero mientras no se dé esa gatuna circunstancia favorable, cuando muera no quiero que me llevéis a vivir al arrabal de los nichos. No me enterréis. Detestaría convivir con tanto muerto tan muerto. Lo mío por ti es otra cosa, Eme. Lo mío es morir por incapacidad de vivir juntos. Morir de puras ganas de vivir. Morir para vivir. No como esos pringaos del cementerio que se murieron de muerte auténtica. ¿Me entiendes?

He dejado de escribir por un momento porque ha llamado Manoli para decir que vendrán a recogerme en una hora más o menos. Que esta noche salimos a muerte (menuda ironía) a la fiesta ochentera del Alameda Palace.

Tengo que dejarte, disculpa. Voy a cambiarme.

Minipimer Garza, esa albóndiga nativa del polígono que pese al pirsin en nariz y lengua tiene como los chorros del oro la casa de mis padres y mi habitación también (¿la única mujer que de alguna manera se ha ocupado de mí?), habrá planchado ya aquella vieja blusa hawaiana con hombreras y flores en negro y gris que milagrosamente subsistía en lo profundo de un cajón del armario de los zapatos de mis hermanas. Esa camisa horrible ha pasado por conciertos de La Mode, Radio Futura y Miguel Ríos, es una auténtica veterana de los ochenta.

Iré hecho un pincel. Iré de padre de uno de los Goonies metido en la ropa de su hijo. Totalmente tematizado de esa década despiadada de los colores flúor, los estampados imposibles, las americanas arremangadas y el paquete de Fortuna en el bolsillo del pecho de la camisa. La juventud baila. A tope.

Minipimer está excitadísima con la posibilidad de ver a George Clooney en persona. Para esta mujer los famosos son como superhéroes con poderes probablemente sexuales. Me ha dicho que pretende plantarse en la puerta del Alameda Palace y no dejar pasar a Clooney hasta que pose para una foto a su lado o acceda a hacerle un hijo. Foto o hijo con Minipimer, esa es la alternativa que se le ofrece al actor americano.

Si la muchacha esférica consigue algo creo que será la foto.

«La vejez no es tan honorable como la muerte, pero casi todos la prefieren». Esa frase tan acertada se le atribuye al piel roja Two Leggings, un guerrero crow, el pueblo de los cuervos, con buena medicina de guerra y que, por tanto, llegó a viejo para su desgracia. Si tú estás dispuesta a honrarme, yo me marcharía con honor. En consecuencia, ¿publicarás mi esquela, Marina?

Espero tu respuesta para tomar una última decisión.

Me busco: vivo o muerto.

Te envió un beso.

Empieza a llover como si el cielo llorase sin consuelo. Lluve a mares. Por el calor, se ha formado una tormenta en apenas nada.

CAPÍTULO 8

Empezó a llover como si el cielo llorase sin consuelo. Llovía a mares. Por el calor, se formó una tormenta en apenas nada.

Pablo tuvo que dejar la terraza y refugiarse en el interior del Don Pelayo. En un instante se le empaparon el pelo y las hombreras de la americana del traje de luto. Hacía ya dos horas largas que su hermana se había metido en el Anatómico Forense con el doctor Víboras y aún no había vuelto. Se sentía muy inquieto.

Buscó la barra y pidió otra caña.

Para entretenerse, primero ojeó el menú del día: arroz con costillas y col, cabracho al horno y flan casero, bebida incluida, 8,50 €. «Un arroz diferente cada día», rezaba una cita al pie del folio informativo plastificado. No está mal. Luego cogió el periódico y leyó sin demasiado interés las noticias de un día cualquiera de 2016: la Generalitat autoriza reabrir en festivo los comercios al mes de ordenar su cierre, o el anillo ciclista unirá el centro con los barrios. Pasó las hojas distraído, más pendiente de quién entraba por la puerta del bar que de la actualidad reflejada en las páginas del diario.

Hasta que vio algo que le heló la sangre. No podía creer lo que le mostraban sus ojos. Se le aceleró el corazón y le temblaron las manos.

En la sección de necrológicas, una esquela destacaba sobre las demás y resultaba terrorífica.

†

Rogad a Dios en caridad por el alma de
JAIME MONZÓN MATA
Coinventor del beso

Que como tal falleció ayer en Frontera de Aragón a los cincuenta y seis años de edad. Sus hijos, Pablo con Mariola y Luisa (Pelarañas), sus hermanas, la extinta

peña quinielística «De portería a portería es una chulería», su ex, Eugenio e incluso la bolita Iris, exhortan plegarias por su nueva vida. Será incinerado en un momento dado del que no se dará cuenta a nadie, como era su anhelo, y sus cenizas serán abandonadas frente a un café con leche fría en la esquina donde antaño se distinguió la desaparecida barra del ilustre bar Nodo, con una propina generosa para el primer mendigo que se tropiece con la urna. «Adiós a todos, gracias por acogerme tanto tiempo en vuestro bonito planeta. Al final, conocí la felicidad», fueron sus últimas palabras. Ahora, su inseparable Eme, misterioso amor verdadero de toda la vida y también coinventora del beso, y Jaime son espíritus libres.

Repasó una y otra vez cada una de las frases escritas, se aflojó la corbata negra y miró al techo. ¿Quién habría publicado eso? ¿Eme? ¿Quién diablos era Eme? ¿Espíritus libres? ¿Coinventores de qué beso? ¡Menuda broma macabra! Su reacción inmediata fue sacar una foto de la página con el móvil y enviársela a Mariola. No se atrevió por si la asustaba, mejor contárselo personalmente más tarde.

A continuación, con disimulo, recortó el obituario y, justo cuando se giraba para comprobar si alguien le había observado mutilar el periódico, se topó de frente con Luisa y el forense.

Pelarañas, con los rizos mojados como los de un caniche en la orilla de la playa, estaba pálida, blanda, derrotada, mientras que la cara del médico, aunque se esforzase por aparentar tristeza, denotaba cierto alivio.

La guiaba agarrada por los hombros y Luisa se dejaba ceñir. Al ver a Pablo se liberó, saltó a su cuello y lanzó un profundo suspiro.

—Aquí no te me enrosques, Pelarañas, que todo el mundo se fija en nosotros.

—Ahí afuera está lloviendo un *güevo*, tío. Es muy fuerte lo que te tengo que contar. —Esto último se lo susurró al oído a Pablo, al que seguía abrazada.

—Sí. Yo también tengo noticias. Vamos a sentarnos en esa mesa de la esquina, que milagrosamente está libre.

—Os voy a dejar solos —terció el doctor Víboras—. No es momento ni lugar, Pablo, pero te doy ahora definitivamente mi más sentido y efusivo pésame. Brujita —dijo, dirigiéndose a Luisa—, todo se arreglará deprisa. Supongo que la funeraria podrá recoger a tu padre esta tarde a primera hora y que mañana por la mañana a más tardar lo tendréis en el tanatorio.

Insisto, lo siento. Luego te llamo. Hasta ahora.

—¿En serio, «brujita»? ¿El profesor chiflado te ha llamado «brujita»? —preguntó Pablo, en cuanto la bata blanca, abrochada por la espalda y atada con un lazo trasero similar al rabo de una vaca lechera, empezó a abrirse paso entre los clientes persiguiendo la salida del local.

—Sí, *cagoentodo*, es un tipo ridículo. Y muy mayor para mí. No le hagas puto caso. Vamos, Pablo. —Lo condujo, ahuyentando curiosos a codazos a través del abarrotado establecimiento hasta ese rincón en que estaba la mesa vacía. Apartaron dos tazas de café con leche por recoger, un vaso de tubo con un par de milímetros de Coca-Cola aguada al fondo, soplaron unas migas y se sentaron.

—¿Quién empieza?

—Yo. Empiezo yo. Ha sido durísimo, Pablete. Incluso para mí, que no me espanto con nada. Menos mal que iba Rafa conmigo, si no, me hubiera desmayado varias veces y me habría despatarrado allí mismo, en medio de los muertitos. Creo que ya estoy mejor. Pero, si fumara, ahora fumaría y me tocaría el coño me lo prohibieran o no. No tendrás un porrito, ¿verdad?

—Ya sabes que no. ¿Quieres que te pida algo?

—Un *gin-tonic*.

Pablo se levantó y se llevó las tazas y el vaso por recoger a la barra.

En menos de dos o tres minutos estaba de vuelta con la copa. También puso sobre la mesa una bolsa de patatas fritas sabor barbacoa que no abrió y la tercera cerveza para él.

Luisa clavó los codos sobre el tablero de la mesa y, como si estuvieran rezando, emparedó las manos de su hermano entre las suyas. Se miraban a los ojos. Pasaban por ser una pareja de tortolitos de negro intentando comprenderse uno a otro, confesándose desasosiegos, y en cierto sentido ese era el caso.

—¿Se te ha quitado un poco el sofocón, Pelarañas? Parecía que te hubieras enfrentado a un fantasma.

—Pues más o menos, chaval, eso he visto: un espectro.

—Dime.

—Entramos por una puerta lateral del edificio, pegadita al Carrefour.

Bueno, en la planta baja están el juzgado de guardia y la clínica del médico forense. Para ir a la morgue, ¿cómo no?, tienes que descender al sótano. Los congeladores de zombis han de estar bajo tierra, joder, debí suponerlo. Mientras esperas al ascensor te reconcome la ansiedad. Por un lado, albergas la esperanza de que el muerto al que vas a enfrentarte no sea quien se supone y te repites muy bajito, como una letanía: por favor, por favor, por favor...

—Por favor...

—Yo no soy creyente, ya lo sabes, así que se lo pedía al indeterminado «por favor» antes que al Dios de tu religión. Por otra parte, te acojonas por lo que te pueda esperar. Por lo desconocido, por lo asqueroso, por lo triste, por las películas, yo qué sé... ¿Qué te estoy contando a ti que te cagaste por la pata abajo y me dejaste sola? —Pegó un largo sorbo al *gin-tonic* y se quedó un hielo en la boca que empezó a morder.

—Tienes razón.

—Claro que tengo razón, *cagoentodo* —continuó diciendo mientras masticaba el trozo de hielo—. La cuestión es que conforme la cabina del ascensor va deslizándose y haciendo ruidos empiezan a llegarte a la nariz ciertos efluvios, formol, lejía, linimento, cosas de ese tipo, como si estuvieras en el cuarto de baño de la consulta de un masajista. Bueno, pobres masajistas, ¿qué culpa tendrán? Como de salón de belleza para cadáveres. ¿Tanatoestética se llama? Un amigo de Rafa se dedica a eso, nos maquilló para Halloween el año pasado. Yo iba de Marilyn Monroe, pero como la encontraron después del suicidio, ¿eh? Sin su dentadura postiza, sin teñir, sin depilar y sin prótesis mamarias. La pera. Bueno, da lo mismo, me enrolló igual que mamá...

—Nadie se enrolla igual que mamá. —Pablo sonrió con tristeza.

—Se abren las puertas y sólo notas frío y una claridad rara, de tubos fluorescentes. ¡Luz de cuarto de baño de motel, eso es! Y la peste aséptica de la que te hablo. Debe oler así un corazón de niño o un feto conservado en alcohol, para que te hagas una idea. Se te mete por la nariz y te impregna la ropa. —Hizo ademán de olfatearse alternativamente el escote y el sobaco.

—No seas asquerosa. Sigue. ¿Qué ha pasado? Dímelo de una vez.

—Voy... Caminas por el pasillo hasta llegar a un vestuario mixto, en que los doctores se lavan las manos y se revisten. No imagino cómo ocurrirá en diferentes circunstancias, pero mi visita era, como si dijéramos, extraoficial. —Hizo con los dedos el gesto de poner comillas a ese «extraoficial». No teníamos ningún tipo de autorización del juez, eso está clarísimo. Conque debía camuflarme como si fuera una médica que fisgonease por allí, o eso me ha dicho Rafa. Así que me he puesto una especie de quimono verde claro, guantes de cirujano y bolsas de plástico en las suelas de las botas. Para poder encajarme el gorrito en la cabeza y que me abarcase completa la bola de pelo, le he tenido que cortar la goma. Nada favorecedor, te lo juro. El Señor Moscas, ¡la puta madre!, casi se ha asfixiado ahí dentro, pobrecito mío.

—Estarías guapísima en todo caso. No te distraigas. Continúa, *plis*.

—Y así caracterizada he aparecido en una sala amplia en la que he podido contar treinta y dos neveras metalizadas. Estaban puestas en varias hileras como archivadores de carpetas en un mueble de oficina. «Aquí hay, mínimo, treinta y dos fiambres destripados, tía, si abres un bote de los de esa estantería al azar te puedes encontrar cualquier porquería, como unos sesos o unos *güevos* fuera de su bolsa», he pensado, y la impresión me ha acojonado a lo bestia. Las paredes están pintadas del mismo color que el batín que llevaba puesto. También fiché una báscula, varias camillas vacías y un fregadero en el que, cadenciosamente, goteaba un grifo: *chop, chop, chop...* La temperatura en el depósito mismo es un pelín más alta que en el resto de las instalaciones, o el calor me venía de mis pulsaciones, que andaban disparadas, no sé. «Si no enfrían esto por debajo de cero, cuando saquen a los inquilinos para despiezarlos, se les pondrán verdosos como el ambiente de la estancia y les babearán», se me ocurrió. Mira, tronco, casi no podía respirar. —A Pablo, llegados a este punto, también se le estaba cortando la respiración—. ¿Te mareas, cagón?

—No, no. Adelante, por favor. —Hizo un gesto motivador de ayudante de mago.

—Bueno, pues entonces mi doctor Víboras se ha acercado a uno de los frigos que estaba por el centro, ha tirado de un asa y, como si sacase la extensión de una mesa plegable, del lienzo de aluminio ha surgido un

cuerpo tumbado. La presentación era muy higiénica. Iba cubierto por una sábana blanca, igual de gruesa que las que usan en las camas de las residencias universitarias, y metido en un medio ataúd sin tapa, al que llaman «patera». ¿No me digas que no resulta irónico que los más desgraciados también emigren al cielo ¡en patera!? Con delicadeza, ha descubierto el rostro del muerto y me ha preguntado: «¿Lo conoces?».

—Pelarañas...

—He estado callada mucho rato. Y él también. Sólo se escuchaba el grifo del fregadero: *chop, chop, chop*.

—Acaba ya, Pelarañas.

—Al final, se habrá dado cuenta de que me colgaba un lagrimón de la punta de la nariz porque, con la misma delicadeza de antes, ha cubierto otra vez la cara del personaje, lo ha vuelto a meter en su sitio y me ha dicho: «Ven, quiero enseñarte algo antes de que me respondas». Y como si patinásemos, sin hacer ruido, me ha trasladado a un despacho. No sabía si quería devolver, gritar, mearme toda encima o morirme yo también.

—Pero, Luisa, digo, Pelarañas, ¿era nuestro padre? ¿Me lo puedes aclarar ya?

—Enseguida —contestó, mascando la rodaja de limón de su bebida—. Este copazo no me ha sabido a nada. Me tomaría otro. Me he quedado igual. —Pablo abrió la bolsa de patatas fritas sabor barbacoa y se la ofreció.

—Toma.

—Okey, me conformo con las papas. Allí sentados —continuó Luisa mientras se comía las patatas una detrás de otra, automáticamente—, Rafa va y me larga la siguiente gilipollez: «¿Tu padre tenía algún tatuaje?». Tío, y yo me he *desgüevado*. No me digas que no es una escena surrealista, esperpéntica. El Víboras y yo vestidos de hojas de lechuga, encerrados en una catacumba glacial, y me sale con esas. Que si el viejo llevaba algún tatuaje. Sí, una sirena inversa, con cabeza de pez y el conejo de mi puta madre, ¿no te jode? «Rafa, mi padre dormía con pijama largo y nunca salía a la calle sin afeitarse, ¿dónde quieres que se pusiera el tatuaje? ¿En la rabadilla o bajo los pezones peludos?», le he respondido. Mejor, eso ayuda, me ha venido a decir, el ochenta por ciento de los cuerpos que nos

llegan ahora presentan un tatuaje o un pirsin, así que esto también sirve para descartar y confirmar. Luego, como si tuviera un muelle en su culo de mono y un cocotero ante su hocico, se ha levantado y ha expuesto encima de la mesa una serie de cosas sucias de tierra y medio rotas.

—¿El qué?

—Pues mira: la documentación del coche a nombre de papá, el DNI de papá, la corbata de patos Donald de papá, el llavero de papá, las gafitas de papá —aquí tragó saliva para contener la emoción—, con su gomita negra como de gafas de buzo, las alpargatas recuerdo de no sé dónde que colgaban del retrovisor del antiguo Corsa de papá y esa foto de una niña que te dije ayer y que sigo sin saber quién es. Y me he quedado... —Pelarañas abrió mucho los ojos, como si se le fueran a salir, gesticulando al modo de las caritas amarillas del móvil—. Y él, en plan... —Ahora Pelarañas guiñó un ojo y sacó la lengua.

—Tal cual, ¿no?

—Sí, se ha puesto muy solemne, como si no me conociera de nada, y me ha soltado: «Bueno, si todo esto es de tu padre, si el cadáver tiene la edad y la estatura de tu padre, si no lleva ningún tatuaje o pirsin como tu padre, Luisa Monzón, yo te pregunto: ¿es el cuerpo que te he enseñado el de tu padre?».

A lo lejos se escucharon más truenos. Por la ventana el día se oscureció casi como si se hubiera hecho de noche. Otros truenos. El aguacero golpeaba los cristales igual que miles de dedos pidiendo permiso para entrar en el bar Don Pelayo: toc, toc, toc. Igual que miles de nudillos llamando la atención de los que estaban adentro: toc, toc, toc...

—Pelarañas, ¿era papá?

—No podía pensar más que en sus gafitas, Pablo. Como siempre, estaban sucias. ¿Te acuerdas que yo le limpiaba las lentes con mi camisa y él parecía un topo escandalizado cuando le quitaba las gafas y me las arrimaba al escote? Pobrecillo, ¿no te parece patético que a su edad aún llevase una goma de patilla a patilla para que las gafas no se le cayesen al suelo? Mientras tanto Rafa me hablaba sin parar, me taladraba el cráneo con explicaciones legales que no soy capaz de repetir. Algo de que entonces ahora él iba a certificar el infarto y asunto arreglado. Yo me

mordía el labio para no soltar el moco y, sin embargo, Rafa, transformado por completo en el doctor Víboras, estaba más preocupado por lo que tenía que firmar servidora y lo que firmaría él, en calidad de forense actuante —dijo esto último con tono de burla—, que por mí y mi opresión en el pecho. Chúpate esa... En otros momentos, *cagoentodo*, bien que le importa quitarme lo que me oprime el pecho...

—Hermanita, no vayas por ahí. Céntrate, ¿era papá?

—Recuerdo que, al poco de divorciarse de mamá, a padre se le rompió una patilla de las gafitas y, como no tenía dinero para arreglarla y La Oficina no le cubría la reparación, durante meses llevó esa patilla pegada con celofán. Y que, otra vez que se le perdió un tornillito, metía un palillo redondo en su lugar, lo rompía y, con el palillo haciendo las veces de tornillo, la patilla le aguantaba varias horas sin moverse. Esas célebres gafitas estaban delante de mí. Salvando las distancias, me recordaban a los objetos personales de los judíos, zapatos, relojes, portarretratos y eso, que, en las películas, se ven desamparados en un montoncito en el asfalto, después de que los nazis queman en un horno del campo de concentración a sus propietarios. O al audífono de la yaya Clara, que todos creíamos que lo llevaba puesto al enterrarla y lo pescamos un día en el costurero, como si la yaya lo hubiera dejado ahí para seguir escuchando nuestras conversaciones desde el más allá. Papá tenía el corazón en sus gafas, tío. Esas gafas eran la ventana desde la que un niño encerrado veía la vida de los otros transcurrir.

—Ya, ya..., todo eso y tal. Pero ¡dime de una vez qué le has respondido!

—Nada.

—¿¡Nada!?

—Nada, como lo oyes.

—¿Y has firmado?

—Sí.

—¿Sin decirle sí o no?

—Estaba llorando, Pablo. Tenía las gafitas pegadas a mi corazón y estaba llorando. No tengo ni puta idea de cómo habrá interpretado Rafa esas lágrimas, pero no he dicho ni mu. He firmado como una idiota. Sí,

todos los papeles que me ha puesto por delante. Le he preguntado si me podía llevar las gafas. Me ha respondido que las necesitaba para el muerto y que el de la funeraria también nos iba a pedir ropa para vestirlo. Pero que me daba el llavero por si tenemos que entrar en casa de los abuelos y la foto. Luego, como hipnotizada, me ha traído hasta aquí. Me voy a por otro *gin-tonic*, que tengo la garganta seca. —Dejó la fotografía sobre la mesa, se puso de pie y con zancadas de pantera negra se abrió paso hasta la barra.

Pablo miró a la niña con trenzas del retrato. No la conocía de nada. Se notaba que era una instantánea arcaica, de cuando su padre era pequeño. Las esquinas, dobladas y un poco abiertas, presentaban los típicos agujeros y marcas que dejan las chinchetas y la cinta adhesiva. Los colores desvaídos revelaban que el tiempo debía haber pasado con creces por aquella sonrisa juvenil congelada por la cámara.

Le dio la vuelta y resopló, superado por las sucesivas sorpresas. En la parte de atrás, por encima de unos cuantos corazones emborronados, había fechas y escrito con distintas caligrafías y tintas avejentadas un nombre: Eme.

Así se llamaba también la persona que, según la esquila, se había vuelto un espíritu libre con Jaime Monzón Mata. La desconocida coinventora del beso de su padre.

Tras escuchar el relato de la hermana, Pablo empezó a visualizar a su padre muerto. ¿Muerto? Dormido quizá. Traspuesto, más bien. Con los ojitos cerrados y sin sus gafas, igual que se quedaba en el sofá después de comer, frente a la televisión, mientras un Fortuna se consumía lentamente en el cenicero.

Jaime Monzón no podía morir porque no había vivido.

De alguna manera particular era como un *albaet*, uno de esos niños pequeños fallecidos antes de tomar la primera comunión, a los que hasta hace relativamente poco se despedía en Valencia en medio de una gran fiesta porque se habían convertido en angelitos. Las campanas de la iglesia sustituían su toque de difuntos por otro alegre que anunciaba la entrada de un nuevo querubín en el cielo. A los asistentes al velatorio se les ofrecían pasteles, dulces (*rollets*, *madalenetes* y *coques fines*) y licores subidos de

alcohol.

Se adornaba a la criatura con profusión de flores blancas, túnica blanca y ataúd blanco, para que su condición de ángel fuera patente y se le tomaban fotografías de muertecito con que poder imprimir estampas para rezarle en el futuro. El rito incluía por supuesto la ejecución de una *dansa del velatori* ante el nacarado féretro en miniatura, con el acompañamiento de una guitarra o una bandurria y el canto de coplas alborozadas.

*Quin goig més gran ha de tindre
la mar d'este xiquet,
que s'en ha pujat al cel
i s'ha tornat angelet.*

—Papá es un *albaet* —susurró Pablo cuando Luisa le clavó la cuarta Mahou ante sus narices.

—¿Un qué coño? Papá es un listo y tiene la cara como el cemento armado. No tenemos ni puta idea de quién es o era papá.

—Mira esto, Pelarañas. —Le expuso la esquila que había recortado—. Y ahora mira esto. —Le mostró la foto de la niña por detrás—. ¿Ha mencionado el doctor la posibilidad de un suicidio?

—Lo cierto es que sí, aunque no recuerdo en qué sentido. *Sorry...*

Luisa sostuvo ambos papeles, uno en cada mano, pensativa y extrañada.

El ambiente en el Don Pelayo se había cargado. La lluvia que no cesaba, la concurrencia apelonada con la ropa húmeda, el piso encharcado pese al serrín y los olores y el humo de la plancha que empezaba a marchar las comidas del mediodía componían una atmósfera tibia y oleaginosa. Sólida.

En Valencia la lluvia lo trastorna todo como si nunca antes hubiera ocurrido nada similar a que caiga agua de las nubes. La lluvia en Valencia es siempre una barrera urbana.

Luisa puso en orden sus ideas y para asentarlas se metió un lingotazo de ginebra con tónica que habría tumbado a cualquiera que no se llamase Pelarañas.

—O sea, chiquitín, que además de nosotros alguien más sabe que papá ha muerto. Que ese alguien ha publicado su esquila sin decirnos nada. Y

también que el nombre de ese alguien es... ¿Eme? ¿Tal que mierda, Eme? ¿Eme de mierda? ¿Sí?

—Sí, Eme. Aunque suene fatal, sí, Eme...

—Está bien, Eme, pues ese nombre aparece detrás de la foto que llevaba el muerto... ¿Qué está pasando, Pablete?

—No lo sé, Pelarañas. ¿Qué te dice el Señor Moscas?

—El pajarito petirrojo está callado, húmedo y *cagao* de miedo. Creo que tendríamos que hablar con mamá.

—Sí.

—Por cierto, no me has vuelto a preguntar si el fiambre, al final, era papá.

—Lo era, ¿no? Dime que lo era.

—No lo sé, Pablete, no lo sé. El del depósito no parece él, desde luego. Tiene la barba demasiado negra para estar afeitado, nariz de boxeador y la cara quemada y rota por una hostia de un fuego descomunal o algo así. Por otro lado, iba en el antiguo Corsa de papá y también llevaba su ropa, su documentación y hasta sus gafas. Podría ser un impostor, pero yo qué sé, hermanito. Oye, yo qué sé... —Luisa se encogió de hombros y Pablo vibraba aterrado, las cervezas además se le estaban subiendo a la cabeza.

—¿Y por qué no se lo has dicho al forense?

—Pues atiende, *cagoentodo*. Creo que si el tipo va vestido de padre será: o porque definitivamente es padre o porque el propio padre ha querido que suceda así. Si no fuese papá, y no digo que no lo sea, sólo papá podría haberlo disfrazado de papá. ¿Lo pillas? Pienso que debemos seguirle el juego, donde coño esté, aquí o en el paraíso de los cuatrosos.

—En todo caso, nosotros tenemos un muerto que enterrar. Y otros enterrarán nuestro muerto, ¿no? Pues qué bien. —Mostraba exasperación, no ironía.

—Qué cándido eres, pijo. ¿No lo entiendes? Papá se ha ido, pero no está claro que la haya espichado. Hay que joderse. El muy cabrón igual ha sobrevivido a su propia muerte. *Mors ianua vitae*.

—Ya estás hablando raro. ¿Qué dices?

—Nada, carajo. Que la muerte es la puerta de la vida.

Pablo escapó corriendo a la calle y bajo la lluvia empecinada vomitó en

un charco. Se manchó el traje de luto y se le cayó el móvil al charco. Sonó otro trueno.

Y otro trueno más, pero ahora en su nuevo silencio interior.

Domingo, 14 de mayo

Querida Eme, he sobrevivido a mi propia muerte. Soy un superviviente con todo lo que eso conlleva. Me siento feliz y culpable a la vez. Feliz porque una esperanza ha surgido para mí, la oportunidad de una vida renovada. Una segunda vida, más bien. Pero también culpable, sí. Culpable por no estar muerto. Porque no he tenido la inteligencia ni el valor de suicidarme cuando tocaba, cuando era lógico que lo hiciera. No he rematado (menuda palabra) nuestra historia con un final trágico, coherente y romántico.

Me he escapado en el postrer segundo. Te he fallado. No, aún peor; te he traicionado.

Anoche, en la fiesta a la que fui con Manoli, emergió alguien y no digo que pasara nada especial (bueno, algo especial pasó), me refiero a nada sexual, pero ahora me noto ilusionado y animoso por ese alguien como hace siglos que no me sucedía, puede que desde que tú y yo nos besamos, antes de que, por no revelar nuestro secreto, nos separasen para siempre.

Y ya no deseo matarme por ti.

Perdón.

Veo que te interesa lo que digo.

¿Que si apareció una persona nueva? Pues está claro que apareció una persona. Afirmativo. Hay una mujer nueva, no te engaño. Tengo otra. Mejor dicho, tengo cierta posibilidad que se desveló anoche con otra mujer y me gustaría explorar sin ligaduras esa ocasión de resurgir que me ofrece. Probar y ver qué pasa. De vivo mejor que de muerto, obviamente.

¿Lo entiendes, Marina? Ha ocurrido un prodigio. Y hoy querría sobrevivir a mi suicidio, si aún se puede. Romper el compromiso de liquidarme que tengo contraído contigo. Dejar de lado por el momento mi autodestrucción gloriosa, aunque todavía incompleta. Con tu permiso, por supuesto.

Te pido cortar, así de claro.

Nunca he sido un conquistador. Tengo una cara bastante común, dedos deformados por una artrosis incipiente, estatura media baja y no soy chistoso. Los chistosos son muy demandados por las chicas. Yo no. Lo mío son las orejotas y las gafas.

Sobre todo, las gafas, donde desde tiempo inmemorial llevo una goma atada de patilla a patilla para que no se me caigan. Es degradante. Me las tengo que poner y

quitar por encima de la cabeza como si fueran gafas de bucear. Fue una idea de mi madre para fijarlas y evitar que se me cayeran y rompiese incontables lentes y monturas cuando era pequeño y, de paso, para quitarme ese gesto ridículo de recolocármelas moviendo la nariz de lado a lado. Consiguió lo primero, pero no lo segundo.

Cuando estaba distraído, ¿te acuerdas?, tú estirabas esa gomita y la soltabas contra mi cogote, ichas! No me dolía, pero me asustaba y te hacía muchísima gracia.

Jamás se me ha calificado, que yo sepa, de tipo guapo. Ni siquiera de majo o simpático, adjetivos menores y compasivos. Soy un feo, ya está. Un feo más. Así que lo que pasó anoche puede contemplarse como un milagro. Yo lo veo así y pienso que si Dios lo ha provocado tendrá sus razones y no es cosa de llevarle la contraria.

Por fin me ha tocado la lotería del amor, ya era hora. El gordo se ha hecho esperar demasiado para mí. Pero más vale tarde que nunca.

Los supervivientes padecemos una especie de cargo de conciencia crónico. Lo he leído respecto de los que se salvan de accidentes aéreos, epidemias o terremotos, y ahora mismo lo estoy sufriendo en mi propia carne de suicida enamorado de la vida, de moribundo redivivo. De no matarme dando ejemplo a los demás debería regresar mansamente al rebaño y ya está, no llamar más la atención. Pero, ¡hombre!, eso de resucitar eufórico igual que un Lázaro contemporáneo, ante tus ojos como mínimo, eso resulta ofensivo.

Renacer es demasiado insolidario, incluso para un personaje tan introvertido como el que suscribe. Tengo mala conciencia por sentirme tan jovial.

Sonríó.

En este punto y hora, yo debería estar ya incinerado y empaquetado en una urna funeraria o, en otro caso, aburrido y derrotado igual que todos mis compañeros de clase del colegio, esos que pronto van a cumplir los definitivos cincuenta. Si no opto por suicidarme, mi obligación es volver al pelotón de los irrelevantes; recordar los viejos buenos tiempos del bar de la facultad de derecho con un botellín de cerveza apoyado sobre la tripa, visitar al boticario que facilita Viagra sin receta para aventuras de veteranos o soportar en compañía de un amigo la cola de los preceptivos exámenes de próstata y colon. Jugar al golf, apuntarme a torneos de cartas de la falla del barrio o descubrir mi vocación inédita de cocinero. No sé, hacer alguna de esas cosas que se hacen cuando ya no hay nada interesante que hacer. Lo que toca a los varones prejubilados de mi generación.

Y, sin embargo, he salido ileso de una catástrofe suicida, me he levantado y vuelvo a ser joven. De corazón, únicamente joven de corazón, pero ¡joven! Mira, iba a morirme el primero y, sólo un ratito más tarde, me apasiona empezar a vivir el último.

Produce desasosiego tanta dicha y vértigo tanto atrevimiento, lo tengo claro. Seguro que te doy envidia.

Es egoísta que, a estas alturas de mi edad, todos vayan hacia abajo y mi estrella hacia arriba, ¿no crees?

Piénsalo, ¿por qué Jaime Monzón y no los otros? ¿Qué hay en mí que me haga diferente al resto? ¿Tengo o no tengo razones para que me aflijan los remordimientos al observar cuántos con mis años y con menos suerte que yo, desparramados como plasta informe en el sofá delante del televisor, no aguardan ya ninguna sorpresa

favorable del porvenir mientras que a un servidor le ha sonreído un hada madrina? ¿Seré el último mohicano de la promoción polinizada por los planes de desarrollo de López Rodó? Pues puede que sí, puede que el premio final estuviera destinado para mí.

Me mondo lirondo.

Tú misma, Marina Fraile, ¿sigues casada, por ejemplo, con un bebedor que se tira pedos en la cama, divorciada de un listo que nunca te paga la pensión de los niños o simplemente jamás tuviste la oportunidad de volverte loca por nadie? ¿De verdad te casaste con Blan-blan, el Mantecoso, con ese personaje tan ramplón? ¿Cuál es tu vulgar peripecia vital? Me apenaría saber que anoche quizá estuvieras amargada y sola, escuchando en la cama un programa de testimonios humanos en la radio, mientras que al menda, a esa misma hora, el destino le comía los morros. Qué lástima que no puedas mostrarte tan radiante como yo.

Sinceramente, ignoro dónde radicará mi singularidad, Eme. Te lo juro, no tengo ni idea de qué me hace tan excepcional para que el amor haya decidido rescatarme al borde de la tumba. No obstante, te aseguro que en un día como este no es fácil ser yo, no es sencillo saberte elegido por los dioses, en particular por la dulce Afrodita. Preferiría confundirme entre la multitud como otro cualquiera y no destacar.

Ay, se me escapa la risa.

Estoy emocionado, ya ves.

Nada más que ayer yo era un aprendiz de suicida y hoy por arte de magia soy un aprendiz de don Juan. Ya sé que no han transcurrido ni veinticuatro horas desde mi anterior carta y que no puede considerarse tiempo suficiente para una transformación tan radical de perspectiva. A pesar de todo, créeme, no estoy exagerando. Esta madrugada se ha producido un corte de ciclo tan deslumbrante que no lo concibo como un antes y un después, sino como algo infinitamente más trascendente. Un tajo, por ejemplo.

El final de una vida y el principio de la siguiente. Como si hubiese vuelto a nacer y, lógicamente, tú te hubieses quedado en mi vida anterior.

Lo siento, se te ha escapado el hilo de esta cometa. Y a la muerte también. Se ha muerto la muerte para mí. ¿Escuchas mis carcajadas? Jo, jo, jo.

Pero, tranquila, que si me dejas un minuto y tengo café y tabaco bastante para escribir, te lo voy a contar todo, todito, todo. Si mañana llego tarde a La Oficina, que los hermanos Japón me quiten del cuadro de empleados obedientes del mes y todos contentos.

Y dale, que no paro de reírme. Que todo me da risa.

Céntrate, Jaime. Enciende otro Fortuna y vislumbra los dibujos del humo sobre la página. Inspírate. Empieza por el principio.

Eme, recordarás que anoche me vinieron a buscar Manoli y su novio, el marinero moreno del barco africano de la Copa América, para ir juntos a una fiesta ochentera en el Alameda Palace.

Lo cierto es que desde Conde Salvatierra podría haber ido caminando, cruzar la plaza de América, el puente de las flores y estar allí, en el paseo de la Alameda, la vieja rambla de espumas y terciopelo de Valencia, en un santiamén. Antiguamente los coches de caballos consumían las tardes de primavera dando vueltas a lo largo de esta

avenida arbolada para que las señoritas casaderas pudieran recibir al paso el saludo cortés de los caballeros que esperaban ser vistos. Algo de ese porte galante aún le queda a la Alameda. Sin embargo, se trataba de llegar juntos, de hacer pandilla. Así que pasaron a recogerme.

Por otro lado, decidí que la gracia no estaría tanto en disfrazarme del modo que fuera característico en aquella década atroz cuanto en vestirme tal y como concretamente yo me emperifollaba entonces.

Conque en el último momento deseché la risueña blusa hawaiana blanca y negra de los vetustos conciertos de los ochenta de la que te hablé y me atavié de mí mismo con veinte años. Con casi treinta años menos, para entendernos. Una pena porque, como te comenté, Minipimer Garza me había planchado esa mítica camisa al estilo «cuello levantado» que se lleva en nuestros días en los macrobotellones del «pentágono», que según dice es como se llaman los polígonos industriales en inglés americano.

Nadie debería hacer algo parecido; vestirse de uno mismo de joven supone poner en ridículo la propia biografía con un solo vistazo al espejo. Te humilla cómo te queda esa ropa en la actualidad, los huesos y el pescuezo ensanchan y se achatan con la edad, y las modas pasan sin clemencia con las estaciones. Y te humilla, doble humillación, percartarte de que en aquel tiempo que has idealizado eras un perfecto hortera. Un campeón regional de la caspa.

El uniforme de mi juventud comenzó, pues, por ponerme una camisa del mercadillo que milagrosamente encontré a la primera en alguna maleta olvidada en el porche del terrado. Color mostaza con rayitas oscuras, muy ancha y de manga corta. ¿Alguien lleva todavía camisas de manga corta en pleno siglo XXI? Mi madre en aquella época añeja me decía:

—Ya sabrás tú, Jaimito, quién ha fallecido dentro de esa camisa de segunda mano.
—Pero a mí me daba igual.

Llevar esas prendas usadas por presos, según la leyenda del mercadillo, era en aquel remoto entonces una muestra de rebeldía juvenil parecida a un pirsin o un tatuaje de hoy.

Además, me puse unos tejanos Levi's etiqueta roja de cuando en España sólo los había con la etiqueta naranja. Apretaditos. Desgastados, pero no rotos. De aquellos traídos de Estados Unidos por el familiar de un compañero que siempre era piloto o azafata de Iberia, esos con los que nos metíamos en la bañera para que de puro nuevos supuestamente cogieran la forma del cuerpo.

A continuación, vino lo más difícil de explicar: me calcé unos mocasines Castellano negros icon calcetines de deporte! De los blancos con una rayita roja y otra azul en el tobillo, las célebres «escayolas». Extrañísima combinación. Hasta que terminé la carrera sólo tuve ese tipo de calcetines de gimnasia. La verdad es que ahora no sé muy bien por qué.

Culminé mi estilismo con un jersey de pico amarillo de Lacoste en los hombros con las mangas ligadas con un nudo sobre el pecho. También me lo podía haber atado a la cintura dejándome el cuerpo del jersey colgando por detrás del culo.

Ah, y por supuesto me acordé del aftershave Aqua Velva, el que le cogía a mi padre. Ese era el olor de mis primeras salidas por la noche.

Sin olvidar la gomina, claro, mucha gomina con que fingir una cascada de rizos.

Fijador Patrico, ya ves si lo tengo grabado en la memoria. Aunque con el poco pelo que me va quedando a la cascada de rizos le faltaba bastante caudal. Qué le vamos a hacer.

Así que, al final, me transformé en la caricatura del pijo que fui, en una parodia rechoncha de mí mismo en los ochenta, pero, eso sí, muy pera. Querida Eme, aparte de mí, ¿quedará todavía un ser vivo que recuerde lo que era ser un «pera»?

Después vinieron los complementos: la cartera en el bolsillo de atrás del pantalón, el paquete de Fortuna en el de la camisa, como era preceptivo, y en la mano, jugando con él todo el rato, mi fiel encendedor de gasolina Zippo. El mismo mechero plateado que me regaló Natalia, la primera chica con la que salí oficialmente, unas Navidades en que me casi me parto la crisma contra un semáforo paseando sin gafas para gustarle.

Aunque llevaba siglos sin usarlo, aún lo conservaba en mi caja de recuerdos, junto con un guante femenino, una pluma estilográfica y el mechón de pelo que te corté aquella noche milagrosa en Frontera.

Mi Zippo y yo fuimos algo así como el Llanero Solitario y su caballo Silver; una pareja inseparable, pero desterrada. Al final de cada tarde de salir y no ligar, al final de cada noche perdida, al volver caminando a casa, con un golpe de ida en el muslo abría la tapa y con otro golpe de vuelta friccionaba su piedra y luego, con la llama temblando al viento, encendía el último pitillo y me perdía por las calles de Valencia, fumando como un sonámbulo abonado al desamor.

Ese clic clac tan característico de la tapa del Zippo me devuelve aquella imagen sombría de mosquetero abandonado, sin camaradas ni Milady, que componía quien suscribe al retirarse derrotado cada amanecer susurrándole a su mechero:

—Nadie para uno y uno para nadie.

Yo era el vaquero negro del cartel cerámico de «Abonad con nitrato de Chile» viendo pasar por la carretera cientos de coches de colores que jamás paran.

Llamaron al interfono y bajé.

Al abrir el portal me choqué con doña Manuela González, Manoli, y con su novio subsahariano, camuflados bajo una fantasía de Ana Torroja y Nacho Cano.

Manoli exhibía ojos exageradamente pintados de azul marino, pómulos marcados por un maquillaje del mismo tono, gafas con dos vidrios con forma de estrella, una cinta de tenista bajo el flequillo volante de Lady Di, desahogada americana masculina con hombreras, cinturón ancho caído ciñendo la americana, calentadores rosas, muchos collares de colorines, uno de perlas enrollado en el antebrazo y pañuelo rojo de cowboy anudado al cuello. Él, pantalones negros con flecos, camiseta de tirantes con rotos, chupa de cuero con tachuelas, crucifijo en una oreja, aro en la otra y peluca de aspecto mojado con tupé alto y retorcido como una ola oscura.

Al enfrentarme a ellos no pude evitar sonreír, estaban perfectos. Manoli me miró de arriba abajo y dijo:

—Tío, Monzón, qué apreturas... Vas a reventar la huevera de esos jeans de tu hijito.

—Bueno, Madonna, vosotros lleváis en la cocorota tanta laca que se os va a quedar macizo el pelo —respondí a bote pronto—. ¿Habéis dejado sin resina a la Fawcett-Majors?

—Laca Nelly y tal, la de los moños de las falleras. Esta laca lo recoge todo, Monzón.

¿Nos vamos ya, James Dean de pacotilla? Somos la década prodigiosa de los ochenta en esencia, tío.

—Oye, ¿tu novio habla español?

—A mi novio le llamo Spinnaker, como el foque de balón que hinchas en el velero cuando el viento te sopla fuerte por detrás. Imagina por qué... Culturilla sexual de la Copa América, ya ves. Y sí, habla cristiano lo justo y necesario para entender mis órdenes de dominatriz. Más o menos como tú en La Oficina. Ya veremos si después, cuando nos quedemos los tres a solas, seguís mis instrucciones y tal. Voy a ser vuestra estricta jefa de personal privada. Hablamos de un trío y tal. Oye, open mind, Monzón.

—Bueno, no iba a morir sin probarlo todo —me resigné en ese instante, ¿para qué resistirme ante mi jefa directa?

—Larguémonos, tíos, que llegamos tarde.

Había dejado de llover, aunque el suelo estaba encharcado. La tormenta de la tarde, pese a que descargó con ganas, no tardó en pasar.

Nos dimos la vuelta hacia el coche y entonces noté un palmetazo en el culo. Me giré y sólo acerté a ver una varonil luna creciente de dientes muy blancos riéndose en la negrura, pero a una altura inalcanzable para mis puños. Así que ignoré el tocamiento de Spinnaker y sumiso y sin rechistar me senté en la parte trasera del coche. A espaldas de Manoli, que conducía, ya que no quedaba espacio para colocarse detrás del maromo de la Copa América. Debía de medir dos metros como mínimo y llevaba el asiento del copiloto muy echado hacia atrás.

Pasamos por El Parterre, por delante del Jaime I ecuestre que señala al horizonte como si presumiera de sortija. Dimos la vuelta al Palacio de Justicia, ese edificio imponente que tiene a Carlos III de veleta de piedra y que en el pasado fue fábrica de tabacos. Y entramos por Grabador Esteve para salir por Cirilo Amorós, en dirección al viejo cauce.

Al cruzar la calle Sorní me llegó por la ventanilla un rumor conocido de gente divirtiéndose en el Nodo. Las luces del bar santuario iluminaban aquella noche mojada como si el bar perteneciera a un cuento invernal. Canal Nou estaría retransmitiendo el Alavés contra el Deportivo de La Coruña y las jarras de cerveza de barril y los cacahuets deberían ir ya abriendo brecha en los estómagos sin fondo de la peña quinielística «De portería a portería».

A mí me esperaba una velada muy diferente en esta ocasión. Ya lo creo, iba a conocer algo inédito en mi vida: el amor adulto.

Nos costó aparcar.

Olía a jazmín o a galán de noche, no los distingo. Por la época a lo mejor era azahar, no sé, algo de ese estilo dulce.

Sobre el firme terroso de la dormida Alameda se habían formado grandes charcos color café con leche.

El Alameda Palace (habrás ido miles de veces) es la más famosa sala de fiestas de por aquí. Se diría que parece la única. Hasta el punto de que si un día, Dios no lo quiera, desapareciese, cundiría la sensación de que en la ciudad no queda lugar donde celebrar bodas, comuniones o presentaciones falleras.

Brillaba el Alameda Palace como un faro. Sobre la alfombra roja de las escaleras de la entrada un arco de globos dorados sostenía unas letras que anunciaban: «Vivan los

ochenta». ¿Vivan los ochenta, cague en tot? ¿No se les ocurrió nada más ingenioso? En fin, reconozco que aquel montaje me pareció cutre y confuso. No aclaraba qué o quiénes eran los dichosos ochenta y además trasladaba la impresión de estar dispuesto por unas monjitas para un festival de graduación escolar.

Después, sin embargo, la delgada fila de personalidades que entraban parsimoniosamente con sus indumentarias ochenteras, trajes oscuros y vestidos largos, los flashes de los fotógrafos, el resplandor de los ventanales y la música vehemente que brotaba del vientre de la luciérnaga gigante desmentían esa primera perspectiva triste y confirmaban que, tacaño o no, aquel sitio a esa hora era el centro del centro de Valencia. Y por tanto del universo en 2006.

En lo alto de las gradas esperaba el amo del Alameda Palace oficiando como sumo sacerdote o mago Merlín de la minúscula buena sociedad local. Jesús Barrachina, empinado y enjuto, manos y dientes grandes, bigote blanco y chaqueta azul marino con botones dorados con anclas, saludaba, besaba o daba su bendición a cada uno de los asistentes conforme culminaban la escalada de la alfombra roja y se disponían a entrar por la refulgente puerta de aquel templo ochentero. Lo rodeaba un aire honesto, pero guasón, como si fuera el Walt Disney de los camareros. Contemplado desde afuera recibiendo al público nadie diría que todo el mundo había pagado su entrada.

Cada ser humano que concurría era recibido por Barrachina igual que si se tratase de su invitado personal.

Valencia ha cambiado mucho últimamente. Con la Copa América y la próxima visita del papa, los políticos dicen que nos hemos puesto en el mapa. Madre mía, ¿dónde estaríamos pues cuando estábamos fuera del mapa?

Ahora somos más elegantes, más estirados y más avariciosos. Estar de moda nos ha dado visibilidad, pero nos ha restado modestia, Eme. Y vergüenza. Y eso se notaba en la altivez con que el público accedía al Alameda Palace, más como si entrasen en misa del gallo que en una bacanal nostálgica. Aquel besamanos acontecía igual que el recibimiento a un baile de disfraces para ricos y poderosos. Para nuevos ricos, en realidad.

Eme, cuando éramos pequeños, Valencia no pasaba de capital huertana, chata, risueña y exagerada. Con más gorriones que gatos. En la ciudad sólo residían y trabajaban los médicos, abogados, corredores de seguros y comerciantes que servían a los agricultores. Poco más. Los exportadores de fruta, con la rusticidad y petulancia que les daba moverse por Europa sin hablar más que valenciano, copaban la clase alta de aquella urbe aldeana. Y gastaban su dinero en cuanto pudiera ser objeto de ostentación, de jactancia recargada, como azulejos para la fachada de la casa o sedas para el traje de fallera de la hija.

Entonces ningún visitante reparaba en los monumentos urbanos de una Valencia segundona y agraria, sobre todo naranjera. La señorial calle Caballeros o las Torres de Serranos desaparecían en las postales tras barracas de cañas y barro, barcas de pesca en la Albufera o limoneros de flor perenne.

A la Valencia agrícola de los setenta ni siquiera se le concedía la consideración de destino turístico nacional como a Segovia, Burgos o Cuenca. Una feria anual de flores y plantas, llamada Iberflora, constituía el único acontecimiento relevante en el

calendario de la ciudad. En el colegio cada año nos llevaban de excursión a Iberflora.

Recuerdo que ser de aquí resultaba simpático, por indiferente, en los concursos de televisión como el Un, dos, tres.

Valencia se reducía al paisaje alrededor de un semáforo en la ruta de la costa mediterránea. Si te cogía en rojo te parabas y mirabas ese paisaje, pero sólo el tiempo justo para que la luz volviese al verde. Valencia era un pueblo enorme atravesado por una carretera nacional.

Como digo, todo eso ha cambiado en los últimos años.

Actualmente, los gatos de aquí se comen a los gorriones por el culo gordo como en Nueva York. Las cosas que antes ocurrían en otras latitudes suceden ahora en Valencia, dice la propaganda oficial. Los sueños se cumplen, añade.

De Iberflora hemos pasado a la Copa América. Y del catafalco de los niños actores de Els Miracles de Sant Vicent al Palau de les Arts, nuestro macanudo teatro de la ópera. El planeta está pendiente de nosotros. Se va a construir un nuevo estadio de fútbol que albergará las finales de la Champions League; y una Ciutat de la Pilota Valenciana para ennoblecer y difundir nuestro frontón autóctono, heredado directamente de los griegos de Pericles; y una esfera armilar tan colosal como el Atomium de Bruselas.

La Ciudad de las Ciencias y las Artes es el icono de la Valencia modernizada. Incomprendida por muchos, sin duda, pero igual que sucedería con las columnas salomónicas de la Lonja de los Mercaderes en el siglo XV. En el futuro, ya lo verás, la Ciudad de las Ciencias y las Artes se visitará con la misma admiración con que hoy por hoy se visita la Torre Eiffel, que, por cierto, también hubo cafres que la quisieron destruir.

Nos estamos pasando de poderío. Estoy orgulloso de nuestro municipio, Eme. No hace tanto llorábamos porque queríamos parecernos a Barcelona y en este momento vienen de Barcelona a copiar nuestro estilo de desarrollo urbano basado en los grandes eventos y en los edificios emblemáticos. Valencia es la Florencia renacentista de este tiempo revolucionario para los arquitectos internacionales.

Y, por si no había bastante con tanto, dentro de unas semanas nos visitará el papa para cotillear qué se cuece por esta rutilante archidiócesis.

¿Qué nos falta? Pues tenemos de todo, como Las Vegas o Montecarlo. ¿Un circuito de Fórmula 1? Vale, danos tiempo. Danos tiempo y aquí verás carreras de Fórmula 1. Antes no había fiestas como las del Alameda Palace y lo sabes, Marina, y ahora ya ves. Vamos a más. A más que a más, hasta yo me doy cuenta, che.

—Creo que George Clooney no ha llegado todavía, todas esas agüelas tienen pinta de estar esperándole y tal —me dijo Manoli, apuntando con el meñique a un grupo de señoras que, con un bocadillo en una mano y una foto del actor en la otra, desde la acera de enfrente no se perdían detalle de la entrada al Alameda Palace sentadas en unas sillitas plegables de playa que se habrían traído de su casa.

Distinguí en ese grupo a Minipimer haciéndose fotos imposibles con su móvil. Llevaba una camiseta bastante ajustada para su anatomía circular con un anuncio artesanal que preguntaba: «¿Qué fantasía sucia quieres cumplir conmigo, George?». Es muy probable que ansiara que, tras leer la frase en español, en el caso de que fuera posible que tal cosa pudiera ocurrir, el actor fuera a tomarse al pie de la letra la

invitación y la penetrase allí mismo. A la vista de todos para después poder presumir en el bar del polígono. Y además que les sacaran fotos del momento memorable.

En la fila de acceso al Alameda Palace, delante de nosotros, iba un armario cargado de hombros, cráneo y extremidades de orangután y un arcoíris de pulseritas en la muñeca izquierda.

—Es Pons, un ministrín de esos, un conseller muy principal y muy apuesto que sale con Piluca, un pedazo de bacalao que es prima de Argimiro Aguilar, el reputado vendedor a domicilio de joyería de alta alcurnia —masculló Manoli.

El tipo se movía con la lentitud hipermétrope de un perezoso tridáctilo, con humos de «Has tenido suerte de llegarme a conocer». No dejó de sonreír ni para estirarse los picos de la camisa por dentro del pantalón con la mano que llevaba en el bolsillo. Al llegar a Barrachina, le alabó su corbata negra con puntitos blancos y este, con prisas de recién casado, se la quitó de inmediato y se la regaló. El sonriente perezoso de tres dedos, a continuación, hizo lo propio. Se desanudó espaciosamente la suya y la colgó por detrás del cuello del anfitrión del guateque. Los dos estallaron en una carcajada.

—¡Conseller!

—¡Jesús!

Y se fundieron en un abrazo con sonoros golpes en la espalda.

—Qué bien estamos aquí, me muero por veranear con esta gente tan campechana —farfulló ahora mi amiga—. Estamos a punto de penetrar entre bastidores de la fama, donde crece la flor y nata del quién es quién valenciano, ¿qué digo la flor y nata?, en la cubierta Promenade del crucero de Vacaciones en el mar, pero en plan Copa América y tal —añadió entusiasmada.

Después de mucho rebuscar en su bolso, Manoli sacó del monedero las entradas, las desdobló y obligó a cogerlas como pudiera a aquel hombre que estaba intentando atarse la corbata del conseller Pons.

—Buenas noches, Jesús, bonita gala —dije yo, y en aquella fiesta ochentera me colé...

El mismo 14 de mayo, cinco minutos después

Querida Eme, me he levantado un momento a beber agua a morro de la jarra de la nevera y a traerme un vaso también, y a hacer pis, que no podía más. Pero ya sigo por donde iba.

Manoli, Spinnaker y yo acabábamos de entrar en el Alameda Palace.

Una vez dentro la luz lo bañaba todo. No había sombras, como en el paraíso. A mano izquierda quedaba el guardarropa. A la derecha, la sala de baile. Enfrente, una escalera y un ascensor que debían subir a la terraza donde se habría ubicado la zona vip. Ambos accesos vip estaban protegidos por dos gorilas con pinganillo y gafas con cristales de espejo. Uno de ellos creo que era mi colega del Nodo, el soldado español Jesuscristo W. Bush haciendo horas extra.

Se escuchó una risotada dentro del ascensor.

—Es la alcaldesa, la he visto subir a ese ascensor del brazo de Gerardo, el Porthos de la triunfadora tertulia de El Agujero de Paco Camps —me espetó Manoli—. ¿Los escuchas? Cacarean como un matrimonio de gallina ponedora y gallo de pelea. Irán diciéndose picardías, seguro... Adoro a Rita, la mejor del mundo mundial, Monzón. También iba Víctor Campos en el ascensor, creo que fumando y tal. No falta nadie. Mira, mira, Imanol Arias, el de Anillos de oro. Todo celebrities... Ahí va Vicente Barrera, un torero con andares de potro de alta doma, y Luis Aguilé, el pájaro cantautor de las playas de Castellón... Ay, ay, ay, aquellas zancudas también están al acecho para escabullirse por la escalera... Quita, quita, Juan Carlos Ferrero, el tenista; Jorge Martínez Aspar, el campeón de motos; Albelda, el capitán del Valencia; y Ángel Casero, ese que ganó la Vuelta a España. Suma y sigue, los cuatro machotes al ascensor y parriba... ¡Por Dios, qué exceso de testosterona! ¡Ay, ay, mi Guillermo Stuyck, tan bello aguileño..., me va a dar algo! ¡Además, Arévalo!, me parto. ¿iY ese!? ¿Es ese Francisco, el Latino? Mecachis, qué bueno está... Y qué voz de italiano mujeriego tiene... Donde esté Francisco que se quite Sergio Dalma y tal. Oye, esto es un desparrame de famosísimos, Monzón. Todo celebrities..., todo celebrities y tal. ¡Joder, la fallera mayor juvenil de Valencia parece embarazada! Noticia bomba; algún concejal le habrá hecho una barriga... ¿O será el traje de valenciana tipo siglo XVIII que ensancha la cintura? Segurísimo que en el piso de arriba estarán todos los personajes de Tómbola tirándose de los pelos y dándose exclusivas a tutiplén. Intentemos colarnos en ese ascensor o al menos por la escalera. Por favor, seguidme... Venid,

corred. Todo celebrities, todo celebrities...

—Manoli, jefa, contrólate que te pones en evidencia.

—Monzón, me estoy quitando de este vicio y tal, pero no hoy. Vamos, vamos. ¡Creo que he visto a George Clooney! ¡George, soy Manoli, toda tuya...!

Mis dos acompañantes se separaron de mí y corrieron hacia aquel ascensor con pinta de puerta de club reservado para autoridades y profesionales del canapé y la etiqueta, al que sin duda iban a tener vedado el acceso.

Por los alrededores de ese pórtico de promoción a la gloria merodeaban reputados periodistas de Madrid, observando con ansiedad de ser observados, suspirando por un gozoso «¿Es usted quien creo que es?», y políticos de todos los partidos y especies. Luciendo americana clásica azul eléctrico, camisa abierta de doble puño, gemelos y peluco deportivo, los de derechas; traje claro, gris perla o beis, exceso de botones innecesarios en bolsillos, mangas y solapas, y barba rala, los socialistas; y, finalmente, jubón de lino y cuello Mao, los catalanistas de Compromís, incómodos al pasar de la sandalia al zapato y del valenciano al español, arrastrados por el glamur de la Copa América.

Los políticos, disfrazados de políticos que aspiran a parecer que no quieren parecer políticos, no saben ir de otra cosa más que de políticos, así que prescindieron de tematizarse de los ochenta.

Unos y otros, de unos partidos y de otros, conversaban entre sí, tensos por si alguien más importante circulaba cerca y lo podían abordar, aunque dejasen a su interlocutor con la palabra en la boca.

Me quedé un instante flotando solo, en medio de semejante rebaño de gilipollas con cargo mediano, envidiosos sexuales y meritorios difamadores, Eme, hasta que una riada de personas que bailaban cogidas por la cintura, formando un gusano o trenecito exageradamente alborozado, me remolcó como a una rama el torrente y desemboqué en el mar impetuoso que bramaba en el salón de baile. Allí me sumergí en la multitud. Me tragó una masa de cuarentones desbocados por la nostalgia, vociferando el estribillo de un remoto éxito de Boney M.

Brown girl in the ring,
tra la la la la,
there's a brown girl in the ring,
tra la la la la.

La pista de baile era esférica y parecía de plata, incluso galáctica, como fabricada con escamas de sardina. Consistía en una tarima bañada de cromo flotando sobre algún tipo de espuma adhesiva. Ofrecía blandas sensaciones al pisarla. Estaba abarrotada, no se cabía. A su alrededor, formando un anillo, se veían catorce o quince mesitas redondas, cada una con su respectiva lamparita de bombilla con forma de llama de vela y también con su propia órbita de sillones blancos con reposabrazos de garra de fiera. Estos sillones, que estaban cubiertos por una funda de limones sobre rayas añiles y presentaban un lazo tras el respaldo, le conferían a la celebración un cariz añejo, suntuoso, decadente. De muebles de jardín dispuestos en el salón. De

fiesta de facultad improvisada en el lugar equivocado. De verbena de Nochevieja en el casino del pueblo. Atmósfera a la que contribuía una gigante bola giratoria de espejos, muy pasada de moda, emitiendo destellos sobre nuestras cabezas. Bajo sus reflejos nos movíamos apretados como un manojito de percebes, metiéndonos los codos y pisándonos sin querer.

El doctor Murgui bullía con Mayrén Beneyto al son de A quién le importa de Alaska y Dinarama. Juan Lagardera cabriolaba ante la editora Ángela Pla, poseído por los Hombres G. Carlos Pascual y Alicia de Miguel, los elegantes por excelencia, danzaban solos. Eduardo Nogués parecía hipnotizado por sus zapatos o cataba el espectáculo mirando por encima de la montura de sus gafas, no sé. Las caras más conocidas de las fotos de sociedad de Las Provincias, empezando por el notario Alejandro Cervera y su media naranja Amparo Signes, se agitaban como en una coctelera. Junto a ellos, Álvaro de Marichalar y Rappel se desgañitaban con Ponte peluca de la Orquesta Mondragón. La muchedumbre se contraía y se expandía como un ser vivo, igual que un corazón palpitando en manos del cirujano.

Los ochenta estaban resucitando por aclamación de sus veteranos protagonistas.

Vi a la periodista Majo Grimaldo bailar como poseída Ese toro enamorado de la luna y su embrujo moreno hizo que me gustase hasta la canción. «Si ahora mismo se la encuentra en este trance George Clooney se queda a vivir en Valencia fijo; bueno, si a Majo le da la gana, claro», se me ocurrió pensar.

Conforme deambulaba, Eme, llegaban a mis oídos retazos de conversaciones. Más o menos lo que se dice hoy en día en cualquier marisquería o gimnasio de Valencia. Por ejemplo: «El dinero no se va a acabar nunca, prestado, prestado y prestado, Titín, puedes estirarlo lo que haga falta». O «El franquismo impuso una administración cuartelaria, los socialistas la burocracia y por fin ha llegado la hora del oficining, Joserra, yo lo llamo oficining». O «Donde antes había descampados ahora crecen barrios, macho, es el modelo de desarrollo que en Harvard llaman White Coast style, macho, me lo han explicado mi peluquero y mi sastre, macho». O «La recalificación del solar no es ilegal, nano, se lo he preguntado a mi contacto en el ayuntamiento, nano, y es la nueva legalidad, nano, tenemos nabo, nano, es la nueva legalidad, nano». Y en ese plan. Sospecho que mi amigo el señor Terroba discurría por ahí predicando el pelletazo urbanístico como una de las bellas artes.

Al fondo, cerca de la esquina por la que los camareros entraban y salían con bandejas llenas de tapas de diseño, me pareció distinguir a Eugenio y a mi ex, acicalados de Enrique y Ana en una aproximación algo morbosa a la década de los ochenta. Trataban de comunicarse a gritos con un hombrecillo cubierto con peluquín color melocotón, el típico bisoñé que suelen llevar los directores generales de política lingüística de la Generalitat Valenciana.

—Seguro que al pobre hombre le están vendiendo una campaña publicitaria imprescindible para la promoción del valenciano, que costará un congo por su originalísima creatividad. Del tipo: «El que la tiene la enseña» o «Saca la lengua a la calle» o «Comparte tu propia lengua», o alguna gracia similar. Menudos son este par... —dije para mis adentros.

Entonces, repentinamente, cesó la música y una voz varonil nos informó por los altavoces de que el president estaba entrando en el macroevento. Con suavidad

empezó a sonar Somewhere Over the Rainbow y, entre un palmeral de manos alzadas saludando, creí descubrir el mirar de tejado a dos aguas, montado sobre expresión infantil y tez de cobre, de un hombre joven y dinámico que, deambulando con pasos y blazer de árbitro de pista de tenis, correspondía con el vaivén de su picudo mentón a las cabezadas admirativas y aplausos del pueblo disfrazado de los años de la movida allí reunido. Desapareció Paco Camps fluyendo hacia la puerta del ascensor vip, ante la que seguían plantados Manoli y Spinnaker esperando a George Clooney. A continuación, la misma voz varonil se complació en comunicarnos por los altavoces que se iban a repartir cacitos de un nuevo arròs en fesols i naps con base de cocido madrileño que, por ser menos caldoso y más meloso, en adelante llevará el dulce nombre de «Arròs president de la Generalitat».

Hurras y alaridos de aprobación. La multitud salpicaba y tronaba satisfecha y enardecida. «¡Valencia on fire!», concluyó la voz varonil.

Eme, me estoy cansando de escribir, pero no puedo dejarlo precisamente en este punto, justo cuando se acerca la escena decisiva de mi historia. El desenlace de esta carta y, con un poco de suerte, quizá de mi propia vida también.

Me quedan dos Fortunas arrugados, no serán suficientes. Acabará rebuscando entre las colillas, ya verás.

El Zippo reposa adormilado junto a este folio, noto en mis dedos el tacto graso de su combustible y tu foto me examina ansiosa.

Sigo.

Volvió la música ochentera con una canción de Los Secretos. Mi canción favorita, el himno de los suicidas arrepentidos:

He muerto y he resucitado.
Con mis cenizas un árbol he plantado,
su fruto ha dado y, desde hoy,
algo ha empezado.

En el centro de aquel océano humano, como un náufrago amarrado a un tronco en la tempestad, alcé el rostro al cielo, digo, a la bola giratoria de espejitos, para llorar. Para culpar a Dios por mi ocaso y mi soledad ante el mundo. Por un segundo volví a ser aquel chaval que, mientras la bañera se le enfriaba esperando, hacía como que tocaba una guitarra de aire desnudo frente al espejo del cuarto de baño, rebobinando una y otra vez en el radiocasete la cinta grabada con todas las canciones que le recordaban a ti.

Me faltaba oxígeno para respirar.

De pronto, un calambre me recorrió la espalda y noté cómo unos dedos estiraban la goma de mis gafas, la soltaban y recibí el consabido golpecito en la nuca. ¡Chas! En efecto, fue así, primero el calambre y después el golpecito de la goma, ¡chas!, y no al revés. No sé por qué, pero me impresiona pensar que mis nervios anticiparon lo que iba a suceder, como si lo esperase.

Como si estuviera escrito.

Me volví y me encontré con los ojos de Ella.

He roto todos mis poemas,
los de tristezas y de penas
y lo he pensado y hoy, sin dudarlo,
vuelvo a tu lado.

La vi. Mejor dicho, vi su sonrisa expansiva y luminosa. Sincera y excitada. Pícara, Eme, pícara. Todo se desenfocó a mi alrededor, menos aquella sonrisa de niña traviesa.

—Hola, Jaime, me alegro de verte aquí —me espetó, pero yo no moví ni un músculo. No podía apartar mi pensamiento del perfil de barca de sus labios. Estaba petrificado —. Que hola, chico de las gafas, reacciona que soy yo, la pelirroja del Nodo. —Se rio con una carcajada.

Y entonces sí, amplié el plano y pude distinguir su melena rizada y rojiza y sus pecas pintadas. «Siempre juega conmigo como una gata con su ovillo», pensé. Aun así, seguía sin que se me ocurriera qué responderle.

Llevaba una fina blusa de tonos verdes y ocres, estampada con estribos dorados, hojas secas y castañas, vaqueros muy ajustados y viejos, casi blancos, botas camperas notoriamente rozadas por el uso y un bolsito cruzado. Los vaqueros ceñidos, metidos en aquellas majestuosas botas ajadas de pistolero del Oeste, ponían en evidencia una figura larga, zigzagueante y delgada como una caña.

Era Ella...

—Hola, Ella, qué sorpresa... —acerté por fin a balbucear.

—Ven, bobo. —Me cogió de la mano y me sacó de la pista de baile.

Ayúdame y te habré ayudado,
que hoy he soñado
en otra vida, en otro mundo,
pero a tu lado.

Me llevaba de la mano como si una sirena me estuviera subiendo a la superficie desde una fosa oceánica, como si me guiase a través de las tinieblas hacia la salida de una caverna submarina. Como si me resucitase. Con la izquierda se abría paso apartando innumerables almas en pena que se consumían al ritmo de anticuadas guitarras y sintetizadores mientras que, sin apretar, con la derecha me acarreaba igual que si ayudase a cruzar a un ciego.

Colisionamos con Paquito y Marga Esplugues contoneándose, pegados el uno a la otra, pero de espaldas.

—Jaimito, ¿dónde vas con? —preguntó él.

—Sí, ¿estabas, Jaime? —repreguntó su mujer.

Le respondí a Paquito que aún no había ido a ningún sitio con la pelirroja. Y a Marga que sí, que estaba en la fiesta.

Seguimos.

Crazy little thing called love

Me di de bruces contra el Estudiante, el gran Pepe Sancho, llevando la contraria sobre un tema jurídico a Manuel Broseta y Vicente Garrido.

—Usted perdone, maestro Estudiante.

Y en ese microsegundo, a su lado, tuve a tiro de pupila a su futura, la autora Reyes Monforte, bellísima. La novelista también me vio, jamás lo olvidaré, y me interpeló:

—¿El tocador de señoras?

—Yo no soy, se lo juro, yo no he sido —le respondí alarmado.

Un estirón y de nuevo estaba atravesando aquella espesura de homínidos oscilantes que a la vez procuraban aproximarse y separarse unos de otros.

Crazy little thing called love

Pisé sin querer, bien pisado, por cierto, a un fulano que se parecía mucho al príncipe Carlos de Inglaterra, aunque sin tantas orejas, y que derrochaba campechanía bromeando con un cardumen de crustáceos de la quinta de mis padres. Aunque no sería él, ¿qué iba a hacer semejante príncipe encantador en una fiesta ochentera de Valencia? ¿Sus business as usual, pero en Valencia? Bueno, nunca se sabe porque esta ciudad se comporta recientemente con ademanes de insólita capital de la vanidad, el lujo y la arrogancia en el planeta Tierra.

Crazy little thing called love

Empezaba a sentirme desfallecido, ahogado.

Sin despedirnos, dejamos atrás a Manoli y a su binomio, todavía discutiendo con los gorilas de la puerta del ascensor de ingreso en el Olimpo valenciano. No iban a pasar.

Y así, brazada a brazada, acabamos ganando la noche, la luna y la bóveda estrellada del cielo exterior.

Me llené los pulmones de aire y respiré. Ella no me soltó la mano.

Bajo las escaleras de la alfombra roja, dejado caer en un peldaño con la cabeza entre las piernas, nos topamos con mi amigo Jesús Julio Amorós. A esas horas ya el doctor Gradolí, supuse. Estaba derrotado, hundido.

Sentimos lástima y nos acercamos.

—Jesús, Julio...

—Doctor Gradolí para ustedes —me corrigió mientras se quitaba un pelo de la lengua.

—¿Qué le ha pasado, doctor? —intervino Ella con ternura.

—Son unos bárbaros, ya que lo pregunta. Estaba en el cuarto de baño de señoras recogiendo muestras de flujo para analizar. Nada que no fuera científico. Haciendo mi trabajo de ginecólogo. Cuando la paciente me ha visto asomándome por debajo de la puerta del retrete, ha chillado y los brutos de seguridad me han arrojado rodando escalones abajo sin dejarme terminar de lamer y oler aquellas braguitas para discernir

si se trataba de un moco vaginal reciente y sano. —Pese a lo grotesco de la escena, su profunda tristeza resultaba contagiosa, tenía los ojos enrojecidos por el llanto.

—Pobrecito, no hay derecho, ¿quiere usted palparme y reconocirme a mí? —Ella se inclinó, dejando que se le abriera el escote y ofreciéndole el pecho.

—Cuidado —tercié—, está muy borracho. No lo conoces. No es médico sino funcionario de la Diputación.

—Sí lo conozco, Jaime, un amigo común me ha hablado de él y tengo claro que es una buena persona. —Ella se divertía—. Doctor, ¿procedemos?

El tocólogo imaginario la miró, primero con entusiasmo y en nada, avergonzado. Como si se despertase de un largo desmayo, levantó de golpe los párpados, compuso un gesto pudoroso, se rascó el cogote, regresó a su postura de mendigo abochornado y dijo:

—Gracias, pero no. —Estaba desconcertado—. Usted no es esa clase de mujer, usted no está en posesión del típico conejo campestre objeto de mi especialidad. Yo no puedo ser su obstetra. Déjenme solo.

—Gracias, doctor Gradolí.

—Señor Amorós, Jesús Julio Amorós, por favor. Me llamo Jesús Julio Amorós y soy funcionario de la Diputación... Capullo, Jaimito, que eres muy capullo. —Y volvió a meterse en su caparazón.

George Clooney nunca llegó. Las señoras mayores que frente a la puerta del Alameda Palace habían estado esperando sentadas en sus sillitas plegables de playa que apareciese ya se marchaban, conformadas con no verlo y maliciándose que esta Valencia de los famosos de la Copa América tiene algo de camelo. Sólo una con reflejos morados en la permanente, arrastrando con desgana su silla plegada, discrepaba de sus amigas con un tono de voz bastante alto:

—Che, quina decepció! ¡Cuando se lo diga a mi hija...! ¡George Clooney no existe!, porque si existiera hoy habría venido a Valencia. ¿Dónde iba a estar mejor que aquí, che? Definitivament, este home no existix...

Minipimer, a esas alturas, ya se habría dado un premio de consolación sola o en compañía de alguno de los conductores o escoltas que aguardaban aburridos dentro de los coches oficiales.

Eme, me queda un Fortuna y lo enciendo para relatarte, si soy capaz, lo que vino a continuación. Es difícil porque el tiempo se contrajo, las dos horas siguientes transcurrieron en apenas unos minutos, y porque, si te soy sincero, apenas recuerdo qué nos dijimos.

Te confieso que, más que con las palabras que se pronunciaron, me quedé con la certidumbre de que de forma inesperada anoche se llenó el vacío interior que me dejaste tras nuestra separación injusta del verano del setenta y tres. Conservo la seguridad de que milagrosamente encajé en otra mitad que me faltaba desde que te perdí. Hoy continúa latiendo en mí esa certeza de que anoche cicatrizó una herida abierta desde siempre. Se cumplió por fin mi deseo de ser simplemente considerado alguien por alguien, aquel anhelo insatisfecho que hasta ayer me mataba, me comía los hígados, me suicidaba.

Caminamos de fuente a fuente de la romántica Alameda, bajo sus árboles monumentales y sus palmeras larguiruchas, unas mil veces o quizá más. Lo mismo

cruzamos una y otra vez por delante de la estatua del doctor Moliner. Paseábamos sin darnos cuenta. Sin rumbo, dejándonos mecer por esa mano invisible de la brisa que viene de la playa y que a veces agita el sueño nocturno de las copas de los ficus centenarios de Valencia. De las meditaciones de las palmeras también.

Ella de poco en poco se soltaba el pelo rojo, se sacudía la melena como otra palmera más para que circulara el aire por sus pensamientos traseros, supongo, y se lo volvía a sujetar con un broche. Íbamos pegados, confundiendo nuestras sombras bajo la luz de las farolas, seguíamos el mismo paso y hablábamos sin parar. Eso fue: hablamos para tocarnos, no para informarnos de nada. Nos acariciábamos hablando. Sí, hablar era acariciarse en ese primer encuentro, cuando el amor aún se estaba desperezando.

—¿A qué sitio quieres ir?

—Mi sitio eres tú, chico de las gafas. Llévame contigo adonde tú estés.

—¿Eres real o una broma que me están gastando?

—Siempre he sido real. Siempre... —Removió pensativa la superficie de un charco con la punta de su bota.

—¿Tampoco eres un fantasma?

—¿Te parezco un fantasma?

—No.

—Entonces, ¿por qué no te relajas? Una vez casi me atropellaste, pero me salvé. Así que no soy un fantasma.

Refrescaba. El chaparrón caído unas horas antes había enfriado la noche. Ella me quitó el jersey amarillo de los hombros y se lo puso. Le estaba ancho.

Al pasar por delante de la antigua maternidad de la Cigüeña le conté la historia de mi amigo Mauricio de Mapas y su Dama de Rosa. No la había oído nunca, aunque Ella, como yo, nació en ese sanatorio abandonado.

Me daba miedo que se me agotasen los temas de conversación y quedarme mudo, pero, contrariamente a lo que mi inseguridad sugería, la charla brotaba naturalmente.

Como es lógico, un par de policías fumaban ante la comisaría de Exposició apoyados en el capó de sus vehículos patrulla. Ella les pidió fuego y se desvivieron por dárselo como si yo no fuera también fuerza en presencia. Palpé mi Zippo en el bolsillo como un bandido cauto su revólver.

—Gracias, autoridades —dijo Ella muy bajito.

Inclinó la cabeza para acercar su pitillo al encendedor Bic del patrullero, todo el pelo se le vino al lado contrario dejando el cuello al descubierto, y aquellos hombres se vieron forzados a empalmar su siguiente cigarrillo sin haber acabado todavía el anterior, acalorados por la impresión que la pelirroja les había dejado.

Fui prudente y no desenfundé mi mechero.

Hubo paz.

Regresamos a nuestro deambular.

Advertí que yo debía dar un paso más en nuestra incipiente relación. Lo valoré y casi frente a esas dos torrecitas gemelas y chatas del colegio de las Esclavas, formales como alumnas de uniforme, me lancé al abismo.

—¿Cómo te llamas de verdad? En serio.

—Ya lo sabes, Jaime. Me llamo Ella. Me llamo Ella, en serio. Tú me lo pusiste.

—Sin embargo, tendrás nombre y apellidos.

—¿Y marido e hijos? ¿Me estás rellenando una ficha de las de La Oficina? ¿Todas esas tonterías quieres saber?

—Sí, me gustaría. Yo tengo dos hijos y estoy divorciado. Soy libre. ¿Y tú?

—Mira, niño de las gafas —se detuvo, se apartó lentamente los rizos de un mechón de fuego de la cara y entrecruzó sus dedos por detrás de mi cintura, nuestras narices se rozaban y nuestros vientres también—, no quiero responder. No quiero que sepas nada de quien he sido, nada de mi yo real. Soy la que ves y me llamo Ella. Lo demás no existe para ti. Ni para mí cuando estés conmigo, cuando yo esté en ti... Escucha, no aguanto frente a la punta de tus mocasines Castellano porque vayamos a casarnos. No es eso... Quiero abrir un paréntesis para encontrarme con alguien pintoresco, alguien a quien he localizado sin buscarlo..., contigo, Jaime, y pretendo que ese paréntesis no se contamine con el resto de nuestras historias personales, ni cargue con nuestras respectivas mochilas. Tú y yo desde esta noche viviremos en un mundo paralelo.

—¿Un universo paralelo? —Me re Coloqué las gafas moviendo la nariz.

—Sí, un universo paralelo en el que ni tú ni yo tenemos pasado independiente y en el que el pasado, el presente y el futuro han comenzado a la vez y son lo mismo. Una burbuja para nosotros dos. Otra vida dentro de la vida misma. —Se mordisqueó el labio superior.

—Pero ¿por qué yo?

—Sin preguntas, Jaime. Hazlo bonito...

Quise protestar. Traté de aclarar aquel enigma demasiado complejo para un oficinista de a pie como yo, pero Ella me calló con un beso rápido. Un pico, aunque húmedo. Y, lo mismo que la tarde en que casi la arrollé con mi novísimo Corsa en el aparcamiento del mercado de Colón, se dio la vuelta y mientras se iba levantó la mano a modo de despedida.

Luego, sin volverse, dijo desde lejos:

—En el bolsillo de tu camisa he dejado una servilleta de papel con un teléfono apuntado, no llames jamás, pero escribe mensajitos, chao.

Y la oscuridad se la tragó blandamente, igual que se deshace un sueño al despertar.

Mis mocasines con calcetines de gimnasia emergían de un charco arcilloso y me vino a la memoria Frontera y los viejos Garbí. Aquella otra tormenta y aquel atardecer de septiembre de hace treinta y tantos años en que tú también me entregaste tus señas en un papelito y en que yo me quedé junto a la Cueva, solo en un barrizal como el de anoche, guardando nuestro secreto igual que un centinela niño. Otro arbusto empapado en el paisaje y sin saber cómo decirte: Eme, te quiero.

«Ella, te quiero», y tampoco se lo supe decir anoche.

Al meterme en la cama, le envié un mensaje al móvil:

Gracias x la oportunidad. Gracias x reconocermé. No te esperaba a ti, xro te esperaba a ti. Perdon x hablar tanto de La Ofi. ¿Volvere a verte. Espero tus señales de humo. Buenas noches. Jaime Bs.

Todavía no ha respondido. Pero creo que responderá. Ella no es como tú, Eme. Ni de

lejos. Tiene sentimientos y tú no.

Eme, es terrible descubrir a estas alturas cuánto debí haber amado y no amé porque se interponía tu recuerdo. Que todo lo hice mal. Es patético que la fiesta ochentera haya servido para que me dé cuenta de que me perdí los ochenta y de paso los noventa también.

Aún hay tiempo, eso es verdad.

Vivimos vidas sucesivas y para mí anoche terminó una y comenzó la próxima.

Soy un recién nacido.

La tía Encarna se tomaba todas las pastillas que encontraba por casa, fueran las que fuesen y de quien fuesen, dosis de mayores o de pequeños daba lo mismo, y cuando mi padre le llamaba la atención, «Tía, ¿para qué se toma usted todas esas pastillas?», respondía: «Medicinas son, ¿no?, pues algo bueno me harán, xiquet». Eso mismo me pasa a mí hoy, que llevo desde que me parieron tragándome comprimidos y rebañando jarabes de amor que les sobraban a los demás, que los demás olvidaban por ahí, sin que me produjeran ningún efecto, aullando por tu rastro desaparecido como un perro plantado ante la tumba de su dueña, y que de repente ayer me hicieron efecto al mismo tiempo todos esos filtros sobrantes ingeridos a lo largo de mi vida. Y, claro, soy feliz como si estuviera drogado de amor.

Che, me acabo de enganchar a una droga que se llama Ella.

Se agotaron los Fortunas y son las tantas de la madrugada, Eme. Aunque estoy excitado y no tengo sueño, debemos despedirnos aquí.

La muerte es el fin del dolor, pero también de la felicidad. Ya no me quiero morir. Quiero vivir.

En mi anterior existencia te amaba a ti. En esta de ahora la amo a Ella.

Tú y yo hemos cortado.

Pongo de despedida Stay, de Jackson Browne, mientras por dentro se me van apagando las luces y tú te vas quedando atrás.

People stay
just a little bit longer.
We want to play
just a little bit longer.

Adiós, exvida mía, examor de mi vida. Adiós. Eme.

En la foto, hoy te beso en la frente, niña. Niña mía.

Adiós, jardín perdido...

Lunes, 15 de mayo

Querida Eme, anteayer hablé de universos paralelos con Ella y mira lo que tengo hoy para ti, un poemita que trata del tema.

Lo escribí hace veintisiete años, varios veranos después de que nos separasen, acalorado en la terraza del viejo apartamento, añorándote mientras se suponía que estudiaba. Prefería escribir sobre nosotros que repasar lo que me hubieran suspendido. Su sentido es idéntico a lo que Ella me propuso el sábado por la noche; vivir una segunda vida de fantasía. Pero la del poema sería en singular, en un singular huérfano y triste.

Guardaba el texto, copiado con buena letra, en un añoso cuaderno con hojas de cuadritos que lleva tu nombre en la portada: Eme. En algún momento anterior creo que fue mi libreta de sucio de matemáticas. Últimamente he recuperado ese cuaderno de su escondite en casa de mis padres y, entre pudoroso y alucinado, estoy releendo los ríos de tinta que lloré por tu ausencia.

PETER PAN CON GAFAS EN
FRONTERA, JULIO DE 1979

Para Eme

Cubierto con un yelmo de cristal,
empuñando una caña por espada,

a lomos de mi brava bicicleta,
la toalla atada al cuello como capa,
imaginaba a solas en verano
mundos aparte para mis hazañas.

Capitán de una patria inexistente
que fabulando pena su desgracia,
errante caballero de novela,
iluso abandonado por su amada.
Llora el niño la fuga de la niña

e inventa juegos como si buscara
otra realidad de héroes y gorriones
en que recrear los besos de su dama.

Fantasma entre fantasmas del estío,
en las noches retraídas de mi infancia
jurándome guardar nuestro secreto
prefería no soñar a soñar nada.
Joven dios esculpido en blanco mármol
con la blanca cabeza mutilada.
Te perdí de pequeño y desvelado
quise no crecer por si regresabas.

Renuncié a ser mayor hasta tu vuelta y
desolado te aguardo en nuestra infancia.
A lomos de mi vieja bicicleta,
empuñando una caña por espada,
recuerdo aquel verano solitario
cubierto por el yelmo de mis gafas.

Aquí tienes pues otra poesía antigua, Eme.

Otra ñoñería compuesta en aquella época lejana y misteriosa por un chaval pedante que, a los trece, una noche de septiembre sobre la pradera de césped de los viejos apartamentos Garbí, se había dejado el corazón en el escote de barco de tu vestido marinero.

Seguramente hoy habré madurado en todos los sentidos, como persona y como autor de cartas de suicidio, y ya no se me ocurriría volver a rimar en asonante endecasílabos blanditos para lloriquear porque me ha abandonado una chica. No, ahora cuando las chicas me desdeñan, desgracia predecible, o no responden a mis epístolas desesperadas, como haces tú, los intentos de matarme son mis auténticos sonetos. Verdaderos y potentes. Me he convertido en un poeta sugerentista, no importa cuántos cuartetos y tercetos encadenados pueda redactar bajo el edredón, sino el desamor que sugerirá la mancha de sangre que aspiro a dejar sobre el asfalto.

Pero, mira, Eme, estos poemas prehistóricos transmiten tanta ternura que, aunque me avergüencen, pienso que tienes derecho a leerlos y ser consciente de cuánto te quise en todas mis edades. Después de todo, son sentimientos que tú has inspirado sin saberlo.

¿Sabes? Ella ha respondido a mi mensaje. Ya te dije que es formal, no como tú. Hoy por la mañana en La Oficina, en horario laboral, sobre las 13.52 p.m..., pip, pip, me ha llegado este:

Hola, Jaime. ¿Estás en La Ofi? Me encantó conocerte. Lo pasé tan bien y me quedé con ganas de más. El sábado estoy free. ¿Te apetece que hagamos una excursión? Bs de new life.

¿Qué te parece? Es la primera vez en mi vida que realmente recibo el mensajito privado de una mujer. Los de Yakitori eran de mentiras, ya sabes por qué... Lo he mirado con la extrañeza y fascinación con que un ermitaño contemplaría un conjunto de sujetador y braguitas bajo la almohada dura de su catre.

Entonces me he metido en el cuarto de baño como si entrase a mayores, me he sentado en la taza con mi Nokia en la mano y he repasado sus palabras hasta memorizarlas.

Ya sé que lo recomendable habría sido esperar un día antes de responder como hizo Ella, para no agobiarla ni transmitirle impaciencia. Pero, Eme, he sido incapaz. Me devora la ansiedad. Así que sin levantarme del retrete le he puesto:

Bnos dias Ella, q alegria. Tengo libres todos los sabads de los prxmos 50 años. Me apetece esa xcursion. ¿Donde vamos. ¿Como quedamos. ¿En tu coche o en el mio. Bss.

Te has fijado, ¿verdad? He tecleado dos eses. «Bss» en vez de «Bs». Qué grande soy, creo que con eso comprenderá que envió más besos que uno. Ya veremos, te tendré al tanto.

Estoy excitadísimo.

Luego me he reincorporado corriendo a mi puesto de trabajo.

—Cuánto has tardado, Monzón, chico, chico, ¿tripa descompuesta? —me ha soltado el pesado de César Augusto Peláez, mi compañero de pupitre en La Oficina, el típico oficinista cotilla que además se da consejos a sí mismo.

—Ni te lo imaginas, querido Peláez, ayer me zampé unos riquísimos espaguetis frutti di mare, pero las almejas sabían raras y lógicamente me voy por la pata abajo como un bebé. Y no dejo de sudar. —Le he largado la primera tontería que me pasó por la frente.

Y lo que he conseguido es que, a partir de ese momento, Peláez me mirase diferente y al moverse evitara rozarse con mi brazo. Me ha tomado una explicable aprensión higiénica.

La culpa es de que en La Oficina te entrenan para excusarte como primera salida frente a cualquier aproximación de un compañero y no digamos de un jefe. Si te dicen «Buenos días», por ejemplo, tú debes reaccionar con un inmediato «Yo no he tocado la fotocopidora» o un «Tranquilo, estamos en ello» o un «Hemos avisado mil veces y mantenimiento no viene ni a la de tres» o un «A mí no me preguntes, esa responsabilidad es de arriba», y cosas así. Che, ya ves, refutar en todo caso por el Manual de supervivencia para galeotes administrativos en la burocrática Oficina tenebrista.

No obstante, hoy era una mañana rara y tensa. Manoli no vino a trabajar por primera vez en la vida. La estuvieron llamando a casa y al móvil y no cogió el teléfono. Todo el mundo parecía alarmado y lo disimulaba mal. Todo el mundo menos yo, claro, que sólo pienso en Ella y en ti. Mis dos amores.

Lo demás me da igual.

Te echo de menos, Eme. Cuanto más fantaseo con Ella, más te añoro a ti. Y más

maldigo mi suerte. Ahora que casi te había recuperado..., ahora que seguramente estabas a punto de responder a mis cartas..., ahora que íbamos a reencontrarnos después de tanto tiempo..., justo ahora, va y aparece Ella.

Dicen los conquistadores, los hombres que tienen éxito con las mujeres, que a las épocas de escasez les suceden siempre otras de abundancia. Que cuando te entra una tía te entran todas a la vez. Bueno, pues eso me ha pasado a mí, que debo de haberme vuelto conquistador. Os tengo a Ella y a ti en la punta del anzuelo y me veo forzado a elegir una de las dos. Y estoy indeciso, ¿cómo no estarlo?

Ella ha llegado primero, pero tú, Marina, tú seguramente estás volviendo, aunque no me hayas respondido a ninguna carta (todavía), ¿no? ¿Verdad que sí? Dime que sí y le diré a Ella que no.

Te quiero, te quiero, te quiero, te quiero, Eme.

Beso tu foto en los labios. Lamo tu foto.

Te cubro de besos que lo explican todo.

¿Cómo acabará esto? No lo sé.

CAPÍTULO 9

—Pablete, deja el móvil de una vez y escúchame.

—Voy... Es que se me ha caído en un charco y es un milagro que funcione, mamá. Espera un momento, que acabe un guasap para Mariola.

—¡Pablo, coño, estamos hablando con mamá!

—Ya voy... Ya voy... Ya está.

—Vuestro padre es un personaje muy peculiar. O lo era, no sé cómo decirlo. —La ex de Jaime llevaba tres pares de gafas colgados con cordones sobre el pecho y conforme hablaba se quitaba uno y se ponía otro—. Muy raro, ya te digo, nena, *carinyet*... Una vez que estaba muy resfriado y con la nariz taponada me hizo el siguiente razonamiento: «Si el Vicks Vaporub, ese ungüento de mentol y eucalipto tan pegajoso, es bueno para extenderlo y restregarlo sobre el pecho y también es bueno para hacer vahos al disolverlo en un cazo de agua humeante y de ahí respirarlo bajo una toalla, ¿por qué no mezclar ambos efectos beneficiosos echándolo en la bañera y metiéndome dentro?». La idea era que el bálsamo refrescante, disuelto en la bañera, sumase sus dos usos beneficiosos y, por un lado, se le pegase a la piel del tronco por delante y por detrás al sumergirse y, por otra parte, al aspirar el vapor del baño muy caliente le penetrase en los pulmones, liberando de mocos fosas nasales y bronquios. Así lo hizo. Pablete, ¿te imaginas qué ocurrió? Pues, sí, *mare meua*, al hundir los huevos en el líquido mentolado le cogió un escozor infinitamente más doloroso que si se hubiera vaciado una botella de colonia en sus partes. Gritó como un cerdo, salió corriendo encharcando todo a su paso, se arrojó sobre la cama y comenzó a bramar mi nombre con voz desgarrada. Cuando lo vi desnudo y empapado, pero con las gafas puestas, despatarrado como una rana boca arriba en la colcha de flores y mariposas que nos regaló la abuela de su ajuar, ventilándose con una

revista aquellas pelotillas, reducidas y rojas como frutos del bosque, no pude evitar reírme. Cuanto más se le saltaban a él las lágrimas, más risa me entraba a mí... Con el escándalo subió la señora que limpiaba la escalera y ante la escena empezó a carcajearse al tiempo que yo me desternillaba. Lo mismo Maruchi, que ya era entonces nuestra vecina y que se presentó a cotillear por el vocerío. Luego llegó el médico de urgencias al que habíamos llamado, un chico argentino supermasculino, varonil pero hablador, y se contagió del descoyunte general. Maruchi se meó toda de tanto reírse y la que limpiaba la escalera, el doctor y yo, la tuvimos que acompañar a su casa para que se cambiara y ya nos quedamos allí tomando unas cervezas y nos olvidamos de vuestro padre y de sus bolas ardiendo... Todo el mundo se olvidaba de él. Es, o era, un tipo inexistente, irrelevante. Nadie, era don Nadie, nena... Así que no me extraña que de muerto parezca otra persona. A lo mejor es que no lo has reconocido, cari. Tu padre es tan del montón que *no* resulta imposible confundirlo con cualquiera, nena... Una vez, más o menos al mes de veniros de la avenida del Puerto a vivir a Polo y Peyrolón, coincidió papá con Maruchi en el ascensor, y va Maruchi y le suelta: «Se parece usted mucho a su hermano, el que vive enfrente de mi casa, uno que se acaba de mudar...». ¿Se parece mucho? No me mates, ¡era el mismísimo sujeto! Es cierto, nena, hay que reconocerlo, que Maruchi tiene el gusto atrofiado y es muy despistada... Oye, que es muy amiga mía, ¿eh?, y que a la sazón es tía de este niño con poderes mentales que adivina si tienes la regla sólo con mirarte a los ojos porque escucha el lenguaje de los ovarios. Bueno, yo ya no tengo nada, ni regla ni nada... Mira, una vez, sin ir más lejos, cuando aún me venía regularmente la menstruación, estaba con Maruchi y el chico médium en Mercadona y vimos unas chanclas brasileñas que se regalaban con una malla de kilo de mandarinas africanas...

—Mamá, hostias, respira y déjanos respirar. —Luisa se estaba poniendo nerviosa—. A mí no me ha parecido papá, me he fijado y no me ha parecido..., pero yo no tengo ni puta idea de cuánto cambia la gente cuando la espicha. Por supuesto no he mirado si llevaba mordidas las uñas, papá se las mordía mucho. Era la primera jeta de difunto de mi vida y me he puesto tensa. Las cosas desde luego eran tuyas; la

documentación, las gafitas, la corbata... Todo suyo, *cagoentodo*.

Pablo y Luisa estaban sentados con su madre en los avejentados sofás de escay rojo de la sala de estar de la vivienda de protección oficial que, cuando el divorcio, se quedaron la ex de Jaime y el Genio en la calle Polo y Peyrolón, donde Luisa continuaba residiendo. Al menos hasta que ganase lo suficiente para independizarse.

—Mamá, ¿tú crees que es papá?

—¿Y mamá qué coño sabe, Pablo?

—¿Le puedes dejar que responda, Luisa?

—¡Pelarañas!

—Luisa. En casa de mamá, perdona, pero eres Luisa. —Pablo estaba a la defensiva con su hermana.

—Para mí está clarísimo, Pablo. Escucha, las tías de Albacete del lado de papá contaban que un pariente suyo, maestro de escuela en el pueblo, recibió una vez a una pastorcita que le vino con una carta que le había llegado para que se la leyese. Después de la guerra muchas personas no sabían leer y escribir ni en Albacete, ni en Cuenca, ni aquí. En la calle Polo y Peyrolón tampoco, ¿eh? Pues bueno, dado que la pastora era guapa y el pariente de papá bondadoso, le propuso enseñarle a juntar letras en un mes y que después leyera aquella carta por sí misma. Lo hicieron tal cual, nena, *carinyet*, y durante cuatro semanas cada tarde, la muchacha, tras apriscar el rebaño, se presentaba en casa del maestro y a los dos les sorprendía la madrugada pronunciando sílabas y copiando palotes. Y bromeando, poco a poco, el pariente se fue enamorando de la pastora. El último día compró un anillito de plata y mecanografió con mayúsculas una nota que rezaba «¿TE QUIERES CASAR CONMIGO?», para presentársela como última lección de lectura. La chica llegó a su hora oliendo a flor de romero, abrió la puerta de la escuela con fuerza, entró dando saltitos y sonriendo le espetó al pariente: «Hoy en el monte con las ovejas, he leído por fin mi carta, es del Crescencio, ese guapetón que tocaba el clarinete en la banda del pueblo, el que se fue a Madrid de chófer, me cuenta que allí le ha salido una buena colocación para mí en un despacho de carne del mercado y que si me quiero casar con él, y yo le he escrito diciéndole que sí, que le quiero por marido, ¿sería usted tan

amable de dedicar su última clase a corregir mi carta de contestación?». Vuestro pariente, nena, se mordió el labio, se metió el anillito por donde le cupo, embelleció en lo posible el contenido y la caligrafía de aquella declaración de amor pastoril para otro pretendiente que no era él y le dio las buenas noches sin llorar... Años después, la pastora volvió al pueblo, al entierro de algún familiar, supongo, porque a la sazón era prima del Panchaverde y de los Pozoahogado. Iba convertida en una señorita de la capital, entonces ya atendía al público en el mostrador del ultramarinos Sánchez Romero, ni más ni menos, cari, y se cruzó con el maestro por la plaza, él la saludó con afecto, pero la expastorcita pasó de largo. No lo reconoció... ¡No reconoció al pariente, nena! Así es la familia Monzón, nena: olvidable. Ya os lo he dicho. Papá es tan del montón que estoy segura de que el muerto es él, porque sólo él podría ser cualquiera, ¿no lo veis? Si no, ¿a qué santo iba a llevar otro fiambre puesta su corbata de patos o sus lentes con la gomita de gafas de buzo?

—¿Qué coño de relación tendrá una cosa con otra? Mamá, a ti Eugenio te cambió el nombre. *Cagoentodo*, que me acuerdo. ¿No es eso irrelevancia? Dijo que tu nombre era *molt coent*, que no le gustaba y te lo recortó y empezó a llamarte de otra manera. Y encima a ti te hacía gracia, te parecía amoroso y nos contabas: «El Genio me ha cambiado el nombre, ¿no os parece genial?». —Luisa gesticulaba como una marioneta—. De verdad, no me jodas... ¿Hay un acto de dominación mayor que un hombre rebautizando a la mujer que es su pareja? No digas que papá era un mierda, mamá, porque tú tampoco te pasas de triunfadora. Examina tu entorno. ¡Despierta, hostia, despierta!

La ex de Jaime bajó la mirada a la punta de sus zapatos y se quitó unas gafas, las dejó colgando de su cuello, y se puso otras que lo mismo le colgaban del cuello. Luego se arrancó esas otras, también las soltó, y se colocó unas terceras. Aquellos ojos verdes bajo unos párpados acrecentados y agrietados por la edad y las decepciones parecían los de un animal doméstico triste, cansado y con la mente en blanco. Los ojos perdidos de una yegua de tiro después de un largo día de trabajo, por ejemplo. O los de una dragona anciana. El pelo, tan rizado como el de su hija Luisa, claramente desteñido de un negro con reflejos carmesí, le

nevaba de caspa los hombros del jersey azul marino de cuello vuelto sin mangas.

A su alrededor el descuido se contagiaba de su indumentaria a los muebles y de los muebles a la desordenada sala de estar, igual que la marea roja tiñe con naturalidad una bahía.

En la mesita auxiliar que tenía al alcance de la mano se apiñaban tazas vacías con sus respectivas bolsitas reseca de manzanilla, poleo o té. Los libros que rebotaban de las estanterías formaban columnas salomónicas como estalagmitas de una caverna urbana sobre el parqué del suelo. Innumerables objetos inconexos, figuras del belén despintadas, dibujos y trabajos manuales de la bolita Iris, un plato con migas e hilos de cortezas de lonchas de salchichón, varios pares de calcetines usados, carpetas con facturas y presupuestos, viejos álbumes de fotos, el cohete de plástico de *Objetivo: la luna* de Tintín o una cabeza y medio tronco de ninot de falla, se repartían aleatoriamente por todas partes.

La bolita Iris, sentada junto a su madre, garabateaba en las páginas de una revista francesa de moda femenina, mientras al Genio se le percibía ronronear en algún rincón cercano.

—Ese rumor que se oye de fondo es el Genio, que se ha escondido debajo de la mesa del comedor para jalar los macarrones que sobraron ayer, por eso hace ese ruido de satisfacción al masticar, ¿a que sí, nena? Cuando le gusta lo que come, se evade y emite arrullos, oye, como un perro con su hueso. Le vuelven loco las sobras del mediodía o de la víspera, ni siquiera se las recalienta. Al ponerse creativo le entra hambre y devora cuanto encuentra por ahí. Está engordando una barbaridad y, como es bajito, con el flequillo parece una piña. Me pone de los nervios, os lo juro... Nos han encargado unas participaciones de boda, oye, *carinyet*, su especialidad; los dos cisnes formando un corazón con los cuellos. Y gracias a los macarrones helados se inspira para volver a repetir el mismo diseño de siempre, los típicos cisnes corazón. También es lo que piden los clientes, nena. Ya te haré un *briefing* del tema, Pablete, por si nos adjudican el *catering* del convite. La agencia es lo primero y el trabajito que no falte. Después de estos años de crisis, la gente le ha vuelto a coger el gusto a los eventos, las comuniones, las fiestas de empresa y

esas cosas... Las bodas, claro, las bodas son nuestra especialidad. Por fin nos va mejor. No como antes, pero un poco mejor, sí. No digas que no, Pablete, con lo comercial que eres tú. Empezamos a no perder dinero y a veces hasta ganamos algo.

—Mamá, ¿por qué lo aguantas?

—¿Qué?

—Que por qué aguantas al Genio, creo que no te trata con respeto — preguntó Pablo entre dientes—. Lo observo cada día en la agencia.

La ex de Jaime se llevó el índice a los labios e hizo un gesto señalando a la bolita Iris, la pequeña hija común que tenía con el Genio, que a su lado rayaba fotos de modelos de lencería en la revista.

—Shhh... Cuidado, los ojos y oídos de España están alerta. Que esta bolita de aquí se entera de todo. Mira, no sé... Me casé con el Genio porque se puso muy pesado y la cosa ya no tiene remedio. Al principio, me pareció mono y me deslumbró con sus gansadas. Ese pelo de paje, en plan medio coco en el cogote, y esas maneras de chica me resultaban muy divertidas. A las mujeres se nos conquista por la risa, ya sabes. Todas las actrices lo dicen en las entrevistas: «¿Qué es lo que más valora en un hombre?» Y responden: «Ay, mari, que me haga reír». Ni el cochazo ni los millones de euros, que les haga reír, o eso dicen... Si no, oye, nena, de qué iba a haber tantas muchachas preciosas casadas con los tíos más feos. Una vez, nena, os acordaréis de aquello, el Genio se pasó toda la noche en la calle bajo mi ventana cantándome boleros con los mariachis del restaurante mexicano de la esquina, Gusanos de Maguey se llamaba el conjunto, porque yo me había enfadado y no le dejaba dormir en mi cama. Aunque luzca un *look* ridículo, sabe camelarse a las señoras. O supo conquistarme a mí... Dice Maruchi que el Genio parece una hiena porque no se sabe si es macho o hembra, pero si te quedas quieta te come. Justo lo contrario que vuestro padre. Para vuestro padre vivir es aplazar la muerte. Poco más. Siempre lo repite: «Desde que nacemos ya se sabe cómo acabará la vida, vivir consiste sólo en aplazar ese final tanto como se pueda». Parece que lo estoy viendo mover la nariz para recolocarse las gafas, con esa expresión abobada de cura de pueblo pillado tocándose la colita que ponía cuando existir le espantaba, lo que

venía a ser casi todo el tiempo, y dándome la razón como si yo fuera uno de los hermanos Japón de La Oficina... Una vez, *mare meua*, cuando aún éramos novios, vino a casa de los abuelos a felicitarme por mi cumpleaños. Yo había recibido un ramo precioso de flores sin tarjeta y le pregunté si eran tuyas. Se quedó callado, acomodó su nariz bajo el puente de las gafas, puso esa cara de atontado que Pablete imita tan bien y el muy imbécil dejó que yo entendiese que sí. ¡Que sí, nena! Estupendo, me arrojé pues a sus brazos y lo cubrí de besos. Y besos con lengua también... La abuela inclusive le preparó un café con leche fría, con tarta de esa de cuadritos de chocolate tan rica que sólo vendían en Villanueva. ¿Os acordáis de Villanueva, aquella pastelería fina, finísima, que hacía chaflán en Don Juan de Austria y que cerró cuando Valencia se vino abajo después de la factura de la Copa América? La crisis aquí fue como un terremoto, como si Valencia fuera Pompeya. Quedamos sepultados y petrificados bajo un océano de ceniza y porquería, ¿a que tengo razón? ¡*Mare meua*, qué desastre! Vale, cari, a lo que iba, nena, en ese momento entró el abuelo en casa y me preguntó: «Chiqui, ¿has recibido mis margaritas?». Bueno, bueno, bueno... ¡Las flores eran del abuelo! ¡Monzón, menudo cabronazo, nos la había pegado! Vuestro padre se puso rojo como un tomate, dio media vuelta, susurró: «No comenté que fueran mías», y se marchó sin más. Hizo mutis por el foro sin pedirme disculpas. Y luego tardó dos semanas en volver a llamarme y, cuando por fin quedamos, apareció mordiéndose la uña del pulgar como si nada hubiera pasado, nena. La cuestión, como diría Maruchi, que es psicóloga de rellano, no es cómo soporto al Genio sino cómo acabé casada con Jaime Monzón, con sus silencios y sus orejas de foto de niño de antes de la guerra con la camisa abrochada hasta el cuello. Oía a cuarto cerrado. Vuestro padre era prisionero de su pasado. No sabía querer. Sufría una hipoteca sentimental por algo que le ocurrió en la adolescencia y que nunca me contó. A veces se esfumaba días enteros y se encerraba en el viejo apartamento de Frontera, ese en el que veraneaba de pequeño. Allí hablaba con sus fantasmas todo lo que no hablaba conmigo. Veía fantasmas, ¿lo sabíais? Y amaba a esos fantasmas más que a mí. ¿Sabéis que jamás, jamás, en todo el tiempo que estuvimos casados, me permitió ir

a los apartamentos Garbí? Ni siquiera echar un vistazo desde la carretera. Nada. No los conozco. «Llevarte sería un sacrilegio», era su misteriosa excusa. Me he hecho tan habladora después de una vida entera charrando con la pared. ¿Cómo no iba a enamorarme del Genio, aunque lleve el pelo de cazo, cortado a hachazos? De él o de cualquiera que hubiera pasado por mi campo visual. —Levantó el mentón como para que la lágrima que asomaba cayese hacia dentro, como para que el ojo se la tragase—. *Mare meua...*

—Pero, mamá, yo recuerdo que antes de marcharse papá los cuatro éramos inmensamente felices.

—Ay, hijo, a lo mejor fuimos muy felices, pero se me ha olvidado.

Luisa se puso de pie, estaba visiblemente afectada.

—Mamá, ya está bien, *cagoentodo*. —Pronunciaba despacio cada palabra, tratando de mantener la calma—. Un poco de respeto para papá y para mí, joder. Yo fui la única que quiso a papá. Tú pasabas de él y lo abandonaste por un anormal que se cree Picasso. Y este tonto, desde la noche en que papá se fue de casa, se la tiene jurada. No le habrás perdonado tú sabrás qué ofensa, Pablete. Ocupaste su sitio, como si en lugar de irse a papá lo hubiésemos desterrado. Como si mamá y tú fuerais marido y mujer, y el puto Genio vuestro hijito retrasado... Por eso no te sale llorarle.

—No es verdad. —Pablo cortó en seco el desarrollo del argumento.

—Sí es verdad, y no me interrumpas, que yo no interrumpo a tu madre. Os voy a contar un secreto, capullos. El viejo se dejó varios trajes en su armario cuando mamá lo echó de casa para que viniera a vivir con nosotros el Genio, y yo, yo, Luisa, la loca de Pelarañas, yo y no tú, Pablo, hostias, yo, cuando no había nadie cerca, me los probaba... Sí, fui una niña que se ponía las americanas de su padre ausente y no los zapatos de tacón de su madre presente. Vosotros, ni puta idea de que esos trajes estaban ahí, claro. A ti, mamá, te la pelaba, y tú, hermanito, siempre andabas bien lejos del rastro de papá, no tuvieras que encontrarte frente a frente con un recuerdo suyo, la leche fría que te dieron...

—Que no es verdad... —Pablo cortó a Luisa de nuevo.

—¡No me interrumpas, *cagoentodo*! Cuando lo imitabas con tu famosa

cara de papá mirando moscas pasar, para que mamá y el Genio se partiesen el culo de risa, yo después me vestía con un traje y una corbata de padre y tumbada en su lado de la cama me imaginaba que era nuestro viejo de cuerpo presente y le pedía perdón al pobre hombre en voz bajita, en representación de todos. Familia de mierda... En la vida real las cosas no son como en el cine. En las películas, cuando un hijo va a batear un punto decisivo en la cancha de béisbol escolar, se gira y siempre se lleva la sorpresa de encontrar a su padre entre el público. Por tu puta culpa, madre, mi padre nunca estuvo ahí. Mira, voy a encargarme un retrato de Jaime Monzón en 3-D, uno de esos blanquecinos que están metidos en un cubo de metacrilato y que se pueden ver de frente, de perfil, por arriba y por detrás, para tener alguien en esta casa con quien comentar lo miserables que sois.

—¡Qué buena idea, nenita! ¿Por qué no te esperas unos días y le ponemos ese metacrilato con unas plantas de plástico en la repisa del nicho? Así resultará aún más espectral. —La ex de Jaime se puso sarcástica y Pablo tuvo que contener una carcajada.

—Que os den por saco, familia de mierda...

Luisa salió furiosa. Al cruzarse con el Genio, sentado bajo la mesa del comedor con las piernas cruzadas, no evitó golpear con una de sus botas de mosquetera el plato de sobras de macarrones que el del peinado de cáscara de huevo apoyaba en sus rodillas. Se le volcaron los macarrones sobre el pecho. Nadie protestó y se hizo un violento silencio. La ex de Jaime Monzón se quitó y se puso varias veces varios pares de gafas de los que llevaba al cuello.

—Una vez —continuó como si le hubieran dado cuerda—, en los tiempos medievales, según las leyendas que se cuentan en Valencia, oye, digo que será cierto, ¿no?, se presentó un peregrino en casa de una mujer de Albaida que vivía con su hijita. El peregrino era muy guapo y muy educado y le ofreció a la señora llevarse a la niña a Santiago de Compostela y devolverla un año más tarde convertida en princesa. La madre, dudosa ante la oferta, pidió un día para pensarlo y se fue a consultar a San Luis Beltrán que a la sazón pienso que sería un ermitaño muy famoso en esos tiempos antiguos, nene. El ermitaño respondió que el

peregrino era el mismísimo demonio que tienta así a las amas de casa para robarles lo que más quieren, a sus hijos. —La bolita Iris había dejado el bolígrafo y mantenía toda su atención puesta en el cuento—. Hoy, en lugar de un peregrino guapo, el que llamaría al interfono sería un butanero polaco, un electricista cachas, ¿me sigues? Pues bien, la mujer contestó al tío bueno peregrino, el diablo en realidad, nene, que lo sentía mucho, pero que siguiendo el consejo recibido no aceptaba la propuesta, y entonces el maligno, rabioso, se encendió en llamas y lanzó un rayo que fulminó al padre de la niña, que iba al campo de naranjos a trabajar. ¿Me sigues? Me he acordado de esta historia porque parece la nuestra: yo he decidido salvar a la desequilibrada de tu hermana, que sostiene en serio que un pájaro vive dentro de la montaña de rizos de su cabeza, y el demonio cabreado debe haber matado a vuestro padre. A lo mejor hay que rezarle a San Luis Beltrán, Pablo, para que Luisa deje de insultarnos, *carinyet*. No te digo que no, ¿eh?

—Mamá, no le hagas caso. Está impresionada por lo que ha visto esta mañana en el depósito de cadáveres. Oye, mira, otra cosa. Hemos encontrado esta esquela publicada en el periódico de hoy y, además, papá llevaba esta foto encima cuando lo descubrieron en el coche. —Le mostró la esquela y la foto—. No sé si esa esquela y esa foto están conectadas... Por cierto, tampoco sé si te han contado que precisamente se mató en el barranco de Matacartujos, muy cerquita de Frontera. ¿Sabes quién es Eme? ¿Podría ser la chica de los ojos azules y las trenzas del retrato?

—Ni idea, Pablete. No me suena de nada. —Ni siquiera se cambió de gafas para prestar atención a lo que su hijo le exhibía, casi ni hizo caso a la foto—. Será una de sus primas o una amiga de su adolescencia. Un primer amor, si el inexpresivo de mi ex hubiera sido capaz de tal cosa. Tu padre tenía una agenda oculta a la que yo no llegaba, ni siquiera en nuestra mejor época cuando queríamos querernos. Era, o es, que aún existen dudas sobre si está vivo o muerto, un individuo muy lunático que, sin embargo, no lo parecía. Capaz de las excentricidades más inesperadas sin perder su fachada de oficinista mediocre. Si me enterase de que detrás de su aspecto vacuno se esconde un asesino en serie brutal y fantasioso no me extrañaría lo más mínimo. Conociéndolo, pudo encargarse esa esquela

antes de suicidarse sólo para fastidiarnos. No te asombre.

—¡Mamá, para! Para ya. Si Luisa va a tener razón...

—*Mare meua*, Pablete. De acuerdo, Pablete. —Su tono era muy irónico—. Tu papá no se ha suicidado, Pablete. Tranquilo. Aunque el forense sugiera lo contrario, Pablete. Guapito, *carinyet*...

—Para, mamá. A lo mejor él no es el muerto.

—A lo mejor no. Pero a lo mejor sí. Mi exmarido para mí siempre fue un OVNI, un ente enigmático e impredecible... Una vez, por ejemplo, al poco de divorciarnos, me pidió que te apuntase de voluntario en un velero de la Copa América para que te enseñase inglés un negro que se llamaba Espinacas. *Mare meua*, el señor Espinacas, ¿te lo puedes creer?

—Spinnaker, mamá. Realmente, mister Nick.

—Pues eso, Espinacas, Mick. Lo que sea... Deja de escribir guasaps, Pablo, por favor, que estamos dialogando en plan madre y criatura.

—No escribo, estoy leyendo lo que me ponen. Y Mariola me pregunta dónde estoy.

—Anda, contesta que con mamá y suelta el móvil de una vez. Te comento que a mí eso del Espinacas, ese marinero negro profesor de inglés, me sorprendió muchísimo porque a papá no le interesaban ni los barcos ni el inglés, nene. Bueno, ni los negros, que se tenga conocimiento, ¿eh? Él se preocupaba por vosotros, ¿eh? Siempre me pasó vuestra pensión de alimentos, eso lo reconozco, aunque tarde, ¿eh? Bueno, tampoco era un dineral del otro jueves, oye. A Maruchi, *mare meua*, a esta, su ex al que llamaba «mi viudo», ese sí que le pagaba una señora pasta mensual, nene. Vaya que sí. Mil euracos al mes, que no es moco de pavo... «Vivo como la zarina de mi escalera, mari», me repetía. Pierdo el hilo, ¿no? Ya. El caso es que después de una fiesta en el Alameda Palace en la que el Genio y yo nos encontramos a tu padre vestido como de David Summers, de niño pijo con jersey amarillo, menudo aguafiestas para semejante macroevento social, ¡la pera limonera!, le vino una especie de subidón, le cambió el humor, se transformó repentinamente y me pidió que te enrolase en el barco africano de la célebre regata, ¡para aprender inglés! De esa metamorfosis surrealista hará ya diez años por lo menos.

—Lo sé, mamá. Diez años justo ahora. Mister Nick era amigo de papá.

Y precisamente allí, trabajando en la base del desafío sudafricano, conocí a Mariola. Su madre también era muy amiga de Spinnaker y también la apuntó de voluntaria de idiomas. Pasamos el curso entero de la Copa América trabajando en nuestro tiempo libre como asistentes de español de mister Nick y nos enamoramos como tontos. Desde entonces hasta hoy estamos juntos. Fíjate, nos presentaron gracias a papá y a su madre... Y ahora ambos han desaparecido a la vez.

—¿Se conocían?

—No. Jamás llegaron a coincidir.

—¿Se ha descubierto dónde está esa pobre mujer? ¿En el fondo del mar?

—Nada. Es incomprensible.

—A tu padre al menos lo ha reconocido tu hermana en la morgue y lo vamos a poder enterrar.

—¿Y si papá no fuese el muerto?

—Ya te lo he dicho, ¿eh? ¿Cómo no va a ser él? Tu padre siempre ha estado muerto en su interior, así que en esta ocasión tiene que ser el muerto por narices. Es lo lógico. Para una vez que Jaime está donde debe, no lo muevas. Vivió como si no viviera, anclado en algún momento lejano en que perdió la felicidad. Luego se enclaustró en la siniestra La Oficina esa, como un topo en su agujero, oye. A mí me llegó ya sin alegría, intrínsecamente muerto. Me casé con él porque en aquel entonces me parecía un buen chico y nadie más me lo había pedido, eso es todo. Más o menos me ha ocurrido lo mismo las dos veces que me he casado, ¿eh? Se ve que yo me caso cuando estoy de capa caída, nene. Bueno, *carinyet*, como todas las chicas... Jaime Monzón no me quiso y yo no le quise. Nunca dejó que le conociera. Nuestro matrimonio de tantos años objetivamente fue un trinomio, un matrimonio de tres: él, sus fantasmas y yo. Él, sus recuerdos y yo. Habría dado un brazo para que me quisiera sólo a mí. —Se le quebró la voz—. Jaime Monzón era una isla. La persona más isla que he conocido en toda mi vida.

—Basta, mamá. Acaba de fallecer. Déjalo estar.

El móvil de Pablo empezó a sonar. En la pantalla encendida se leía «Mariola» y de fondo brillaba una instantánea de la misma Mariola con

bikini rojo para confirmarlo. El Genio se levantó del suelo y se acercó con la camiseta manchada de salsa de tomate y de chorizo de los macarrones derramados.

Pablo descolgó, dijo: «Un momento, cariño, un momentín, princesa...», y mantuvo deferentemente el teléfono apartado de la oreja en actitud de atender lo que el Genio viniera a aportar.

—Che, *la mare que va*, estaba ahí *desficioso* y no he podido evitar escucharos —empezó el Genio, arrastrando cada ese y con la mirada perdida en el techo—. Os diré más: Valencia es una gran falla. Aquí, fijaos bien, todos somos ninots de falla, coloristas, caricaturescos, contrahechos... Aquí nos miramos unos a otros a través de una lente de ojo de pez y nos vemos deformados, igual que en los espejos de feria. Por eso, como las fallas necesitamos quemarnos para renacer. Los valencianos no nacemos, no sabemos nacer. Los valencianos renacemos, eso sí. Y para reunir valor suficiente para quemarnos hemos de autoodiarnos primero. Jaime es valenciano, che, se autoodiaba, se ha quemado y habrá renacido, lo entendáis o no.

—En esta casa, en vez de alzhéimer padecemos un desparrame de síndrome de Diógenes mental, como habrás notado, Pablete. —La ex de Jaime repasó con la mirada triste y con la mano abierta el caótico espacio en que se encontraban—. Y palpablemente, nene, ese síndrome de Diógenes está pasando de las musas al teatro, de la cabeza del Genio a las habitaciones. Nos come el desorden mental y físico... Dice Maruchi que en este piso se amontonan más trastos que en el almacén del Merca China de la calle Islas Canarias. *Mare meua*, Pablete, *mare meua*...

—Tú, Pablo, che, eras el principal artista fallero del ninot de tu padre. —El Genio de pie, con su lámpara colorada de macarrones sobre el pecho, seguía el curso de sus propios pensamientos—. A ver, nano, ¿sabes qué ha hecho tu padre durante los últimos diez años?

—La verdad es que no, Genio. Supongo que ir a La Oficina y aburrirse. ¿Qué otra cosa?

—Te digo más, nano, ¿sabes dónde vivía?

—En casa de los abuelitos, ¿no?

—¿Fuiste alguna vez allí a visitarle?

—Bueno, ejem, no. Verás, Genio, nunca nos convidó. Así que no, en realidad no. Desde el divorcio de los papás no he vuelto a esa casa.

—Che, tú, pues ahí lo tienes. Tu padre era un ninot construido por su hijo, entre otros. Se autoodiaba, se ha quemado y ha renacido. Y *chimpún*. En Valencia la vida es una falla. Hasta que no lo descubres no deja de importarte que se burlen de ti. Ni morirte, porque aquí no se nace, aquí se renace. Tu padre está disfrutando de su nueva vida en algún lugar y tú vas a incinerar su viejo cadáver que ya no es él. Vas a quemar un cadáver como si fuera una falla. Así es Valencia, nano, *cague en la mare que em va parir, un empastre* total.

—Pero si tú no conociste a mi padre, Genio.

—Che, más de lo que te imaginas, nano. Tu padre era un *destarifat*, ya te lo he definido.

Pablo presumió que Mariola, aburrída de esperar, ya habría colgado. Por las rayas de las persianas medio bajadas advirtió que estaba anocheciendo.

Se excusó.

—No hace falta que me acompañéis a la puerta —señaló al abandonar la sala de estar, dejando a su madre cambiándose de gafas, a la bolita Iris dando volteretas en el sofá y al Genio explicando al techo algo sobre la ofrenda franquista de las falleras a la Virgen de los Desamparados.

Al pasar por la puerta de la habitación de Luisa estuvo a punto de llamar y entrar para despedirse, pero desde fuera se le escuchaba llorar sin consuelo y se contuvo. Se sintió incapaz de abrazarla, le producía escrúpulo tal explosión de afectividad, tal desgarró, y prefirió marcharse.

Ya en la calle Polo y Peyrolón, buscando un taxi, Pablo se preguntó por qué él no lloraba así, por qué le costaba más llorar que vomitar, y entonces le pareció que su cráneo se había convertido en una bola de cristal de árbol de Navidad. Brillante por fuera, pero completamente vacía por dentro. Llena de nada, de silencio.

Miércoles, 17 de mayo

Querida Eme, buenas noches, como siempre digo, la vida es una prórroga del nacimiento. Nacimiento y muerte deberían venir seguidos porque constituyen un mismo viaje de ida y vuelta del vacío a la vida y de regreso al vacío. Lo vivido es por tanto lo prorrogado entre el principio y el fin.

En algún sentido somos criaturas de la nada que en un momento dado asomamos la cabeza por la vulva abierta de una madre, miramos, nos deleitamos un ratito con la luz y deprisa, deprisa, deprisa, nos volvemos a la nada. Ya no por la boca por la que surgimos, claro, ya me gustaría a mí que morirse fuera meterse de nuevo precisamente por ahí, marcharse por una puerta ginecológica como la que nos parió. Que la escotilla de entrada al mundo fuera también la de salida. No, por desgracia es más desagradable, nos descomponemos hasta desaparecer.

Por eso hay que dar poca importancia a lo que nos ocurre durante el poco tiempo que existimos, resulta irrelevante. Lo único que de verdad interesa es el mero hecho de existir, tan breve, que no puede desperdiciarse con sufrimientos inútiles.

Un niño que se lanza por un tobogán no se amarga con dudas o inquietudes existenciales mientras se desliza hacia abajo, simplemente disfruta de la caída. Así, yo he procurado no querer demasiado a nadie para no padecer mientras me precipito hacia el final de mi tobogán. Y por eso iba a suicidarme, porque tampoco importaba demasiado qué fuera de mí, ni siquiera importaba a mis hijos, que me han sustituido por Eugenio.

Sin embargo, ese enfoque pesimista lo ha cambiado Ella. Y mucho.

Eme, ¿te acuerdas de cómo encontramos a Tiro, al principio de aquel verano del setenta y tres?

Sería un día igual a todos los días, en esa época las vacaciones eran perpetuas y repetitivas. Allá a las doce saltaríamos desde el trampolín a lo bomba a la piscina, en mi casa habría para comer puré con tostones o tomates partidos con atún y mayonesa, después veríamos en la tele un episodio de alguna serie en blanco y negro, las chicharras cantarían alto y estridente. Vivíamos en un bucle pueblerino, aunque espontáneo. Vivíamos sin domesticar.

Sería un día reiterado.

Vale, pero fue aquel día indistinto y no otro cuando, tras la sobremesa, salimos de los viejos apartamentos con nuestras bicicletas Gordinfli, el Bizconde, tú y yo, y por

casualidad salvamos a Tiro.

Iríamos como siempre bien camino de la Cueva, bien a tirarnos por la bajadita de una carretera secundaria a la que llamábamos «la de los cuarenta», porque, ignoro la razón, se suponía que en concreto esa era la velocidad que alcanzaban las bicis en la cuesta abajo sueltas y sin apretarles los frenos, y acabamos pasando por delante de la balsa de los renacuajos. Allí vimos a un agricultor, un llauro con boina, faja y pitillo sin filtro pegado al labio inferior, que estaba tratando de introducir un perro en un saco de naranjas.

No era un perro grande, en realidad presentaba un aspecto mediano, tirando a pequeño. Negro, con las puntas de las orejas y la cola marrones.

Detuvimos la marcha, clavamos las sandalias en el suelo y le preguntamos al llauro:

—¿Para qué mete ese perro en el saco?

—Lo voy a ahogar, recollons. Lo voy a hundir en la balsa. No puedo permitirme un perro más. —Al Bizconde se le iba el ojo vago al cielo.

—¡Pobrecito! —clamaste—. ¿Nos lo puede regalar?

—Si os deja la mare, sí. Ahora, si no tenéis autorisación, no. Lo acabaréis abandonando y volverá a mi campo. En ese caso, prefiero echarlo a la asequia y a fer la mà el gosset.

—Espere un minuto. Vamos a pedir permiso.

Y no soltamos una palabra más. Giramos las bicis paradas, levantando tierra y piedrecitas con sus ruedas de atrás, y pedaleamos de vuelta a los viejos Garbí enloquecidos como si nos persiguiera un monstruo peligroso.

Querida Eme, ¿hay algo más emocionante a los trece que salvarle la vida a un perro?

Mi tía Pepita, tu madre y la mía, como si las estuviera viendo ahora mismo, estaban de pie con los brazos cruzados charlando con la tieta Encarna sentada en su banco despintado de verde del jardín de los viejos apartamentos. Las mamás se rieron un rato ante nuestras urgencias.

—Preguntadle al hombre si es de raza y si es de raza tenéis permiso, si no, ni hablar del peluquín. —Y con eso creyeron despejar el problema sin habernos contrariado, pasándole la pelota al llauro.

Regresamos a la balsa de los renacuajos jadeando, empapados de sudor. El verdugo canino nos esperaba entretenido, lanzando lejos un palito que el pobre perro, ignorando sus planes, iba y le traía una y otra vez.

—¿Y bien?

—Que si es de raza nos lo podemos quedar.

—Pues estamos de suerte, senyorets, porque tiene dos rasas: barraquero y calé.

—¿En serio?

—Y tan en serio, recollons. No encontrareis un perro más barraquero y más calé en todo Frontera. —El paisano indicó esto último mientras montaba y arrancaba su Mobylette.

—¿Cómo se llama?

—Se llama Tiro, como el cabesón de mi padre y el fill de puta de mi agüelo. —Ya no oímos qué añadió a continuación porque lo tapó el castaño del motor de su motocicleta al alejarse.

Tiro lo persiguió ladrando unos metros, pero se cansó. Mansamente viró y como si entendiese que lo habíamos liberado y que nos debía el seguir respirando fuera del agua trotó para unirse a nosotros. Y ya no nos dejó ni a sol ni a sombra en todo el veraneo.

Fue nuestro quinto amigo y nuestro animal aliado en las guerras de tirachinas contra los Esqueletitos del Vietnam. Hasta el día en que, después de aquella desgracia que nos separó, claro, tu padre lo metió en el maletero del coche y lo perdió por ahí, creo que en la Puebla de Farnals.

Seguramente Tiro moriría atropellado por un camión en la carretera de Barcelona, ¿quién sabe?

En definitiva, ¿te acuerdas de Tiro, Marina? Nuestras madres se enfadaron muchísimo con la broma de pueblo de las razas barraquero y calé, aunque al final aceptaron al chucho y tuvimos mascota en la Cueva. Pues este es mi caso.

Yo soy Tiro. Estaba al borde de la muerte y alguien, Ella en esta ocasión, que se ha creído que soy de buena raza, ¿barraquero y calé?, me ha rescatado. Así que a esta mujer salvadora le voy a ser fiel y la voy a querer tanto como Tiro te quiso a ti.

Soy el perro de Ella. Su perro, no el tuyo.

Y además esta pelirroja es bellísima. Por tanto, fíjate si tengo razones para sostener que mis circunstancias han cambiado mucho. No, mucho no, muchísimo. Ni te imaginas lo contento que estoy y lo que se me nota. Todos me lo dicen:

—Jaime, majete, estás muy distinto, se te ve hecho un brazo de mar.

Normal, estoy hasta guapo.

Bueno, no tanto, pero atractivo me parece que sí.

Hoy, por ejemplo, en La Oficina me lo han repetido varias veces. Y eso que la noticia era que Manuela González por fin acudió a su puesto de trabajo tras dos días de baja inexplicable.

Llegó a la hora y se encerró en su camarote de piloto en el puente de mando de la unidad de gestión como si nada, como si su excepcional ausencia no hubiera encendido ninguna alarma. Yo, sin dejar de remar, encadenado por los tobillos a César Augusto Peláez (ni sospechas la suerte que tienes de que yo no sea Peláez), en la flemática bancada de subalternos y numerarios de escribanía situada sobre la línea de flotación de la galera de gerencia, la contemplé pasar.

Manoli llevaba la mano izquierda en el hombro, sujetando un bolsito que le colgaba por la espalda. Iba despreocupada, con cierto aire juvenil de anuncio de perfume parisién y el aspecto risueño de un ser nuevo y ajeno a nuestro moroso navegar cotidiano.

—Jaime, alerta, por allí resopla, abajo el periscopio y silencio máquinas —me he dicho a mí mismo en voz baja, en plan los autoconsejos que se da Peláez, todo se pega en La Oficina—. Ten cuidado y recuerda que desertaste del Alameda Palace el sábado por la noche.

En ese momento el menda estaba a punto de darle a la tecla enter y ordenar al enrevesado programa Sísifo 3.0, versión expandida, que imprimiera cien formularios perfectamente cumplimentados.

Cuando me contrataron hace una eternidad, rellenaba esos formularios a mano y más tarde a máquina con papel de calco para los duplicados. Actualmente, lo hago en

el ordenador y luego se sacan por la impresora. A no mucho tardar todo el proceso administrativo se guardará en internet y no haremos falta ni el formulario ni yo. En el departamento de contabilidad, auditoría y formación del espíritu tenedor de libros, sin ir más lejos, donde el silencio es un imperativo moral, la ilusión un error nefasto y el curso del pensamiento un mero cálculo de decimales, ya han despedido a la mitad de las personas-robot de la plantilla y en su lugar hacen números los robots-persona, según alertan vagos miasmas que se filtran desde el sumidero de La Oficina.

Con el tiempo desaparecerán los archivadores ordenados siguiendo algún criterio humano relacionado con el capricho estético de quien registra fichas y carpetas y no algún algoritmo, el gusto por la letra pulcra (¿de dónde crees que proviene esta primorosa caligrafía de mis cartas?), los borradores a lápiz y el material de papelería como las etiquetas Dymo, los bolis de cuatro colores, las perforadoras para anillas, los clips, ¡ah, los clips!, o el tubo de pegamín Imedio. Yo no soy un burócrata, Eme, sino un amanuense contemporáneo, un profesional del pasar a limpio el rastro de tinta que deja la vida de los otros. Pertenezco a una estirpe legendaria de oficinistas filántropos que va a extinguirse sustituida por la informática. A veces tengo la sensación de ser el único que se da cuenta de que este mundo estable que concibió la rutina como una cumbre del bienestar se aproxima a su ocaso.

Hacia las 10.36 a.m., en el reloj que preside La Oficina, Manoli ha requerido mi presencia en su despacho. «¡Me ha pillado!, glups», he exclamado para mis adentros.

He ido mirando al suelo.

—Monzón, ¿dónde te metiste el sábado después del baile ochentero? —Sonreía con la malicia de una araña en su tela; he pensado que me iba a sancionar con un par de días sin sueldo.

—Me encontraba mal y me fui a casa. Perdón si te falté al respeto o me tomé confianzas, Manoli. Me vine arriba. Lo siento...

—Desapareciste con una pelirroja y tal, Monzón. ¿Crees que no tengo ojos?

—¿Nos viste? Eso demostraría que no fue un sueño... Disculpa, no pretendía mentirte. —La jefa estaba sentada tras el escritorio y yo enfrente, hincado de pie y con las manos atrás, lo previsible según un protocolo oficinesco jamás escrito.

—Tenía planes para los tres, tío. Una fantasía que cumplir contigo y con Spinnaker, uno por delante y otro por detrás y tal, pero no importa. Ya probaremos el trío y tal en otra coyuntura. Ni siquiera pudimos subir a la terraza de las celebrities... Tampoco se dignó venir George Clooney, conque no creas que eres el único con el que estoy mosqueada... En fin, da igual. Siéntate, por favor... Jaime, te he llamado por otra cosa. —Se ha quitado las gafas con perlititas y ha cerrado los ojos mientras se acariciaba los párpados, un gesto con el que daba paso a otra conversación y que también transmitía un «No sé cómo empezar».

—Tú dirás, jefaza... Me alegro de que ya te encuentres mejor de la enfermedad que te tenía de reposo. —Me he fijado en que extrañamente iba maquillada y que había cambiado su eterna americana marrón por una rebeca fucsia, larga y con florecitas estampadas.

—Mira, Jaime, no he padecido ninguna enfermedad. Mi enfermedad se llama amor, tío. Desde la madrugada del domingo hasta hoy lo he pasado en la cama haciendo eso: el amor y tal con Nick. Spinnaker en realidad se llama Nick, Nick Cockburn. Nunca

me había ocurrido nada igual. Le he perdido el miedo al sexo, tío. Con Vicen al principio fue bonito, aunque muy básico, el abecé del misionero, vamos, según he adivinado ahora que estoy con una especie de actor porno, y luego inmensamente aburrido. Con Vicen no me daba ni pizca de gusto... Bueno, tú lo sabrás por experiencia con tu ex y tal. —Ha hecho una mueca como si le diera una arcada—. En cambio, con este muchacho de color todo es una locura. Tú y yo nos conocemos desde la facultad, fuimos juntos y tal, ¿verdad?, me conoces bien, ¿verdad?, pues no te lo creerás, pero me he convertido en un putón desorejado. —Sí, sí me lo estaba creyendo. Manoli soltó una carcajada estrecha como un zumbido de mosquito tigre—. A Spinnaker le he dejado hacerme de todo, de todo de to-do... ¿Lo pillas? Todo, todo, todo... Estoy superenamorado, tío. No parezco yo. He llegado a faltar al trabajo por primera vez en mi vida por estar con él. Superenganchada y tal, Jaime. El negrito y yo hemos levantado un frívolo imperio erótico con capital en mi ombligo.

—Es cierto, ahora mismo no pareces tú en absoluto.

—¿Lo ves, tío? Por otra parte, no es un amor como los de antes. Te lo aclaro, Jaime. Ni pienso morirme por él ni creo que sea la única mujer y tal a la que se tira. Pero nos lo pasamos bomba y me guía como un nativo por una selva desconocida para mí. A esta edad se trata de eso más que de enviar cartitas rosas y desesperadas como a los trece.

—Bueno —he tragado saliva al darme por aludido con lo de las «cartitas rosas»—, no pasa nada por escribir cartas a nuestra edad igual que a los trece, puede ser hasta romántico... Manoli, me consta que por aquí hay algún prójimo que lo hace, que escribe a una chica que conoció de pequeño como si se escribiera a sí mismo...

La subdirectora primera de nóminas y cuarta de despidos ignoraba mis interrupciones exculpatorias y se inclinaba hacia delante para continuar con cierta confidencialidad.

—Escucha, Monzón, estoy muy mayor para tener sentimientos y ya sólo le pido al amor que me ofrezca orgasmos sin probabilidad de hijos y un sujeto que me desee, aunque no me quiera. A las chicas de nuestra generación nos engañaron de jóvenes y lo hemos descubierto al ver cómo se desenvuelve la manada de nuestras hijas. Somos las estafadas por el flautista de Hamelín de la Transición, la movida y tal. Seguimos a una flauta en apariencia feminista, creyendo que nos conduciría a la emancipación, y terminamos traicionadas en el mismo lado frío de la cama que nuestras pobres abuelas. Igual que Heidi pasando el mocho por la vivienda de protección oficial de Pedro el Cabrero, después de haber crecido ambos igual de libres, igual de autónomos arriba en las montañas... Claro, ¿qué esperábamos? ¿Que nuestros novios fueran diferentes a nuestros hermanos, que no se levantaban para recoger la mesa después de comer? Nosotras, en comparación con nuestras madres y tal, cruzamos bastante sueltas por la soltería, tío, y, pese a ello, al casarnos acabamos casi tan esclavas del hogar como ellas. Las que trabajamos fuera de casa hemos hecho a la vez la faena de papá y la de mamá. Nos lo hemos montado mal, damos el callo fuera y dentro de casa... Hemos heredado la leyenda de que el macho llega cansado de La Oficina y la hembra no. ¡Menuda estafa! Tuvimos una infancia como la vuestra, pero un casamiento como el de vuestras madres. Resultó que a los chicos no os habían enseñado ni a freiros un huevo. Vicen, por ejemplo, no sabía lavarse los palominos de

los calzoncillos y tampoco fregar sus platos, lo mínimo y tal. Todo resultó una engañifa... Probamos a qué sabe la independencia y nos la quitaron con el matrimonio. Por eso las que conseguimos separarnos elegimos no volver a emparejarnos con ningún hombre jamás. O en todo caso enrollarnos con un joven que nos dé a probar la gloria del Señor, como he hecho yo, o con un viejo forrado que al menos pague con ganas una pasta por un poco de sexo doméstico, sin exigir mucho fingimiento a cambio. ¿No te has dado cuenta de que los divorciados y tal siempre os casáis otra vez y las divorciadas casi nunca, tío? ¿Y no te preguntas por qué? Pues porque nosotras nos bastamos y vosotros sois incapaces de sobrevivir sin una mamita que os saque las castañas del fuego, tío. Porque con un capullo descargando el vientre a diario en nuestro váter ya tuvimos bastante.

—Entiendo, Peter Panes y Wendies...

—¿Qué?

—Nada, cosas mías. —He mirado por la ventana y he creído que las copas de los árboles del paraíso sombrilla y las falsas pimientas de la calle Blanquerías, lo mismo que las ramas que se asomaban desde el antiguo cauce del río, asentían, que me daban la razón.

Nuestra generación, Eme, mantiene una relación vergonzante con el sexo, muy poco natural. La adolescencia nos coincidió con aquella fiebre nacional que se llamó el destape, que consistía en que las actrices y las famosas, con Franco moribundo o recién enterrado, enseñaban las mamas en diferentes soportes, como revistas, barajas de cartas o almanaques garajistas. En el recreo de mi colegio, una década antes que porros, se intercambiaban calendarios de cartera ilustrados con muchachas que se cubrían el pecho sólo con un balón de playa, no se les escapaba nada, pero te aseguro que, amén de subversivo, aquel material era inflamable.

También hubo cine del destape; esas películas se clasificaban con una «S» para poner de relieve que la observación fugaz de los pezones y lo negro de la protagonista podría exigir una sensibilidad aún más curtida que la obligatoria en lo simplemente «tolerado para mayores de dieciocho años». Aunque hoy parezca mentira, que se despelotaran tonadilleras y presentadoras de la tele se consideraba un avance político, algo así como: a la liberación por la masturbación.

De hecho, el destape iba destinado a nuestros padres, próximos votantes de las primeras elecciones del setenta y siete, y no a nosotros, dianas predecibles de semejante estriptis general, ya que éramos exactamente nosotros y no nuestros padres los que en aquel preciso entonces andábamos acalorados en la edad de manoseárnosla más que monos. Merced al destape algunos campeones llegamos incluso a curarnos solos la fimosis por el inconsciente remedio casero de darle con gusto a la zambomba. Así de fuerte iba el tema, Eme. Y nuestros padres, que tras cuarenta años de opresión franquista se deleitaban por fin en la peluquería de caballeros de Pepe, en el garaje de Miguel o en el bar Nodo con aquellas revistas verdes, justificadas al incluir pedagógicos artículos políticos en páginas interiores, luego nos regañaban a nosotros si nos descubrían haciendo lo propio en los recreativos o en el cuarto de baño de casa. Típica actitud reprimida-represora, explicable pero injusta.

En un entorno social que se iba volviendo sexualmente normal, Eme, a ti y a mí, en

cambio, nos siguieron dando una formación sexual anormal. Fíjate, yo llegué a preguntarme si habría un límite de pajas diarias a partir del cual el vicio se podía considerar patológico.

El chaval que suscribe sexualmente se educó en solitario.

Y en el caso de las chicas aún fue peor. Todavía os arengaron en clase sobre la pureza, como si la Sección Femenina siguiera obligando a llevar el yugo y las flechas bordados en rojo por delante y por detrás de las bragas, mientras que en la calle el destape os estaba cosificando como objeto de deseo masculino para el futuro que se avecinase. A la chavala ya le daría educación sexual su media naranja, ¿no? A los Peter Panes y Wendies nacidos en los sesenta nos siguieron explicando en los setenta cómo se usa el sexo, desde luego no para gozar, entre los contenidos de la asignatura de religión, ¿te acuerdas?

No conozco a ninguna chica de nuestra generación que reconozca que se masturba. Somos la última generación española que folla con la luz apagada.

Primero nos paró el miedo al pecado y después el miedo al sida. Los curas y el sida, por ese orden cronológico, nos jodieron la libertad sexual. Si me preguntas, podría contar con tres dedos de la mano, y me sobraría alguno, las mujeres con las que he mantenido relaciones completas en casi medio siglo de vida.

Para los púberes de aquel periodo histórico, el destape fue un gatillazo monumental, un gigantesco fiasco emocional. Las niñas con las que salíamos después de clase no tenían tetas descomunales como las modelos de las revistas, pero las modelos de las revistas no tenían corazón, conque separamos sexo y amor. Unas mujeres daban amor y otras daban sexo, unas tenían tetas y otras tenían corazón. Por eso no me extraña que Manoli rozando los cincuenta se haya vuelto una salida, ni que todo le parezca que lo prueba por primera vez. Vicen, como cualquiera de aquella cosecha, le ofrecería a Manoli amor a secas, amor al amor, reservándose el amor al sexo para otro tipo de señoritas.

Es que la inmadurez de los niños perdidos de la Transición está siendo eterna y muy perniciosa, Marina, y en lo que toca al usufructo sexual aún nos dura.

No se nos quita el pavo ni por saber morir, como demuestra mi caso, por cierto.

—En definitiva, sin rodeos, que tengo que pedirte un favor, Jaime —concluyó abiertamente.

—Tú dirás, Manoli. Estoy a tu disposición.

—El caso es que Nick quiere invertir en Valencia. No mucho. Lo que se puede ahorrar de tripulante en un barco de la Copa América. Bastante para una economía media, claro, aunque no tanto como para comprar la Ford y tal. Si le falta algo, ya se lo pondrá la caja de ahorros o yo, que soy su banca privada... Yo le echo monedas y él funciona. —Se ahogaba sólo con pensarlo—... O sea, que hablamos de comprar un piso y tal. Él se fía de mí, es lo que tiene ser la novia de un treintañero, Jaime, y yo le he dicho que esto es Jauja, tío, que aquí te compras una casa y tal y en unos meses se duplica su precio. «En Valencia, en 2006, con el chollo inmobiliario, si no eres rico es porque no quieres, Spinnaker», le he dicho. Le he convencido de meterse en una vivienda, un solar o un chalé, lo que sea, pero no conozco a nadie con contactos para detectar buenas oportunidades. Y entonces me he acordado de ti... El sábado por la noche, para mi sorpresa, te vi moverte con familiaridad en el macroevento del

Alameda Palace y me pregunto si tendrás algún amiguete promotor o concejal de urbanismo que nos pudiera orientar sobre gangas de esas con las que se está forrando el personal.

—Pertenezco al entorno del señor Terroba... —he carraspeado para darme importancia.

—¿En serio? ¿Quién es ese pez gordo?

—A ver, el que más manda en la Delegación del Gobierno y en la Confederación Hidrográfica. Ni más ni menos, Manoli. —Me asusta cómo no me he callado, cómo yo solito me he ido metiendo en el lío, siempre hablando de más, soy un bocazas..., pero, en este caso, como verás, el atrevimiento tiene su objetivo, está justificado, creo...—. Allí no se mueve un papel sin su permiso. Demasiado inteligente como para tener un cargo público que lo exponga a la luz. Fue a la mili con los gerifaltes actuales, según cuenta. Fíjate si serán amigos que se refiere a ellos por el nombre de pila: Pepeluis, Alfredo, Josemari, Mariano, Edu, Paquito y así... Le da igual que sean de un partido u otro, aunque él es bastante de derechas. La mili los unió a todos. Dormían en la misma tienda de campaña, limpiaban la misma letrina, compartían rancho y pulgas, se cepillaban a las mismas pavas (con perdón). Imagínate, son como hermanos. De ahí le vienen las conexiones. ¿El descubrimiento de los ángeles músicos de la catedral? ¿La rehabilitación del mercado de Colón? ¿Las barcas cisne del parque de cabecera? ¿El columpio de cuerdas del nuevo puente de la Exposición? —No sabía qué más añadir con tal de acrecentar la estatura prevaricadora del señor Terroba—. ¿Te suenan esos proyectazos? Pues todos, todos, se materializaron merced a su influencia y a su poderosa imaginación gestora.

—Vaya tela... —No estaba del todo impresionada, pero me ha creído a pies juntillas porque en Valencia hoy este tipo de camaraderías político-financieras son el pan nuestro de cada día—. ¿Podrías pedirle a semejante personalidad el favor de que nos reciba? Dile que Nick quiere hacer algo por Valencia, algo en plan inversor, poner sus ahorros a disposición del crecimiento del eje de la prosperidad y tal.

—Claro, Manoli, eso está hecho. Terroba y yo somos íntimos.

—Muchas gracias. No sé cómo agradeceréte. —Se ha pasado la palma de la mano por la nuca como si se la secase.

—Descuida, estos business son típicos en mí. —Me habré recolocado las gafas moviendo la nariz, como te sonará que hacía cuando estaba nerviosillo.

Me he levantado bruscamente y he salido del despacho sin perderle la cara, caminando hacia atrás y haciendo reverencias de cortesano chino. Lo último que he visto ha sido su sonrisa de mantis religiosa frotándose las patitas, imaginando un trío y tal, digo yo.

Ay, Eme, ni idea sobre cómo saldré de este enredo, pero dicen que a la ocasión la pintan calva, dado que no se la puede recuperar por los pelos una vez que ha pasado, y yo he tenido clarísimo que esta mañana se había presentado la mía.

Por lo que comenta en el Nudo, el señor Terroba ejerce de seguidor en innumerables negocios para un tal Sánchez, el de la reputadísima constructora Viuda, que por los detalles que da podría muy bien ser tu supuesto marido, también apellidado Sánchez, mi compañero de pupitre, Blan-blan el Mantecoso, del que no he vuelto a saber nada desde que dejamos la academia de pago de Conchita Tatay.

Aparentemente, os casasteis por todo lo alto en el club de tenis, con fieras, hipnotizador, faquir desmontable y otras barbaridades, espectáculo porno incluido, e invitasteis a toda Valencia menos a mí. Al menos, esa es mi difusa noticia...

Mi primo Gordinfli, quizá te llegara la historia, se presentó unas Navidades disfrazado de rey Baltasar en el convite de la boda del amor de su vida, que lo había abandonado, y se hizo una foto con los novios. Luego se la envió con una nota que decía: «No contabais conmigo, pero estuve allí y siempre estaré». Algo parecido podría haber hecho yo ante vuestro bodorrio, de haberme enterado del acontecimiento, evidentemente.

Pues bien, gracias a Manoli y a Nick, si como sospecho el Mantecoso es el socio capitalista del indecente Terroba, contactaremos con Blan-blan y, aquí viene mi plan magistral, caso de que la leyenda sobre vuestra boda sea cierta, por la misma vía, tal vez también contigo. Eme, mi vida, ¡contigo! Por eso me he tirado de cabeza al pozo, sin comprobar antes si tenía agua o estaba hueco. Por encontrarte y darte esa ultimísima oportunidad que hoy me imploras en Las Provincias, según he leído a primera hora, desayunando un café con leche fría en el Nodo, mientras San Miguel barría y las golondrinas giraban formando un tornado en la atmósfera cilíndrica del cruce de las calles Sorní y Grabador Esteve.

Durante largos años, alimenté la ficción de que una noche recóndita los antiguos alumnos de la academia de pago nos reuniríamos a cenar en la mansión aquella que los padres de Blan-blan tenían en Rocafort para celebrar algún aniversario remarkable. Que cada uno llegaría con su esposa de largo, su cochazo y su cara de hastío. Todos de esmoquin, algunos gastados por el uso habitual y otros recién alquilados en Rosita, el hogar de los disfraces. Olmedo, el Chinito, Joya-García, Rodri, el Bolsa, todos. Incluidos don Fernando, la propia señorita Conchi Tatay, el señor Basco, el señor tutor y el señor Feroz, el de inglés, ya muy viejecitos. Que tú, como anfitriona, vestida de los años veinte, luciendo un largo collar de perlas, jugando a enredártelo y desenredártelo del dedo, colgada con desgana del antebrazo del Mantecoso, recibirías a los invitados con ojos almendrados de geisha de mirada azul entre las columnas clásicas de la entrada y tras un camino de piedrecitas, iluminado con hachones.

Entonces, al ceder el paso al recibidor de la casa a la última pareja, descomponiendo la sonrisa forzada, te atreverías a preguntar a tu arrogante marido:

—¿Y Jaime? ¿No ha llegado? ¿No lo esperamos?

Él te respondería también entre interrogaciones:

—¿Jaime Monzón, el solitario de Jaimito? ¿De qué lo conoces? —De pronto te sentirías vulnerable—. Es un poeta, querida, un poeta vagabundo —seguiría Blan-blan en mi cuento—, cuando era joven le rompió el corazón una misteriosa mujer y desde entonces, como un príncipe árabe, elegante, decadente y destronado, trafica con tristezas, igual que los contrabandistas de canciones y los cantautores guerrilleros, a través de la incierta frontera que separa el recuerdo del olvido; no vendrá por tanto, no, ni hablar, esta velada es demasiado ceremoniosa para un espíritu tan libre como el suyo, no tiene ninguna razón para estar aquí, su desgarró interior es oceánico.

Y extendiendo la palma húmeda de su mano sobre tu espalda desnuda, sobre el pronunciado escote trasero de tu vestido negro de noche, te haría girarte hacia el portal abierto como la boca multidentada de un tiburón blanco.

Justo cuando ya te hubieras dado la vuelta, mi voz quebrada y profunda sonaría por detrás de tus tacones de aguja.

—No estoy de acuerdo, Marina, sí tengo una razón para asistir, y asisto. Quiero presentaros a mi prometida: la muerte.

Y me revelaría ante vosotros, saliendo de la penumbra con pelo largo sacudido con melancolía por el aliento de las tinieblas, mirada montaraz de lobo irónico, levita de general napoleónico derrotado en Rusia y las botas de montar de Lord Byron manchadas de arena reseca mezclada con trocitos de conchas rotas del Bósforo.

En un primer momento nos mantendríamos los tres en silencio. Una ráfaga movería las ramas altas de los pinos.

—¿Vas a entrar? —inquirirías sin dejar de mirarme a los ojos.

—No, sólo buscaba despedirme de ti, estoy fatalmente enfermo de nostalgia, moriré pronto y ansiaba verte una última vez antes de que eso suceda —diría, y te ofrecería unas páginas amarillentas con mano viril curtida por el trabajo penoso y las aventuras en lugares lejanos—. Es el poema más hermoso que jamás se haya escrito, lo compuse para ti, vigilando el infinito sobre el acantilado donde acaba la tierra y empiezan el mar y las tormentas, en Portugal; no he querido publicarlo, aunque todos los editores del mundo lo buscarán, porque deseo que lo tengas sólo tú y que se lo dejes a tu hija y tu hija a la suya y así en lo sucesivo para que únicamente las mujeres de tu familia sepan la verdad sobre el amor... Y, en cuanto a ti, amigo —añadiría—, ¿qué esperas oír? Has disfrutado de mi vida por mí, no te guardo rencor por eso, sólo espero que estés a la altura de la belleza que tienes al lado y que la ames por los dos, mi felicidad es la de Marina, tenlo siempre en cuenta; si le haces daño, vivo o muerto, me apareceré y lo pagarás.

Pronunciaría tales palabras sin dirigirle la vista a Blan-blan, sin deshacer la confrontación entre mi rostro y el tuyo.

—Adiós, adiós, nací para complementar a Marina, pero, desgraciado de mí, no he llegado a ser más que la sombra de la sombra de vuestro matrimonio, sed felices los dos por los tres —acabaría yo con dolor.

Y, finalmente, andando hacia la penumbra, las manos en los bolsillos, retornaría a la negrura de la que había emergido.

Una lágrima lenta de las que arden en la caldera del centro de las entrañas, abrasadora e irregular como una lengua de lava, bajaría por tu mejilla.

Os quedaríais pensando si aquello había ocurrido de verdad, y tu marido además albergando la sospecha de que la mujer que me rompió el corazón seguramente fuiste tú: Marina, la de peligrosa belleza.

Al día siguiente, cuando ya hubierais concluido que mi visita de anoche fue un sueño en todos los sentidos, un mal sueño, alguien llamaría al teléfono fijo de vuestro dormitorio para contaros que ayer, ayer mismo, me ahogué frente al acantilado del cabo de Roca en Portugal, donde acaba el mundo, el accidente geográfico más crepuscular de Eurasia. Que un anciano marinero fue testigo de cómo un huracán repentino me arrancó de los peñascos y me arrojó al abismo insondable. Que antes de precipitarme al mar y a la tormenta estaba componiendo el poema más hermoso que jamás se haya escrito. Que no se encontraron ni mi cuerpo ni el poema, ni se encontrarán.

Tú buscarías alocada los papeles amarillentos que mi fantasma te entregó la noche anterior sin encontrarlos donde los dejaste. Sin encontrarlos en ningún sitio.

Y aquella lágrima tuya, lenta, abrasadora e irregular como una lengua de lava, llegaría a tu boca y te quemaría el labio inferior dejándote ahí un lunar; un lunar redondo y negro como la propia luna nueva que transmitir a tu hija y tu hija a la suya, y así en lo sucesivo, para que únicamente las mujeres de tu familia sepan que el desamor es la verdad sobre el amor.

En definitiva, Eme, no te rías de mí. Como te anticipé, este cuento no es más que otra fantasía del cuatrojos de Jaime Monzón y ya está... Pero, escucha, una fantasía que, con la estrategia que esta mañana he puesto en marcha en asociación con la avaricia de Manoli González, podría llegar a cumplirse. Cumplirse de alguna manera, al menos. Sí, sólo de alguna manera, ya lo sé porque ni soy poeta ni estoy muerto todavía, eso está claro, pero cumplirse, al fin y al cabo.

Resulta notorio que el Jaime Monzón verdadero no gasta melena flotante ni ojos de lobo irónico. De hecho, mis gafas impiden saber de qué tipo de ojos hablamos. Pero, por otra parte, no es menos cierto que, si como supongo, eres la consorte del cómplice financiero del señor Terroba, todos estamos a punto de asistir a algún tipo de reunión a la que a lo mejor también asistes tú.

Habrás que presentar a Spinnaker y a los de la constructora Viuda, ¿no? En una comida o tomando una copa en Ánimas u otro pub de moda, ¿no? Y llegado el caso, ¿por qué no en la mansión de tus suegros en Rocafort? Es un decir, claro, pero imagínatelo... Y que luego en tal conciliábulo inesperadamente nos encontrásemos el Mantecoso, tú y yo igual que en mi cuento.

Es posible, ¿no?

Quizá, quizá, sólo quizá..., vale. Sin embargo, si detrás del anuncio del periódico de hoy estás tú, ese «quizá» sería suficiente para que se obrara el prodigio, amor mío.

Mira, casi me he caído del taburete de la bienaventurada barra del bar Nodo derramando el café con leche fría del desayuno cuando me he encontrado en Las Provincias el siguiente aviso en la página de anuncios por palabras que siempre repaso a conciencia (después de la de esquelas, que ciertamente resulta mi favorita), por si entre los edictos de declaración de ausencia, embargo o fallecimiento encontrase alguna súbita noticia sobre ti:

ORACIÓN DE MARINA A SAN JUDAS TADEO

Oh, glorioso apóstol San Judas Tadeo, siervo fiel y amigo de Jesús, el nombre, igual al del traidor, ha sido la causa de que fueses arrinconado por muchos; pero la Iglesia te honra y te venera como patrón de las causas imposibles y desesperadas. Ruega por mí, para que reciba yo el consuelo y socorro del cielo en mi necesidad de volver donde nació y al punto murió mi corazón. Y que mi amado me espere y sepa que estoy volviendo. Yo prometo, apóstol bienaventurado, acordarme siempre de este favor y publicar cuando se reciba la gracia. Gracias, San Judas Tadeo.

Me parto. Bien jugado, Eme.

¿Una oración a San Judas Tadeo? Che, Eme, eres muy ocurrente para emitir tus señales. Si es que las emites tú, pero ¿quién sino? Primero, aquel papel («ESPÉROME, ESTOY VOLVIENDO») cogido con una chincheta en la puerta del que fue tu viejo apartamento en los Garbí y ahora este remitido, extraviado entre pisos de ocasión, agencias matrimoniales, putas con culo de brasileña y un francés maravilloso, chulazos de compañía que practican el griego y coches seminuevos de segunda mano («que reciba yo el consuelo y socorro del cielo en mi necesidad de volver donde nació y al punto murió mi corazón. Y que mi amado me espere y sepa que estoy volviendo»). ¿De qué va todo esto, Eme?

¿Qué me estás queriendo decir? En el caso de que estés queriendo decir algo...

¿No sería más fácil redactar una carta de respuesta a las mías y meterla en un buzón? ¿Qué juego es este? ¿Quieres que juegue también yo? No te conviene, te prevengo, porque si me da la gana, burla burlando, puedo ser muy sinvergüenza. Atiende, una vez... Una vez... Bueno, no me acuerdo de lo que iba a poner que fui capaz de ingeniarme una vez, pero que sí, que puedo ser bastante cabroncete si me da por ahí.

Te lo advierto: a Jaime Monzón no se le gana fácil a malandrín, según mi propia ex y mi madre. Ya te has enterado.

Cuando estudiaba, entre mayo y junio, con objeto de salvar mis exámenes, yo también me encomendaba a San Judas Tadeo, abogado de lo inalcanzable. Mira qué casualidad...

Además, cumplía con la tradición local de ir a visitarlo tres lunes consecutivos a la parroquia de San Nicolás y San Pedro Mártir de la calle Caballeros, que es donde tiene su capilla este San Judas. Caminaba silente desde mi casa hasta San Nicolás por la calle de la Paz y luego por la de Caballeros, con un pequeño rodeo para mirar bicis ante el escaparate de Bicicletas Rafael Abad, eso sí. Y mi rezo era parecido a ese, virtualmente tuyo, que aparece hoy en la prensa. Ya ves.

Los estudiantes que preferíamos hacer penitencia a empollar nos mezclábamos entonces con muchas abuelas de luto descalzas, de rodillas o a gatas, y muchas no tan abuelas y muchos no tan abuelos ni tan de luto mortificándose en idénticas caminatas o infligiéndose otras dolorosas penitencias in itinere porque la devoción a San Judas es muy popular en Valencia.

A su intercesión en concreto atribuyo mis aprobados de matemáticas en selectividad y los de romano, economía política y financiero en la facultad.

El templo de San Nicolás, mezcla perfecta de estilos gótico, renacentista y barroco, albergó desde tiempos de los romanos y por siglos y siglos un cementerio en su subsuelo. Cuando pisaba sus losas me resultaba imposible no reparar en que bajo mis pies reposaban oscuros y mudos incontables pasadizos, catacumbas, criptas y todo tipo de enterramientos olvidados, y sentía por tanto un cosquilleo en las plantas, medio de grima, medio de desasosiego. Podría ser que la magia reparadora que de allí emana provenga más de las misteriosas calaveras de los primeros muertos sepultados hondo e ignorados que de las acicaladas figuras de Cristo, la Virgen y los apóstoles, veneradas entre lirios y nardos en los diferentes altares. Podría ser, no me pronuncio.

Por cierto, a causa del humo de tantas velas ardiendo por tantos desvelos,

peticiones y promesas, hace falta una limpieza a fondo de las pinturas de la bóveda, harto ennegrecidas. Esto sí lo señalo.

Es curioso cómo en los últimos años San Nicolás, titular de esta iglesia, ha ido cediendo protagonismo a San Judas, un santito del lateral de la nave. Cada vez más el público encarga a San Judas los ansiados milagros que históricamente en nuestra ciudad corrían a cargo de San Nicolás, ¿a que sí?

Eso está pasando. De hecho, lo de las tres caminatas de los tres lunes consecutivos se practica en memoria de las tres hermanas doncellas a las que San Nicolás salvó de la prostitución, entrando de noche en su casa por la chimenea y dejándoles tres bolsitas con el dinero de la dote para que encontraran maridos convenientes. Nada que ver con San Judas, que, de los dos santos, es el que actualmente más se beneficia de esta pedestre costumbre. ¿Será porque San Nicolás transformado en Papá Noel por las películas americanas ya no tiene huecos en su agenda para la tradicional feligresía del barrio del Carmen y alrededores? ¿O es que San Judas se ha trocado en una especie de asistente, suplente o duende de Santa Claus?

En Valencia, se lo advierto a menudo a mis hijos, la propensión al rencor, la división en bandos y la autodestrucción la da el soplar alternativo y contrario de los vientos de levante, del mar, y de poniente, de la sartén de la meseta.

Los valencianos, Eme, nos malqueremos entre nosotros como ninguna otra especie de criaturas despreciables sobre la tierra y por eso no te asombre que, a no tardar, nuestro San Judas Tadeo tenga su cofradía personal escindida de la de San Nicolás y que los partidarios de ambos bienaventurados acaben siendo enemigos y explicándose cómo perteneciendo a la misma fe no se puede demandar un mismo milagro a la vez a los dos proveedores de remedios maravillosos. La pareja de santos dejará de estar unida por el lazo cordial del compañerismo. Se venerará en exclusiva a uno o a otro. Nos obligarán a posicionarnos.

Yo lo llamo «envidia a la valenciana», alcanza a todos los extremos de la vida, y consiste en que cuando aquí algo o alguien llega más alto que el resto se le corta el tallo del modo más deshonoroso posible para que caiga y sea humillado. Que se cuide nuestro San Judas de la envidia de San Nicolás, Dios me perdone.

Por amor también se ruega al cielo, como hoy ruegas tú en Las Provincias. Bueno, suponiendo que la oración del periódico la encargases tú y que fuera para mí, lo que es mucho suponer. De cualquier forma, yo me cuento ese cuento y me pongo contento.

Respondamos pues: «Mira, Eme, recado de San Judas recibido, pero no puedo garantizarte que te espere».

No, porque Ella también está viniendo y, si no te presentas antes de este sábado en que hemos quedado para irnos de excursión en plan novios, llegarás tarde.

Hace poco iba a suicidarme porque nadie me quería y ahora la mujer a la que amé en el pasado y la que quisiera amar en el futuro compiten por mis atenciones, ¿no resulta chocante? Vivir para ver.

Lo siento, mi vida, estás teniendo demasiadas oportunidades. A pesar de todo, te prometo una cosa: si de verdad estás viniendo, ven de una vez y yo me excusaré con Ella y el sábado lo pasaremos tú y yo juntos (al fin). Si no, deja de interrumpirme, por favor. Por piedad.

No me maté yo, no me mates tú.

Manoli dice que ya no tiene sentimientos, yo todavía sí. He empezado a llorar un poco. Estás exprimiendo mi corazón como si fuera una naranjita. Soy un blandengue y un cursi, ¿y qué? Me gusta ser así y además no puedo evitarlo.

Un camarada de la oficina llamado Lázaro Montaña tenía una extraordinaria colección de vinos en su casa. Vinos de todas las edades, todas las categorías y todas las procedencias. Un mal día le diagnosticaron un cáncer incurable y Lázaro decidió que se bebería su bodega entera antes de morir. Durante los siguientes doce meses no hubo jornada laboral a la que no se presentara borracho o con resaca. Aunque La Oficina es inhumana, los que trabajamos allí lo somos menos, así que durante todo ese tiempo Peláez, superando su naturaleza ratonil, Morell, Fos y yo le cubrimos, completamos sus tareas para que Manoli y el resto de los jefes no se percatasen de la situación.

Y ocurrió que, contra todo pronóstico, la terrible enfermedad remitió y Montaña sanó, no descarto que fuera por efecto de la ingestión masiva de alcohol de exquisita calidad, y nuestro amigo inesperadamente se encontró lleno de salud, asistiendo a las reuniones de alcohólicos anónimos y sin una maldita botella en el garaje de su adosadito de La Eliana.

Además, hubo de devolvernos los favores y cubrir varios turnos de agosto o Navidad por cada uno de los conjurados en su auxilio laboral. Según como lo mires, una putada.

Muchas veces, después de su resurrección, Lázaro ha sostenido con amargura que su error fue no morir cuando le tocaba, cuando aún le quedaba vino. Yo debería aplicarme la receta y no consumiros sentimentalmente a Ella y a ti, mi vino nuevo y mi licor viejo, a la vez y de un trago. Debería ser listo y congelar a una de las dos para cuando la otra se canse de mí, que eso, lo sé, pasará pronto, para no quedarme sin alimento que llevarme a los besos de la boca. Después de todo, está probado que vivimos varias vidas en una, pero no al mismo tiempo sino sucesivamente. Esa es, en cualquier caso, una de mis teorías más conocidas.

Es tarde y se me ha cansado la mano de escribir. Acaba de sonar mi Nokia porque me ha entrado un mensajito de Ella.

Hola, ¿molesto? No he sabido contener el impulso de decirte buenas noches. Mirando la luna en el porche de casa, si te asomas a tu ventana igual me ves reflejada. Apetece lo del sábado. ¿Cómo vamos a quedar? Hora, sitio, coche, etc. El destino que sea al azar. Bss de new life.

¿Busco a Ella en la luna o a ti en la foto de las trenzas? ¿Te has dado cuenta de que me ha devuelto los «Bss», con la ese repetida? ¿A cuál de las dos besaré entonces antes de irme a dormir? ¿A las dos? Tengo el corazón partido entre ambos sueños porque, no soy idiota, ninguna de la dos sois del todo reales.

Ni Ella ni Eme, ambas. No quiero renunciar a ninguna. Deseo a las dos. Oye, ¿y un trío y tal? Es broma, es broma, pero, a lo mejor no. Si no te molesta, me lo voy a imaginar...

Yo tuve un jersey de cuello de cisne rojo, como el tuyo blanco de la famosa foto. Y diría que nunca me ponía otro. También tenía unas gafas de montura negra que me

parecían de espía. Yo tuve una tos que no se me quitaba con jarabes y unas verrugas planas en el dorso de la mano que desaparecieron solas. Coleccioné cromos de fútbol, de grandes batallas y de animales. Tenía un boli de la suerte, un yoyó Russell en primavera, un batín con zapatillas para cenar ya con el pijama puesto, cuatro abuelos y todos los tebeos de la colección Joyas Literarias Juveniles. Yo tuve una infancia de la que únicamente me quedas tú. Pasar de ti a Ella sería como hacerme mayor, matar al Peter Pan que llevo dentro.

Te sigo queriendo, Eme, donde sea que estés. Pero a Ella también la quiero y más o menos sé dónde está, ¿qué te has creído?

Vuelve ahora o desaparece para siempre, quimera ingrata.

Viernes, 19 de mayo

Querida Eme, heme aquí de nuevo, valga la redundancia. Nos estamos volviendo inseparables, ¿eh? A nuestro estilo epistolar, pero inseparables.

¿Cómo estás? Espero que bien y todo eso.

Yo ahora mismo tocado y hundido.

Marina, lo lamento, pero me urge explayarme con alguien y no tengo a nadie tan de confianza como tú. Sólo tú eres de mi máxima confianza. Después de todo, tu falta de respuestas a mis testamentos postales hace que escribirte sea como pensar en voz alta, bueno, con el boli en la mano. Igual que conversar reflexivamente conmigo mismo, para ser exacto. Mirarme por dentro, del modo en que lo haría para confesarme con un cura moderno o con la psicóloga jipi del colegio de mis hijos, personajes ambos pertenecientes a una especie de Homo antecesor de eso que ahora llaman un dietista personal o un sensei.

Si algún día te dignaras corresponder o devolver al cartero alguna de mis cartas las cosas serían diferentes. Una reacción por tu parte, por mínima que fuese, transformaría este soliloquio en diálogo. Y tal vez entonces nuestra relación perdería intimidad, confianza, ya me entiendes, puesto que tendría que atenerme a los límites que el respeto a tu zona de confort me impusiera. No obstante, en tanto esa reacción no se produzca, y no tiene pinta de que se vaya a producir, trasladarte mis vivencias diarias y mis inquietudes es como redactar con absoluta libertad un diario que tú irás leyendo sin rechistar. O no, o que estará leyendo otra persona. Lo mismo da. A mis efectos, si no se me indica lo contrario, tú, Eme (gracias, San Judas Tadeo), eres la lectora de mis manuscritos, lanzados en botellas de Correos al mar de tu indiferencia.

Marina, hoy necesito desembuchar lo que me ha pasado.

Ando jodido. ¿Cuál sería la palabra para decir «jodido» sin resultar malhablado? ¿Irritado, molesto, escandalizado? Che, pon la que prefieras. Al final «jodido» lo expresa con todos los matices necesarios. ¿Triste? De acuerdo, triste. Triste significa entonces: sentado en la barra del bar Nodo, delante de mi eterno café con leche fría, un programa de tarde basado en hechos reales de fondo en la televisión, San Miguel de espaldas fregando los platos del menú del mediodía, un Fortuna entre los dedos y otro consumiéndose en el cenicero, un nudo en la garganta y necesitado de desahogarme con algún semejante que sepa escuchar en silencio. Y lo siento, ¿quién mejor que tú para escuchar en absoluto silencio? Eres la experta mundial en eso.

Te ha tocado.

Tengo la intención de pasar contigo la próxima hora. Una putada, te fastidias.

A propósito, disculpa si se me acaba el papel y me veo forzado a continuar la carta en alguna de las estupendas servilletas de celulosa que ofrece (gratuitamente, ¿eh?) este excelso local a sus clientes. De los propios servilleteros del Nodo también se pueden consumir palillos planos a discreción, se me antoja una generosidad digna de ser mencionada y elogiada.

Verás, ahora mismo aquí, en el bar, no dispongo más que de un par de folios como este mismo que, pese a llevar el escudo heráldico de La Oficina (que como se ve es grandísimo) en el margen superior, me sirven para escribirte, pero que, aunque los aproveche por las dos caras, podrían ser insuficientes para contarle todo. En ocasiones me llevo folios, bolígrafos y clips de La Oficina a casa. Sé que está mal, pero lo hago casi por instinto. No soy yo, es el pícaro español que llevo dentro.

Ya veremos si luego tengo hojas o no para tanto lloriqueo.

Pues bien, resulta que este fin de semana me tocan los niños. Quizá debería decir «me tocaban» porque ya no me tocan, y ese es mi drama. Me explico.

Mi divorcio, como cuanto sucede en la funesta vida de mi cuerpo, fue normal. Fue normalísimo. Al igual que todos los divorcios de los chicos de nuestra generación, consistió en un despelleje sin piedad del marido, o sea de mí. Me dejaron en pelota picada. Mi ex se quedó el piso de la calle Polo y Peyrolón con su plaza de garaje, los muebles, la enciclopedia Espasa, parte de mi ropa, el coche y los niños. Eso era lo más importante para mí, la custodia de nuestros hijos, pero tampoco supe defenderla. Lo perdí todo, la custodia de los niños también. Conque me tuve que ir a dormir a casa de mis padres, solo, desmoralizado, con el rabo entre las piernas, una mano delante y otra detrás, y fui condenado a pagar una pensión de dos tercios de mi sueldo.

¿Qué otro zulo quedaba para Jaime Monzón Mata que no fuera la casa de sus padres en Conde Salvatierra?

Daba igual si yo era el cornudo o no, que lo era, por cierto. Por el mero hecho de ser el varón de la pareja y un oficinista meticuloso, pendía sobre mi cabeza la posibilidad de que mi ex me acusara con dedo señalador de deprimirla intencionadamente con la insufrible bondad de mi carácter. Supongo que conoces la célebre teoría jurídica de la bondad dolosa, según la cual, Melania Hamilton, aquella mustia que se casó con el Ashley Wilkes de Escarlata O'Hara, esa mosquita muerta, resulta ser por su extrema mansedumbre, en contraste perverso con los humanos reales, la auténtica malvada en lo que el viento se llevó. Pues, por lo visto y por lo que alegó mi ex, en nuestro matrimonio yo fui esa Melania, pero en chico, un ángel culpable interpuesto entre mi ex y el tal Genio.

Mi defensor, el taimado don Laureano Piernavieja, gloria penalista donde las haya, vio claro este riesgo argumental en el caso y me aconsejó allanarme y firmar un humillante divorcio de mutuo acuerdo. Y entonces yo, en mi infinita inocencia, fui y rubriqué mi propia sentencia de muerte económica.

Y así estoy, que a final de mes me veo forzado a dejar a deber los cafés con leche fría en el Nodo, auténtico monte de piedad para mis más que imprecisas excusas de mal pagador. Allí empeño mis balbuceos de gafotas tímido en apuros financieros y San Miguel me fía.

A veces, debo reconocerlo, no paso la pensión a tiempo. Es verdad, me hago el remolón. Es que mi situación me da mucha rabia, Marina. Me exaspera pensar que Eugenio duerme con mi ex, seguramente dentro de uno de los distinguidos pijamas que abandoné en mi huida, que ayuda a Pablete y Pelarañas con sus deberes y sus conflictos cotidianos y que encima, para más inri, se gasta en sus vicios el dinero de la pensión de alimentos que yo sufrago con la sangre de mis santos huevos.

No soy de los que consideran que las ex de un hombre son colonias de su metrópoli sentimental y que por tanto hay que combatir a todo competidor que se les acerque, como a un corsario o a una potencia extranjera. No, ese no es mi espíritu. Tampoco podría ser de otro modo, dado que no tengo más que dos ex: mi ex propiamente dicha y tú. Por lo que respecta a mi ex, me cambió por el tontaina del Eugenio, lo que quiere decir que estaba dispuesta a dejarme por cualquier alucinado que encontrase pasando la noche en el cajero de Bancaja. Y en tu caso, ¿qué? Te casaste, ¿no? Con Blan-blan, el Mantecoso, ¿no? Era mi compañero de pupitre del colegio y me robasteis la oportunidad de que tú y yo creyéramos juntos, ¿no? ¿Se puede ser abandonado de forma más lamentable? No encontrarás a nadie menos posesivo con sus ex que yo, me destrozaría plantearme mi posición de cualquier otra manera. Sería muy degradante presumir de nada a este respecto.

No tengo celos de Eugenio. Lo que me duele es que ejerza de padre de mis hijos.

Por eso, lo que es ingresar, les ingreso a mi ex y a su Genio, mes a mes, hasta el último céntimo que les debo. Me obligan una sentencia y mi sentido del deber. Pero, eso sí, normalmente con un poquito de retraso. Un par de semanitas de nada... Es mi pequeña y ridícula venganza contra ellos. Y a continuación la muy pájara de mi ex me lo hace pagar caro, ¡muy caro!, porque utiliza a los chicos en mi contra.

Me la devuelve por boca de Pablete y Pelarañas, los enfrenta conmigo. ¡Dios, qué daño me hace!

Este mediodía en La Oficina, a punto ya de irme, ha sonado el móvil que llevo en el bolsillo y que justamente es el mío, mientras escuchaba a mi compañero César Augusto Peláez autoayudarse a media voz. «Peláez, chico, a ver si vamos quitándonos faenas de encima», se dice a sí mismo cuando se sienta por la mañana; «Peláez, chico, chico, déjalo, no te enfades, no tiene importancia», cuando algo le sale mal; «Peláez, chico, te tiene dicho doña Pura Cotorro, tu anciana mamá, una santita, que no te acuerdas de tu ropa hasta que se la regala a la portera y se la ves a su marido», mientras encesta una bola de papel en la papelera; «Peláez, no eres una mujer, no puedes hacer dos cosas a la vez, chico», cuando está ante el ordenador rellenando un formulario y le llaman por teléfono; y así una y otra vez según es su costumbre. A veces me espeta: «Monzón, chico, chico, cuando me muera me recordarás por mis frases inspiradoras». Y yo pienso: «¿Cuando te mueras, Peláez? No, antes, ¡me las estoy apuntando ya!».

Me fascina el personaje, y mira que es pringoso, ¿eh?

He mirado, pues, la pantalla del aparato que no dejaba de pitar. Era el número de mi ex, por lo que directamente me he ido donde suelo si preciso cierta intimidad; al cuarto de baño de caballeros. Allí, con el pestillo corrido y mi vida privada a resguardo, sentado en el retrete, igual que pasaba las horas mirando revistas de tetas a los quince, he respondido.

—Dígame. —Los nervios y el miedo reverencial resultaban obvios en el timbre de mi voz.

—Se pone tu hijo... —ha contestado mi ex, cortante, demoníaca.

—Pablete.

—...

—Pablete.

—...

—Pablete, hijo, ¿estás ahí?

—Hola, papá.

—Hola, hijo. Esta tarde nos vemos, ¿verdad?

—...

—Pablo, ¿qué pasa?

—...

—Pablete, por favor...

—Que este fin de semana no vamos a ir contigo a casa de los abuelos, ni a ningún sitio. Hoy no. Que preferimos quedarnos con la mamá. Que tenemos mucho que estudiar y que además no queremos verte porque el domingo nos devuelves por la noche, no nos llevas a casa de la mamá a la hora... —Notaba la infernal presencia de su madre susurrándole aquella respuesta como una cuchillada.

A través de la línea inalámbrica me parecía percibir incluso ese tipo de peste a azufre que despide el maligno articulando sus conspiraciones.

—Pero, hijo mío, si nadie os trata con más cariño que yo. Pero si nadie os quiere más que papá.

—...

—Pablete, mi vida, me partes el corazón.

—Papá, te portas mal con la mamá, tiene jaquecas por tu culpa y estamos enfadados contigo. Nos has abandonado, te has marchado para siempre...

¿Nos has abandonado?! ¿Yo?, ¿yo?, ¡pero si yo he sido el expulsado y sustituido!

Me he contenido las ganas de explotar.

—¿Puedo hablar con tu hermana?

—No, papá. Pelarañas, digo, Luisa, está castigada a no hablar contigo, le has provocado un trauma.

—¿Qué trauma ni qué niño muerto? Pablete, Pablete... ¿por qué? Hijo... —De fondo se escuchaba al diablo de mi ex y al terrorista del Genio diciendo al niño: «Che, cuelga, cuelga ya, que la llamada la pagamos nosotros, cuelga y a fer la mà».

—Adiós, papá. —Y me ha colgado.

Querida Eme, la existencia de los hombres divorciados es así de cruel. Extraviamos a nuestros hijos a la vez que a la bruja de nuestra ex. Librarnos de una conlleva que perdamos a los otros. Es verdad que algunos exmaridos son mala gente y siguen maltratando a sus familias también tras la separación, pero la inmensa mayoría de nosotros somos buenas personas, cumplimos como podemos con nuestras obligaciones, no incordiamos más de lo normal y, pese a ello, padecemos que se nos aleje de nuestros retoños, como si fuésemos perniciosos para ellos. Es un castigo inhumano, te lo aseguro.

Yo, por ejemplo, tengo claro que Pablo, mi hijo mayor, nunca me perdonará el

divorcio por más que no fuera por mi culpa. Hoy me he dado perfecta cuenta de que se me está escapando. Que me lo están robando. Algún día quizá, cuando sea mayor, se encontrará en mi circunstancia y se acordará de mí y me comprenderá. Él es muy bueno imitando mi cara y mis gestos con la nariz y las gafas, de esta forma tal vez en un futuro lejano se mire en el espejo y me vea en sus ojos y me disculpe por no haber sido el papá perfecto. Hasta entonces, se hará mayor matando todo el amor a su padre que le vaya naciendo desde el interior. Mejor que me haga a la idea y tenga paciencia.

Esta es la causa de mi desazón, Eme. Debido al divorcio me voy a perder lo que reste de infancia o adolescencia de mis hijos. Yo soy, tal vez debo decir «era», un padrazo.

Figúrate que, en las Navidades de los últimos años, cuando mi ex ya me tenía una manía mortal, la noche de Reyes, entre los relucientes juguetes nuevos de los niños, yo mismo dejaba grandes cajas vacías envueltas como regalos a mi nombre de parte de Gaspar para que nadie en casa notara que ni los Reyes Magos se acordaban de papá. Autorregalos hueros, ya ves. Y, por supuesto, al descubrirlos al día siguiente, lucía mi famosa corbata de patos Donald con objeto de animar la fiesta y que Pablete y Pelarañas ni sospechasen lo que en verdad sucedía en el descarnado dormitorio de sus padres.

Papá los llevaba a deporte escolar, al dentista, a catequesis, al cine, a vacunar, a todo. A mi ex, si no tenía que trabajar, le dolía la cabeza y si no le tocaría meditación, o yoga, o depilación de ingles y axilas, o peluquería, o había quedado con el Genio para un proyecto del trabajo, o yo qué sé. La cosa es que el menda ha criado a sus hijos sin ayuda. Que era yo quien se levantaba por las noches a cambiarles las sábanas si se hacían pis en la cama; que yo les dejaba la moneda de cien pesetas del ratón Pérez debajo de la almohada y que yo conservo en un bote de Eupnol todos sus dientes, colmillos y muelas de leche; o que era yo también el que en el parque les presentaba a otros niños para que se hicieran amigos y plantaba cara a las MCD (madres controladoras descontroladas) que les quisieran reñir. Padre coraje, sí, ese era para Pablete y Pelarañas este solitario señor gris que ahora gimotea en la barra del bar Nodo. Y mira, Eme, cómo me lo pagan.

Me acabo de pedir una copita de Magno para pasar el trago.

La famosa noche del verano del setenta y tres en que ocurrió aquello, al despedirnos de la desaparecida hija del subgobernador, cuando tú y yo fuimos más valientes que nunca, nos conjuramos para no contar a nuestros padres nada de lo que nos había pasado.

¿Te acuerdas?

—Ni siquiera a la tieta Encarna —me forzaste a prometer.

—Ni siquiera a la tieta, te lo prometo —respondí.

Entonces creíamos que los adultos serían incapaces de entender nuestro torpe amor imparabile, de sentir piedad por un pequeño gran error, de compartir la excitación aventurera que provoca una escapada nocturna, de aceptar que las cosas a veces pueden ser divertidas, desordenadas, salvajes... Presumíamos que los mayores ya nacieron mayores y eso es una tremenda estupidez, sólo que he tenido que hacerme mayor para entenderlo. Si hubiéramos roto el juramento que hicimos y contado

nuestra historia, a lo mejor no nos habrían aislado con tanta severidad, a lo mejor nos habrían permitido mantener algún contacto entre nosotros. Aunque lo descubro tarde, muy tarde.

Todo adulto esconde un exniño en su interior y en ocasiones ese exniño es más influyente en el adulto que el previejo que lo sustituyó. Pero para ti y para mí esa revelación llega tarde, muy tarde.

Pues bien, Eme, el exniño que te escribe, un Peter Pan que está moviendo su copa de Magno sobre la palma de la mano izquierda, hoy está nervioso, desmoralizado. Fui el héroe de mis retoños, su supermán, su refugio y actualmente no quieren ni verme. Soy su ídolo caído, un actor desenmascarado, un rey desnudo. Un pobre hombre, un Papá Noel descubierto por los chiquillos antes de tiempo. Como todos los muchachos de nuestra generación de exniños nacidos en los sencillos sesenta, soy un papá que no sufrió lo suficiente hasta que alcanzó la condición de exmarido y entonces ya no estaba a tiempo de seguir ejerciendo de buen padre. Un maestro necio por haberlo tenido todo demasiado fácil. Me faltó el hambre que pasaron nuestros padres o la agitación en la que crecerán nuestros hijos. Soy un malogrado bosquejo del papá que tanto mis padres como el rey Juan Carlos y Adolfo Suárez querían que fuese.

Llámame Simplificissimus Monzón, me lo merezco.

—San Miguel, ¿me rellenas la copa?

El pasado es sólo una emoción. Ceniza, el pasado es ceniza. En realidad, el pasado ya no existe y mi infancia tampoco. Creo que llevo toda la vida sentado en la barra de este bar, escribiendo cartas despechadas que jamás leerás.

Mi querida Eme, lo voy a dejar aquí. Como ves, me he quedado sin papel. No he dejado ni márgenes.

Mañana llega por fin mi cita con Ella. Ya te contaré. A lo largo de la semana nos hemos enviado varios mensajes interesantes. Estamos los dos muy excitados con la idea de hacer una excursión juntos. Parecemos dos adolescentes. Quizá lo seamos. Diré mejor dos exadolescentes, ¿no?

Ya sé que no existes, tu presencia es un agujero negro como el mutismo de Dios, pero me haces compañía, también como me hace compañía Dios. Demasiada compañía para un cuatros ojos tan desamparado y con tan poca gracia como yo. Para un padre, con vocación de papá, que se ha quedado sin hijos. Un padre con descendencia, pero sin hijos, por tanto, un estéril sentimental. Sois, Dios y tú, las dos leyendas que dan sentido a mi vida. ¿Y sabes qué? Creo que Ella ha venido para sustituirlos. Sí, a los dos, a Dios y a ti.

Te quiero. Me quiero. Las dos cosas significan lo mismo. Hasta luego, Marina, mi exniña.

Por cierto, inspirado por el Magno, vislumbrando a través del humo de los Fortunas mi tristeza de centinela al que olvidaron darle el relevo, te he escrito un poemita («Ahí sigo») en una servilleta. Qué tonto estoy. Lo incluyo en el sobre.

—San Miguel, la dolorosa, plis.

AHÍ SIGO

Para Eme

Si algún día te vuelves
y preguntas por mí,
me encontrarás en tu recuerdo.

Ahí.

Solo.

Despierto.

Dormido.

Soñando.

Dormido.

Despierto.

Solo.

Ahí.

Toda una vida esperando
que algún día te vuelvas
y te acuerdes de mí.

(Escrito en una servilleta de papel de las del bar Nodo)

CAPÍTULO 10

—Papá, antes de ser cinco con el Genio, mientras aún erais tres, ¿por qué decidisteis ser cuatro y que naciera yo?

—Porque mamá y yo queríamos querernos más.

—Para eso yo no os hacía ni puta falta, papá. Si queríais quereros bastaba con que os quisierais. Y para hijo guapo ya teníais a Pablete. Yo no pinto una mierda en esa mierda de ecuación. Mamá no te ha querido en la vida, por cierto. Que te enteres... A ver, repito la pregunta, fijate bien: ¿por qué, coño, decidisteis ser cuatro?

—Che, porque yo quería quererte a ti.

—¡Ese es mi papi! Respuesta correcta, *cagoentodo*. Respuesta correcta, ¡joder con mi viejo! Ven que te plante mi pintalabios en los dos cristales de tus gafitas, papá.

Pelarañas pensaba en esta última conversación con su padre cuando optó por marcharse a dormir a la antigua casa de sus abuelos, donde se suponía que Jaime Monzón había vivido hasta su repentina muerte del día anterior, pese a que luego la chica de los rizos y el petirrojo terminaría pasando la noche en la playa, bajo el árbol petrificado. Sí, quiso ir a Conde Salvatierra tras la pista de papá, pero contrariamente a su propósito inicial acabó durmiendo al raso en El Saler.

Y, según después se supo, no exactamente sola. Parece ser que allí, justo allí, se lo encontró. Y habló con él. Y se quedó dormida apoyada sobre el pecho de una presencia imposible, pero real.

Cuando contó a su hermano mayor y a Mariola lo que vino a sucederle en El Saler no la creyeron. Sería una pesadilla o una alucinación, le respondieron riéndose. Y como Luisa insistiera en su misteriosa historia aún tuvo que escuchar algunas bromitas sobre su afición a la marihuana y lo útiles que resultan los porros para soportar malos tragos.

Sin embargo, con el paso del tiempo, el propio Pablo acabaría sumando este relato espectral de Pelarañas en El Saler al cúmulo de circunstancias inexplicables que rodearon la muerte de su padre y que a él le cambiaron la vida. Que le cambiaron al menos las tres opiniones que hasta entonces había mantenido sobre Jaime Monzón, sobre el destino y sobre el amor.

El caso es que, aquella tarde tan doliente en que su madre y su hermano no se hicieron cargo de la impresión que sentía tras la visita a la morgue, a Pelarañas le dolían los ojos de tanto llorar, sentía las orejas rojas y ardiendo de calor, notaba el estómago sucio y le incomodaba que mamá de un momento a otro la fuera a llamar a cenar. No tenía cuerpo para soportar, apretada e incómoda en la mesa con alas y patas de hierro de la cocina, las excentricidades del Genio con la comida y sus repetitivos «*Che, que bo...*» o «*Yeee..., a cagar a l'hort*», los «*Qué asco, no me gusta*» o «*Sólo tengo hambre de patatas fritas*» de la mimada bolita Iris o los sarcasmos de su madre y aquellos cadenciosos «*Maruchi dice...*», «*Nena, carinyet, cari, dilo tú...*» o «*El Genio dice..., ¿verdad, Genio?*». No. Aquella noche no. Su padre acababa de morir y semejante tragedia personal merecía algún tipo de desahogo extraordinario.

La habitación de Pelarañas en el piso que tras el divorcio se quedaron su madre y el Genio en la calle Polo y Peyrolón no era grande, pero tampoco minúscula. Era la típica de una vivienda de protección oficial. Puede que fuese la única habitación ordenada y exenta de trastos dentro del expansivo caos que convertía aquella casa en un trastero. Además, resultaba más que suficiente para una chica de veinticinco años que ha terminado filología clásica, especialidad latín, con media de matrícula de honor y que está trabajando en su tesis doctoral sobre publicidad de putas y chaperos en los grafitis obscenos de las paredes de las antiguas ciudades romanas.

Aquellos nueve metros cuadrados daban de sobra para una cama, una mesa de trabajo, dos estanterías atiborradas de libros y una cómoda con espejo. ¿Qué más podía pedir?

Pelarañas, que en la calle se sentía sexualmente poderosa igual que una Venus o una Diana cazadora, cuando se quedaba en camión pasando apuntes a limpio entre esas cuatro paredes, bajo los pósteres de *Ben-Hur*,

Centauros del desierto y una reproducción de Luperca, la loba capitolina, perdía toda fuerza y se transformaba en una chica cualquiera o, peor, en una buena chica. En la estudiante que en verdad era.

Aquel cuarto constituía su guarida, su cueva, allí se podía relajar como Wonder Woman en la isla de Themyscira.

Llevaba peor lo de compartir el baño pequeño con la bolita Iris, que siempre aparecía, con esas urgencias que no admiten demora, en medio de la tranquilidad que Pelarañas necesitaba para peinarse de modo aceptable la pelota de rizos que tenía en la cabeza o depilarse el pubis sin hacerse un cortecito.

Aunque fue mucho más estresante mientras Pablete aún vivía en ese piso. Es imposible utilizar el cuarto de baño a medias con un chico de más de catorce años, he aquí una verdad universal. Dejan goterones de pasta de dientes sobre el grifo del lavabo, no reponen el papel higiénico, abandonan las toallas mojadas por las esquinas del suelo, no levantan la tapa del váter al mear y lo salpican todo al ducharse. Es más, tienen la espantosa costumbre de poner el huevo justo antes de ducharse, con lo que a quien viene detrás le recibe una peste densa a puchero de garbanzos sostenida por el vaho húmedo que empaña el aire. Disponer de un constreñido espacio vital para lavarse y arreglarse cuando se es una mujer adulta y libre constituye una frontera infranqueable para la felicidad.

Pelarañas era de la opinión de que una mujer para sentirse guapa antes debe sentirse limpia y que tal cosa es casi imposible careciendo de cuarto de baño propio o compartiendo el baño con un sujeto masculino.

Harta de llorar sin consuelo oyó marcharse a Pablete.

—No hace falta que me acompañéis a la puerta —le escuchó decir en la sala de estar y después cómo se detenía ante la puerta de su cuarto y dudaba si llamar con los nudillos. Finalmente, Pablo siguió y la puerta de la calle al cerrarse sonó como un «Adiós, Pelarañas».

Se acordó entonces de que Rafa Víboras le había dado un llavero y una foto de una niña desconocida con trenzas. Y de que ambas cosas estaban ahí delante, junto a la camisa negra de la mañana dejada caer sobre la mesa de estudiar.

¿Qué misterio escondía aquel viejo retrato? ¿A quién pertenecían esos

ojos azules? ¿Quién era Eme?

¿Y las llaves?

Las llaves debían de ser las de casa de los abuelos, claro, porque ahí es donde vivía papá. Conque en sus manos estaba la solución del enigma. Seguro que entre los objetos personales de su padre encontraría todas las respuestas que ahora le faltaban. Sólo tenía que vestirse, coger el Twingo de mamá, ir a Conde Salvatierra, abrir la puerta y mirar en los cajones, en el bote de los lápices o en los bolsillos de las americanas del difunto. Sería fácil, a los hombres no se les suelen ocurrir más que dos o tres escondites tópicos para sus recuerdos más íntimos.

Después podría meterse en la cama de su padre e intentar dormir abrazada a una almohada que oliera a su colonia, tal y como si la almohada fuera él mismo. Tal y como hacía cuando de pequeña tenía miedo por la noche y se colaba en la cama de matrimonio por el lado de papá fingiendo ser un ratoncito.

Así que, dado que no se iba a arrancar los cabellos, rasgar las vestiduras, cubrirse de ceniza o arañarse los pómulos, como exigía su particular código de decencia romano, resolvió hacer eso: largarse a casa de los abuelos y meterse en la cama de papá, entre las sábanas bajo las que en teoría él habría pasado sus últimas horas. Respirar su olor, rozar sus roces, ocupar su hueco en el espacio. Y también, ¿por qué no?, rebuscar un poco entre sus secretos.

Se enfundó pues un esquiama y encima se puso unos vaqueros con rotos en las rodillas y un jersey de pico gris, tipo Pulligan, muy propio del Jaime Monzón que se ponía cómodo a la vuelta de La Oficina. Puede que fuera uno de los jerséis que él se dejó en casa tras el divorcio y que Pelarañas guardó como una reliquia de los buenos tiempos perdidos. También una cazadora de cuero de aviador, porque a finales de primavera en Valencia todavía la humedad es fría después del atardecer. Y zapatillas de deporte blancas por si había que salir corriendo. Además, cogió el cargador del móvil y una linterna, ya que nunca se sabe qué puede ocurrir cuando se entra en casa ajena sin avisar.

Dejó su habitación sin hacer ruido. Desde la sala de estar llegaba la voz a todo volumen de la tele y, como el pasillo estaba oscuro, también un

resplandor de distintos violetas que se reflejaba en los marcos de las puertas. De una bandejita del recibidor tomó la llave del Twingo de mamá. Abrió, salió y cerró la puerta principal, despacito, sin que llegara a sonar siquiera un mínimo portazo. Y respiró hondo como quien escapa de una cárcel o de un cónyuge posesivo.

A esas horas le resultó fácil aparcar en la zona de Conde Salvatierra. El centro de Valencia se vacía cuando acaba la jornada laboral. Encontró un buen sitio a la primera en Cirilo Amorós, frente a la galería Jorge Juan.

Cruzó caminando por delante del relieve de tamaño natural de un valenciano vestido de *torrentí* que sostiene en alto un ramo de naranjas con una mano y luego una guitarra apoyada en el suelo con la otra y que parte en dos el escaparate de la boutique de Francis Montesinos. Antes, en tiempos de Jaime Monzón, cuando el mercado de Colón era un mercado de verdad, ese *torrentí* adornó la entrada de las afamadas Mantequerías Luján.

Le dio dos golpecitos en sus partes a la figura del *torrentí*. Era su costumbre al pasar por allí. Darle dos toques en los huevos a la escultura del fallero le procuraba buena suerte, o eso creía.

Al enfrentarse al portal sacó el llavero que le había dado el Viboritas. Probó una llave, la que más se parecía a la cerradura, y no funcionó. No entraba bien. Luego las otras dos y tampoco. Esas últimas no pudo ni meterlas por el ojo del bombín. No encajaban.

¿Cómo era posible?

Siguió intentándolo un rato largo. Al final aceptó que aquellas no eran las llaves de la antigua casa de los abuelitos. Pero ¿de dónde diablos serían?

¿Y si aquel no era el llavero de papá porque sencillamente papá no era el muerto?

Antes de marcharse, medio por probar medio por protestar, apretó con insistencia la tecla del portero automático y, para su sorpresa, se abrió el portón. A ciegas entró en el negro zaguán y comenzó a subir las escaleras también a oscuras.

Estaba aterrorizada, pero no se detuvo.

Chirriando se entreabrió la puerta del antiguo piso de los abuelos. Un

haz amarillo cortó las tinieblas y alumbró el tramo de escaleras que le faltaba para llegar al rellano. Tragó una pelota de saliva y sintió el sudor en su espalda.

La cara de la tía Pilar se asomó por aquella aspillera de luz.

—¿Quién es? ¿Quién sube arriba?

—Soy yo, tía. Pelarañas, digo, Luisa —respondió ya en el descansillo.

—¿Quién es Arañas?

—Yo, tía. Soy Luisa. Soy yo, tu sobrina Luisa. ¿No me ves? ¿Está papá en casa? —Se paró ante el umbral cruzada por la frontera del claroscuro.

—Niña, ¿no sabes la terrible noticia? ¿Nadie te ha dicho lo que le ha pasado a tu papá? —A la tía Pilar se le llenaron los párpados de lágrimas. La cabeza de la tía Carmencita apareció por debajo de la de su hermana.

—Hola, tía —saludó a Carmencita—. Sí lo sé, es que no me acostumbro a que se lo haya llevado nuestro Señor, alabado sea... —Renunció a verbalizar sus dudas sobre la identidad de aquel cadáver disfrazado de su padre—. Pero esta era su casa, ¿verdad? Él residía aquí, ¿verdad? Es que tengo que recoger un traje elegante para vestirlo y que mañana esté guapo, guapo, guapo. Con sus gafitas y todo —dijo lo primero que se le ocurrió para justificar aquella extraña visita.

—Ay, *bonica*, si te esfuerzas mucho a lo mejor va a estar más guapo de muerto de lo que lo estaba de vivo. Porque Jaime era bondadoso, pero guapo no, ¿eh? Guapo no... —terció Carmencita, con las manos metidas en los bolsillos delanteros de su sobretodo sin mangas, con florecitas y botones azules.

—¿¿Tu padre, vivir aquí?! —se escandalizó la tía Pilar, que con claridad ejercía el rol masculino en la pareja de hermanas—. Ay, no. Para nada... ¿Quién te ha dicho eso, Luisa? Tu padre no ha pisado esta casa desde hace muchísimo... Mira, Luisa, desde antes de que murieran los abuelitos, si me apuras. Al poco de divorciarse de la mamá, dale recuerdos, por cierto, sí que estuvo una temporadita en este piso, pero al poco recogió todo lo suyo y se fue. Desde hace por lo menos ocho o nueve años no estamos al corriente de dónde vive Jaime.

—¿Cómo? Hostias. ¿Quieres decir que mi padre no vivía aquí?

—Luisa, cuida ese lenguaje o te lavo la lengua con estropajo.

—Perdón.

—Sí, eso digo. Mi hermano Jaime se refugió en casa de nuestros padres al separarse y pasados unos meses se marchó y ya nunca regresó otra vez. —Pelarañas tenía literalmente la boca abierta—. ¿Es que no estás informada de dónde vivía tu papá, Luisita?

—Estoy un poco confundida, tía... No, la verdad es que no sabía. Siempre nos veíamos en cafeterías y eso... Parecía que evitase que supiera dónde y con quién vivía... Dime una cosita más. Cuándo repartisteis la herencia de los abuelos, ¿no le tocó a mi padre esta casa?

—No, Luisa, no, esta casa nos la quedamos la tía Carmencita y servidora. Aquí vivimos las dos tan contentas.

—Joder, qué chasco. ¿Y qué le quedó a papá?

—Jaime tuvo mucho interés en adjudicarse el viejo apartamento de los Garbí de Frontera. Y es suyo. Bueno, ahora será vuestro, Luisita.

—¿El viejo apartamento?! —Los ojos se le salían de las órbitas.

—El apartamento de Frontera, Luisa. Sí. Eso.

—Eso es, *bonica* —puntualizó la tía Carmencita.

Pelarañas se dejó caer, absorbida por la oscuridad de las escaleras. Después, ya en la calle de nuevo, trató de encajar las piezas de lo que acababa de descubrir:

Uno, que su padre no vivía donde creían que había pasado los últimos diez años.

Dos, que la casa de los abuelos pertenecía a las tías Pilar y Carmencita y no a su padre como pensaban.

Tres, que Jaime, en el reparto de la herencia, se quedó con el viejo apartamento de Frontera, ese que ni Pelarañas ni su hermano habían pisado más que, si acaso, en alguna rara ocasión y de muy pequeños.

En conclusión: no sabían dónde vivió su padre.

Pelarañas adoraba a su padre. Lo había cuidado siempre mucho, dentro de lo posible, tratándose de un papá divorciado, incluso quedaba con él regularmente y, aun así, era obvio que ignoraba del todo quién era Jaime Monzón en realidad, ni qué hacía con su tiempo después de La Oficina.

Las lágrimas que no contenía eran ahora de angustia. Tal vez de miedo.

Aturdida, se le pasó darle los dos golpecitos de rigor en sus partes al

fallero de piedra de la boutique de Montesinos.

Desenfocada, casi por instinto, marcó el móvil de Rafa Víboras mientras caminaba sin rumbo por los alrededores del mercado de Colón.

—¿Viboritas?

—Estoy en casa, Pelarañas. Aquí no puedo... —respondió con entonación muy baja.

—Rafa, tengo que verte. Preciso que me folles bien follada lo primero. Y luego darle vueltas juntos a lo que me está pasando. Esta vez necesito las dos cosas: tu pollita de forense porno y tus consejos de tío adulto y aburrido. Tengo el Twingo de mi madre para irnos corriendo al descampado de las grandes ocasiones. ¿Te recojo?

—Shhh... Pelarañas, no. Estoy en casa. No puedo. —Su voz era casi imperceptible—. Y no puedo salir ahora. —Sonó agua cayendo como si hubiera tirado de la cadena del váter—. Mi mujer está aquí. Me he metido en el cuarto de baño para disimular...

—Dile a tu santa que tienes que ir a ver a una muertita, coño. Otras veces se lo ha tragado. Y la muertita resulta que soy yo en bolas. Y voy y me dejo comer todo el conejo a bocados grandes como a ti te gusta y luego también hablamos... Me haces mucha falta, Rafa...

—No puedo. —Ahora abrió un grifo—. Además, tampoco debo hablarte de lo de tu padre por el momento. Más tarde descubrirás muchas cosas, pero aún es demasiado pronto. Lo siento... Si quieres, mañana podemos quedar a mediodía en ese hotel de Puzol que se llama París, ¿no?

—...

—Brujita...

—Brujita, tu puta madre, cobarde, cagabragas.

—Escucha... —Aquí se cortó la comunicación, Pelarañas colgó el teléfono.

Y ese fue el momento en que por despecho decidió mandar a todos a la mierda e irse a la playa de El Saler a dormir en su desierto privado, a dormir bajo el árbol mágico de papá.

—*Fortuna parvis momentis magnas rerum commutationes efficit* —se dijo en voz alta.

Se sentía molesta en su propio cuerpo, incomprendida, inerme, hastiada... Ansiaba aislarse e hiperventilarse sin testigos ni ruidos alrededor. Llorar y nada más. El mar y nada más.

—Cuando todo salga mal, cuando perdamos toda esperanza, Pelarañas, vendremos juntos bajo este árbol petrificado que es maravilloso y concede deseos, escucharemos ir a la marea y volver al viento y pensaremos pegados. Será nuestro sitio secreto, el secreto del padre y la hija —le dijo Jaime hace una eternidad. Y lo cumplió.

Y siempre que estaba triste lo llamaba.

—Papi, necesito ir al árbol petrificado. —Y su padre la recogía con su antiguo Corsa donde estuviese.

Pasaban por delante de la Ciudad de las Ciencias y de la Albufera, dejaban el antiguo Corsa en el aparcamiento del parador nacional de turismo, caminaban un poco por el bosquecillo que sobrevive al norte del campo de golf y se acomodaban entre las dunas junto a una roca cilíndrica y agrietada coronada por florecitas y enredaderas que verdaderamente parece un árbol fósil o convertido en piedra por algún dios airado.

La hija se sentaba entre las piernas de su padre, se dejaba rascar con languidez los rizos y, sin necesidad de charlar de nada en particular, apenas dejando pasar el tiempo y el aire, los nudos emocionales tendían a deshacerse, los malentendidos se reblandecían y las fuerzas regresaban a su corazón de adolescente atormentada.

A veces papá se fumaba un Fortuna y Pelarañas un porrito.

La dehesa de El Saler cubre de bosque mediterráneo la estrecha barrera de tierra, piedras, arena y dunas que separa el mar del lago de la Albufera. Desde tiempos de la conquista de Valencia a los moros y hasta bien entrado el siglo xx su aprovechamiento (salinas, leña y caza, principalmente) perteneció a los reyes. Después, el ayuntamiento de Valencia compró la arboleda, que así siguió siendo suelo público. Por eso lo lógico hubiera sido que llegara virgen hasta nosotros. Que, pese a estar a menos de diez kilómetros de la gran ciudad, nadie hubiera construido nada en semejante escenario irreplicable, en ese insólito pasillo de fronda entre la playa y el lago de agua dulce más grande de la península ibérica. Pero no. No fue eso lo que ocurrió.

Así se lo explicaba Jaime Monzón a Pelarañas cada vez que el padre y la hija se fugaban al árbol petrificado a razonar o a escuchar el silencio imposible de los pájaros libres:

—Pelarañas, mi niña, la región valenciana es lo más parecido al edén de Adán y Eva que quiso el cielo que hubiera sobre la Tierra —le decía—. Al menos la región más digna de haber sido históricamente el auténtico paraíso terrenal. Un clima benigno, una huerta verde y bien regada, una pleamar de naranjos, mandarinos y limoneros separando los valles de las sierras, flores todo el año y el Mediterráneo de fondo... ¿Qué más se puede ansiar? Ahí tienes la razón por la que unos y otros están dispuestos a pagar lo que sea por veranear aquí y por la que cada invasión de ladrillos que sufre España acaba rompiendo como un tsunami contra nuestra costa. ¿Te crees que la última burbuja inmobiliaria, la de cuando la Copa América, ha sido la primera? —le preguntaba enfático—. Pues te equivocas, Pelarañas, ni la primera ni, por desgracia, la última, ya lo verás... —remataba Jaime.

A continuación, rutinariamente le colocaba el siguiente relato:

—En 1965, sin ir más lejos, en pleno desarrollismo franquista, se proyectó que la playa de El Saler se convirtiera en un Manhattan para domingueros y madrileños. El plan preveía construir en la dehesa cincuenta y seis torres de quince plantas, cientos de viviendas menores, muchas autopistas y un área de ocio para cien mil personas que incluyera una plaza de toros. La maqueta se presentó en Madrid, por supuesto. El dinero que corrompe Valencia siempre viene de Madrid, como el viento de poniente que incendia los campos y asfixia a los animales. Las excavadoras entraron en la floresta de inmediato.

»Sin embargo, esta vez la gente reaccionó.

»Pese a que en esos tiempos el dictador y sus subordinados calvos de traje gris, corbata negra y zapatos de rejilla y cordones seguían en pleno ejercicio de sus temibles cargos públicos, un periódico independiente, *Las Provincias*, se atrevió a impulsar una campaña en defensa de los pinos y las dunas bajo el lema: «*El Saler per al poble*». Y, después de innumerables sufrimientos por los impresionantes intereses económicos en juego, se consiguió agujinear las conciencias locales y detener aquellas

obras salvajes. Lo malo es que, llegados a este punto, Franco ya había muerto en su cama y algunos daños resultaban irreparables.

»Ahí quedaron, pues, clavados como cuchillos en El Saler, más de cuarenta edificios de ocho alturas, un paseo marítimo con duchas y chiringuitos, un hotel de cinco estrellas, el parador de turismo Luis Vives con su campo de golf, un hipódromo vacío y una gran charca artificial con un solar para club náutico de barcas de vela latina. Poco a poco se han ido eliminando las huellas de cemento de aquella arremetida de los bárbaros especuladores. Aunque no todas las huellas, ni mucho menos, y a veces en medio de la espesura es fácil tropezarse con postergados restos de alcantarillas o aceras que, como trincheras abandonadas de una guerra ganada pero perdida, se dirían las costras impuestas al bosque por las puñaladas de los picos y las palas.

Jaime acostumbraba a culminar este monólogo heroico sobre la ciudadanía de Valencia que se sublevó y en el último minuto salvó al bosque de El Saler de convertirse en otro Torremolinos o, mejor dicho, en otra Manga del Mar Menor, susurrando una enigmática frase:

—Mira, Pelarañas, el subgobernador civil de la época fue uno de los autores de la depredación de este paisaje sin igual y siempre pensó que aquel verano del setenta y tres a su hija Clara la secuestraron y quizá la asesinaron los ecologistas. ¡Menudo imbécil era! ¡Como si un jardinero fuera a ser un terrorista...!

Pelarañas no entendía qué quería decir aquel murmullo, pero de tanto escucharlo se lo aprendió de memoria como si fuese una oración.

Pobre papá, qué loco estaba.

—Vamos, Pelarañas, hostias, que un jardinero no es un terrorista —se dijo a sí misma para alentarse al cerrar la puerta delantera del Twingo en una cuneta, unos metros antes de la entrada del aparcamiento del parador. A oscuras le costó reconocer la senda que conduce a la roca con forma de árbol. Como no recordaba que llevase una linterna, se alumbró con la luz del móvil y aun así tropezó un par de veces.

Al acercarse al árbol petrificado, entre las sombras, vislumbró una figura familiar sentada, mirando al mar con la espalda apoyada en el supuesto tronco fósil. Sin plantearse si era real o simplemente un

espejismo provocado por su desgarró y su sufrimiento, se acercó y tal y como solía se acomodó entre las piernas abiertas del personaje dejando caer la nuca sobre su pecho. No se atrevió a mirarle a la cara. Abrigada por el hombre, no tenía frío.

El mar roncaba frente a ellos.

De este modo, pasaron bastantes minutos de silencio. Hasta que sonó el teléfono móvil de Pelarañas.

—Es Pablete —explicó, y lo cogió—. Hola, hermano, dime.

—Hola, hermana. —Al otro lado del teléfono, Pablo parecía excitado—. El agudo inspector Gustavo ha encontrado una carta de adiós de la madre de Mariola. Van a dejar de buscarla.

—¿En serio? No me jodas... —Pese al vocabulario, el tono de Pelarañas transmitía indiferencia, ensimismamiento.

—¿Pelarañas? Tía, ¿no quieres que te la lea? ¿Te pasa algo?

—No estoy sola, Pablo. Es eso.

—Ah, perdóname. Ok. Hablamos mañana. —Y colgó.

La mano de la figura, una mano conocida, tierna, tranquilizadora..., se posó sobre la maraña de caracoles de la cabeza de la chica y suavemente comenzó a acariciarla como si fuera un bichón frisé acurrucado. Pelarañas se sentía muy cómoda y cerró los ojos harta de llorar tanto. Y fue él, su querido fantasma, quien habló primero.

—Vas a tener que cuidar mucho a tu hermano, él no es tan fuerte como tú. Las chicas de hoy en día sois los chicos de antes.

—Lo sé. Hueles de puta madre, pero diferente. ¿Has dejado de fumar?

—Sí, hace mucho. ¿No lo sabías?

—No, no lo sabía. Perdón, más bien, no me había fijado... Me he dado cuenta de que no sé una mierda de ti y mi hermano todavía menos. Ese gilipollas sigue boxeando con la sombra que dejaste en la pared de su cuarto cuando era pequeño.

—Pobre Pablete, él no se lo imagina, pero está repitiendo mi historia, secuencia por secuencia. No en la forma, Mariola es realmente el amor de su vida y Pablo será monógamo como yo, pero sí en el fondo: ha aplazado para ni se sabe cuándo perder el miedo a vivir.

—¿Te importa si me fumo un porrito?

—Para nada. Te doy fuego. —Se escuchó un clic clac y le tendió un Zippo llameante como una antorcha.

—Gracias —dio una calada profunda al canuto—, *cagoentodo*, ahora el universo vuelve a estar de puta madre...

—¿Me dejas que coja al Señor Moscas?

—¿Para qué lo preguntas si ya lo tienes en la palma de la mano?

—¿Cuántas personas saben que vive un pájaro en tu pelambrera?

—¿Además de ti y de mí? Sólo los que de verdad prefieren conocerme que imaginarse como soy. Los que pasan de las apariencias.

—¿Los que te queremos?

—Joder, por ahora sólo me quieres tú y nadie más.

—Y el Señor Moscas. —El petirrojo se bajó al regazo de Pelarañas, como para confirmarlo.

—El Señor Moscas también eres tú.

—Y Rafa Víboras a su manera.

—No me hables de ese miserable... Por cierto, esta mañana te he visto muerto.

—Lo sé, mi amor, y lo siento.

—¿Estás muerto?

—Estoy en otra vida.

—Tengo tu foto de Eme. —Se la mostró.

—Te la regalo, de recuerdo.

—¿Era guapa Eme?

—Era guapísima. Bella como el mero hecho de vivir y sentirse completo.

—¿Más guapa que yo?

—Para mí ninguna es más guapa que tú, Pelarañas. Eres lo más bonito que me ha pasado. Aunque yo naciera antes, nos hemos hecho mayores a la vez y te puedo asegurar que eres lo más precioso que me he encontrado en mi vida.

—Respuesta correcta, *cagoentodo*. Respuesta correcta, coño. — Pelarañas dio otra calada larga al porro para reunir fuerzas y plantear la gran pregunta—: Papá, ¿has venido a despedirte?

—Sí, cariño. A decir que te quiero.

—¿Y a dónde te vas? Si puedo preguntarlo.

—Al país de Nunca Jamás, con Wendy y con el resto de niños perdidos. A vivir mi siguiente vida.

—Te quiero, Peter Pan de los cojones.

—Te quiero, hija mía.

Pelarañas no creía en Dios ni en el cielo, pero creer en Peter Pan y en Nunca Jamás sí era una opción aceptable. Le ofrecía más garantías de verosimilitud. Así que aun cuando al despertarse en El Saler aterida por el alba todo aquel encuentro le pareciera un sueño y nada más, ciertamente ya no volvió a llorar ni una lágrima por su padre.

Se quedó en paz.

De alguna manera interiorizó la certeza de que, donde quiera que estuviese Nunca Jamás, Jaime Monzón ahí estaría siempre vivo y que no iba a morir. Al menos mientras pudiera seguir pasando de una vida a la siguiente.

CAPÍTULO 11

Casi lo atropelló una bicicleta que circulaba por la acera afeitando cabezas de peatones que salieran distraídos de los portales. En Valencia las bicicletas ruedan por las aceras, como si, en un videojuego, cazaran personas mayores que caminan inestable y lentamente.

Pasado el susto ciclista, sintiéndose liberado del asfixiante ambiente de casa de mamá y el Genio, Pablo agradeció que el aire del final de la tarde le refrescase la cara. Tanto que tras esperar sin éxito unos minutos, en los que se preguntó por qué su hermana lloraba con facilidad y él no, decidió prescindir del taxi y regresar paseando al ático de Mariola.

Desde la zona de la avenida de Aragón en que se encontraba, ante el descarnado estadio de Mestalla, hasta la calle Ruzafa, no tardaría mucho más de media hora andando ligero. Necesitaba ese rato a solas para poner montones de pensamientos en orden. ¿Pensamientos? No, sentimientos.

Debía poner montones de sentimientos en orden.

Serían las ocho o las nueve y, al haber descargado un chaparrón a mediodía, Valencia se presentaba reluciente, recién salida del baño, como sólo se la puede ver de vez en cuando, precisamente después de que alguna de las infrecuentes lluvias pase el mocho por el piso de toda la ciudad. Acabada de baldear. Limpia, desnuda y con una toalla dejada caer a los pies. Sin una mota de polvo en la atmósfera, pintada con colores planos e intensos, oliendo a naranjo húmedo.

Al llegar a la Alameda el perfume a lluvia que expelía la tierra empapada del paseo le evocó los días dorados de su niñez. Cuando salía con su padre por los alrededores del Palau de la Música a buscar caracoles tras las tormentas del final del verano.

—Mi infancia..., mi infancia fue la continuación de la infancia de mi padre —rumió.

Después de un día tan largo, los pantalones del traje le picaban por detrás de las rodillas. También le apretaba el cuello de la camisa. Se aflojó la corbata negra.

Parado en un semáforo para peatones, con los cuarteles de la Alameda a su espalda, plantó adrede la suela del zapato en un charco provocando que bajo la superficie se formase una nube de barrillo marrón claro que lo enturbió. Sonrió con amargura y se dijo:

—Todos los que vivimos somos un saco de recuerdos. Acumuladores limitados de experiencias y secretos que se pierden con la muerte. Yo mismo, cuando ya no me caben más recuerdos, olvido alguno para hacer sitio. En especial los malos, y así consigo vivir feliz. ¿Cuántos instantes irrepetibles se habrán diluido con papá? Cuando morimos, mueren con nosotros todas las personas que sucesivamente hemos ido siendo desde que nacimos y los lazos que establecimos con los demás. No queda nada...

Se sorprendió a sí mismo con esa reflexión tan profunda, a él no se le ocurrían tales sentencias de empollón, y se la atribuyó al influjo del fantasma de su padre.

—Quizá, a partir de ahora, dialogue más con papá a través de la telepatía de lo que conversaba con él de viva voz —especuló para sí mismo.

Cruzó el viejo cauce del Turia por el puente del Mar. Es uno de los puentes más antiguos y característicos de Valencia. Se construyó en el siglo XVI, como demuestran sus bocas ojivales, y en el siglo XX el arquitecto municipal Javier Goerlich le añadió dos escalinatas onduladas, al principio y al final, para superar el desnivel y peatonalizarlo.

El primitivo cauce del Turia, trocado ahora en un jardín lineal de ocho kilómetros, más que dividir la ciudad, la endereza. Actúa como una columna vertebral verde. Visto sobre un plano está claro que el lecho desecado del antiguo río se ha convertido en la raya divisoria de un libro abierto, en el centro alargado de la trama urbana. La vida en Valencia no transcurre a un lado u otro del parque del Turia sino sostenida por él. Ese parque ha cambiado la ciudad, la ha desdoblado y la ha descubierto, como cuando se levanta la tapa del puchero o la niebla de una ciénaga,

permitiendo que entre la luz del sol por todas partes.

Los puentes en Valencia no funcionan como puentes, ya que ha desaparecido el río, ahora son más bien costillas que conectan el callejero formando el esqueleto de la ciudad.

Mientras Pablo bajaba los peldaños del puente del Mar, tuvo ante sí el barrio del Pla del Remei, fémur del distrito del Eixample, mínimo territorio modernista de Valencia. Ahí había vivido siempre su padre. Ahí estaba la casa de los abuelos, el mercado de Colón y, antes que nada, el bar Nodo.

Ya era de noche y las farolas se habían encendido.

En la plaza de América, larga de atravesar a pie por lo torturado del diseño de los sucesivos pasos de cebrá, vio de lejos a uno de sus antiguos camaradas del colegio del que hacía meses que no sabía nada, que caminaba por el lado opuesto de la plaza y en dirección contraria.

—¡Guille! —lo llamó gritando.

—¡Pablo! ¡¿Qué tal?! —respondió el otro sin detenerse.

—¡Ha muerto mi padre! ¡Te he enviado un mensajito! ¡Y tú, ¿qué tal?! —

—¡Mal también, me han empastado una muela! —Se señaló la boca metiéndose un dedo.

—¡Lo siento mucho, Guille!

—¡Gracias, tío! ¡Yo también siento lo tuyo, Pablete, ya verás como no es nada!

—¡Adiós! —Los coches que volvían a arrancar taparon la respuesta del que venía del dentista, si es que la hubo.

A Pablo se le ocurrió entonces que tal vez valdría la pena realizar un envío masivo de correos electrónicos y guasaps, cuando estuviera claro lo del funeral, para que amigos, conocidos y saludados, como se suele decir, pudieran acudir a darles el pésame a Pelarañas y a él. Jaime Monzón no tenía a nadie, al menos que se supiera, conque tendría que ser Pablo quien pusiera los invitados a la luctuosa ceremonia.

El funeral no luce como la boda o la primera comunión, eso es indiscutible, pero conviene lo mismo presentarlo bien y sobre todo llenarlo de deudos, clientes y respetuosos colegas. Además, aunque necesites un muerto para poder convocarlo, si consigues tu familiar fallecido acaba siendo más barato que una boda y la verdad es que también se habla de

los funerales bonitos durante mucho tiempo. Se puede triunfar socialmente con una misa de difuntos memorable.

Un sepelio con pocas personas queda muy triste, muy desangelado. Da la impresión de que al finado y a sus familiares no hay quien los quiera. El de su padre habría que llenarlo pues de gente. Jaime Monzón no conocía ni a sus compañeros de La Oficina, pero él, Pablo Monzón, destacaba por su abultada agenda y eso iba a dejar que se notase.

Por otra parte, el propio Pablo era un profesional de la preparación de eventos y, el entierro de su padre, en algún sentido, resultaría una gran oportunidad, única e irrepetible, para promocionarse.

—Y tanto que irrepetible; papá, en principio, no va a morir en más de una ocasión, o eso espero... —El final del pensamiento se le escapó por los labios.

Si, por tanto, montaba aquellas exequias con emotividad, igual a partir de ahí le salían más entierros que organizar en el futuro. De un velatorio surgirán otros, concluyó.

Negocio a la vista.

Unas honras fúnebres concurridas y distraídas constituirían la mejor publicidad para la agencia de su madre y el Genio. Sería el último pago de Jaime Monzón a su ex. También lo último que su hijo podría aprovechar de él porque de la herencia no cabía esperar gran cosa.

Entretenido en semejantes ensueños mercantiles, Pablo iba adentrándose en el barrio del Pla del Remei por la calle Cirilo Amorós, tuétano del fémur del distrito del Eixample de Valencia, auténtico pasillo de honor de la burguesía valenciana, si es que en esta ciudad hubo alguna vez algo parecido a la burguesía.

En Valencia casi no se produjo industrialización, lo impidió la bonanza de la agricultura, conque siempre hubo ricos, pero no burgueses.

El final del siglo XVIII fue próspero gracias al comercio de productos como el arroz, el vino o el cáñamo. Y, desde principios del XIX, comenzó a dar beneficios el cultivo de la naranja dulce. El primer campo de cítricos regado con agua de pozo se atribuye a un párroco, un notario y un boticario de Carcaixent, quienes, en un terreno yermo de la partida de la Bassa del Rei, junto a la ermita de Santa Bárbara, en 1781 plantaron pies

de limonero injertados de naranjo dulce que habían mandado traer de Murcia. A partir de ahí, poco a poco, el colosal secano que rodeaba a la histórica huerta valenciana se fue convirtiendo en ese inmenso bosque de naranjos y caquis que hoy alcanza desde la caída de la meseta castellana hasta la costa, exceptuando las grandes extensiones en que en los últimos cincuenta años han crecido urbanizaciones y apartamentos para madrileños.

Los empresarios valencianos siempre han sido terratenientes o constructores, o ambas cosas, sin embargo, no industriales. Industriales, no. Por eso repetía insistentemente Jaime Monzón que en su ciudad había ricos, mas no burgueses. Ricos a secas, sí. Pero burgueses, es decir, ricos cultos e industrializados, no. Y así se lo transmitió a su hijo Pablo.

La letra del himno regional, de hecho, pretende que Valencia ofrende nuevas glorias a España desde el taller y el campo. ¿Hacían falta más pruebas? Si fuera el himno de Cataluña o del País Vasco, argumentaba Jaime Monzón, los cantos de amor y los himnos de paz resonarían en fábricas, parques de la bolsa, altos hornos, ingenierías, carboneras, pilas de contenedores del puerto o refinerías de petróleo. No en el taller y el campo, símbolos de la economía prefinanciera.

Valencia, acomodada y mofletuda, fértil y pretenciosa, recibió de la agricultura duros de sobra como para no trabajar o trabajar poquito y presumir bastante. Se comprende pues que la despreocupación y las cosas hechas *arreu* o *ixca com ixca*, antítesis del amor capitalista por el producto perfeccionado, sean las virtudes comúnmente celebradas como máxima expresión de la campechanía levantina.

—El taller y el campo nos delatan tanto como si pusiésemos en la letra del himno regional un botijo y una navaja de cortar queso, Pablete — aseveraba Jaime con pena.

En 1865, sólo cinco años después de Barcelona, se derribó la muralla cristiana de Valencia, abriéndose de este modo las compuertas al desparrame arquitectónico en las afueras del núcleo histórico, ese viejo laberinto de calles que fundaron los romanos, que reconquistaron el Cid y el rey Jaime I y que seguía intacto. Las murallas eran una jaula que se cerraba cada noche al toque de ánimas, abandonando a la luna de

Valencia al desgraciado que llegara con retraso.

A esta expansión responde el plano del distrito del Eixample y desde luego el del barrio del Pla del Remei.

Los ricos terratenientes, acostumbrados a las plusvalías cómodas y sin lucha de clases de la venta de cítricos en Francia, vieron desde muy pronto en la especulación inmobiliaria una continuación natural de sus negocios agrícolas. Y, merced al urgente saneamiento y ampliación de la ciudad, justificaron la ansiedad con que tiraron al suelo manzanas consolidadas para hacer hueco a grúas y obras a estrenar. Buscaron solares con idéntico empeño que terrenos rústicos para los naranjos.

Plantar naranjos o ladrillos se podían considerar opciones alternativas entre actividades similares. Agricultura, al fin y al cabo.

Ahora bien, los tenderos, profesionales y artesanos que prestaban sus servicios al campo fueron hartos más conservadores. Y trataron de resistir defendiendo tradiciones y oficios entre las viejas viviendas, callejas y plazuelas donde en el pasado florecieron los gremios y sus códigos cerrados. Se atrincheraron en el centro histórico.

Unos se llamaron a sí mismos liberales y los otros carlistas. La Iglesia jugaba en ambos bandos.

Jaime Monzón ponía un ejemplo; a principios del siglo xx se inauguraron a la vez dos mercados, los dos modernistas, aunque antagónicos. Uno, el central, para los humildes y pertinaces vecinos de Ciutat Vella y para el personal que bajaba a comprar desde los pueblos, justo donde estuvo el mercado de toda la vida. Y otro, el de Colón, para la gente bien que ya vivía en el Pla del Remei. El éxito de las novelas de Blasco Ibáñez y los cuadros de Sorolla, incluso los de Pinazo, convirtieron con el tiempo aquella resistencia al amo de comerciantes y pequeños agricultores atrincherados en el vientre antiguo de Valencia en un republicanismo de derechas, folclórico y narcisista. Menos revolucionario que exhibicionista. Otra vez la ciudad dividida en dos facciones irreconciliables: o eras cliente del mercado central o lo eras del mercado de Colón.

Por eso, el modernismo del Pla del Remei tiene tan discutible valor y ha sobrevivido tan mal. Aunque cuelguen dragones de piedra y adornos

moros de los balcones, aquello no fue expresión de una corriente social transformadora, no fue legítimo modernismo, sino excusa para que los terratenientes edificasen, cobrasen rentas y alardeasen de modernidad. La *modernor* es distinta del *modernisme*, aunque en valenciano suenan equivalentes.

—Las fincas de mi barrio se proyectaron para ricos, no para burgueses. —Pablo recordó a su padre predicando esto ante los fascinados borrachos habituales de la barra del Nodo, fumando un Fortuna y, como si fuera un intelectual reflexionando, con los ojos entornados debido al humo que se le colaba por detrás de las lentes de sus gafas—. Las fincas de mi barrio no responden a ningún movimiento ideológico o artístico. El empaque relamido sería su único estilo... Se quiso que quedasen epatantes, no modernistas en sentido estricto. Si rascas alguna de sus fachadas, se deshará porque están construidas con arena de playa prensada y además sin cimientos. Barato, barato... Modernismo de pega... Sí, aquí no hay alcantarillas, ni torrentes subterráneos, ni túneles como en París. Las casas reposan directamente sobre el suelo, no están clavadas. Por eso se caen. O las tumban, porque en los sesenta y los setenta muchas viejas fincas del Pla del Remei fueron sustituidas por otras, feas y sin personalidad, pero altas y con muchos apartamentos pequeños y de techos bajos con los que se hicieron sabrosos negocios. El eterno retorno de los suculentos sobreprecios fenicios, por supuesto... Valencia es la capital de la demolición, humana y urbana. Mirad lo que han hecho ahora con el mercado de Colón, que era un mercado genuino y lo han travestido en un centro comercial de pueblo con sus innecesarias escaleras mecánicas y todo. Eso sí, rutilante, festivalero y en apariencia a la moda. ¡De categoría, che! Y todos tan contentos... Brindemos pues por la *coentor*, amigos, por el liderazgo mundial de la cursilería que ostentamos. ¡San Miguel, otra copita de Magno!

Modernista o no, el padre de Pablo tuvo un barrio propio en el Pla del Remei y ese barrio se había ido desvaneciendo poco a poco hasta transmutarse; primero, en escaparate de lujo para el público de la Copa América que se celebró en 2007 y después, al declinar aquel esplendor, tras el hundimiento, en una zona indefinida donde sólo quedan tiendas de

ropa de marcas internacionales que se abren y se liquidan rápidamente. Pablo tenía la impresión de que su padre, más que morir, se fue dando un portazo. Que el universo al que pertenecía simplemente había dejado de existir, que se murió antes que él. Que al final estuvo completamente solo.

Pablo contempló desde Cirilo Amorós el chaflán de Grabador Esteve con Sorní en que la camisería italiana de la dependienta de la chaqueta de domador de circo sin sujetador ni nada debajo ocupa ahora el lugar del desaparecido bar Nodo y creyó vislumbrar ahí el resumen de un fracaso formidable. Dudó si ir a saludar a la dependienta, pero a un soso como Pablo siempre le hace falta una buena excusa para presentarse ante una chica con escote iluminado, y no la tenía. Además, se estaba haciendo tarde.

—Seguro que ya ha cerrado la tienda.

Siguió con las manos en los bolsillos y una honda tristeza en el corazón.

Iba por la acera directamente hacia la esquina en la que antaño estuvo el colegio neogótico de las teresianas, también asolado en los catastróficos setenta para dejar sitio a otra insípida torre de pisos caros. Pasó vagando por un lateral del nuevo mercado de Colón.

Cuando Jaime Monzón era pequeño, en los expositores de mármol blanco de aquella lonja se rendía culto a los salmonetes frescos, las fresas de temporada y las gallinas de corral. La *tieta* Encarna acudía allí a diario para hacer la compra, los perros sin dueño merodeaban por los puestos, los gatos lamían las baldosas del piso por las noches y bajo la cesta de reparto de los mozos y el delantal de las chicas de servicio se producían embarazos inexplicables. El mercado respiraba y palpitaba como un ser vivo. Era la despensa del Pla del Remei.

Sin embargo, allá por el año 1985, la invasión de autoservicios con ofertas 3x2 y estanterías repletas de productos envasados al vacío trajo el abandono y el cierre. En su naufragio, el veterano mercado arrastró al pequeño comercio del barrio. El ultramarinos Zanón, la papelería Olegario, la ferretería Furió, la droguería Las Barcas, la mítica paquetería Flor, los calzados Mapiba, entre otros, se sumieron en la profundidad. Todos ahogados, atrapados por el remolino formado alrededor de este *Titanic* que se iba a pique. Algunos irreductibles, como la pescadería

Martín y Mari o Frutas y Verduras Fina, encontraron refugio en un bajo con profundidad de caverna de Conde Salvatierra y junto con los exquisitos fiambres Manglano hoy siguen en pie. Son la excepción.

—Yo fui testigo de la llegada de los supermercados, esos establecimientos en los que el cliente se sirve solo y al final pasa por caja, y también del asombro que causaron en colmados, carnicerías, hornos o lecherías donde estaba prohibido tocar el género —relataba Jaime, y provocaba en Pablo la impresión de que la autenticidad se acabó cuando llegaron esos supermercados a Valencia, como si vinieran de otra galaxia, como si fuesen una especie invasora en el ecosistema costumbrista del Pla del Remei.

Las autoridades reformaron entonces el mercado de Colón. Le extrajeron todos los órganos que le daban vida. «Rehabilitación», titularon aquel vaciado. Incluso le añadieron un aparcamiento subterráneo, pero no para resucitar al agonizante mercado, sino para rematarlo y facilitar las visitas a la tumba del pescado de playa y las longanizas de Pascua. Donde se despachaban huevos de granja pusieron un restaurante de *nouvelle cuisine*. Donde el arreglo de paella, un *showroom* de prendas étnicas. Donde las tellinas, chipirones y sepias, otra *boulangerie* industrial. Seguramente ya no tenía sentido una alhóndiga como aquella, pero el actual mercado de Colón no puede decirse que sea hijo del anterior sino apenas su exoesqueleto modernista. Una momia del oasis culinario que fue, rellena con *finor*, turismo y tubos de neón.

De pequeño, Jaime Monzón tuvo un barrio henchido de vida, aunque ahora desaparecido como barrio, llamado Pla del Remei, y aquel atardecer taciturno de 2016 su hijo lo recorrió por dentro, peregrinándolo de punta a punta como quien desciende por un río de sombra y olvido.

«Mi padre no entendía ningún cambio, era enemigo de toda evolución. El pasado fue su patria... Si por él hubiera sido, el barrio seguiría anclado en los sencillos años sesenta o setenta, fosilizado, criogenizado; con los vecinos que se conocían de siempre y se saludaban por el apellido, los vendedores ambulantes de provincias y Levante o de iguales para hoy, las revistas verdes para caballeros que ofrecía el limpiabotas del Nodo, las porteras fisgonas, los serenos borrachines y los pasacalles de falleras con

corpiño negro y falleros vestidos de cucaracha con fajín morado», comentó Pablo para sus adentros tras dejar atrás la iglesia historicista de los dominicos, onomatopeya local de la catedral de Burgos.

Los árboles del amor de ambas orillas de Cirilo Amorós, también llamados algarrobos locos, todavía conservaban buena parte de sus flores tardías y entoldaban así el transitar de Pablo del azul añoranza típico de las coronas de difuntos. «Tu barrio no te olvida, Jaime», parecían agregar esas copas cuajadas de flores lilas.

Y deambuló así, meditabundo, hasta el final de su recorrido, hasta la calle Ruzafa. Invasado por una nostalgia heredada, desencantado y mustio.

Tanto se había enfrentado a su padre, tanto se había reído de él, tanto lo menospreció que en esos instantes de recién descubierta ausencia se sentía un poco culpable. Un poco, no demasiado, ya que en su opinión tampoco el personaje, un mero espectador de los otros, daba para mucho más.

Y llegó cabizbajo al portal del ático de la novia.

En contra de su natural llevaba el móvil en silencio para que nada lo distrajera de aquella circunspección y aquel abatimiento cuya amargura hoy se le antojaba deliciosa. Por primera vez probaba el dulce sabor de la melancolía, del que tanto había disfrutado su progenitor en vida.

Pablo no se molestó en sacar las llaves. Llamó al telefonillo.

Le sobrecogió más aún de lo que estaba, casi le asustó, que el portón se abriese repentinamente dando salida a un monigote que aparentemente llevaba un dedo gordo en donde debería haber estado la nariz. Cuarenta y suficientes años, cabello densamente implantado, aunque muy corto y muy blanco, y boca de pez. También de pez los dientes, pequeños y demasiado a la vista, tan separaditos que se dirían antes uñas de meñique que piezas dentales. El interfecto le ofreció a Pablo una mano de palma alargada como un pie y farfulló:

—Soy tu vecino, ¿eh? El callista, ¿eh? Me refiero, el doctor Basconillos Pérez. —Con la barbilla le señaló la gastada placa junto al interfono—. ¿Me comprendes? El de la clínica del primero derecha, ¿eh? Oye, que ha venido un inspector de policía preguntando por tu señora, Mariola Sánchez, ¿no?, y me ha visitado a mí primero, ¿eh? Normal, por

el prestigio, ¿eh? Me refiero, la mujer que vive contigo, que yo no sé si estáis casados. Ni me importa, ¿me comprendes? Bueno, a no ser que seáis políticos, ¿eh? Me refiero, los políticos de aquí están más podridos que un ñero con pus amarilla. No me importa si vendéis drogas o la mamáis por veinte pavos, pero políticos no, ¿eh? Me refiero, no, ¿eh? Ya nos han robado bastante, ¿me comprendes? Por su culpa, te lo creas o no, perdimos la herencia de mi suegra, invirtiendo en una promoción de chaletitos adosados de la constructora Viuda que se quedaron a medias. Segundas residencias con golf, la Residencia de los Dioses de Ademuz, fase uno, ahí es nada, ¿me comprendes? Figúrate, se vendían solas, ¿eh? Qué cabrones. Me refiero, culpa de los políticos, ¿eh? En fin, le he dicho al inspector que sois buena gente, que no hacéis ruido, aunque tampoco habéis pasado por mi consulta, ¿eh? Pero el día que quieras, ya sabes... Durezas, callosidades, juanetes pelados y eso, gratis, ¿me comprendes? Gratis total, ¿eh? Bueno, que no sea nada, ¿eh? Me refiero, todo bien, ¿eh? ¿Vecinos?

Pablo miró aquella mano que seguía tendida y que realmente parecía un pie. La estrechó con dentera, notó que la palma estaba tan fría como el lomo de un pescado y confirmó la sensación de estar agitando un pie por la planta.

Inmediatamente, una vez que el callista se quitó de en medio agitando los brazos como si hiciera gimnasia, del mismo vano negro emergió otra figura. Un tipo alto, atlético, moreno de piel, mechadas rubias, flequillo redondo, americana con coderas rematada con hilo rojo, camisa blanca abierta, cadena con Cristo de Dalí y gafas de sol con cristales de espejo.

La iluminación tenebrista de las farolas lo convertían en un personaje de novela negra.

Pablo dio un respingo, pasmado ante semejante campeón mundial de la masculinidad. El típico machote capaz de usar por la noche y con naturalidad las mismas gafas de sol con las que va por la mañana a la playa a vacilar. Exudaba espermatozoides.

El superhombre reconoció cuidadosamente el exterior, pongamos que lo olfateó, antes de salir del zaguán a la calle.

A continuación, como si Pablo no estuviera ahí o sólo fuera una

papelera, una señal de tráfico o una caca de perro, le propinó un golpe involuntario al rodearlo y se marchó deprisa, directo al vehículo que, con el motor en marcha, le esperaba mal estacionado en segunda fila.

—Perdón, se dice perdón... —soltó Pablo en voz baja ya sin ganas de nada que no fuera quitarse la corbata negra y los pantalones del traje de raya diplomática.

Mariola le esperaba en la puerta del quinto piso con cara de cansada. Agotada. Vestida también con traje gris de ir al trabajo y blusa blanca. El ancho lazo del cuello de la blusa desatado. Se notaba que o bien acababa de llegar del despacho o bien no había tenido tiempo de darse una ducha y cambiarse.

A Pablo le picaban como demonios las perneras de los pantalones por detrás de las rodillas.

—Ha estado aquí...

—El agudo inspector Gustavo —no la dejó terminar.

—¿Cómo lo sabes, bicho?

—Me acabo de cruzar con un pedazo de tío que sólo podía ser un poli. Vamos, vamos..., que llevaba tatuado en el pecholobo: «Soy un poli». —Mariola sonrió con tristeza.

—Es muy guapo, la verdad —dijo mientras le daba un beso.

—¿Muy guapo?

—Bueno, tú más. Tú eres guapi.

—¡Muy guapo! Eso piensa él que piensan todas, ciertamente. Oye, ¿y qué quería el *bellezo*? —Cerró la puerta sin mirar y se dejó caer en el sofá. Mariola, apenada, pero sin dejar de sonreírle, se sentó a su lado.

—Han encontrado una carta de mi madre para mí. —Se puso muy seria—. Te he estado llamando antes de leerla.

—Perdón... Estaba en casa de mi madre.

—¿Y luego?

—Luego se me ha ido el santo al cielo, perdóname. He venido desde Polo y Peyrolón caminando y llevaba el móvil en silencio. —Le acarició la mejilla y le cogió las manos.

—Habría querido que estuvieras aquí mientras la leía... —Puso morritos.

—Lo siento...

—Te he echado de menos, Pablo.

—Perdóname, princesa.

—Está bien, bicho. No pasa nada... Sólo es que me habría gustado que me abrazases. He tenido que leer la carta delante del inspector. Te he echado mucho de menos en ese momento.

—Lo siento de verdad, princesita... ¿Y qué te ha dicho el *machoman*?

—Que caso cerrado.

—¿Caso cerrado? —Los ojos muy abiertos participaban su asombro.

—Sí, caso cerrado. La carta de mamá estaba en un cajoncito de su tocador donde ya habían mirado unas cuantas veces y, dado que obviamente es su letra, pues está claro entonces que tras el accidente mamá la ha puesto ahí. Sólo mamá podría haberla dejado en su cuarto. Por tanto, se haya suicidado o no, sea antes o después de que su coche se fuera al mar de cabeza, lo cierto es que se ha marchado voluntariamente. Y que mi padre no tiene nada que ver con el tema... Caso cerrado para la policía. —Se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Puedo leerla?

—Claro, guapi, toma. Léela, por favor.

Pablo desdobló la carta y leyó:

Querida Mariola:

Me he ido. No preguntes por mí, no me busques. Tampoco te culpabilices. Pulguita, tú no tienes la culpa de nada, más bien sería al revés. Si no me marché antes fue por ti. Por no dejarte sola demasiado pronto.

Sabes que con tu padre he sido muy desgraciada. Mucho. Lo sabes perfectamente porque también tú has sufrido lo tuyo. Insultos, humillaciones y hasta golpes físicos. Cuando estaba embarazada de ti, en una discusión por celos, supongo (sus arremetidas siempre empezaban por celos absurdos), jamás se me olvidará, me dio un puñetazo en la barriga, sin preocuparse por lo que te pudiera pasar ahí dentro, y esa noche me prometí que nunca te dejaría con él, bajo su poder brutal. Que te protegería. Por eso he resistido a su lado

tantos años.

Sobre mi vida privada siempre ha habido muchos rumores. Para la mayoría de las cotorras no me divorciaba de semejante fanfarrón por el qué dirán. Algunos listillos aventuraban que por miedo a los matones de tu padre. Los cronistas de la sección de economía, por su parte, mantenían que para no perjudicar a la constructora Viuda o a los juicios e imputaciones de mi marido. Nada de todo eso era verdad. Mi familia vino a menos después de la guerra, pero nos sobran propiedades para sobrevivir con dignidad. La sociedad valenciana es envidiosa, cicatera y murmuradora. Enclaustrada y provinciana. Valencia en realidad es «Pueblencia», con p de pueblerina, dicho sea con todo respeto para los hermosos pueblos de España. Si jamás me separé de tu padre fue por ti. Exclusivamente por ti, Pulguita. Sus abogados me habrían quitado la custodia y te habría perdido. Y hasta aquí he llegado para defenderte.

Ahora ya te has hecho mayor, Mariola. Te has independizado y compartes tu precioso ático con Pablo, un buen chico, simpático y cariñoso. Un poco ingenuo, es cierto, pero encantador. Además, no es más listo que tú y tampoco lo pretende y así te libras de que te explique despacito cómo funciona la lavadora o qué llevar en el neceser y qué en la maleta para viajar en avión, como si fueras tontita. No habrá un día en que no esté pendiente de ti. Te obedecerá en todo, no te engañará y cuando seas viejecita permanecerá a tu lado, sentado bajo la misma manta, viendo la tele. No será rico, pero te hará feliz. Mírame a mí, yo tuve un marido muy rico y fui muy desdichada, ¿vale la pena?

Oye, ¿te acuerdas de cuando te envié a aprender inglés con el señor Spinnaker? ¿Quién nos iba a decir en aquella época que ahí conocerías al amor de tu vida? Si no fueras mi hija te envidiaría porque estás protagonizando la historia de amor que a mí me hubiera gustado. Exactamente la que a mí me hubiera gustado... ¿Cuántos años lleváis juntos? ¿Diez ya? Cómo pasa el tiempo, hija mía.

En definitiva, que ya no me necesitas. Me quieres y me echarás de menos como yo a ti, ¡muchísimo!, pero lo que es hacerte falta ya no te

hago falta. No, no me necesitas más. Has ingresado en el club de las mayores, en el club de tu madre y de tus tías, y vuelas sola como millones de mujeres adultas y libres. Gracias a Dios, eres libre. Y con tu permiso, yo puedo retirarme ya. Desaparecer sin hacer ruido ni molestar a nadie. Me voy, Pulguita, me voy. He dejado de ser imprescindible para ti y por fin puedo escapar de una existencia desafortunada, en la que soy incapaz de explicarme cómo me metí.

Algún día serás madre y entonces me comprenderás. Tus hijos representarán algo más que el fruto de tu vientre, los sentirás como la continuación de tu propio cuerpo. O al revés, tu cuerpo contendrá el vacío que, al multiplicarte, al repartirte, te habrá quedado en el alma. Sus dolores te dolerán a ti, sus éxitos los celebrarás tú y te divertirás con sus juegos más que ellos mismos.

Se puede vivir sin ser madre, los hombres lo hacen, pero siendo madre no se puede morir. Sólo se mueren los hombres. Las madres no mueren nunca. Las madres sobrevivimos a la muerte, los hijos nos lleváis en cada célula, en cada cicatriz, en cada aspiración. Los hijos nos cruzáis a la otra orilla. Conque ten claro que no me he muerto ni me moriré mientras tú vivas.

Sin embargo, también hay un instante en que toda madre entiende que ha llegado la hora de quedarse atrás y permitir que sus hijos, aunque sean un trozo de su propia naturaleza, continúen por sí mismos. Para mí ese instante es este. Nuestros caminos se separan en este punto, mi Pulguita.

Te quiero más que a mi propia vida. Pero ahora, con tu permiso, voy a emanciparme, quiero con todas mis fuerzas disfrutar de los años que me queden. Me lo merezco. Me he ganado la manumisión. Si te preguntan, que te preguntarán, di que estoy en el cielo. Si te preguntas, que te preguntarás, respóndete que por fin estoy en el cielo.

Tengo una fuga pendiente desde hace casi cuarenta y tres años y voy a fugarme por fin. Voy a ser feliz. Voy a ser muy feliz, guárdame este secreto, por favor.

Me espera el amor verdadero.

Pulguita, eres lo mejor que le pasó a mamá. Te adoro, hija. Hasta

siempre.

Marina Fraile

—Joder, es como si la hubiera escrito mi padre... —Pablo estaba conmovido.

—¿Qué? —Mariola salió de su ensimismamiento.

—Nada, princesa. Que es una carta preciosa. Me gustaría que mi padre antes de suicidarse, si es que se ha suicidado, me hubiera enviado otra parecida. No se despidió de mí...

—Mamá me llamaba Pulguita.

—Lo sé, Mariola.

—Por tanto, la carta es auténtica.

—Luego tu madre está muerta. Se ha suicidado.

—No, al contrario. Lo deja muy claro; va a ser feliz. Luego mi madre está viva. Se ha fugado.

—La carta es misteriosa, Mariola, mi princesita.

—Eso quiere decir que está viva, ¿no lo ves? —La chica le dirigió una mirada muy segura de sus palabras.

—Mariola, lo que dice es que está en el cielo.

—También dice que «por fin», que está en el cielo ¡por fin! Por fin, Pablo, por fin. O sea, que se ha liberado. Que vuela sin ataduras.

—Eso es precisamente lo que yo entiendo. Eso es, que vuela al cielo. Es una carta póstuma de adiós.

—Pues la policía, Pablo, que sabe más de esto que tú y que yo, ha cerrado el caso y cree que mamá está viva en algún lugar.

—En conclusión, que, según tú, mi padre está muerto, pero tu madre no. ¿Correcto?

—Sí.

—Que a tu madre le espera el amor verdadero y a mi padre la incineración.

—Sí. ¿Te molesta?

—No me molesta, Mariola. Me extraña... ¿Por qué no amor o muerte igual para los dos?

—Alégrate por mí, bicho. Además, en esa carta, mamá me hace su

cómplice. Me pide que le guarde el secreto de su fuga. Estoy triste y al mismo tiempo estoy contenta. ¿No te parece una locura? —Pablo la abrazó con fuerza.

—Mejor aún, un sueño imposible... Te quiero y siempre te querré, Mariola. No sé si lo entiendo, creo que te estás formando una novela en la cabeza y que fabulas, pero te quiero. Te quiero y te quiero. Será lo que tú decidas, princesita. Si crees que tu madre está viva y fugada pues, aunque a mí me parezca muy raro, muy raro, lo celebro por ti.

Permanecieron abrazados, mudos. Se pasaron manos como espátulas cada uno por la espalda del otro y las dos americanas cayeron sobre el sofá. Sólo las camisas separaban ya sus respiraciones.

Después de un rato de acompañar sus temperaturas corporales, Pablo sacó la cabeza y riéndose preguntó:

—Oye, ¿por qué dice la carta de tu madre que soy menos listo que tú? Somos idénticos de listos, ¿no?

—Claro que sí, guapi —respondió Mariola, estallando en una carcajada—. Anda, llama a Luisa y dale la buena noticia.

Pablo marcó el número de Pelarañas y esperó a que respondiera.

—Hola, hermana. —Pablo parecía excitado—. El agudo inspector Gustavo ha encontrado una carta de adiós de la madre de Mariola. Van a dejar de buscarla.

—¿En serio? No me jodas... —Pese al «No me jodas», el tono de Pelarañas transmitía indiferencia, ensimismamiento.

—¿Pelarañas? Tía, ¿no quieres que te la lea? ¿Te pasa algo?

—No estoy sola, Pablo. Es eso.

—Ah, perdóname. Ok. Hablamos mañana.

Pablo colgó. Miró a su novia con incredulidad.

—Mi hermana está pasando la noche con alguien, ¿te lo puedes creer? Ni el día de la muerte de su padre puede dejar de follar. Increíble... Se escuchaba el mar de fondo, creo que la he pillado en la playa. Increíble...

Mariola se estiró y se acomodó sobre las piernas de Pablo, frente a él. Pegada a su vientre. Se besaron como si desearan devorarse, como caníbales sin nada que cenar. Los dos se sentían desamparados y vacíos. Masticarse mutuamente equivalía a aislarse sin reproches del otro, sin que

el otro inquiriera: «¿Qué te pasa?». Sin dar más oportunidades a la conversación. Se sumieron en un silencio de náufragos ahogados, en un silencio repleto de recuerdos enredados a piernas, brazos y sexo igual que algas del fondo del océano. Sí, se besaron por no llorar.

Cuando Mariola le bajó los pantalones a Pablo, después de un día tan largo, las rodillas dejaron de picarle por detrás. Pablo también le bajó los pantalones a Mariola.

A determinada edad, se puede siempre. Y ellos podían a diario.

Las noches entre primavera y verano en Valencia transcurren con dulzura, ignorando todo dolor y todo sufrimiento. Como si la muerte no existiera. Cruelmente, si bien se piensa.

Entre el domingo 21 de mayo y el lunes 22

Querida Eme, he vuelto. Aquí estoy, cambiado por completo. Después de pasar un fin de semana con Ella, soy un Jaime nuevo.

New Jaime y new Ella, sería el titular de la noticia.

Nunca me sentí más vivo, aunque lógicamente también muy cansado por la metamorfosis. Cuando tenga un rato e inspiración suficiente te contaré todo lo que ha ocurrido, el prodigio que sucedió ayer por la noche en el hotel Voramar de Benicasim.

Como amigo, Marina, te lo contaré como amigo. A partir de ahora sólo como amigo porque, debes saberlo, estoy enamorado de Ella con todas mis fuerzas. De veras, completamente enamorado. A partir de ya le pertenezco.

Soy de su propiedad.

De momento recibe esta poesía que le he escrito al llegar a casa de mis padres. Te la regalo. La empecé de madrugada, viéndola dormir desnuda sobre las sábanas rizadas por el vaivén de nuestros cuerpos, descompuestas.

Esa metáfora que asimila el coito con la solución de un problema matemático se me ocurrió precisamente entonces, al contemplar su agotado cuerpo respirando en paz, descargado de decimales, igual que si el destino de su sexo se cumpliera por fin o un nudo de decepciones acumuladas y apetitos sin deleite se hubiera soltado tras la descarga eléctrica de unos breves segundos de auténtico éxtasis. Como si tantos años de deseo restando, dividido, encerrado entre corchetes, incluso descontado, dieran de cociente, desenmascaradas la x y la y, aquel orgasmo indiscutible de Ella al que asistí.

Bueno, aquella serie de orgasmos redentores a los que asistí, disculpa la franqueza.

Che, estoy desatado. Hasta me voy atreviendo con el verso libre. Conforme yo mismo me libero, claro. Estimarás sorprendente, incluso inquietante, tal transformación en mi estilo. Inesperada como la propia presentación de Ella justo cuando iba a suicidarme. Y el poema te parecerá una locura, pero, Eme, vieja amiga, ¿qué no es ya una locura a estas alturas de mi novela? Yo estoy loco, Ella está loca y tu pertinaz silencio es de locos.

Por primera vez en mi vida hago lo que me nace, lo que me da la gana y no lo que debo. Me he dado cuenta de que trastornarse por amor es más placentero que matarse por amor.

Lo siento, te has perdido sentirte una mujer completa conmigo. Lo del orgasmo múltiple y el poema podría haberte tocado a ti, pero me dejaste pasar...

La cagaste. Y ha sido Ella quien ha descubierto el semental que se escondía en Jaime Monzón Mata. ¿Mata? Mata, sí, Mata; el que las mata callando. Me parto...

¿En otra vida, quizá? ¿Dejamos lo nuestro para otra vida? Ni hablar, en otra vida también seré el amante de Ella.

NADA QUE AÑADIR A TI

Para Ella

Yo me callo
que otros escriban los sonetos.

Yo me callo.
Anoche
tras lamerte las ingles
rimas, sílabas y estrofas
me apretaron como fajas lingüísticas
como copas de tu sujetador

como condones para mi corazón.
El silencio me hace libre.

Yo me callo.
Ahora sé que
el mejor poeta
es el poeta mudo
el que intuye lo poco
que resta por añadir
después de que te derramases encima de mí
después de derramarme dentro de ti.
El silencio responde a la verdad.

Yo me callo.
Ante tus ojos abiertos
ante tus labios vaginales silbando
cualquier poema se vuelve
pura sustitución
pura ortopedia
pura representación
pura prótesis.
Tú eres amor que camina por su propio pie
y la poesía, pobre poesía,
sólo amor con andador
con muletas
con puras patas de palo.

El silencio es lo natural.

Yo me callo.

Justo cuando sabía qué decir
tras lamerte el ombligo
de paso de tu ingle a tu ingle
va

y no encuentro palabras para
nada
palabras para expresar
todo.

Yo al menos no conozco esas palabras
que significan

algo más que crepúsculo a tu lado
algo más que tu pubis a mi lado
algo más que amanecer a tu lado.

Mi mejor poema sería entonces
no escribir ninguno.

Conviertes la poesía en tartamudeo
en charla superflua.

El silencio es el único verbo.

Yo me callo.

Tú eres la solución
a un típico, largo y viejo
problema matemático.

Breve, concluyente, satisfactoria
y hermosa como toda solución.

Antes de ti
vino el planteamiento,
líneas de números, paréntesis y signos
de multiplicación y división
raíces cuadradas, sumatorios y potencias
en equilibrio.

Con su incógnita por despejar.

Frente a ti
salta el producto
la ecuación resuelta
el pronombre plural:
un resultado.

Tú puedes ser demostrada
la poesía, no.

El silencio es mi verso exacto.

Yo me callo.

No mereces que te cubra con mi verborrea.
Ya no tienes frío, ¿verdad?
Eres simple y cierta igual que la vida,
igual que la recta hendidura de tu vulva.
Las metáforas te complican sin necesidad.
Te sobran como el abrigo en el ascensor
o las braguitas en el cine
o el traje de novia blanco
manchado por mis
eyaculaciones
en el armario que compartes con
tu marido.
El silencio es el único soneto
que saldrá de la boca de mi boca
y de la boquita confidente de mi pene.

Me callo
que otros escriban los sonetos.
Tú y yo desnudos
vamos a ser sinceros.
Silencio.
Cállate ya.

¿Te gusta, Eme? Pues perdona, pero no es para ti.

Buenas noches, que descanses y que seas feliz. Te lo deseo de corazón. En serio, no te guardo rencor, sólo es que me da pena que nuestro gran amor acabe de esta forma. No creas que sustituirte era fácil, pero ha ocurrido así, ¿qué culpa tenemos Ella y yo? De hecho, me siento más joven que cuando era joven, imagínate si seré inocente.

Este es el comienzo de una hermosa amistad, ¿verdad, Eme?

Entre tú y yo, ¿responderás a mis cartas ahora que ya no soy peligroso? Gracias, amiga. Te doy dos besos en las mejillas. Y uno en la frente.

Dios te bendiga.

Martes, 23 de mayo de 2006

Querida Eme, de nuevo me arrepiento de una carta que te he escrito. Esta vez la del domingo por la noche.

Me ruboriza pensar que la hayas leído.

Verás, no sé cómo decirlo, estaba fuera de mí. Excitado, sobrepasado por las circunstancias. No, borracho no. Bueno, lo reconozco, un poco sí. Tal vez, un poco. Lo justo, si acaso. Me tomé dos copitas de Magno para felicitarme por haber conquistado a un pedazo de tía buena como Ella y lógicamente me sobrevino la euforia.

Che, perdóname.

Esas palabrotas, ese estilo tan libre, ese maltrato hacia ti, resultan impropios del cuarentón formal que aparento ser. Tanta academia de pago, tantos años sin faltar a La Oficina, fichando y conteniéndome incluso en mis días manifiestamente disparatados, para nada. Es cierto que en ocasiones mi imaginación se desboca y compongo ese tipo de poesías cochinas y anárquicas, pero las destruyo de inmediato, te lo juro, sin que nadie las vea.

Y esta última, fruto de la pasión que terminaba de vivir, fui y te la envié como un imbécil. Lo siento, amiga. Lo último que pretendía era ofenderte o darte envidia, y puede que consiguiera ambas cosas.

Excúsame.

Vengo de un tiempo de niños a los que sus madres les bajaban los pantalones cortos de cuadritos vichí al aire libre para que hicieran pipí contra árboles, fachadas y farolas. Desenvueltos como si fueran perretes. Es verdad que ya no se estila eso, pero a los varones de mi edad nos enseñaron que podíamos mear donde quisiéramos: entre los arbustos de un parque público, sobre las flores para que crezcan, directo a un hormiguero y así ahogar con la espumita a las hormigas, en la pila de la cocina, en la cuneta de cualquier carretera o ante el chaflán de la calle de la ciudad que nos viniera bien.

Yo, verbigracia, aquel verano del setenta y tres intentaba trazar tu nombre con mi spray de pis sobre las paredes de detrás de los viejos Garbí. Por larga que fuera la meada casi nunca daba para poner tu nombre completo, Marina, como hubiera sido lo correcto, claro, conque delineaba una eme enorme. Disculpa también por eso. Pero, aun así, sólo con la inicial, Eme, estaba convencido de rendirte un homenaje íntimo y sagrado. Ya ves.

Y no hablemos de los rincones de los monumentos históricos, como el teatro romano de Sagunto o el castillo del Papa Luna en Peñíscola, no había más que olerlos en nuestra época escolar. Sus vomitorios de piedra y garitas se diría que nunca sirvieron para otro uso que el de urinario de caballeros. Apestan a jaula de tigre.

También nos fomentaban la cosa de orinar en grupo: la esgrima de chorritos, el «A ver quién dispara más lejos» o el «Picha española no mea sola».

El hecho de que el pene sea un instrumento bravucón, dúctil, dotado de un amplio campo de tiro y que puede meterse y sacarse por la bragueta sin necesidad de desnudarse nos convertía en los auténticos reyes de los viejos Garbí. Las chicas debíais sentaros, nosotros lo hacíamos de pie. Las chicas teníais que subir al apartamento, nosotros nos aliviábamos incluso contra cualquiera de los tres chopos del jardín si se nos antojaba. Por no mencionar los pises dentro de la piscina.

Estate segura de que mi actitud prepotente del otro día tiene que ver con ese supuesto derecho que los chavales de mi quinta creemos tener a soltar las aguas menores en el punto y hora que nos venga en gana.

Qué machista, Marina. Qué vergüenza siento de ser un veterano de tu curso, otro Capitán Garfio vocinglero con la pilila al aire y socialmente descolocado. El tipo que te dio el primer beso de tu vida se ha transformado en un fanfarrón grotesco y un perfecto bocazas. Qué bochorno.

El comedimiento está reñido con la masculinidad en los chicos de nuestra generación. Discúlpame también por eso, te lo ruego. No soy yo, es el Manneken Pis del que desciendo.

Ahora seguramente querrás saber qué pasó durante el fin de semana para que yo anduviera tan descontrolado. Pues no te vas a quedar con la curiosidad, te lo garantizo. Contártelo con pelos y señales será una forma de compensar mi despreciable falta de educación.

Pongo tu foto de pequeña mirándome y enciendo otro Fortuna con mi Zippo. Los dedos me huelen a su gasolina. No me quedan más que dos o tres Fortuna, trataré de ahorrar pitillos.

Contemplo ausente cómo flotan las volutas de humo que espiro sobre la página en blanco y allá voy.

Cógete, Marina, que vienen curvas.

Vas a asistir en primera fila al nacimiento del amor y también al renacimiento definitivo de Jaime Monzón, de tu Jaime Monzón Mata.

Como recordarás, Ella y yo habíamos quedado el sábado para hacer juntos una excursión y dado que mi ex no me había dejado a los niños, aunque según el convenio esos días me tocasen, estaba absolutamente libre para cualquier programa que se planteara.

Durante la semana cruzamos algunos mensajitos de móvil (en mi caso me he estrenado con Ella en este tipo de correspondencia; los mensajitos de Yakitori eran fingidos, ya que se trataba de una novia imaginaria para lograr el turno de agosto en La Oficina, como te expliqué) y por fin acordamos que utilizaríamos su coche y que me recogería a las 10.00 a.m. en Conde Salvatierra en casa de mis padres. Aunque nada se escribió sobre el destino. Quizá no fuera lo esencial. Ninguno de los dos mencionó dónde podríamos ir a pasar el día, ni siquiera de qué margen de tiempo disponíamos.

Probablemente tampoco eso importaba mucho, como pude comprobar después.

A las 9.52 a.m. en el reloj de la cocina de casa de mis padres se iluminó la pantalla de mi teléfono y leí su recado: «Estoy en tu casa. Soy yo quien espera tus señales de humo. Bss de new life».

Respondí: «Bjo criendo. Bssss», con cuatro eses. Me eché encima una cazadora azul marino y en menos de un minuto, saltando los escalones de dos en dos, salí a la calle.

Me deslumbró la luz del sol de mayo.

Te confieso que un manojo variado de emociones me poseía. Mi corazón es transparente para ti, no te guarda secretos. Abrigaba en yuxtaposición nervios, ansiedad, expectación, esperanza, espanto, no sé.

Pasar por una primera cita cuando rozas los cincuenta con la inquietud que podrías sentir a los trece te revitaliza, aunque también te desconcierta. Es como si la adolescencia no fuera una edad del ser humano sino del propio amor. Como si no existiera pubertad sino sólo principio del amor, pubertad del amor. Los muchachos y las muchachas que se enamoran por primera vez no son diferentes de sus padres cuando se vuelven a enamorar.

Todo inicio del amor es siempre pura adolescencia, resultando irrelevante los muchos o pocos años de los enamorados. El preludeo del amor constituye por sí mismo una fase rara, revolucionaria, virginal. El amor es lo más inquietante que nos brota del estómago, más incluso que si nos saliera un vómito de mariposas de colores.

Abrí la puerta del copiloto de su Mercedes Clase A, típico coche de mamá urbana de nuestro tiempo. ¡Menudo cochazo comparado con mi novísimo Corsa! Ella esperaba estacionada en segunda fila. Yo sentía moverse en mi tripa el gusano de una novicia que recibe flores de su exnovio o el desasosiego de un estudiante ante la madre de su compañero de pupitre en bikini.

Estaba contento siendo yo.

—Buenos días, chico de las gafas. —Me sonrió como si hiciera falta. Todo sonreía esa mañana.

—Buenos días, Ella. ¿Dónde vamos?

—El plan es que no hay plan. ¿Qué te parece ir hacia el norte y en la playa que nos apetezca bajamos y metemos los pies en el mar?

—Buena idea.

—¿Has cogido el bañador?

—¿Bañador? No.

—¿Y el pijama?

—Tampoco —me sentía intimidado y a Ella le hacía gracia—, el pijama tampoco. No traigo pijama. Nadie me dijo que lo cogiera.

—Bueno, no importa. Nos bañaremos sin bañador y dormiremos sin pijama. Nos daremos el gusto. —Soltó una carcajada y arrancó—. Lo que nos pida el cuerpo, Jaime. Vámonos.

En Valencia el calor es perfecto en mayo. Suficiente para no necesitar nada sobre la camisa, pero todavía no tanto como para que la camisa se pegue a la espalda. Ella llevaba una blusa blanca, fruncida por delante y sin cuello, tan fina que se transparentaban los tirantes del sujetador, también blanco. Un collar largo de piedrecitas verdes, redondas como perlas. Otra vez sus vaqueros gastados y otra vez

sus botas camperas. El cabello pelirrojo, pese a su rebeldía y sus rizos, recogido en una voluminosa coleta. Las pequitas, recién pintadas.

Al parar ante un semáforo en rojo, me miró con ojos de china y dijo:

—No me has dado un beso.

—Decirte «buenos días» ha sido como besarte. Lo que te debo es un dedal. —Che, no se me ocurrió un chiste menos pedante para tapar mi timidez.

—¿Un dedal? No lo pillo. —Por primera vez desde que la conozco estaba confusa y yo iba por delante, tenía captada su atención. Me sentí seguro, me vine arriba.

—Mira, Ella, mi héroe es Peter Pan. Lo conoces, ¿no?

—Claro.

—Como Peter Pan sólo se codeaba con niños perdidos que no tenían madre, pues no sabía lo que era un beso. —Aunque Ella conducía de nuevo, noté que mis palabras le llegaban en fila, de una en una, igual que sintagmas confidenciales u órdenes—. Incluso jamás había oído la palabra «beso». Y cuando Wendy sugirió que iba a darle uno, Peter le ofreció abierta la palma de la mano para recibir tal cosa, fuera lo que fuese. Así que Wendy, horrorizada, le puso en esa mano el dedal que había usado al recoserle la sombra a los pies. Más adelante, la propia Wendy quiso recibir un beso genuino y tuvo que pedirle al muchacho volador, claro, ¡un dedal! Habían permutado el significado de ambos vocablos, ¿me explico? «¿Qué es un dedal?», preguntó el niño duende. «Un dedal es esto», respondió la chica, y entonces sí que le besó de veras. Por tanto, cuando Peter Pan le devolvió aquel primer beso creía que el nombre del chasquido de sus labios sobre el rostro de Wendy se llamaba «dedal». Conque lo mismo yo; ya te he dado el beso y ahora te debo un dedal.

—Muy bonito, Peter Monzón. Pero ¿vas a darme lo que espero, que ya sabes qué es, lo llames como lo llames, o vas a seguir soltándome rollos cursis y mordiéndote la uña del meñique? —De nuevo un semáforo en rojo.

La abracé sin apretar y le di un beso lento en la mejilla. Uno, sólo uno. Curiosamente, ni Ella esperaba dos ni a mí se me pasó por la cabeza. Existe una gran diferencia entre dar un beso o dos. Un único beso implica intimidad y un par de besos cierto miramiento. Nadie le da a su madre dos besos, uno por cada lado. Yo le di uno y Ella no ofreció la otra mejilla para el segundo.

Nuestros labios estuvieron cerca, se rozaron. Ambos éramos conscientes de que nuestras bocas estaban cerca y de que se rozaban, pero no nos atrevimos a tantear cómo acoplarlas. El primer dedal de ese día nos lo dimos en el carrillo, casi en la comisura de los labios.

Enseguida recuperamos la compostura como si nada hubiera pasado.

Luego Ella rompió el embarazoso silencio que siguió a la consecución del primer logro de la jornada susurrando:

—He traído una Coca-Cola light fría para cada uno, están ahí, en los posavasos de al lado del cambio de marchas.

Abrí la mía, le di un trago y observé por la ventanilla cómo salíamos de la ciudad pasando por delante del colegio El Pilar primero y de la Universidad Politécnica después.

«Hoy comienza un viaje a la luna», pensé.

A la luna, Eme, ¡a la luna de miel con Ella!

Se notaba que no nos encaminábamos hacia ningún lugar en concreto, que no sabíamos a dónde dirigirnos. Circulábamos indiferentes al tráfico y al paisaje, entretenidos en nuestra conversación.

Charlábamos igual que dos viejos amantes poniéndose al día después de siglos sin verse. Nos contamos la vida desde el principio. Aunque, por supuesto, por las dos partes se evitó mencionar a parejas, exparejas o aventuras amorosas, dejando a los terceros en penumbra. Como si cuanto nos ha ocurrido en casi cincuenta años nos hubiera pasado siempre a solas. Por ejemplo, tenemos hijos (yo, dos y Ella, por lo visto, una), pues ni los míos parecían tener madre ni la suya padre. Se estableció un sobreentendido según el cual aquella primera cita iba a transcurrir como si realmente fuera la primera cita de nuestras largas biografías, sin antecedentes sentimentales.

Doy por hecho que siempre sucede de esta manera, que se finge cierta soltería crónica, cierta virginidad recompuesta, sea cual sea la vez en que uno vuelve a jugarse la vida por amor.

—Ella, me encanta la música que llevas. Exactamente esas son las canciones de mi juventud —le dije tarareando La chica de ayer que sonaba en el coche.

—¿Te encanta? Bueno, bueno..., ¿quieres decir que te flipa? Tengo un mezcladillo de todo. Mucho Sabina, pero también música de discoteca, de películas y de la movida. Y algunos temas recientes también, ¿eh? Dejé de escuchar música durante los años en que estuve triste, esos años de la depresión en los que me amargaron la vida y en los que nada me apetecía nada... Sin embargo, últimamente, desde que has aparecido tú y he decidido emprender una new life, he recuperado las ganas de escuchar cosas nuevas. Ahí están El Canto del Loco o La Oreja de Van Gogh, sin ir más lejos. Me gusta mucho Pereza.

—A mí me encanta Álex Ubago.

—Ay, te pega muchísimo: sombrío, aburrido y antiguo. —Ella se iluminaba al burlarse de mí.

—Es que yo soy sombrío, aburrido y antiguo. Ni siquiera intento disimular. Prácticamente no he incorporado ninguna canción a mi banda sonora particular desde que tenía veinte años. Los mismos elepés que compré en vinilo hasta que cumplí veinticinco luego los recompré en casete y después por fin en cedé. Y ahora que ha salido otro invento nuevo, el iPod chiquitín ese, pues seguro que volveré a meter ahí a los mismos cantantes. Grease o los discos dobles, rojo y azul, de los Beatles, por nombrarte dos enormes clásicos, los he tenido en todos los formatos. Cambian los tocadiscos, pero mis gustos musicales permanecen invariables.

—¿Con las mujeres te pasa lo mismo, Jaime?

—Seguro. Aunque a partir de ti podría ser que estuviera cambiando de gusto por fin.

—Ya veremos si estás cambiando o resulta que es el mismo gusto con un tocadiscos posterior, chico de las gafas.

Ella había comentado que durante años le amargaron la vida. Pero ¿quién? y ¿por qué? Mi curiosidad se desató y voló por dentro del coche. Necesitaba saberlo todo.

Conforme me estaba enamorando de su presente iba creciendo en mí la urgencia por dominar también su pasado, un terreno al que yo jamás podría acceder. Un espacio en el que yo no había existido para Ella. Estaba advertido de que no podía hacer preguntas, pero igual que los detectives con gabardina husmean cualquier indicio, el

chico de las gafas probaba todo el rato.

Y por preguntar me llevé una sorpresa.

—¿Te das cuenta de que hemos nacido en la misma maternidad en fechas parecidas, de que hemos convivido en la misma ciudad y de que, aun así, hemos tardado cuarenta y seis años en conocernos y en saber el uno del otro?

—Bueno, a lo mejor coincidimos antes, pero no nos dimos cuenta o quizá ya se nos ha olvidado...

—¿Estás loca? Si yo me hubiera encontrado en cualquier ocasión, fuera la que fuese, con alguien como tú, ¿crees que podría olvidarlo?

—¿Estás seguro de que te acordarías?

—Segurísimo. Te lo juro. No se me habría despintado tu melena pelirroja.

—Yo sólo digo que después de tanto tiempo podríamos no habernos reconocido. ¿Me enciendes un pitillo?

—Llevo Fortuna.

—Hay Marlboro en la guantera, pero me vale un Fortuna de los tuyos. —Saqué el Zippo y encendí uno para Ella y otro para mí.

—¿A qué colegio fuiste? —insistí en el tema del pasado.

—Al Jesús-María de la Gran Vía Fernando el Católico. ¿Y tú?

—Yo iba a la academia de pago de Conchita Tatay... Pero, un segundo, no me fastidies. ¿Ibas a Jesús-María? ¿Conoces a Marina Fraile?

—Fuiste a un cole de pijos, Jaime. Creo que ya lo sabía porque se te nota un montón...

—Ya, ya... Pero, dime, ¿conoces a Marina?

—¿A Eme Fraile? Claro, muchísimo. ¿Y en Valencia quién no? ¿Por? ¿De qué la conoces tú?

—Fue mi primer amor.

—Qué gracia. Me mondo... Nunca te ha mencionado. Es divertido. Llevo al primer amor de Eme en mi coche, sin rumbo, sin bañador y sin pijama. Es bonito. Los ciclos se cierran y los extremos se tocan. Hay justicia poética. Si Eme nos viera...

—¿Tanto sabes de Eme? ¿Puedo preguntarte una cosa?

—Dispara.

—¿Está viva?

—¿Eme? Por supuesto. Y muy viva, por cierto.

—¿Y le va bien?

—Eso es otra pregunta, Jaime. Eres un cotilla. Me voy a poner celosa.

—Por favor, ¿le va bien? —Mi voz sonó suplicante, vencida.

—Ahora mismo es muy feliz, Jaime. Te lo juro, muy feliz. —Por un segundo levantó la vista de la carretera y me confirmó con una fugaz mirada aquella afirmación, el humo del tabaco me picaba en los ojos—. A ese respecto puedes estar tranquilo porque me lo ha contado la mismísima Eme. Conque relájate y déjate llevar por mí. Es mi turno, no el de Eme. No me pongas celosa.

Así lo hice, Eme, me relajé, me dejé llevar por Ella, y no me arrepiento.

Pese a todo, inesperadamente había adivinado que Ella y tú os conocéis. Que estás viva, que eres feliz, «muy feliz», que por tanto has leído todas mis cartas y que te han dado igual. Incluso, dado que tú también debes saber mucho de Ella, intuyo que desde

el principio estarás al tanto de la auténtica identidad de mi famosa pelirroja de pecas pintadas del bar Nodo, identidad que yo todavía ignoro. También, una cosa me lleva a la otra, que si no has reaccionado a mi suicidio ni a mi angustia será porque no te ha dado la real gana. Tan fácil como eso... Que no tienes ni repajolera idea de quién he llegado a ser, ni te inquieta descubrirlo. Que pasas de mí como de un culo...

¡Y yo que iba a matarme por ti! Qué patético soy.

Aborreces la piedad. Tienes el alma de hielo.

«Pues, hasta aquí hemos llegado —me comprometí conmigo mismo sin despegar los labios—. A vivir, a vivir, de hoy en adelante, Jaime, sólo a vivir. A vivir, Jaimito...».

Ahí te quedas, chiquilla.

De alguna manera tendré que olvidarte, pero no dudes de que sabré cómo conseguirlo y que lo conseguiré.

Marina, un clavo saca otro clavo. Ubicarte en la estantería de mi memoria, en la balda de las viejas amigas comunes de Ella y mías, será un buen comienzo para tu condena al olvido. Y, por cierto, también un buen comienzo para este romance apasionado que nos acaba de nacer a Ella y a un servidor y que debería ser el definitivo. Ojalá.

—Tengo una teoría.

—¿Sólo una, chico de las gafas? No me lo creo. Me temo que tienes más teorías.

—Bueno, una que viene al pelo.

—Soy toda oídos. —Dejamos atrás la salida Castellón Sur de la autopista.

—Pues la cosa es que nuestras abuelas y abuelos a los dieciocho ya alternaban prácticamente con todas las personas a las que iban a tratar a lo largo de su vida y por tanto con todas las potenciales parejas que se les ofrecerían. Por otro lado, en esa época las mujeres morían con mucha frecuencia en los partos y los hombres se consideraban ancianos a partir de los cuarenta. Y en esas circunstancias era normal que el matrimonio se afrontase como un compromiso eterno. Primero, porque no era probable conocer gente nueva que ofreciese nuevas ocasiones de amar y, segundo, porque tampoco la vida daba para más. Era lo que había. ¿Me estoy explicando?

—Te explicas muy bien, Jaime. Sigue, que me tienes en vilo. ¿Te apetece que comamos en Benicasim?

—Sí. Me encanta. ¿A Benicasim entonces? Vale... Pues lo que intento contar es que ese mundo que brindaba una sola oportunidad al amor se ha acabado. En la actualidad hombres y mujeres estamos constantemente encontrándonos con personas desconocidas y nuestras existencias duran ochenta o noventa años. Como mínimo dos vidas de las de antes sumadas. Una detrás de otra, para entendernos. O sea, que casarte para toda la vida y en exclusividad con alguien hoy en día es una crueldad. Significa compartir con ese alguien la friolera de setenta años, más del doble de lo que llegaban a convivir nuestras abuelas con nuestros abuelos. ¡Setenta años pegados uno a otro y dejando pasar otras posibilidades interesantes sin catarlas! ¿No te parece una monstruosidad? El matrimonio es el único producto de consumo masivo que no caduca nunca. Las bodas modernas deberían llevar la fecha de caducidad en los anillos, no entiendo cómo la Unión Europea no dicta nada al respecto.

—Las chicas creemos en un amor inmortal, te lo advierto. Sólo en un amor inmortal.

—Ella se estaba divirtiendo, y eso me animaba a avanzar en mi especulación.

—Ya, ya... Correcto. Un amor inmortal por biografía, eso sería lo recomendable. Pero ¿cómo nos organizamos entonces si gracias a los antibióticos al presente cada uno vive casi tres biografías consecutivas? Lo que yo digo es que si todos los seres humanos contemporáneos disfrutamos de una hilera de doble o hasta de triple ración de vida, pues que deberíamos estar abiertos a un amor verdadero diferente para cada una de esas vidas. Piensa que cada siete años se renuevan todas nuestras células y nos convertimos en otro sujeto que no deja de ser el mismo personaje que ya éramos. O sea que, sin llegar a morir físicamente, nos morimos y renacemos por dentro con cierta regularidad, varias veces antes de largarnos al otro barrio, y que por tanto si vives algo así como tres veces seguidas, pues tienes que tener derecho a deleitarte con tres grandes amores seguidos. Uno por cada vida. Es lo lógico, una historia de amor diferente por cada vida diferente. ¿Me explico?

—En consecuencia, Jaimito, según esa teoría tuya, ¿nosotros estaríamos empezando la segunda o la tercera temporada de nuestras respectivas series de televisión?

—Eso es... Ahí le has dado, che. La vida ha dejado de ser una película para transformarse en una serie con distintas temporadas.

—Y ¿este viaje nuestro de hoy qué es, chico de las gafas? ¿Un episodio piloto o un cameo? Dicho sea, lo de cameo, sin segundas. —Sonrió—. O sí...

—Nos hallamos al principio de lo que esto llegue a ser. —Yo continuaba enchufado a mi discurso—. Al principio de un increíble amor por destapar. Volviendo a regenerarnos gracias a un nuevo amor verdadero. Sostendría que nuestros corazones están resucitando sin necesidad de haber tenido que pararse antes en serio.

—Pues yo creo en un único amor para todas esas vidas que dices tú, por muy largas que sean. Un solo amor, Jaime... Es más, cuanto más larga sea una existencia, mejor para ese amor irrepetible. Pero me gusta lo que dices. Eres muy bobo.

—Deduzco entonces que no compartes conmigo que nuestras nonagenarias biografías se compongan de sucesivas minividas encadenadas como temporadas de una serie, y que tú y yo vayamos a estrenar juntos la penúltima de nuestras minividas, la penúltima temporada de nuestras respectivas series, y que será una muy especial, la más especial por ser quizá la definitiva y porque la protagonizaremos juntos.

—¿La definitiva? ¿No vas muy deprisa, chico de las gafas?

—Lo siento, me hago ilusiones y busco un fundamento teórico para mis ilusiones.

—No le des vueltas, por favor. Lo nuestro en todo caso será una vida paralela, igual que millones de vidas paralelas que llevan millones de adultos desgraciados en sus matrimonios y ya está. Una bonita vida discurriendo en paralelo a la fea vida cotidiana. Un sueño cumplido en un mundo en que los sueños jamás se cumplen. Y no, no aspiro a volverme loca por más de un hombre por muchos años que pase en este planeta. Una vida, un amor. Anda, sé un cielo y pásame las gafas de sol.

Por tanto, ¡hipótesis demostrada! Ella acababa de reconocer que vivimos varias vidas. El que luego esas vidas sean sucesivas o paralelas para mí resulta secundario. Así que era correcta mi principal premisa: Ella y yo partimos de cero en una vida nueva. ¡Bingo!

Iba a esclarecerle a continuación que con frases dispares estábamos expresando idénticas filosofías, pero no insistí. Soy un idiota de aquellos que están convencidos de que al personal le agrada que le den la razón, lo aprendí en La Oficina, y en

consecuencia suelo callarme antes que llevar un debate hasta sus últimos argumentos. Me parece que de este modo molesto menos. Y lo último que deseaba esa mañana era incomodar a Ella, a mi amor por descorchar.

Lo lamento, Eme, en mi anterior minivida te quise a ti, ya estás al corriente, claro, pero, como te he repetido hasta la saciedad, me he reencarnado en el siguiente Jaime Monzón, y ahora tú y yo somos viejos amigos, pero nada más. Tal vez un vago recuerdo infantil. Y eso, si acaso. Si acaso, Eme, si acaso...

Salimos de la autopista por Castellón Norte. No me dejó pagar el peaje, aunque yo hice el gesto.

Atravesamos el pueblo de Benicasim respetando el límite de velocidad. Por lo que había visto, tal cumplimiento del código de circulación es extraño en Ella.

«¿Qué la tendrá tan distraída? ¿Qué se traerá entre manos?», me pregunté.

Los comercios tradicionales y los bazares chinos de Benicasim se mostraban engalanados para el verano que se acerca. Sombreros de mejicano, cubos, palas, moldes para castillos de arena, balones de plástico, chanclas, aletas, gafas de bucear y flotadores se apilaban en columnas ante los supermercados, tiendas de regalos y zapaterías, alternándose con las sillas de plástico rojas y blancas de las terrazas de los incontables bares de la calle principal. En Benicasim únicamente la parroquia exhibe su exterior despejado de expositores de postales o mesas con sombrilla.

Al momento vinieron el carril bici de la ruta verde, el antiguo puente del tren transmutado en escultura de rotonda, el Mercadona, la parte trasera de los apartamentos de la playa, una placita con algunos pinos, columpios y una farmacia con su refulgente cruz verde. Y luego, cuando la carretera ya iba a girar a la izquierda pegada al borde de las rocas cangrejeras para serpentear por la falda del monte de Cantallops, aparecieron ante nuestros ojos el Mediterráneo y, pisándole los pies, el hotel Voramar.

Ahí nos detuvimos y Ella, sin consultarme, aparcó cerca del hotel, frente a una villa con una torre de las de princesa prisionera.

La playa de Benicasim se la inventaron los ingenieros de caminos o a lo mejor los topógrafos, eso no lo sé muy bien, que trabajaban en el trazado de la vía de ferrocarril entre Valencia y Tarragona. Debió de ser a finales del XIX.

El tren hasta Oropesa del Mar iba a circular adherido al perfil de la costa por un terreno escarpado y, justo allí, realizando sus cálculos difíciles y mediciones precisas que asegurasen terraplenes y paredes de contención, con un pañuelo cogido con cuatro nudos sobre la cabeza, acalorados, los ingenieros se percataron de que antes de llegar a la zona más abrupta del litoral se abría una esquinita virgen de aguas lisas y arena fina, obviamente conocida como «la Olla». Y se les ocurrió que sería un buen lugar para veranear con sus familias mientras durasen las obras del ferrocarril. Compraron aquellos terrenos, muy baratos ya que no servían para plantar naranjos, y mirando al mar levantaron las primeras villas.

A Villa Pilar, llamada así en honor a Pilar Fortis, esposa del ingeniero Joaquín Coloma, se la tiene por precursora de todas las demás.

Conque de este modo tan sencillo se fue erigiendo una fila de residencias de verano con vistas a la playa. Sin duda, las primitivas consistirían en poco más que barracas de tabloncillos de madera fabricadas con traviesas sobrantes y material hurtado de las

oficinas de los capataces del camino de hierro en construcción. Sin embargo, tales casetas cerradas y provisionales, con el cambio de siglo, cedieron su parcela a otras más confortables, decididamente ventiladas y que respondían mejor a la desahogada moda terapéutica de los baños de olas.

Entonces los ricos de Castellón y Valencia tomaron posiciones como suelen; sin moderación, sin aburguesamiento. Y se impuso en la arquitectura de las villas de Benicasim un gusto teatral, unas veces historicista y otras levemente modernista. Se combinó el hierro pintado de verde de las verjas exteriores con el yeso de las columnas ornamentales en porches inspirados en la mansión del amo de la plantación de café. Y también, con los inevitables adornos cerámicos con motivos florales de fachadas y remates, tan de los pueblos valencianos.

Estas villas fueron el ecosistema en Castellón en aquella era esbelta de las gasas immaculadas y las pamelas de ala ancha, los trajes de baño de cuerpo entero, las pajareras junto al limonero, las visitas anunciadas con antelación, la cocinera sentada bajo el frescor de una higuera separando lentejas de piedrecitas, las confidencias en la pérgola de los jazmines, el correo y la prensa esperando al mediodía a que el señor suba de su chapuzón tonificante envuelto en el albornoz y el bridge de la señora en la galería después de la cena. De las tardes morosas dejadas pasar.

Afortunadamente, se conservan muchas villas de esa bella época. Con un pequeño jardín delantero y otro más largo a la espalda. La mayoría parecen pomposas quintas de indiano con sus palmeras espigadas o heredades menores de lo que el viento se llevó. Incluso las hay que pasarían por palacetes de Niza, mansiones del terror o casitas de chocolate. El conjunto evoca un tiempo ido de caballeros con guardapolvo de guiar el automóvil, señoritas montadas en bicicleta de ruedas grandes, manillar alto y cesta de mimbre repleta de margaritas, y chicas de servicio con uniforme y delantal con puntillas persiguiendo niños desnudos que escapan de una toalla abierta.

Las viejas villas hoy transmiten una profunda melancolía.

En cualquier caso y pese a que la sobriedad siempre estuvo fuera del alcance de los exportadores de cítricos y los patronos de fábrica de ladrillos de Valencia y Castellón, Benicasim sigue siendo una playa clásica, familiar y muy recomendable.

Y queda cerca de Valencia.

Conque en ese escenario de infancia de los sesenta filmada en súper 8 ocurrió el milagro. Ahí, Ella y yo nos dimos un beso que lo decía todo y debimos atenernos a las consecuencias. Pero tú, amiga, tendrás que esperar hasta mañana para enterarte de los detalles porque yo me voy a dormir.

Bostezo...

Che, esta carta se ha alargado demasiado, me ha entrado sueño describiendo la playa de Benicasim con un estilo tan exhaustivo y, lo que es peor, se me han gastado los Fortuna. Así que... bona nit.

¿Cómo fue mi primer beso con Ella, mejor o peor que el nuestro? ¿Hicimos temblar con nuestros empujones las rodillas de arena de playa del hotel Voramar? ¿Sudé por su piel y Ella por la mía? ¿Nos hemos prometido querernos toda la vida? Las respuestas en el próximo capítulo.

Con la seguridad de mi mejor aprecio, buenas noches, amiga.

Bostezo de nuevo. Otro bostezo como este y me trago tu retrato de las trenzas, tu

mechón y el Zippo, que todo eso tengo extendido por la mesa, delante de mí.
Continuará...

Miércoles, 24 de mayo, después de cenar con mis padres

Querida Eme, esta mañana en La Oficina, la máquina de escribir de José Antonio Riñones (no hay ordenadores para todos) se ha quedado en silencio de repente. Nos hemos asustado porque el repiquetear de sus teclas es el hilo musical de nuestro remar cotidiano para mayor beneficio de nuestros propietarios, los populares hermanos Japón.

He sido yo quien se ha levantado para comprobar qué sucedía. César Augusto Peláez y Lázaro Montaña no han hecho ni ademán, enfrascados como se hallaban en no perder comba en sus respectivas tareas administrativas.

—Riñones, ¿estás bien?

—No mucho. —Ha alzado la vista hacia mí y he observado que estaba llorando.

—Che, Riñones, ¿qué te pasa? —Mi mano se ha posado sobre su hombro.

—Mira, Monzón, anoche una chica llamada Géminis Romántica 69 escribió en un chat una frase de Confucio que dice: «Todos tenemos dos vidas, la segunda empieza cuando nos damos cuenta de que tenemos solamente una». Y yo me he quedado toda la noche despierto dándole vueltas.

—¿Y eso te da pena?

—Me apena esta lista de cosas que, como consecuencia de la frasecita, he descubierto que seguramente ya nunca me pasarán y que estaba redactando en mi máquina de escribir...

Me he asomado al rodillo de la Olivetti y en el folio que sobresalía impreso he leído, entre otras fantasías, las siguientes:

- Ser portero de primera división o el que recoge la ropa sudada de los futbolistas.
- Hacerme buceador profesional y descubridor de tesoros.
- Casarme con mi prima Virtudes Riñones, aunque no quiera mamá.
- Preguntar a Géminis Romántica 69 por sus intenciones.
- Comprar una granja de visones y dormir con ellos.
- Tener moto gorda y notármela entre las piernas.
- Probarme la ropa interior de mi profesora de la autoescuela (puedo comprarla discretamente en el Alcampo).
- Viajar a Zaragoza, a Logroño y a Lourdes.
- Que me detenga mi vecino el agudo inspector Gustavo en el ascensor y que me desnude (sólo por probar).

— ...

La lista era más larga.

—Pero ¿y por qué no vas a poder hacer todo esto? En especial lo del vecino policía...

—Te reconozco que me estaba conteniendo la risa.

—Porque trabajo en La Oficina y yo no tengo dos vidas. Para que empiece la segunda vida has de atreverte a dejar atrás la primera, Monzón. Y yo no me atrevo.

He aquí la clave de todo, Eme, yo la llamaría la revelación de Riñones: para vivir una segunda vida hay que atreverse a abandonar la primera. Atreverse a cortar lazos, desatender obligaciones, olvidar compromisos, descuidar rutinas y quedarse en paro si fuera preciso. Yo me he atrevido y mi segunda vida, que es la verdadera, acaba de comenzar con Ella en Benicasim.

No me enrolló más, Eme, voy a continuar con la carta de ayer, ya que te dejé con la miel en los labios.

Esta noche tengo tabaco suficiente y una botellita de Magno con que agujonear mi creatividad. También me he tomado un café con leche fría para que no me venga el sueño.

Recordarás que en nuestra excursión sin destino Ella había aparcado junto al hotel Voramar de Benicasim.

—El hotel Voramar, Jaime —dijo Ella, tras apagar el motor y volverse hacia mí—. ¿Has dormido alguna vez aquí con alguien?

—Yo no. No lo conozco de nada.

—Genial. Yo tampoco. Es nuevo para los dos. No tiene espíritus para ti ni para mí. Voy a coger una habitación y nos quedamos a pasar la noche...

—¿Pasar la noche?!

—Sí, ¿qué te parece?

—Bien, me parece bien. —El corazón se me aceleró, traté de que el pánico no fuera evidente—. Eres muy atrevida.

—Muy atrevida, no. Es que tengo casi cincuenta y ya no puedo desperdiciar más tiempo con preliminares. O vamos al grano o ya no vamos a ninguna parte, chico de las gafas. Espérame un segundo, ahora vuelvo.

El hotel Voramar con sus tres estrellas parece que estuvo en Benicasim desde siempre, como el centro de termalismo que rompe la silueta de la montaña posterior, el muro de rocas y cemento que separa la playa del paseo marítimo (antes de la carretera) y los trenes nocturnos cuyo paso cercano servía para marcar las horas.

Los guías del museo regional de infancias felices disecadas, en que consiste hoy la playa de las villas de Benicasim, cuentan que precisamente en la terraza del Voramar radica el centro de este pequeño universo privado. Que bajo las losetas de su piso yace enterrado un anterior suelo fundacional de mosaico roto por los gallardos pasos de infinitos tangos y los tacones de aguja arrastrados en valeses y pasodobles interminables. Y que al amparo de sus toldos, ante una bolsa de patatas fritas J. García y con un martini seco con aceituna delante, se gobiernan la nostalgia y la desgana recibidas de los abuelos, como si la sonrisa lúcida de los viejos se pudiera legar. Por eso, la publicidad sugiere que el hotel no tiene historia sino biografía.

Erigido por Juan Pallarés en 1930 sobre la arena mojada, haciendo sangrar a la playa conchas rotas y erizos exprimidos, primero fue casa de baños y café restaurante. Y pronto, sólo tres años después, ofreció camas para pernoctar. A esas alturas la imagen neoclásica del hotel, sin ser pretenciosa, ya ansiaba evocar otros hospedajes más distinguidos, apostados por ejemplo frente a las aguas del lago de Como o en lo alto de los acantilados de alguna isla del Tirreno.

Durante la Guerra Civil el inmueble se requisó para hospital de sangre de las Brigadas Internacionales y se rebautizó como Villa Largo Caballero. Después de la guerra se asentó allí una residencia estival de señoritas de la Sección Femenina de Falange. En los cincuenta, Berlanga lo utilizó para rodar *Novio a la vista* y un poco más tarde la familia Pallarés recuperó el control del negocio. Debo decir que, quizá sin pretenderlo, entre unos y otros lograron que hoy el hotel Voramar se mantenga, sin demasiada cirugía plástica, muy parecido a como se lo puede ver en las instantáneas más amarilleadas que cuelgan en las paredes de la recepción.

Las balaustradas en todos los balcones, las columnas perimetrales separadas por las ventanas del comedor abierto al mar, el peristilo de la planta baja involucrado en una terraza contra cuyo antepecho antes batían las olas y las cortinas de lino, meciéndose blandamente con la brisa, encierran en un prisma rectangular toda la claridad sin sombras del Mediterráneo. Por su estilo soleado podría haber sido balneario de archiduquesas austrohúngaras o sanatorio para niños tuberculosos y sus correspondientes monjas con toca de vuelo almidonado.

Por sus gastados pasillos, me figuro yo, tendrán que cederse el paso multitud de dispares fantasmas que a lo largo de casi cien años murieron dejándose aquí el corazón. Pongamos por orden cronológico: hidalgos flacos cargados de razón, lechuguinos con apostura de comentarista de periódico de casino provinciano, damas veraneantes con polisón y parasol, soldados mutilados en el Ebro con la mirada perdida en el horizonte, corresponsales de guerra franceses enamorados de la Carmen de Mérimée, notarios de familia de notarios, solteras joseantonianas entregadas a sus labores suspirando por un encontronazo con el jardinero, subsecretarios del Movimiento Nacional con la cintura del pantalón a la altura de los sobacos, procuradores en Cortes con bigotito, trompetistas mulatos de orquesta verbenera, camareros de pega que en realidad eran espías británicos, escaladores enmascarados de balcón de señora casada y chavales con caña de pescar y gorro de marinero. Todos revueltos, pero orientados y sin perderse por recovecos extraños, ya que el edificio no ha cambiado nada en un siglo de altas ocupaciones estacionales.

El Voramar permanece congelado como un mamut siberiano, como una Pompeya levantina de cuando la aristocracia naranjera confiaba en la hidroterapia como remedio universal.

¿Lo conoces, Eme? ¿Te has acostado alguna vez aquí con alguien? Te lo recomiendo para el día en que decidas gozar de una hermosa tristeza compartida.

Yo me quedé fuera dialogando en silencio con una extraña figura de león de ojos verdes que sostiene un escudo con su garra y que corona el barandal de las escaleras que bajan a la playa, por hacer algo que me distrajese y no provocarme un panadizo a base de repelarme las uñas. Tenía los nervios de punta.

Al poco, Ella salió triunfante del pórtico del hotel. Agitando una llave de habitación.

Le daba mucha risa.

—Jaimito, en este hotel tan chulo me han dado un cuarto con vistas, por si nos apetece no volver a casa esta noche.

—Te habrán pedido el DNI, ¿no?

—Sí. Y se lo han fotocopiado, ¿por?

—Porque en tu DNI pondrá que estás casada, si es que estás casada, que no lo sé, y no es conmigo, claro. —Yo estaba muy intranquilo, asustadísimo.

—¿Dónde has estado los últimos cien años, chico de las gafas? ¿Os cuentan en La Oficina lo que ocurre en el mundo real o sólo os quitan la camisa de fuerza por la fiesta de la patrona? ¿Sabías que el adulterio ya no es delito? Hace una eternidad que han suprimido el estado civil del documento de identidad. —Se le escapó una carcajada y me sentí ridículo—. Mira el tuyo.

—Ah.

—Venga, tonto, busquemos un chiringuito o algo así donde nos sirvan algo de comer. Un perrito y tal.

—Che, no tengo nada de hambre, pero de acuerdo. —Quería que me tragara la tierra.

—Yo tampoco tengo hambre. Vamos a oxigenarnos y ya vemos... ¡El estado civil en el DNI! Es que me troncho contigo...

Se colgó literalmente de mi brazo y nos fuimos caminando por el paseo marítimo.

Cualquiera diría, Eme, que dábamos pasitos sin movernos de nuestro sitio, igual que si estuviéramos sobre un escenario mientras un rollo continuo de villas pintadas de fondo fuera pasando por detrás, ya que en ningún caso se nos acabó el decorado por más que anduvimos.

A esa hora el sol quemaba como una tostadora de pan.

En algún punto debimos tomar unos sándwiches, unas almendras y unas Coca-Colas light.

«La cerveza deja aliento agrio, mejor no, por si se tercia que nos besemos», pensé estratégicamente.

Después de eso ya íbamos tímidamente de la mano. Ahí me di cuenta de que Ella es un poco más alta que yo, aunque no mucho, un dedito de nada. ¿No serían los tacones de las botas?

Al comenzar la tarde, las sombras de las torres de apartamentos de primera y segunda línea fueron, poco a poco, dirigiéndose hacia la playa y un hálito que venía del mar, también poco a poco, se fue llevando el calor.

Enciendo un Fortuna, Eme, y cierro los ojos. Discúlpame un minuto. Recuerdo y al recordar revivo sensaciones que jamás pensé que tendría la suerte de experimentar. Se me pone la piel de gallina porque soy el puto elegido del destino.

Sonrío. Me relamo. Aguarda, regreso al relato...

—A ver, don sabiondo, ¿quiénes hacen el amor por primera vez en el hotel Voramar?

—Ni idea, Ella. —Y el menda alterado, creyendo sinceramente que la respuesta que venía a continuación sería algo así como: «Tú y yo, so bobo».

—Hemingway y Martha Gellhorn durante la guerra. —¡Atiza! Esta salida me dejó pasmado, yo imaginaba otra contestación más inclusiva, qué corte.

—Ah...

—A él lo trajeron herido del frente tras jugarse una botella de aguardiente a la ruleta rusa contra un comisario político de la brigada Lincoln. Mientras que la Gellhorn ya estaba aquí, haciéndose pasar por enfermera para enviar sus crónicas desde donde silbaran los mismísimos disparos de los moros o los escupitajos de tierra de los legionarios. Coincidieron en el Voramar reconvertido en hospital. Se reconocieron y en el actual comedor del hotel, que ahí se ubicaban entonces las camas de los convalecientes, escondidos tras un biombo clínico, no pudieron contener su deseo animal y se revolcaron como guepardos en celo sobre el polvo de la sabana africana.

—Como guepardos, ¿eh?

—Sí, como lo oyes. Hay un desconchado en la pared que posiblemente se deba a una patada de la Gellhorn en plena sucesión interminable de orgasmos... El dueño del establecimiento debería poner ahí una placa conmemorativa al respecto. Algo así como: «Aquí lo hicieron dos guepardos escritores y el temblor llegó a Castellón de la Plana».

—¿En serio? Y ¿tú cómo lo sabes...? Fue una relación muy tormentosa, eso es seguro. —Me había llevado un chasco y una lección de literatura inventada, conque hablaba por hablar—. Lo suyo acabó mal después del desembarco de Normandía... No supieron quererse cuando llegó la paz, quiero decir. Pero no sabía que tanta fogosidad hubiera surgido aquí, en Castellón.

—Te lo juro. Lo he leído en un letrero de los que ha puesto el ayuntamiento delante de cada una de las villas para informar a los turistas como nosotros —se divertía a mi costa.

—No te creo, pero me gusta.

—¿Te gusta o te inspira?

—Me gusta. Inspirarme, me inspiras sólo tú. Y por cierto me inspiras mucho. Creo que me estoy enamorando... —No era dueño de mis palabras. Un seductor ladino me había poseído y se declaraba a Ella en mi lugar, con mis gafas puestas y con mi voz, quién sabe si no sería el propio Ernest Hemingway echando una mano a este pobre aprendiz de seductor, a este Woody Allen del barrio del Pla del Remei.

—¿Descansamos un ratito en el muro, Jaime? —Mi última frase había hecho diana y ahora Ella también necesitaba respirar profundamente.

Nos sentamos mirando a la playa y con los pies colgando al filo del pretil que protege de caídas a la arena a los viandantes del paseo marítimo. Estábamos mudos. Detrás de nosotros unos niños jugaban a polis y cacos corriendo por el paseo, otros iban y venían en patinete y otros se peleaban por un balón. De banda sonora se escuchaba a sus madres comentar desdichas cotidianas. Por delante sólo teníamos el cielo y el mar, y nos hipnotizaba el gruñido persistente del oleaje. Ella encendió su pitillo y yo el mío.

Quise relajar la tirantez que había provocado en Ella mi confesión llenando con un monólogo el incómodo mutis. Carraspeé, antes de hablar:

—Una vez se me ocurrió una historia en la que un hombre y una mujer desde que nacen se pasan la vida entrecruzando sus rastros, pero sin comunicarse, sin que nadie los presente y sin que se dé la feliz circunstancia de tratarse. Hasta que van y se encuentran cuando ya están jubilados en el banco de un parque dando de comer a los gorriones y entablan una conversación casual en la que se desvela que siempre

estuvieron muy cerca de haberse conocido, pero que por desgracia eso jamás ocurrió. Pasaron al lado uno del otro en el colegio y en la facultad, residieron en la misma calle y pertenecieron ambos a la sociedad filarmónica, y sin embargo nada, nunca. Se caen bien, se relatan con ternura sus respectivas existencias bifurcadas y al despedirse el hombre se marcha pensando: «¿Y si debió ser esta mujer y no aquella otra que me abandonó?». Y la mujer: «¿Y si hubiera sido él y no aquel bruto que me maltrató?». Al poco mueren de viejos con horas de diferencia y sus familias los entierran por casualidad o por el turno del cementerio uno al lado del otro, lanzándolos al infinito con trayectorias en forma de horquilla. Con este cuento intentaba poner de relieve que la persona predestinada para ti siempre pasa por tu costado, ante tus narices, que reiteradamente la vida te la sirve en bandeja, pero que, si no estás atento, si no te esfuerzas por descubrirla, puede acabar siendo una eterna desconocida.

—Qué intenso eres, Jaimito. Me muero de risa contigo. Eres diferente a todos los hombres que conozco. De verdad, no hay otro tan como tú. —La sonrisa le ocupaba toda la cara—. ¿Estoy ante un poeta, chico de las gafas?

—Lo fui a la edad en que se es poeta, pero ya no. ¿Te ha gustado el cuento?

—Sí, mucho.

—¿De verdad?

—Que sí, chico de las gafas. Que sí. Y he pillado el mensaje y todo... ¿Entonces eres novelista?

—Copio en papel lo que me dicta la imaginación, sólo eso. Soy un escritor de chorradas. Últimamente podrías considerarme autor de cartas raras a una especie de amiga invisible. Cartas de suicidio y tal.

—¿Algún día me leerás alguna de esas cartas raras a una amiga invisible?

—A lo mejor... Pero no son para ti, tú eres visible. Que quede claro.

—¿Y tus poesías?

—No valen un pimiento. Yo soy mis poesías. Mi mejor obra o mi única obra soy yo mismo. Este oficinista infantil, pedante, manazas y cuatros que tienes en presencia. —Tiró la colilla a la arena, yo apagué la mía sobre el murete y reproduje su gesto—. Ella, hace mucho que dejé de venderme a las chicas como poeta, no servía de nada. Che, no me las ligaba ni por esas. Se burlaban de mí.

—Tranquilo. No tartamudees. Continúa...

—Ahora me ofrezco sólo como ser humano, como si yo finalmente fuera alguien interesante. Sigue sin servirme para ligar, pero al menos he dejado de ponerme en ridículo. Que otros escriban los sonetos, yo me callo. Si eres feo, más feo que Picio, lo mejor es que no pretendas hacerte poeta, que ni lo intentes.

—Eres guapo, Jaime, lo que pasa es que te tapan las gafas.

—Nunca he sido guapo.

—No es verdad, eres muy guapo por dentro y por fuera, pero, aunque parezca mentira, debe hacer demasiado que nadie te quita las gafas.

—Una chica me las quitó en una ocasión en el jardín de unos viejos apartamentos, pero de eso hace ya una eternidad..., treinta y tantos años...

—Pues hoy toca otra vez. Ven.

Me subió las gafas como si fuera un motorista y de pronto la notaba ahí, respirando el aire que yo había respirado ya. Me suena que esta frase la he puesto en alguna

carta anterior, tal vez porque la propia sensación sea repetida también. Su boca se posó sobre la mía, sus manos sobre mis pómulos y me besó.

Me acordé de ti, Eme, pero en décimas de segundo me olvidé de ti.

Inmediatamente su beso fue compartido por mi avidez. Y se alargó. Y un abrazo lo envolvió. Fue un beso que no necesitaba sexo que lo justificase, un beso completo.

¿Cómo se describe un primer beso? Parece imposible, ¿a que sí?, dado que no hay quien no sepa a qué saben los besos nuevos y que carezca por tanto de una opinión personal al respecto. Pon que nos salió un beso mayor, húmedo, sin tanteos de estreno. Sentí que mis labios debieron ir pegados a esos otros labios desde que mi boca aprendió a mordisquear. Resultó igual que recordar nuestro beso mientras miro esa vieja foto de las trenzas, pero distinto. Mejor que cualquier beso de los de mi imaginación.

Nos besamos a gusto.

Sin romper el abrazo, separó sus labios lo suficiente como para verbalizar en voz baja:

—Jaime, yo también me estoy enamorando de ti.

Luego apoyé mi barbilla en uno de sus hombros y Ella su barbilla en uno de los míos y el abrazo se estrechó como si lo moviera un nudo corredizo. Con la vista desenfocada puesta en los morados y amarillos que se perfilaban sobre la espalda del mar cansado de la tarde caída, le pregunté:

—¿Cómo una tía buena y acaudalada como tú puede enamorarse de un tipo tan normal como yo?

—Jaime, tú puedes ser cualquier cosa menos normal. Tienes un sentido del humor muy peregrino, de típico chistoso que se cree serio. No te imaginas lo gracioso que resultas.

—¿Soy cómico, pues? ¿Un humorista natural como Bigote Arrochet o Joe Rígoli?

—No me malinterpretes. —Se le escapó otra de sus carcajadas de pelirroja—. A las chicas se nos conquista haciéndonos reír, ya lo sabes. Eres original... Eres tierno... Derrochas inocencia por los cuatro costados. Pareces un hijo pequeño disfrazado de pirata malo con un bigote pintado.

—Pero ¿qué te apporto yo, aparte de mediocridad, problemas y tristeza?

—Ilusión, Jaime, me has devuelto la ilusión. Ya te lo he dicho antes, sin darte cuenta eres distinto a todos los hombres que existen. Único. Inolvidable. Me tienes fascinada. Mi relación contigo algún día acabará sirviendo para que escribas una comedia romántica.

—No sé.

—Escucha, yo podría tener las aventuras que quisiera con los amigos de mi marido y sería igual de aburrido que con cualquiera de los maridos de mis amigas. Contigo es otra cosa. Tú no cabes en ninguna clasificación. Eres especialmente masculino, pero dulce, como una brocha de afeitar, una camisa de pijama a rayas de Rock Hudson o la americana de un papá patas largas. Fijo que no lo entiendes.

—No, no lo entiendo. ¿Soy una aventura?

—Si lo fueras, ¿estaría besándote en público?

—Entonces, ¿soy el típico feote que se ha ligado a la guapa de la clase?

—Eso puede que sí. —El aire que se escapaba por su sonrisa me hacía cosquillas en

el oído. Seguíamos abrazados y Ella con mis gafas en su puño.

—Yo nunca he hecho nada parecido a esto, te lo juro.

—Te creo. Yo tampoco. También te lo he dicho antes, no concibo más que un amor para toda la vida.

—En ese caso, cuando te canses de mí, ¿me lo dirás para que me quite de en medio discretamente?

—Tienes mi palabra, pero eso no va a ocurrir. —La sogá que comprimía el abrazo se estrechó un poco más.

Caminamos de vuelta sorprendidos por el olor a pinocha seca que con el crepúsculo exhalaban los jardines traseros de las villas. Yo no volví a ponerme las gafas, aunque veía un poco borroso.

Al llegar al Voramar fuimos directos al restaurante. Ninguno de los dos se atrevió a sugerir que subiésemos a la habitación. Tácitamente debíamos haber convenido que todavía era pronto para pasar a la siguiente fase.

Con los besos debí contagiarle mi retraimiento porque la pelirroja ya no era aquella valquiria del Mercedes Clase A, típico coche de mamá que va al gimnasio de nuestro tiempo, segura de sí misma, que casi me había secuestrado por la mañana.

Cenamos en el comedor del hotel entregados a un coloquio intrascendente: «¿Cómo sigue tu amigo el doctor Gradolí?», y en ese plan, sin otro objeto que llenar los minutos hasta que llegase el crucial momento de decidir si volver a Valencia o quedarnos a dormir en Benicasim. Al terminar el postre, Ella apartó vasos, copas, servilletas arrugadas, la cestita de los panecillos y extendió su mano hacia la mía.

—He abierto un caminito. —Nos cogimos sobre el mantel.

—Che, mira, ese descascarillado de la esquina, junto a los enchufes, debe ser el de la patada del éxtasis de la Gellhorn. Sí que tenía el talón grande la tía, la mare que va... —Provoqué su sonrisa.

—Oye, Peter Pan, ¿te he dicho que das muy bien los dedales?

—Más que un dedal ha sido una manopla de cuatro dedos, Wendy. Yo no sabía que existieran besos así. —No me venían al pensamiento aquellos nuestros del setenta y tres, Eme, lo siento, y eso que podría decirse que el primer beso con Ella y contigo fueron idénticos en lo que respecta a su belleza.

—Yo tampoco tenía idea. Igual nosotros hemos inventado un nuevo modelo de beso: el beso existencial, toda una vida justificada por un beso. No lo descartes, niño sin gafas.

—¿En serio crees que nosotros hemos inventado el beso?

—Sí. Tú y yo.

Hasta en la invención del beso ha venido a sustituirte.

El camarero preguntó si los señores deseaban café o algún licor. Ambos pedimos un poleo con un vaso con hielos por retrasar el final de la velada. Un largo rato después regresó el camarero, nos cambió el cenicero y le rogamos que nos sirviera una segunda ronda de poleos. «Estamos recogiendo, pero no se preocupen», nos indicó para que supiésemos que por lo que hacía a su horario el tercer poleo aún entraba dentro de lo aceptable. Entonces Ella tomó de nuevo la iniciativa:

—Jaime, antes de que nos den las claras del día empalmando un poleíto tras otro permite que te diga: estoy casada...

—Lo tengo claro y no me importa.

—Déjame seguir, por favor. Nunca le he sido infiel a mi marido, pero tampoco nunca he sido feliz con él. Tengo razones para aguantar y no pienso separarme por ahora. No te puedo prometer nada, aunque me gustaría vivir a tope esto que tenemos en común. Creo que me lo merezco. Que nos lo merecemos...

—Yo tengo dos hijos. Pablo de diecisiete y Luisa de quince. Te lo dije esta mañana.

—Jaime, por favor, no te estoy dando información. Necesito que me comprendas sin hacer preguntas. Que te fíes de mí. Si te digo que mi matrimonio es una desgracia, que te lo creas. Si te digo que aún no me puedo separar, que no me aprietes con tu soltería asfixiante de recién divorciado. Si te digo que pese a todo deseo que sigas siendo mi único amor, que evites sentirte inseguro.

—Pero, Ella, mírate tú y mírame a mí, ¿en qué fantasía una mujer rica y guapa como tú elige de amante a un hombre pobre y gafotas como yo?

—Eso ya lo hemos discutido antes, pesado. No te propongo que seas mi amante, te he ofrecido seguir siendo mi amor verdadero. Necesito recuperar el tiempo perdido. Volver al principio. Divertirme, bailar, viajar, soñar.. Compartir contigo una vida que no se pueda comprar con dinero, una vida que me han robado. Reempezar como si estuviéramos ante una primera vez.

—O una segunda vez. —Era lo justo de cara ti, Eme. Oye, a cada cual lo suyo—. Ante una segunda vez...

—De acuerdo, pero ¿te atreves a intentarlo conmigo fingiendo que el pasado no existe?

—¿Cómo si tuviéramos trece años y medio?

—Como si volviéramos a tener trece años y medio, vale. Pero, además, con una tarjeta de crédito en el bolso, ¿no? Con aquella exaltación, pero con esta libertad. — Hincó sus ojos de china en los míos y yo entendí que el final de partida ya estaba en marcha, que se acercaba el jaque mate de su dama a mi rey—. O sea, mejor que como si tuviéramos trece, pon: como si siguiéramos unidos desde los trece.

—De acuerdo. Cuando tú y yo estemos juntos será como si siempre hubiéramos estado juntos. Como si lo nuestro hubiera sido realidad desde siempre y como si la vida que hemos vivido hasta hoy fuera sólo una pesadilla.

—¿Reempezamos, Jaime?

—Vamos a reempezar, Ella.

Me dio un estirón y guiándome de perfil me llevó hasta las escaleras. Subimos una planta. La puerta del cuarto aguardaba tensa casi al final del pasillo.

Entramos.

Las persianas mallorquinas verdes estaban abiertas y por el balcón se colaba el resplandor de la luna reflejada por el mar. No encendimos la luz. Volvimos a besarnos. Me empujó contra la cama. Ella se metió en el cuarto de baño. Dejé las gafas sobre la mesilla de noche. Al poco volvió ya sin botas ni pantalones.

Apenas pude entrever su silueta dibujada por el resplandor de la luna porque se estiró por encima de mí avanzando como una gata.

El collar de perlas verdes se deslizó sobre mi pecho. Levantó los dos brazos para soltarse la melena pelirroja y al hacerlo se le abrió la camisa blanca de par en par.

—No sé cómo se han desabrochado tantos botones solos...

—Ella, tu ropa interior resplandece. También es blanca.

—Es mi vestido de novia para ti. La lencería es de estreno. Somos nuevos, chico sin gafas.

—Entonces, como un recién casado, permite que no sepa qué hacerme contigo.

—La distancia mayor del mundo era la que nos separaba a ti y a mí, Jaime. Vamos a terminar de recorrerla, mi amor. Haz lo que siempre has soñado.

—Me muero... —Su boca se comió el final de mi frase.

Hicimos el amor con delicadeza, sin apresurarnos, sin descaro. Como novatos. Tardamos más de lo deseable en terminar desnudos y nos faltó diligencia para tocarnos por todas partes. Mira, Eme, ignoro si atinaré a definirlo; ¿simplicidad? Algo así de candoroso, de inexperto.

Nos recorrimos como si nuestras manos fueran caravanas de tuaregs por un desierto recién abordado. Sus dedos, por ejemplo, me palpaban igual que si llevase impreso sobre la piel un manual de instrucciones en braille para amantes ciegas y los míos la exploraron con esmero de palo de zahorí, tiritando ante los humedales y los principales torrentes de fluidos de su cuerpo. El milagro fue que, pese a tratarse de una primera vez, todo funcionó como debía y que ejecutamos esa danza sincronizada en que consiste toda acometida sexual evitando rodillazos, desacuerdos y brusquedades de principiantes.

Tuve la noche de bodas que me faltó al no casarme contigo.

Querida Eme, creo que debo ahorrarte los detalles, no me los pidas. Sería descortés hacerte partícipe del incendio forestal que se produjo entre su sexo y el mío, compartir contigo la velocidad con que las llamas saltaban de una fronda a otra y cómo se alimentaban inflamándose mutuamente. Así que deja que concluya añadiendo que después de que Ella me pidiera que la abrazase muy fuerte y, comoquiera que yo la abrazaba por detrás de los hombros, que luego me exigiese: «Por arriba no, abrázame muy fuerte por abajo, pégame a ti por el culo», y que yo con ambas manos acabara oprimiendo sus nalgas contra mí, se echó a llorar como una niña.

Daba la impresión de que nada la podría consolar.

—¿Pasa algo? —le pregunté casi sin voz.

—Que soy feliz.

—Yo también. Y no me he sentido inseguro, aunque tenía miedo. Soy libre...

—Jaime, nadie que tenga menos de cuarenta puede entender esta locura. Nuestra historia es sólo tolerada para muy adultos. Nuestro tema no es la segunda oportunidad sino la oportunidad de rectificar. De reinterpretar el pasado, más bien.

—Ella, nadie que no haya naufragado entiende en qué consiste salvarse, renacer y volver vivo de la nada al todo —respondí arrebatado—. Tampoco que el sentido del amor en la vida es puro y constante renacimiento. Sí, reescritura, al fin y al cabo. Ten en cuenta que yo aprendí a amar con trece, pero acabo de practicar el amor en serio por primera vez casi a los cincuenta. ¿Y si el primer amor y el último fueran la misma clase de amor? Yo alucino contigo, pelirroja...

—¿Qué quieres decir con lo de que aprendiste con trece? ¿Lo has hecho conmigo porque querías volver a sentir algo que ya sentiste otra vez?

—No, mi amor. Lo he hecho contigo porque necesitaba sentir esto por primera vez.

—Chico de las gafas sin gafas, te quiero.

—Pelirroja con pecas despintadas, te quiero.

Se durmió ronroneando tras fumarse un Marlboro y pude notar con qué apacibilidad se quedaba dormida. Cómo pasaba difuminándose de la vigila al sueño, despacio.

Yo seguía con mi cara apoyada sobre su hueso púbico. La proximidad a mi membrana pituitaria de su vagina exhausta me mantuvo inmerso en su atmósfera de cierva en celo ya satisfecha, formando parte de cuantas delicadezas la componen, como la saliva, el sudor, la lubricación, la ropa interior blanca o la camisa fruncida también blanca, ambas arrugadas en alguna sombra del suelo. Me tranquilizaba percibir su respiración profunda, como si en sus pulmones hubiera un fuelle cambiando por oxígeno el dióxido de carbono con el que sin duda había llenado el ambiente la hoguera que acababa de apagarse allí. El cuerpo de Ella, todo el cuerpo de Ella, de los dedos del pie al manantial de su revuelta cabellera roja, después de haberse empapado haciendo el amor, conformaba un mapa sutil de perfumes endémicos, una pradera exuberante de texturas inciertas, fluidos mezclados y soledades salvajes, un rumor de continente abarrotado de mariposas y luciérnagas que de noche se desplaza por el océano.

Las horas pasaron volando. De madrugada, Ella se dio la vuelta y me concedió la oportunidad de verla dormir desnuda como nunca vi a una mujer, y me nació la inspiración de ese poema guarro que te envié.

Entonces me fijé en la pulsera de cuero y el pequeñísimo tatuaje de una mariposa que lleva en uno de sus tobillos, y me pregunté a qué motivo feliz respondería ese tatuaje, a qué recuerdo joven, salvaje, inaugural haría referencia. Para hacerse un tatuaje hay que sentir la seguridad de que el amor al que representa será eterno, porque los tatuajes jamás se borran. Sentí celos, unos celos nuevos e irremediables.

Me puse a darle vueltas en la cabeza al poema para cambiar el tema de conversación conmigo mismo y así me medio dormí.

El auténtico sueño era despertar a su lado y la mañana, ya avanzada, generosa y radiante, me lo concedió; nos despertó a la vez. Nos vimos, nos sonreímos, no sentimos vergüenza, nos abrazamos y nos desayunamos uno a otro.

Luego Ella tenía que llegar a tiempo a una comida familiar de domingo y regresamos a Valencia con los olores corporales intercambiados.

Nos despedimos con un hasta luego, como suele decirse. No se había vuelto a pintar las pecas. Su rostro mostraba ahora a la verdadera mujer de cuarenta y tantos que se esconde tras su exagerado desenfado. De lo profundo de sus pupilas emergía un optimismo nuevo, crudo, casi lleno de agradecimiento.

Ella era real.

—Gracias —le dije.

—¿Cómo gracias, Jaime? Esto es amor, no un favor que nos hacemos.

—Perdón.

—¿Cómo perdón, Jaime? Esto es amor, no una regla que tengamos que cumplir.

—¿Y qué puedo decir, Ella?

—Que me quieres.

—Te quiero.

—Te quiero. Gracias, Jaime.

—No se puede decir gracias.

—Yo sí puedo. —Su risa de ardilla me recordó a la tuya burlándote de mí aquel verano del setenta y tres—. Dame otro dedal...

Querida Eme, ya lo sabes todo. Todo menos algunos pormenores que me he saltado por no herirte y que probablemente son aún más bonitos que lo que aquí reflejo. Espero que te alegres por mí, pues estaba muerto y ahora estoy vivo.

Te quiero como amiga. Seguiré escribiendo, te lo prometo. Le doy dos besos en las mejillas a tu foto. Dos besos, no uno.

Buenas noches, Marina. Sigue bien. Recuerda que Ella te conoce. Me estoy acercando a ti...

CAPÍTULO 12

Lo mismo que su padre, Pablo Monzón no era muy alto. Pero estaba perfectamente formado, sin faltarle de nada. De hecho, de tan bien proporcionadas que lucían su cabeza y extremidades podía considerarse la reducción a escala de un modelo masculino, una versión filial del *David* de Miguel Ángel, un Madelman. El pelo abundante, cortito, con la raya impecable y bien peinado en toda circunstancia contribuía de forma decisiva a esa imagen de buen chico, de *boy scout* adulto, de la que Pablo no lograba escapar, aunque lo intentase, que no era el caso.

Esa misma mañana, mientras se lavaban los dientes uno al ladito de la otra, deteniendo un segundo el cepillo eléctrico, la boca llena de espuma, mirando hacia la parte de arriba del espejo y con el codo apoyado en el lavabo, su novia le había dicho:

—Guapi, estoy pensando que eres tan monín que te deberías llamar Cayetano, o Borja, o Pelayo, o Cruz, o mejor Bosco. No sé, algún nombre así de elegante. Lo que yo llamo un nombre de Louis Vuitton.

—Ya, pero me llamo Pablo, que es un nombre corriente.

—Ya, ya... —admitió, enjuagándose la boca—, muy corriente, sí. Pero es una pena porque con un nombre pijo serías un diez, no, lo siguiente... Es lo único que te falta, bicho.

—Lo siento, Mariola...

—No te preocupes. No es culpa tuya. Ese nombre tan de clase media te lo eligió tu padre, fijo, se lo imagina todo el mundo —replicó, tras soltar el agua mezclada con pasta de dientes—. Te quiero igual porque yo sin ti no soy nada. —Al incorporarse se le abrió la camisa del pijama de caballero que llevaba puesta dejando ver un sujetador estampado con florecitas—. Yo sin ti no soy nada, guapi.

—Es cierto, princesita, lo escogió papá.

—Pues igual que a Luisa le puso luego un sobrenombre tan chulo como Pelarañas, también a ti te podía haber rebautizado como Moncho, Pitu, Colate, Banta o Curro. ¿Lo pillas? Pero es que Pablo... Pablo es del montón, bicho, perdona que te lo diga. Todos los chicos de nuestra generación se llaman Pablo. Y las chicas Paula.

Ciertamente, Pablo era el vivo retrato de cualquiera. Para lo bueno y para lo malo.

Unas horas después, en el crematorio municipal, pasando el brazo derecho por encima del hombro de Mariola como si fuera su siamesa, con toda su normalidad a cuestas, Pablo se dirigió a su hermana:

—Pelarañas, empiezo a sospechar que papá tenía una vida paralela. Ahora recuerdo que hace un par de años me dijo que, después de mucho darle vueltas, había llegado a la conclusión de que el resultado de un análisis de sangre constituye el poema más perfecto que nadie pueda firmar en su vida, porque describe con todo lujo de detalles lo que en verdad circula por un corazón. Y que por tanto se había hecho uno en la prestigiosa clínica del doctor Montoro y a la lista de hematíes, leucocitos, triglicéridos, colesterolos y yo qué sé..., había añadido otro valor llamado «Ella», ¿te lo puedes creer?, y que a «Ella» le atribuyó un cien por cien de presencia en su torrente sanguíneo. Que luego lo encuadernó en piel y se lo regaló a su novia dedicado como si fuera un libro de poesía. Y que, según él, era un libro de poesía sin género de duda.

—Hostias, qué idea más cojonuda.

—A mí, claro, me parecía imposible que un tipo tan mal divorciado y tan raro tuviera una novia, así que lo tomé por otra más de sus tonterías. Lo cierto es que siempre estaba con sus teorías disparatadas, ¿no? Pero ahora, con todo lo que está ocurriendo, me pregunto: ¿y si realmente había alguien en su vida? ¿Y si la tal «Ella» tuviera nombre y apellidos? La Eme de la foto, pongo por caso...

—No te extrañe nada, Pablete, nada... Nuestra familia es muy original para todo. —Pelarañas, después de su noche en el árbol petrificado, se había quitado de encima la crispación de los últimos dos días y se la notaba algo aliviada—. Recuerda que el yayo de papá puso una radiografía del rostro de su calavera enmarcada encima del cabecero de la

cama porque la consideraba un retrato sincero. ¿Qué retrato puede ser más sincero que el de los huesos de la cara? Pues como papá con el análisis de sangre, ¿no te jode?

—Sí, parecido argumento...

—El día que murió el yayo de papá, *cagoentodo*, su viuda, tras asearlo y ponerle un traje oscuro, ordenó a la chica de servicio que descolgara la radiografía, ya que no estimaba oportuno exponer públicamente al finado debajo de una foto de su propia calavera. La criada, sin malicia, aunque con cierta prevención, se subió a la cama, se levantó la falda del uniforme para poder abrir las piernas, puso una rodilla a cada lado de la cara del difunto dejando el conejo al alcance de la nariz del interfecto y levantó los brazos hacia la pared. Entonces, me meo de la risa, pegó un grito ensordecedor y salió corriendo y saltando como si le ardiera el culo. El muerto le había mordido el coño. Es de puta madre...

—Es un *destarifo*, Pelarañas. —Pablo sonreía abiertamente. A Mariola no le estaba haciendo tanta gracia la anécdota, le parecía grosera.

—«¡Va ser *l'olor, m'han ressuscitat les essències oloroses agradables a parrús!*», dijo después el yayo de papá, que, gracias a que la muchacha no debía llevar la cotorra muy limpia, revivió con hambre de almeja. —Pelarañas se ahogaba de la risa—. Conque, a mí, chaval, la idea esa de papá de escribir con sangre, me mola... Denota apasionamiento. Y ya ves que no es lo más pintoresco que se le ha ocurrido a uno de nuestros antepasados.

—Me has hecho reír en la puerta del crematorio, Pelarañas. Tienes razón, pertenecemos a una saga de frikis que se remonta a los visigodos. Lo inaudito es que tú y yo hayamos salido tan normales.

—¿Tú crees que este petirrojo que vive en mi bola de pelo es muy normal, hermanito? Normal lo serás tú, que te llamas Pablo. Yo no y el Señor Moscas tampoco.

—Escucha, me contó papá que después de la guerra, en los pueblos del interior de Valencia, faltaban hombres y en comparación con el resto del país sobraba comida. Y que uno de nuestros tíos abuelos iba de pueblo en pueblo luciendo uniforme falangista con medalla de sufrimientos por la patria de hojalata pidiendo matrimonio a las hijas de los agricultores ricos,

que se daba los grandes banquetes de pedida y boda y que luego se escapaba por piernas al pueblo siguiente.

—Se escaparía, pero no sin desflorar a las recién casadas, ¿no? Anda, no me decepciones, querido.

—Supongo, Pelarañas, que disfrutaría del paquete completo de boda y luna de miel, el desvirgado incluido. Pero no lo sé seguro, sólo lo supongo porque los Monzón han sido cursis de toda la vida y podría ser que robase patas de cordero con patatas, pero no la honra de las niñas.

—Qué pardillo...

—Bueno, el caso es que al final lo detuvo la Guardia Civil por ahí..., por la provincia de Cuenca o así, y que para librarse de la paliza que le esperaba, como en aquella época se destruyeron todos los registros y documentos, fingió no ser él mismo, ¡el famoso y despiadado estafador de novias!, sino un chaval de su calle del Cabanyal que alguien le había contado que ya estaba muerto. Su drama consistió en no saber que al tal vecino lo habían fusilado por asaltar un convento de monjas oblatas al grito de: «¡Hagamos madres a las hermanas!». Y que, una vez hecha la llamada pertinente al cuartel de Valencia, al comprobar el cabo jefe de puesto que un tipo de su edad, aspecto físico y con el mismo nombre y apellidos que él había declarado, estaba condenado a muerte, dieron por hecho que de alguna forma se habría escapado de la cárcel y del pelotón y, sin mediar una bofetada más, lo fusilaron por segunda vez.

—Es cómico, hermanito.

—Es cómico y patético al mismo tiempo, pero tiene que ver con lo que hacemos hoy aquí, Pelarañas. Papá, como su tío abuelo, podría ser o no ser el muerto al que hemos incinerado. O incluso peor y más propio de nuestro padre, podría ser el muerto sin que el muerto se le parezca. Que esto es lo que yo creo que pasa...

Pelarañas, aquel caluroso sábado a mediodía, era más Luisa que Pelarañas. Se mostraba comedida e incluso respetuosa. No puede decirse que fuera vestida para la ocasión, aunque, conociéndola, Luisa creía que sí: los rizos doblegados con gomina, camiseta oscura casi negra de tirantes, que dejaba ver que por la solemnidad del acto el sujetador también era muy oscuro, casi negro negrísimo, vaqueros sin rotos,

alpargatas de lona con suela de cuña y cesta de mimbre colgada del hombro, aunque recogida entre los brazos como si fuera una carpeta universitaria.

Nunca antes había estado en el tanatorio ni en el crematorio y la impresión que le produjeron ambos edificios fue lamentable. Ya no sólo porque la nueva corporación local valenciana, de izquierdas y catalanista, hubiera retirado el crucifijo que Pelarañas, aunque no fuera creyente, juzgaba imprescindible para el ritual funerario valenciano, sino sobre todo por la atmósfera provisional, prefabricada, que allí se respiraba. Para Pelarañas la casa de la muerte debería ser la más solemne de todas y se encontró con una construcción irrelevante, sosa, blanquecina, levantada con materiales comunes y diseño ecléctico, más pendiente del brillo del piso de mármol que de transmitir recogimiento y que bien pasaría por oficina de empleo o clínica veterinaria a poco que le hubieran cambiado el rótulo de la fachada. Los bloques, azulejos y pilares de hierro que sostienen el tanatorio y el crematorio municipales podrían haberse usado también en un chalé ilegal.

«La muerte es fea, sin embargo, el aeropuerto del que despegan las almas de los muertos hacia el más allá no debería serlo», pensó.

Pese a que era de su misma estatura sin tacones, Pablo seguía unciendo a Mariola bajo su axila, tensando el brazo que hacía de yugo. La cremación de Jaime Monzón Mata en un primer momento les había producido conturbación y mudez, pero ahora, al salir al exterior, al recibir los rayos del sol directamente sobre la piel, sentían cierto alivio, como de que lo peor ya había pasado, y ambos hermanos estaban hablando por los codos.

Y riéndose.

—También hay una pariente de Mislata —seguía contando Pablo—, una tal Joaquina Mata, colgada de no sé qué rama del árbol genealógico, que fue cocinera en los cuarenta, cuando la autarquía y las pulgas. Perfeccionando la técnica del famoso y despiadado tío abuelo estafador de novias, la tía Juaqui concertaba banquetes de boda, cobraba la mitad como anticipo para comprar los ingredientes necesarios, esa era la justificación, y más tarde, la mañana del casamiento, la mismita mañana

del día señalado, llamaba por teléfono fingiendo ser otra persona y anunciaba que la comida o cena nupcial no se podría servir porque la cocinera, o sea, la Juaqui misma, acababa de fallecer. Y obviamente se largaba a otra provincia, si no se había largado ya, con el botín en la saca.

—Otra grande de la casa, Pablete. ¡Qué güevos! Perdón, ¡qué ovarios!

—Según la leyenda, hermanita, la tía Juaqui realizó su hazaña cincuenta y una veces. Es decir, fingió su propia muerte el día en que tenía que servir un banquete de boda ¡en todas las provincias españolas! Incluyendo el Sáhara español de aquella época. Una campeona, sí, señor. Y al final se retiró y con el dinerito que había ganado montó un bar famoso o una cafetería, no tengo ni idea de la calidad del local, en Mislata mismamente, al que llamó: Antes Muerta que Cocinera.

—Me despatarro viva del descojono, chaval. Las cosas que sabes...

—Conozco el cuento por papá. De pequeño lo llevaban de vez en cuando al Antes Muerta a ver a la tía Juaqui y a merendar. Y recordaba que con el café con leche en lugar de cruasanes y ensaimadas nuestra parienta servía a su clientela ¡raciones de tarta de boda! Qué guasa... No me digas que no es una historia insólita. Pues, mira, se trata de otro ladrillo más en la tradición familiar de hacerse el muerto.

—Como papá...

—¿Tú crees? Precisamente, lo acabamos de quemar a lo bestia, Pelarañas, te lo recuerdo, por si te has olvidado... La madre de Mariola es la que, como te dije ayer, está viva. Me parece que no te enteraste mucho de lo que te conté anoche, ¿no? Le ha escrito una carta preciosa, ¿verdad, cariño?

—Así es, bicho —respondió Mariola, ofreciendo un primer signo de vida independiente del tronco de su novio. Era la única del grupo a la que seriamente le estaba costando reponerse del espectáculo penoso al que acababan de asistir.

En ese momento, la ex de Jaime y el Genio, que permanecían cuchicheando al margen, cuchicheando la ex y mirando al cielo el Genio, se acercaron sorprendidos por aquellas risas que se habían dejado oír.

La ex llevaba unas gafas de sol puestas y otras de montura roja colgadas con un cordón del cuello. El Genio, por su parte, había juzgado

conveniente para la ocasión lucir una camisa negra de motero con una calavera y dos tibias piratas cruzadas en la espalda; era su forma peculiar de mostrar respeto y de que se notara que sabía dónde estaba. La ex de Jaime, máxima estatura del conjunto, cuyas orejas de chimpancé (vistas como las veía yo a cierta distancia) se observaban sobresalir por detrás de Pelarañas y sus rizos como las asas de un puchero peludo, se quitó con delgada premura unas gafas y se puso las otras para decir:

—Ay, nenes, qué calor, ¿eh? ¿De qué os reís? Lo que ha pasado ahí dentro no ha sido nada gracioso. Ni pizca de gracia... Mi Genio dice que ha sido como el entierro de un rey vikingo. —El Genio, inmóvil, tenía la vista fija en la última hoja inmóvil de la rama de un eucalipto cuya copa por encima de sus cabezas permanecía inmóvil por la inmovilidad del aire —. Que cuando se han corrido esos visillos tan tenebrosos separándonos del ataúd y hemos escuchado esos ruidos de rodillos girando y la puerta del horno que se abre y se cierra de golpe y nos ha parecido deslumbrarnos con un resplandor de llamarada, *mare meua*, que ya sé que no, que la llamarada no se ve, cari, pues que él se estaba imaginando un entierro vikingo con su *drakkar*, su barco con dragón de mascarón de proa deslizándose hacia el mar por un camino de troncos rodantes y navegando luego en llamas directo al horizonte abierto del fiordo... Y que lo lógico hubiera sido que el fuego lo prendiera Pablete, ¡el *tete!*, disparando una flecha flamígera, y no la bruja. Con perdón, nena, *carinyet*, pero te ha mencionado... ¿Verdad, Genio, que eso se te ha ocurrido a ti que eres así de genio?

—¿Eugenio? —preguntó Pelarañas con guasa.

—¡Genio! —contestó su madre airada.

—Lo contrario, che. Yo dije: «Un rey fallero», que no es lo mismo. Comenté que asistíamos a la *cremà* del ninot del padre de los nanos y que Pelarañas, como fallera mayor infantil del cotarro, debería haber encendido la traca que incendiaba esa larga caja negra como si fuera una falla. Todo al revés. ¡La *xiqueta*, no el *tete!* Pero, en fin, tú misma... Che, nano, *a fer la mà*... Che, todo al revés, todo al revés... —respondió el hombre sin bajar los ojos del cielo y estirando las eses.

—Cómo eres, Genio, no tienes ninguna complicidad con tu querida

esposa. Tanto pelo cortado al tazón y ni una cana, igual que un niño viejo... Por favor, nena, qué cruz... —siguió la mujer, cambiándose otra vez unas gafas por otras—. ¿Dónde estarán mis gafas de presbicia? Se habrán quedado en casa de los vecinos al dejarles a la bolita Iris, tanto charlar, tanto charlar... Reconoceréis que este churrasco no era para la niña, ¿eh, nena? O me las habré vuelto a dejar en el baño. Maruchi siempre me dice que no lea revistas en el váter, mari, que no es bueno para las varices que se me duermen las nalgas y que se me va secar el chichi de tenerlo expuesto y quieto, pero no le hago caso. Yo, igual que Pablete, ¿verdad, nene? Eso lo has sacado de mamá, ¿eh? Me paso las horas sentada en la taza ojeando revistas... —Pablo respiró profundamente y arrugó los labios, aunque no encontró hueco para responder—. Hombres fáciles, hombres difíciles, nena... Yo pensaba que me había casado con uno aburridísimo y que nadie me lo iba a quitar nunca, ¡yo que podía haber tenido el marido que me hubiera dado la gana!, y, mira, nena, resultó tan aburrido que fui yo la que me cansé y lo regalé a la que lo quisiera... Culpa mía, pobre Jaime. Pobrecito, lo dejé tirado como una colilla. Y fui yo, sí, yo. Y lo cambié por este tipo, este Genio tan genial, que no lo hay más mujeriego ni más sátiro, que todas las jovencitas me lo quieren quitar de lo buenorro que está. Ay, qué sofoco, ¿alguien tiene un abanico? Dice Maruchi que los abanicos ponen años a las señoras... Y al Jaime ahora va y me lo han carbonizado, nena. Me han quemado a mi Jaime Monzón sin que me pida disculpas por todo lo que me aburrió. ¡Se ha ido sin pedirme perdón, el muy fresco! Oye, eso que huele a churro, nena, ¿es vuestro padre achicharrado? ¡Qué fetidez! Qué fragancia a pollo frito, a huevo podrido o, mejor, a *fish and chips*, ¿no? ¿Lo habéis quemado sin lavarle los pies? ¿Con los calcetines de ir a La Oficina? Estáis locos... De vivo le apestaban esos pies, no te quiero contar cómo será de muerto. Huele fatal, *carinyet*. ¿Alguna vez has puesto en la parrilla queso viejo con gusanos? *Mare meua*, pues este debe ser el perfume, nena.

—En mi opinión, huele a buñuelos de calabaza y aceite refrito, como en Fallas... Che nano, *la mare que va, mmm...*, *quina oloreta més bona...* —terció el Genio para sí mismo.

—Mamá, ¿te vas callar de una vez? Mariola está a punto de llorar. — Pablo finalmente consiguió poner freno al torrente verbal que los estaba ahogando. Sin liberar el cuello de su novia, eso sí.

—Déjala a su puta bola, Pablete. Ni caso, nosotros a lo nuestro que es jodido. —Pelarañas dio la espalda a su madre—. Hemos tenido mucha suerte de poderlo incinerar hoy. Se lo debemos a los cojonudos contactos funerarios del hijoputa de Rafa Víboras porque el fin de semana creo que no funcionan ni el microondas ni el *grill* del cementerio. Por cierto, ¿sabemos ya cuándo coño nos darán las cenizas?

—El lunes. Esta tarde cierran y mañana también. Además, están con alguna reforma porque en este jardincillo de afuera aparecieron trocitos de hueso humano a medio quemar y fue un escándalo. Aprovechan los domingos para hacer alguna obra que ahora les exige el ayuntamiento. O esa excusa me han dado...

—Bastaría con tener perros por aquí para que se comieran y enterraran los huesecitos, ¿no crees?

—No seas bestia, hermanita. Luego tendremos que decidir lo que hacemos con las cenizas. Según la esquila misteriosa de ayer, deberíamos dejarlas donde antes estuvo el bar Nodo y ahora hay una camisería italiana a la moda. Y también estaría bien que nos acercásemos al viejo apartamento de Frontera a comprobar si es cierto, como te dijeron las tías, que papá llevaba diez años viviendo allí y en ese caso deshacer la casa y repartirnos o regalar las pocas cosas que haya dejado. Aún nos quedan un par de tragos amargos por delante.

—¿Sabes lo que le habría molado un montón a padre? ¡Transformarlo en compost! Ahora hay una técnica nueva con la que meten al muertecito en un sitio con tierra, astillas de madera y cosas así —Pelarañas lo explicaba en serio—, lo putrefactan y en quince días te lo devuelven transformado en un saco de abono para que tu familiar se convierta en el árbol que elijas. O en coliflor, tomate o lechuga, que te lo pongas en la ensalada con aceitito, te lo comas y se cierre así el ciclo de la vida.

—Pelarañas..., céntrate. ¿Llevamos las cenizas a la camisería? Yo conozco allí...

—Espera. Tengo una idea mejor para las cenizas. Un amigo pirotécnico,

por poco dinero, las podría meter dentro de un cohete de fuegos artificiales como si fueran las cenizas de un astronauta famoso o de Walt Disney si no estuviera congelado. Y entonces lo disparamos en El Saler desde su árbol petrificado o en los viejos apartamentos Garbí, vale, y lo vemos irse al cielo de verdad y explotar en forma de palmera del color que se nos antoje o dejando caer unas lucecitas que escriban su nombre en la noche: Jaime Monzón. —Movi6 las manos por delante de la cara como si pasara un rótulo—. *Cagoentodo*, esto segundo creo que sería un poco más caro... Personalmente, me parece una pasada y a papá le hubiera chiflado. Yo ahí lo dejo.

—Che tú, nano, *quin desfici tenim*... Pues eso quiero yo para mí y *a la marxeta*... ¿Qué podría haber más valenciano o más fallero que pirarse al otro mundo por el conducto directo de una carcasa morada, las explosiones moradas son las más caras, che tú, en una *nit del foc* de despedida, como si uno fuera presidente de falla de Especial o de Primera A? Nada, nano, absolutamente nada más valenciano ni más josefino que un sepelio pirotécnico de categoría —proclamó el Genio, sin que nadie le escuchara una vez más.

—Mira, nena, ¿y no podemos irnos y dejarlo aquí y ya se ocupará alguien? Y que barran sus cenizas las señoras de la limpieza y ya está... Ay, mari, qué buen ratito estamos pasando en el tanatorio toda la familia reunida... —intervino la ex de Jaime moviendo las manos en todas direcciones, mientras Pelarañas la acribillaba con la mirada.

—Mamá, estamos en el crematorio, no en el tanatorio, y me dejas como: *Whaaat?* —Pelarañas torció la boca, giró la cara y abrió mucho los ojos—. En plan: *Whaaat?*

La ex de Jaime le dio un palmetazo en la mano al Genio.

—¡No te hurgues la nariz, cochino!

—No me estaba hurgando, che. —Pese al cachete su voz sonaba distraída—. Además, escarbarse es bueno para pensar, *massa per a la carabassa*, despeja los cornetes y ensancha el cerebro. Algunos se meten cocaína, yo únicamente me saco pelotillas, ¿a que sí, *tete?* En fin, si lo entenderais seríais tan geniales como yo...

—Un guarro, eso es lo que eres.

Entonces notaron que se les habían aproximado dos personajes de la misma edad que tendría Jaime Monzón de seguir de cuerpo presente, antes de ser carbonizado. Uno de ellos, calvo, exhalaba emanaciones de naftalina o de ácaros de rebeca de anciano con muchas puestas. Al otro, sonrosado y saludable, lo precedía cierto tufo a vino, como a los adolescentes el efluvio a calimocho algunas madrugadas, y también una larga nariz colorada.

Habló el primero, el de la piel de color sopa de minestrone de residencia de tercera edad, mientras el segundo sonreía igual que un fraile borrachín.

—Buenos días o buenas tardes. A esta hora, como digo yo, no se sabe. Buen mediodía, debería ser. Disculpen, ¿son ustedes los afligidos deudos del señor Monzón Mata?

—Sí, somos nosotros. No hay más. Los que existen aquí están. Bueno, faltan dos hermanas tuyas que ya se han retirado. ¿Qué se les ofrece, caballeros? —respondió Pablo mientras Pelarañas se tapaba la boca para no soltar una carcajada.

—Nosotros somos César Augusto Peláez, servidor, y Lázaro Montaña, este otro servidor, para cumplimentar a ustedes —comentó el calvo, exhibiendo cierta pulcritud y cierta superioridad de burócrata que pretende ser didáctico—. Somos los compañeros de Monzón de La Oficina. Queríamos presentarles nuestros respetos y si fuera posible informarnos del día y hora del funeral para anunciarlo oportunamente en el corcho de La Oficina.

—Pasaba más tiempo con nosotros que con nadie —aportó con ñoñería su compañero—. Tanto tiempo que yo me considero su *work husband*, su marido en el trabajo, ¿me comprenden? Me aclaro; que digo que paso más rato yo con Monzón en La Oficina que su propia esposa en el tiempo libre. Bueno su exesposa, que ya nos hemos enterado de todo lo que pasa aquí... Disculpe, señora... Peláez, no me mires así... Tú también eres su *work husband*, lo reconozco. Vale, su otro *work* viudo, para ser más exacto. Con perdón, señora. No me mires con autoridad, Peláez, que me descompongo. ¿Alguien me ofrece una copita de vino?

—Montaña, chico, chico, deja de incomodar a los señoritos, que iban a

compartir conmigo la responsabilidad de estar al tanto de los pormenores de las exequias por el tránsito del pobre Monzón, que en gloria esté. Señorito, decía usted... —Extendió la mano como un portero de hotel de lujo cediendo el paso.

—Con mucho gusto les participo: el próximo jueves a las ocho de la tarde en la parroquia del Remedio en Grabador Esteve. Pero díganos, señor Peláez, si puede saberse, ¿cómo se han enterado de esta incineración en La Oficina?

A Pelarañas se le estaban saltando las lágrimas de contenerse una carcajada.

—Gracias a mí, señorito. Uno tiene sus protocolos y sus contactos... Les explico con mucho gusto. Hace un par de años me dije: Peláez, chico, chico, qué es eso de trabajar cinco jornadas completas seguidas todas las semanas, estás tensando tus nervios y ya no rindes como cuando eras joven. Y pensé, y pensé... ¡Bien pensado, Peláez! Y desde entonces, no lo digo por presumir, me he distribuido los días de vacaciones entre los miércoles del año y tengo libres todos los miércoles, toditos todos, chico, chico, y sólo padezco los días laborables de dos en dos... Trabajo lunes y martes, y entonces fiesta, y luego otra vez al tajo, pero ya sólo jueves y viernes. Mis semanas son de dos días... Claro que mis responsabilidades en La Oficina me lo permiten —guiñó un ojo a la ex de Jaime—, casi podría decirse que soy un mando intermedio, ni más ni menos... ¿Que Peláez no descansa en agosto? Pues muy bien..., pero el resto del curso no me canso, chico, chico... Y resulta que ayer era viernes y yo sí que estaba en La Oficina atendiendo a mis elevados cometidos, pero Monzón no. Y faltaba desde la semana pasada. Así que me comenté: Peláez, chico, chico, piensa mal y acertarás. Y cogí el periódico, y ¡diana!, ¡zas!, ahí estaba la esquila. Después sólo tuve que llamar al cementerio municipal y preguntar... Chico, chico, que merced a mi organización de laborables y festivos tengo la cabeza despejada como un pico alpino.

—Leímos lo de la exmujer de Monzón en la esquila —irrumpió otra vez el de la nariz roja como un pimiento—, lo de que se había inventado un beso con otra persona diferente a su esposa, quiero decir... No es por cotillear ni por faltarles al respeto, ¿eh?, pero ni idea de ese divorcio en

nuestro pacífico entorno, ni de tales inclinaciones eróticas en Monzón, vaya tela... Él seguía cogiéndose vacaciones en agosto con los casados, ojo, ¿eh?, ojito... Pensábamos, eso sí, que a lo mejor disfrutaba de una linda amistad con una japonesita llamada Yakitori. Disculpen mi insensibilidad, ¿es alguna de ustedes la señorita Yakitori? Las japonesitas a veces se visten como chiquitas de La Hípica... No siempre llevan sus kimonos con mochila en el cinturón...

—¿Tu hermana se ha puesto un nombre japonés, bicho? —preguntó con candor Mariola, agachando la cabeza para poder girarla hacia Pablo.

—Las japonesas llevan los alfileres del peinado clavados en el cráneo, lo leí en un ejemplar de *Muy inquietante* que se dejó papi en casa. —A Pelarañas se le escapó ese «papi».

—Está visto que no nos enteramos de nada... —continuó el borrachín—. Claro que tampoco supimos nada de la primitiva boda en su día, cuando fuera, años ha... Monzón era muy discreto, jamás compartía si estaba contento o triste, si tenía hijos o un quiste de grasa bajo el cuero cabelludo, como me sucede a mí, y si lo desean se lo enseño... ¿En otro momento? Pues nada, en otro momento... Monzón aparentaba carecer de vida privada. Después de tantos trienios trabajando a su lado, de ser su *work husband*, y resulta que no nos conocíamos... Apenas sabemos nada unos de otros en La Oficina, ¿eh? El matrimonio *work* es como el otro matrimonio, que no te enteras hasta que en Navidad te cuelgan el espumillón en los cuernos, ¿eh? Uy, perdón, no he caído... No me he dado cuenta... Perdón. Supongo, señora, que usted es la ex que se ha quedado libre. Ya me ha comentado Peláez que sería una mujer guapetona, que Monzón tenía buen gusto y gafas de ver bien, cogidas con una goma, ¿eh? Y es cierto que es guapetona... Peláez, un diez de mujer. —Le hizo a su compañero un gesto juntando el pulgar y el índice de la mano derecha—. Le sienta bien la libertad, señora... ¡Un diez! Misión cumplida, señora, misión cumplida... Y a ti, niña, ¿eres tú la coinventora del beso de la esquila? ¿La nueva ilusión de Monzón? ¿Yakitori? Pues mi más sentido pésame por lo de tu actual pareja —cogió la mano de Pelarañas y se la besó—, pero esto te pasa por buscártelos tan mayores...

—¿Mi actual pareja? Me parto las tetas del *desgüeve*, la *figa* me da

palmas... ¡Jaime Monzón es mi padre! ¿Está usted sobrio? —preguntó divertida la chica de los rizos y el pajarito—. Pero, mira por dónde, está viniendo por allí uno que sí que es mi actual pareja y el muy capullo no lo sabe...

—El famoso doctor Víboras del que te hablé —le dijo Pablo a su sobaco bajo el que seguía el cuello de Mariola—. El que faltaba para el duro...

Cuando el forense vestido de sábado, camisa a cuadritos sobre fondo mostaza y botones similares a madera, pantalón vaquero con bolsillos de mecánico y zapatillas deportivas, llegó a la puerta del crematorio con expresión afectada de querer sumarse a la tertulia, el peregrino conjunto lo aguardaba en silencio, expectante.

Pelarañas se adelantó un metro, visiblemente incómoda por la inesperada visita.

—¿A ti quién coño te ha dado vela en este entierro?

—Nunca mejor dicho, nena —apuntilló su madre por detrás.

—Buenas tardes a todos y mis condolencias otra vez. Vengo a acompañarles en el sentimiento y a comprobar que todo ha ido bien y que el cadáver ya se ha incinerado como debía. Y si fuera posible —añadió, dejando el tono profesional—, me gustaría poder hablar contigo a solas, brujita.

—Ni brujita ni hostias. Esa oportunidad la tuviste anoche y la dejaste pasar, capullo.

—Pelarañas...

—Luisa para ti, chupasangre, médico de zombis.

—Como quieras. Pero, por favor, te lo pido por favor...

—Ya veremos, gilipollas... Por cierto, ¿y ese interés súbito por mi padre? Los forenses, que yo sepa, no van a los entierros de sus clientes a confirmar que los han incinerado, *cagoentodo*... ¿Por qué estás aquí? Joder, ¿conocías a mi padre?

—¿A Jaime Monzón?

—Sí. A Jaime Monzón Mata. A mi padre, joder.

—Podría decirse que sí. Alguien de mi familia más que yo... Sí, lo suficiente como para venir hoy a cerciorarme de que ha sido consumido

sin novedad, según su deseo y el de ese alguien de mi familia.

—¿Y aun así me hiciste identificar al muerto?

—Era el protocolo, brujita.

—¿El protocolo? Menudo hijo de puta. —Y, dándose la vuelta, soltó—:
¿Será hijoputa el desgraciado este?

Si la escena perteneciera a una película, ahora la cámara se alejaría despacio hacia arriba, dejando al insólito círculo de familiares y allegados circunspecto y taciturno sobre el pavimento cerámico de la entrada al crematorio. Más incómodos que cariacontecidos.

Todos cabizbajos examinando el suelo, menos el Genio, claro está, que seguiría contando nubes con el flequillo abierto como una cortinilla. Mariola, adherida a Pablo por el cordón umbilical de aquel brazo que la asía por encima de los hombros, sería la única a la que escucharíamos sollozar sinceramente, pero cada vez más lejos. El Señor Moscas, revoloteando sobre Pelarañas, se cruzaría todo el rato por delante del plano como las golondrinas por la superficie de agua en las piscinas sin niños. Y poco a poco, en un picado casi cenital, les contemplaríamos falsamente acercarse unos a otros al reducirse el espacio entre ellos conforme aumentara la distancia de nuestro punto de vista.

Y esa sería la percepción visual que Jaime Monzón tendría de los suyos volando disparado en dirección al paraíso. Si es que de verdad Jaime Monzón estuviera muerto. Cosa que a esas alturas yo, precisamente yo, no estaría en condiciones de jurar.

Miércoles, 31 de mayo

Lista de cosas que te pueden ocurrir si te atreves a emprender una new life:

- Que una mujer hermosa y rica se enamore de ti y que te confiese que eres lo mejor de su vida y que en verdad lo seas.
- Que alguna noche veas con Ella más estrellas de lo normal y que cuando te quedes a solas tengas miedo de que no se repita otra noche con Ella y con más estrellas de lo normal.
- Que Ella te diga que las gafas te favorecen porque «te hacen grandes esos ojos tan bonitos» y que te parezca que tiene razón y que ya era hora de que alguien se diera cuenta.
- Que quien te quiere te quiera.
- Que cuando digas «Te quiero» te respondan con otro «Te quiero» (con ilusión) y no con un «Y yo» (con fatiga).
- Que cada día escuches como mínimo un «Te quiero», sólo «Te quiero», y jamás un «Te quiero no, lo siguiente» o algo así que esté de moda.
- Que te besen en los labios en plena calle, aunque finjas que te da vergüenza.
- Que Ella te saque a bailar y se te acerque tanto como te gustaría.
- Que se te escape la risa en La Oficina porque tu cuerpo está en su puesto de trabajo, pero tu pensamiento sigue fijo en un desfile privado de ropa interior femenina que disfrutaste en un probador del Corty.
- Que si te quedas encerrado con Ella en un ascensor sepas lo que te espera.
- Que en el cine te olvides de la película y se te vaya la vista por donde se le cuelan a Ella las palomitas que se caen en el tránsito de sus dedos a sus labios.
- Que te preguntes si las pelirrojas también tienen de fuego el vello púbico y descubras que en España no, que lo tienen negro como todas y que a veces se lo rasuran. Y que ambas opciones te parezcan iestupendo!
- Que para corresponder tú también intentes rasurarte la pelambreira de tus partes y que sin querer te hagas un cortecito en una arruga del escroto y que te escueza, pero que te excite al mismo tiempo. Que el conjunto resultante a Ella le parezca un muslito de pollo.
- Que cuando Ella se tumbe desnuda o en bikini y observes el arco formado por los huesos de su cadera y su vientre hundido calcules que tu cabeza encajaría a la

- perfección en esa cavidad pélvica para dormir. Y que lo pruebes y que lo último que te venga al pensamiento sea precisamente dormir.
- Que después de hacer el amor Ella te diga «Me siento una diosa» y que tú te lo creas.
 - Que casi a los cincuenta compruebes que, en efecto, follar adelgaza y follar mucho adelgaza mucho.
 - Que Ella escriba tu nombre y un corazón en el vaho del espejo del baño del hotel cuando se tiene que volver a casa pronto, sin despertarte, y que a ti te aparezca cuando después te duchas y vuelves a empañar ese espejo.
 - Que nunca te canses de escuchar a una mujer hablar de su pasado. Que nunca te canses de hablarle a una mujer de vuestro futuro.
 - Que acabes decidiéndote a ser feliz, locamente feliz.
 - Que descubras que tienes derecho a todo lo bueno que te está pasando y que nadie te lo había dicho.
 - Que disfrutes siendo como eres y no aceptes que te cambien ni intentes cambiar a nadie.
 - Que resulte que una mujer te estaba esperando toda la vida y no lo sabías. Y que esa mujer haya sufrido tanto como tú y sea más guapa por dentro de lo mucho que es por fuera.
 - Que sueñes con volverte a casar, esta vez, hasta que «ni siquiera la muerte nos separe».
 - Que vivir sea lo fácil.

Querida Eme, esta fue mi respuesta en papel a un mensajito de Ella que decía:

Jaime, atreverme a empezar contigo una new life es la decisión más arriesgada que he tomado en mi vida, ha sido como atreverme a volver a nacer. Buenas noches, amor de toda una vida, bsssss de new life.

Me encanta esta novedad de los mensajitos de amor, también llamados SMS. Yo que soy de escribirte cartas larguísimas y aquí me tienes, intercambiando con Ella frasecitas cortas e inmediatas escritas en el móvil. Me siento un moderno. Es igual que mantener una conversación continua, a todas horas y esté donde esté.

Las cartas aburridas se las dirijo a Eme y los mensajitos chispeantes a Ella.

Te cuento todo esto para que rabies con la historia maravillosa que estoy viviendo y que tú despreciaste. Para que no te quepa duda sobre con quién te has vuelto a equivocar a los casi cuarenta y seis.

Si tú hubieras querido, este conquistador habría sido tuyo, pero no quisiste. Me das pena.

Me acabo de pimplar un par de copitas de Magno. Mañana me pondré a plan de alcohol, Fortunas y patatas fritas de paquete. Mañana empezaré a adelgazar, a beber, a fumar y a comer menos. Hoy aún no.

Pero seguiré follando igual. Esto es, sin parar.

Sonrío. Me parto, en realidad.

Buenas noches, amiga mía. Seguro que a ti también te va estupendo, pero no te lo creas.

Sábado, 17 de junio de 2006

Querida Eme, me dijiste: «Yo toco tu sudor y tú tocas el mío». ¿Te acuerdas?

Era después de comer, hacía mucho calor, las chicharras se quejaban en el jardín y tú y yo nos habíamos quedado solos sentados en el sofá que estaba frente a la tele en el viejo apartamento alquilado por tus padres. Todavía llevábamos puesto el bañador, supongo que no nos lo quitaríamos hasta que llegara el momento de irnos a dormir.

Aquel verano del setenta y tres transcurrió en bañador.

Te puse la mano en la frente, pero tú me la cogiste y te la pasaste por la espalda.

—Ahí no, tontito, aquí, aquí es donde está mi sudor, ¿no te da asco? —me preguntaste con tu sonrisa de ardilla encendida.

Mis dedos avanzaron lentamente por encima de los tirantes que iban de tus clavículas a tus omoplatos y mis uñas llegaron así a rozar el final del escote trasero de tu bañador. ¿Asco? Todo lo contrario, las alarmas de incendios estaban encendidas en todos los rincones inflamables de mi anatomía adolescente.

—Ahora es tu turno —debí añadir, colocándome las gafas con un movimiento de nariz y agachando la cabeza.

Y tú, en vez de tentar el sudor que se apreciaba en mis sienes, me diste un golpe con la mano abierta en mis partes y soltaste una carcajada. Yo respondí de inmediato picando también tu entrepierna.

Empezamos a hacernos cosquillas tocándonos el sexo uno a otro. Nos hacía muchísima gracia. Nos explorábamos.

No puedo decir que estuviera excitado, pero sí que disfrutaba sintiendo cómo manoseabas mis genitales, y manoseando yo los tuyos. Me moría de la risa. Y lo mismo te sucedía a ti, te tronchabas como si te estuviera rozando las axilas o las plantas de los pies con una pluma. Volví a fijarme en que tus muslos estaban llenos de pelitos rubios y tus antebrazos también.

Terminamos rodando por el sofá y tú encima de mí, tan cerca tu boca de la mía que parecía que nos íbamos a besar, aunque la invención del beso aún tardó en sorprendernos un par de días más.

—Si yo te enseño lo mío, ¿tú también me enseñarás la tuya y me dejarás que la toque? —me soltaste.

—Te lo prometo, cuando quieras... ¿No te dará dentera?

—A mí no. ¿Y a ti?

—Tampoco. Un poco de vergüenza a lo mejor..

He olvidado cómo salimos de aquello. Recuerdo ese diálogo porque oírte decir a los trece años y en bañador «¿Me dejarás que te la toque?» es lo más erótico que me ha sucedido en la vida, y también recuerdo aquellas cosquillas como si fueran de ahora mismo, pero no qué pasó a continuación. Supongo que seguiríamos con nuestras cosas casi como si nada hubiera sucedido. Por entonces éramos ya un poco adultos, pero aún muy niños, y los niños saltan de una cosa a otra sin solución de continuidad. Nos iríamos en bici a la Cueva como hacíamos todas las tardes.

Aquel fue el despertar de mi sexualidad, estoy seguro.

Mucho antes de eso, antes de antes, antes de que tu familia viniera a los viejos apartamentos de Frontera, a veces me metía desnudo debajo de la cama de mis hermanas y notaba una sensación agradable en la pilila que en ningún caso llegaba a provocarme una erección, pero eso no era sexo. No sé, más bien parecía un tiento, una pesquisa. De todas formas, aquel mediodía ardiente en el sofá de tu viejo apartamento fue otra cosa, fue un juego, el primer acto sexual de mi vida sin ninguna duda. Mi primera vez de algo con alguien.

Te lo cuento porque estas semanas saliendo con Ella están siendo de resurrección sexual. Parece como si desde sus descubrimientos contigo en aquel verano de los Garbí hasta que Ella ha hecho acto de presencia, el verdadero sexo, ese que mezcla sudor, flujo, semen, saliva y lágrimas en una misma hoguera, ese que me asoma al abismo de la muerte para devolverme después tiritando a la vida, ese en que yo deseo derramarme entero y empapar por dentro otro cuerpo y disolverme en él, ese sexo húmedo y primitivo hubiera desaparecido de mi biografía. Con mi ex me corría, sí, pero no gritaba de placer, no se me soltaba la lengua ni me ponía a improvisar versos al acabar, no me sentía libre para probarlo todo. No lloraba de puro gozar.

Ella y yo es que lo hacemos todo, Eme, todo. Nada nos da asco ni vergüenza. Y Ella dice que cada vez que tiene un orgasmo es como si subiera al cielo a ver a San Pedro y se quedase allí un ratito a charlar con él.

Con esto no digo que Ella sea tu continuación, no te equivoques.

Ya sé que hay quien piensa que en la vida disfrutamos de un solo amor y que unas personas van sustituyendo a otras para darle continuidad a ese único amor. Conozco la teoría de la sustitución; de hecho, es la teoría en la que cree Ella. Pero no es nuestro caso, no. Tú eres insustituible en mi adolescencia y Ella no puede sustituir a nadie porque ha venido casi a estrenar mi corazón de adulto. Tú siempre serás una niña y Ella siempre será una mujer y ambas sumadas sois mi mitad, la mitad de mi niñez una y la mitad de mi madurez la otra. Por tanto, en lugar de dos personas y un solo amor me atrevería a sostener que sois dos amores distintos y una misma mujer. Tú eres la niña que Ella debió ser y Ella la compañera que tú habrías sido para mí.

Puedo suicidarme por ti y resucitar por Ella. Y así está ocurriendo.

Che, como ves, soy feliz. Me he olvidado de ti. He tardado casi un mes en escribirte y tal vez ya no te habría escrito más, pero ha sucedido algo que necesito contarte por si te pudiera comprometer.

Ayer estuve con mis amigos en la venerada constructora Viuda, en el despacho profesional del que según pude constatar es, o era, tu marido, y como podría darse que él te comentase algo («Oye, Eme, ha venido Jaimito Monzón a liarla y tal»), pues

no quiero que pienses que sigo en la estrategia de acercarme a ti, para nada. Ni desearía tampoco crearte ningún problema. Yo tengo una vida nueva con Ella en la que tú te has quedado atrás y ya casi nunca pienso en ti, pero a pesar de los pesares y de que no pretendo importunarte otra vez, es mejor que tengas mi versión del suceso para que nadie se confunda.

Sí, es mejor.

Recordarás de una carta anterior que había quedado con mi jefa Manoli en presentarle al señor Terroba para que este, a su vez, le consiguiera a su novio Spinnaker una cita con Sánchez, el amo de la constructora Viuda. Que el plan era lograr por esa vía alguna información privilegiada sobre futuros desarrollos inmobiliarios en Valencia para que el muchacho africano pudiera hacer una suculenta inversión, sí, para que el morenazo tuviera su pelotazo y, de paso, esto sólo lo sabíamos tú y yo, para que pudiera reencontrarme contigo.

La cosa era así, lo reconozco, pero en las últimas semanas me he enamorado tanto de Ella que lo de reencontrarnos casi se me había olvidado.

Hasta que ayer crucé con Manoli, Spinnaker y el señor Terroba el umbral de las blancas oficinas de la preponderante constructora Viuda y lo primero que vi colgado en el despacho de Blan-blan Sánchez fue una foto suya de tamaño natural abrazando a una adolescente que será vuestra hija y que era igualita a ti en la foto del setenta y tres que conservo, igualita que tú cuando nos quisimos con locura, inventamos el beso y nos separaron por aquello que pasó. Y pensé: «Qué niña más guapa, sin duda es la hija de Eme. Aunque yo no conseguí a la madre, debería intentar que esa niña y mi hijo se conocieran, simpatizaran y quizá se encariñasen, y que ellos pudieran rectificar así la triste historia de sus padres».

Y de golpe volví a acordarme de ti, Eme.

La gloriosa constructora Viuda tiene su sede en el inmortal edificio Condes de Buñol, ese que te recibe con un patio ajardinado blanco en Isabel la Católica, casi en la calle Colón, que no es la calle de los negocios de Valencia, sino seguramente la única calle de los negocios de Valencia. Tras gruñir más que indicar al conserje adónde íbamos, subimos al primero y no tuvimos que llamar al timbre porque la puerta estaba abierta. Nos recibió una luz blanca que anticipaba paredes blancas, muebles blancos y seres humanos vestidos de blanco. Se diría que acabábamos de entrar en la consulta de un dentista si no fuera porque en el centro del recibidor se alzaba enhiesto un tronco de unos dos metros, añoso y carcomido.

Sin necesidad de que dijésemos quiénes éramos, una señorita con aire de masajista, el pelo recogido en un moño y descalza nos ofreció toallitas calientes para lavarnos las manos. Arrastrando la mirada por el suelo como hacen las segundas y terceras esposas en Oriente, dijo casi silbando:

—En un momento el señor Sánchez les agradecerá personalmente su visita. —Y desapareció, haciendo gala de la misma invisibilidad con que había aparecido antes.

Nos quedamos rodeando el tronco roído, asombrados de que nadie barrierá el montoncito de residuos que la carcoma iba dejando a sus pies y más teniendo en cuenta la pulcritud hospitalaria que exhalaba aquella empresa promotora y constructora.

—Mi querido socio Terroba y otros amigachos. —Blan-blan apareció con un puro en

la boca por una puerta lacada en blanco cuyo marco no se distinguía de la pared blanca—. Joder, ¿os gusta el tronquito? Es una pasada, ¿verdad? Se llama Clepsidra de solomillo de bosque, aunque yo, yo..., yo lo llamo «mi pene de madera». —Soltó una sonora carcajada con el puro pegado al labio inferior—. Un auténtico Pojaster, un artista muy cotizado ahora mismo... Johan Pojaster, nacido Joanet Pollastre en Carcaixent. —Expelió otra risotada—. Se cambió el nombre por razones comerciales... Y ya ves, el muy jodío ni más ni menos que ahora está preparando una exposición para el IVAM, según creo... Se trata de un tronco en descomposición. Sí, sí, un tronco en descomposición, joder... ¿No os parece genial? Muy conceptual, claro. Es una obra viva que conforme pase el tiempo irá cambiando su forma y su textura y que dentro de veinte años aproximadamente habrá desaparecido del todo y de la escultura sólo quedará un montoncito de serrín... ¿Escultura o instalación? Esa es la pregunta para la que el jodío de Pojaster no tiene respuesta. En cualquier caso, es una pieza valiosísima, joder... Me ha costado más de un millón de euros, un huevo, joder... Y no es por presumir, pero es que yo, yo..., yo soy coleccionista de arte contemporáneo. Yo, yo..., yo, coleccionista de arte contemporáneo, sí, joder... Me gusta más el arte que cagar en el campo, e invierto en arte, y por eso tengo tanto prestigio... ¿Vosotros coleccionáis arte o caballos de carreras? Es que no se puede coleccionar arte ni caballos si no tienes tanta pasta gansa como yo, yo..., yo, joder... —De nuevo una risa con toda la boca abierta—. Si no eres rico has de leer libros para hacerte el culto...

Eme, debo confesarte que me quedé asombrado ante tu marido. ¿En serio es este tu esposo? ¿Eme, quién eres que no te reconozco?

Sumergidos en semejante universo blanco esplendoroso, Blan-blan resultaba como un moscardón flotando en un tazón de leche.

Después de tantísimo tiempo sin vernos —desde que dejamos la academia de pago, para ser exactos—, no es que me desconcertara que Sánchez llevase la cabeza afeitada o que hubiera engordado cien kilos, por lo menos, tampoco que sus manos fueran de carnicero (Dios quiera que la sortija con sello del meñique no sea cosa tuya) o que la ropa de diseño, aquel uniforme de dentista, le confiriese el aspecto de un Sancho Panza poseído por la moda ad libitum, más bien fue la oscuridad del personaje en su conjunto la que me perturbó, por contrastar demasiado con la blancura nívea que el decorador había conferido a aquella «Boutique Inmobiliaria», como la llamaba la placa del portal.

¿Cómo pudiste casarte con un tipo así? ¡Eme, no tiene explicación! Ninguna explicación. Yo alucino...

Nos introdujo en una sala con pinta de ser su propia guarida. Un despacho frío, incómodo, ajeno. También clara consecuencia de haberle concedido un presupuesto sin límite al arquitecto de interiores, puesto que estoy seguro de que Blan-blan, el Mantecoso, de haber podido escoger, jamás se habría puesto aquellas mesas bajitas con tablero de cristal o esos sillines de bici sobre un tentetieso de diseño en los que resultará casi imposible no perder el equilibrio. Eso si al sentarte no te clavabas el sillín en el culo.

Pero ¿qué te cuento? Si tú habrás estado allí mil veces, amiga.

¿No será de tu ingenio esa decoración de plástico blanca, esa decoración como de nevera vista por dentro? ¿Es posible que después de todo no te conozca de nada, que

seas alguien inventado por mi nostalgia? Descubrir a tu supuesto marido me produjo decepción de ti. Yo seré pobre, que lo soy, pero tengo mejor gusto o al menos un gusto que es mío.

El espacio principal del despacho lo ocupaba una descomunal maqueta protegida por una urna de metacrilato, como si fuera la vitrina de un museo. En la maqueta se apreciaban montañitas verdes, casitas, arbolitos, carreteritas, piscinitas y un inmenso campo de golf.

Apartadas en un lateral, dos maquetas más: una de la Ciudad de las Ciencias y otra del barco español que compite en la Copa América de vela. Estas dos maquetas adyacentes servían para demostrar que quien allí nos recibía es un privilegiado con la amistad de la Generalitat Valenciana, un empresario de prestigio que comparte con los exitosos políticos del momento adicción a los edificios emblemáticos y entusiasmo por los grandes eventos.

El Mantecoso abrió los brazos sobre la maqueta del campo de golf como si fuera un sacerdote, la vitrina su altar y la misa estuviera a punto de iniciarse. Yo creí que iba a proclamar: «El Señor esté con vosotros». Pero dijo:

—Aquí está la última maravilla de la virtuosa constructora Viuda: la Residencia de los Dioses de Ademuz, fase uno. Ubicada próximamente en Castielfabib, Rincón de Ademuz. Proyecto del célebre arquitecto inglés sir Marek Evison, el jodío de sir Marek... Y yo, yo..., yo tengo comprometido suelo para esta y para cinco fases más... Ochocientas viviendas adosadas tipo palacete de máximo lujo y confort, con piscina comunitaria, spa, club social, hípica, helipuerto, peluquería canina, pistas de esquí en invierno y verano (con nieve artificial, por supuesto) y el mejor campo de golf de Europa, diseñado para mí por el jodío de Martin Kamp, el famoso ganador de la chaqueta verde clarito del trofeo Braveheart de Escocia... Todas las viviendas disponen de aire acondicionado, chimenea, váter que te limpia el ojete con un chorrito y música de fondo, y sauna finlandesa... Un lujo al alcance de muy pocos, joder... La inversión que estabais buscando, joder... Me los están quitando de las manos, joder... ¿Cómo será que los primeros que yo, yo..., yo vendí ya se han revendido sobre plano casi por el doble?

Aunque su atención estaba puesta en el potencial comprador africano, todo el rato me miraba por el rabillo del ojo como preguntándose: ¿de qué conozco a este menda?

—Bernie Ecclestone, el jodío de la Fórmula 1, sin ir más lejos..., sólo Bernie para los que le tratamos habitualmente, quiere que le reserve cinco. Sean Connery, cuatro. El jodío de George Clooney, desde que estuvo en aquel fiestón ochentero del Alameda Palace, no para de insistirme en que a él le apunte otros cuatro... Estos tíos se están haciendo todos valencianos, joder... Ernesto Bertarelli, armador suizo del Alinghi, el velero que trajo la Copa América a Valencia, me ha comprometido tres, uno para cada uno de sus hijos. El muy jodío está convencido de que el Rincón de Ademuz es el Silicon Valley del futuro, que los genios y los artistas se van a volver locos por vivir ahí, por el clima, la naturaleza virgen y la tranquilidad, joder... Y es que el mar queda muy cerca, a ciento cuarenta kilómetros de nada. Yo tengo un chalé en Jávea que, si lo veis, está aún más lejos de la playa, joder. —Otra vez expulsó una carcajada sin que se moviera el puro de su boca—. ¿Quién coño en Europa se puede permitir relajarse a sólo ciento cuarenta kilómetros del Mediterráneo mientras teletrabaja con su

ordenador en cualquier parte del mundo? Luego es que desde el helipuerto estas personalidades cada mañana pueden ir con sus helicópteros a hacer la compra al mercado central. Otro aliciente a la saca, joder... A Bernie le encanta el mercado central. ¿Os imagináis tener de vecino a semejante celebridad? Y a sus sobrinitas, por supuesto. —Lanzó un gesto de complicidad masculina hacia Spinnaker—. Se han hecho todos valencianos, joder.. ¿Quién no va a picar en la Residencia de los Dioses de Ademuz, fase uno? Este negocio va a ser la polla glotona, joder, os lo digo yo, yo..., yo. A finales de 2007 yo, yo..., yo compraré los terrenos, que los tengo ya apalabrados, ¿eh?, y en septiembre de 2008 yo mismo, yo, yo..., yo empezaré las obras. Dime Terroba, estos amigachos tuyos ¿quieren hacerse exageradamente ricos o no, joder?

—Muy muy ricos, jefe —respondió el interpelado, a quien observé más atento de lo normal con Manoli, hasta el punto de que le había cogido sus gafas de perlitas y se las había limpiado con el pañuelo que llevaba en el bolsillo superior de la americana, a juego con su corbata a cuadros de Burberry.

—¿Y la financiación? —preguntó con interés Nick Cockburn, o sea, Spinnaker.

—Nada por lo que preocuparse al respecto, Michael Jordan. Oye, no te molestará que te llame Michael Jordan, ¿verdad? Es que como los dos sois de esta raza y deportistas, pues joder.. En fin, que todo el dinero lo pondrá una caja de ahorros. Como yo, yo..., yo digo, el dinero del banco es el que construye las casas más bonitas, joder... Esto va a ser el chollo del siglo, joder.. —Blan-blan sonreía y a la vez mordía el puro, no es tan fácil hacer las dos cosas al tiempo.

—Pues póngame cinco, como a Bernie. Yo también quiero hacerme valenciano igual que mis ídolos blancos, Sean Connery y George Clooney.

Entonces el Mantecoso reparó abiertamente en mi presencia. Descubrió de qué me conocía.

—Un momentín, un momentín, un momentín, joder..., ¿no eres tú el jodío Monzón, mi compañero de clase? ¿Jaimito Monzón?

—El mismo, Blan-blan, el mismo.

—Hacía siglos que nadie me llamaba Blan-blan, joder... Pero bueno, ¿y qué fue de ti?

—Pues ya ves, por aquí... Con un puestazo en La Oficina y ganas de gastarme un pastizal. —Miré a Manoli para que no me desmintiera, pero aún estaba demorándose en dar las gracias al señor Terroba por limpiarle las gafas de perlitas y no me había oído.

—No sabía... Conozco mucho a los patrones de La Oficina, los hermanos Japón, y nunca me han hablado de ti...Y tampoco pagan sueldazos... ¿Y dices que tienes un puesto muy importante?

—Y tan importante, como que soy el que reparte en nombre de los hermanos Japón los maletines por los partidos políticos para engrasar la cosa de la maquinaria inmobiliaria y tal. —Le guiñé un ojo a Blan-blan para indicar que los dos sabíamos de lo que hablaba, pero él no salía de su pasmo—. El otro día en la sede de un partido que no te diré cuál es, pero que es de izquierdas, eso sí, me querían pasar el maletín por el escáner y yo le solté al guardia jurado: «Llame usted a los que mandan de verdad y pregunte si quiere que este maletín pase por el escáner». Me dejaron entrar sin problemas, claro. —Blan-blan estaba palideciendo—. Y en otro sitio, es un suponer, pon en un edificio oficial como el despachazo de un subdiputado provincial, el altísimo

cargo al que le hice la entrega se quería quedar también con el maletín, el muy avaricioso. Yo le saqué los billetes de quinientos y le aclaré que el maletín es un regalo de la cesta de Navidad de La Oficina y que por tanto tiene un incalculable valor sentimental para mí y que no lo iba a soltar tan fácilmente, que metiera los fajos en una bolsa de Mercadona... Me parto, cómo somos de duros en el gremio de los repartidores de cariño al contado, ¿eh? Tú das cariño al contado y a ti te dan obras públicas, que no quieres otra cosa. ¿Eh, Sánchez?

Naturalmente me lo estaba inventando todo para ponerme a su nivel y no quedar de frustrado, de capullo que no ha destacado en su carrera profesional. Hablaba de oídas, según los rumores...

Aprovechando que el señor Terroba y Manoli salían al recibidor enredados en una sorprendente conversación privada y que Spinnaker había pegado su nariz sin hueso al metacrilato, embobado con la maqueta de la Residencia de los Dioses de Ademuz, fase uno, yo intentaba captar la atención de mi eterno rival (que por cierto al principio parecía ignorar que lo es), impresionarle. Acojonarle... Que me viera como a otro magnate con megayate en el gran mundo del business de la Copa América.

Pero no coló y se enfadó a lo bárbaro.

No entiendo qué hice mal. Me recolocé las gafas moviendo la nariz.

—Vete a la mierda, Monzón.

—¿Qué me dices, Blan-blan?

—Que te vayas a la mierda, Monzón, joder..

—¿A la mierda, Blan-blan?

—¡A la mierda!

—¿No te agrada que yo sea un millonete como tú? ¿Te viene mal que yo también esté en la pomada malversadora? ¿Te encoleriza no ser en único malote de la clase? — Yo sonreía con mordacidad.

—¿Qué si me encolerizo, gilipollas? No tienes ni puta idea de lo que estás diciendo... Capullo, que eres un capullo... ¿Te estás descojonando de mí? ¿Quién te has creído que eres, joder? En España no existe la corrupción. Yo, yo..., yo tengo delegación de mi honrada constructora en Sevilla y en Barcelona y sé de lo que hablo, joder.. En este país ni corrupción ni crisis, joder.. Eres un aguafiestas y siempre lo has sido. ¿De qué vas, joder? ¿A qué santo ha venido esa memez que acabas de soltar, joder? Los Japoneses de La Oficina no se han presentado a un concurso público en su puta vida, joder.. —Qué fallo no haber tenido en cuenta ese pequeño detalle—. ¿Qué quieres? ¿Burlarte de mí? Eres un fracasado, así que deja de presumir con mentiras y lárgate de mi despacho. Yo, yo..., yo no tolero que nadie se ría en mi cara y menos que nadie un don nadie, Monzón, que todo el curso sabe que no tienes amigos y que no has llegado a nada en la vida... Vamos, no me jodas que aún serás un jodío periodista... ¿Eres un periodista, Monzón? ¿Trabajas para el jodío Pep Torrent de El País, joder? Vete a la mierda. ¡A burlarte de tu puta madre!

—¿Torrent? ¿Ese al que llaman el Chino? No, para nada... Soy poeta, no periodista, Blan-blan. Yo sólo quería...

No me permitió terminar. Qué hombre más violento y más agresivo, Eme. En el puro, que casi le quemaba los labios, creí ver la saliva hirviendo de un perro hijo de perra del infierno. Me empujó con su manaza, lo que resultó como si me apartase con su trompa

un elefante borracho.

Esa explosión de furia tan injustificada me hizo pensar que este tío tiene que saber lo nuestro: que fui tu primer amor, que te escribo cartas románticas y que seguramente, ¿me atreveré a escribirlo?, tú aún sientes algo por mí. Y que por eso se enfureció tantísimo. Otra cosa no tendría sentido, créeme. Lo que le dije no era para tanto. Se encolerizó como un animal, se coloreó de rojo ardiente sobre fondo negro quemado, igual que una brasa, y me volvió a golpear en dirección al recibidor.

Eme, los corruptos no se enfadan porque les llames corruptos, les da risa. Ellos mismos se llaman «corrupto» y «socio» unos a otros, lo he visto en una serie de televisión. «Hola, corrupto», «¿Qué tal tus corrupciones, socio?» o «Qué cara de corrupto traes esta mañana, alcalde», están en ese plan todo el tiempo. Como las putas, que también se llaman «puta» entre ellas. Si se enfadó tanto no podía ser porque mediante indirectas ingeniosas le hubiera tachado de charlatán, prevaricador o sinvergüenza en sus narices, no, eso no cabrea a ningún pícaro. Tenía que haber algo más y ese algo más sólo podías ser tú.

Blan-blan estaba celoso por el amor secreto que aún conservas hacia mí. Seguro. ¡Segurísimo! Así que, para hacerle más daño aún, le puse una mano sobre el hombro con condescendencia y usando un tonillo amigable seguí dándole:

—Comprendo que tu papel es muy ingrato, corrupto. Darte cuenta de que yo soy el verdadero amor de tu mujer debe doler mucho, ¿verdad? —acerté a soltarle mientras me empujaba fuera de su despacho.

—¿Mi mujer? ¿Qué pinta Marina en esto, joder?

—¿Marina? ¿Marina? ¿Marina? ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Lo sabía!

—¿Qué sabrás tú, desgraciado? —Entonces fue cuando estiré el cuello para volver a mirar a la niña de la foto del despacho que tanto se parecía a tu foto del setenta y tres, debilidad que él aprovechó para meterme un derechazo en la cara que me partió las gafas y me dejó sangrando por la nariz.

—Tranquilízate, bruto, que no ha respondido a ninguna de las cartas que le he enviado —repliqué desde el suelo, recogiendo las gafas rotas y a punto de llorar—. Marina te ha sido fiel pese a mis tentadores ofrecimientos... Me quiere a mí, pero te respeta a ti. Es una dama... Y además, yo ya me he enamorado de otra, de una pelirroja que se llama Ella, y me estoy quitando del vicio de importunar a Eme. Relájate, te has salvado de que te quitara a tu mujer.

—Mira, Monzón, vales para menos que la chorra del papa, siempre fuiste un paria, el marginado de la academia de pago de Conchita Tatay, el idiota al que estirábamos la gomita con que te sujetas las gafas por detrás de las orejas, el Jaimito de todos los chistes... ¿Te acuerdas de que yo, yo..., yo te obligaba a llevarme la cartera y que no rechistabas? Pues sigues siendo irrelevante, joder... ¿Qué fue de Monzón? ¡Nada, no fue nada...! Deja en paz a mi mujer, mi mujer ni sabe quién eres ni ha recibido jamás ninguna carta tuya. Me lo habría dicho, joder... En su vida jamás escuchó hablar de ti. Por suerte, joder... ¡Jamás! Mi mujer no se relaciona con perdedores, ¡iluso! Deja de inventarte historias: que si los Japón, que si los maletines, que si Eme... Vete a la mierda y no vuelvas más. Estás como las maracas de Machín, peor que una regadera, joder... Que te internen en un sanatorio, joder... Déjame en paz, joder... Yo, yo..., yo me cago en tu puta sombra, joder. ¡Nicolay, joder!

Alguien con la espalda como el exoesqueleto de un cangrejo, brazos como pinzas de cangrejo e inteligencia de cangrejo, también todo de blanco con las mangas recogidas, igual que los forzudos que ponen camisas de fuerza en los manicomios, se materializó ante nosotros procedente de no se sabe qué blanca pared.

—¿Señor Sánchez? —se ofreció con acento rumano o búlgaro, no sé.

—Este caballero se quiere ir rodando por las escaleras, ocúpate, joder.. —le respondió tu marido, mordiendo su puro como si le estuvieran amputando los testículos sin anestesia y le hubieran dado un palo a morder.

El cangrejo Nicolay me agarró con sus pinzas, a la vez por el cuello y por debajo del culo, por mis partes. Me elevó. Al girarme en el aire sin querer le di una patada a la escultura del tronco carcomido, que se tambaleó y se vino abajo sobre las cabezas de Manoli y del señor Terroba, que a la sazón se hacían confidencias en una esquina del recibidor, en una esquina blanca como las escenas del cielo en las películas americanas en las que el protagonista muere antes de tiempo y se va al cielo por error.

El señor Terroba desvió el golpe del tronco con las dos manos y a Manoli se le escapó un enfático:

—Gracias, señor Terroba, qué autoridad tiene usted en las manos para todo.

Al que Terroba contestó:

—Joaquín para ti, Manoli. De tú, por favor.. Joaquín Terroba para servirte con sus manos...

El dispendioso tronco escultura de Pojaster se rompió en tres trozos al dar con su carcoma contra el piso blanco brillante de la inmortal constructora Viuda decorada como si fuera un centro de cirugía estética.

«Esta vez sí que lo tendrán que barrer.. Que te den, Blan-blan, icornudo!», fue lo último que pensé antes de volar escaleras abajo, hacerme varios chichones y torcerme un tobillo.

Rodé hasta el zaguán.

—Jeeep, quina nyespla...! Che, que me mato...

Cuando por fin llegamos los cuatro de nuevo al patio interior ajardinado del edificio de oficinas Condes de Buñol no parecíamos los mismos que habían subido a la celeberrima constructora Viuda media hora antes. El señor Terroba y Manoli se despidieron con prisa y se fueron cogidos de la mano.

—Nos vamos a conocernos mejor —dijeron al unísono amarraditos los dos.

A Spinnaker, que ya conocía mejor que bien a Manoli, aunque hubieran llegado juntos, le daba igual con quién se fuera la mujer de las gafas con perlitas. Me miró con esa tristeza milenaria con la que sólo saben mirar los muchachos de su color cuando encuentran útil mirar con tristeza milenaria, y se apiadó de mí.

—Estás hecho polvo, blanquito.

No pude sino corroborarlo mientras caminábamos despacio.

—Me duele todo, Nick.

Me sangraba la nariz, había perdido todos los botones de la camisa y un zapato, cojeaba y sin gafas debía parecerle un topo recién atropellado. Sin embargo, antes de dar el alto a un taxi todavía tuvo un detalle conmigo.

—Blanquito, como tripulante de un velero extranjero en competición, el consorcio de la Copa América me paga dos becarios para intercambiar prácticas de español e inglés.

Si no me equivoco, tú tienes un hijo al que le podría interesar. —Y a mí se me ocurrió una locura, una de mis ideas geniales, Eme.

—Claro que sí, Spinnaker. Cuenta con Pablete. Pero espera, deja que abuse de la bondad innata a tu raza tradicionalmente maltratada. Al mismo tiempo tengo una amiga especial que tiene una hija a la que le encantaría conoceros a mi hijo y a ti, ¿se lo puedo proponer y así ocupamos las dos plazas con mi chico y la chica de mi amiga especial?

—Por supuesto. Por mí encantado, blanquito. —Se rio con todos los dientes a la vista; lo de la amiga especial lo había entendido a la primera—. Dile a tu amiga especial que me llame. Y que me llame tu hijo también. ¿Paquete? ¿Has dicho que Paquete es su nombre? Pues..., vale. Perfecto... ¡Taxi! ¡Taxi...!

Che, mi propuesta, Eme: habla con el energúmeno de tu marido, pídele el teléfono de mister Spinnaker, lo tiene porque al pobre marinero le ha estafado con unos cuantos chalés adosados en el desértico fin del mundo, y llámale de mi parte. Le dices que tú eres la «amiga especial» de la que le hablé y que tu hija, esa hija preciosa que hoy me ha deslumbrado con su sonrisa de ardilla en la foto tamaño natural del despacho de Blan-blan, es la chica que va a compartir la beca de intercambio de español por inglés con mi hijo Pablete. Y de este modo, tu niña y mi niño se conocerán y tal vez se enamoren y con el tiempo se casen. Les daremos la oportunidad que a nosotros nos negaron y así repararemos la historia rota que tú y yo no pudimos terminar.

Si nuestros hijos se quieren, será nuestra pequeña gran venganza contra la vida cruel, la pequeña venganza de nuestro gran amor. ¿No te parecería precioso?

Y si no te apetece o te incomoda la idea, no te preocupes. Ya estoy acostumbrado a tus desprecios. Se lo propondré entonces a Ella, que también creo que tiene una hija y que también será muy guapa. Pelirroja, supongo, si es que mi pelirroja no es teñida, claro, dado que en el pubis a veces no tiene pelo y a veces lo que se le adivina es más bien oscurito (perdón por esta información no solicitada, pero que ya manejabas).

Sé que no será lo mismo que con tu hija, que no tendrá ese sentido vengativo contra nuestra triste historia, pero reconoce que también será hermoso ver cómo la hija de Ella y mi hijo se aman como si fueran Ella y yo hace veinte años. Como debimos ser cuando debimos conocernos y tuvimos la mala suerte de no cruzarnos. Ellos serán nosotros de jóvenes, Ella y Jaime de jóvenes. Nosotros somos como ellos en un futuro posible, ellos serán como nosotros en un pasado imposible.

En definitiva, con una miniEme o con una miniElla, mi Pablo va a tener la ocasión en la vida que no tuvo su padre. Tú eliges con cuál de las dos.

Era trascendental que volviera a escribirte, ¿lo comprendes ahora? Para ofrecerte una beca alcahueta para tu hija y a la vez para que tengas el punto de vista de tu primer amor tras la pelea que sostuve ayer con el animal de tu marido. Fina sensibilidad contra ordinariez millonaria... ¿Pelea? Sí, pelea. Aunque sea cierto que todos los tortazos y los dolores físicos los encajé yo, no es menos cierto que mis palabras golpearon a la bestia como puños de boxeador; pelea, por tanto. No te extrañe que incluso yo le hiciera más daño a él que él a mí. Me vanaglorio del marco semántico en que lo encerré y con el que lastimé su autoestima (jo, jo, jo). La brasa del puro, que actúa como un termómetro de su temperatura espiritual, palpitaba como un corazón acelerado.

Estoy seguro de que después de que el cangrejo Nicolay me echara rodando por las escaleras y me rompiera la camisa, Blan-blan se encerró con pestillo en un cuarto de baño a lloriquear, igual que un chiquillo en plan «Querido diario, a la chica que me gusta le gusta mi amigo», porque pese a que jamás respondes a mis cartas, ayer el turbio personaje debió darse cuenta de que, en secreto, muy en secreto, por cierto, el hombre de tu vida soy yo.

Siento lástima por el Mantecoso, pasar toda una existencia a tu lado sin ser consciente de que esa vida que él está disfrutando es la mía y no la suya, que me ha suplantado junto a ti, y un buen día de repente abrir los ojos y descubrir la verdad más radiante: que yo soy tu amor inmortal, eso, ideo!, no debe ser sencillo de aceptar.

Pobrecillo, deberíamos evitar que llore demasiado, el hombre debe ser varón también para afrontar los reveses del destino.

¿Te ríes? Peor para ti. Lo estoy diciendo muy en serio. Algún día hablaremos abiertamente de nuestra historia y, aunque seguirás riéndote, me darás la razón: yo he sido el único hombre de tu vida y tu marido ayer se dio cuenta de todo, aunque intentó disimularlo, obviamente.

Demasiado orgullo tiene para dejar que se le note algo así, joder..

Ahora me río yo también.

A pesar de ello, todo esto tampoco es fácil para mí, Eme. Cuando regresé a casa tuve que decirle a mi madre que me había caído montando en bicicleta para explicarle mis magulladuras.

—¿Y cómo, si no montas en bicicleta desde los tiempos del viejo apartamento de Frontera? —Mamá quiso poner mi versión oficial contra las cuerdas. Yo pasé de darle más información.

Esta mañana ha sido Minipimer Garza, acostumbrada a curar botellazos en la cabeza y a disimular chupetones en el cuello o en el escote, quien me ha ayudado a maquillarme los cardenales para ir decente a La Oficina.

No he dormido en toda la noche, te lo juro.

No he dormido repitiéndome una y otra vez la misma pregunta: ¿cómo pudiste casarte con un tipo así?

Si has sido capaz de amar alguna vez a alguien como Blan-blan, el Mantecoso, es imposible de toda imposibilidad que también hayas estado enamorada de mí, porque él y yo pertenecemos a universos distintos y enemigos. Cuanto yo tengo de inteligencia y donosura él lo derrocha en estupidez y vulgaridad. Como te insinué antes, somos uno don Quijote y el otro Sancho Panza, uno Peter Pan y el otro el Capitán Garfio.

¡Por Dios! ¿Qué hace Wendy en la cama de Garfio? No lo encajo.

Lo mismo me sucede con Ella, mi amor pelirrojo de las pecas pintadas. Yo que nunca he sido celoso, con Ella me muero de celos retrospectivos. ¡Retrospectivos!

Está casada, ¿vale? Pues quizá hubiera sido mejor que no me dijera que está casada y que por el momento no se piensa separar. ¿Por qué me lo tuvo que contar? ¿Porque me puse muy pesado? En ese caso debió resistirse un poco más, lamento señalarlo. Nos habría ahorrado infinitos dolores y alguna que otra discusión.

Los celos retrospectivos son muy frecuentes entre las segundas y las terceras parejas, y muy difíciles de quitar. Si los celos ya de por sí consisten en una fantasía

perniciosa, los celos retrospectivos lo son por partida doble. Una fantasía perniciosa premium, por tanto: fantasía destructiva que contempla al ser amado entregado a otra persona y fantasía obsesiva respecto a un pasado que no se puede cambiar, que ya está escrito.

El último fin de semana, sin ir más lejos, la hice llorar.

Habíamos hecho el amor frente al mar, en el asiento de atrás de su Mercedes Clase A, típico coche regalado por papá pijo a mamá pija de nuestro tiempo, aparcado a medianoche cerca de la rotonda de Port Saplaya. Los cristales del coche estaban empañados y los de mis gafas lo mismo. La ropa, que no nos habíamos acabado de quitar, se adhería a nuestros cuerpos empapados de sudor. Al terminar, tras los fuegos artificiales que explotaron en medio de los dos, mi camisa se pegaba a su pecho y su blusa a mi frente. Le desabroché el sujetador violeta que, subido por encima de las clavículas, le apretaba el cuello. Me preguntó si aquel derroche que cubría sus muslos y su vientre como una segunda piel de serpiente pegajosa era normal o me había orinado. Nos reímos...

Haciendo pinza con el índice y el pulgar me quité un pelito de la lengua. Le encendí un Fortuna, Ella me encendió un Marlboro de los suyos.

Habíamos conseguido mezclarnos de verdad.

Abrimos un poco las ventanillas para que saliera el humo y un hilo de aire fresco de la playa nos pasó por encima. Entonces, mientras soltaba una bocanada hacia el techo como si soplara una vela de cumpleaños, dijo:

—Una vez, hace mil años, vine aquí con el que era mi novio a lo mismo que hoy. En aquella época aún no se había construido nada de lo que hay ahora. Ni el Alcampo ni el McDonald's, desde luego. Sólo estaba el mar. Se nos atascó la rueda de su Seat 133 en la arena de la playa, figúrate qué ruedecita más fina, y no podíamos sacarla de ahí. Cuanto más aceleraba mi novio, más se le hundía hasta el fondo; más se le hundía la rueda y no otra cosa, malpensado... —No celebré con gesto alguno el doble sentido de tan inoportuna bromita—. Aparecieron unos pandilleros y en vez de violarme y robarnos el cochecito, nos empujaron sin rechistar y conseguimos sacar la rueda del hoyo. Sin embargo, nos despidieron con un «Aquí todos venimos a lo mismo, la próxima vez comparte, quillo» que hizo que jamás repitiésemos la experiencia.

Ella esperaba que me hiciera gracia la anécdota, pero sucedió justo lo contrario, me hundió.

Tuve celos de aquel novio que la había conocido de joven, que la había disfrutado de joven, que se había sentido amado por Ella de joven. Que seguramente lo había estrenado todo con Ella de joven. Pensé que nada de lo que pudiera sucederle conmigo iba a ser ya tan bonito como lo que pudo compartir con aquel novio de hace mil años.

Eme, es verdad que nuestro primer beso de aquella lejana noche en los viejos Garbí, antes de lo que pasó después, es para mí el beso más maravilloso de mi vida, inigualable, y que por lo tanto debería permitirle a Ella atesorar un recuerdo privado de similar intensidad, pero no sé por qué no me parece lo mismo mi historia que la suya, me parece diferente.

Lo que yo añoro es un beso, si me apuras, hasta cursi; lo que evocaba Ella era un polvo en la playa en un coche con los cristales empañados. Y además tú eras un cielo de niña, a saber con qué clase de delincuente juvenil estaba enrollada Ella. Es distinto,

muy distinto, ya lo creo.

Por otro lado, está el tema de su marido. Sigue conviviendo con él. Cada fin de semana y a veces incluso entre semana, después de hacer el amor conmigo regresa a su casa y supongo que se acuesta con él. ¿Hace también el amor con su marido? Ya sé que debería respetar su independencia y ser consecuente con la regla de «sin preguntas» que Ella impuso desde el principio y que yo acepté, pero los celos son más fuertes que yo.

¿Cuánto quería a su marido y cuánto lo sigue queriendo? ¿Cómo fue su boda? ¿Y su viaje de novios? ¿Soy poco más que una consolación porque el marido no la quiere ya? ¿Quién es él? ¿Lo conozco?

Me desespero.

En diversas ocasiones me ha insinuado que su marido la maltrata, como mínimo, psicológicamente. Que la menosprecia y la humilla en público. Que la ridiculiza delante de amigos y conocidos, y se me llevan los demonios. En ese caso, comprendo aún menos cómo no lo abandona por mí, y todavía me duele más cuánto pueda haber querido locamente a un loco como ese.

—Para casarte con un maltratador, con un ignorante como tu marido, tuviste que estar perdidamente enamorada de él —le dije con indisimulada crueldad tras escuchar su inoportuna anécdota en el coche con los cristales empañados.

—O al revés, mantener una muy baja autoestima y pensar que no merecía más que un tarado como ese. —Ella intentaba explicarse.

—¿Cómo una mujer que lo tiene todo va a menospreciarse tanto? Me das explicaciones que ofenden a mi inteligencia. Reconoce que perdiste la cabeza por un personaje inmaduro y egoísta, y que conmigo sólo te conformas, y te creeré. A las chicas os seducen los cabrones y de los sensibles os descojonáis...

—No voy a decir lo que no es verdad. Me casé porque, después de un desgarró sentimental que sufrí en la adolescencia y una especie de depresión que me vino como consecuencia de eso, me sentía insegura y triste, y mi marido de joven era mono, era gracioso e insistió mucho. Entonces no parecía tan malo, pero yo estoy enamorada de ti y no estaba enamorada de él.

—Mira, no lo conozco, pero, por lo que cuentas y por la inquietud que percibo en ti cuando llega la hora de volver a casa, deduzco que no es persona recomendable y, dado que no estás dispuesta a dejarlo por mí, sólo puedo concluir que sigues colgada como una colegiala y que, pese a que actualmente algo no funciona bien entre vosotros, nacisteis uno para otro y que yo no soy más que un repuesto temporal. Un entretenimiento. ¡El suplente! Fijo que él también tendrá un apañito que tú le toleras, ¿a que sí?

—No sigas por ahí, por favor... Ya te he dicho muchas veces que bajo ningún concepto puedo dejar a alguien que me importa más que mi vida con el subnormal ese... Jamás me perdonaría lo que pudiera ocurrirle.

—Pues si hablamos de una hija, llévatela contigo...

—Si habláramos de una hija, ten claro que él no me permitiría que me la llevase. Es imposible... Si supieras cuántas veces me he arrepentido de haberme casado con ese impresentable y lo que me remuerde la conciencia haberle dado semejante estúpido como padre a esa hija, que a lo mejor va y sí que tengo... —Esto, exactamente esto,

«Cuántas veces me he arrepentido de haberme casado con ese impresentable...», esto es lo que yo ansiaba escuchar, pero estaba tan celoso que no iba a conformarme con que lo dijera sólo una vez.

—Pues yo me siento un mero sustituto, tu segunda o tercera opción. Él es tu amor titular y yo el suplente al que guardas cariño como a un animal doméstico, nada más.

—Como te quiero a ti jamás he querido a nadie en mi vida.

—No te creo. ¿Para quién te hiciste entonces el tatuaje de la mariposa del tobillo?

—¿Qué?

—Nada. Que por mí no te harías un tatuaje...

—No es un tatuaje sino una mancha de la piel con esa forma.

—Encima no me mientas.

—Te digo la verdad... Es un lunar raro...

Rompió a llorar y dio igual que le pidiera perdón. Lloramos los dos, yo por debajo de las gafas.

Marina, me digo a mí mismo que el pasado es un territorio tan incierto como el futuro, sólo que el futuro se puede cambiar y el pasado no. Por tanto, lo mismo que por ahora no le he pedido a Ella que pase el resto de su vida a mi lado, tampoco debería exigirle que haya gastado lo que lleva de vida amándome, por ahora. Digo bien, por ahora.

¿Sabes? El universo está lleno de Jaimes Monzón, hombres buenos que sin destacar particularmente por nada se afanan en hacer feliz a la mujer a la que aman. Lo que no hay tanto son maridos como el tuyo o el de Ella, perfectos neandertales, descendientes directos del gorila. La gente en general es muy normal, muy pacífica y está cargada de buenas intenciones.

Espero que mi encontronazo con Blan-blan, tu Sánchez, no te perjudicase demasiado. Y te pido perdón por las molestias que te haya causado. Aunque a lo mejor, como él, él..., él es tan vanidoso, no me creyó y el muy cabrón no te ha causado ninguna molestia. Podría ser...

La vida es confusa. Ahora mismo, por ejemplo, me acaba de llegar al móvil el siguiente recado de mi amigo Jesús Julio, seguramente convertido a estas horas de la noche en doctor Gradolí:

Descubierta en gasolinera de Burjassot mi cámara oculta en el baño de señoras, la observación científica se echa a perder en España, te lo dice el Félix Rodríguez de la Fuente de la ginecología amateur, tendré que hacerme comadrona para avanzar en mis investigaciones.

¿Lo ves? Nada es verdad ni es mentira, todo depende del color del cristal con que se mira. Tu marido y el de Ella serán buenos para vosotras, te recuerdo que os casasteis con ellos, y el doctor Gradolí toma muestras para citologías pasando su lengua por las braguitas usadas que roba en el vestuario de las señoras de la limpieza de la Diputación. Pues aleluya, aleluya, cada una con la suya. Nada resulta injustificable bajo el sol.

Cuando te digo que te quise, te lo dice un Jaime Monzón del montón, pero el tuyo. El

único que fue sólo para ti, tu antiguo amor exclusivo.

Sigue sonriendo como en la foto que conservo en mi mesilla de noche. Pese a que ahora sea el amante oficial de Ella, en lo profundo de mi corazón siempre tendrás tu sitio y esa es razón suficiente para sonreír. O eso pienso yo.

Antes de dormirme, cada noche te beso en esa foto y te digo: «Buenas noches, Eme, no soy digno de que entres en mi cama, pero una sonrisa tuya bastará para abrazarme».

Buenas noches, Eme, no soy digno de que entres en mi cama, pero una sonrisa tuya bastará para abrazarme.

Sonríe. En el fondo, aún te quiero.

CAPÍTULO 13

No me gustan los funerales, ni siquiera deseo asistir al mío cuando definitivamente se produzca. Es más, mi sueño sería hacer la lista de invitados y no invitados a mi propia misa de cuerpo presente y verles la cara a unos y otros al descubrir que yo no asisto.

El funeral que ahora debo narrar aconteció una semana después del supuesto fallecimiento en accidente de coche de Jaime Monzón.

El cuerpo ya había sido incinerado y la familia se mostraba por eso relajada, liberada de un gran peso. Liberada del peso del ataúd.

En nuestro tiempo hemos perdido la facultad de interactuar con los cadáveres: en lugar de provocarnos dolor o piedad nos dan miedo y los apartamos. Ya nadie organiza el velatorio en la salita de casa. Antes se lloraba a los muertos dado que no iban a regresar, hoy se les mira de reojo por si lo hacen, por si de pronto abren los ojos y se levantan convertidos en zombis. Los finados producen pavor y repugnancia por culpa del cine sobre muertos vivientes.

Los hijos de Jaime Monzón, por su parte, no es que recelasen de que su padre pudiera regresar de la tumba, es que directamente sospechaban que podría no haber tomado jamás semejante dirección sombría. No tenían la certeza, especialmente Pelarañas, de que el cuerpo que incineraron el sábado anterior fuera el auténtico de su padre. Aun así, por no faltar a ninguna obligación filial, mantuvieron las formas y se prestaron a celebrar un funeral con las cenizas presentes en la parroquia del Remedio, la de Jaime de siempre.

La parroquia de Nuestra Señora del Remedio de la calle Grabador Esteve es un templo moderno, empotrado en el bajo de un edificio de pisos. De planta cuadrada, llama la atención por querer conectar con la arquitectura creativa de su tiempo, por no engañar confundiendo

presupuesto contemporáneo, o sea bajo, con ascetismo. Presenta, por ejemplo, a su Virgen del Remedio estilizada en forma de ese y metida en una burbuja descentrada dentro de un retablo abstracto. Superando sus obvias limitaciones artísticas, resulta una obra atrevida y confortadora.

Tiene prácticamente la misma edad que tendría Jaime Monzón si estuviera vivo, ya que la primera eucaristía en la nueva parroquia la celebró su primer párroco, don Pascual Calafat, de Gandía, la Nochebuena de 1961. Más tarde, durante la *Belle Époque* de la ciudad, aquí venían a comulgar la alcaldesa Rita Barberá y la Valencia de toda la vida de Cirilo Amorós y del mercado de Colón. Conque además es una parroquia de gente bien.

Cuando Jaime Monzón era pequeño, tras pasar el fin de semana en los viejos apartamentos Garbí de Frontera, sus padres solían llevarlo los domingos al Remedio a misa de nueve de la noche, la que don Pascual siempre decía en valenciano.

En aquel tiempo, la pequeña burguesía del Eixample intentaba usar el valenciano para mostrar cierta distancia culta con la agonizante dictadura del general Franco. Lo leído y lo progresista en aquella Valencia de los setenta era hablar valenciano para distinguirse de las criadas manchegas, aunque semejante folclorismo no dejaba de ser una pose, ya que las buenas familias hablaban a sus hijos en castellano y se burlaban de los tenderos por su fuerte acento local.

A Jaime, que se educaba en castellano en la academia de pago de Conchita Tatay, por tanto, se le iba el santo al cielo en algunas partes de la celebración en lengua vernácula, pero para su madre daba igual porque lo importante era que esa misa contaba como oída en domingo y que su horario permitía regresar de los viejos apartamentos de Frontera después de la siesta de los mayores. Así que Jaime Monzón, usuario exclusivo de español, aprendió el credo en valenciano. En otras palabras, utilizaba el valenciano para decir tacos y para rezar, y el castellano para todo lo demás.

Hacia 1504, los frailes trinitarios calzados compraron una ermita dedicada a Nuestra Señora del Remedio fuera de las murallas de Valencia, justo donde ahora se ubica esta rejuvenecida parroquia que sigue llevando

ese nombre y que fue de don Pascual Calafat, luego de don Honorato y hoy de don Gil.

Después, en 1516 los trinitarios acabaron ahí la construcción de un convento que estuvo en pie hasta que en 1868 fue demolido por su situación «militar estratégica», un eufemismo inatacable como otro cualquiera con que indicar que constituía una molestia para el desarrollo urbanístico del Pla del Remei que se avecinaba.

Entre los moradores de aquel convento, cuyo recuerdo como tantos recuerdos de Valencia se llevó la piqueta de la especulación inmobiliaria, se cuenta a un tal Miguel de Cervantes recién liberado de su cárcel de Argel.

Hace sólo unos meses el archivero don Jesús Villalmanzo descubrió una nueva firma original del autor del *Quijote*, la más antigua que se conoce, de cuando el escritor dormía sobre el mismo suelo en que ahora reparte bendiciones don Gil y en que Jaime Monzón incinerado celebró su funeral dentro de un bote del Valencia CF.

El caso judicial en el que Cervantes tuvo que prestar testimonio y por el que estampó esa firma, que tan oportunamente ha encontrado el señor Villalmanzo, habría hecho las delicias de la familia Monzón, ya que trata de las aventuras y desventuras de un muerto muy vivo.

Pongamos que en mayo de 1580 un pescador humilde pero joven y apuesto, llamado Jeroni Planelles, se entretenía por las noches con la querida de un mercader mallorquín tan viejo como rico. Y que una madrugada de urgencias, el cornudo sorprendió al muchacho y la muchacha en pleno entretenimiento, y que a continuación el chico desapareció.

Los pobres pescadores acusaron a los opulentos empresarios mallorquines de asesinato y una vez más la ciudad se dividió en dos bandos irreconciliables: el de los que creían que al tal Jeroni, con una piedra atada a los pies, se lo estaban comiendo los salmonetes del golfo de Valencia y el de los que afirmaban que había aceptado una bolsa de dinero y se había largado con el entretenimiento a otra parte. Como siempre, Valencia quedó rota en dos facciones enfrentadas a muerte: pobres contra ricos, pescadores contra comerciantes, el Grao contra la Lonja de los

Mercaderes, jóvenes contra cornudos, infieles contra infieles.

Y Cervantes de testigo.

«El magnífico caballero, vecino y natural de Alcalá de Henares, residente ahora en Valencia, que dice ser de treinta y dos años», según la testifical que firmó de su puño y letra, había pasado, como todo el mundo sabe, cinco años preso de los piratas berberiscos en Argel y declaró que durante su cautiverio escuchó la historia de un Jeroni Planelles que viajando con más oro del debido habría sido atacado por unos bandidos y después vendido a los piratas. Y que un día vio a un joven «con los morros algo grandes» y que le dijeron que ese era el mentado Jeroni.

Como consecuencia de esta declaración, los mallorquines imputados no abandonaron la prisión provisional, aunque sí se decidió investigar si el asesinado aún caminaba por su pie.

El controvertido asunto terminó en 1581, cuando Planelles reapareció vivo y coleando. Entretenido y con ganas de entretener, vaya.

Che, es curioso que el testimonio de Cervantes se produjera en castellano, pero que se tradujese al valenciano por el escribano. Y que así lo firmara «Servantes», en lengua valenciana. La misma en la que don Pascual decía su misa de nueve.

Jaime Monzón fue bautizado, tomó la comunión, se confirmó, se casó con su ex y ahora presidiría sus propias exequias desde dentro de una urna funeraria en la parroquia del Remedio. El actual párroco, don Gil Herrero, de Chelva, un reverendo tal que reclutado de entre los alegres compañeros del bosque de Sherwood en cualquier película de Robin Hood, de estatura contenida, compleción fuerte y voz maternal, había accedido a que la vasija que contenía los restos calcinados del difunto se ubicara a los pies del altar, pese a ser la corporativa del Valencia CF.

—Esta es una parroquia de chotos, mira, qué le vamos a hacer, alabado sea el Señor —respondió a la propuesta.

La idea había sido de Pelarañas, siempre atenta a cada pequeño detalle que pudiera hacer más agradable la vida (o en su caso la muerte) a su padre.

—Pablete, ya que no quieres que disparemos a papá en unos fuegos artificiales cojonudos, piensa al menos en qué recipiente lo metes... Con el

mal rollo que le daban los cementerios y las funerarias al pobrecito, busquemos un botijo molón para él. Uno del Valencia, por ejemplo, como el de ese amigo tuyo que cada puta temporada saca su pase y el de la silla de al lado en Mestalla para llevarse al fútbol todos los domingos la cajita con el polvo quemado de su padre... Y que cuando el Valencia marca, celebra el gol levantando el pote con los restos mortales de su papi por encima de su cabeza... Coño, ¿no fue este tío el que pidió permiso al club para dejar al padre en una taquilla y no tener que cargar con él desde casa cada vez que hay partido?

—Sí, sí, este fue... Buena idea, hermanita... Con razón has estudiado y yo no. Estoy seguro de que en la tienda oficial de la plaza del Ayuntamiento venderán este tipo de producto de consumo familiar. Y si no, fijo que el expresidente del club, Agustín Morera, desde chavales tan protector con papá, nos podrá conseguir una o decirnos en qué chino la venden. Piensa que si el césped no crece en los córneres del campo de fútbol es porque la gente suele esparcir allí las cenizas de los socios muertos... —Se santiguó—. ¿Y qué mejor sitio podría haber para que papá descansa eternamente que el escenario de tantas tardes de gloria? Existen más espíritus de ancestros vagando por el rectángulo de hierba de Mestalla que en el cementerio indio de una de vaqueros... Aunque, pensándolo mejor, creo que deberíamos esparcir a papá por el jardín de los viejos apartamentos Garbí; después de todo, parece que es allí donde vivía sin que tú y yo lo supiésemos.

—Pues botijo futbolero para papito, ¡marchando! Con dos cojones, Pablete. Sí, señor. Muy bien, te estás haciendo mayor y sacando al Monzón que llevabas en el puto fondo del culo. Hostias, se me ha mojado el chichi como si fuera una perra de lo contenta que me acabo de poner.

Dicho y hecho, la urna funeraria en que Jaime Monzón emprendió su tránsito a mejor vida estaba forrada de plástico imitación de mármol blanco con vetas negras (los colores oficiales del equipo che) y llevaba pegado en el centro un escudo valencianista de baratija, con su glorioso balón sobre la Senyera y su murciélagu protector. Luego Pelarañas, actuando como viuda apócrifa, colocó encima de la urna unas antiguas gafas de Jaime con su goma de patilla a patilla y un ejemplar de *Peter*

Pan, y alrededor, como se pondría una bufanda, la célebre corbata de caras del pato Donald.

—He visto fallas infantiles con menos decoraciones y menos colorines —exclamó don Gil cuando descubrió el montaje plantado delante del altar—, pero alabada sea la Virgen, voy a revestirme y comenzamos.

En los funerales actuales se han popularizado dos nuevas costumbres que espantaban a Pelarañas.

La primera consiste en que de forma inopinada sube al púlpito un pariente, normalmente un niño o un adolescente, a leer la última carta que se le ha escrito al abuelito o a la abuelita que acaba de marcharse. Unas veces, el chiquillo se pone a llorar y es imposible entender lo que está diciendo; otras, el texto incluye reprimendas cariñosas que incomodan al público (del tipo: «En el cielo podrás zamparte todas las chocolatinas que aquí te tenías que comer a escondidas, pillín»), confesiones innecesarias (del tipo: «¿Te acuerdas de la diarrea que se llevó a tu gatito? Fuimos los nietos, que le dimos a probar tus píldoras contra el estreñimiento, y ahora te pedimos perdón»), o bromas privadas que en el contexto funerario resultan embarazosas (del tipo: «Nunca olvidaré cuando me perseguías moviendo tu dentadura postiza con la mano, ¡que te muerdo el trasero!, lo que te reías sin dientes»); y todavía es peor cuando se recita una poesía, se supone que enternecedora, en la que se ha forzado la rima de «tumba» y «rumba» o de «resurrección» y «familión».

Resulta infinitamente más grato para la concurrencia cuando el sacerdote se limita a decir de memoria su homilía, la misma homilía de todos los funerales cambiando sólo el nombre del muerto y nadie más añade nada. El cura entonces lleva a cabo un trabajo profesional, distante y aséptico. Lo bastante fundado en la Biblia como para que los más dolientes se sientan confortados, pero al mismo tiempo tan frío como se precise para que los asistentes a la misa de cuerpo presente por compromiso no se vean importunados por un concierto de narices sonándose y pañuelos húmedos saltando de mano en mano.

En el caso de Jaime, don Gil cumplió como se esperaba y se limitó a glosar la lectura de la resurrección de Lázaro con la precisión y sobriedad de un experto azafato acostumbrado a verificar tarjetas de embarque al

más allá.

—El señor Monzón resucitará cuando todos, ni antes ni después, el mismo día que todos los presentes, a los que aún nos queda pasar por lo de morirnos... Mira, en eso Jaime nos lleva la delantera, alabado sea el santo sepulcro —concluyó.

La segunda costumbre que se ha puesto de moda para espanto de Pelarañas consiste en aplaudir durante un buen rato al terminar el funeral, como si el finado hubiera cantado una canción, batido un récord del mundo o ganado un premio académico. Como si al concluir una obra de teatro cayera el telón y todos esperasen que el fiambre fuera a levantarse y saludar. Se aplaude para mostrar satisfacción, no tristeza, pero la presente sociedad blanda es incapaz de no mostrarse superficial incluso ante la menos empática de las circunstancias, cual es la de estirar la pata. Antiguamente, las plañideras impostaban a voz en grito el dolor que corresponde al hecho inevitable y definitivo de la muerte; en la actualidad, los aplaudidores, con cara de ir a soltar un «Qué grande eres, campeón», se esfuerzan por mantener la ficción de que nada irreparable ha ocurrido. Nada que al menos no pueda desinflamar un abracito.

Nos hemos vuelto adultos adictos a los peluches.

El aplauso no pudo evitarse.

Pablo y Pelarañas pensaban que, aparte de Mariola, de la ex de Jaime y del Genio, estaban solos en la iglesia. Pablo había aporreado a guasaps a sus infinitos amigos para evitar que la soledad fuera traumática, pero lo cierto es que ninguno le había confirmado que pudiera acudir. Por eso, sentados en el primer banco, se asustaron tanto en el momento en que, al proclamar don Gil aquello de «Podéis ir en paz, alabados seáis todos», escucharon una atronadora ovación a sus espaldas.

Quedaron petrificados.

No se atrevían a darse la vuelta y, después de un rato en que las palmas no cesaban, cuando por fin se giraron, notaron un nudo en la garganta que hizo que a Pelarañas se le saltaran las lágrimas. La parroquia del Remedio estaba llena a rebosar de personas que querían a Jaime Monzón.

También Pablo pudo llorar por fin, sí, sí, también Pablo, al comprobar que los amigos de su padre estaban por todas partes y que lo vitoreaban

con verdadero afecto.

En ese preciso instante se deshizo el silencio que llevaba una semana llenando su cabeza y Pablo pudo llorar libremente con lágrimas, justo cuando se dio cuenta de que, en definitiva, era cierto que no sabía nada de su padre y de que, en contra de lo que siempre había pensado, Jaime Monzón era un personaje popular y querido en el planeta al que perteneciese. Fue como si se reconciliara con el recuerdo de su padre o, mucho mejor, como si desde hace una eternidad estuviera esperando encontrar una excusa para levantar la pena de destierro sentimental a que lo condenó después del divorcio. Pablo perdonó a su padre no sabía qué falta, una que hasta entonces no le podía perdonar.

—Ojalá esto hubiera ocurrido cuando papá aún vivía... —se dijo, llorando otra vez a chorros, como cuando Pelarañas le dio la primera noticia, tal que los payasos en el circo.

Y Pablo empezó a explicarse muchas cosas sobre la vida y la muerte de su padre. Para ser exactos, empezó a sospecharlo todo, todo.

Pelarañas le dijo al oído:

—Creo que papá está aquí.

—Lo sé, su espíritu lo llena todo. Este aplauso es maravilloso.

—No seas gilipollas, digo aquí, físicamente aquí.

—Claro, dentro de la urna.

—Hostias, Pablete, deja de llorar y céntrate... Digo que papá está entre el público, asistiendo a su propio funeral y que el muy cabrón es el que ha empezado este aplauso a sí mismo.

—No me jodas, hermanita... Me pega todo, ¿eh? Después de tantas sorpresas, me pega todo, ¿eh? ¿Se lo puedo decir a Mariola por si su madre también hubiera venido?

—Eres el tío más subnormal que conozco.

—Y tú fumas porros.

El Genio, Dios sabrá qué razón tuvo para ponerse precisamente ese día un jersey blanco con manchas negras de vaca lechera, se adelantó a todos, cogió el envase con las cenizas de Jaime, lo presentó a la audiencia extendiendo los brazos como si exhibiera a un rey recién nacido y exclamó: «*Amunt València i amunt Jaime Monzón!*». A lo que la asamblea

respondió rotundamente: «*Amunt!*». Y otra vez estallaron las palmas, los hurras y los viva la madre que lo parió.

A San Miguel se le escuchó vitorear a solas un «¡Macho Levante!» y a Lázaro Montaña un «¡Arriba La Oficina!», sin respuesta ni eco en ambos casos.

Pelarañas, indignada con aquella falta de respeto, saltó del primer banco como una tigresa de cabellera rizada e intentó arrancar la urna funeraria de las garras del actual marido de su madre. El Señor Moscas le picoteaba al Genio el pelo de paje.

—Suelta a mi padre, Eugenio, hijo de la gran puta —le espetó.

—Tu padre es de todos, reina mora, él es el verdadero *ninot indultat* —respondió el aludido.

—¿No tuviste suficiente con quitarle a su mujer y vas a robarle hasta el protagonismo en su funeral, mierda, que eres una mierda con flequillo? —remató la chica, dando por finalizada la negociación.

Forcejearon y el cántaro mortuorio se fue al suelo. No se rompió en mil pedazos porque el material sintético *made in Singapore* del que estaba hecho era indestructible, no biodegradable, y rebotaba. Las cenizas, sin embargo, se derramaron por el piso de la iglesia formando una larga lengua gris en el pasillo central que separaba las dos columnas de bancos con reclinatorio.

Pasmo general.

El alborozo cesó de golpe y se hizo un violento mutismo. Antes de que comenzasen los cuchicheos, mientras la sorpresa aún nos tenía a todos paralizados, Pablo reaccionó como el hermano mayor que era, se quitó mocos y lágrimas con la manga, subió al atril llevando a Mariola de la mano, desplazó al cura, se abrochó la americana y dijo:

—Señoras y señores, gracias por haber venido. Mi pareja Mariola, mi hermana y yo queremos agradecerles sinceramente su presencia... Pensábamos que Jaime Monzón no tenía amigos, que nadie le quería, y ustedes acaban de descubrirnos hasta qué punto estábamos equivocados. Todos ustedes forman parte del tesoro mejor escondido por mi padre, de su secreto mejor guardado, de su verdadera vida. Jaime Monzón tenía dos vidas, una de fracasado y otra de persona. Perdón por no haber caído en

la cuenta de que la vida de persona era la que contaba. Perdón por haber estado tan ciegos. El fracaso es una opinión y la vida un milagro. Ojalá mi padre resucitara para poder decirle que ahora sí, que ahora le miro con los ojos del hombre que fue y quiero ser como él... Señoras y señores, me quiero parecer a mi padre y esta es la primera vez que lo digo desde que nací. —De nuevo palmas y respetuosos cumplimientos—. Por favor —continuó Pablo—, mientras don Gil barre a mi padre y lo vuelve a meter en su féretro chino del Valencia club de fútbol, les rogaría que, con cuidado de no pisar sus restos, formaran ustedes una cola pegadita a la pared. Al final del pasillo de entrada, unido en el dolor a mis queridas Mariola y Luisa, yo mismo tendré el gusto de agradecerles sinceramente y uno a uno su pésame como corresponde... Mi madre, por su parte, se llevará con discreción al imbécil de su marido a la calle a que le dé el aire, también por respeto a todos ustedes. Muchas gracias otra vez.

Así se hizo. Don Gil sacó la escoba y el recogedor, la gente formó una cola, la ex de Jaime se llevó de una oreja al Genio a la calle y Pelarañas, Mariola y Pablo se colocaron uno detrás de otro en el recibidor de la parroquia dispuestos a despedir el duelo.

El primero que llegó ante ellos, después de haber dado algunos codazos para colarse, fue el padre de Mariola. Estaba delgadísimo y amarillo, le sobraba piel en el cuello y en los pómulos, como a los pavos, igual que si padeciera alguna enfermedad grave. Le bailaba la sortija con sello en el meñique. También le quedaba ancho el sucio traje blanco y la camisa blanca de cuello Mao muy rozado que conoció tiempos mejores antes de que los bancos se quedaran como dación en pago con aquella «Boutique Inmobiliaria» blanquísima de la calle Isabel la Católica, por supuesto, ya sin la *Clepsidra de solomillo de bosque* que hacía una década rompió Jaime zarandeado por el cangrejo Nicolay.

De su anterior aspecto de salchicha alemana prieta, de color intenso, bien rellena de carne picada de la mejor calidad y vestida de dentista, no quedaba nada. A Pablo se le encogió el estómago al verlo y a mí también.

—Muchacho, quiero que te conste que yo, yo..., yo apreciaba de verdad al *jodío* Monzón. No sé si sabes que fuimos juntos al cole, joder..., a la misma academia de pago, joder... He visto a otros compañeros de

clase en la iglesia, ¿eh?... Hace diez años, el muy liante me dijo que en el pasado también él había tenido trato frecuente con tu desaparecida madre, niña. Le di una paliza, claro. —Apuntó a su hija Mariola con el puro apagado que mordía para hablar—. Pero jamás Eme, en los años que pasé a su lado, vaya, hasta anteayer como quien dice, o sea jamás, joder, jamás Eme mencionó a Monzón... Así que yo, yo..., yo creo que era otra fantasía de tu padre, muchacho, la penúltima... Creo que Eme y Jaime nunca se conocieron, joder... Otra chorrada más de Monzón, joder... ¿Sabes cómo me llamaba el muy *jodio*? Blan-blan, el Mantecoso. Tócate los cojones, el Mantecoso yo, yo..., yo, que fui millonario, presidente de la Asociación Valenciana de Empresarios y coleccionista de arte contemporáneo, ¿eh?, o sea culto y refinado, joder... Tu padre, muchacho, fue personaje muy imaginativo, ¿eh?, joder, ¿eh?, joder... Un tipo muy raro, con perdón, joder... Me disculparéis, pero me he cruzado por ahí con varios pesados a los que debo dinero y que no entienden que el suelo rústico sin reclasificar en Ademuz ya no vale una mierda. Me voy a largar antes de que me den el coñazo con lo de «¿Dónde están los ahorros de mi vida?» —lo preguntó con soniquete para ridiculizar a sus acreedores— y todas esas martingalas, joder... Bastante agradecidos debéis estar vosotros con que yo, yo, yo..., haya venido al Remedio con lo imputado que estoy, con la ruina que yo, yo..., yo tengo encima por culpa de los políticos... Adiós, muchacho, joder... Adiós, hija, joder... El pésame y eso a los dos.

—¿Y a mí que me parta un rayo? —preguntó Pelarañas al techo.

Al darle un abrazo, Pablo le soltó en voz baja:

—Blanco y blandito: Blan-blan, el Mantecoso... —Pero el hombre no se enteró o hizo como que no se había enterado y se fue deprisa, dando empujones y murmurando algo sobre la incomodidad de ya no tener chófer.

Pegado a Blan-blan como una cola a su cometa, iba flotando el callista Basconillos Pérez, el vecino de la calle Ruzafa, olfateando el ambiente como un roedor las pisadas de unas zapatillas de portera vieja que huelen a queso y repitiendo como un mantra:

—Lo he visto pasar... El tío de la Viuda... Segundas residencias con

golf en el Rincón de Ademuz, ¿me comprendes? Lo he visto pasar... Figúrate, se vendían solas, la Residencia de los Dioses, fase uno, ¿eh? Lo he visto pasar... Nos ha desplumado, ¿eh? Nos ha dejado sin blanca, ¿me comprendes? Lo he visto pasar... ¿*Ande* andará? —Se escabulló sin despedirse.

Justo detrás del arruinado patrón de la célebre constructora Viuda y de su callista perseguidor salió una pareja claramente de izquierdas.

Pese a que habían superado la cincuentena de sobra, vestían como si acabasen de abandonar la acampada del 15-M en la Puerta del Sol de Madrid, no en calidad de *yayoflautas* sino de maduritos en busca de una adolescencia perdida. Él lucía media barba, camisa morada y un chaleco de cuero negro sin mangas como de vaquero. Por su parte, su media naranja, despeinada y con el pelo blanco sin teñir, llevaba una falda negra hasta los pies, corpiño de mesonera de casa de postas más bien demasiado apretado para su ausencia total de cintura, gafas de montura también morada con brillantitos, eso sí, y uno de esos mismos brillantitos, convertido en pirsin, pegado en la aleta derecha de la nariz.

Caminaban de la mano a cámara rápida.

—Un segundo —dijo Mariola, cogiendo por la manga al de la camisa morada—, un segundín, *please*, ¿no eres tú Joaquín Terroba, el dicharachero testafarro de mi padre? ¿Adónde vas tan atlético?

—¿El señor Terroba, el mismo señor Terroba que era amigo de mi padre también? —se cuestionó Pablo.

—Sí, sí, el mismo. *Si us plau*, no habléis tan alto que nos pueden oír... Yo fui Joaquín Terroba en otro tiempo, pero estaba equivocado y ya no lo soy más... He cambiado... Fui el socio de tu padre y el amigo personal del tuyo, Pablo, y por eso estoy aquí para manifestar mi acompañamiento en tan señalado duelo. Pero ahora me he transformado en Ximo Etfurta. He traducido literalmente mi nombre y apellidos al catalán propio del País Valencià y actualmente soy *regidor* de Compromís. He evolucionado y sigo en el poder con los nuevos... Ximo Etfurta de Compromís. *Pren la meva targeta de l'ajuntament*, por si necesitáis mis servicios. *Adeu, adeu...*

—¿Ximo Etfurta? Me meo toda de la risa —terció Pelarañas.

—¿Podéis callaros, por favor? Casi nadie nos ha reconocido todavía y

mejor así, porque Jaime Monzón era de derechas y esta parroquia está llenita de fachas y de saqueadores de lo público... Aquí ni huele a república ni viene la gente a cobrar su paga de compensación por los daños causados por el capitalismo salvaje. Ni siquiera el cura es independentista...

—Qué güevos tienes, *senyor* Etfurta, pero ¡qué güevos! Yo también soy una facha, ¿o qué?, Pablo Iglesias de mi alma... *Perdó, Pau Esglésies*. —Pelarañas no ocultaba su cólera—. *Solitudinem fecerunt, pacem appellarunt*, hostias.

—Oye, ¿con tu nuevo nombre, tu nueva novia zíngara y tu nuevo *look* sigues prevaricando tanto como antes? —inquirió Mariola, clavando unos ojos irónicos en los ojos de ratón listo de Ximo Etfurta.

—Pues todo sigue lo mismo más o menos. —Atrapado entre la hija de su antiguo jefe y los hijos de su amigo recién muerto se sentía forzado a sincerarse—. Lo mismo más o menos... Los de izquierdas gastan más, aunque menos en aquellos grandes eventos que repartían tanto negocio y tantas alegrías... Perdura la cultura del esfuerzo. Lo llaman cultura del pelotazo, pero es del esfuerzo, os lo aseguro: si te esfuerzas en halagar al que manda, consigues adjudicaciones públicas. Lo único es que, en vez de en concursos amañados, los de izquierdas te lo dan en contratos troceados amañados y ahora, además de la comisioncilla, en lugar de restaurar templos cristianos como contraprestación, pues te obligan a llevar por los pueblos a cantantes en catalán y raperos antisistema. Pero, en el fondo, la vida sigue igual... El humanismo consiste en eso, en que lo humano perdure... Y os lo digo yo, que soy un anticapitalista furibundo desde que nací, pero que lo he tenido que llevar oculto por la opresión del bipartidismo borbónico...

—¿Lo mismo más o menos, *cagoentodo*? El nuevo alcalde, que es más vago que la chaqueta de un guardia, ha convertido Valencia en la continuación de Mislata.... De Mislata al puerto de Valencia ya no hay diferencia, todo es igual de gris y de feo. —Pelarañas se puso colorada de ira.

—Ejem... Mostrar mi solidaridad con vosotros y tal. Y tú, Ximo, tío, que no te confunda la derechona, cállate ya... —intervino la despeinada

de las canas y las gafas con brillantitos—. Tías, estamos acabando con la dictadura machista del heteropatriarcado y tal, y si actualmente hubiera corrupción del ayuntamiento morado y rojo y tal, que no la hay, afirmar que sería feminista y de la gente..., y por tanto comprensible, perdonable y tal. Aceptar mis condolencias.

—¿Y tú quién eres?

—Insistir en que me sumo a vuestro dolor... Yo era Manuela González de La Oficina. Añadir que me llamaban Manoli. Colega y amiga de tu padre y tal, Pelarañas... Y que durante mucho tiempo colaboré con los hermanos Japón explotando a los pobres oficinistas, pero que más o menos hace diez años, tras perder todo lo que tenía en una inversión inmobiliaria en Ademuz y tal, descubrí el poder absoluto de mi vulva y ¡me empoderé en la ruina! Me liberé cambiando mi puesto de jefaza de nóminas por uno de *conserja* de tardes, me lie con este capullo y me hice activista de la sororidad en Femen. Decir que ahora me llaman Gonzálaz, por mi apellido feminizado.

—Esta tía me cae bien. Yo también quiero ser de Femen, esa oenegé es típica de mi gusto... —confesó Pelarañas al petirrojo Señor Moscas que, inquieto, permanecía oculto en su bola de pelo.

—Reiterar mi adhesión a esta concentración pacífica con relator cristiano que habéis montado hoy contra *el muerte*. La palabra «muerte» debe ser masculina, no femenina, acaba en e y no en a, por supuesto. Decid todas conmigo: *el muerte* y no la muerte... Y además *el muerte* es machista y elige a sus víctimas sin perspectiva de género... Morir constituye una coacción heteropatriarcal. Aunque *el muerte* se produzca naturalmente, resulta una injusticia histórica que mueran las mujeres... Nosotras parimos nosotras no morimos y tal. Y señalar que no os preocupéis, que no me voy a destetar y tal en el funeral de Jaime. Vuestro padre es un tipo genial... Manifestar que las Femen permanecemos como activistas de tetas durmientes la mayor parte de nuestras vidas. Además, no se lo merecen ni él ni Eme.... Ojalá les salga todo bien... *Anem-nos, Ximo*.

El señor Terroba, ahora *senyor* Etfurta, y Manoli, ahora González, salieron tan precipitadamente como habían llegado. Pablo, Mariola y

Pelarañas se quedaron con la curiosidad de saber qué había querido decir la nueva Manoli con aquel «Ojalá les salga todo bien».

Poco a poco fue desfilando delante de ellos el centenar largo de asistentes al funeral de Jaime Monzón.

Entre otros muchos, don Laureano Piernavieja, convertido al presente en abogado defensor de infinitos políticos de la etapa de esplendor de la Copa América de vela. En 2009, don Laureano pasó de quejarse a diario por la falta de buenos casos de corrupción en la Comunidad Valenciana a poner en marcha la firma Piernavieja y Venganzones Letrados Asociados, con la que se estaba forrando. El noventa por ciento de sus casos acababan en archivo, ni siquiera llegaban a juicio, pero a sus clientes nadie les quitaba, tras la instrucción fallida, el desprestigio de haber sido acusados de malversación en el periódico ni las abultadas facturas de Piernavieja y Venganzones Letrados Asociados. Se había hecho tan rico que, en la actualidad, aparte de abogado, en su tarjeta de visita se había puesto «filántropo», como si eso fuera también una profesión o una disculpa.

Los Esplugues pasaron por el pésame con la solemnidad de un águila bicéfala, mirando cada uno hacia un lado distinto. Continuaban con el mismo hábito compartido de hablar coordinados, pero sin terminar uno las frases inacabadas del otro, como si los condujera una misma inteligencia recortada.

—Lo hemos, sí que lo hemos por —susurró Marga Esplugues con la mirada fija en el interior de la parroquia, como si estuviera esperando a que alguien fuese a salir.

—Mucho, de verdad mucho a —continuó su marido con la mirada desenfocada, apuntando al exterior del templo como si estuviera esperando a que alguien fuese a entrar.

—Nos para lo que, ¿vale? ¡Para lo que, niños! —sugirieron al unísono, abriendo los brazos en cruz.

A Jesús Julio, convertido en doctor Gradolí, lo sacaron con los pies por delante de debajo de los faldones de don Gil. Estaba empeñado en realizar un examen vaginal a todo cuanto llevase faldas, empezando por el celebrante.

—¡Jaime, Jaimito, cuidado con la monja, que es un cura y está entero!
—iba gritando mientras dos chicos con aire de loqueros lo acarreaban en volandas.

Los años que Jesús Julio pasó en reclusión por poner una cámara de vídeo en un baño público de señoras en una gasolinera no le corrigieron el vicio. El doctor Gradolí ha vuelto a las andadas.

Seguían pasando dolientes allegados y amigos. La cola se hacía interminable.

La antigua peña «De portería a portería es una chulería» asistió al completo. Ni siquiera faltaron Jesuscristo W. Bush o Estrellita Montiel con un perro salchicha vestidito con camiseta de verano empotrado entre sus tetas. San Miguel, recién llegado para el funeral desde el barrio de Torrefiel donde disfrutaba de su jubilación, entregó a Pablo y Pelarañas el legendario cartelito, cortesía de Cervezas Turia, que en su tiempo colgó de una ventosa y de una cadenita en la puerta acristalada del bar Nodo, y que decía «Abierto» por delante y «Cerrado» por detrás.

—Es una de las pocas reliquias que conservo del viejo Nodo y me parece justo que la tengáis vosotros como recuerdo de vuestro padre. Hace diez años ya le regalé su propia silla del bar firmada por los miembros de la peña. Un bar lo hacen los clientes y Jaime Monzón fue siempre el mejor de los míos, dejaba tantas propinas que hasta las apuntaba en su cuenta cuando no tenía para pagar su café con leche fría —se le escuchó afirmar emocionado.

—Muchas gracias —dijo Pelarañas.

—Oiga, a usted le tocó la lotería, ¿no? —preguntó Pablo.

—¿A mí? A mí la única lotería que me ha tocado es la de las almorranas, si como picante...

—¿Y por qué cerró el bar?

—Menuda pregunta... Yo qué sé... Los años, los hijos que se van a estudiar, la mujer que se cansa, el Levante que da tantos disgustos como alegrías... Un día vino un italiano vestido de chica y me ofreció un traspaso, y ya está... Al bar Póker y a La Petite Brioche les pasó lo mismo y mucho antes.

—Pues a mí me dijeron lo de la lotería...

—Te engañaron.

—El bar Nudo debería ser eterno —suspiró Pelarañas.

—Lo es, chavala. El Nudo es el resumen de todos los bares españoles y vive en cada bar español. En nuestro corazón no cerrará jamás.

De cuantos transitaron por el panel de pésame, los primos Joseán y Nacho fueron los que se mostraban más afectados. Uno con su sobrepeso de adulto a cuestas y el otro con sus gafas bifocales y una esposa pelícano subiendo y bajando la tráquea sobre un collar de perlas gordas. Mostraban los ojos enrojecidos por haber estado llorando a mansalva.

Los primos de Jaime Monzón, Gordinfli y el Bizconde, eran sus amigos de la niñez, los únicos amigos verdaderos que se encuentran en la vida. Y, como auténticos amigos de la niñez, su amistad se había disuelto en la neblina del pasado.

Un viejecito prematuro con aspecto de poeta viudo y descuidado, aunque con pretensiones de cumplir con el protocolo funerario (corbata negra con el nudo flojo, camisa blanca sin planchar, chaqueta con caspa sobre los hombros y los bolsillos llenos de colillas), estrechó la mano de los tres mirando al suelo y sin decir palabra.

La dama vestida con una especie de camisón rosa que flameaba al costado del viejecito prematuro aclaró al público en general:

—Es el profesor Mauricio de Mapas, viudo de la Patrisieta, se siente un poco confundido porque acaba de presentar sus respetos y darle la paz al mismísimo Jaime Monzón, que estaba sentado a su lado, y no entiende a qué hemos venido aquí, ¿nos disculpan?

Pablo y su hermana se miraron.

—Hostias, te lo dije, Pablete... Papá, el muy cabrón, ha estado en su propio funeral. ¡Qué hijo de puta! —Pelarañas resopló.

—Pelarañas, conozco a este hombre, es el célebre cazador de fantasmas de la Cigüeña y la de rosa es su amiga fantasma. Lo mismo sólo ha visto al espíritu de papá, no a papá...

—Hermanito, no te enteras de nada de lo que está pasando aquí... Da igual, me rindo ante tu estupidez. Que vengan los siguientes. ¿Quién tiene la vez?

Minipimer Garza se hizo un autorretrato con el móvil para sus perfiles

en redes posando con morritos de pena con los desconcertados hijos y nuera de Jaime, a los que previamente había rogado que se mostrasen cariacontecidos, llorosos.

—Quizá alguno de vosotros tres sea uno de mis millones de *followers*, uno de mis queridos corazones rechonchos, y por eso os parezco una famosa. Ji, ji, ji... —cuchicheó mientras posaban.

Según les explicó después, Minipimer dejó el bar del polígono y la limpieza a domicilio gracias a su éxito como *instagrammer body positive*. La antigua maritornes en estos momentos cobra una fortuna por cada nuevo tatuaje que se añade en algún rincón de su anatomía *gordi* y por cada prenda de lencería *curvy* que estrena. También promociona balones gástricos en Facebook. Nadie habría adivinado diez años atrás que la experta maquilladora de chupetones en el escote fuera a convertirse en *influencer target XL size* de una nueva estética salvaje, perruna y exhibicionista en internet.

—El selfi que nos hemos hecho, queridos corazones rechonchos, os lo subo gratis por la memoria del señorito Jaime, que era tan calladito. Ji, ji, ji... —soltó junto con el aire de un medio silbido, sin mover su permanente sonrisa de foto de comunión.

Ya en la calle, algunos jóvenes le pagaron en *cash* para que aceptase fotografiarse con ellos.

—El selfi esté con vosotros. Ji, ji, ji... —siseó a modo de despedida.

—Y con tu espíritu —replicó un coro a su espalda.

Casi al final de la hilera de quienes querían mostrar sus condolencias, los empleados de La Oficina se habían puesto en fila de uno, muy formales y muy serios.

Los hermanos Japón, altos y delgados como cirios, dándose aires de santurrones, iban de luto con pajarita negra y botón negro de propietarios del negocio en la solapa. Avanzaban los primeros como oficiales abriendo un desfile. Inmediatamente después venían César Augusto Peláez, hablando solo, y Lázaro Montaña, sosteniéndose recto con dificultad. Tras ellos, todos los oficinistas de la planta en que trabajaba Jaime Monzón. La tropa llevaba corbata negra, pero en vez de botón negro en la solapa, distinción que según las normas corresponde sólo a los dueños de La

Oficina, se había puesto un brazalete negro reglamentario en el que estaba bordado el escudo de La Oficina y un lema: «Tus compañeros ocupan tu puesto de trabajo, tus papeles siguen su trámite».

A Pelarañas le llamó la atención que ninguno le diera un beso o un abrazo al trasladarle su pesar por la muerte de Jaime. Y que todos los empleados de La Oficina le dijeran la misma frase al estrecharle la mano:

—En La Oficina se le va a echar de menos, al departamento de personal le va a costar contratar a alguien que ocupe su hueco, habrá que recurrir a la promoción interna, yo ahí lo dejo con sentimiento.

Pelarañas se sintió incapaz de figurarse a su padre haciendo un papelón parecido, así que pensó que todos aquellos cuerpos sin alma y con zapatos de vendedor a domicilio, aunque parezca mentira, distinguen perfectamente entre trabajo y vida real, y que saben que lo uno sólo sirve para pagar lo otro. Y que su padre no era distinto a estos hombres, pero que estos hombres sí son distintos a como su hermano se había empeñado en imaginarse a su padre desde el divorcio.

—Por cierto, ¿no trabaja ninguna mujer en La Oficina o es que las mujeres de La Oficina no van a funerales de hombres solteros o divorciados como en una puta fantasía distópica? —observó a continuación Pelarañas—. Las empresas contemporáneas han dejado de ser el escenario de la lucha de clases para convertirse directamente en el jodido fumadero de opio del pueblo; pertenecer a una empresa cada vez se parece más a pertenecer a una secta exigente, y si esa empresa es una multinacional, todavía muchísimo más —concluyó, mientras el Señor Moscas, escondido en su bola de pelo rizado, movía el culo para que no se le durmieran las patitas.

Pablo, Mariola y Pelarañas estaban agotados de recibir abrazos, frases cariñosas y pisotones por descuido. Después de más de media hora larga de plantón, tal era la cantidad de prójimos que habían querido dar su último adiós a Jaime Monzón, empezaron a vislumbrar que el trabajo estaba hecho.

Ya quedaba muy poco.

Entonces distinguieron a una jovencita entrando en la iglesia (entrando, no saliendo) que lucía un generoso escote surgido de la ausencia de

camisa bajo su chaqueta con alamares, charreteras y cordones de domador de circo. Ignorando a las dos chicas, se dirigió directamente a Pablo.

Con una mano distraída empezó a jugar con el botón de su americana.

—Hola, guapo, te veo mejor. Al menos como un poquitín mejor vestido —dijo la del escote.

—¿Quién es esta, Pablo? —reaccionó Mariola, impulsada por un muelle.

—La dependienta de la tienda de camisas que está donde estuvo el bar Nudo —quiso aclarar Pablo con premura.

—Pues se va a constipar si no se cubre un poco esas tetazas tan morenas —aportó Pelarañas.

—Soy la dependienta de Bertolini, *camicie alla moda*, señora. —La chica marcó distancias respecto a Mariola con un gesto, pero sin soltar el botón de la americana de Pablo—. Y lo siento, usar un sostén copa D y estar morena es bien. Tal cual.

—Pues yo soy su princesa porque él me lo dice. Yo soy su novia —puntualizó Mariola.

—Su futura exnovia, querrá decir, señora... —La camisera tenía la vista fija en los ojos de besugo que se le estaban poniendo a Pablo.

—¡Pablo, mírame! Que me mires, bicho... —Mariola se había tensado mucho—. ¿Ha dicho esta mujer que estás más guapo vestido o me lo he imaginado yo?

—No, no, no. Ha dicho que voy mejor vestido que el otro día...

—¿Qué día? ¿¡Qué día, por favor!?

—Chicos, chicos, *keep calm and carry on*. Un momentín, *one second please*, que he dejado sin nadie que atienda el *negozio di camicie*... A ver, majo, te comento: que dice mi jefa que de lo de esparcir las cenizas de tu papá por nuestra tienda que me planteaste el otro día por teléfono como que ni hablar... Que si te has vuelto como majara proponiendo semejante por culo... Pero, ya que eres tan pibón, si quieres yo te ayudo total y nos lo montamos tú y yo sin que se entere la doña... O sea, *tete*, tú me vas trayendo las cenizas poco a poco en bolsitas y yo puedo ir echándolas en un cenicero que tengo escondido en el baño unisex, que es

justo donde la leyenda urbana comenta que se escucha a los fantasmas que a ti te gustan... Y así nos vemos solitos todos los días, y eso es bien. ¿Qué me dices?

—Mira, niña, que hemos cambiado de idea y que ya no vamos a dejar a mi suegro en ese bar que ahora es la tienda hortera de tu jefa, que lo vamos a llevar al viejo apartamento de su bonito pueblo —respondió Mariola por Pablo, remarcando mucho lo de «mi suegro».

—Bueno, pues nada. Pues ya está... Todo fatal, *tete*. Qué enfadada está tu enfermera, ¿verdad? Qué total, ¿a que sí? —Se notó que Mariola tragaba saliva para contener su furia y no sacarle los ojos—. Pues ya me voy... Saber cuándo sobras es como de guapas. Tal cual. Por cierto, te podías haber puesto para la ocasión la camisa italiana de doble cuello que te vendí. —Con lentitud provocativa subió los dedos que tenía en el botón de la americana por la solapa hasta llegar a rozar la mejilla de Pablo—. Te comento: estoy escribiendo como una novela, pimpollo. Fíjate, ya he escrito tantas hojas que me da sueño si las leo todas. Mola... Y he conocido a un médico muy cariñoso, un tal doctor Gradolí que, después de un largo encierro no sé dónde, también vino a la tienda buscando el Nodo como tú, *guapérrimo*. Tal cual. Y el tipo me habla por wasap, nos enseñamos fotos y me llevo con él, conque me publicará la novela si yo le ayudo con una observación muy médica de mi chichi para un estudio que está haciendo, no me acuerdo si me ha dicho que en inglés o de las ingles... La cosa científica es bien. Tal cual. ¿Y sabes qué te comento? Pues que saldrás en mi novela con tu camiseta grimosa de cuello de pico y tu enfermera cabreada. Total. Muy *diver*... Ya la leerás. *Ciao, bello*.

Se esfumó antes de que Mariola la echase de un empujón. Pelarañas se desahogó con un:

—Ir vestida como del ratoncito Timothy de *Dumbo* es de guapas, ¿no te corres con eso? Me parto el coño de risa. —Y soltó una carcajada que sorprendió a Pablo con cara de circunstancias.

Y en ese instante, justo en ese instante, sucedió algo que nadie esperaba y que después ayudó a Pablo a seguir atando cabos.

Caminando con paso moroso desde lo más profundo de iglesia, aparecieron dos figuras a las que no importaba llegar al pésame en última

posición. Es más, parecían haber esperado adrede a que se vaciase el templo para encontrarse a solas con los chicos de Jaime Monzón y con Mariola.

Cuando avanzaron lo suficiente como para que los iluminase la luz declinante del final del día que entraba como un foco por las puertas abiertas del Remedio, pudo adivinarse que el componente masculino de la pareja que había estado haciendo tiempo mientras los Monzón despedían el duelo era el doctor Víboras, el forense ya conocido por todos.

Cogida de su brazo se presentaba una mujer más mayor, pero muy atractiva; delgada, discreta, beis. Las pisadas rítmicas agitaban las tablas de su falda y el cardado de su melena. El eco de las estocadas de sus tacones de aguja resonaba en la iglesia. Tenía mucho de madre de la que se enamoran los amigos de su hijo, de princesa que después de salvar al príncipe azul prefiere seguir soltera y suelta, de profesora hueso de educación sexual en la escuela de hadas madrinas y ángeles de la guarda. De alguien que se dejó la juventud en una buhardilla de París.

Al llegar a los chicos, rodeó la cara de Pablo con las dos manos muy abiertas y dijo:

—Pablo, te pareces a tu padre.

Luego hizo lo mismo con Pelarañas, dejando que los extremos de sus largos dedos se perdieran entre sus rizos, y musitó:

—Luisa, eres preciosa, tan bonita como contaba tu padre. Su Pelarañas...

Y dirigiéndose a Mariola también le enmarcó el rostro con las manos y susurró:

—Y tú, Mariola, tú eres la digna sucesora de Eme, el vivo retrato de Eme, la de la sonrisa de ardilla... Miro dentro de tus ojos azules y me encuentro con la niña más feliz del mundo, con la inventora del beso en los labios. No podéis imaginar cuánto he rogado a Dios para que este momento llegara a producirse algún día.

—Os presento a mi tía Clara —señaló tartamudeando el doctor Víboras.

—Pelarañas, Pablo, Mariola, soy yo a quien esperáis, aunque quizá no sepáis que me estáis esperando... He venido por fin. Después de casi

cuarenta y tres años, he vuelto... Soy Clara Víboras, la célebre hija desaparecida del subgobernador civil. Gracias a vuestros padres, Eme y Jaime, estoy viva, y lo que es más importante, tengo una vida plena y dichosa. —Sus tres interlocutores no salían de su asombro—. Después de aquello que pasó al final del verano del setenta y tres, yo viví. Yo tuve una vida, pero Eme y Jaime no. Así que estaba obligada a hacer lo imposible para ayudarles, incluso a regresar a Valencia para devolverles esa vida que perdieron por protegerme, la pura vida que me prestaron y que yo disfruté en su lugar... Y hoy, con la ayuda de mi sobrino Rafa, aquí el forense, al que quiero como a un hijo, lo hemos conseguido y por eso soy feliz por fin... Creo que no he sido más feliz en todos estos años. Se ha hecho justicia y ellos ahora han escapado también.

—¿De qué está hablando esta señora, Rafa? —Sólo a Pelarañas le salía alguna palabra.

—De que Peter Pan y Wendy ya han volado hacia Nunca Jamás —siguió Clara—. De que Eme y Jaime por fin son espíritus libres y que disfrutan de una vida nueva. De que el amor ha triunfado.

—Señora Víboras... —empezó Pablo con prudencia.

—Llámame Clara, por favor.

—Vale, Clara. ¿Es usted consciente de que estamos en el funeral de mi padre y de que ninguno tenemos el cuerpo para bromas? —Pablo no sabía si debía alegrarse o enfadarse.

—¿El funeral? ¿Qué funeral? Pronto descubriréis toda la verdad... Mirad, por ahí viene don Gil con vuestra espantosa urna funeraria... ¿Por qué no lleváis mañana esas cenizas a Frontera como tenéis previsto? Allí os están esperando todas las respuestas a vuestras preguntas sobre Eme y Jaime.

—¿Está mi madre en Frontera? —Mariola tenía los ojos como platos.

—¿¡Tu madre en Frontera!?! —Pablo se dirigió desconcertado a su novia, como si la hubiera oído confesar un crimen—. ¿No se llama Marina tu madre? Princesita, tu mamá se llamaba Marina, no Eme. Marina, no Eme... ¿Eme? ¿Quién es Eme?

—Eme es mi mamá, Pablo. De pequeña la llamaban Eme, ¿no lo sabías?

—¿Eme es Marina?! ¡No me lo dijiste nunca!

—Nunca me lo preguntaste.

—¿Eme es Marina?!

—Obvio, la eme es la inicial de Marina. Por eso yo me llamo Mariola, por ser su hija... Una eme hija de otra eme... ¿No lo pillas, guapi? Mar y ola... La suma de mar y ola es igual a: hija de Marina. Las olas nacen del mar, ¿no? Se le ocurrió a mi padre, que cree tener gusto artístico... Soy la hija de Eme tanto como tú el de Jaime.

—No lo había pensado jamás, princesa... —Pablo bajó la mirada, avergonzado por no haber apreciado el detalle después de tantos años de novios.

—Déjame, anda, guapi... —Mariola hizo un gesto de mínima independencia respecto a Pablo—. Dígame, señora, ¿se conocían nuestros padres? Eme y Jaime, quiero decir.

—Por supuesto. Qué risa... Ellos fueron los que organizaron que vosotros coincidierais estudiando inglés con Spinnaker. ¿Que si se conocían? Más que eso, se amaban.

—No entiendo nada —gruñó Mariola, y Pablo la abrazó por la espalda.

—Mariola, escucha, Pablo y tú sois la pareja que a vuestros padres les habría gustado ser a vuestra edad y que no fueron por mi causa... Por protegerme —les dijo Clara.

—Entonces, ¿mi padre está vivo? —Pelarañas puso cara de «Yo a lo mío».

—Como dijo Oscar Wilde, quien vive varias vidas debe morir varias veces, Pelarañas. No os imagináis cuánto quiero a vuestros padres y cuánto os quiero a vosotros... Os esperan algunas sorpresas que os reconciliarán con el amor verdadero. Sonríe al imaginar en lo que Eme y Jaime estarán pensando ahora mismo... Yo ya he pagado mi deuda y regreso a Bruselas con Patrick y mi nieta. ¿Me llevas al hotel, Rafa? Hoy se ha cumplido una promesa.

Mariola y Pablo estaban patitiesos, les corría un gusano por dentro y se les había puesto la piel de gallina. Ahora tenían más preguntas que respuestas.

—Rafa, ¿volverás luego a por mí? —preguntó Pelarañas sin darse

cuenta de que había dicho una frase sin tacos y de que la alegría se le reflejaba en el rostro.

—Sí, volveré si tú quieres, Luisa.

Esa noche Pablo y Mariola no pudieron dormir. A Pablo le había desaparecido del todo el silencio de la cabeza y se dio el gusto de volver a llorar largo y tendido con esas lágrimas que otra vez brotaban a raudales de sus ojos, como si se hubieran abierto de golpe las compuertas de unos lagrimales casi cerrados desde el divorcio de sus padres. En la misma cama, Mariola releyó la última carta de su madre una y otra vez hasta la madrugada.

Al llorar, Pablo decía: «Papá».

Al leer, Mariola decía: «Mamá».

Domingo, 25 de junio de 2006

Querida Eme, las historias de amor fundadas en historias reales de amor resultan tan enrevesadas que parecen mentira, aunque sean verdad.

Sin embargo, las historias de amor inventadas, esas otras que se escriben con su planteamiento, nudo y desenlace, presentan por su parte argumentos coherentes, argumentos que se pueden contar de corrido, y además, y esto es lo más notable, que se pueden explicar. Ya sabes; chico encuentra chica, chico pierde chica, chico recupera chica, y así. Y se despiden con un final feliz que deja en el aire qué pasó después, cuando el tigre de la pasión se convirtió en gatito doméstico. Silencian el cansancio y el tedio que provoca la convivencia. Y por eso parecen verdad, aunque sean de mentira.

El amor ha de ser imaginario para quedar creíble en un libro.

Las historias reales de amor no son tan lógicas como las de los cuentos románticos. Sus tramas espontáneas, poco a poco, se vuelven demasiado mínimas, complejas, extravagantes o absurdas. En suma, como la vida misma. Si leyeras un libro que contase una historia de amor real, de amor tal y como se produce en el día a día, con sus pequeños engaños, dudas, deserciones, celos, complejos y malentendidos, te aburrirías. No sólo porque a esa historia real le faltarían pasión y giros sorprendentes en la trama, sino sobre todo porque sentirías que no está a la altura que se espera de un querer con locura. El amor no es así, pensarías.

Aún tiene que nacer el amante que visto al natural no suponga una decepción, ¿a que sí?

El amor genuino, por tanto, es el que parece falso amor por su mediocridad. Mientras que, al revés, ese que a simple vista parece puro amor por su perfección, ese es el amor del malo, del de pega, del de adorno, ese no existe en la realidad. El amor maravilloso figura ser auténtico, pero resulta una engañifa. El amor romántico, en definitiva, no tiene nada que ver con el amor real, con el que se profesan las personas normales como tú y yo.

Por eso, nuestra historia se acaba aquí.

Justo aquí.

Justo donde esta carta termine. Porque lo nuestro ha sido verdadero. Confuso, por consiguiente. Minúsculo, por consiguiente. Soporífero, por consiguiente. Humano, en conclusión.

Lo nuestro no era una novela romántica sino una historia real. Conque ya está. Esto se termina así de raro.

Punto final.

Te conocí de pequeño, inventé los besos contigo, eso fue muy bonito. Luego nos separaron por aquello que ocurrió con la hija del subgobernador y te perdí para siempre. Creía que te amaba con locura y, aun así, de mayor no fui capaz de ir a buscarte. Al contrario, me casé con una mujer insuficiente para mi capacidad de amar y permití que tú te casases con un hijo de puta circular, hijo de puta lo mires por donde lo mires.

Durante más de treinta años, pese a que pensaba en ti constantemente, pese a que tu foto de las trenzas me acompañaba a todas partes, ni intenté, ni supe, ni me atreví a dar el paso de llamar a la puerta de tu casa y decirte:

—Hola, soy yo y vengo a recogerte, me debes el siguiente beso.

Ni de lejos.

No hice nada significa «no hice nada».

Cuando me divorcié y me quedé tirado, ya camino de los cincuenta, entonces sí empecé a escribirte cartas estúpidas de suicidio y cosas tristes de ese tipo. Tú no respondiste a ninguna de esas cartas.

¡Eme, a ninguna! ¡Che, a ninguna!

Mucho he debido agobiarte. Lo siento, pues. Y resulta que por el camino ahora ha aparecido otra mujer de la que me he enamorado y con la que me gustaría escapar y ser feliz. Y voy a olvidarte.

Así que aquí me despido, me desconecto. Cuelgo el teléfono.

¿Es cierto que te quise? Sí, es cierto. ¿Es cierto que nunca reuní valor suficiente para ir a buscarte? También eso por desgracia es cierto. ¿Y es cierto que, aunque todavía no te haya olvidado, me he enamorado de otra? Pues no lo niego, esto también es cierto pese a que parezca incompatible con lo anterior. ¿Y no resulta contradictorio todo con todo? ¿Pueden ser ciertas las tres cosas a la vez? Sin duda, ya te he dicho que el amor tal y como sucede en la vida es tan complicado que no se puede explicar.

Aunque lo consideres un lío, el nuestro fue un amor real y, por tanto, un amor verdadero que parece mentira.

Y llegados a este punto, entre una mujer adulta y una fantasía infantil elijo, como comprenderás, a la mujer adulta. La valentía que no tuve para ti voy a tenerla para Ella. Debo dejar de escribir estas cartas sobre el pasado contigo y abrir con Ella la primera hoja en blanco del cuaderno por estrenar del futuro.

Insisto: tú y yo debemos decirnos adiós.

Hay que cederle el paso a Ella, pues su historia de amor conmigo acaba de comenzar. Y la nuestra, Eme, acaba de terminar. Es lo justo. Es lo realista. Seguir con estas cartas sin respuesta sería mentira, aunque pareciera verdad.

No te negaré que, ahora mismo, al decirte adiós, te tengo presente de una forma muy especial. Y que mi corazón siente lo que ocurrió aquel día y aquella noche de 1973 como si acabase de suceder ayer...

Me invade la nostalgia.

En la hora de la despedida, es inevitable, ¿no?

Y quise ser un pájaro y quise ser la luz,
por ser todas las cosas y ser un poco tú.

Parece que estoy escuchando cantar a Collage en la radio de la tieta Encarna. Ya sabes:

Mi piel se hizo la amiga de tu cuerpo,
mi sombra compañera de la tuya,
apenas si recuerdo si fue el viento o fue la luna,
el caso es que te quise más que quise a ninguna.

Cierro los ojos (no literalmente o no podría seguir escribiendo), me dejo llevar y te me apareces con trece años. Te ríes, echas la cabeza hacia atrás, me coges de la mano y me dices:

—Ven, tontito...

Y siguen los Collage:

Poco a poco me enamoré de ti,
poco a poco tu rostro aprendí
y la noche nació entre los dos
para unirnos y enseñarnos el amor.

Tu foto de las trenzas me ha lanzado un besito por el aire y me ha parecido escucharle:

—Cuéntalo, Jaime, recuérdame cómo fue nuestro último día juntos, dime qué pasó, me muero por escucharlo.

Le he respondido a tu foto:

—No me acuerdo, Eme, lo he olvidado.

Pero tu foto, con tu sonrisa de ardilla en los labios y los ojos azules encendidos como un cielo de julio, me ha insistido como si tú misma, hecha ya una mujer, reaparecieses inesperadamente una noche en que yo estuviera soñando borracho, apoyado en la barra del bar Nodo, viendo el humo de mi Fortuna cimbreado ante mis pensamientos vacíos, y en plan Ilsa Lund en Casablanca me pidieras tocar El tiempo pasará.

—Te lo voy a tararear, Jaimito —dice la niña de la foto—, a ver si refresco tu memoria. Escribe para mí: «La mañana que siguió a la invención del beso el sol se despertó aún más contento que nosotros...».

Voy, Eme.

La mañana que siguió a la invención del beso el sol se despertó aún más contento que nosotros. Yo me sentía entusiasmado, ágil y poderoso. Incluso, guapo. Salí de la cama de un salto y abracé a la tieta como si fuésemos a bailar un pasodoble. Casi nos caímos al suelo rodando.

¿Te acuerdas de mi tieta Encarna?

La tieta llamó a la puerta de casa la misma noche de bodas de mis padres. Al abrir,

extrañados y semidesnudos, los recién casados se la encontraron con una maleta en la que cabían todas sus cosas y todos sus sueños.

—¿Qué pasa, tía? —le preguntó mi padre.

—Vengo a cuidar a los niños, a mis sobrinos nietos —se explicó la tieta.

Y entró y ya no salió por esa puerta sino el día de su muerte. Así que desde la mismísima boda de mis padres la tieta vivía en casa, entregada a nosotros como una segunda madre. De hecho, lo era. Otra mamá-tieta la llamábamos de muy pequeños.

La tieta nos despertaba por las mañanas, nos llevaba a la parada del autobús del colegio, nos servía la leche de la merienda con galletas Príncipe o magdalenas Dulcesol y se dormía frente a la tele sentada a nuestro lado. La tieta sabía hacer malabares con naranjas, lo aprendió de un soldadito de Málaga durante la guerra, su malagueño, el tipo que le rompió el corazón.

—Conmigo no necesitáis perro, el perro es el mejor amigo del hombre, pero la tieta es la mejor amiga de los niños —nos decía, y mis hermanas y yo estábamos de acuerdo.

Sobre mí, proclamaba:

—Este xiquet será ministro. La Mare de Déu, lo que lee...

Así que, aquella mañana que siguió a la invención del beso en que el sol se despertó aún más contento que nosotros, yo no iba a encontrar confidente más fiel con quien compartir mi felicidad:

—Tieta, anoche Eme y yo nos dimos un beso —le conté.

—¿Serás bandido? Pues esa xiqueta me gusta para ti, mira lo que te digo... No dejes pasar esa oportunidad, bonito, que luego la vida va muy aprisa y te puedes quedar soltero como la tieta. Di lo que me pasó con mi malagueño... —Me acarició la mejilla.

Creo que, años después, la tieta se me murió sin que le diera las gracias ni una sola vez por haberme cuidado tanto. Los niños son desagradecidos hasta cuando se hacen mayores. En todo caso, de aquella mañana recuerdo el sol y a la tieta, ambos aún más contentos que nosotros por la invención del beso.

Tú y yo nos volvimos a ver en la piscina. Después de habernos besado en la boca y con lengua la noche de antes, al principio me daba un poco de vergüenza cruzar mi mirada con la tuya. Y creo que a ti te pasaba lo mismo. Por un lado, me moría por que notases que estaba emocionado por lo que había sucedido, pero por otra parte sentía pánico de que para ti no hubiera sido tan trascendental.

Era absolutamente incapaz de comportarme con naturalidad.

Creo que de nuevo fuiste tú la que en un momento dado me rozaste fugazmente los dedos con tu dedo índice, dándome a entender que nada había sido fortuito. Que el incendio que se había iniciado la víspera contemplando las estrellas sobre el césped de los viejos apartamentos seguía creciendo sin control. Y, a partir de ahí, la timidez se transformó en complicidad entre nosotros.

Jugamos a salpicarnos, como siempre, igual que dos nutrias cortejándose. Me empujaste al agua, como siempre. Te estiraste la tela empapada del bañador para despegarlo de tu vientre, como siempre. Nos hicimos ahogadillas palpándonos más de lo necesario para hacerse ahogadillas, como siempre. Y acabamos tomando el sol, tumbados boca abajo en toallas extendidas sobre la hierba, con mis primos Gordinfi y el Bizconde, y hablando de cualquier tema irrelevante, como siempre. Me fijé en que

los pelitos rubios de tus brazos se habían vuelto hebras de oro. Sin embargo, Eme, ni aquel día había amanecido como siempre ni, desde luego, iba a continuar como siempre.

Ya era casi la hora de comer cuando la tía Julia Brull entró en la piscina diciendo:

—¿Os habéis enterado de la noticia? Unos terroristas han secuestrado a la hija mayor de don Miguel Víboras, el subgobernador civil. —Las madres se levantaron de sus sillas de piscina y, como leonas con bañador de una pieza sobre un antílope derribado, hicieron corro alrededor de quien manejaba tan succulenta información; los adolescentes nos llamamos y pegamos la oreja.

—¿Dónde ha sido? —preguntó mi madre.

—En Campo Olivar. La familia tiene un chalé allí en el que vive todo el año, creo.

—Mis suegros son muy amigos de los padres de Miguelito Víboras. Su padre y mi suegro sirvieron juntos en Rusia con la División Azul, y después coincidieron de concejales cuando Rincón fue alcalde de Valencia... —Tu madre se mostraba más afectada que el resto.

—¿Y no habrá sido el Lute? —inquirió mi tía Pepita.

—No, mujer, al Lute lo cogieron en junio o julio en Sevilla.

—¿Y uno de sus hermanos? —insistió.

—Para nada —zanjó la especulación la tía Julia Brull—. En Radio Nacional han dicho que se la han llevado de su habitación unos terroristas. Que anoche se metió en la cama y que hoy al ir a despertarla no la han encontrado... Se espera que pidan un rescate.

—O que la asesinen y la envíen por trozos... —Esta era mi tía.

—Pepita, por favor, que los niños están con la antena puesta. —Tu madre siempre tan protectora.

—¿Cuántos años tiene?

—Diecinueve.

—Por amor de Dios, si es una cría.

—También han comentado en la radio que la Guardia Civil va a registrar la sierra Calderona, incluyendo Frontera de Aragón, por supuesto, en busca de la secuestrada o de su cuerpo y que estemos preparados para dejarles pasar si se presentan.

—¡Uy, qué miedo! —exclamó la manada de madres al unísono.

—Chicos, hoy prohibido salir con las bicis... Prohibidísimo, prohibidísimo. Esta tarde os quedáis en casa pintando, jugando al parchís o haciendo lo que queráis —sentenció la tía Pepita, dirigiéndose directamente hacia nosotros cuatro, que, tomando el sol de espaldas, levantábamos la cabeza para no perdernos detalle con expresión alucinada de suricatos del Kalahari.

Pero ya era demasiado tarde para tales precauciones. Lo habíamos escuchado todo y, sin necesidad de decirnos ni palabra unos a otros, en la pandilla teníamos claro que aquella aventura sería la nuestra. Que montados en nuestras bicis íbamos a encontrar a esa niña perdida, viva o muerta, y que nos haríamos famosos y nos darían una recompensa. Tiro, al que las madres no permitían bañarse porque les parecía poco higiénico compartir chapuzones con un perro, percibió telepáticamente nuestra determinación y nuestra intrepidez, y ladró y dio algunos satitos de alegría tras la valla que separaba la zona de la piscina. Lo vimos, nos miramos y nos echamos a reír como

un cuarteto de pícaros.

La correría más trascendente de nuestras vidas acababa de comenzar.

—Jaimito, Pilarín y Carmencita, a casa, que la tietta ya tendrá el puré servido. —Mi madre optó por disolver la tertulia de la piscina—. Andando, que es gerundio...

Recuerdo que comí deprisa y que ni siquiera protesté porque hubiera otra vez puré con tostones. Que tampoco discutí con mis hermanas por quién traía la jarra de agua a la mesa o quién recogía los platos. Me cambié el bañador por los pantalones cortos milrayas, por aquello de que los aventureros no van en bañador. Me metí en el bolsillo la navaja multiusos que llevaba a las acampadas de confirmación organizadas por el padre Cardona y también unas canicas, ya no sé para qué. Me puse la mano doblada como un cazo entre la boca y la nariz, me eché el aliento y, como no noté que oliera mal, pues no me lavé los dientes después de comer.

Besé a la tietta y le dije:

—Hoy voy a ser un campeón, hazme tu cruz.

—Bonico, de mayor serás ministro —me respondió mientras me marcaba con el pulgar el signo de la cruz sobre la frente.

Y me largué corriendo.

Serían las cuatro de la tarde y en el cielo las nubes de tormenta conformaban gigantescas sombrillas que nos guardarían del sol. A la hora de la siesta los apartamentos cerraban sus persianas a cal y canto y el mundo parecía detenerse. Ni los pájaros trinaban, también a ellos les vencía un sueñecito reparador con el calor asfixiante del mediodía. Estaríamos por lo tanto solos en el exterior, como astronautas flotando fuera de su nave.

Al llegar yo empujando mi BH por el manillar y seguido por Tiro, ya esperabais Gordinfli, el Bizconde y tú en el aparcamiento de los viejos Garbí. Cuando os vi, montados en vuestras bicicletas con el pie derecho prevenido sobre el pedal enhiesto, pensé en tres vaqueros recortándose sobre un cielo roto a punto de espolear a sus caballos hacia donde el peligro aguarda. Me monté en la bici para ser el cuarto cowboy.

—Jaime, vamos a salvar a la chica. —Te habías hecho una coleta y llevabas unos pantalones cortos con peto.

—¿Por dónde empezamos a buscar? —requirió Joseán, el Gordinfli.

—Si yo fuera un secuestrador llevaría a la muchacha a las ruinas de la cartuja, es el sitio más misterioso que hay por aquí —opiné.

—¿De qué vas, Bitter Kas? Da mucho palo ir a las ruinas del terror —susurró Nacho, el Bizconde, mirándome con un ojo mientras el otro apuntaba al cielo.

—Echa el freno, Locomotoro. Nunca hemos ido tan lejos. —Al Gordinfli también le imponía llegar a semejante lugar tenebroso.

—Sois unos cagabragas. ¿Luego os burláis de vuestras primas, nenazas? —Te mostrabas radiante, segura y decidida—. Yo soy más valiente que vosotros dos... Yo soy la más valiente, ¿te vienes a la cartuja, Jaime?

—Voy. —¿Cómo iba a decirte que no? Te habría seguido al mismísimo infierno con tal de continuar pegadito a ti.

—Yo también me apunto, se queda el miedica de mi hermano —dijo el Gordinfli.

—No, imbécil, yo también soy de la banda de Eme... No se queda nadie.

Tiro lanzó un ladrido que sonó como un disparo de salida y a continuación las cuatro bicicletas avanzaron, una detrás de otra, por la cancela de los viejos apartamentos Garbí de Frontera de Aragón como cuatro cabalgaduras de mosqueteros que galopan en pos de alguna misión secreta. Athos, Porthos, Aramis y D'Artagnan transmutados en Jaime, Joseán, Nacho y Marina, la pandilla inseparable de aquel verano del setenta y tres, los mejores amigos que han existido nunca jamás.

Nos seguía nuestro perro.

Dejamos atrás los viejos apartamentos y, levantando polvo, cruzamos la explanada de tierra del Secreto del Arroz. Luego pasamos por debajo de la montaña de la ermita, por delante de la tapia del cementerio de Frontera, por encima del puente que cruza el barranco de Matacartujos y por enfrente de la terraza del merendero el Moscatel Bar. Giramos a la derecha, atravesando una urbanización de chalés sin proyecto de arquitecto ni licencia de obras, levantados domingo a domingo, y la carretera primero se empinó y después se volvió camino de piedras. Pedaleando con dificultad nos fuimos adentrando en un gran bosque de pinos cada vez más espeso hasta que, al final de una prolongada cuesta abajo, nos topamos con las piedras dormidas del monasterio cartujo del Santo Cristo de las Calaveras.

Para nosotros, los despojos de la cartuja constituían el lugar más tétrico del mundo.

Además de buena parte de la iglesia y dos lados del claustro, quedaban en pie numerosas paredes, columnas, arcos, unos diez metros de acueducto e incluso una torre defensiva. La imagen del conjunto era la propia de una película de terror. Las celdas que aún se sostenían abrigaban en su interior múltiples penumbras aptas para escondite de fantasmas y leyendas sobre sacrificios humanos.

La maleza cubría sillares, capiteles y esculturas decapitadas, adueñándose como una infección del costillar pelado de la derrumbada ciudad de Dios. Allí donde antiguamente ayunaron y se flagelaron encapuchados monjes mudos, ahora florecían las madre selvas. Los animales salvajes de la fronda (gatos monteses, zorros, jabalíes, serpientes y lagartos) encontraban recovecos suficientes entre los escombros para construir sus madrigueras sin molestarse unos a otros.

A principios del verano, una vez que estuvimos buscando tesoros en el claustro de la cartuja, nos sorprendió un alacrán saliendo de la cuenca vacía de un cráneo de burro, y nos produjo tal impresión que decidimos no regresar jamás. Por eso tenía doble mérito que nos atreviésemos a buscar a la muchacha justo allí, entre los restos de la cartuja de las Calaveras.

Dejamos las bicis apoyadas en unos matorrales y nos adentramos en la iglesia, consumida como un galeón hundido en el mar, por la que debió ser su puerta principal. Caminábamos despacio, entre respetuosos y asustados, procurando no pisar ninguna de las infinitas lápidas que cubrían el suelo de la nave principal desnuda de bancos y reclinatorios.

También Tiro se movía a cámara lenta.

—Me da cosquillas en la planta del pie chafar tumbas. —Yo iba de puntillas.

—Chicos, aquí está enterrado el hermano más feo del conde Drácula —dejaste caer con tono provocador.

—He visto una tumba abierta y dentro un túnel que yo creo que conduce a una cripta llena de cadáveres descompuestos y cabezas cortadas, deberíamos mirar ahí...

—me hacía el valiente para gustarte, pero en el fondo estaba tan espantado como mis primos.

—¿Todos estos muertos son cartujos? —preguntó Gordinfli al aire, los dientes le castañeteaban y no era de frío.

—Para nada —respondiste tú—. Aquí estarán enterrados los moros de Franco o los soldados de El Cid, los cartujos se entierran sin caja, directamente en la tierra, y los monjes de este monasterio además subían a sus muertos al Pico del Águila y allí los abandonaban para que los devorasen los buitres, las alimañas y los perros sin dueño. Me lo ha contado mi padre.

—¿Los perros como Tiro?

—Qué tonto eres, Bizconde —reaccioné yo—. Tiro tiene dueños, los cuatro somos sus dueños, ¿verdad, Eme?

—Claro que sí. Deberíais daros capones vosotros solos para castigaros por ser tan chorras y decir tantas chorradas.

—Pues no lleva collar..

—Porque es un perro jipi. —Te encantaba burlarte de nosotros.

—Tiro es un perro con sangre de lobo cruzada con sangre de lince, porque lo he visto mordisquear un Madelman sin ropa como si fuera un lobo y chupar una lata de sardinas vacía como si fuera un gato.

—¿De verdad, Gordinfli? Yo he oído que los lobos vienen al altar de esta iglesia para adorar a la luna llena y a los cartujos resucitados convertidos en hombre lobo. A ver qué hace Tiro, a ver si es un verdadero perro con sangre de lobo y de lince... —Yo seguía envalentonado, tiré un palo tras el altar—. ¡Tiro! ¡Tiro! ¡Vamos, trae el palito!

El perro salió trotando, pero, antes de que alcanzara a subir la escalinata mellada y cubierta de matas que precedía al ábside, se detuvo en seco y regresó a nuestra vera tan deprisa como se había arrancado y con el rabo entre las patas.

De la penumbra de una capilla de la girola emergieron entonces tres sombras espectrales, largas y delgadas.

—¿Es vuestro este palito? —inquirió la sombra más alta, agitando el palo y enseñando unos dientes afilados como puñales.

—Jolines, Eme, la banda de los Esqueletitos del Vietnam, estamos perdidos —se me escapó, se agotó mi valor.

—¿A qué habéis venido a nuestro castillo? ¿Qué hacéis fuera de los apartamentos, monitos de feria? —A la segunda sombra le resplandecía la mirada como a las hienas por la noche.

—Estamos buscando a la hija del subgobernador para cobrar la recompensa. —Joseán les habría contado lo que hubieran querido, mis primos estaban horrorizados.

—¿La chavala secuestrada? Pues ni hablar del peluquín, la chavala es propiedad de nuestra banda y la recompensa por encontrarla también... Así que ya estáis cogiendo las bicis y corriendo en dirección a la falda de las mamás que se preocupan por vosotros en esos apartamentos de peras en que veraneáis. —La sombra principal expectoraba rencor de clase veraneante sin piscina particular.

—Cierra el pico, Carabuitre. Sois unos pobres manguis de chaletito fullero, como dicen mis padres. Sois unos robaperas y unos ca... y lo que sigue. Y tú en concreto, tú, el más esqueletito, eres un feto malayo y tope mongolito. —Decidiste ponerlo fácil: el

aludido te respondió sacando de su negrura un rifle de perdigones y apuntando hacia donde estábamos los cuatro con Tiro.

—¡Es una escopeta! —Nacho también se había venido abajo desde el principio, para mí que se cagó encima.

—Nosotros tenemos otra. —Yo intenté plantarles cara.

—Pero en casa. —Gordinfli volvió a desarmarme.

—Sí, eso sí. En casa, claro.

Entonces, te acercaste a mi oído y me soltaste:

—¿No me vas a defender, Jaime?

Y yo, ciego de amor, di un paso al frente, les señalé con el índice y amenacé:

—¡Voy a contar hasta cinco! Si cuando acabe no os habéis marchado a toda mecha como Meteoro, subiré con Tiro y os pegaré una paliza, Esqueletitos del Vietnam. ¡Somos la banda de Eme! ¡Soy Kung fu! —La voz me salió aflautada.

—Me muero de risa, pequeño saltamontes —ironizó el del rifle—. Ja, ja, ja... ¿Cómo se os ocurre venir desarmados a salvar a una señorita secuestrada? Y, por cierto, cuatrojos, nos llamamos Cordero, familia Cordero Segrelles, no Esqueletitos ni Carabuitre. Y soy yo el que da las órdenes. Así que soy yo el que va a contar. Si a la de cinco no veo a la banda de Eme con el culo montado en la bici, disparo y os meto un perdigón en la barriga. Uno, dos, tres...

—Nosotros nos rajamos —dijeron mis primos a la vez, y se largaron a toda velocidad.

—¡Avisad a los papás de que estamos aquí! —les gritaste—. Prisioneros de los Cordero del Vietnam.

—Seguro, Eme. Seguro. Nos piramos precisamente por eso, para avisar... Eso es, para avisar... No tenemos miedo, pero alguien tiene que avisar a los papás. Buena idea... —se les escuchó contestarte antes de que salieran pitando por la fachada destrozada de la rota iglesia, mientras el eco de sus rápidos pisotones todavía resonaba en el macabro ambiente de la cartuja.

—Y vosotros, tortolitos, ¿qué? ¿Soñáis con que os fusilemos de la manita o qué? —La sombra más alta, la de los dientes de punta, emprendió lentamente la marcha dando un par de pasos sigilosos en dirección al centro del templo.

—Tendréis que dispararme a mí. —Con los brazos en cruz te interpusiste entre los Esqueletitos, que ahora sabíamos que se llamaban Cordero Segrelles de apellidos, y yo.

—No es un problema. Pon la tripa dura porque te va a doler, meona. —A Carabuitre se le escapó un gallo al enfatizar lo de «meona».

No te voy a engañar, pensé que íbamos a morir. Aunque tú primero. Es cierto, me daba la impresión de que tú morirías primero.

Y en ese momento, exactamente en ese momento, cuando los Esqueletitos Cordero empezaban a rodearnos con zancadas de pantera negra acechante, una voz masculina retumbó contra los muros heridos del santuario cartujo. La voz tenía un fuerte acento francés y convertía las erres en ges, aunque no resultaba menos impresionante por eso.

A mí me pareció que nos hablaba el mismísimo Cristo de las Calaveras, si es que el Cristo de las Calaveras hubiera sido gabacho.

—Dejad en paz a los chicos o segué yo quien os pagta la cgisma a vosotgos, iabogtos, que sois unos abogtos!

—¿Y a ti quién te da vela en este entiego, fganchute? —se burló nervioso Carabuitre.

A media luz, el fganchute no aparentaba ser más que otra silueta de hombre plantada con los brazos en jarras. Sin embargo, algo en él transmitía inquietud.

—Soy uno de los secuestgadogues y voy agmado con un gevolveg. Tengo a mis compinches detgás de mí, pgepagados con puños ameguicanos y bates de béisbol. No vamos a pegmitig que agüinéis nuestro negocio cgiminal con vuestgas peleas de chiquillos. De modo que o ahuecáis el ala echando leches o daos todos por muegtos. ¡Fuega de aquí, mocosos de miegda!

Tras semejante advertencia, los hermanos Cordero volaron como cigüeñas. No he visto en mi vida nada tan fino moverse con mayor celeridad; se dirían libélulas oscuras proyectadas igual que dardos contra una diana.

Los Esqueletitos del Vietnam desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos.

Yo también quise huir, supongo, Eme, que eso no se te habrá olvidado, pero tú me sujetaste por la muñeca y musitaste con dulce entonación:

—Para, Jaime. Párate... Este chaval no es malo y tampoco es un terrorista. Los secuestradores de verdad deben tener casi la edad de nuestros padres, como mínimo, y ese chico y la chica que está a su espalda sólo son algo mayores que nosotros.

—¿La chica? Ay, madre, qué día llevamos. ¿Qué chica, Eme? —Yo estaba tiritando.

—Esa chica, mírala...

—No veo ninguna chica, Eme —repliqué yo, muy angustiado.

—¿Estás ciego, Jaimito? Por ahí viene... Yo diría que es la hija del subgobernador y, por cierto, acaba de darle un beso a su supuesto secuestrador.

De pronto, en el crucero de la nave central de la antigua iglesia del monasterio cartujo en ruinas del Santo Cristo de las Calaveras, nos descubrimos frente a frente dos parejas de la mano. Nosotros y ellos. Ellos y nosotros.

La tarde iba desplomándose sobre el bosque y una luz rojiza de tormenta, una luz de noche que se avecina a finales del verano, nos afilaba los perfiles como si nos recortase del paisaje con un soplete. El encuentro poseía la tensión escénica del primer saludo entre un par de humanos y un par de extraterrestres.

Hablasteis vosotras:

—Hola.

—Hola.

—Somos Clara y Patrick.

—Nosotros somos Eme y Jaime.

—¿Eme?

—Sí, Eme de Marina. Y Jaime, este de las gafas.

—¿Por qué os habéis quedado? ¿No os ha asustado el vozarrón de Patrick?

—No mucho. Sus erres son mogollón de graciosas. Por cierto, el pobre podía haber dicho pistola mejor que gevolveg... Qué risa, tía Felisa... Además, te he visto asomarte por encima de una tumba a la derecha de los santos de madera destrozados, y mondarte con lo que estaba diciendo tu novio... Y, claro, yo no me lo he podido tomar en seguio... —A Clara se le estiraron los ojos al sonreírte—. ¿Eres la hija del subgobernador?

—Sí.

—¿Y no estás secuestrada?

—No.

—¿Te has fugado con Patrick?

—Sí.

—¡Lo sabía! Y no queréis que os cojan los guardias civiles, ¿cierto?

—Antes nos tiramos por el precipicio del Pico del Águila.

—Normal, ¡qué emocionante! Jaime y yo también nos escaparemos algún día, aunque él aún no lo sabe... Pues mira, Clara, aquí estamos bastante mal. Primero, porque si a nosotros se nos ha ocurrido buscar en la cartuja, a los guardias también se les ocurrirá de un momento a otro. Y segundo, porque los primos de Jaime y los Esqueletitos van a alertar a toda la urbanización de que estamos con vosotros en la cartuja del miedo.

—Me parto con lo de los Esqueletitos del Vietnam.

—También les llamamos los Quélet, resumiendo.

—Perdón, pero lo hemos escuchado todo... Estábamos escondidos en lo que debió ser una sacristía o una sala de torturas... Le he dicho a Patrick que interviniese cuando he visto que esos pandilleros os iban a hacer daño. ¿Cuántos años tenéis?

—Trece. ¿Y vosotros?

—Yo diecinueve y Patrick veintiuno. Patrick es belga.

—No sé por qué, pero te suponíamos más pequeña.

—Soy lo bastante mayor como para elegir por mí misma. Las chicas al poder... ¿Y qué escapatoria propones, Eme?

—Nuestra pandilla tiene una cabaña llamada la Cueva. Allí nadie os encontraría.

—¿Nos llevareis a la Cueva?

—Dime antes: ¿os queréis?

—Con locura, por eso nos hemos fugado. Patrick es uno de los jardineros de mi casa de Campo Olivar. Mis padres nunca admitirían que me casase con él... Para ellos no queda bien una dama casada con un vagabundo, una niña de colegio del Opus entregada a un muchacho pobre, y menos si el pobre es extranjero... ¡Imagínate el escándalo! Aunque sea católico, da lo mismo; porque Patrick es católico igual que el rey Balduino... ¿No sabéis quién es Balduino? No importa... Sí, Eme, intentamos llegar a Bruselas, donde vive su familia, para casarnos y ser felices.

—Os pondremos a salvo, os defenderemos... El amor es lo más bonito de la vida, ¿a que sí, Jaime?

—Por supuesto, Eme, lo que tú digas. —Un trueno rugió justo encima de nuestras cabezas.

—Vámonos o la tormenta y si no la Guardia Civil nos pillarán charlando de pie sobre este suelo lleno de tumbas espantosas. —Y zanjaste la conversación.

Clara era morena y tenía los ojos también muy oscuros. Llevaba el pelo bastante largo y recogido con una diadema.

Me fijé en sus labios, no porque el inferior fuera muy grueso, que lo era, sino porque, incluso cuando los mantenía cerrados, sonreía. Su boca tenía forma de triángulo curvado en su base. La sonrisa era su expresión de reposo, su estado natural.

Al bajar la mirada y examinar su anatomía con disimulo (disculpa por mencionarlo),

también me di cuenta de que a los seis años que os separaban aún les quedaba alguna labor que completar en el relleno de tu pecho. Tú ya tenías tetitas (¿quién lo iba a saber mejor que yo, que te las había rozado a placer la noche anterior?), pero las de Clara constituían auténticas tetas, cónicas y firmes como pirámides de gelatina.

Por su parte, Patrick podría describirse como el típico flamenco: piel blancuzca, ojos con pigmentos amarillos, melenita negruzca de paje y mandíbula algo descolgada. Si le hablabas te atendía con el rictus apenado de un emperador Carlos V de joven. Eso sí, se le veía fuerte como un agricultor sin tierra propia o un esclavo escapado a las montañas y asilvestrado.

Absortos como estábamos, nos olvidamos de las bicicletas y caminamos a través de los pinos y matorrales aromáticos, evitando carreteras, merenderos y zonas habitadas. Poco a poco empezó a llover a ratos sí y a ratos no, aunque al cielo le gruñían las tripas regularmente como si tuviera ventosidades que expulsar.

Al llegar al cementerio de Frontera, nos cayó un chaparrón y tuvimos que refugiarnos durante veinte minutos en su desabrigada capilla. Los retratos ovalados de los nichos, difuminados por las gotas de lluvia que les hacían llorar, con su color sepia característico, tenían la vista girada hacia nosotros, o eso me figuré yo.

Cuando salíamos del camposanto, a Patrick se le ocurrió chillar de broma como si fuera un zombi belga, o sea sin erres, y los cuatro aceleramos espantados y no paramos de galopar como potros desbocados hasta alcanzar la Cueva. Allí nos dejamos caer sobre las viejas toallas de piscina que cubrían el suelo a modo de alfombras y soltamos unas cuantas carcajadas.

Tiro llegó el último.

Con todo, ya se había hecho de noche y seguía lloviendo.

—Quedaos a pasar la noche con nosotros en la Cueva. Nos abrigaremos con estas toallas y nos haremos compañía —propuso Clara.

—Eme, no podemos. Nos esperan en casa —me apresuré a prevenirte.

—Jaime, ¿no te das cuenta de que no podemos dejarlos solos? Toda España está buscándolos y no tienen a nadie más que a nosotros para ayudarles... Y, antes de que los descubran, están dispuestos a lanzarse al vacío por el cortado del Pico del Águila. Imagínate qué horror..

—Eme, nos van a castigar a lo bestia si desaparecemos.

—Ya nos perdonarán. Además, Patrick me ha salvado la vida. Si no hubiera sido por él, los Quélet me habrían disparado un tiro.

—¡Un perdigón, Eme! No un tiro. Un perdigón, probablemente uno de sal...

—Los perdigones de sal no existen, bobo. Pero bueno, ¿y no duele un perdigón de sal?

—Sí, pero no mata...

—Yo sí que te voy a matar a ti si esta noche no la pasas aquí conmigo, pesado, que eres un pesado. ¿Estás enamorado de mí?

—Sabes que sí, Eme.

—¿Y qué harías si nos separasen? ¿Te suicidarías?

—Sin duda, Eme. Me suicidaría seguro. —Ya sabes que luego no lo hice y que me avergüenzo por mi debilidad. Y que tampoco me he suicidado de mayor pese a mis cartas. En fin, cosas que se dicen...

—Pues juégate la vida por mí y por estos novios fugados que representan al amor. A todos los amores, al nuestro también.

—Pero, Eme, los papás se van a asustar si no aparecemos y nos van a castigar. Se nos va a caer el pelo...

—Ven, tontito, ven...

Me besaste. ¿Te acuerdas? Me besaste con fuerza y por mucho rato. Me quitaste las gafas y literalmente me comiste la boca. Entonces yo perdí toda noción de tiempo y espacio.

Dentro de la Cueva teníamos algunos cachivaches rapiñados en nuestras andanzas cotidianas. Una mesa con tres patas, una silla sin respaldo y dos puertas rojas de mueble de cocina usadas como estantes, encajadas en el desnivel de tierra que soportaba aquella especie de chabola. También teníamos una caja de naranjas hecha de listones de madera volcada sobre uno de sus lados para que fuese la casita de Tiro. Parte del techo lo facilitaba el propio terreno superior del terraplén y parte lo habíamos alzado apoyando de lado a lado, en ese terreno superior, tres tablones que encontramos en el solar al que llamábamos el Secreto del Arroz y que quizá llevasen tirados por ahí desde la construcción de los viejos apartamentos Garbí.

Por delante de la Cueva pasaba un camino de piedras por el que rara vez circulaba alguien más que agricultores en Mobylette.

La base de la pared frontal la construimos con rocas grandes que trajimos de lejos como obreros egipcios o picapedreros de catedrales. Luego, para completar la fachada, colgamos de los tablones del techo unas mantas rescatadas de la leñera de los viejos apartamentos. Cuando la obra estuvo finalizada resultaba bastante impresionante. Desde fuera no se veía lo que sucedía adentro. Si apretaba el calor se estaba fresquito y si llovía no nos mojábamos.

Nadie a los trece años ha tenido una cabaña tan cojonuda como la Cueva. Puede afirmarse que fue El Escorial de todas las cabañas de adolescentes.

Clara y Patrick se sentaron en una de las esquinas del fondo y tú y yo en la otra. Clara estaba recostada entre las piernas de Patrick, apoyaba su nuca sobre el hombro derecho de él y ambos se cubrían con el mismo par de toallas de piscina recogidas del suelo. El muchacho la rodeaba con los brazos como si le hubiera puesto una bufanda a la altura de sus clavículas. Tú les copiaste la postura y yo, por primera vez desde que comenzamos aquella aventura, tuve la impresión de que te estaba protegiendo.

Aún llevabas mis gafas cogidas en un puño.

Soy incapaz de contar con palabras lo que sentí al abrazarte, al poder estrecharte contra mi vientre, al tener que levantar el peso de tu cuerpo con mi pecho para respirar. Precaución y deseo, ternura y prisa, timidez e incontinencia, tales eran los sentimientos contradictorios que me recorrían la piel.

Estaba en paz y en guerra al mismo tiempo, jamás en mis casi cincuenta años he vuelto a pasar por tal estado de tensión. Fue como si mi corazón se rompiera e inundara de sangre todos mis miembros, como si despertase del sueño de la niñez de golpe, pero sin sobresalto, como si estuviésemos haciendo el amor.. Es más, yo diría que aquella noche hice el amor contigo sin sexo y el resto de noches de boda de mi vida hice el sexo sin amor.

Aquella noche ni te desabroché el peto y, pese a ello, te noté más pegada a mí que

a cualquier mujer desnuda que haya abrazado después, incluyendo a Ella.

Bueno, a Ella no. Ella es tu continuación, Eme.

Nos abstuvimos de encender fuegos para no llamar la atención, pero fumamos. Y estuvimos hablando hasta tarde. Recuerdo que dije que parecíamos los niños perdidos y que faltaban Peter Pan y Wendy, que tú celebraste la ocurrencia y que Clara me corrigió con cariño, apuntando que Peter y Wendy éramos tú y yo por haberles sacado volando de la roca de la Calavera del Capitán Garfio. Desde entonces he creído que lo éramos de veras, aunque nos hubiésemos perdido uno del otro, ya lo habrás comprobado en mis cartas donde siempre estoy que si Peter para arriba que si Wendy para abajo y tal y tal.

Luego, despacito y casi sin que se notase, Clara se quedó dormida. Enseguida, tú también. Y Patrick. El día había sido agotador. Yo, en cambio, estuve despierto toda la noche, acariciándote por encima de la ropa y escuchando de vez en cuando la lluvia arremeter contra los tablones que hacían de techo.

Mi cabeza estaba en blanco. Por una vez en la vida no pensaba, sólo sentía. La noche más feliz de la historia la pasamos tú dormida entre mis brazos y yo velando tu sueño y soñando por los dos.

Saqué la navaja multiusos del bolsillo y con cuidado de no despertarte, con las tijeritas de arreglarse las uñas, te corté la punta de la coleta. No sé, se me ocurrió y hoy me alegro de tal ocurrencia. Besé aquel tirabuzón como si fuera un «Detente, bala» para mi inocencia y me lo metí en el bolsillo del pantalón milrayas. Aún conservo ese mechón histórico de los trece años de tu pelo. Ahora mismo está con tu foto sobre la mesa mientras redacto estas páginas.

Vuelvo a besarlo y a la foto también.

Aquella noche parecíamos marido y mujer. Por unas horas el tiempo fue eterno y tu cuerpo agotado durmiendo sobre el mío me poseyó igual que la edad extrae las partes solubles de la vida poniéndose simplemente encima, macerando el corazón.

Sin embargo, la tragedia nos aguardaba al alba como suele hacer la muerte.

Cuando el silencio todavía imperaba en la Cueva comenzó a iluminarse el día siguiente con un tenue sol. A mí, como un centinela al terminar su guardia, se me habían cerrado ya los ojos y la cabeza se me había venido abajo un par de veces. Entonces fue, entonces, cuando de forma súbita recuperé la consciencia sobrecogido, quizá prevenido de repente por alguna alarma interior.

Tiro se revolvió, saltó de su caja de naranjas y empezó a gruñir. Un restregarse de narices de sabuesos sobre el barro del camino de tierra de afuera de la Cueva fue perceptible de inmediato. Tiro gruñó con más intensidad. Clara, Patrick y tú os despertasteis bruscamente cuando los perros del exterior respondieron a los resoplidos de Tiro con ladridos violentos.

A continuación, los cuatro escuchamos montarse los cerrojos de un par de mosquetones reglamentarios y seguido a un señor que escupía al chillar:

—¡Alto a la Guardia Civil! ¡Alto a la Guardia Civil!

—Clara, sabemos que estás ahí dentro, pero no sabemos si estás acompañada de personal que hace cosas comunistas. —Esta segunda voz daba la impresión de estar menos inquieta—. Salgan quienes sean con las manos en alto y nadie sufrirá daño.

—¡Clara, tranquila, ha llegado la Guardia Civil! —insistió el primero que había

hablado.

Soy incapaz de revivir aquel instante trágico sin que se me salten las lágrimas.

Si supiera dibujar podría reflejar perfectamente el horror que cubrió tu rostro y el dolor inmenso que se adueñó de las miradas de nuestros amigos. Tengo la escena grabada a fuego en mi memoria. El resplandor naranja del amanecer se colaba por todas partes igual que la tinta de colores en los fotogramas de una película clásica en blanco y negro repintada, y yo podía veros abrir las bocas como peces para no añadir nada, anaranjados y sobrecogidos.

—¡Alto a la Guardia Civil! Salgan con las manos en la nuca.

—Vale con que salgan los comunistas con las manos en alto y el pico comunista cerrado, pero salgan de una puta vez o abriremos fuego.

Tiro se dio cuenta de lo desesperado de la situación y de nuestra incapacidad para reaccionar, y como un valiente atravesó la cortina de mantas que nos ocultaban y se plantó de un brinco ante los perros policías. Los escuchamos revolcarse, morderse y perseguirse lejos de la Cueva. Supongo que los sabuesos perseguirían a Tiro y no al revés, pero nunca se sabe, en ocasiones el valor puede más que la fuerza bruta. El caso es que, gracias a Tiro, la entrada de la Cueva quedó despejada de perros furiosos.

—¡Clara, cúbrete! ¡Vamos a entrar! ¡Alto a la Guardia Civil!

—Contente, Gutiérrez. Contente, coño, que no sabemos si hay armas comunistas ahí dentro. Espera a que lleguen refuerzos.

—A mí, mi cabo, a mí la Guardia Civil, que los arrollo.

Patrick se deshizo ante Clara, su acento francés ya no resultaba gracioso, más bien inspiraba una ternura infinita.

—Esto se ha acabado, voy a guendigme, antes de que te hagan daño. —Las lágrimas le bañaban el rostro.

—Si sales sin mí te acribillarán, mi amor —respondió su novia también llorando.

Se miraban fieramente a los ojos, como si por los ojos, por un conducto invisible tendido de pupilas a pupilas, pudieran entrecruzar y mezclar sus fluidos esenciales, sangre y semen, y formar un cuerpo y una salud solamente. Se agarraron por los hombros y se besaron en la boca. «Te quiero, te quiero, te quiero», se decían sin separar los labios del beso, bebiendo lágrimas indistintas al mismo tiempo. Sorbiendo y soplando a la vez de un modo que no se consigue más que lamiendo un sexo apasionadamente.

—¿Nos entregamos ya, mi amor? ¿Me das la mano?

—Oui, allez mon amour. ¿Vendgás a visitagme a la cágcel?

—Ni lo dudes, Patrick. Te esperaré eternamente...

—Je t'aime, Claga.

—Je t'aime, Patrick.

—Siempge nos quedagán los días en que nos escapábamos.

—¿Te refieres a aquellas tardes de pelar pipas en las escaleras de la ermita de Godella? Cuando nos queríamos para siempre, pero no nos fugábamos para siempre, sino sólo hasta la hora de cenar, ¿te acuerdas?

—Clago.

—No sabíamos entonces que nuestro futuro, en realidad, era nuestro pasado, por

eso lo apostamos todo y perdimos... Vamos, amor mío, ha llegado la hora.

—Estoy pgepagado.

«Nuestro futuro era nuestro pasado», si supieras cuántas veces me he repetido esa frasecita en los últimos treinta y seis años. El futuro acabó siendo el pasado para ti y para mí, pero no para ellos.

Che, Eme, para ellos no.

Tan desgarradora escena se había desarrollado para nuestro asombro igual que si tú y yo fuésemos espectadores ajenos al drama. Clara y Patrick actuaban tal y como si nosotros, embobados, mudos, desesperados, no estuviéramos ahí presentes en carne mortal.

Eme, tú apretaste tanto el puño que se rompieron las gafas que aún no me habías devuelto, toda la noche las tuviste en tu mano.

Te agitabas como si tuvieras fiebre. Yo creí que te iba a dar algún mal, un ataque de pena.

Y entonces tuve la idea más brillante y más estúpida de mi vida. Por una vez, por una única vez, me sentí un héroe, percibí al santo y al mártir que dormían en mi corazón. Quise con todas mis fuerzas que estuvieses orgullosa de mí, hacerme digno de tu amor. Y el resultado fue como si nos empapara de gasolina y encendiera una cerilla.

Me puse de pie, te levanté cogiéndote por debajo de las axilas y, como si no fuera yo el que hablaba, me escuché susurrando:

—¡Stop! ¡Stop! No os mováis...Vamos a salir Eme y yo en vuestro lugar... Esos no tienen ni idea de quién está dentro de la Cueva. Nos llevaremos a los guardias y entonces vosotros os podréis esfumar...

—¿Haríais eso por nosotros?

—Seguro que sí, Eme me ha dicho que representáis al amor, a todos los amores, al nuestro también. —Me sentía entusiasmado, ciego de pasión.

—Nos castigarán una barbaridad, pero ya nos iban a castigar de todas formas — dijiste tú, tan flojito como si rezases—. Sigue, Jaime...

—Sólo os pido una cosa —yo continuaba inspiradísimo, loquísimo, mejor dicho—. Si como consecuencia de esta quijotada nos separan a Eme y a mí, prometed que volveréis a por nosotros, a rescatarnos...

—Lo prometemos.

—Prometed que cuando seáis mayores volveréis a juntarnos a los cuatro como lo estamos hoy.

—Lo prometemos. Pero vosotros no contéis a nadie que me he fugado con el jardinero belga. Os lo ruego. Dejad a la hija del subgobernador perderse en su misterio.

—Nosotros también lo prometemos.

—¡Viva el amog!

—Cuánto te quiero, Jaime, eres mi príncipe azul, ¿lo sabes, tontito? Deja que te bese por última vez...

Y en verdad fue por última vez, Eme. Se pegaron tu peto y mi pantalón milrayas, tus labios y mis labios, tu lengua y mi lengua por última vez.

Y luego abrimos las mantas que cubrían la Cueva y nos deslumbró la luz de un sol

que ya no estaba contento, de un sol hiriente.

—¿Queda algún comunista ahí dentro?

—Chaval, ¿eres tú el marica que ha gritado «¡Viva el amog!»?

—Yo soy. ¡Viva el amog! —aullé para confirmarlo.

Echamos a correr igual que liebres sin poder evitar los charcos y el lodo que había dejado la tormenta. Las fuerzas de seguridad, con su tricornio de charol, nos vinieron detrás pisándonos los talones. Y nos alcanzaron unos quinientos metros y varias curvas más adelante.

Objetivo conseguido.

—Mi cabo, esta no es la hija del señor don Miguel. ¡Es una chiquilla!

—No, Gutiérrez. ¡Es obvio que esta no es! —El cabo jadeaba y tosía—. Me temo que hemos pescado dos chanquetes en la red de coger tiburones comunistas. Vamos a llevarlos a su casa y que sus padres les den una buena paliza... A estos dos guarretes se les va a caer el pelo... Después, ya seguiremos buscando a la hija de don Miguel y a sus auténticos secuestradores comunistas... ¿Vienen o no esos perros del demonio? ¿Dónde vivís, pedazo de cenutrios?

Mientras nos conducían a los apartamentos a punta de mosquetón, nos juramos en voz muy bajita mantener eternamente el secreto de lo que en verdad había sucedido con la hija del subgobernador para protegerla.

Nos lo juramos solemnemente, como sólo se juran las cosas los amantes que dan su vida por amor.

—Ni a la tieta Encarna, Jaime.

—Ni a la tieta, Eme.

—¿Lo juras sin cruzar los dedos?

—Lo juro. ¿Y tú lo juras y si no que yo me muera?

—Lo juro y si no que tú te mueras o como mínimo que te rompas las dos piernas.

—Tengo miedo, Eme.

—Me muero de miedo, Jaime.

—Mira, ha vuelto Tiro. Nos está siguiendo.

—Más le valdría desaparecer, ni él se va a librar del cabreo de mi padre.

—Pero yo me siento más masculino con mi perro al lado.

—No quiero llorar, Jaime, así que deja de decir cosas que me hacen reír.

Yo he cumplido ese juramento sagrado, al menos hasta ahora que lo he escrito en esta carta, y supongo que tú también ya que ni me he muerto, por más que intenté suicidarme, ni me he roto las dos piernas.

Y ya no volvimos a saber nada más de la famosa hija del subgobernador. Ni nosotros ni nadie. La declararon ausente primero, el parte de avisos de Radio Nacional la incluía rutinariamente en sus «falta de su domicilio», y fallecida después. De vez en cuando, los periódicos locales aún recuerdan aquel misterioso caso que conmocionó a la Valencia de la época: «Se cumple el aniversario del secuestro y muerte de la hija del subgobernador franquista», titulan más o menos. «Nunca se encontró el cuerpo», añaden. Al principio lo hacían anualmente y luego, con pereza, cada cinco o diez años.

Durante todo este tiempo me ha gustado pensar que Clara y Patrick lograron marcharse de España, que se casaron, que fueron felices en Bruselas y que quizá algún día vendrán a reclutarnos y nos volveremos a reunir las dos parejas de primeros

amores perfectos en el lugar donde antaño estuvo la Cueva. Aunque supongo que no es más que otra fantasía majadera de las mías, que a Clara y Patrick se los tragó la tierra, la distancia o la vendimia francesa, y que ni se acuerdan de aquellos dos niños enamorados que entregaron al verdugo su amor recién nacido sólo para que ellos tuvieran una oportunidad, una oportunidad de ser felices, ni les interesa enterarse de las desgracias que nos acontecieron por su culpa.

Eme, tú y yo estábamos, estamos y estaremos solos en el mundo, nadie acompañó a nuestro amor-hijo a su tumba. Ni siquiera nosotros.

Lo que sobrevino después te lo puedo ahorrar. Los guardias nos entregaron a nuestros padres en la entrada del aparcamiento de los viejos Garbí. En particular, nos entregaron a tu padre.

—Muchas gracias, cabo.

—Controle a su hija, mi capitán.

—Descuide, cabo. Buen servicio.

Nuestras madres permanecían de fondo con sendos pañuelos blancos y no paraban de gimotear y sonarse. Tu bici y la mía, que alguien habría rescatado de la cartuja, se veían tiradas por el suelo.

Tu padre te cruzó la cara de un tortazo. El mío, con una mueca de «Yo no puedo ser menos, compréndelo hijo», me quitó las gafas rotas que, como podía, llevaba puestas para no tropezarme y me estampó la mano en la mejilla. De una oreja se te llevaron al apartamento y de un pellizco en el brazo a mí. Nos cruzamos con Joseán y Nacho, que subían con la tía Pepita a la piscina, y ambos bajaron la mirada al suelo para no vernos.

Nos castigaron, cada uno encerrado en su cuarto. Tu padre se deshizo de Tiro. Y, ya por la tarde, nos evadimos por un minuto, por una última vez, a la Cueva. Allí me pasaste tu dirección de Valencia en un papel, te metieron en el coche y nunca más volví a encontrarme contigo ni escuché hablar de ti.

Vi cómo se te llevaban.

El mejor verano de mi vida terminó a la misma hora en que terminó mi vida sentimental.

¿Quién me mandaría hacerme el valiente aquella madrugada en la Cueva? Qué tonto eres, Jaime Monzón Mata, pero qué tonto. Qué desgraciado.

Tus padres y los míos creían y creyeron siempre que, por pasar la noche juntos, habíamos tenido relaciones o que yo te había forzado, pero ni tú ni yo pudimos contarles la verdad puesto que habíamos jurado guardar silencio. Y cumplimos nuestro juramento.

Otra vez como en Casablanca: el mundo se derrumbaba y nosotros nos habíamos enamorado. Fuimos extremadamente dichosos cuando éramos extremadamente jóvenes y pagamos el precio justo por tanta belleza, por tanta luz de verano, por tanta infancia del amor.

Tras el relato al que acabo de poner punto final con un nudo en la garganta, me descubro mirando con tristeza la foto de la niña de las trenzas que fuiste.

—Lo siento, añorada. Hemos de decirnos adiós —le digo—. Lo lamento. Sí, lo nuestro fue precioso, pero se ha acabado. Este es el final. Las estrellas, que indefinidamente serán las mismas de la noche en que inventamos el beso en la boca,

recordarán nuestros nombres y nuestra felicidad inmensa, mas no tú, tú ya has olvidado mi nombre y aquella felicidad inmensa. ¿Para qué entonces iba a seguir este desdichado de Jaime Monzón recordando a solas? Me abandonaste, disculpa pues que ahora yo también abandone el hermoso jardín de nuestra memoria. Entiéndelo, cariño.

Voy a desvestirme de ti para presentarme desnudo a Ella. Debo hacerlo.

Aquello que ocurrió ya jamás será un impedimento para mi libertad. Hoy paso página, quito tu foto de pequeña y pongo una foto de Ella de adulta en tu lugar. ¡La reina ha muerto, viva la reina!

En El Saler, sábado, 1 de julio de 2006

Querida Eme, estoy en una habitación del parador de El Saler, cerca del bosquecillo de pinos donde hay una piedra que parece un árbol petrificado junto a la que suelo sentarme a pensar en las horas difíciles, y Ella ha pasado la noche aquí, conmigo. En el aparcamiento del parador, mi novísimo Opel Corsa de empleado diligente ha dormido pegadito a su Mercedes Clase A, típico coche de esposa infiel de nuestro tiempo.

¿Sabes?, más que desnudarla, lo que me fascina es justo lo contrario. Lo que me gusta es ver cómo Ella se viste por las mañanas. Verla abrocharse lentamente el sujetador a plena luz. Verla cubrirse con una blusa blanca y, con esa blusa aún sin abrochar, verla deslizar sus piernas en las medias y asentar la falda en sus caderas. Verla luego alzarse sobre sus tacones, subirse «a los andamios de mamá trabajadora», como suele bromear. Verla sacar una americana del armario, mirarse en el espejo y guiñar un ojo al espejo para mí, que la estoy mirando. Me gusta más contemplar cómo se viste que desnudarla; siento como si hubiéramos sobrevivido a mi deseo salvaje de la noche de antes de diluirme en su interior, como si Ella acabara de borrarse mi rastro pegajoso y mi sudor de su piel y se me ofreciese de nuevo como una página en blanco, como si tras dejar que el agua diluya las huellas de mis garras y mis colmillos por todo su cuerpo, emergiera de la ducha convertida por un segundo en la mujer más limpia del mundo.

En ocasiones, al darse cuenta de que yo la observo desde la cama, se gira y despacio se desabrocha botón a botón la blusa blanca que acaba de abrocharse y me fuerza a hacerle el amor vestida de calle. Es entonces cuando creo que se me va con la fuerza la vida.

¿Te he comentado que aunque sea pelirroja tiene el vello púbico oscuro, cuando no rasurado? Sí, creo que ya lo sabes. Ese pubis me tiene seducido, un poco obsesionado.

Le he propuesto que nos vayamos a vivir juntos de una manera muy particular.

Verás.

Ella seguirá casada, puesto que no quiere o no puede dejar a su marido y yo debo aceptar semejante límite porque estaba en las condiciones del contrato desde el minuto uno. Vale, no hay problema con eso. Pero el tiempo en que estamos juntos podríamos disfrutarlo en un universo aparte, ¿no? En una segunda vida que transcurra en paralelo.

Le he sugerido, por tanto, que convirtamos el viejo apartamento de Frontera en

nuestra burbuja, en el hogar en que hubiéramos debido convivir, pero en el que no tuvimos oportunidad, en el decorado de una historia de amor eterna, verdadera y completa. Yo me trasladaré y residiré allí y Ella lo mismo, las noches en que pueda escaparse. Amueblaremos el viejo apartamento al gusto de los dos y pondremos sólo fotos de pareja nuestras.

Incluso fotos de cuando éramos jóvenes modificadas con Photoshop para aparecer pegados, tal y como si llevásemos años y años uno al lado del otro, como si hubiésemos envejecido a la vez.

Ella tendrá en el armario del viejo apartamento ropa diferente de la que usa en su vida con su marido, en su vida fallida.

Comprendo que el escenario resultante quedará algo falso, algo teatral, pero qué más da si nos hace felices.

Fingiremos que somos matrimonio desde siempre y en una casa común. A nadie hacemos daño con este juego y para nosotros es importante tener la impresión de que la vida transcurrió exactamente así, sin errores.

Figúrate que Ella fueses tú y que nadie nos hubiera separado aquel día del final del verano del setenta y tres. Y que la vida hubiera seguido su curso. Pues esto es lo que vamos a imaginarnos Ella y yo, que somos tú y yo.

Simularemos que nos conocemos desde la guardería, que lo hemos compartido todo desde pequeños. Con lo cerrada que es Valencia, lo extraño es que nunca nos hayamos cruzado antes del último 20 de abril en el bar Nodo, cuando la vi por primera vez.

Aquella tarde en que yo me iba a suicidar y la vi por primera vez... ¿O fue al revés, la vi y luego me iba a suicidar? No sé.

¿Y quieres saber qué ha respondido a mi propuesta de vida juntos en paralelo en el viejo apartamento de Frontera? Pues, ha respondido que...

¡Que sí! Ella ha dicho que sí. ¡Ella ha dicho que sí!

El próximo 8 de julio cumpla cuarenta y seis. Ese será el día. Hemos quedado en organizar una cenita para dos en el viejo apartamento y que esa noche Ella ya se quede a dormir y que sea la primera noche de nuestra segunda vida, la primera noche en la casa nueva. O vieja.

Voy a unirme a Ella para siempre y, lo que es más importante en este caso, desde siempre!

Gracias por la atención que me has prestado (sin ironía, sé que alguien ha leído todas estas cartas porque no me han devuelto ninguna).

Tú, Eme, eres la old life y Ella la new life. Mi biografía pasa por otro verano del setenta y tres, una segunda oportunidad, una repesca para mi corazón roto.

Deséame suerte, querida amiga. Me la merezco.

Adiós.

Hasta siempre o hasta pronto, contigo y conmigo nunca se sabe.

Domingo, 2 de julio de 2006

Querida Eme, estoy en Frontera limpiando y recogiendo el viejo apartamento para recibir a Ella. Para que se encuentre cómoda cuando el próximo sábado venga a vivir a su nuevo hogar.

Che, no imaginas el desastre que habitaba el viejo apartamento. Tantos años cerrado...

Me han venido a la memoria las fotos en sepia del sepulcro de Tutankamón recién descubierto. Conque ya imaginarás cómo me he encontrado todo: muebles, trastos y cacharros supuestamente decorativos, fotos familiares, juguetes antiguos, prendas de ropa, litografías con escenas de batallas navales y bodegones formando pirámides de objetos en todas las habitaciones. Igual que en los puestos del rastro, los enseres reposaban en orden aleatorio, en procesión deshilada, mezclados, y los cubría un manto sólido de polvo y recuerdos dormidos.

Debería estar prohibido abrir la tumba de la propia infancia, la tumba del niño que uno fue, porque resulta gravemente dañino para la salud sentimental.

Yo hoy no paro de llorar.

Por ejemplo, debajo de una montaña de sábanas y colchas plegadas, me he encontrado con la butaca en la que pasaba las noches la tieta Encarna. Por su gordura, la pobre no podía acostarse en la cama y entonces descansaba, traspuesta, medio despierta, sentadita en esa butaca de reposabrazos de madera torneada. Mis hermanas y yo no nos atrevíamos a usarla por si el almohadón conservaba las esencias y el calor de su culo. Y nos sometíamos al reto de oler ese almohadón.

—El que pierda la apuesta hunde la cara en el almohadón del sofá de la tieta y respira —nos desafiábamos.

Al ver la butaca he llorado como si un manantial me emergiera de adentro, arrepintiéndome de haber crecido y de no haber querido lo suficiente a los adultos que me quisieron de pequeño. Y me he acordado de nosotros, de ti, de mí y de Tiro. Che, hasta del Bizconde y del Gordinfli me he acordado.

Cuando murió la madre de mi amigo Jesús Julio, el perverso doctor Gradolí, él me dijo:

—Jaime, siempre que llame tu madre cógele el teléfono.

Tenía razón y no le hice caso.

El niño que era yo ha estado esperándome más de treinta años dormido en el viejo

apartamento de los Garbí de Frontera y lo acabo de despertar. Yo llevaba más de treinta años sin llamar por teléfono al muchacho que fui, sin llamarle, sí, aunque fuera simplemente para hablar de nosotros.

Apabullado, he salido a pasear por el jardín.

He vuelto a tumbarme en el punto donde tú y yo inventamos los besos en la boca. Siempre me tumbo ahí, en ese punto acabaré provocándole al césped un pelado con mi silueta.

Me cubría la sombra de uno de los viejos pinos que tuvieron la fortuna de conocerte; ha soplado un viento de los que anuncian la llegada de otro verano y las ramas del pino se han agitado como si hablasen, como si rezasen por nosotros, y me han salido de las entrañas estos versos de muchacho abandonado que se hizo hombre esperándote:

OTRO VERANO QUE LLEGA A LOS VIEJOS APARTAMENTOS SIN TI

Para Eme

Es letanía del pino este viento entre las ramas
que yo escucho temblando bajo su sombra antigua.

Con este viento el pino vislumbra otro verano
poco a poco llegando hasta su copa erizada.

El aullido del viento coagula el curso igual
de su savia y mi sangre en este jardín secreto.

Han pasado treinta años ya desde que un septiembre
me dejaste esperando tu vuelta con el viento.

Bajo el pino te añoro y como un recuerdo fiero
el pasado del viento nos aprisiona a todos.

Triste el pino y yo triste sentimos el roce agrio
con que vuelve el verano sin nombrarte otra vez.

¿Dónde te has escondido? ¿Nunca miraste atrás?
Hasta mi tumba de los viejos apartamentos

tu silencio regresa y tú no regresarás.
Y el tiempo es letanía de pena entre mis ramas.

Como el pino te quiero difícil y perenne,
a pesar de mi edad, de tu olvido y de la muerte.

Querida Eme, comprendo que no sé no quererte, que no sé dejar de quererte.
Eternamente voy a echarte de menos. Eternamente.

En lugar de sustituir tus recuerdos por recuerdos de Ella, creo que haré que los recuerdos que atesore de Ella sean la natural continuación de los tuyos.

Ay, Eme...

Bueno, che, basta de melancolías, es hora de volver al trabajo, ese viejo apartamento no va a ordenarse solo.

Todos los muebles que me sobren, y la ropa también, voy a dejarlos en la parroquia del Remedio, aunque ignoro si los querrá alguien. Ahora mismo en esta Valencia de la Copa América todo el mundo es millonario.

Luego pintaré la casa con un rodillo que me he traído. De blanco, la pintaré de blanco. Veremos cómo me queda.

Si ves alguna mancha en la carta, ya no será de lágrimas de nostalgia, sino de aceite del bocadillo de atún con aceitunas que me he comido mientras escribía el poema. Parece que gracias a Ella he aprendido a no morirme por ti.

Disculpa.

El próximo domingo viene el papa a Valencia, ¿te imaginas? Gracias a la Copa América somos la nueva Roma del planeta Tierra. Pues mientras el sumo pontífice diga su misa en el viejo cauce del río Turia, exactamente a esa misma hora, yo espero estar diciendo la mía en los viejos apartamentos haciendo el amor con mi nueva ilusión.

Hacer el amor con Ella es lo más parecido a dar gracias a Dios por la vida que soy capaz de imaginar por fin. Es mi misa romántica.

Lo que no haya aprendido yo de Pelarañas...

Sigue bien, mudita. Yo soy feliz.

CAPÍTULO 14

Un día me gustaría volver a tener trece años y por un rato ser ese niño que empezaba a convertirse en hombre. Sentir de nuevo aquel desasosiego existencial, aquel picor bajo los pantalones, aquella curiosidad y aquel entusiasmo por todo. Aquella bendita inocencia. Encontrarme a solas con el adolescente que fui. Y bajo los rayos dorados de un sol recién amanecido dirigirme la palabra y decirme:

—Cuídate mucho, chaval. Todo lo que te viene por delante es peor. Si puedes, quédate en esta edad, pero si como es normal no pudieras quedarte así para siempre, pues regresa a esta edad tanto como te permita la vida. El objetivo es renacer siempre que encuentres una excusa para morir, sólo así serás sinceramente tú y un poco feliz.

Hacerse mayor es una putada, si Dios nos quisiera de verdad la pubertad duraría toda la vida.

Hoy Pelarañas ha empezado el día saliendo a pensar mientras caminaba por el paseo marítimo de la Malvarrosa.

Pisaba el suelo con cuidado de no poner el pie en ninguna de esas losas de granito negro que llevan inscrito el nombre de actores, actrices y directores de cine dentro del logotipo de una palmera, y que llegan en fila desde el antiguo balneario de Las Arenas hasta el chalé de Blasco Ibáñez. Se trata de un homenaje al séptimo arte que, en el marco de la Mostra de Cinema del Mediterrani, se copió del Paseo de la Fama de Hollywood en aquel tiempo en que Valencia era el pintalabios de Europa, y que en su día inauguraron un veterano Alain Delon con la piel de la cara ya descolgada y Rita Barberá vestida de rojo alcaldesa madre.

Sin embargo, en nuestro caso, en vez de estrellas de cinco puntas como en el Hollywood real, los nombres de los famosos son inmortalizados en placas conmemorativas cuadradas de aspecto ciertamente funerario con

una palmera impresa. A Pelarañas le da la impresión de que los personajes están enterrados debajo, ya que las placas se parecen mucho a las lápidas del pavimento de la catedral. Por eso siempre evita pisarlas e incluso se santigua en señal de respeto al pasar por encima de las de sus guapos favoritos: Fernando Fernán Gómez o Vittorio Gassman.

«—Si llevara falda sin braguitas debajo y fuera cierto que aquí están enterrados Fernán Gómez o Gassman, al cruzar por encima de sus lápidas, me verían el felpudo y se les alegraría el puto hueso pelado de la chorra, si sus chorras hubieran tenido hueso, por supuesto»—, habrá pensado seguramente.

Después de mi extraño funeral y de que Rafa Víboras le prometiese delante de todos que volvería para recogerla, otra vez se quedó colgada. Y otra vez el Víboras la llamó por teléfono, y otra vez escuchó una excusa suya en voz baja: que su tía Clara quería despedirse y agradecerle su trabajo con mi fiambre y que lo había invitado a cenar con su mujer. Total, que otra vez no podía escaparse de casa de su santa esposa. En definitiva, que ni era libre ni lo iba a ser jamás. Que Rafa la utilizaba, pero no la amaba. Y Pelarañas otra vez lloró como una idiota y otra vez se prometió que aquella sería la última ocasión en que tendría algo con un hombre casado.

Eso de que los casados son los mejores novios porque te los tiras tú, pero le encharcan el baño a su legítima, definitivamente no era cierto. A un casado no te lo tiras cuando quieres sino cuando él puede, o sea, cuando su legítima no se lo quiere tirar, y no te encharca el baño, eso es verdad, pero te impide buscar un soltero que te lo encharque todo, el baño y lo que a ti te dé la gana. Se interpone entre tú y tu independencia.

El hombre casado es el ser más mentiroso y más egoísta sobre la tierra. No hay un casado que no sea un perro del hortelano para todas las mujeres del mundo, incluyendo a la suya propia; ni chinga ni deja chingar.

La mejor manera de olvidar a un gilipollas como Rafa Víboras es olvidarlo. Y ya está. Como la mejor forma de dejar de fumar es dejar de fumar; yo lo conseguí así. Todo lo demás, planes o trucos, sólo sirve para llenar artículos de revista femenina.

Así pues, tras pasar la noche llorando como cuando pensaba que yo

estaba muerto, Pelarañas ha decidido renacer, volver a empezar al estilo borrón y cuenta nueva de Jaime Monzón, irse a desayunar al Grao y darse un paseo por la Malvarrosa. Se ha permitido un chocolate caliente con tres churros y luego ha metido las dos manos en el mar y se ha lavado la cara. Lavarse la cara por la mañana con el agua que te sirven las olas blandas del Mediterráneo es uno de los privilegios que ofrece vivir justo donde debió estar el paraíso terrenal.

Habrás recordado, digo yo, que Valencia siempre se conquistó por hambre y por tristeza, conquie aquí el que está contento gana. Aquí el que no deja de sonreír gana.

Ni el Cid ni más tarde Jaime I asaltaron las murallas de Valencia. Ninguno de los dos derramó sangre para cruzar sus puertas. Ambos consiguieron que los valencianos de entonces se rindieran, cortándoles el suministro de alimentos y regocijos.

El Cid llegó a lanzar con las catapultas panes y sardinas en vez de piedras para sembrar el caos en el interior de la ciudad, mientras que el rey de Aragón, que asentó sus reales más o menos en el mismo sitio de Ruzafa donde hoy comparten ático Pablete y Mariola, organizaba banquetes y fiestas con abundante vino rojo del que Alá tolera a sus fieles, mujeres y muchachos hermosos, para que desde el interior se percibiesen las ventajas de ese tipo de capitulación sin condiciones. Ni uno ni otro saquearon la ciudad, directamente se la apropiaron.

Aquí, donde la alegría de estar vivo es un regalo, hasta los conquistadores se contagian de la benignidad de la naturaleza y se relajan. Y no violan a nadie que no quiera ser violado o violada. Valencia se gana con panes, sardinas, vino rojo y sexo generoso más fácilmente que con cañones.

Pongamos entonces que Valencia fue cristiana simplemente porque los musulmanes se acomodaron a que los cristianos se acomodasen a compartir esta tierra que mana leche y miel, en la que vivir es lo fácil y en la que no debería ser difícil convivir. En la huerta valenciana, la abundancia de frutos y la generosidad del clima dulcifican la voluntad de resistirse a las invasiones y aplacan el espíritu feroz de cualquier cruzado invasor, aunque hay que reconocer que regularmente resurge por estos

pagos ese demonio fratricida que extermina alternativamente a moros o a cristianos y que nos acompaña desde que la ciudad romana surgió de la ciénaga.

La mayoría de los musulmanes valencianos se hicieron cristianos tan tranquilos y siguieron igual. Lo mismo que, si hubiera sido al revés, la mayoría de los cristianos valencianos se habrían hecho musulmanes y también hubieran continuado tan campantes. Los valencianos somos reacios al heroísmo y a la inmolación. El único mártir antiguo del que se tiene noticia cierta en la capital del Turia es San Vicente, y eso porque era de Huesca o de Zaragoza, no me acuerdo bien, y terco, por consiguiente.

Esta ciudad, en que la arena de la playa refleja la luz como si fuera un espejo y en que el azul del cielo brilla más que el propio sol, ama con absoluta espontaneidad la pura vida y se abandona a los placeres porque la naturaleza no le ofrece otra opción.

Por ejemplo, entre la conquista cristiana y el siglo xvii, a lo largo de la época histórica más relevante que Valencia ha conocido hasta la reciente llegada de la Copa América de vela, la ciudad albergó el mayor barrio de putas del que se guarda memoria desde que cerró el de Babilonia la grande y si excluimos al cónclave de cortesanas del Vaticano bajo según qué papas: la *pobla de les fembres pecadrius* o de *les dones de cadireta*, pues las meretrices esperaban a sus clientes sentadas en una sillita de enea en la puerta del serrallo. Y lo mejor de todo es que la mancebía estaba gobernada por la autoridad municipal, con sus horarios, su guardia, sus tarifas, sus impuestos y sus seguros médicos y de retiro.

Un funcionario bajo el título de rey Arlot presidía la comunidad valenciana de putas; las recibía de sus padres (cuya autorización era un requisito indispensable para ejercer el oficio), las mantenía, las protegía, les presentaba a sus visitantes, se ocupaba de que ningún hombre se quedara pernoctando en el burdel y las sancionaba si fuera el caso. Se conoce que esta lúbrica magistratura ya se ejercía en el campamento desde el que el rey don Jaime puso sitio a la Valencia mora porque en el Registro III del *Llibre del repartiment*, donde se consigna lo que fue repoblado por la tropa de Tarragona, un conjunto de casas en el actual barrio del Carmen es atribuido a un tal García, enaltecido como «rex

Arlotorum» (algo así como rey de los repudiables). Este tal García, primer concejal de putas que se recuerda, será sin duda un antepasado de nuestro doctor Gradolí, y de ahí le viene al pobre hombre su indeclinable afición.

En Valencia la libido no se puede soslayar y por eso se disimula, pero no se castiga. En Valencia nada es pecado mortal. La Valencia epicúrea, acomodaticia y relativista, la Valencia del mar sin olas, no comete otro pecado con glotonería que el de la envidia, y aun en ese caso sin pensar que es pecado.

Los valencianos somos licenciosos y libertinos, pero también grandes arrepentidos. Enormes pecadores e histriónicos penitentes. Fáciles a las delicias de la molicie, aunque precavidos frente a la maledicencia y los celos.

Ser confesor o visitador de conventos de monjas en Valencia debe resultar tan angustioso como esperar propinas en Barcelona. «*Valencià i home bé, no pot ser*» o «*Valencià, Valencià, si no te l'ha feta, te la farà*», dicen los catalanes, que, por cierto, jamás han entendido a sus mundanos vecinos del sur.

¿Quién querría morir en Valencia? En Valencia nos morimos igual que se mueren todos los bichos en todas partes, pero no a propósito. Adrede no. ¿Alguien conoce algún guerrero famoso que haya sido valenciano? ¿Algún héroe de aquí que entregara su último hálito por la patria o por alguna causa igual de abstracta? No, ¿verdad? Yo ahí lo dejo.

Digámoslo entonces claramente: ¿no habría de estar aquí el paraíso terrenal? Pues sí, claro que sí. Para mí eso resulta indiscutible. Si a los valencianos nos hicieran un análisis genético con neutralidad científica se descubriría que somos los descendientes directos de Adán y Eva, de sus primeros pelos en los genitales y de su desliz original. Vaya, como que estoy seguro de que Adán era de Velluters y Eva de Arrancapins. Ambos muy de aquí.

Un poeta satírico y fútil filósofo musulmán del siglo XI, acostumbrado a copiar sus composiciones avinagradas en octavillas que esparcía por los zocos o desde las murallas antes de huir para que el poderoso de turno no lo colgase de un minarete por los pulgares de los pies por impertinente, llamado al-Sumaysir de Elvira, reflejó esta doble naturaleza de mi ciudad,

idílica y fratricida, en estos conocidos versos:

*Valencia es una ciudad paraíso
pero cuando se conoce bien,
se ven sus defectos:
por fuera todo son flores,
mas por dentro
todo son charcos de inmundicia.*

Hay quien sostiene que con «charcos de inmundicia» al-Sumaysir se refiere a que, en la Valencia anterior y posterior a la conquista de Jaime I, las alcantarillas iban descubiertas y por el centro de las calles, porque así los valencianos se podían proveer sin esfuerzo de cacas recientes con que abonar sus riquísimas huertas. Es una explicación, desde luego, pero yo pienso más bien que, desde siempre y para todos los credos, Valencia ha sido al mismo tiempo sinónimo de feracidad y de pelusa, de petulancia y resquemor, de paraíso regalado y de paraíso perdido.

En fin, decía que Pelarañas se ha inclinado sobre el mar y se ha lavado la cara con agua fresca de la Malvarrosa. Y que se tiene que haber prometido a sí misma no rendirse a Rafa Víboras ni por hambre ni por tristeza.

Luego, teniendo presente que, de estar oficialmente vivo, yo hoy cumpliría cincuenta y seis años, mirando al mar, se ha besado las yemas de los dedos, ha expuesto al mar las palmas de las manos despacio como una flor que se despliega, ha soplado para que el beso se fuera volando y le ha dicho al horizonte del mar:

—Felicidades, papi, donde quiera que estés, *cagoentodo*. Ya ves que te echo de menos...

Lo que Pelarañas no sabía es que yo la estaba viendo y que he cogido su beso al vuelo y me lo he puesto en el corazón.

Lunes, 3 de julio de 2006

Eme, te escribo porque estoy alarmado.

Son la diez de la noche y después de lo que ha ocurrido hoy en Valencia aún no he tenido noticias de Ella ni de ti. Obviamente, de ti no espero nada, llevas dos meses y pico sin responder, ¿qué ibas a decirme a estas alturas? Pero Ella debería tranquilizarme, hacerme saber que está a salvo y que su familia también.

Carezco de autorización para llamarla a ese móvil que creo que compró sólo para comunicarse conmigo. Únicamente tengo permiso para escribirle mensajes. Bueno, para mi mal acepté que fuera así, o sea, que no puedo protestar.. Y no te preocupes, no he hecho ninguna llamada.

Sin embargo, sí le he enviado ocho o nueve mensajitos, o quince o veinte, he perdido la cuenta, y sigo sin recibir contestación.

Supongo, quiero suponer, que estará bien, dado que Ella no es usuaria habitual del metro, pero no lo sé. Hay muchos detalles de su vida cotidiana que me oculta. Y tampoco sé si su hija coge el metro para algo. Mi reacción puede parecerle histérica y provocada por la sobreexposición a los telediarios, aunque si estuvieras en este aislamiento en que yo me encuentro me entenderías.

Estoy seguro de que Ella no iba en el metro accidentado esta mañana en la estación de Jesús de Valencia, pero ya han pasado once horas desde que ocurrió eso y aún no me ha dado señales de vida.

¿Tiene sentido mi alarma? No. ¿Es comprensible? Pues sí, comprensible sí es.

Allá a las 13.10 p.m. una policía local que estaba poniendo multas en el entorno de la estación de Jesús ha llamado a la sala del 092 dando la primera voz de alarma:

—Tres mujeres dicen que ha habido un accidente en el metro. No hay luz. Debería venir alguien más y bajar con linternas para comprobar qué ha pasado y si hay heridos.

A partir de ahí se ha desatado la confusión en la ciudad: atascos kilométricos, sirenas y luces de coches de policía, ambulancias o bomberos adueñándose del mediodía, llamadas de comprobación a familiares, amigos y compañeros de trabajo, televisiones y radios encendidas en bares y cafeterías, sorpresa, miedo, dolor, desolación...

Conforme avanzaba la tarde la tristeza ha ido cubriendo Valencia como la empaparía una lluvia fina de ceniza.

Yo me he enterado de la noticia por Peláez, el rumiante ese del que no me despego en horario laboral. Eran casi las 14.13 p.m. del reloj de La Oficina cuando le ha llamado doña Pura Cotorro, su anciana mamá, una santita, para informarle de lo acaecido. Antes ya se habían escuchado muchas sirenas pasar por la calle Blanquerías, pero las habíamos atribuido a la escolta de las autoridades que constantemente están llegando estos días a Valencia para la próxima visita del papa.

Entonces, como habrá ocurrido en todas partes, hemos encendido una radio y nos hemos amontonado a su alrededor.

Manoli ha salido de su despacho y se ha unido a nosotros, aunque por lo visto ya estaba al tanto por el señor Terroba, del que se ha hecho intimísima amiga y que a esa hora andaría prevaricando cosas urbanísticas por algún despacho oficial. Como si hubiera sufrido un ataque grave de humanidad, la jefaza nos ha dejado irnos a nuestras casas a verificar si nuestros parientes se han visto afectados. Lógicamente, yo me he ido corriendo al Nodo, no tengo más dulce hogar.

En el Nodo, San Miguel había puesto la tele de pantalla gigante, la de los partidos de fútbol de Canal Nou, aunque en este caso prefirió otra cadena porque Canal Nou no daba mucha información sobre el suceso. La peña «De portería a portería» estaba allí concentrada y casi al completo.

Faltaba el doctor Gradolí, al que han detenido por lo de la cámara en el baño de la gasolinera que te conté. Lo tiene merecido el muy cochino, tarde o temprano le tenía que ocurrir algo similar. Se lo tengo dicho una y mil veces: ya no es correcto ser tan apasionado en estos nuevos tiempos. La asimilación de lo guarro con lo divertido se ha vuelto inaceptable cuando se trata de las fantasías sexuales masculinas.

Desde la terraza del bar, encastrada entre los dos pares de plazas de aparcamiento que ofrece el chaflán de Sorní con Grabador Esteve, se escuchaba bien la tele, conque he cogido mi café con leche fría y me he salido con mis Fortuna a fumar intranquilo a la calle.

«Tardamos un cuarto de hora en reaccionar. Los nervios y gritos nos paralizaron a todos hasta que un grupo decidimos romper las ventanas del vagón para poder huir de ese infierno», ha dicho en la tele Vicente, un trabajador de Ferrocarrils de la Generalitat Valenciana que viajaba en el convoy siniestrado. «Quedaban pocos metros para alcanzar la estación de Jesús y el tren iba completo. Las puertas no se abrían, no se veía nada y tuvimos que romper los cristales con los puños para poder salir, abrir los accesos desde fuera y ayudar al resto de los pasajeros a escapar del infierno», ha añadido con las manos ensangrentadas otro hombre joven que no se ha identificado ante las cámaras. «Ha sido un milagro no estar en los vagones de delante. No puedo hablar, no me salen las palabras», se ha escuchado clamar a un viajero que logró salvarse, mientras los profesionales del SAMU lo arropaban y lo conducían a un lugar seguro.

Lo que se sabe hasta este momento es que los dos primeros vagones de un convoy de la línea 1 que se dirigía hacia Torrent han descarrilado en una curva que hay antes de llegar a la estación de Jesús, esa cuyas bocas de metro dan a las calles Mora de Rubielos y Roig de Corella.

Uno de los supervivientes ha asegurado a los periodistas: «Estábamos tomando la curva y el tren iba muy rápido, chillando las ruedas». No obstante, la Generalitat

Valenciana al presente descarta esta versión del exceso de velocidad.

El caso es que el vagón delantero, por lo que fuera, se salió del carril, golpeó contra una pared, se volcó sobre su costado, quedó cruzado en la vía y la inercia aún le hizo resbalar un trecho sobre los raíles, arrastrando consigo a un segundo vehículo al que iba unido por un pasillo de goma. Un completo desastre que deja un balance provisional de cuarenta y un muertos y cuarenta y siete hospitalizados, al final serán más.

No quiero pensar en el espanto que sobrevino a estas personas que en décimas de segundo contemplaron cómo sus vidas se extinguían repentinamente o cambiaban para siempre, ni en el horror que aguarda a sus seres queridos. Ojalá los gobiernos sepan acogerlos y darles el cariño que merecen porque lo que les viene encima va a ser muy duro. Ojalá los políticos..., da igual.

Mi abuelo Mata decía que, aunque en la lotería se sorteasen penas de muerte, él jugaría igual porque nunca le tocaba nada. Que en sesenta años jamás se llevó ni una mínima devolución, pese a tanta lotería como compró en Navidad. Pero mi abuelo no tenía razón porque el mero vivir ya es participar en una lotería en que se sortean penas de muerte a diario, y lo cierto es que siempre nos acaba tocando una, que tarde o temprano la muerte nos llega a todos. A él también le alcanzó hace muchos años.

Hoy en la ciudad de Valencia ha caído un premio gordo en esa lotería macabra de la vida, muy repartido y con abundante pedrea, como se dice en el argot. Ahora bien, a diferencia del sorteo de Navidad en que las fotos del periódico son de botellas de champán y sonrisas, mañana en la prensa veremos imágenes de botellas de oxígeno y lágrimas. Y yo a esta hora sin saber si Ella o tú comprasteis el lúgubre décimo premiado hoy o si por casualidad llevabais alguna participación.

Creo que mi ciudad tardará en recuperarse de esta herida, Eme, que la sangre va a manar durante mucho tiempo por las bocas de la estación de Jesús.

Este accidente del metro será la antimetáfora de la Valencia triunfal de la Copa América, el recuerdo impertinente de que la realidad embarra nuestros pies por más que miremos al cielo, un toque de atención para quienes creyeron que sólo de la leyenda de que George Clooney quiere hacerse valenciano vive el hombre. Valencia llora sin consuelo, justo ahora, cuando creía que lo de llorar se quitaba con glamur, cuando se había convencido de que llorar es de pobres y que los pobres no son de aquí.

Valencia sangra y llora bajo la burbuja inmobiliaria.

Y no quiero ser supersticioso, Eme, pero es la segunda vez que sucede algo así de dramático en vísperas de la visita de un papa a Valencia. En esta ocasión le ha tocado a Benedicto XVI, que, como sabes, llegará el próximo fin de semana. Sin embargo, antes ya ocurrió algo parecido, en vísperas del viaje de Juan Pablo II en 1982: el derrumbe de la presa de Tous.

Que no vengan más papas, por favor.

Nuestra generación será la de las visitas de Juan Pablo II, que nos pilló de estudiantes y con los sueños por cumplir, y de Benedicto XVI, que nos va a pillar con esos sueños juveniles incumplidos. Y por tanto también será la generación que enlace en su desgraciada memoria la pantanada de Tous con el accidente del metro de la estación de Jesús, igual que nuestros padres encadenaron la posguerra con la riada del

cincuenta y siete.

En efecto, a última hora de la tarde del miércoles 20 de octubre de 1982, después de veinticuatro horas de lluvia constante sobre la cuenca del río Júcar, llamado el Devastador desde tiempos de los moros, reventó la presa de Tous como si la hubiera pateado un dios furioso. Había diluviado como nunca antes en ciento cincuenta años. La presa, del tipo escollera, estaba insuficientemente construida, con materiales sueltos, era demasiado pequeña para lo que le cayó encima y además sus aliviaderos se habían bloqueado por un corte de electricidad, así que no pudo soportar la presión de aquel caudal monstruoso y salvaje acumulado por una tempestad de dos días.

El consiguiente alud de agua turbia, barro, árboles arrancados de cuajo, caballos ahogados, piedras, escombros, enseres familiares flotando igual que restos de un naufragio y oscuridad, provocado por la pantanada, arrasó a continuación las comarcas de la Ribera Alta y la Ribera Baja.

El desmoronamiento de la presa de Tous liberó una ola de ciento veinte millones de metros cúbicos de agua desembalsada que se llevó por delante treinta pueblos en un área de cincuenta y tres kilómetros. Aquello fue un tsunami tierra adentro, un tsunami de interior.

Por los municipios más cercanos (Sumacàrcer, Gavarda y Beneixida) la riada pasó a una altura de ocho metros, demoliendo en su tormento la mayoría de las casas. En Gavarda se dice que sólo quedó la iglesia en pie. En las ciudades establecidas aguas abajo, el cataclismo no fue menor y el torrente de lodo circuló por las calles de Carcaixent y Alzira llegando a alcanzar los cuatro metros de estatura, talla suficiente como para asomarse y entrar por balcones y ventanas de los primeros pisos.

La población se refugió en las montañas de los alrededores. Una decena de personas se ahogaron, trescientas mil resultaron damnificadas y el daño económico fue irreparable.

Jamás se me olvidará aquella larga noche anegada.

Yo estaba estudiando en el comedor de casa de mis padres al tiempo que escuchaba Supergarcía en Antena 3 Radio. Seguía un programa deportivo mientras estudiaba, Eme, ya ves qué estudiante más distraído. Recuerdo que José María García cortó la emisión prevista, se metió en el charco periodístico hasta el cuello y ya sólo informó de lo que estaba sucediendo en la provincia de Valencia.

Era tal el caos reinante que después de medianoche aún no había llegado ninguna autoridad ni fuerza de seguridad a la zona de la catástrofe, y el periodista deportivo tuvo que entrevistar a un pastor para que nos enterásemos de lo que en realidad ocurría en la Ribera Alta y en la Ribera Baja.

Dicen que el presidente del Gobierno, Leopoldo Calvo-Sotelo, ingeniero civil de profesión, le colgó el teléfono al guardia civil que le comunicó la calamidad espetándole:

—¡Las presas no se derrumban, merluzo!

A la mañana siguiente me apunté a una brigada de voluntarios que durante una semana fue a quitar barro primero y a evaluar daños más tarde. Aún conservo unas estupendas botas de agua verdes que el Gobierno Civil me entregó para la ocasión. Y un dedo de limo en el fondo del corazón de agrío recuerdo.

Unos días más tarde, el lunes 8 de noviembre, Juan Pablo II aterrizó en una Valencia

de luto, cabizbaja y que respiraba despacio para contener la rabia. Muy parecida será la ciudad que se encuentre Benedicto XVI cuando aparezca por aquí el próximo sábado y se tope con un pueblo mudo y encolerizado.

En 1982 el papa Wojtyla cambió su programa y se presentó en la Muntanyeta del Salvador de Alzira, cerca de los damnificados.

Allí rompió el protocolo, arrojó a los familiares de las víctimas, alivió con sonrisas el pesar de los arruinados y besó a quienes no tenían consuelo posible. Rezó en silencio arrodillado ante la Virgen del Lluch y después declaró:

—La caridad y el sentido humanitario no pueden permanecer indiferentes ante la muerte y la destrucción.

Y cuando ya se marchaba, se escuchó a una de las mujeres que más sufría exclamar:

—¡No me lo creo, me pellizco y no me lo creo, el papa ha venido a verme a mí!

Se comportó como un verdadero santo.

Imagino que el papa Ratzinger también tendrá la sensibilidad de alterar su agenda e, inmediatamente después de la recepción oficial en el aeropuerto de Manises, acercarse a la estación de Jesús, que hasta el nombre parece puesto a propósito, a rezar por los fallecidos y sus familias. Con eso aliviaría mucho padecimiento y daría una buena imagen de su viaje. Piensa que, antes del sangriento drama de hoy, los ateos militantes ya le aguardaban con una campaña de pancartas en los balcones que dicen: «Jo no t'espere».

Eme, recuerdo perfectamente el día que estuvo Juan Pablo II en Valencia. En particular la eucaristía que celebró en la Alameda, en la que ordenó a ciento cuarenta y un nuevos curas. Yo asistí de lejos, desde la horrible pasarela postiza de la Exposición, guardando las distancias. Tomando precauciones para no involucrarme del todo, no se fuera a despertar en mí alguna inconveniente vocación religiosa que diera al traste con mi ya por entonces ensoñada carrera administrativa en La Oficina o algún paraíso burocrático similar. Ten presente que en no pocas ocasiones consideré la posibilidad de meterme cartujo para ofrecer a Dios mi pobre vida de abandonado y que sólo me contuve al valorar el disgusto que me llevaría si me hacía ermitaño por tu olvido y tú ni siquiera te enterabas.

Aquel mediodía en la Alameda, el personal sumergió en un mar blanco y limón, los colores del Vaticano, al papa y a toda su comitiva. Para fabricar aquel confeti improvisado, los organizadores habían pasado por la guillotina y hecho trizas cuantas guías telefónicas se pudieron requisar (los listines blancos de apellidos y las páginas amarillas de teléfonos profesionales de la época, ya sabes). La imaginación popular no tiene límites, que diría un narrador radiofónico.

—¡Juan Pablo..., segundo..., te quiere todo el mundo! ¡Bieeen! —clamaban al unísono las alumnas de uniforme con camisa blanca del colegio Guadalaviar y las monjas con rebequita gris.

—Totus tuus! Totus tuus! —respondían coreando el resto de fieles congregados.

Y el papa Wojtyla nos bendijo a todos con esa humanidad suya, ¿quise decir humildad?, tan desusada en los altos cargos eclesiásticos de todas las diócesis desde que Cristo fue crucificado (con la única excepción, para mi gusto, de mis poetas Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, que, por otro lado, jamás pertenecieron a la jerarquía

católica).

En el puente pasarela de la Exposición, coincidí con el doctor López Rosat y una peregrinación de sus pacientes del manicomio. Venían de vitorear al papa en la plaza de la Virgen, esa que el propio doctor López Rosat peatonalizó cuando fue alcalde de la ciudad en tiempos de Franco. Por cierto, también fue el alcalde que quiso asfaltar el bosque de El Saler e íntimo amigo de nuestro subgobernador Víboras.

Aparte de un anciano que se bajó los pantalones, se sacó la picha y luego orinó ante la fachada del Gobierno Militar sin que se inmutaran los centinelas, supongo que por prudencia cuartelaria, el resto de los miembros del desvariado grupo comandado por el doctor López Rosat transmitía beatitud y felicidad, cada loco con su gorrita de la Caja de Ahorros de Valencia y su banderita blanca y amarilla. Incluso aplaudieron cuando el semáforo de peatones se puso en verde. Todos los internos del manicomio de esta procesión llevaban un polo de hielo de fresa, que seguramente habían recibido como premio por su buen comportamiento de la mañana ante el papa en la plaza de la Virgen, y lo chupaban con lengua grande, salpicando saliva y haciendo mucho ruido.

Ahora que han detenido a mi amigo el doctor Gradolí por lo del vídeo en el baño de señoras de la gasolinera, pienso en lo bien que estaría el día de mañana recogido en un sanatorio redentor, humanitario y pasado de moda como ese que dirigía el viejo mandamás franquista. Sin embargo, el manicomio ha cerrado porque la psiquiatría se ha vuelto impopular. Estos son tiempos de antipsiquiatría y psicología, o sea, de atender en casa a los enfermos mentales como si estuvieran sanos.

El manicomio de Valencia era el más antiguo del mundo. En 1494 el médico alemán Jerónimo Münzer, que llegó a Valencia huyendo de la peste, escribió: «Notable es la fundación destinada a recoger a los locos, a los melancólicos y a los estultos de uno y otro sexo. Vi muchos acogidos, entre ellos, cierto joven furioso, desnudo, encerrado en una jaula y sujeto con una cadena. Nuestros compañeros le dieron unas monedas para que rezara; pero él empezó a hacerlo en hebreo y a proferir sobre los cristianos las blasfemias que suelen los judíos, porque era hijo de un riquísimo converso que desde niño lo educó ocultamente en el judaísmo; pero descubierto el padre por la locura del hijo, fue quemado por ello». Loado sea el Señor.

Conque algo hemos avanzado desde entonces.

Che, sigo.

En la Alameda se reunieron un millón de personas para ver al papa celebrar misa con el cáliz con el que Jesús consagró la última cena, iel famoso Grial!, y que precisamente se custodia en la catedral de Valencia y no en ningún otro lugar santo. El Santo Cáliz es valenciano, ¿no te parece que se promociona poco?

Bueno, para la ocasión se construyó un altar gigante de treinta y cinco metros de altura, desde luego más grande que el que espera a Benedicto XVI este domingo frente a la Ciudad de las Ciencias y que también tiene un tamaño considerable. Los valencianos lo hacemos todo a lo grande, parece que los monumentos falleros son nuestra medida de las cosas.

A propósito, esta mañana a primera hora, los hermanos Japón en persona nos han repartido a todos los oficinistas de La Oficina una mochila del peregrino por si el domingo queremos ir a ver al papa. De buena calidad y con un sombrero amarillo, una camiseta del Quinto Encuentro Mundial de las Familias, una botellita de agua y dos

plátanos amarillos dentro. Los hermanos Japón son del Opus, como imagino que suponías por su extraordinaria amistad con tu marido y con su inmarcesible constructora Viuda. Voy a guardarme la mochilita y la camiseta por si alguna vez me da por hacer deporte. Por algo se empieza.

Los plátanos, con los nervios, ya me los he zampado.

En definitiva, Eme, aquel día de 1982 brillaba el sol y Valencia estaba guapísima, y Juan Pablo II y yo éramos muy jóvenes (yo un poco más, claro). Si me apuras también recuerdo a Valencia muy joven. Y muy natural, al menos en comparación con los efectos momificadores que tanta cirugía estética emblemática le ha impuesto después a su tradicional perfil urbano.

Me habría gustado envejecer mientras mi ciudad envejecía conmigo, pero me ha sucedido que yo me he ido haciendo mayor mientras Valencia, con sus novísimos palacios de las ciencias, las artes, el fondo del mar y lo que sea que suene rotundo, cada vez estaba más moderna, más rejuvenecida. Puede que demasiado rejuvenecida y un poco de ciencia ficción. Yo compartía con la alcaldesa madre, Rita Barberá, su deleite por una capital costumbrista, limpia y llena de flores. Me espanta ese tratamiento masivo de bótox arquitectónico con que Santiago Calatrava y los cerebritos del turismo de pirámides contemporáneas han querido estirarle las arrugas a esta ciudad que ya cumplió los dos mil años de vida.

Aquí escribo cosas que no es aceptable que diga, aunque las piense, porque está más o menos prohibido decirlas, che, porque es políticamente incorrecto decirlas, pero ¿a ti qué más te da si nunca respondes? Conque ahora me voy a permitir contarte cuánto odio las operaciones de cirugía estética, y ya sé que metería la pata si soltase en público que los cirujanos estéticos, que intervienen por gusto y no por necesidad, son unos estafadores y sus clientes y clientas unos estafados. Aclaro: siempre que esa cirugía sea por presumir y no por motivos médicos o por necesidad, por supuesto.

Oye, tú no te habrás operado, ¿verdad? No será que no te reconozco porque ahora tienes la consabida cara de pez de todas las operadas, ¿verdad? No me mates, por favor. Miro tu cara en la foto de tus trece años y le pido de rodillas que me confirme que te has hecho mayor sin perderte el respeto.

No quiero operaciones innecesarias de cirugía estética para Valencia (las antedichas Ciudades de las Artes y las Ciencias y todo eso, lo son), pero tampoco para ninguna mujer. No hay una mujer que quede bien después de retocarse. Los labios hinchados siempre parece que han recibido un puñetazo, los ojitos estirados que les falta sueño y la frente lisa que alguien se ha dado un cabezazo contra una pared encalada.

Además, ¿no te has fijado en que todas las señoras operadas acaban teniendo la misma cara? No la misma cara de porcelana, sino la misma cara de pez que te decía antes. Es como si los cirujanos plásticos tuvieran un modelo de rostro de mujer pescado y no fueran capaces de imaginar otro tipo de belleza. ¿Has visto cómo han quedado de irreconocibles algunas actrices famosas?

Yo no quiero eso para ti ni para Valencia. Soy partidario de envejecer con dignidad.

Por ejemplo, yo me estoy quedando calvo, pues calvo seguiré. Y con mi barriguita... ¿Más feo que antes? Es difícil porque antes ya era muy feo, Eme.

Y no hablemos de las tetas. Antiguamente, la clientela del Nodo, mi padre y yo nos regocijábamos con los infinitos tipos de tetas que se podían contemplar en los Entreviú

de la peluquería de Pepe en Cirilo Amorós: meloneras, de cacillo, de pezón como una moneda de cien de Franco, de pezón de tapón de lavabo, de pezón como un botoncito, con rebaba de mantequilla en la areola, las que cabían en una mano, las que no cabían en las dos manos, bizcas, gachas, corniabiertas, playeras, de cantimplora, saturadas de leche, esquilgadas, con perfil de fruta (modelo kiwi, mandarina o pomelo), que no se contenían en el sostén, que se podían llevar sin sostén, de panadera, de africana exhausta, de culo de brasileña, de jungla virgen, de seda asiática, con marca de bañador, blancas de novicia, de madre superiora aficionada a un padrenuestro, perladas de sudor, con ojivas nucleares, de profesora de francés, de hermana de tu mejor amigo del colegio, astifinas, romas, saltonas, juntas, escurridizas, que sabían mirar desde debajo de una camisa de hombre abierta, cazadas por sorpresa, de abuela, alabastrinas o simplemente peras tan bien puestas como las de Marisol. Toda esa exuberancia de posibilidades se ha perdido. Se ha perdido del todo.

Si uno busca hoy modelos desnudas en internet descubre que todos los pechos se han vuelto idénticos; idéntica redondez, idéntico volumen, idéntico pezón, idéntica insensibilidad. Las chicas de los calendarios ya no tienen tetas sino globos. Los cirujanos estéticos son a la biodiversidad de las tetas lo que el ser humano a la riqueza de las especies animales: una apisonadora de la abundancia de tipos.

Nunca te operes las tetas, cielo.

Ella no las tiene operadas, y si bien es cierto que ya no se le escapan con la turgencia de la que debieron gozar antaño, no es menos cierto que en su veteranía desprenden una autenticidad que lo compensa todo.

Las tetas de una mujer cuentan más verdades sobre su propia historia que su boca. El rastro de las batallas perdidas, a veces del maldito cáncer derrotado, de los amores eternos de una noche, de las mentiras de antes de hacer el amor, de las lágrimas lloradas después de hacerlo, del aburrimiento de un amante rutinario, de las cicatrices que imprime la lencería usada fuera del matrimonio o de las estrías que dejan las veces que se adelgaza queriendo o sin querer se pueden leer con facilidad sólo pasando la yema de los dedos por esa piel más fina que la del resto del cuerpo. Operarlas equivale a falsearlas.

Por las tetas sé quién es Ella y también podría saber quién pudiste haber sido tú.

Yo he visto la cara de Ella cuando lamo sus pezones. Yo he visto la cara de Ella cuando disfruta de sus orgasmos. Yo he visto la cara de Ella como creo que nadie la ha visto jamás: inmensamente feliz al sentir que me derramo en su interior. Por eso sé que todo en Ella es auténtico. Che, todo.

Donde Ella se puso el veneno, y no fue ni en los labios ni sólo en las tetas, sino en otro lugar más íntimo también, yo no pude sino probarlo, beberlo y llenarme de él.

En fin, volvamos a nuestro tema: a que cada vez que viene un papa a Valencia antes se produce una catástrofe.

Querida Eme, todo éxtasis tiene su tormento, todo apogeo tiene su decadencia, toda gloria tiene su infierno y por eso la visita de Juan Pablo II irá siempre unida a la pantanada de Tous, y la próxima visita de Benedicto XVI, en plenos fastos de la Copa América de vela, nunca se separará del accidente del metro que se ha producido hoy. El horror por el que atraviesan las familias de los accidentados y que les va a acompañar por muchísimo tiempo debería servir para recordarnos que nuestra ciudad

existe para los seres humanos, no para los edificios emblemáticos y los grandes eventos.

Valencia se equivocará si confunde su alegría de vivir y su pasión por las batallas de flores reventonas con adicción al éxito. Esto no es Las Vegas, ni Miami, ni Wall Street y tampoco las tres cosas mezcladas, aquí se gasta porque se tiene y se reparte porque se puede, no por ambición. Somos exagerados y exhibicionistas, no pisaverdes y mucho menos ludópatas. Naranjeros, no capitalistas. La Valencia del futuro será la Valencia del pasado o perderá su personalidad y su medida a la altura de los seres humanos que aman, sufren y siempre mueren.

Las ciudades de verdad son para habitarlas, no para visitarlas.

Un momento. Perdona. Suena el móvil que tengo junto a tu foto. ¡Es Ella! Disculpa, voy a cogerlo...

Ya está. Hemos cortado. Joder, ¡hemos cortado!

Estaba enfadadísima porque esta mañana la llamé por teléfono y lo tengo prohibido, ¡prohibido! Que si se entera su marido o su hija todo se va a paseo, que «sin llamadas» es una línea roja desde el primer día, que me lo ha dejado claro muchas veces, que no me la tomo en serio, que bla, bla, bla... ¡Que sólo puedo mandar mensajitos! Vale, vale, ¡vale! Lo siento, no me acordaba de que la había llamado.

Es verdad, cuando llegaron las primeras noticias de lo que había ocurrido en la estación de Jesús marqué su número una o dos veces. Tal vez doce, yo qué sé... Che, me puse muy nervioso. Pero para que no se notase que era yo quien llamaba y que estaba histérico marqué el teléfono tan suavemente y tan despacito que hasta se me había olvidado que lo hice. De verdad, pensaba que no había llamado y, de hecho, así te lo he puesto al principio de esta carta.

Vale, ¿y qué si he llamado? ¿Acaso no nos íbamos a medio casar el domingo? ¿Es que no tengo derecho a saber que está a salvo?

Me ha gritado y yo he respondido en el mismo tono. Entonces han vuelto a salir mis celos retrospectivos. Le he dicho que le importa más que no se entere su marido que lo intranquilo que pueda estar yo, y que de eso deduzco que él le importa más que yo. Y he continuado; que a su marido ha debido de quererlo mucho si todavía a estas alturas procura protegerlo y que a mí sólo me quiere de sustituto para tapar agujeros.

Bueno, bueno, bueno..., cómo se ha puesto. Que está harta de mis celos y de que la humille con mi inseguridad.

Y que soy un machista. ¿Un machista, yo? ¿Tú crees que yo soy un machista? Por amor de Dios, ¿un machista Jaime Monzón, que tiene dos hermanas y una hija? ¡Menuda injusticia! Pero si soy de los que no les tienen en cuenta a las mujeres las inconveniencias que dicen cuando tienen la regla. Por favor, qué poco me conoce...

Ah, y que yo acepté las condiciones de la relación.

—Bueno, pues ya no las acepto. —Me he plantado, sí, señor.

—Pues entonces este cuento se ha acabado, si no respetas mis límites yo no puedo seguir —ha sentenciado Ella.

—Pues no seguimos. —Creo que he hinchado mis pulmones como un palomo orgulloso tras esta declaración de guerra.

—Pues adiós. —Y ha colgado.

Resumen: la buena noticia es que Ella y su hija están bien. La mala que nuestra

relación se ha terminado.

Hemos cortado.

Ya no tengo prometida.

Y yo como un idiota con el viejo apartamento de Frontera adaptado para servir de nidito de la vida paralela que Ella y yo íbamos a disfrutar juntos. Queríamos escribir un futuro alternativo y reescribir el pasado como si desde niños hubiéramos estado juntos y ya ves.

Como siempre, qué ridículo. Che, che, che...

Había dejado el viejo apartamento como los chorros del oro. Ordenado y reluciente igual que si la mismísima Minipimer Garza le hubiera quitado el polvo. Me había costado un gran esfuerzo vaciar las viejas habitaciones de mis padres y mis hermanas de ropa setentera, trastos y cosas inservibles. Había cambiado las cortinas del baño, repuesto la vajilla y los cubiertos y fregado a fondo cada rincón. También había hecho espacio para traer unos muebles suecos blancos que le gustan a Ella y que por lo visto se venden en un supermercado nuevo de Madrid que se llama Ikea. Lo tenía todo a punto, a puntito de caramelo, y en el último segundo va y se rompe nuestra relación.

Me siento un novio abandonado ante el altar.

Oye..., se me está pasando una cosita por la cabeza, se me ocurre una tontería de las mías: ¿por qué no te vienes tú? ¿Por qué no ocupas tú el lugar de Ella y te vienes a vivir conmigo a Frontera?

Al menos un par de noches y a ver qué pasa. Una semanita de prueba.

Anda, decídetelo.

Si fuiste tú quien puso aquel cartel en la puerta de tu viejo apartamento y aquellas rosas en botellas de Coca-Cola, si fuiste tú quien publicó la oración a San Judas Tadeo, si ciertamente estás rondándome como creo, ¿por qué no te decides?

Eliminemos a Ella de la ecuación, ya que se ha marchado voluntariamente, y volvamos a empezar tú y yo, los auténticos protagonistas de esta novela.

Quien se va a Sevilla pierde su silla. Te ofrezco el mismo trato que tenía con Ella: vente a disfrutar conmigo en los viejos Garbí de una vida paralela como si hubiéramos crecido juntos. En nuestra época Frontera estaba muy lejos de Valencia, ahora la ciudad ha crecido y mucha gente reside allí todo el año.

No me importará que sigas casada con Blan-blan si mientras estás conmigo finges que no existe y que jamás existió.

Piénsatelo.

El próximo sábado, día de mi cumpleaños, como recordarás, yo iré al viejo apartamento y te esperaré. Ella ya no va a venir. La puerta del aparcamiento estará abierta para ti.

Sería tan bonito, Eme... No dejes pasar esta oportunidad.

Si Ella se ha ido será para que vengas tú, seguro. El destino ofrece sus dones de forma caprichosa y hay que tener valor para aceptarlos.

Atrévete, niña.

¿Sabes?, prácticamente la misma noche en que se rompió la presa de Tous, en un hospital de Madrid murió el cantante Juan Camacho y nadie se enteró. Este hombre me recuerda mucho a mí, porque teniendo todo para ser inolvidable las circunstancias lo fueron convirtiendo en transparente. Era valenciano como Nino Bravo, cantaba con

vozarrón como Nino Bravo, empezó a triunfar en el setenta y tres tras la muerte de Nino Bravo, la crítica lo encasilló como continuador de Nino Bravo y se mató en un accidente de coche igual que Nino Bravo. La diferencia radica en que Nino Bravo abrió periódicos con su muerte y a Juan Camacho tras la pantanada no le concedieron más que una columna en la sección de espectáculos. Uno sigue siendo famoso y del otro nadie se acuerda. Nino Bravo es Blan-blan, tu marido oficial, y yo soy Juan Camacho, tu historia invisible.

¿No te parece que cuadra todo? Hagamos justicia con Juan Camacho y con Jaime Monzón y vuelve a mí, tesoro.

Juan Camacho interpretaba un bolero clásico de María Grever cuya letra siempre me pareció escrita para nosotros, que íbamos a recordarnos aunque pasase mucho tiempo.

La lalá
lalalalá la locura
lalalalá mi amargura
lalalalá por ti...

También tú y yo juramos que no nos olvidaríamos nunca, ¿no sería la hora de recordar aquel juramento?

Mira, no hay mal que por bien no venga. Llevo mucho tiempo debatiéndome entre las dos; me iba a fugar a medias con Ella, se ha retirado, pues me fugaré a medias contigo. Y ya está.

Después de lo que pasó en el setenta y tres, era a ti y no a Ella a quien yo debía una fuga en condiciones. Y, mira por dónde, al final de la historia, Eme y Jaime acabarán juntos, y Ella no habrá sido más que un catalizador para que se produzca el reencuentro.

La novela romántica acabará bien.

Si tú quieres, claro. Si te da la real gana. Si te sale de tus partes y esta vez reaccionas de alguna forma a mi carta, a mi propuesta, a mi ruego, a mi súplica... Pese a cómo pasas de mí, no consigo quitarme de ti. Debe ser que me vicié de tus besos de muy pequeño.

Eme o Ella, ¿con cuál de las dos me quedaré al final? ¿Cuál de las dos será la verdadera mujer de mi vida?

Yo te espero el sábado, tú haz lo que te dicte tu conciencia. Pero si al final vienes no traigas bañador ni pijama.

Es nuestra oportunidad. No faltes, Eme.

Si te lo propones, aprenderás a quererme.

Hoy rezo por los que han muerto en la estación de Jesús. Y por sus familiares.

CAPÍTULO 15

A primera hora, cuando mi hija ha lanzado un beso al mar para felicitarme por mi cumpleaños, el horizonte aún resultaba invisible y la mañana no era sino una continuación del mar.

El sol ha subido después a todo lo alto.

Ha sido entonces, al ir Pelarañas paseando entretenida en sus pensamientos, casi llegando a la Patacona, cuando le ha sorprendido la bocina de un coche y unas voces que la llamaban:

—¡Pelarañas! ¡Pelarañas! —Se ha acercado al coche y ahí ha visto a Mariola y a Pablete con gafas de sol y sonrisa de festivo. Su hermano estaba al volante.

—No te encontrábamos, hermanita.

—¿No recibiste mi puto guasap diciéndote que estaría moviendo el coñete por esta zona? —ha respondido Pelarañas, apoyando las manos en el techo del coche y metiendo la cara por la ventanilla del conductor.

—Sí, pero esta zona es muy grande. Tiene un par de kilómetros por lo menos...

—O vosotros sois muy poco imaginativos, *cagoentodo*. ¿Habéis traído la urna del Valencia con esas cenizas de mierda?

—Oye, oye..., ¿no estás un poco agresiva, querida? Esas cenizas de mierda podrían ser las de tu padre... —ha terciado Mariola con tacto, estirando el cuello para hacerse ver.

—Atención al *cagallón*, que cuñada viene de encoñada, joder. Buenos días, lo primero, Mariola. Y lo segundo, pues sí, puede que esté cabreada... El impresentable de Rafa Víboras anoche pasó un culo de mí. Aunque la verdad es que esta mañana he decidido resucitar como decía que resucitaba papá.

—¿Y por eso estás en este plan? Con lo mona que eres, con esos rizos

tan chulos que tienes en los que vive un pajarito y con esas tetas tan redondas que al inclinarte nos estás enseñando... ¿qué haces con un mediocre como ese? Tú te mereces un Cicerón, un Virgilio, un Julio César... ¿Qué digo un Julio César?, un Calígula *buenorro* y vicioso, *coñada*.

—Ja, ja, ja, me meo... Pues así sí. *Cagoentodo*, así sí que tienes razón, abogada. *Virtus nomen!*, como dijo precisamente el hijastro asesino de César al arrojarse sobre su propia espada. Y dado que yo no tengo espada, pues me arrojaré sobre mi propio consolador.

—Eres incorregible, Pelarañas... —Pablo ha interrumpido a las cuñadas.

—Lo volveré a preguntar pues, al estilo de Mariola: ¿habéis traído la urnita, cielitos guapis?

—En el asiento de atrás está... Os sentáis juntas, Pelarañas, la urnita y tú.

—Ja, ja, ja, qué hijos de perra... Vámonos, pues.

—Vamos a Frontera, bicho. El pasado nos aguarda allí —le ha susurrado Mariola a Pablo.

—Lo mismo el presente y el futuro también nos esperan allí, tenlo en cuenta, princesita —ha respondido él.

Acto seguido, Pelarañas se ha sentado donde le había indicado Mariola, se ha atado el cinturón de seguridad, a la urna de plástico del Valencia CF le ha puesto otro cinturón de seguridad y el coche ha arrancado.

Con la mirada desenfocada sobre el bote del Valencia CF lleno de cenizas de difunto, Pelarañas ha debido decir:

—Por cierto, hoy es el cumple de papá. Cincuenta y seis tacos le caen al gafotas... *Felix dies natalis patres optimis...*

—Es verdad, no me acordaba —habrá respondido Pablete sin girarse para que no se le despeinara la coronilla.

—Tú nunca te has acordado, princesito de mierda. —Cuando se trata de mí, mi hija muerde, o eso me gusta pensar.

Tal y como les propuso Clara Víboras, mis hijos y la hija de Eme han puesto rumbo al viejo apartamento de Frontera para encontrar respuesta a todas sus preguntas sobre Eme y Jaime. Derechitos al final de la partida, a

la solución del enigma.

Conociendo a Pablo, habrá elegido música de los ochenta para ir metiéndose en el ambiente que se supone que les espera: *Sabor de amor*, *Hoy no me puedo levantar*, *Divina*, *Sufre mamón*, *Para ti que tienes quince años cumplidos...*, y que no falte en la selección *Déjame*, de Los Secretos. Aunque, obviamente, si de verdad quieren anticiparse a la sorpresa que les aguarda en los viejos Garbí deben haber oído *Pero a tu lado*, también de Los Secretos.

¿Algo de algún cantautor? Pues sí, *Yolanda*, de Pablo Milanés, *Rabo de nube*, de Silvio Rodríguez, o *Anda*, de Luis Eduardo Aute, servirán para este viaje hacia atrás en el tiempo que los tres muchachos acaban de emprender.

Ah, y por supuesto *Mediterráneo*, de Serrat, y *Laura*, de Llach.

Todas esas canciones son las que los chicos oían de pequeños en el radiocasete de mi coche. Crecieron aguantándolas como yo crecí aguantando el *Carrusel deportivo* de mi padre. Más que ninguna otra melodía o ruido de fondo, esas canciones en español son la banda sonora de la vida de papá.

Aunque no recuerdo si de pequeños los traje a los viejos apartamentos alguna vez, no sé..., de tanto como les he hablado de los veraneos de mi niñez en Frontera, estoy seguro de que se conocerán la ruta de memoria.

Habrán salido de Valencia, cruzando la avenida del doctor Peset Aleixandre, por el antiguo camino de Moncada. Después, ya metidos en la huerta, habrán visto pasar por las ventanillas Poble Nou, donde no me acuerdo por qué tenía que ir a votar la *tieta* Encarna; Benifaraig, con su Casa de la Sirena, un palacio rural del siglo xvi que luce una mujer con cuerpo de serpiente en su escudo de piedra; y también el camposanto de Benifaraig, rectangular y con el suelo de Pórtland bien barrido como si fuese el patio de un chaletito adosado.

Aquel perdido verano del setenta y tres, delante de la Casa de la Sirena, cuando la carretera aún pasaba por dentro de la pedanía y no era infrecuente encontrarse con un carro con neumáticos de camión tirado por un caballo mulero, se nos pinchó una rueda en medio de una montaña enorme de estiércol, y mi padre vomitó cuando acabó de cambiar esa

rueda. El coche del abuelo de Pablete y Pelarañas olió a culo de caballo durante un par de semanas.

Luego, antes de llegar a Moncada, les habrá llamado la atención una acequia que brota de debajo de una antigua alquería produciendo el efecto óptico de que la casa flota. La Casa que se Hunde, así la llamábamos mis hermanas y yo en aquella época lejana. O la Hunde que se Casa, cuando nos queríamos hacer los graciosos.

Más adelante, también se habrán fijado en la huella urbana dejada por la antigua fábrica de cerillas El Globo, «la fosforera», asentada sobre los terrenos del desamortizado convento de franciscanos observantes de San Diego de Alfara del Patriarca, cuya iglesia todavía se utiliza como almacén para diversos materiales. Después, según sigue la carretera, habrán circulado por una recta larga que va en paralelo al antiguo seminario de Moncada, reconvertido en universidad privada de la Asociación Católica de Propagandistas. Y habrán dejado atrás, un par de curvas más allá, la barriada de San Isidro de Benagéber, donde durante el franquismo alojaron a las familias que perdieron casa y tierra bajo las aguas flacas del reseco pantano de Benagéber.

Y habrán cruzado el barranco del Carraixet.

A partir de ahí, ya sólo hay naranjos hasta llegar al merendero de las Tres Rutas, en que la carretera se bifurca entre las direcciones a Frontera y a Massamagrell.

Y tras las Tres Rutas, más naranjos y más naranjos. Algunas antiguas urbanizaciones de chalés de bloques de hormigón y balsa que hace de piscina, y que suplican a gritos una muerte digna y ser edificados de nuevo, y más naranjos. Conque, campo de naranjos tras campo de naranjos, habrán llegado al punto en que a Pelarañas se le tiene que haber formado un nudo en la garganta pensando en su papá: la recta sobre el barranco de Matacartujos en que yo me maté.

Habrán vislumbrado entonces el final de su viaje: el Moscatel Bar, el cementerio de Frontera y, sobre una loma, un poco por arriba del perfil de los campos de naranjos, los viejos apartamentos Garbí. La ermita de Frontera tras los viejos apartamentos y la sierra Calderona de fondo.

A Pelarañas se le habrá puesto la piel de gallina y a Pablete se le habrá

escapado una lágrima, desde mi funeral ha aprendido a llorar y le ha cogido gusto.

Al llegar a los viejos apartamentos se encontrarán un cartel oxidado que dice: «Apartamentos Garbí, propiedad privada».

Las puertas de hierro estarán abiertas y ahí no habrá ningún coche aparcado. Dejarán el suyo y descubrirán con sorpresa que todo les resulta familiar: la piscina, la explanada de césped, la casita de muñecas hecha de obra, los tres chopos, los pinos, la pista de tenis sin red y especialmente los viejos apartamentos con su pintura blanca pelada y sucia de tierra, sus terrazas separadas por una celosía de círculos insertos en cuadrados de hormigón y sus tejas árabes de alfarería.

Alguno dirá, le pega decirlo a Pablete, que tiene la sensación de haber vivido ya este momento antes, como si lo hubiera soñado.

Supongo que esta familiaridad con el ambiente se debe a que en los álbumes de mi infancia han visto cientos de fotos en blanco y negro de aquellos veranos de cuando los pantalones cortos milrayas.

En algún sentido, mis hijos van a mirarlo todo como si estuvieran asistiendo a la proyección de una de aquellas películas mudas filmadas con un tomavistas de súper 8. Una de esas películas caseras en las que mi padre, en su calidad de cámara, siempre inmortalizaba un amanecer o un atardecer como si fuera John Ford, en las que mi madre entraba y salía de escena persiguiendo a uno de sus hijos con la merienda en la mano y moviéndose más rápido que lo normal y en las que Eme se colaba en el plano fugazmente, le daba vergüenza, sonreía, abría la boca como para decir algo y desaparecía como si se evaporase en el siguiente fotograma. Una de esas películas familiares en las que todos los colores tendían al rojo y en las que ahora me resulta imposible deslindar en la memoria el clavo que siempre quedaba a la vista en la pared sobre la que se reproducía del ronroneo de fondo del proyector. Yo he visto proyecciones de aquel cine doméstico sobre papel pintado y nos decíamos: «Pues no se ve tan mal».

Además, en tanto se encajaba la bobina y se enganchara la película, mientras el proyector emitía ese haz de luz blanca en que el humo del pitillo de mi padre dejado consumirse en el cenicero dibujaba espirales, los

niños hacíamos sombras chinescas con las manos, bordábamos en concreto la cabeza de perro y el águila batiendo alas. En ocasiones se quemaba la película y una herida roja y negra se abría en la improvisada pantalla igual que una vulva al parir, dejándonos sumidos en una frustrante claridad.

Los viejos apartamentos se desperezarán poco a poco como si despertasen de un sueño de siglos.

Pelarañas, Mariola y Pablete echarán un vistazo a su alrededor, asombrados, como si hubieran viajado atrás en el tiempo y tuvieran puesto un primer pie en el pasado. En ese remoto pasado en que la madre de una y el padre de los otros dos se dieron el primer beso y se prometieron amarse toda la vida.

Les pesará la respiración igual que a astronautas o buzos al descubrirse a sí mismos metidos de lleno en el pretérito remoto de sus padres, en la atmósfera desaparecida de aquella niñez, porque será un escenario vacío de personajes como la superficie de la luna o del fondo del mar.

Los viejos apartamentos, el eco de jugar a polis y cacos en el jardín, las bicis apoyadas en los macizos de margaritas, los insectos voladores, los contraluces de cena de bocadillo en la pista de tenis, el rumor del collar de perlas de una mamá joven y casi recién casada, los ventanales de la terraza iluminados por dentro cuando cae la noche y los árboles superpoblados de pájaros se recompondrán a su paso, cobrarán vida ante sus miradas, pasarán del blanco y negro al color, pero estableciendo un insólito paisaje desierto de figuras humanas. Será igual que si pudieran contemplar el mundo por los ojos de un fantasma, igual que si fuesen los únicos habitantes de la memoria de sus padres o unos náufragos que llegaron por casualidad a la isla desierta del olvido de Eme y Jaime.

Pablo apretará la mano de Mariola.

Pelarañas sacará al Señor Moscas de su cabeza y lo impulsará hacia arriba con las manos abiertas. Le dirá:

—¡Vuela, vuela! Este es tu sitio. Aquí eres libre. De este jardín te sacó hace mucho la imaginación de papá y hoy yo te devuelvo a casa.

Y el petirrojo, subiendo y bajando como si al volar atravesase un aire ondulado, se perderá entre ramas y trinos.

Al llegar a la puerta del viejo apartamento, los tres se sentirán inquietos, sobrecogidos. Incluso mi pequeña Pelarañas, la más valiente del grupo, pensará en dejarlo estar y marcharse.

—Es un mausoleo. No lo profanemos —sugerirá la propia Pelarañas.

—¿Y qué hacemos entonces con esto? —preguntará Mariola señalando a la urna con mis supuestas cenizas.

—¿Eso? Eso —dicho con asco—, eso lo tiramos por ahí y a tomar por culo. *Aut nihil est sensus animis a morte relictum aut mors ipsa nihil* —sentenciará la de los rizos.

—Déjate de latinajos, Luisa. No y no. No, Mariola, princesa, no. No tengáis miedo a la verdad. —Muy serio, Pablo tomará el control actuando como hermano mayor, che, seguro que mi hijo estará a la altura de las circunstancias—. Escuchadme, yo he vuelto a llorar y llevaba días sin lágrimas, a ti tu madre te hizo llegar una preciosa carta de despedida y tú, hermanita, te has encontrado a papá y has hablado con él, conque no podemos pararnos aquí. Papá quiere que entremos... No nos detengamos. Vamos a cumplir la voluntad de nuestro padre. Lleguemos hasta el final del juego.

—De acuerdo, abramos la última puerta del juego, hermano.

—Sí, adelante, guapi.

La cerradura de la puerta girará con facilidad porque ha estado diariamente en uso durante los últimos diez años.

—¡Coño, la llave era de aquí y no de la casa de los abuelos de Conde Salvatierra! Qué chasco. Ya me lo dijeron las tías, *cagoentodo*. Papá vivía en Frontera y nosotros sin saberlo, hay que joderse. Hostias, qué mierda de hijos hemos sido... —se le escapará a mi malhablada niña bendita.

Luego entrarán en casa.

Las casas lo cuentan todo cuando están vacías, cuando sus dueños no están.

La luz que se filtra por las lamas mallorquinas de la persiana corredera cerrada iluminará sin sobresalto un salón previsible y limpio. No se encontrarán a oscuras. Abrirán las puertas acristaladas de la terraza primero y recorrerán esa persiana exterior después, y la mañana les mostrará con toda su franqueza que se adentran en un dulce hogar, en un

hogar tan acogedor como si perteneciera a la exposición de una tienda de muebles de Ikea.

Recorrerán el viejo apartamento con la curiosidad de un ladrón de pirámides, con la estupefacción de un descubridor de pinturas rupestres, con la ingenuidad de un turista en un museo.

Las dos primeras habitaciones que antiguamente fueron de mis hermanas y mía y de la *tieta* Encarna, los dos baños, el de la familia y el de la lavadora, la pequeña cocina con su banco de mármol y su mobiliario de formica y, al fondo, el dormitorio de matrimonio, todo estará en orden y nada les sorprenderá en principio porque así son las viviendas normales, idénticas unas a otras, incluso las que resultan más bien menguadas en metros cuadrados como esta. Las camas estarán hechas, la vajilla recogida y en los toalleros se notarán las toallas prácticamente recién puestas.

En un primer momento lo que les chocará será encontrarse inopinadamente en la vivienda de un matrimonio mayor y pulcro. Lo uno y lo otro será igual que en casa de cualquier vecino. Así que, a simple vista, ninguna cosa les sonará rara o desconcertante. ¿Dónde se esconde el misterio?, pensarán. Un matrimonio vive en este apartamento desde ni se sabe cuándo, ¿qué hay de sorprendente en eso? Incluso se sentirán un poco incómodos violando la paz de una privacidad ajena.

Les resultará embarazoso, siempre lo es cuando, por ejemplo, entras a hacer pis en casa de unos amigos, asomarse al cuarto de baño y observar la pastilla de jabón a medio uso, los dos cepillos de dientes en su vaso, la alfombrilla azul a los pies del váter y la colección de geles y champús sin tapón cerca de la bañera. Nada desarma tanto la intimidad de unas personas como que otros escudriñen qué cosas dejan expuestas sobre la repisa de debajo del espejo de su cuarto de baño.

Pablo habrá dejado la urna funeraria del Valencia CF sobre la mesa plegable de la cocina.

Entonces probablemente será Mariola quien repare en que la ropa del armario es de su madre, que en la barra hay colgadas algunas blusas que se echaron en falta cuando su coche se precipitó al mar en el puerto y la policía hizo una lista de las cosas que faltaban. Y Pablo y Pelarañas, enseguida, también identificarán ropa mía, en especial una americana gris

jaspeada, igual que la que usaba mi propio padre y que podría haberla heredado de él, que parece que no tengo otra. Y a continuación será Pelarañas —¿quién sino?— la que levante el retrato que hay en la mesilla de noche de mi lado de la cama y pregunte:

—Mariola, ¿la que está con papá en esta foto reciente es tu madre?

Mariola cogerá el marco con las dos manos y responderá:

—Claro que lo es, y creo que nunca la había visto sonreír así de feliz.

—¡Vamos a ver todas las fotos! Por ahí repartidas había muchas... — propondrá Pablete.

Y mirarán las fotos y se sorprenderán de que, en todas, en las que están colgadas y en las muchas que hay repartidas por cómodas, consolas y vitrinas, ¡en todas!, estamos la madre de Mariola y yo juntos. Y no serán sólo fotos actuales... También descubrirán muchas antiguas en las que se nos puede reconocer de adolescentes, de jóvenes, de recién casados, con nuestros hijos pequeños o en algún viaje a Escocia o Mallorca.

Pelarañas recogerá todas las fotos y las irá poniendo en fila por orden cronológico sobre la mesa del comedor.

—Mirad, tortolitos, si analizamos estos retratos lógicamente, como si tradujésemos una frase en latín, y los ordenamos por antigüedad, parece que tu madre y papá hayan pasado toda la vida juntos. Las fotos que tienen menos de diez años pueden ser verdaderas, sin embargo, para fabricar las otras los muy cabrones han tirado de Photoshop. ¿Cómo si no iba a asistir mi padre al baile de graduación de tu madre o tu madre a la jura de bandera de mi padre en Rabasa? Incluso nosotros también salimos, *cagoentodo*.

—¿Nosotros? —preguntará Mariola.

—*Yes*, nosotros, *coñada*. Fíjate, en esta se nos ve a los tres de pequeños con ellos como si fuésemos hijos de su matrimonio... ¡Hostias!, y en esta tu madre me está dando la papilla... Y en esta otra mi padre, que jamás ha esquiado ni se ha puesto unos patines, te está empujando a ti en un trineo. ¿Te lo puedes creer, Pablete? ¡Qué hijos de puta, han falsificado su historia! No es que hayan llevado una vida paralela, no, no, no..., es que han vivido una vida duplicada. ¡No una doble vida sino una vida doble! Me quito el sombrero. Ja, ja, ja... A-co-jo-nan-te —con la boca muy abierta

marcará cada sílaba—, este apartamento es una cápsula de un tiempo que no pasó. O que debió pasar, pero no pasó. Una cápsula de un tiempo inventado. Me meo toda.

—De un tiempo feliz. Me cuesta aceptarlo, pero hablamos de un tiempo feliz de nuestros padres sin nosotros —añadirá Mariola.

—Corrección: con nosotros, Mariola. Sin nosotros, pero con nosotros. Mira las fotos —Pelarañas lo habrá entendido todo a la primera.

—Pero ¿y dónde están ahora? Porque no se han muerto, ¿no? —La historia a estas alturas ya se habrá complicado mucho para mi pobre Pablete. Qué buen chico es.

Creo que en este instante se producirá el momento cumbre de esta novela basada en hechos reales, o mejor de estos hechos reales producidos para ser novela.

Uno de los dos, Pablo o Pelarañas, no me aventuro a anticipar cuál, o sí, Pelarañas, reparará en que encima de la repisa de la chimenea hay una última foto y unos sobres. Cogera la foto y verá una niña con trenzas, con un jersey de ochos rojo y debajo otro de cuello vuelto blanco, sonriendo como si pidiera paso para hacerse mayor.

—¡La puta foto! ¡Otra copia de la puta foto!

La mostrará con pasmo a los otros.

Pablo sacará entonces de la cartera la foto que les dio el forense, la que me acompañó toda la vida y que llevaba encima cuando me suicidé. Las pondrá una al lado de la otra. Idénticas fotos e igual de gastadas por el paso de los años.

—¡Es la misma! La misma foto, la misma niña. ¡Joder, la niña de la foto otra vez!

—Qué fuerte, pero si esa también es mi madre, Pablo —exclamará Mariola con regocijo—. Esa foto y precisamente dentro de ese marco estuvo desde que tengo memoria en la mesa de trabajo de mamá, donde leía su correspondencia... La niña de la foto es mamá, qué fuerte... ¡Mamá es Eme!, la Eme que dijo Clara Víboras en el funeral de tu padre, la Eme de Eme y Jaime. ¡Lo sabía!

—¡¿La famosa niña de la foto es tu madre?! ¿Por qué no lo dijiste antes?

—Es que a mí nadie me pregunta nada, bicho... Ya nos pasó en el

funeral de tu padre con lo de los nombres de Eme, Marina y Mariola... Jolín, es que no me contáis nada... Mencionabas la foto, pero no me la enseñaste... Para mí, primera noticia de que buscabais a esa niña de la foto, guapi. Si me hubieras enseñado la foto te lo habría dicho...

—Es verdad, no te dejé verla... Culpa mía. Y doble culpa porque ahora que te miro con la foto en la mano me doy cuenta de que sois muy parecidas... La de la foto casi podrías ser tú, princesita.

—*Wait a minute, please* —se colará Pelarañas en el diálogo—, hasta donde yo supe, el amor que encontró papá después de su divorcio, que lo tenía parálítico de tanto follar y con quien se iba a casar era una tal Ella. ¡Ella, no Eme! Aunque es verdad que cuando me encontré con su fantasma en la playa me habló de Eme y no de Ella... ¡Qué raro!

—Pues eso, que debió cambiar de idea —Mariola se apresurará a cortar el razonamiento con vehemencia—. Que le gustó más mi madre porque, como se aprecia, todo en esta casa es de Eme y no de esa tal Ella, que además si mantenía tantas relaciones con él no sería gente bien... En este apartamento el tiempo está congelado en un sueño que Eme y Jaime debieron soñar alguna vez cuando eran pequeños. Y esa tal Ella no está aquí. No está. Ni rastro de esa tal Ella... Esta foto es la prueba. Mi madre ganó la partida y esa tal Ella la perdió.

—Pero ¿y qué fue de Ella? —seguirá Pelarañas, pensativa.

—Tu madre era el amor de la vida de mi padre, princesa —le dirá el cursi de Pablete con sonrisa de azafato de avión a su novia, empezando a asimilar la historia que las chicas ya llevan un rato analizando.

—Y tu padre es el amor de la vida de mi madre, guapi —le contestará la pija de su novia devolviéndole los ojitos de tonto—. Y tú y yo pensando que no se conocían...

Pelarañas, sosteniendo las dos fotos iguales en sus manos, a modo de conclusión, suspirará y dirá algo parecido a esto:

—El primer amor es el último, los siguientes no son más que réplicas, burdas repeticiones..., lo dijo papá desde siempre. Está escrito detrás de la foto de Eme del verano del setenta y tres. Y es la verdad...

Sobre la repisa de la chimenea también encontrarán mis cartas a Eme, estos quince capítulos en los que he ido relatando la reacción de Pablo,

Pelarañas y Mariola ante el accidente en el puerto de Eme y mi suicidio (todo observado desde la perspectiva del muerto, claro). Y una última carta a los hijos que se leerá a continuación.

Con esto todas mis cuentas quedarán saldadas. Y el viejo apartamento de Frontera por fin podrá ir quedándose dormido como se duermen los escenarios cuando acaba la representación teatral, o los lugares donde sucedieron las leyendas cuando pasan los años. Su destino se habrá cumplido.

Al salir del viejo apartamento, los chicos, conmovidos, ni se darán cuenta de que se olvidan la urna del Valencia con las cenizas en la mesa de la cocina. Esta noche las tendré que dejar yo en el cementerio de Frontera. Con respeto y agradecimiento al muerto por el servicio prestado. Y con un aplauso por su papel secundario extraordinariamente bien representado en esta historia.

Al cerrar la puerta a sus espaldas camino del crepúsculo se escuchará a Pelarañas gruñir:

—No me digas que no soy yo la que más se parece al viejo. Una cagadita suya, vamos, su otro yo con la puta regla cada veintiocho días. Bueno, bien pensado..., ¡cagoentodo, papá fue un hombre con síndrome premenstrual permanente!

Y esta será la última frase que yo escuche a mis hijos sobre mí.

Espera... ¿Qué es ese ruido? ¿Un motor? ¿Voces? Acabo de oír vuestro coche entrando en los viejos apartamentos. Che, che, che..., que ya estáis aquí.

Silencio, Jaime, silencio...

Voy a darme prisa, en un momento entraréis por esa puerta. Dejo este último capítulo sin terminar en el sobre con los catorce capítulos anteriores y desaparezco.

Queridos hijos, he muerto. Soy Jaime y he muerto. Mejor dicho, he muerto y he resucitado.

Os quiero con locura.

En Frontera, madrugada del 9 de julio de 2006

Querida Eme, he resucitado. Soy Jaime y he resucitado. Mejor dicho, fui Jaime de muerto, y al presente supongo que su alma renacida. Jaime Monzón Mata, ¿te acuerdas? Tu primer amor, o eso creo. Al menos yo siempre te consideré el mío. Eres la primera chica a la que besé. Sucedió en Frontera de Aragón, en los viejos apartamentos Garbí con piscina y pista de tenis, al final del verano de 1973.

Ya no te preguntes más qué fue de mí.

—¿Qué fue de Jaime?

—Resucitó.

Eso es, resucité.

Precisamente ahora, querida Eme, estoy sentado a la mesa del comedor de ese viejo apartamento de Frontera y sonrío satisfecho como un recién casado. A decir verdad, me siento un recién casado.

Acabo de levantarme de la cama mientras mi esposa duerme después de una noche inolvidable, la de mi cumpleaños, la de nuestra boda, la de mi segundo nacimiento. En sentido literal, ya tengo cuarenta y seis tacos, pero en sentido figurado vuelvo a tener cero años y una vida nueva por delante.

Oigo cómo Ella respira en paz igual que respiran los cuerpos que se saben amados desde siempre y para siempre, los cuerpos que han hecho suya la piel de otro cuerpo, los cuerpos que ni viven ni mueren solos. Sus labios han probado el sabor a saliva de las fantasías que se alcanzan con la lengua. Por fin formamos el matrimonio para el que vinimos al mundo, por fin las dos porciones de un solo amor separado que éramos se han disuelto una en otra.

Enciendo un Fortuna, me recoloco las gafas con un movimiento de nariz y me dispongo a escribir mi última carta para ti.

Miro a mi alrededor y me parece que el viejo apartamento ha borrado de su memoria los años en que estuvo cerrado. Tal y como si la lámpara colgada del techo del salón no se hubiera vuelto a apagar desde aquel septiembre del setenta y tres en el que las tormentas nos dejaban sin electricidad y mi madre encendía velas para alumbrarnos, cuando pasó aquello con la hija del subgobernador y nos separaron para siempre. Las mismas bombillas y su mismo resplandor blanco sobre el que en todo caso gira una polilla, igual que si treinta y tantos años hubieran transcurrido en un segundo, en un clic clac del viejo interruptor de la luz de plástico blanco.

Puede decirse que hoy arranca el porvenir, pero también que hoy inauguramos el pasado. Que desde hoy viviremos hacia delante y hacia atrás, que empezaremos a rellenar los días posteriores que nos faltan, pero a la vez a repintar los ya transcurridos y que se nos escaparon a Ella y a mí. Que vamos a improvisar un futuro mientras inventamos nuestros recuerdos compartidos.

Sí, hoy he retomado el hilo de mi biografía. Perdón, de la de Ella y mía.

El viejo apartamento de Frontera ha cerrado su ciclo. Efectivamente, también él respira aliviado. Lo noto descansar como sentiría dormida a una ballena que nos hubiera engullido. Todo a mi alrededor se relaja porque el destino por fin se ha cumplido.

Yo, Jaime Monzón, un valenciano atípico que, en contra de la norma valenciana, presume de ser monógamo y no sabe cocinar paellas, hoy he resucitado. Yo, sí, yo, el cuatros de Monzón, yo he resucitado. Como un titán vencedor de la muerte me he alzado sobre mis derrotas, he recobrado el tiempo perdido (¿el tiempo que me robaron?) y voy a reconstruir ese tiempo recuperado como si jamás me lo hubieran quitado. Desde hoy no se me va a escapar ni un minuto más de dicha, ni uno más. Yo estaba muerto y hoy definitivamente vuelvo a vivir. Y con efecto retroactivo, quiero aclarar.

Dentro de unas horas saldrá el sol, en Valencia el papa dirá su misa multitudinaria en el Quinto Encuentro Mundial de las Familias y mientras tanto Ella y yo aquí, metidos en la misma cama, a sólo diecinueve kilómetros más o menos de tan egregio acontecimiento, habremos concebido un modelo familiar desconocido hasta la fecha: la familia imaginaria. En efecto, una familia que vive a medio camino entre la realidad y el deseo; que suple la amputación de años y años de convivencia con una prótesis de simulación, buena voluntad y mucho Photoshop; que, con raíces viejas, pero sin tallo, se abre como una flor nueva.

El papa rezará para que Dios reparta su amor entre los fieles, pero mi pelirroja y yo, por nuestra cuenta, totalmente infieles, preferiremos tocarnos ahí abajo que rezar, y así corregiremos tanta desidia del amor de Dios para con nosotros. En el bufé de los pecados nos serviremos nosotros solitos con nuestras propias manitas amor del bueno a placer.

Ella se ha presentado esta mañana tal y como habíamos quedado para celebrar mi cumpleaños y empezar a vivir juntos en el viejo apartamento nuestra segunda vida.

Al bajar del coche la estaba esperando.

Llevaba una camisa negra de raso, unos pantalones color crema de pernera ancha y las pecas de las mejillas acabadas de poner, quizá frente al espejo retrovisor de su propio coche. El pelo rojo sin planchar, no despeinado sino de leona, le daba un aire jipi que luego confirmaba el cesto de mimbre que le servía de bolso. Con el sol brillante de la mañana me ha parecido una Mary Poppins del sexo, una niñera para adultos aparecida repentinamente ante mi puerta, una institutriz para Peter Panes atrapados en la crisis de los cuarenta.

Estaba bellísima.

—Hola, chico de las gafas —me ha dicho—. ¿Me ayudas con esta maleta? Yo cojo la bolsa de viaje.

—¿Dónde vas con un maletón tan grande para una sola noche?

—Es que quieres saberlo todo, tontito de las gafas. Las guapas tenemos nuestros secretos. Tira y no preguntes...

—¿Cómo pesa! ¿Qué llevas aquí? ¿Un muerto?

—Muchas cosas que no te importan, pesado. Para que te aclares, no traigo ni bañador ni pijama.

Luego, ya en el viejo apartamento, me ha pedido una habitación para dejar la maleta gorda y que por favor yo no entre ahí bajo ningún concepto. Le he abierto la puerta del viejo dormitorio de la teta Encarna.

—Pelirroja, puedes ocupar las habitaciones que desees. Desde hoy esta casa es de los dos. Viviremos juntos aquí. Lo único es que algunas noches entre semana tú dormirás en otro sitio, sólo eso... Che, como si trabajaras en Madrid, ¿no?

—Eso es.

—Pues, en todo lo demás, este es tu hogar.. Toma posesión. Ordena, distribuye, vacía, yo qué sé... ¡trajina! Ella, aquí eres el ama, che, la pelirroja ama.

—Voy a hacerlo, chico de las gafas. Me voy a instalar a mis anchas...

—¿Te gusta el viejo apartamento?

—¿Qué si me gusta? Me encanta, Jaime. Este día es el más bonito de mi vida.

—Resulta un poco humilde para ti, ¿no? Y viejo, también viejo... Ella, tú estás acostumbrada a otras mansiones y suculencias.

—¿Qué importa eso, bobo! En ninguna mansión he estado tan a gusto como pienso estar aquí... Por más estrecho que sea, este es nuestro viejo apartamento. ¡El nuestro! ¿Se puede pedir algo más? Una pajarera privada para estos dos peces voladores, un santuario en que la historia no es como fue sino como debería haber sido... ¿Qué más iba yo a desear, Jaime? Gracias por haberme traído.

Y me ha besado en los labios. Y el beso me ha sabido rico: a despreocupación, a bienestar, a promesa... Y no me he asustado.

A continuación, se ha metido decidida en el dormitorio de matrimonio, como si de antemano supiera adónde iba. O a mí me ha causado ese efecto de determinación y simplemente ha sucedido que, al encontrarse el tálamo conyugal al final del pasillo, lo propio era que Ella, en cualquier caso, llegase hasta allí en su reconocimiento. No sé.

Una vez en nuestra habitación, con toda normalidad, como si regresara a casa tras unas cortas vacaciones, ha descrito la cremallera de la bolsa de viaje de tamaño medio que traía y ha empezado a sacar blusas, faldas, rebecas, ropa interior, camisones... Primero, lo ha dispuesto todo en orden sobre la cama y después, delicadamente, unas prendas las ha colgado en las perchas del armario y otras han ido a parar a los cajones de la cómoda.

Con ese gesto tan cotidiano, Ella ha tomado posesión del resto de mi vida.

—Esta ropa ya se queda aquí para siempre.

Un abrazo, un beso, un giro y los dos sobre la cama. Me ha quitado las gafas, ha clavado el codo derecho sobre la almohada para sostenerse la cara con esa mano y sonriendo me ha dicho:

—Si miras mucho rato a un chico feo te acaba gustando. Te lo juro, acabas no viéndolo tan mal. Sucede también en las tiendas, si te quedas lo suficiente en una tienda hortera al final te gusta todo. La fealdad es únicamente un problema de tiempo de observación. Me pasaba de pequeña y me pasa ahora contigo... Jaime Monzón, creo

que eres el hombre más guapo del mundo.

—Vaya, gracias por haberme observado lo suficiente. Tú, en cambio, eres preciosa a simple vista, pelirroja peligrosa.

—Se te agradece a ti también —se moría de la risa—, pero ya lo sabía.

No hemos hecho el amor, todavía no, aunque nos hemos besado y le he desabrochado la camisa. Ella ha intentado levantarse con la camisa desabrochada y el sujetador a la vista, y yo la he retenido sujetándola por el meñique de su mano izquierda.

—Aún no, Jaimito, antes quiero pasear descalza por la explanada de césped, empaparme de luz y de pájaros bajo los viejos pinos, descubrir la ermita con la espalda apoyada en el tronco de cualquiera de los tres chopos, subir a la piscina vacía, asustar a la ardilla que vive en el jardín, bajar a la pista de tenis sin red, ver lagartijas escapando a nuestro paso y escuchar cómo zumban las abejas que rondan los macizos de margaritas. Antes quiero caminar de tu mano por el hermoso jardín de tus recuerdos... —me ha susurrado al oído.

—¿Y luego?

—Luego no te escaparás, pero antes quiero que me enseñes este lugar mágico del que tanto me has hablado. Antes necesito que me beses como si me besaras por primera vez escondidos en el rincón más inocente que exista en tu memoria... —ha añadido misteriosa.

—Pero luego sí, ¿no? Luego mucho, mucho... —Yo no podía más.

—Antes quiero que me des un dedal, Peter Pan.

—¿Qué es un dedal, Wendy? —he preguntado con malicia y apetito.

—Tú échame ese polvo de hada que hace volar y sabrás qué es un dedal.

—Volarás, volarás, volarás... —Aproximando mi boca a la suya.

¿De dónde ha venido esa necesidad de tocarnos por todas partes sin parar?

—Ja, ja, ja... Quita. Conocimiento, niño, conocimiento... Te he dicho que aún no, chico de las gafas. Quita... Vamos al recreo.

—Che, Ella, ¿no vamos a tener relaciones? —pregunto yo, plenamente consciente de que jugaba conmigo y con mi temperatura corporal.

—¿Tener relaciones? ¿De dónde has sacado esa expresión tan antigua, tan de mi hija, Jaimito? ¡Qué divertido eres! Anda, llévame al jardín, niño. Quiero verlo todo... Toma tus gafotas de buzo... Me muero por reconocer tu universo particular.

Conque se ha abrochado la camisa y hemos salido al jardín de los viejos apartamentos de la mano.

Estábamos solos. Sin contar a los gorriones, se diría que estábamos solos en el planeta Tierra.

Sentados en el viejo banco despintado de verde, hemos bromeado, hemos hablado por los codos, nos hemos besado, ¡vaya si nos hemos besado!, y las horas han transcurrido deprisa... No sé ni qué hemos comido a mediodía, quizá una tortilla de patatas que vino con Ella, porque haciendo lo uno y lo otro se nos ha echado encima el crepúsculo.

Y a eso de las ocho y media, ya en el sofá de enfrente de la chimenea del comedor del viejo apartamento, con los reflejos dorados del atardecer entrando por el ventanal, su cabeza apoyada sobre mi regazo y mis caricias ensuciándole el pelo, ha sonreído

como una ardilla y me ha espetado:

—Jaime, necesito que te vayas a dar una vueltecita.

—¿Cómo?

—En esa maleta grande que está en el cuarto de tu tieta he traído unas cositas que quiero sacar ahora y necesito que no las veas.

—¿Secretitos?

—Intimidades.

—¿Y qué hago?

—Lo que quieras, pero vete por la puerta y no vuelvas hasta que te avise.

He obedecido y me he largado.

Me he tumbado en el césped donde suelo tumbarme, justo donde tú y yo nos dimos el primer beso (el auténtico dedal, el dedal original, debería decir ahora), y mientras me fumaba un Fortuna he ido contando las estrellas que se asomaban al balcón de la noche para enterarse bien de lo que se estaba cociendo en el viejo apartamento.

Unos quince minutos más tarde Ella me ha llamado al móvil. Ven, me ha ordenado. Voy, he obedecido.

Al entrar me he encontrado con las luces apagadas, una tarta con cuarenta y seis velas encendidas y sobre el sofá de enfrente de la chimenea muchísimos paquetes con regalos. Me ha recordado al salón de mi casa la noche de Reyes Magos cuando Pablete y Pelarañas eran pequeños, de modo que puede decirse que sólo faltaba un cubo con agua para los camellos junto a la salida a la terraza.

Yo vislumbraba su figura de cierva gracias al resplandor de las velitas de la tarta.

Ella se había puesto un vestido blanco con escote de barco y largo hasta los pies. Iba descalza. La melena, que por la mañana me pareció despeinada, se la había recogido en un moño alto dejándose la nuca despejada, aunque permitiendo, eso sí, que dos tirabuzones rojos le bajasen por ambos lados del rostro como si fueran dos signos de interrogación.

En la mano sostenía una rosa blanca.

—Te has vestido de novia.

—Sí.

—¿Por mi cumpleaños?

—Por nuestra boda.

—¿Te puedo besar?

—Primero sopla las velas y pide un deseo.

He apagado las cuarenta y seis velas con un soplido largo y constante, un solo soplido de lobo feroz ante la casa de los cerditos. Ella ha encendido entonces una lámpara con pie de madera torneada que hay sobre una mesita auxiliar al lado del hueco de la chimenea donde se guardan los troncos.

Seguía habiendo poca luz. Una iluminación muy tenue.

—¿Has pedido tu deseo, chico de las gafas?

—Sí.

—¿Me lo puedes contar? —Me he sentido igual de ruborizado que aquella lejana tarde en la Cueva en que Eme me forzó a confesar quién me gustaba.

—Ella, he pedido que tú seas la mujer de mi vida. Más aún, que lo hayas sido desde siempre...

—Pues si ese es tu deseo creo que ya se ha cumplido. Por fin, ya estamos casados, Jaime. Puedes besar a la novia.

La he ceñido por la cintura y mis labios y los suyos se han unido y se han sellado tal que se conectan dos órganos de un mismo cuerpo, de un cuerpo con el alma duplicada. Igual que el corazón con sus arterias o un pulmón con el otro, verbigracia. Por eso ha sido un beso tan revitalizador como una trasfusión de sangre entre vampiros o de aire de enfermera practicando el boca a boca a un soldado herido en la batalla de su vida.

Seguíamos de pie igual que si bailásemos lentamente en la pista de una sala de fiestas rodeados por cientos de hipotéticos invitados a nuestra boda. También porque el sofá estaba lleno de paquetes y ahí no quedaba sitio para nosotros.

—Ahora ya puedes abrir tus regalos...

—Qué barbaridad, están por todas partes. ¿Cuántos hay?

—Uno por cada cumpleaños tuyo que me he perdido. Empieza por esos del reposabrazos.

—¿Uno por cada cumpleaños que te has perdido?! Son muchísimos. Estás loca de remate.

—Sí, lo sé. Tú me has vuelto loca.

—¿Yo? ¿Con mis gafas y mi nariz de perro?

—Sí. Y con tus orejas de mono también. Sin desdeñar tu polla de caballo. —Se le ha escapado una carcajada brillante—. Vamos, empieza ya, Jaimito.

—¿No son demasiados?

—¿Demasiados? Sí. A decir verdad, casi incontables. Venga... Quiero recuperar a toda velocidad el tiempo perdido. Le he puesto a cada paquete una pegatina con el año en que te lo debí regalar y la edad que esa vez cumpliste. —He echado un vistazo, no sólo tenía la sensación de encontrarme ante toda una biografía de regalos de cumpleaños sin abrir, sino que además se había tomado la molestia de escoger un papel de envolver diferente para cada uno de ellos acorde con la época en la que me debieron ser entregados; los más antiguos, por ejemplo, estaban envueltos en papel de periódico reseco—. Son las cosas que en cada momento de tu vida te habría regalado si hubiera tenido ocasión. Me voy a poner al día... Toma, empieza por hoy mismo, por el 2006.

He cogido su primer presente. En la etiqueta ponía: «2006, 46 años». Resultaba blando. Lo he abierto.

¡Era un cordón para las gafas! ¡Como los que se pone mi ex!, pero eso no se lo iba a explicar, claro.

—Mucho me gusta, pero no lo voy a usar.

—Es para que te quites esa gomita tan ridícula de detrás de las orejas. —Para remarcar su argumento ha estirado la gomita y al soltarla ha hecho chas contra mi nuca.

—La gomita y yo somos lo mismo.

—Como deseas... Toma, el del año pasado. —Me ha entregado un sobre.

He leído la etiqueta: «2005, 45 años».

Enseguida he sacado lo que había dentro: dos entradas usadas para un concierto de Los Secretos de julio del 2005 en Los Viveros.

—Me encantan Los Secretos, como sabes, pero estas entradas ya han sido

utilizadas...

—Está claro. No imaginas lo que me ha costado conseguirlas. Pero el regalo no es el concierto sino el recuerdo del concierto. Tú y yo estamos recreando unos años juntos que en realidad se nos escaparon, que en realidad pasamos por separado, ¿cierto?

—Así es.

—Pues yo te ofrezco la prueba de que en el verano de 2005 estuvimos en un concierto de Los Secretos. Es nuestro primer recuerdo inventado. ¿A que ahora ya te acuerdas?

—Por supuesto —sonreí con infinita ternura—. ¿Cómo se me iba a olvidar aquel concierto del verano de 2005? La brisa marina de la noche te levantó la falda mientras cantábamos a capela el himno de nuestra generación, Déjame, y hasta yo me di cuenta de que o llevabas un tanga pelirrojo o no llevabas nada... Pedías una oportunidad —canturreando entre dientes— y yo no te dejé escapar».

—Qué capullo eres... Continúa.

«2004, 44 años» era una tacita de porcelana con el asa pintada de oro para mis cafés con leche fría.

—Es de anticuario, como tú, bombón.

Después ha venido el lustro del desempeño profesional, como si los caballeros no nos arreglásemos más que para ir a La Oficina. La típica serie de objetos que se regalan a los hombres suponiendo que lo masculino es obligatoriamente serio y tiene que ver con el trabajo. O tal vez dejando claro que los varones adultos carecemos de imaginación y que dejamos muy poco margen a la fantasía de los obsequios.

2003 ha sido pues una corbata azul marino con rayitas rojas como de colegial inglés que, por lo visto, es «muy tú», o sea muy yo. 2002, una bolsa de aseo de cuero viejo, muy bonita. Súper de macho egiptólogo, me ha dicho. Vaya con los egiptólogos machotes... 2001, una brocha de afeitar igual que la que gastaba mi padre para que me llene la cara de espuma y luego huela a aftershave Aqua Velva como los chicos pijos de nuestra época. ¿Quién huele a aftersave hoy en día? 2000, un cepillo eléctrico para limpiar zapatos, típico de la teletienda, al que he contestado con un «Pillo la indirecta, me cepillaré los mocasines». Y 1999, un maletín ancho para ir a La Oficina en el que cabe el bocadillo del almuerzo. No se lo he confesado, pero esto sí que me ha parecido una ideaza.

Los noventa, según me ha comentado la mar de divertida, debieron haber sido los años de aprender y de jugar con nuestros hijos. El regalo «1998, 38 años», pongo por caso, ha sido un Monopoli de las calles de Valencia. Después, por 1997 me ha obsequiado con una primera edición de La ciutat de València, de Sanchis Guarner, y yo he dado gracias al cielo porque lo considero una joya para mi biblioteca.

—El libro con el que habrías explicado a nuestros hijos la historia de su ciudad; lo habrías hecho fenomenal —me aclara.

1996 era un paquete cuadrado y bastante grande: dos cestas delanteras para bicicleta de paseo. Una para cada uno. Soñando con haber salido los domingos de primavera por la mañana de pícnic en bici con nuestros niños, en eso consistía el tema.

—Las bicicletas están plegadas en el maletero del coche, no las he podido bajar yo sola —ha murmurado Ella.

—Lo de incluir una bici para ti hace que sea un poco un regalo bumerán, no digas

que no, o sea un regalo que lanzas, pero que luego te vuelve —le he soltado de broma.

—¿Qué esperabas, tontito, que yo no me llevara mi ración de premio? —ha exclamado entonces, antes de arrearme un beso con la boca llena de risa.

—Gracias entonces por ese regalo para ti misma. —Yo me reía también.

—Sigue, Jaimito, que vas despacito. Sigue que quiero que llegues al final.

Por 1995 me ha caído un «pack experiencias» de paradores, dos noches en el parador de turismo de mi elección con cena romántica a la luz de la luna y copas de champán de bienvenida incluidas.

—Un fin de semana sin los niños, dándole con el fuelle a las brasas de la pasión —ha sido su comentario.

1994 me ha dejado un despertador de los de antes, uno de esos redondos con un timbre arriba y a los que hay que dar cuerda, semejante al que debimos haber utilizado para no llevar tarde al colegio a Pablo, a Pelarañas y a su hijita también. Por «1993, 33 años» me he visto sosteniendo un paquete familiar de pañales desechables y por «1992, 32 años» un cartón de Fortuna.

—Los pañales son los que debimos haber gastado con nuestros bebés y los cigarrillos los que te tocaba fumarte en el paritorio o a la salida del curso de preparación al parto tras mi bronca por no saber interpretar mi estado de ánimo —ha sido la explicación.

Conque, como era de esperar, 1991 se ha presentado en una cajita rectangular que, una vez descubierta, va y era un test de embarazo.

—Sin comentarios, Ella. —La he mirado con complicidad.

—Prepárate, niño de las gafas, porque no sé si te acuerdas, pero en 1990 nos casamos... Ja, ja, ja, quizá tú ibas a proponer otro año para nuestro matrimonio inventado...

—El noventa es un año estupendo para habernos casado...

—Pues entonces abre el regalo de bodas.

—¡Che, che, che..., un viaje a Venecia! Me encanta, nunca he estado.

—¿Perdón...? ¡Estuviste en 1990! A ver si nos vamos enterando del entretenimiento este..., aunque ahora vamos a volver para revivirlo. Lo de ahora se podría considerar nuestra reboda.

—Eres genial. Exacto. Gracias por este viaje. ¡Y por el recuerdo del de novios del noventa, claro!

—Todos los que vienen a continuación son lógicamente regalos de cuando debimos haber sido novios...

Y, en efecto, «1989, 29 años» ha consistido en una caja de preservativos talla XL; Ella sabrá por qué esa talla que yo diría que ahora me está más bien holgada. «1988, 28 años», en un vale por un paseo en globo aerostático sobre la sierra Calderona con la empresa local AOVV (Adventure Over The Valencian Vineyards S. L.), que, pese a que tenga un nombre en inglés, es del hijo del amo del merendero el Moscatel Bar metido a emprendedor. «1987, 27 años», en una bufanda de punto que sostiene haber tejido por sí misma en aquella época, en sus largas sobremesas viendo Falcon Crest. «1986, 26 años», en unas gafas de sol Ray-Ban modelo Aviator Classic, de lentes verdes, cien por cien protección contra los rayos ultravioleta, las de Tom Cruise en Top

gun, aunque sin graduación, conque no las puedo usar.

—Por cierto, Ella, como imaginarás, jamás he tenido unas gafas de sol, los intelectuales no llevamos de eso... —le he largado con altivez.

—Pues no es lo único en que te vas a haber estrenado conmigo, chico de las gafas de ver.

—¿Ah, sí? ¿Y en qué otra cosa me he estrenado contigo?

—Tú sigue y ya verás.

He seguido. Dentro de «1985, 25 años» había un puzle de mil piezas del Nacimiento de Venus de Botticelli.

—¿Cómo sabías que este cuadro representa para mí la esencia de cuanto las mujeres sois, básicamente inteligencia y belleza superior? —he inquirido con sorpresa.

—Mi deber hoy, Jaimito, es acertar, y para eso durante estos dos meses y pico me has contado más cosas sobre ti de las que en este momento puedes imaginar —ha sido la enigmática respuesta que he recibido de la pelirroja.

Estaba tan entusiasmado con mis regalos que no paraba de subir y bajar las cejas y, por supuesto, recolocarme las gafas moviendo la nariz.

A continuación, el regalo de 1984 era un lomo embuchado que debí haberme llevado a la mili (un lomo embuchado, Eme, me troncho, ¿llevará un alma reencarnada dentro?) y el de 1983, menuda originalidad, un curso de inglés en el British Institute, como si yo fuera a buscar trabajo en el extranjero próximamente. Aunque, a decir verdad, en 1983 me habría venido de perlas para, tal vez, no acabar en La Oficina o acabar en La Oficina, pero con un puesto superior, como Manoli. Figúrate: Jaime Monzón Mata, english spoken. Suena de maravilla.

1982 fue el año del cambio, los socialistas ganaron las elecciones por primera vez desde la guerra, así que ese año Ella me habría regalado un casete que se llama Víctor y Ana. Una recopilación de ese año que lleva el arco iris en la portada y parece recién cogido del expositor de una gasolinera. Bueno, Víctor Manuel y Ana Belén, está bien tirado, es coherente con la época. Aunque yo lo habría preferido en formato cedé.

—Imposible encontrar el disco —dice Ella.

—Nuestra aventura de maduritos es de canción de Víctor Manuel. Los enamorados de hey, sólo pienso en ti, diciéndose eso de nada sabe tan dulce como tu boca.

—A mí me encanta No volverán. Me recuerda a mí en estos momentos. Ya sabes, la mujer que no proyectó ser infiel, pero que no se siente culpable y que está feliz porque ya no volverá a ser reina de una casa ajena. La protagonista de esta canción, igualita que yo, tenía el cuerpo atrofiado de esperar.

—¿Esperar? ¿A quién?

—A ti, Jaime. Toda la vida a ti. ¿A quién sino, celosillo? Vamos, que ya estamos terminando.

Para 1981, por suerte, sí que ha encontrado el auténtico elepé en vinilo de Alma, de Luis Eduardo Aute. Entre sus canciones, No te desnudas todavía en la cara A y Ay de ti, ay de mí en la cara B.

Aunque pasara una eternidad frente a un café con leche fría en el Nodo inspirándome, yo no sabría contar mejor la historia de amor de Ella y mía que Aute en estas dos canciones.

¿He mencionado el Nodo? Pues ese ha sido mi siguiente regalo: «1980, 20 años» era

iuna silla del bar Nodo!, una de esas de formica que simula ser de madera marrón clarito con vetas marrón oscuro tan en boga en los bares de los setenta. Una de verdad. Mi propia silla del Nodo, para ser exactos. Y con el respaldo firmado con rotulador por todos los miembros de la peña «De portería a portería es una chulería», como si fueran futbolistas autografiando un balón de reglamento.

—¡Una silla del Nodo! Estás como una cabra.

—Esta sí he podido bajarla del coche mientras estabas tumbado en el césped fumando... Le conté mi idea a San Miguel y le encantó. No me la cobró. Y lo de que la firmasen los miembros de la peña se le ocurrió a él.

—Me vas a hacer llorar de emoción...

—Me ha dicho que esta es la silla en que te sentabas a escribir poesías cuando eras estudiante. Que concretamente esta era tu silla de escritor.

—Cierto, mi silla de escritor... Pero eran poesías a otra chica.

—¿A Eme?

—Sí. No me acordaba de que sois amigas.

—Pues no me importa. Quiero que tengas tu silla de poeta en casa. Lo que viene ahora es todo de poeta.

«1979, 19 años» ha sido el Diccionario de sinónimos y antónimos de María Moliner. «1978, 18 años», una pluma Parker Vacumatic, versión Lockdown, también conocida como Flecha Dorada, que pudo haber usado Hemingway durante su apasionada convalecencia en el hotel Voramar de Benicasim. «1977, 17 años» una libreta Moleskine para que copie y conserve mis pensamientos y mis sonetos, como si valieran la pena.

«1976, 16 años», un conjunto de cuadernos de caligrafía Rubio.

—Para que mejores esa letra pretendidamente inglesa tan torturada que te sale al escribir deprisa o ahorrar papel. A veces, cuando quieres que te quede bien un texto, la haces redondita como las monjas de mi colegio y el resultado aún es peor, ¡es cursi!

—¿Y tú qué sabes qué letra tengo, pelirroja?

—Yo sé muchas cosas, sexi chico de las gafas... —Estaba preciosa con su vestido blanco, sus pies descalzos, sus pecas pintadas, sus ojos azules y su cabello peinado despeinado, recogido, pero no del todo, sometido, aunque libre, rojo como el fuego.

Y de pronto un escalofrío me ha recorrido la espalda.

—Ella, sólo quedan dos regalos. Algo no cuadra... Yo nací en 1960, no en el setenta y tres.

—Ábrelos, mi amor.

—A no ser que...

—Tú ábrelos.

«1975, 15 años», ha sido un ejemplar de Peter and Wendy y de Peter Pan in Kensington Gardens de James M. Barrie de Penguin Classics, edición de bolsillo.

—¿El curso de inglés es para que entienda este libro?

—Ja, ja, ja, lo entiendes demasiado bien como para leer el original. Podrías haberlo escrito tú... Este viejo apartamento en el que nos vamos a encerrar es tu isla de Nunca Jamás. Aquí el tiempo está detenido en el setenta y tres.

—¿Sabes que el nombre de Wendy en realidad es Gwendolyn?

—Me encanta. Igual que Eme es Marina —ha respondido Ella.

—Tiene una dedicatoria: «Para el coinventor del beso». —Hice ademán de aproximar mis labios a los suyos porque no sabía qué decir, pero Ella se retiró.

—¡No te pares ahora, abre el último regalo!

—Pero...

—No te pares.

—¿Lo abro?

—¡Ábrelo!

Con manos temblorosas y casi sabiendo qué iba a encontrarme bajo el envoltorio, he descubierto mi último regalo: «1974, 14 añitos».

—El de 1973 ya te lo di en su día —me iba diciendo Ella mientras tanto—. Fue una camiseta del Valencia con el número 4 de Antón, ese machote que le gustaba a tu madre, ¿no te acuerdas? Entonces las camisetas no llevaban el nombre de los futbolistas, ¿verdad? Parece que te estoy viendo con la camiseta puesta y manchada de tarta de chocolate. Ese cumpleaños no me lo perdí. —Los ojos azules le brillaban llenos de lágrimas contenidas.

Como suponía, el último regalo ha sido una foto antigua en un marco. Una foto igual a otra que me ha acompañado siempre.

La foto de una niña iluminada por un atardecer, con los ojos azules como gotas de agua, trenzas y un jersey de ochos rojo sobre uno de cuello vuelto blanco.

—Tu foto.

—Mi foto.

La foto de nuestra vida. La he puesto sobre la repisa de la chimenea.

—Eme, eres tú.

—Jaime, siempre he sido yo.

—Hoy empieza de verdad nuestra new life, Marina.

—Chico de las gafas...

—Eme...

—New Eme. Para ti New Eme, Jaimito.

¿Cómo contar el abrazo, el beso y las lágrimas que se han mezclado a continuación?

Tú llorabas, me mordías, llorabas, me apretabas entre tus brazos, llorabas y yo lo mismo. Y nos reíamos, además nos reíamos. Madre mía, nadie se ha reído tanto como tú y yo esta noche después de abrir el último regalo.

—¿Desde cuándo sabes que soy Eme?

—Desde la primera vez que te vi mirándome por encima del hombro de tu marido en el bar Nodo aquel 20 de abril que jamás se me va a olvidar. No sabía cómo acercarme a ti y entonces se me ocurrió la tontería esta de enviarte una carta de suicidio a casa de tus padres. Bueno, dos cartas de suicidio que resultaron ser tres, a ver cómo reaccionabas...

—Eres un tipo muy singular, Jaime. Tienes mucha guasa... Por cierto, sí, menos mal que todo, cartas, flores y poemas, todo lo has enviado a casa de mis padres... Ese ha sido un domicilio seguro para tu correspondencia, lejos del alcance de mi marido, Blan-blan, como lo llamas tú. —Ha puesto sus ojitos de chinita pícara.

—Me desconcertó un poco que ahora fueras pelirroja y que tuvieras pecas pintadas, aunque no tuve ninguna duda: eras tú. Únicamente la coinventora del beso podía hacerme temblar como un flan con sólo reaparecer a lo lejos. Y tú, Eme, ¿me

reconociste también a la primera?

—Sí, Jaime. Estabas de espaldas y esperé a que te girases, pero estaba totalmente segura. Nadie más lleva una goma en el cogote para que no se le caigan las gafas.

—¿Y qué pensaste?

—Que estabas muy feo, como siempre. Y me parecía muy divertido tenerte ahí, justo ahí, delante de mí después de tantos años. Y tú, ¿qué pensaste tú?

—¿Yo? ¿Qué iba a pensar yo, Eme? Creí que me iba a dar un infarto. De pronto se difuminó todo a tu alrededor y nada más que permanecían enfocados tus ojos azules. Pensé que se me estaba realizando un sueño. ¿Te asusté con mis catastróficas cartas de suicidio?

—La verdad es que como táctica de acercamiento resultó un poco patética. Extravagante, diría yo. Como el auténtico Jaime Monzón que eres, intentaste darme pena en vez de cortearme, en este sentido no has cambiado nada, niño. La primera carta, desde luego, me la tomé muy en serio. Y la segunda también. Me asusté una barbaridad. Si te acuerdas esos días procuraba pasar por el bar Nodo y me asomaba por la ventana para cerciorarme de que seguías ahí frente a tu café con leche fría. Y el día del garaje..., ¡Dios mío, el día del garaje! Me dejé atropellar para evitar que fueras a estrellarte contra un camión. Después de esa tarde, ya entendí que todo era un juego y lo seguí. O una estrategia, no sé.

—No, Eme, no era un juego. Al menos al principio, más tarde ya sí. Pero al principio estaba dispuesto a todo. Escribí las primeras cartas de suicidio para que me llamasen. Buscaba provocar alguna reacción por tu parte. Desde luego, no me iba a matar, pero necesitaba que te fijases en mí.

—Pero, alma de cántaro, después de treinta y tantos años sin saber nada de ti, ¿cómo iba a llamarte simplemente porque me escribieras unas cartas tan trágicas y espeluznantes?

—Ya, tienes toda la razón...

—Me quedé de piedra, eso desde luego, y, queriéndote como te he querido toda la vida, puse todo de mi parte para evitar que consumases tu propósito. Pero argumentar contra tus monólogos febriles a vuelta de correo, ¿para qué?

—O sea que me tomaste en serio...

—Jaime, que nos conocemos, querido. Te tomé muy en serio porque estas estupideces son típicas de ti.

—¿Y nunca tuviste la tentación de responder a una carta?

—Sí. Dos veces estuve a punto de contestarte. A las primeras cartas, claro, para decirte: «¡No te mates!». Y, más tarde, a aquella otra en que me recordaste con pelos y señales lo que sucedió ese día horrendo en que nuestros padres nos separaron. Me pasé dos días melancólica llorando como una colegiala. Quería decirte que Tiro no era negro sino gris, gris muy oscuro casi negro, que es un color que los chicos no sabéis que existe. Me tocaste el corazón con esa carta, bueno, con todas. Me encantan tus cartas desesperadas. Por cierto, qué horribles son también tus poesías, ¿cómo no ibas a volverme loca?

—Y cuando comprobaste que no iba a matarme, que exclusivamente estaba llamando tu atención, dime, Eme, ¿por qué seguiste sin responder a mis cartas y a mis versos?

—Ja, ja, ja, me pareció una fantasía genial esta de que escribieras a Eme mientras ligabas con Ella. Que me fueras contando, con tu estilo recargado y como si yo fuese otra, tus progresos sentimentales conmigo misma. Ha sido excitante ser Ella y tirarme al enamorado de Eme.

—Del buen amor también el buen humor.

—Sí, eso. Ha sido muy gracioso. Si lo contases en un libro nadie se lo creería. Dos novios separados de adolescentes se reencuentran treinta años más tarde y empiezan otra relación fingiendo que no se reconocen; mientras tanto, el chico le escribe cartas a esa misma chica que fue su primer amor trasladándole los pormenores de su romance con esta nueva mujer que es Ella misma, menudo embrollo. Como juego ha sido entretenidísimo y como fantasía muy carnal; ahora bien, como argumento un disparate, un completo disparate.

—Para mí también ha sido muy gracioso, y muy inspirador escindirte entre Eme y Ella. Aunque te confieso que en algunos momentos me he confundido con las dos.

—En Benicasim, cuando hicimos el amor por primera vez, me llamaste Eme...

—¿De verdad?

—Sí, ja, ja, ja...

—¿Y no me dijiste nada?

—No, no... Me gustó. Jaime, me gustó mucho que en ese preciso instante no te saliese más nombre que el mío. De todas las parejas que conocemos seguro que no hay otra con una historia tan hermosa como la nuestra, chico de las gafas.

—Oye, Eme, ¿y lo de dejar las rosas y la nota esa de «ESPÉROME, ESTOY VOLVIENDO» en la puerta de tu apartamento?

—Me mondo de la risa. ¿Te impactó? Ese domingo también yo había venido a los viejos apartamentos a recordar los buenos tiempos. Con tus cartas avivaste mi nostalgia... Me colé por debajo de la tela metálica de la pista de tenis, exactamente por donde nos escapábamos de pequeños. Entonces te observé llegar y, mientras deambulabas alucinado por el jardín, con las rosas blancas que me enviaste y que llevaba en el coche, ya que no podía ponerlas en casa sin explicarle a mi marido de dónde habían salido, se me ocurrió prepararte esa instalación de broma.

—Me llevé un susto de muerte con las rosas y el cartelito.

—Lo sé porque después te seguí al bar Nodo.

—Ya, ya... Y fuiste y pegaste la cara al ventanal justo cuando yo estaba diciendo que había sufrido una aparición y provocaste la estampida de la peña «De portería a portería». Aún se habla allí del fantasma de la pelirroja bajo la farola.

—¡Qué bueno, Jaime! Luego asistí sin mi marido a la fiesta ochentera del Alameda Palace porque en tus cartas dijiste que tú ibas a ir.

—¿Entonces fuiste por mí y no por George Clooney?

—No, no, no... Fui por George, pero él me dejó tirada y me conformé contigo.

—Ya decía yo. —No tenía manos bastantes para abrazarte y tocarte por todas partes al mismo tiempo.

—Tampoco estuvo mal lo de la «Oración de Marina a San Judas Tadeo» en el periódico, ¿verdad?

—Para nada. Gracias a estos detalles yo intuía que las cartas te estaban llegando, que las estabas leyendo y que los dos jugábamos al mismo juego, Eme.

—¿Y lo de presentar a nuestros hijos? ¿Cómo te vino eso a la cabeza, Jaimito?

—No sé... Acababa de ver la foto de tu hija en el despacho de Blan-blan y creí que era una buena idea. Que si al final tú y yo no lográbamos llegar a estar juntos sería precioso que al menos mi hijo y tu hija tuvieran la oportunidad de vivir nuestra historia, la oportunidad de vengarse del destino por nosotros. ¿Crees que Pablete y Mariola se van a gustar?

—Ay, estoy segurísima de que sí. A poco que se nos parezcan se van a enamorar como locos... Por cierto, Jaimito, menudo pollo le montaste a mi marido en su despacho. Estuviste a punto de descubrirnos y que todo se fuera a la mierda por tu culpa. Tuve que convencerle luego de que no te conocía de nada y palabrita del niño Jesús que resultó muy difícil, casi imposible.

—Se lo tenía merecido por hijo puta.

—¿Era necesario que te inventaras todo eso de los maletines y las comisiones y que le insultaras en la cara?

—Fue para darme importancia, pero también para joderle. Es que le tengo mucha tirria... Ha vivido mi vida contigo.

—Tienes celos.

—Sí, muchísimos. Como ya te he dicho mil veces y escrito otras tantas, le tengo celos retrospectivos.

—Pues no deberías. En toda mi vida sólo a ti te he querido de verdad. Y luego, como en esta casa vamos a inventarnos un pasado juntos, pues los celos retrospectivos también te los puedes ir quitando. En cuanto este proyecto de vida duplicada esté en marcha ya no habrá existido para mí más hombre que tú, ni más mujer para ti que yo. Ya verás, gracias al Photoshop, qué fotos antiguas tan chulas vamos a tener de nuestro nuevo pasado juntos.

—¿Y el tatuaje de una pequeñísima mariposa del tobillo? ¿Te lo hiciste por Blan-blan Sánchez?

—¿Crees que ese tocino con ojos aprecia este tipo de detalles delicados? Por favor... Que no es un tatuaje, sino una mancha con esa forma.

—Pues de pequeña no la tenías...

—Me salió unos años más tarde de tanto tomar el sol en Mallorca. —La sonrisa de ardilla otra vez.

—Bueno, pues vale. Me lo creo... —me resigno—. Pero él fue el primero en hacer el amor contigo.

—Escúchame, idiota, en este mundo privado nuestro no es que él no vaya a existir, es que simplemente no ha existido. Y además, tú has sido el primero y el único al que he amado, ¿cuántas veces te lo he de repetir?

—Todos los días.

—Pues te lo repetiré todos los días, tontito. Y no seas tan celoso, que con la bronca con Blan-blan a puntito estuviste de cagarla bien cagada.

—Che, tampoco estuvo tan mal ponerlo a parir. Resultó motivador.. ¿Era muy caro el tronco artístico tan carcomido que me cargué?

—Ja, ja, ja, carísimo.

—Que se joda... Oye, cariño, y ¿cuándo decidiste que había llegado la hora de confesarnos que Ella y Eme erais la misma persona?

—Cuando me propusiste casarnos ante nosotros mismos, elaborar un pasado alternativo común y compartir un futuro paralelo en el viejo apartamento de Frontera en el que inventamos el beso. Entendí que Eme y Jaime merecían reencontrarse después de tantos años y tantos sufrimientos. Decidí entregarte mi foto y ponerla junto a la tuya. Yo también la he conservado toda la vida.

Nos hemos abrazado y nos hemos vuelto a dar el primer beso de nuestra vida. Hemos vuelto a empezar por el principio del sexo.

—Eme, ha sido bello jugar contigo a Ella y el chico de las gafas. Y recuperarte.

—Jaime, es un privilegio que te hayas esforzado tanto para reconquistarme.

—Ya no vamos a separarnos nunca más.

—Nunca más. En la fortuna y en la pobreza. En la salud y en la enfermedad.

—¿Te acuerdas de nuestro primer beso?

—¿Del que inventamos hace treinta y tres años? ¿Cómo olvidarlo si lo acabamos de repetir?

—¿Y ahora qué, Eme?

—Ahora, aquí va a pasar algo...

Y algo ha ocurrido, con tanta delicadeza, tanta naturalidad, tanta compenetración, tanta fuerza que por un momento hemos sido eternos. Por un instante el tiempo se ha detenido entre tu cuerpo y el mío; mejor, con mi cuerpo dentro del tuyo.

Después su vestido de novia arrugado en el suelo nos ha oído decir:

—¿Qué has hecho todos estos años, Jaime?

—Esperarte en el viejo apartamento, Eme.

—¿Y qué habrías hecho si no hubiera vuelto?

—Seguir esperando.

—¿Siempre?

—Siempre.

—¿Hasta que te murieses de viejecito?

—No. Eternamente. Yo no podía morir hasta que tú no regresaras. La vida de todos es una novela, y la nuestra también, y de este modo, tal y como debe ser en las novelas, en tanto no se cumple el final no puede llegar el final. ¿Lo entiendes? Mi vida no podía acabarse hasta que tú no hubieras vuelto. Hasta que no ocurre el final no llega el final.

—¿Y esto es el final?

—No, esto es la continuación del principio, pero, ahora cuando llegue el final, estaremos preparados para el final.

—Jaime, soy feliz.

—Que no te dé miedo. Y ve acostumbándote, Eme. Te va a pasar mucho a partir de ahora.

—Mi palabra favorita es... volveré.

—La mía era... volverás.

Hemos vuelto los dos.

Querida Eme, estás durmiendo en el viejo apartamento, en la cama de matrimonio. En nuestro hogar. El destino se ha cumplido.

Enseguida doblaré estos folios, los meteré en un sobre, dejaré el sobre debajo de tu almohada y me acostaré contigo. Por fin, somos dos mitades soldadas de un amor

único, dos partes fundidas de un cuerpo único. Por fin la vida ha rectificado su gran error del setenta y tres.

Ya no tengo nada más que escribir.

Ahora, a vivir, Jaime. A vivir, Eme. ¡A vivir! ¡A vivir! Que escriban los desgraciados, a mí me toca vivir. El escritor es el fotógrafo en una boda en la que los demás disfrutan mientras él los retrata disfrutando, sin participar. Yo ya no soy más el fotógrafo, a partir de hoy seré el novio. Que escriban los solitarios y los abandonados, yo: ¡a vivir!

Mañana mismo tengo que proponerte que dejemos de fumar.

En Valencia hace mucho calor.

Esta historia se acaba con la siguiente frase: al final Jaime Monzón encontró en un ilusionante futuro el amor tantas veces soñado en el pasado.

Te quiero, Eme. Siempre te he querido. Siempre te querré.

Hazme sitio en la cama que voy a soñar a tu lado.

Aquí se acaba mi relato. Hoy sí, hoy descansaré en paz.

Mi adolescencia me exigía hablar de Ellas, de mis dos vidas, y por fin lo he conseguido.

Todos tenemos dos vidas, la de niño y la del niño viejo que viene después. Para Ellas nunca nos hacemos mayores de verdad.

Primavera de 2016

Queridos Pablo, Mariola y Pelarañas, lo más difícil fue conseguir un muerto para así poder resucitar. Sin otro muerto que no seas tú no hay resurrección posible, y no es que abunden por ahí.

Por otra parte, nosotros necesitábamos dos cuerpos y sólo conseguimos uno, que además era de varón, conque Eme hubo de conformarse con desaparecer en el mar sin dejar cadáver y, por tanto, claro, sin funeral. Teniendo en cuenta que Jaime no quería funeral y que Eme sí, comprenderéis enseguida que la ejecución del plan de huida tampoco nos ha salido tan a pedir de boca.

Aunque no nos podemos quejar.

Si estáis leyendo estos últimos folios significa que llegasteis al viejo apartamento de Frontera, que descubristeis nuestra vida secreta y la casa llena de fotos falsas de nuestra historia matrimonial inventada y que tenéis ante vosotros las cartas y los capítulos que dejamos sobre la repisa de la chimenea.

Os debemos una explicación.

Las cartas las escribió Jaime cuando nos reencontramos treinta y tres años después de que nos separasen nuestros padres, y los capítulos también los ha escrito Jaime, pero diez años más tarde, relatando en este caso vuestra reacción ante nuestras muertes simuladas.

Pensamos en refundirlo todo en un solo texto explicativo, pero tras darle muchas vueltas, al final llegamos a la conclusión de que las cartas tal y como fueron escritas para conquistar a Eme tenían un extraordinario valor testimonial, histórico, que eran divertidas y que os gustaría recibirlas tal cual. Que de este modo os haríais una idea muy precisa sobre cómo ocurrió todo, una idea muy precisa acerca de la verdad sobre vuestros padres.

A continuación, los capítulos servirán para que sepáis que os estábamos mirando. Y también para complementar esas cartas y transmitir el inmenso respeto que os tenemos, lo importantes que sois para nosotros y hasta qué extremo os amamos.

Os queremos tanto que, para no interferir en vuestro pacífico desarrollo, nos hemos pasado una década escondidos en el viejo apartamento. Sí, de nuevo nos hemos sacrificado, pero esta vez con el único propósito de permitir os crecer sin conflictos.

¿Qué ocurrió entre el padre de Pablo y Pelarañas y la madre de Mariola? Ahora ya lo sabéis todo.

La historia de amor de vuestros padres, una historia no tan diferente a la de muchos adolescentes nacidos en España en los sesenta, ya es también parte de vuestra propia historia.

Eme y Jaime, nosotros, nos conocimos en 1973, cuando la familia de Eme alquiló uno de los viejos apartamentos Garbí en Frontera de Aragón, donde veraneaba la familia de Jaime. Teníamos entonces, ¡qué vértigo!, trece años. Durante aquel curso y el verano que vino luego fuimos enamorándonos poco a poco y nos lo confesamos a mediados de septiembre, a punto ya de volver al colegio. Una noche en el jardín nos dimos el primer beso de nuestras vidas y resultó inolvidable, literalmente inolvidable.

Inventamos el beso.

Era aquel un amor de niños, aunque también un primer amor verdadero con toda la fuerza de unas piernas que se están estirando y unos sexos que están floreciendo y rezuman su primera miel. Un amor que probablemente se habría acabado con naturalidad pasado algún tiempo y algunos experimentos, si nadie lo hubiera intentado arrancar de raíz.

Tal y como relatan las cartas, una de las últimas mañanas de aquel verano del setenta y tres se anunció que unos terroristas habían secuestrado a Clara Víboras, hija del subgobernador civil, don Miguel Víboras. Nuestras madres, aún alteradas por las leyendas sobre fugas y asesinatos del Lute, se alarmaron y nos prohibieron salir de los viejos apartamentos. Semejante prevención no hizo más que excitar nuestra curiosidad y, consecuentemente, cogimos las bicis y nos escapamos en compañía de los dos primos con bigotito adolescente de Jaime a buscar a la chica desaparecida.

Y la encontramos.

Clara no había sido secuestrada ni nada parecido, se había fugado con Patrick, un jardinero belga, pobre y sin futuro en la España de entonces, al que el subgobernador Víboras jamás aceptaría como yerno. Poseídos como estábamos por nuestro propio amor, decidimos, pues, ayudarles y los llevamos a pasar la noche resguardados en una cabaña que teníamos a la que llamábamos la Cueva.

Dormimos juntas las dos parejas.

Nuestro perro Tiro se quedó en vela, vigilando.

Al amanecer, se presentó la Guardia Civil ante la Cueva buscando a Clara y a Patrick para llevárselos, a Clara a casa, a Patrick al cuartelillo.

Nosotros entonces tomamos la decisión más importante de nuestras vidas. Y de las vidas de Clara y Patrick también: resolvimos salir en su lugar.

Nos prestamos a ser conducidos ante nuestros padres como si nosotros mismos hubiésemos sido sorprendidos en una fuga, dándoles así la oportunidad de que ellos siguieran su escapada y lograran el objetivo de casarse y sentirse dichosos.

Si hubiéramos imaginado entonces las consecuencias que aquel generoso e inocente gesto iba a acarrear, quizá no hubiéramos dado el paso adelante, pero éramos muy pequeños y estábamos completamente enamorados del amor.

Antes de entregarnos a los guardias en sustitución de Clara y Patrick, los cuatro nos prometimos hacer lo imposible para reunirnos de nuevo algún día. Y ellos, aunque no lo verbalizaron, adquirieron un compromiso ante nosotros de quererse fiel y limpiamente por el resto de sus días. Siendo conscientes los cuatro de la dureza del castigo que nos esperaba a nosotros dos, estaba implícito en nuestra dramática

despedida que Clara y Patrick honrarían en el futuro nuestro heroísmo con su felicidad.

Para nosotros las consecuencias fueron como cabía esperar, o peor.

Pensad que hablamos de cuando aún vivía Franco y los correazos a los niños no sólo estaban permitidos, sino que se recomendaban. «La letra con sangre entra», se decía.

Nuestros padres pensaron que habíamos pasado la noche entregados a pasiones inaceptables, que Eme podría estar incluso embarazada, conque, después de una riña y un castigo memorables, nos extraviaron para siempre. Nos cortaron todo trato posible. La familia de Eme se marchó y jamás volvió a alquilar un viejo apartamento en los Garbí de Frontera.

Tuvimos prohibido vernos, llamarnos y escribirnos.

No volvimos a saber nada el uno del otro.

Nos quedó el recuerdo del beso que habíamos inventado y un agujero como un disparo en el lado izquierdo del pecho.

Lloramos mares, océanos, aunque cada uno por su lado.

Después, golpe a golpe, mes a mes, la realidad se fue imponiendo. Cumplimos los catorce, quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho..., y no es que nos olvidásemos, pero tuvimos que retomar nuestras biografías como si fuésemos viudos. Cada uno siguió su propio camino.

Y nos casamos con otras personas. Eme con el padre de Mariola y Jaime con la madre de Pablo y Pelarañas.

En treinta y tres años residiendo en la misma ciudad no nos encontramos una sola vez. Valencia no es tan grande y, aun así, ya veis, alberga múltiples universos alternativos. Puedes pasar una eternidad en Valencia y no coincidir ni en una sola ocasión con la única persona a la que buscas. Las ciudades son laberintos de vidas demasiado cortas como para cruzarse dos veces con un mismo amor.

Parece mentira, aunque es verdad, en más de treinta años no supimos nada el uno del otro, nada de nosotros.

Sin embargo, eso sí, todos los días, sin faltar ninguno, seguimos recordando aquel beso en los labios.

Hasta que hace diez años, una tarde de abril de 2006, inesperadamente se entrelazaron nuestras miradas en el bar Nodo y de inmediato nos reconocimos.

Lo que ocurrió a continuación lo tenéis narrado en las cartas. Fingiendo un intento de suicidio —imenuda táctica más patética!—, Jaime reinició el contacto y la relación. Y el amor, del que las brasas jamás se habían apagado del todo, volvió a prender en llamas rápidamente, y con una intensidad de la que antes no se había tenido noticia en España. Y seguramente tampoco en Europa, al menos en el nuevo siglo XXI.

Nos hicimos novios de nuestra edad, de los de después del primer matrimonio.

A esas alturas, Jaime estaba recién divorciado, pero Eme seguía mal casada y, por no perder a Mariola, que atravesaba una edad difícil, descartaba separarse. Así que decidimos acomodar el viejo apartamento de Frontera, que fue testigo de la invención del beso, como vivienda paralela y convivir ahí, excepto las noches entre semana que Eme tuviera que disimular durmiendo con su marido o los fines de semana que a Jaime le correspondiera disfrutar de sus hijos, cuya custodia tenía atribuida su ex. Aceptamos adaptar nuestro amor infinito a las fronteras finitas de las circunstancias, al menos por una temporada. Y esa temporada ha durado diez años.

Dado que partíamos del convencimiento de que nos robaron el tiempo en que tuvimos que haber disfrutado de nuestro amor, optamos por inventarnos ese pasado de novios y recién casados que nuestros padres prohibieron que aconteciera, llenando el viejo apartamento de viejas fotos modificadas con Photoshop. Fingimos que eternamente estuvimos unidos y nos hicimos a la idea de que los tres erais nuestros hijos en común.

Jugábamos a papás y a mamás.

El hecho de que Pablo y Mariola os enamoraseis nos enterneció y nos hizo presentir que los hijos os vengaríais del destino en nuestro nombre. Ojalá vaya todo sobre ruedas y los nietos que nos deis sean casi genéticamente como habrían sido los hijos reales que Eme y Jaime no tuvimos juntos. Que nacerán con gafas y sonrisa de ardilla.

A lo mejor no os gusta enteraros, pero nuestra pasión renacida se ha amamantado de nuestros sexos. Tenemos relaciones sexuales apasionadas, divertidas, a veces hasta surrealistas. Sí, estamos viciados con el dale que dale.

Quedaos con la certeza de que juntos lo hemos probado todo. Todo, todo... De hecho, los dos estamos convencidos de que lo que conocimos antes de que este volcán entrara en erupción no era realmente sexo, sino algo más parecido a la gimnasia o a la lucha libre. Sin sexo, nuestro amor rescatado habría sido de asilo, el de los típicos abuelitos que se reconocen sorbiendo sopas en la residencia y que se sientan en un banco en el arcén a ver pasar los coches. Bonito, pero sin sustancia.

Y hemos pasado así una década, de 2006 a 2016: felices, aunque enclaustrados en el viejo apartamento de Frontera.

En efecto; felices a medias, casados a medias, recobrados a medias... Lentamente nuestra vida duplicada se fue convirtiendo en una vida a medias.

Nadie ha sabido nada de lo que ha pasado en este viejo apartamento entre 2006 y 2016, y no es que anhelásemos exhibirnos, pero sí que ansiábamos amarnos a plena luz, abiertamente, sin miedo... Deseábamos pasear de la mano ante las narices de los policías municipales, entrar pegados en el probador de Zara, comernos la boca en el coche mientras está el semáforo en rojo o llamarnos amor delante de los camareros que toman la comanda. Che, lo que cualquier pareja hace con toda normalidad.

Empezábamos a fatigarnos de ser libres sólo en nuestro escondite.

Y entonces sucedió el milagro: una noche, Clara Víboras llamó a Eme.

—¡Clara Víboras, menuda sorpresa!

—¿Te acuerdas de mí?

—¿Cómo olvidaros?

—¿Qué fue de vosotros? ¿Aún sois pareja?

—Bueno, una pareja compuesta de sobras, recalentada en el microondas, o sea, pareja a medias, ¿y en vuestro caso?

—Matrimonio gracias a Dios, a vosotros y a la Cueva.

—No os hemos olvidado.

—Nosotros tampoco. Han pasado casi cuarenta y tres años...

Total, lo uno y lo otro, tal y cual, y oye que tenemos que vernos... Y un mes más tarde, Clara y Patrick vinieron al viejo apartamento a compartir unos días de nostalgia. Los tenéis en una de las fotos que están por el salón, los cuatro posando en plan veteranos de la bolera delante del sitio donde en tiempos estuvo la Cueva.

Les ha ido estupendamente, siguen casados, tienen hijos y una nieta. Les trasladamos nuestra situación, nuestra urgencia, y se ofrecieron a ayudarnos igual que nosotros les ayudamos a ellos en su día. Quisieron saldar la deuda que contrajeron con aquellos dos niños lejanos.

Ellos se fugaron en el 73 y a nosotros nos tocaba fugarnos en el 2016.

Les dijimos que habíamos decidido desaparecer, esfumarnos. Irnos a algún sitio en que no se nos conozca. Morirnos y resucitar en otra parte, sin teléfono, sin dirección postal, sin número de identificación fiscal... Volvernos invisibles para el mundo, perdernos por ahí, querernos por la calle sin que nos señalen, aunque en verdad no sabíamos cómo hacerlo.

—Os protegeremos, es nuestro turno de hacerlo —nos prometieron.

Los Víboras son un clan lleno de recursos, ya lo eran con Franco. Pero, incluso ahora, muchos años después de la dictadura, sus tentáculos siguen llegando a todas partes.

Clara diseñó el plan.

Su sobrino mayor es forense (además, se trata de un sobrino con el que mantiene un vínculo especial, ya que ha pasado en su casa largas temporadas aprendiendo francés), él pondría los cadáveres para fingir sendos accidentes de tráfico y después se encargaría de las autopsias y las identificaciones.

Al final, como os hemos contado, sólo se consiguió un muerto de la facultad de medicina para Jaime y hubo que empujar el coche de Eme vacío al mar, sin muerta dentro al volante. Pero, en fin, aquel único fiambre sirvió para que el propósito fuera cumplido.

Que el doctor Rafa Víboras mantuviera un tortuoso devaneo con Pelarañas no estaba previsto, consistió en una afortunada casualidad. La suerte estaba definitivamente de nuestra parte. Ayudó mucho a que todo fuera más fluido, natural y sencillo. En ocasiones, la realidad parece más falsa que la ficción. En las historias de amor eso sucede siempre.

Debemos decirnos que Rafa Víboras al principio se resistía como gato panza arriba a implicarse en el plan, por más que su querida tía se lo suplicara. Se arriesgaba mucho y arriesgaba mucho. Y que sólo accedió a colaborar cuando se enteró de rebote de que Jaime era el padre de Pelarañas. Aunque nunca vaya a dejar a su mujer porque su condición de funcionario le ha atrofiado las agallas, es obvio que adora a Pelarañas. Está totalmente colgado por la dueña del Señor Moscas y no lo sabe, o lo sabe y no se atreve, o no lo quiere saber por si se atreve. Ese capítulo queda abierto para futuros relatos.

Bueno, pues ejecutamos el plan como estaba previsto, exactamente como lo ideó Clara.

Fingimos el accidente del coche de Jaime en el barranco de Matacartujos, con el muerto prestado sentado al volante y lleno de pistas para facilitar el posterior trabajo de identificación por parte del forense sin necesidad de hacer ningún análisis de ADN. Antes habíamos arrojado el veterano Mercedes Clase A de Eme, típico coche de mamá con síndrome del nido vacío de nuestro tiempo, al agua negra de la noche en el puerto de Valencia. Separamos ambos sucesos con varios días de diferencia al objeto de que nadie, ni siquiera Pablo y Mariola, acertase a relacionarnos.

Y esperamos a ver qué pasaba.

Todo nos salió de dulce. Tan estupendamente que Pablo y Pelarañas van a poder cobrar un pastón del seguro por el bendito accidente.

Nos quedaba entonces lo más difícil: contaros la verdad sobre nuestras muertes de mentira para que no sufrierais más de lo necesario.

Jaime se puso de inmediato a redactar esos capítulos que habéis encontrado junto a las cartas para que os constara que estábamos pendientes de vosotros, observando vuestras reacciones o imaginándolas. Que no os habíamos abandonado.

Pronto eso nos pareció insuficiente y decidimos dar algún paso más.

Primero publicamos una esquela de Jaime en el periódico. Pero, lejos de aclararos nada, nos dimos cuenta de que la esquela había incrementado vuestra confusión. Se imponía avanzar. Así que Jaime compuso en nombre de Eme, con la mano y las ideas que Eme le iba dando, una carta de despedida (su especialidad) a Mariola, y Eme sigilosamente la dejó donde fuera a ser descubierta sin dificultad.

Después, Jaime siguió a Pelarañas hasta el árbol petrificado de El Saler y allí tuvieron una conversación motivadora del tipo padre con hija.

Y ya, viendo que incluso estos dos movimientos arriesgados los interpretabais con dificultad, nos vimos forzados a desnudarnos del todo, y fue Clara, que esos días estaba en Valencia a cargo de la ejecución del plan, la que se presentó en el funeral para invitaros a venir al viejo apartamento de Frontera y abrir los ojos.

Por cierto, Jaime estuvo sentado entre el público en su propio funeral (sensación extraña donde las haya) y nadie se dio cuenta. Excepto su amigo Mauricio de Mapas, claro, que, como sabréis, tiene poderes parapsicológicos y está casado con una mujer fantasma. El resto de los asistentes, que lo daba por muerto, se cruzó con él y no lo reconoció.

Es curioso hasta qué punto los prejuicios condicionan nuestras percepciones en tanto que humanos.

De su funeral Jaime regresó al viejo apartamento convencido de que, tras ser enterrados o dados por desaparecidos, podríamos vivir en la propia Valencia si quisiéramos, ya que una vez que la gente nos hubiera borrado de su agenda visual, no nos iba a identificar nadie, aunque nos sentásemos enfrente a tomar una horchata en el mercado de Colón.

Y esto es todo. Ahora ya no queda nada por confesar.

Hijos nuestros, os rogamos tres cosas.

Uno, perdón por si os hemos hecho daño.

Dos, comprensión para nuestra forma pasada de moda de amarnos más allá de la muerte, nunca mejor dicho.

Y tres, ayuda para mantener en secreto nuestro secreto, nuestra fuga del gris al blanco, de Valencia al cielo, de la desolación a la alegría.

Somos libres, hijos, por fin somos completamente libres. Libres como cuartillas con poemas manuscritos que se lleva el viento. Como caballitos de mar dando vueltas sobre la espuma de la estela de un transatlántico. Sí, libres... Como dos niños de trece años que se acaban de dar su primer beso, libres...

Si no estuviera oficialmente muerto e incinerado, Jaime ni siquiera se despediría de La Oficina. La dejaría sin más. No iría ni a por el finiquito, con la rabia que le da que La Oficina le regatee un sólo euro... Eso es verdadera libertad, ¿eh? Libertad de cimarrón,

libertad de hámster escapado del dulce hogar y convertido en montaraz.

Nuestra historia de amor, con su larga cotización de lágrimas y su prejubilación gozosa, es la metáfora perfecta de la generación de los que nacimos en los sesenta, los pobres baby boomers españoles. O su resumen. Nadie se dio cuenta nunca de si estábamos ahí o no y, por tanto, podemos desaparecer si nos place porque en realidad jamás se depositaron grandes expectativas en nosotros. Constituimos una promoción traslúcida.

Crecimos en una España pobre e ingenua en que la educación sentimental consistía en el engaño permanente. Te hacías mayor de un tortazo.

—Mamá, mi amigo y yo somos los únicos de la clase que no sabemos que hay que meter la cosita en el secretito de las chicas para tener hijos —le dijo Jaime a su madre un mes antes de conocer a Eme.

Luego, con la confirmación y el primer pitillo, adquirirías el compromiso de engañar también a tus futuros hijos para que, al menos, su infancia fuera tan simple como había sido la tuya. Sin embargo, se nos murió Franco en pleno tránsito a la madurez como cuando te quedas atrapado entre dos plantas en un ascensor. El país cambió mientras nuestra pubertad nos tenía encerrados en la habitación haciéndonos pajas o retocándonos el flequillo, y no nos dimos cuenta de nada.

De pronto se puso de moda el tuteo, el toples, decirles la verdad a los pequeñajos y los padres enrollados. Nos quedamos fuera de juego con nuestro software de formas franquistas ya cargado en el inconsciente.

Los aires de modernidad hicieron que salir del huevo se tornara menos exigente en España.

En los ochenta y los noventa nos cayó del cielo un relajo colectivo simplemente porque teníamos derecho a relajarnos. Un relajo de justicia. Nos relajamos mogollón... Y, justo cuando ya de mayorzotes íbamos superando la cuarentena, sí, precisamente cuando más relajados nos habíamos quedado, izas!, llegó la crisis financiera y se llevó por delante todas nuestras seguridades.

Los de mediana edad de un día para otro nos desvelamos viejos e inservibles. Demasiado rápido, de la noche a la mañana. Demasiado pronto... Trastos útiles, aunque pasados de moda, demasiado inesperadamente. Nuestra generación está enfadada, ¿no habría de estarlo? Primero no nos invitaron a triunfar pronto porque teníamos que esperar a ser padres («Cuando seas padre comerás huevos», nos prometían) y ahora se ha hecho tarde y ya no podemos triunfar porque tenemos que ceder el paso a nuestros hijos, los putos millennials.

Conque nosotros, Eme y Jaime, pedimos la cuenta y nos levantamos.

Cuando nuestra generación se iba a casar compraba muebles para toda la vida. Un comedor, un recibidor y un dormitorio para toda la vida. Nos gastábamos más en los muebles que en el viaje de novios. Muchísimo más. Nos empeñábamos para pagar aquellas vitrinas, mesas y cabeceros de nogal, roble o caoba. Se imponía el estilo provenzal. Ahora es completamente al revés. Los jóvenes que se casan se lo gastan todo en el viaje de novios. Los muebles se han vuelto desechables, como las emociones, el buen nombre, la patria chica o la ropa interior. Y nosotros vamos por ahí cargados con nuestros dormitorios de estilo provenzal intentando correr más que las chicas y chicos que habitan en casitas de papel. Qué locura.

Somos una generación cara, poco flexible y anticuada. Hemos pasado de la adolescencia a la obsolescencia sin solución de continuidad.

También por eso nos largamos.

Eme y Jaime nos bajamos del progreso. Nos quedamos en esta parada histórica. Ya está, nos rendimos.

Vamos a vivir. Ni más ni menos que eso; vamos a vivir. A no tener prisa, ni móvil, ni revisiones periódicas de nuestras partes en el ambulatorio, ni descuentos para mayores de cincuenta y cinco en la agencia de viajes de El Corte Inglés, ni gorra que ponernos cuando venga la ola de calor y lo recomiende el hombre del tiempo para las personas de nuestra quinta.

Que les den por culo a todos. Pelarañas estará asintiendo.

Desde hoy nos sumamos a la resistencia romántica.

Como a todos nuestros compañeros de curso, nos arrancaron el corazón de pequeños, pero nosotros dos en concreto nos hemos repuesto ese corazón de mayores. De manera que figuraos...

Tenemos mucho que contarnos uno a otro. Disculpad, por tanto, que le colgamos al mundo este cartel de «No molestar».

Si nuestra generación se enterase de esta fantasía que estamos poniendo en práctica todos querrían apuntarse, imitarnos. Cualquiera de nuestros viejos amigos del colegio que leyese esta carta compartiría que nos sobran motivos para saltar por la ventanilla del tren de este presente conformista, adultofóbico y políticamente correcto por el que transitamos y se moriría de envidia.

¿Quién no ha soñado alguna vez con protagonizar una historia privada tan bella como la nuestra? Pues imaginad cuánta desazón produciría nuestra huida en aquellos inanes del pantalón corto y el vestidito de nido de abeja hasta los catorce que ahora en la cincuentena se dan por fracasados ante la historia.

Seremos una pareja de inmaduros maduros e indocumentados, de inmigrantes ilegales recién llegados al país que veían en las series de televisión, de vagabundos vocacionales, de peregrinos al jardín secreto de nuestro pasado, de ladrones de fruta, de naufragos en un continente paradisíaco lleno de salvajes silenciosos que caminan con la cabeza agachada mirando su telefonito móvil. Seremos una mujer y un hombre liberados de la esclavitud que nos impuso el destino.

Vamos a ser una leyenda en Valencia.

¿Que de qué viviremos? No se sabe.

Jaime está aterrado al respecto.

Eme sonríe.

Pues ya veremos... De momento, nos vamos con Clara y Patrick hacia el norte y por un tiempo nos quedaremos en su casa. Desde ahí algo encontraremos. Los dos somos trabajadores y capaces. También tenemos bastante dinero y alguna suculenta cuenta en Suiza que en su día Blan-blan puso a nombre de Eme sin decirle nada. No obstante, si necesitamos algo ya os lo haremos saber de alguna manera, por si se os ofrece socorrer a vuestros lunáticos padres.

La vida es hermosa. Ya no vamos a competir ni a amoldarnos más. Ya no vamos a seguir quietos. A partir de hoy, simplemente destinaremos todas nuestras energías en exclusiva a disfrutarla. A disfrutar de la vida que nos quede.

Vamos a gozar de nuestro amor.

Para no amar, mejor no nacer.

Mirad a vuestro alrededor. Os habéis encontrado que la piedra que cerraba el sepulcro del viejo apartamento había sido removida. Entrasteis, mas no descubristeis ningún cuerpo, tan sólo recuerdos como vendas y sudarios dejados caer. Y esta carta resplandeciente que os dice: ¿por qué buscáis entre los muertos a los que están vivos? No están aquí, han resucitado.

Hijos nuestros, os queremos demasiado. Por vosotros hemos resistido todo este tiempo en la clandestinidad. Ahora nuestros caminos se separan. Alegraos por vuestros padres, que son Peter Pan y Wendy y no tenáis ni idea.

Nos hemos ido volando.

Si queréis buscarnos, que sea en las estrellas vistas desde el sitio en la hierba del jardín de los viejos apartamentos en que nos inventamos el beso. Nosotros somos los inventores del beso.

Aquí ha pasado algo. Aquí ha resucitado el amor.

Os amamos.

Eme Fraile y Jaime Monzón. Mamá y papá.

PD. Pelarañas, no dejes de cagarte en todo. Los que no hablan para no molestar, no molestan y nadie los ve. Te lo dice papi por experiencia.

NOTA DEL AUTOR

He escrito esta novela entre aviones y largas esperas de aeropuerto. También en trenes y coches, pero sobre todo volando de aquí para allá. Estoy seguro de que las zonas de turbulencias que atravesé y los cabreos que cogí por los retrasos se dejan notar en el estilo y el argumento.

Las habitaciones de hotel que me acogieron aquí y allá conservarán el eco de mi voz leyendo en voz alta las cartas de Jaime Monzón.

No soy piloto ni sobrecargo, pero por mi trabajo vuelo mucho. Tampoco soy Peter Pan, el auténtico, al menos.

También quiero aclarar que el bar Nodo sigue abierto, que nunca ha cerrado y que nunca cerrará. Y que Pepe es su dueño y mi amigo. Los bares de verdad son eternos como las cañas, los pinchos de tortilla, las aceitunas rellenas y las gambas con gabardina. Los arqueólogos del futuro no encontrarán de nosotros una pintura rupestre ni un sarcófago, sino la pizarra de un bar con el menú del día escrito con tiza blanca.

Cuando has tenido la suerte de tomar café y fumar en el Nodo a los dieciocho con la chica que te gusta, luego te pasas la vida entera buscándola en cada bar al que entras. Hasta que una noche no queda en el bar nadie más que el viejo en que te has convertido. Los bares son el primer y el último escenario de la historia sentimental de cualquiera.

Con mucho esfuerzo aspiro a convertirme en un escritor que sustrae horas a la vida para escribir. Por eso debo agradecer expresamente la complicidad de Piluca, a quien he robado incontables madrugadas de verano y tardes de invierno, buenas ideas, experiencia común sobre segundas oportunidades y detalles de nuestra vida íntima. Ser la mujer de un escritor vocacional es aceptar vivir sin cortinas en las ventanas de casa.

Al mismo tiempo, debo dar las gracias por escrito a Espe, por su colaboración, por compartir los borradores y guardarlos, no sea que un

día me vaya a ocurrir algo en un avión, por avanzar conmigo sin importar lo difícil o largo que sea el camino. Igualmente, gracias a Ada, que lee, corrige y comenta cuanto escribo, sin su paciencia yo no escribiría nada.

Manuel Pimentel leyó el original, hizo algunas sugerencias que ya están en el texto y me deseó buena suerte. Yo quiero reconocer en público la obligación que he contraído con su generosidad.

Mi padre aportó su óptica de poeta al manuscrito. Sí, como siempre.

Si algún miembro de mi familia se viera retratado en alguna de las anécdotas que aquí se exponen, que no se haga ninguna pregunta, seguramente es lo que parece. Agradeceré en ese caso su comprensión. Mis padres, hijos, hijos de Piluca, hermanos, tíos, primos, los Stuyck y los Nogués, los viejos apartamentos La Loma de Náquera..., de un modo u otro todos están presentes aquí. He necesitado sacarlos a jugar bajo falso nombre. El escritor vive de las experiencias de los demás.

En esta novela hay muchos libros que he leído, que se me han quedado dentro y que me brotan sin querer. Con todos los libros de mi vida tengo una deuda impagable; sin embargo, en esta ocasión hay que mencionar por su título algunos que con el portátil he llevado por los aeropuertos en la mochila:

ARLANDIS, Lisard, *Fiestas y costumbres de Valencia*, Alboraya (Valencia), José Huguet editor, 1987.
Ar-RUSAFI DE VALENCIA, *Poemas*, (trad. de Teresa Garulo), Madrid, Hiperión, 1986 (2ª ed.).
BARRIE, J. M., *Peter and Wendy and Peter Pan in Kensington Gardens*, Penguin Books, 2004.
CERVERA SANZ, Miguel, *Refraner Valenciá*, Valencia, Sargantana, 2018.
FERNÁNDEZ, Gumersindo – IBÁÑEZ, Enrique, *Comercios históricos de Valencia*, Valencia, Carena Editors, 2014.
FURIÓ, Antoni, GARCÍA MARSILLA, Juan Vicente y MARTÍ, Javier (coords.), *Historia de Valencia*, Valencia, Editorial Prensa Valenciana, Levante-EMV, 1999.
GOETHE, J. W. von, *Las desventuras del joven Werther* (trad. de Manuel José González), Madrid, Cátedra, 2013.
HERRERO LLORENTE, Víctor-José, *Expresiones y frases latinas*, Madrid, Gredos, 2010 (4ª ed.).
SANCHIS GUARNER, Manuel, *La ciutat de València*, Valencia, Albatros Ediciones, 1976 (2ª ed.).
SIMÓ, Trinidad, *La arquitectura de renovación urbana en Valencia*, Valencia, Albatros Ediciones, 1973.
—, *Valencia centro histórico*, Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo, Diputación Provincial de Valencia, 1983.
SOLAZ ALBERT, Rafael, *La Valencia prohibida*, Valencia, Pentagraf Editorial, 2004.

Puede que me esté dejando alguno en el tintero; si ese es el caso, pido disculpas.

Compatibilizando trabajo, familia y literatura me ha costado tres años escribir *Ellas*. Ahora, al terminar, sólo me queda confesar que he sufrido

como si me hubiera tenido que arrancar del pecho cada página que redactaba, pero que si no lo hubiera escrito no me habría quedado en paz.

Ellas es un álbum de fotos de mujeres cuyas páginas se pasan con mano de niño.

En Madrid, a 11 de octubre de 2019

Ellas
Esteban González Pons

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CED RO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

- © del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño, 2020
- © de la imagen de la portada, Pilar Bertolín Bergés
- © de la acuarela de la cubierta: Enrique López-Duran Rossignol

© Esteban González Pons, 2020

De la canción «Poco a poco... me enamoré de ti (*Piano piano... mi innamorai di te*)», música de Marcello Marrocchi y Vittorio Tariciotti, letras italianas de Antonello De Sanctis, letras españolas de Luis Gomez Escolar Roldan Copyright © 1977-1978 by Nuova Idea Edizioni Musicali S.r.l. / Scarlet S.r.l. / Universal MGB Internacional / Universal Music Publishing Ricordi S.r.l., administrado por Universal Music Publishing Ricordi S.r.l. *Todos los derechos reservados para el mundo.* Reproducido con amable permiso de Hal Leonard Europe S.r.l.-Italia

De la canción «Pero a tu lado», de Enrique Urquijo, © Warner Chappell Music, Inc.

Por el poema «Mecanografía» de Álvaro de Campos, trad. de Eloísa Álvarez, de *Obra completa*, Pre-Textos, 2016, cortesía de la editorial

Por la versión de Teresa Garulo del poema de Ar-Ruṣāfi de *Valencia*, «El baño» (incluido en *Poemas*, Hiperión, 1980), © cortesía de su traductora

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo

electrónico: sugerencias@espasa.es

Aquí pondremos otra frase o frases especiales que haya en el crédito original,
si es que las hay.

Primera edición en libro electrónico (epub): fecha

ISBN: 978-84-670-5909-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.

www.mtcolor.es

Esteban González Pons

Ellas




ESPASA